

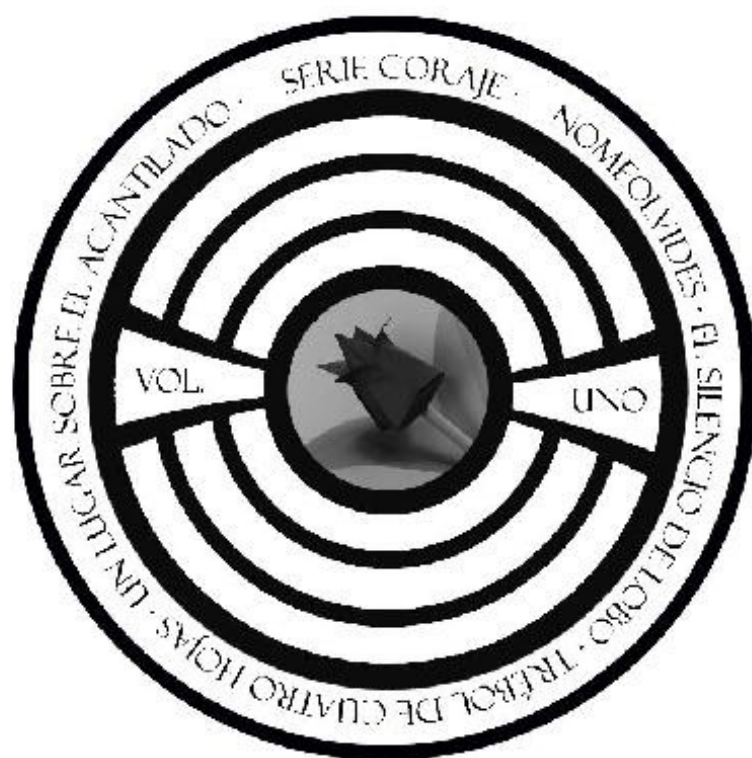
KRIS L. JORDAN



VOL. 1

**SERIE CORAJE**

NOMEOLVIDES



VOL. 1  
**SERIE CORAJE**  
NOMEOLVIDES

KRIS L. JORDAN

Este libro no podrá ser reproducido, distribuido o realizar cualquier transformación de la obra ni total ni parcialmente, sin el previo permiso del autor. Todos los derechos reservados.

Todos los hechos y personajes que aparecen en esta historia son fruto de mi imaginación. Cualquier parecido con la realidad es pura coincidencia.

Algunos fragmentos de canciones incluidos en este libro, se han utilizado única y exclusivamente como intención de darle más realismo a la historia, sin intención alguna de plagio.

©autor y año @Kris L. Jordan 2017

Diseño de portada y maquetación: ADYMA DESING

Corrección: Susana Pérez Muñoz

Revisión: Carol RZ

Esta novela fue registrada en Madrid M-5799-17

ISBN— 978-84-09-04745-1

Twitter: @Kris\_L\_Jordan

Correo electrónico: kris.l.jordan1@gmail.com

[www.facebook.com/novelas.Kris.L.Jordan](http://www.facebook.com/novelas.Kris.L.Jordan)

Página web: <http://kris-l-jordan.webnode.es/>

Instagram: @kris.l.jordan

Este libro es el primero de la Serie Coraje. Tras él vendrán tres más en los que aparecerán personajes secundarios que tendrán su historia propia.

Cada una de las novelas es conclusiva, de tal forma que los personajes principales resolverán todos sus conflictos y todas las tramas quedarán cerradas.

En la Serie Coraje encontrarás personajes fuertes, con carisma, personas luchadoras que no se rinden y el coraje, las ganas de vivir, serán la característica que los una.

Atrévete a conocer a estos hombres y mujeres cuyo coraje les hace sobrevivir y superar cada uno de los obstáculos que les pondrá la vida.

## Introducción de Vanessa Valor

Cuando llegó a mis manos el manuscrito de *Nomeolvides* nunca imaginé ni por asomo lo que me iba a encontrar en él... Cada capítulo que leía me enganchaba un poquito más, me hacía querer saber quién era Iván, el porqué de esa obsesión de Martín por controlarlo todo.

En un párrafo de la lectura me quedé sin respiración y con la piel de gallina... ¿De verdad un psicópata me hablaba de lo que sentía cuando cometía un crimen? A partir de ese momento me di cuenta del grado de locura de mi rubia...

Según me adentraba cada vez más en los asesinatos y en las vidas de Iván y Martín, hizo acto de presencia un fantasma el cual parecía necesitar ayuda..., estaba en estado de *shock* según seguía leyendo..., me metí tan de lleno en la lectura que hasta podía sentir lo que a cada personaje le ocurría.

Cuando contemplé la palabra fin, pensé: bendita locura que le hizo escribir semejante pedazo de novela.

Vanessa Valor

# Índice

[Prólogo](#)

[Capítulo 1. Seven.](#)

[Capítulo 2. Infiltrados.](#)

[Capítulo 3. Memento.](#)

[Capítulo 4. Shutter Island.](#)

[Capítulo 5. El silencio de los corderos.](#)

[Capítulo 6. Pulp Fiction.](#)

[Capítulo 7. La ventana indiscreta.](#)

[Capítulo 8. El sexto sentido.](#)

[Capítulo 9. Vértigo.](#)

[Capítulo 10. El nombre de la rosa.](#)

[Capítulo 11. Tesis.](#)

[Capítulo 12. Los otros.](#)

[Capítulo 13. El truco final.](#)

[Capítulo 14. Psicosis.](#)

[Capítulo 15. El secreto de sus ojos.](#)

[Capítulo 16. El club de la lucha.](#)

[Capítulo 17. El cabo del miedo.](#)

[Capítulo 18. El efecto mariposa.](#)  
[Capítulo 19. L.A. Confidential.](#)  
[Capítulo 20. Saw.](#)  
[Capítulo 21. Crimen perfecto.](#)  
[Capítulo 22. Rebeca.](#)  
[Capítulo 23. El código Da Vinci.](#)  
[Capítulo 24. El ilusionista.](#)  
[Capítulo 25. Abre los ojos.](#)  
[Capítulo 26. El tercer hombre.](#)  
[Capítulo 27. El caballero oscuro.](#)  
[Capítulo 28. El bosque.](#)  
[Capítulo 29. Drive.](#)  
[Capítulo 30. Cisne negro.](#)  
[Capítulo 31. Instinto básico.](#)  
[Capítulo 32. V de vendetta.](#)  
[Capítulo 33. Las dos caras de la verdad.](#)  
[Capítulo 34. Última llamada.](#)  
[Capítulo 35. Un ciudadano ejemplar.](#)  
[Capítulo 36. Argo.](#)  
[Capítulo 37. El protegido.](#)  
[Capítulo 38. La isla mínima.](#)  
[Capítulo 39. Extraños en un tren.](#)  
[Capítulo 40. Celda 211.](#)  
[Capítulo 41. El coleccionista de huesos.](#)  
[Capítulo 42. Identidad.](#)  
[Capítulo 43. El resplandor.](#)  
[Capítulo 44. El jardinero fiel.](#)  
[Capítulo 45. Mystic river.](#)  
[Capítulo 46. Hannibal.](#)

[Capítulo 47. El nombre de la rosa.](#)

[Capítulo 48. El mito de Bourne.](#)

[Capítulo 49. El dragón rojo.](#)

[Capítulo 50. Argo.](#)

[Capítulo 51. La vida de otros.](#)

[Capítulo 52. Terciopelo azul.](#)

[Capítulo 53. El secreto de sus ojos.](#)

[Capítulo 54. La huella.](#)

[Capítulo 55. Collateral.](#)

[Agradecimientos](#)

[Primer capítulo de la siguiente entrega de la serie coraje. El silencio de Lobo](#)





## Prólogo

Hace 16 años.  
Novosibirsk (Siberia)

Normalmente no aceptaba clientes masculinos, pero con él había hecho una excepción. Era uno de los empresarios más ricos de Rusia y pagaba muy bien, así que hizo de tripas corazón.

Ya le quedaba muy poco para poder comprar su billete a un futuro nuevo, uno en el que él sería su único dueño, en el que no tendría que prostituirse, ni hacer cosas que le asqueaban, que odiaba. Por fin sería libre.

Tenía muchos sueños por cumplir, pero lo primero de todo era asegurarse el dinero suficiente para no pasar hambre. Conocía muy bien lo que era la sensación de tener el estómago vacío. Sabía lo que era pasarse días sin apenas alimentarse y se había jurado que eso no le volvería a pasar.

Iván había sido abandonado nada más nacer en un hospicio. Pasó su infancia en ese lugar atestado de niños, sin calor de hogar, con pocos medios para cuidarlos y con escaso amor. Su dura infancia le había forjado un carácter huraño, le gustaba la soledad y esos momentos que compartía con sus clientes le resultaban tan repulsivos que cada noche contaba el dinero que iba juntando, deseando alcanzar el suficiente para dejar ese sucio trabajo. Con los ojos cerrados pensaba en sus proyectos, en la nueva vida que tendría en América, mientras recibía las duras embestidas de Dmitry. Se aferraba con fuerza a las sábanas e intentaba disimular el dolor y el asco que le provocaba cada penetración. Notaba cómo las manos de Dmitry se anclaban a sus caderas, mientras él mordía con rabia el almohadón, procurando no hacer ruido, porque lo que saldría de su boca no sería un gemido de placer, sino más bien un gruñido de dolor.

En esas ocasiones en las que la situación comenzaba a superarlo, en las que la desesperación ganaba la partida y tan solo tenía ganas de empujar con fuerza para liberar su cuerpo y rechazar las caricias de sus clientes, cerraba los ojos e intentaba refugiar su mente lejos de la habitación. Trataba de buscar un espacio

donde su cuerpo quedase lejos, muy lejos, como si no le perteneciera.

Imaginó su vida en América, una en la que jamás volvería a follar para mantenerse, una en la que tendría ropa cara, un enorme coche, en la que iría y haría lo que le apeteciera y cuando le viniese en gana. Pensaba montar su propio negocio, otros ganarían dinero para él y se dedicaría tan solo a satisfacer sus propias necesidades.

Escuchó el ronco gemido que le indicó con claridad que Dmitry se había corrido por fin. Dio gracias y esperó impaciente a que lo soltara.

—Ha sido increíble. —Salió de su interior y se dejó caer sobre la cama, a su lado.

—Sí, increíble. —Intentó parecer convincente, aunque su tono lo delató. Pero a Dmitry no le importaba nada; había obtenido lo que deseaba, le pagaría lo acordado y se iría a su casa junto a una esposa abnegada y su bebé recién nacido. Jamás reconocería su verdadera orientación sexual, ni las veces que había solicitado los servicios de Iván o de otros muchachos. A Dmitry le gustaban los chicos jóvenes, y eso tenía que mantenerlo siempre oculto, en la sombra. Su posición social se lo exigía.

Iván se sentía sucio, estaba deseando darse una ducha para borrar todo vestigio de lo que acababa de ocurrir en esa cama, en ese cuarto, en esa ciudad... Pero se tumbó, se abrazó a la almohada y cerró los ojos.

Notó cómo Dmitry se levantaba y respiró tranquilo, ahora se iría y él podría quedarse solo.

Iván era aún muy joven. Tan solo tenía veintiuno y ya había vivido tantas cosas que se sentía viejo, como si sus huesos le pesaran y su memoria estuviera totalmente llena, tan llena que ya apenas tenía espacio para nada más.

Abrió los ojos y observó ese pequeño cuarto alquilado por unas horas. Le hizo recordar que ahora, al menos, tenía un hogar, un lugar donde refugiarse, esconderse y lamer sus heridas. Ahora tenía un lugar donde vivir. Era un diminuto apartamento con una habitación que hacía las funciones de cocina, salón y dormitorio. Lo había alquilado en un barrio céntrico y estaba muy orgulloso. Pero no siempre había sido así; al principio de salir del hospicio vivió en la calle, durmió en un duro banco casi tres meses y estuvo más de un año viviendo de pequeños hurtos y de la caridad, hasta que un golpe de suerte le cambió la vida.

«Un golpe de suerte», sonrió con ironía, porque lo que él llamaba «suerte» le había llevado a ese cuarto, a los brazos de personas a las que apenas conocía, a tener que besar los labios de gente que le asqueaba y a dejarse acariciar cuando lo que más deseaba era estar solo. Pero lo que sí reconocía era que, gracias a ese día en el que se cruzó en su camino una de sus primeras clientas, no había vuelto

a pasar hambre y dormía bajo techo.

Dmitry debía de estar vistiéndose, no quiso mirarlo, pero podía escuchar cómo recogía su ropa, cómo se abrochaba el pantalón y los zapatos.

—Te dejo aquí el dinero.

Abrió los ojos y por fin lo miró. Ya estaba totalmente vestido, incluso se había puesto el abrigo y los guantes. Dejó los billetes sobre la coqueta, se acercó a él y lo besó en los labios. ¡Lo odiaba!, era lo que más odiaba, los besos. Pero se dejó, el cliente siempre mandaba. En silencio se juró que, cuando estuviera en América, nunca volvería a besar en la boca, jamás permitiría que nadie se acercase a sus labios.

—Te llamaré pronto. —Caminó hasta la puerta. Iván lo siguió con la mirada.

—Adiós —le dijo. Sabía que sería la última vez que lo vería. Nunca más tendría que soportar sus caricias, ni sus besos.

«Adiós para siempre», pensó con entusiasmo.

En el mismo instante en el que la puerta se cerró, dejándolo solo en el cuarto, Iván se levantó de la cama y se metió en la ducha.

Se enjabonó varias veces seguidas, deseaba borrar toda huella de su piel, de su transpiración, odiaba sentir sobre su cuerpo el sudor de otro. Se frotó con tanta fuerza que dejó marcas rojizas sobre sus brazos, sus piernas... Se quedó un buen rato dejando que el agua resbalase por su cuerpo, sintiendo cómo, poco a poco, quedaba limpio de todo rastro de Dmitry.

Salió de la ducha y comenzó a secarse con una toalla. Lo hizo concienzudamente mientras se miraba en el espejo.

Su gran atractivo le había ayudado a ganarse la vida cuando con quince años se marchó del orfanato. Era muy alto y con un cuerpo musculado, pelo rubio y unos ojos de un azul tan claro que asemejaban el color del cielo. Su belleza era el pasaporte a su otra vida, una en la que por fin dejaría de pasar hambre y de dormir al raso. En aquel momento nadie reparó en su marcha, a nadie le importó que dejara el que había sido hasta entonces su hogar, muy al contrario, para las monjitas suponía una boca menos que alimentar y para el sistema un chico más en las calles.

Envolvió sus caderas con la toalla y caminó hasta la habitación. El olor a sexo le golpeó con fuerza y el estómago se le revolvió. Necesitaba abandonar ese cuarto, así que se vistió con premura y salió del hotel en el que el cliente había alquilado una habitación por horas a la carrera después de coger el fajo de billetes que Dmitry había dejado sobre la coqueta.

El frío de la noche lo golpeó con fuerza al dejar atrás la puerta giratoria del pequeño hotel. Se abrigó bien. Atrás había quedado el tiempo en el que ni siquiera tenía un abrigo en condiciones, ahora el que llevaba era de pura lana y

de muy buena calidad.

Caminó hasta el metro y agradeció el calor. Ya no había mucha gente y logró tomar un asiento. El traqueteo, sumado al calor y a su cansancio, hacía que los ojos comenzaran a cerrársele. Luchaba con intensidad por mantenerlos abiertos, cuando llegase a su casa podría descansar, dormir entre sábanas limpias. Se acomodó en el asiento y posó su azul mirada sobre un niño que, junto con su madre, ocupaban el asiento de enfrente. El pequeño le sonrió e Iván le guiñó un ojo. Lo envidiaba, él no recordaba a su madre, no tenía fotos que le ayudaran a saber cómo había sido su cara, el color de su pelo. ¿Seguiría viva? ¿Tendría hermanos?

Desvió la mirada. Cerró los ojos y apoyó la cabeza en el cristal; temía dormirse, pero el dolor de recordar su triste infancia, al ver a ese niño, era tan intenso que prefería arriesgarse.

Un recuerdo llegó a su cabeza, el primero que tenía de cuando era niño. Muchos de los momentos vividos dentro de las paredes del hospicio se habían borrado, pero ese estaba grabado a fuego, pues le marcó.

Las monjas que los cuidaban procuraban hacer todo lo que podían por los pequeños, pero los medios eran muy escasos, a nadie le importaban una panda de mocosos y, a pesar de lo que trabajaban, las hermanas apenas conseguían dinero para mantener un hospicio al que cada día llegaban más niños nuevos.

A su cabeza llegó la imagen de sor Marí, una monja que los aterrorizaba por su aspecto siniestro. Era pequeña, delgada y muy, muy vieja. Tenía la nariz afilada como las de las brujas de los cuentos y los ojos tan negros que parecían pozos profundos. Todos los niños temblaban al verla, todos decían que era una bruja con poderes y su fama la acrecentaban el resto de las monjitas, ya que les hablaban de los sueños visionarios que tenía Marí.

Llegó su estación, en la que tenía que bajarse. Con las manos en los bolsillos, caminó hacia la salida del metro y su mente se llenó con las imágenes de Marí y la predicción que un día hizo.

Recordaba con total claridad cómo, al pasar por su lado, le tomó con fuerza de los brazos; con tanta que, aunque luchó por soltarse, no pudo. Lo miró a los ojos y le dijo:

—Hace unos días que tengo un sueño... Uno en el que tú eres el protagonista.

Iván rompió a llorar asustado, tiró con fuerza de sus brazos, deseaba escabullirse, pero al escuchar esas palabras se quedó muy quieto. Marí tenía fama de vidente y sus sueños eran predicciones que siempre se cumplían.

—¿Qué es lo que sueña? —Se le puso la carne de gallina. Esperaba que no fuera su muerte lo que había visto. Rezó en silencio, a pesar de que él no creía en

Dios.

—Veo a la mujer a la que entregarás tu corazón. Pero... debes... —calló, parecía asustada.

Eso sí que le produjo un terrible escalofrío. ¿Entregar su corazón? Iván tan solo tenía siete años, no comprendía lo que quería decir.

—¡Suélteme! —gritó asustado—. No la entiendo.

—Pequeño... Pobre pequeño. —Le soltó de un brazo y acarició su cabello. Sor Marí nunca había sido cariñosa con él y la miró extrañado. —Esa mujer... —continuó—. Querrás casarte con ella, formar una familia.

—No, no. Yo nunca me casaré, ni tendré novia, por eso puede estar tranquila, no me acercaré por nada del mundo a ninguna mujer —sentenció, muy seguro de sí mismo.

—Ay, mi niño. Ahora eres solo un crío. —Iván miró a Marí enfadado, no le gustaba que le llamara niño ni crío, él era ya mayor—. Cuando tu cuerpo despierte, buscarás una mujer, todos los hombres lo hacen. Tan solo..., tan solo espero que nunca te acerques a esa..., porque si lo haces... —Bajó su mirada con tristeza—. Un día la encontrarás, pero tienes que resistirte, luchar. Si no lo haces, tu vida será muy difícil y complicada, tendrás muchos obstáculos que sortear y quizá... —Sus ojos se oscurecieron.

—¿Quizá qué? —preguntó, muerto de curiosidad y de miedo.

—Solo te diré una cosa, una sola. Lo hago para que estés atento y sepas cuándo ha llegado el momento. —Tanto misterio le estaba produciendo terror, al fin y al cabo, tan solo era un niño—. No estés asustado, mis sueños se cumplen tan solo si no ves o escuchas las señales. Si te alejas de la mujer cuyo rostro tiene dos colores de piel, nada te pasará.

Iván arrugó la frente. ¿Dos colores de piel?, ¿acaso había perdido la cabeza?

—Pero..., eso es imposible. No existe nadie con dos colores de piel.

—Yo la he visto... La he visto en mis sueños. Su piel es blanca, pero en ciertas zonas, el tono es aún más claro. Sus ojos, de un intenso verde, y su cabello negro como la noche. No debes acercarte a ella...

Ese recuerdo permanecía nítido, tan claro como si hubiera sido ayer cuando Marí le aterrorizó con esa absurda historia que se había grabado como a fuego en su mente.

Salió del metro y, a paso rápido, caminó por la calle.

«Una mujer con dos colores de piel, absurdo, totalmente absurdo» pensó, y sacudió la cabeza para librarse del escalofrío que le recorría la columna cada vez que ese recuerdo lo asaltaba.

Entró en casa, cerró la puerta, se apoyó en ella y suspiró, allí se sentía a salvo de..., ¿de qué?

—¡Basta de tonterías! —se dijo en voz alta.

Tenía que dejar de pensar en Marí, en sus absurdas alucinaciones y centrarse en lo que dentro de muy poco iba a suceder: su libertad. Su viaje hacia un mundo y una vida nueva.

Yuri lo recibió, era su compañero. Llevaban viviendo juntos desde que lo encontró tirado en la calle, medio muerto. Alguien lo había golpeado, estaba desnutrido, aturdido. También había sido un niño abandonado y solo, un huérfano de la crisis social y económica que golpeaba su país.

Cuando Iván lo miró aquella noche de invierno, le recordó a él mismo, desvalido, asustado... Así que lo acogió en su casa y, desde entonces, no se separaron.

—¿Qué tal fue? —le preguntó.

—Muy bien, ya tenemos todo el dinero. Prepara las maletas porque nos vamos.

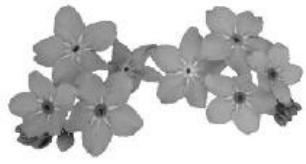
Yuri lo abrazó entusiasmado, eso era por lo que llevaban trabajando duro tantos años; llegaba el momento de volar al país de la libertad, de las segundas oportunidades.

Iván se soltó de su abrazo, no le gustaba el contacto con otras personas, bastante tenía con soportar a sus clientes. Yuri lo miró enfadado, no entendía su reticencia. Al fin y al cabo, eran amigos, casi como hermanos.

—Y a ti, ¿qué tal te fue? —Yuri se dedicaba a lo mismo que él. Ejercía la prostitución porque Iván le había enseñado, pero entre ellos existía una enorme diferencia, él parecía disfrutar, mientras que Iván odiaba esa vida.

—¡Genial! —Se acercó a su abrigo y sacó un enorme fajo de billetes.

—Con esto tenemos suficiente. Por fin dejaremos atrás esta puta vida.





## Capítulo 1. Seven.

### Manhattan. Año 2017.

—Iván, la chica está esperando —dijo Yuri, que se había convertido en su mano derecha, la persona en la que más confiaba.

Era como el hermano que nunca había tenido y muchas cosas los unían. Ambos eran inmigrantes en busca de una vida mejor en el país de las oportunidades y juntos las encontraron. Ambos provenían de una vida humilde, los dos huían de la miseria y de un pasado incierto, y Manhattan les había dado una oportunidad de oro.

—Dile que pase. —Le dio un largo trago a su vodka Granenych. Cerró los ojos para saborearlo. Le recordaba tanto a su Rusia natal... Pero el sabor del vodka no era todo lo agradable que él deseaba, pues los recuerdos no eran demasiado dulces, algunos le resultaban de lo más agrios, tanto, que de repente el sabor de su copa le desagradó hasta el punto de revolverle el estómago.

Su infancia y juventud en Novosibirsk estaba cargada de dolor, de hambre, de pobreza.

Malvivió en sus calles, trabajó en un millón de empleos mal pagados e incluso algunos de ellos ilegales, hasta que una mujer se fijó en él. Una con mucho dinero y ganas de divertirse con el joven Iván, que se convirtió en su amante por dinero. Así comenzó a ejercer la prostitución y, a partir de ahí, su vida cambió.

No le gustaba pensar en el pasado, uno que le había dejado tan marcado que el sexo ya no le era tan apetecible. Solo lo usaba para desahogarse como el que come para dejar de sentir apetito, no significaba nada más que un simple acto fisiológico.

Iván dejó de recordar al ver a la preciosa rubia que entraba en la sala y lo miraba con ojos de gata. Vestía con una gabardina que seguramente ocultaba un cuerpo de infarto y con unos tacones de aguja que medirían siete centímetros.

Era preciosa, cualquier hombre caería a sus pies con tan solo un pestañeo. Pero Iván no era cualquier hombre, él era diferente y no se dejaba llevar jamás por su libido, algunas veces incluso pensaba que ya no tenía. Había experimentado tantas cosas en su vida, había estado con tantas mujeres e incluso hombres, que esta rubia, que con toda probabilidad debajo de esa gabardina tendría grandes pechos y voluptuosas curvas, no le atraía en absoluto, aunque sí la usaría para desahogar sus necesidades sexuales.

Yuri la acompañaba y, por la mirada que le lanzó, interpretó que él sí parecía fijarse en la rubia, su deseo se podía casi oler en la enorme sala del club.

—Sube a la tarima —le ordenó con tono autoritario. La chica obedeció y, ayudada por Yuri, recorrió los escasos tres escalones que la llevaban hasta el escenario donde una barra de striptease se erguía casi en el centro—. ¿Cómo te llamas? —preguntó Iván.

La chica parecía estar inquieta, cambiaba su peso de un pie al otro y jugueteaba con algo que llevaba entre las manos. No parecía una florecilla frágil, una muchacha sin experiencia para el trabajo, más bien se la veía segura en el escenario, caminaba como si el mundo fuera suyo, como si toda su vida la hubiese pasado subida en una tarima. Entonces, ¿por qué de repente parecía tan nerviosa? Esa cuestión le intrigó.

—Madeline. —Pudo ver cómo tragaba saliva con dificultad.

—¿Por qué estás tan nerviosa, Madeline? Aquí no nos comemos a nadie.

—Necesito el trabajo. —Bajó la mirada.

—Si lo haces bien, será tuyo. No tienes que temer nada.

—Soy la mejor. —Levantó el mentón de una manera que a Iván le corroboró lo que, desde un principio, nada más verla, pensó sobre ella. Era una mujer que no se dejaba amedrentar, con cierta soberbia y sin ningún tipo de prejuicio, capaz de hacer lo que fuese necesario para obtener sus fines; en cierto modo, Madeline era como él. Justo lo que necesitaban en el club. Desde que Alicia, una de sus mejores bailarinas, se había ido el puesto estaba vacante, y Madeline tenía todas las papeletas para quedarse con él.

—Me gustas mucho, Madeline, y eso ya es un punto muy importante para quedarte. —Sonrió y a ella se le secó la boca. Era el hombre más atractivo y sexy que jamás había visto. Sus ojos azules brillaban y su sonrisa torcida conseguía que su corazón latiera a gran velocidad.

Ya le habían hablado del Ruso, como todo el mundo lo llamaba; le habían advertido de su carisma, de su gran atractivo pero, aunque venía preparada, las expectativas de lo que se iba a encontrar habían aumentado enormemente.

—Gracias. —Sonó tímida y se asombró, pues no era vergonzosa; jamás lo había sido, pero frente a ese hombre...

—¿Traes tu propia música o prefieres que la pongamos nosotros?

—Traigo mi música. —Le tendió un pen drive, pero él no se movió de la butaca que ocupaba.

—Dáselo a él —ordenó Iván mirando a su amigo.

Yuri, que continuaba cerca de la tarima, le tendió la mano.

—Pon la música y déjanos solos. —Yuri asintió con la cabeza, nunca se planteaba las órdenes del jefe. Conectó el pen drive y abandonó la sala.

Comenzaron a sonar los acordes de Lady Marmalade y Madeline, con movimientos lentos, comenzó a desabrocharse el cinturón. Abrió de golpe la gabardina y la dejó caer de manera sensual, sin dejar de mirar a Iván a los ojos.

Llevaba un precioso conjunto de ropa interior rojo como el carmín de sus labios. El sujetador se ajustaba a sus pechos a la perfección, era semitransparente, con encaje, a juego un diminuto tanga, que apenas cubría su sexo, y un ligero que sujetaba unas medias negras completaban su escaso atuendo.

Se acercó a la barra y comenzó a moverse, a acariciarla insinuante. La abrazó con una pierna y, sujetándose con una sola mano, se dejó caer hacia atrás. Su larga melena rozó el suelo y le lanzó un beso.

Poco a poco, mientras ejecutaba su baile sensual, se iba desprendiendo de la poca ropa que cubría su cuerpo hasta quedar totalmente desnuda.

Entonces, su baile se centró de nuevo en la barra e hizo algo que le sorprendió gratamente. Se subió con las dos piernas, parecía no estar haciendo ningún esfuerzo. Se sujetó con ellas a la barra y dejó caer su cuerpo hasta rozar con las manos el suelo del escenario. Iván solo había visto hacer eso a Alicia y aplaudió encantado. Era una acrobacia difícil y peligrosa, pero se notaba que era toda una experta.

La música cesó y Madeline, con la respiración entrecortada por el esfuerzo, se plantó desnuda frente a él, esperando el veredicto.

—Excelente Madeline. Muy, muy bien —dijo complacido.

Descendió los escalones y caminó insinuante hacia Iván, que permanecía muy quieto con las manos sobre los reposabrazos del sillón de cuero negro.

Madeline se colocó de rodillas delante de él y llevó sus manos hasta la bragueta de su pantalón de traje negro.

—No hace falta...

—Lo hago porque quiero.

Iván puso los ojos en blanco y la miró furioso.

—¡No vuelvas a interrumpirme cuando hablo, nunca lo hagas! —gritó, y Madeline lo miró con cierto temor. Iván se dio cuenta inmediatamente de su arranque de furia y quiso rectificar, cambiando el tono—. No hace falta que

hagas esto. El trabajo es tuyo. —Iván no dejaba de mirarla con esos ojos azules que la provocaban escalofríos, pero al ver que parecía más sosegado, se tranquilizó.

—Lo deseo... —ronroneó y, después de desabrochar su pantalón, tomó su miembro entre las manos y lo masajeó hasta obtener una dura erección.

—No esperes que yo corresponda a tus atenciones. —Iván tenía muy claro que no habría un intercambio de favores. Ella negó, parecía no entenderle—. No pienso follarte de ninguna manera.

Madeline suspiró con tristeza, le gustaba tanto que deseaba sentirlo dentro. Pero tendría paciencia, quizá esa vez no obtendría lo que más deseaba, pero había tiempo. Tal vez más adelante...

—No me importa.

Iván no contaba con que, en su mañana del lunes, esa que había pensado emplear en encontrar una nueva bailarina, terminaría disfrutando de una felación. Pero se dejó hacer porque necesitaba descargar, porque Madeline parecía tener claro que no habría nada más entre ellos y porque esa rubia era lo suficientemente atractiva como para atraerle, aunque solo fuese un poco.

Madeline no dejaba de mirarlo, se mordía el labio inferior de manera sugerente.

Puso su cara a la altura de la de él e intentó besarlos en los labios, pero Iván la rechazó de una manera nada sutil.

—No —dijo seco—. Nada de besos.

Ella se extrañó, los hombres siempre deseaban su boca. Ese Ruso era de lo más raro, pero tan atractivo que conseguía que se olvidase de todo.

Se colocó de nuevo entre sus rodillas y tomó su erección entre los labios.

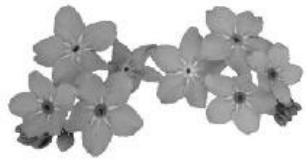
—Eso sí, así me gusta. —Iván dejó caer la cabeza sobre el respaldo del sillón y disfrutó de lo que la preciosa rubia le estaba regalando. Normalmente no hacía esas cosas con sus empleados, no le gustaba tener ese tipo de intimidad. Madeline sería una excepción. Por una vez se saltaría su norma, más que nada, porque su cuerpo clamaba desde hacía tiempo por su liberación.

Madeline lamía, chupaba y movía sus carnosos labios de manera muy profesional. ¡Toda una experta! Él ni siquiera la tocaba, ni la miraba, tan solo cerró los ojos y se limitó a disfrutar.

Mientras Iván gozaba de una buena felación, Yuri los miraba escondido en las sombras. No podía apartar los ojos de lo que allí estaba sucediendo. Hipnotizado, seguía cada movimiento.

Sus pupilas estaban clavadas en Iván, miraba absorto cómo sus manos se aferraban a los brazos del sofá de cuero, cómo su respiración agitada salía de sus labios entreabiertos. Cómo, en un determinado momento, justo antes de correrse,

se mordió el labio inferior y cómo, al sentir el orgasmo, jadeó con fuerza y, excitado, llevó sus propias manos a la erección que oprimía sus pantalones y se tocó hasta correrse junto a Iván, en la distancia.



## Capítulo 2. Infiltrados.

Manhattan. Marzo de 2017.

Martín se asomó a la ventana. Tenía unas ganas de fumar tremendas, le estaba costando la misma vida no ceder y sacar el paquete que tenía escondido.

Fuera, el sol brillaba radiante, espléndido, parecía un chiste malo. Su hermano lloraba, su hermana también, él sufría y el sol brillaba como si el día se riese de su dolor. Esperaba haber encontrado una mañana lluviosa, en la que cayesen de esas gotas finas y frías que logran dejarte calado hasta los huesos; pero no, qué va, no había ni una sola nube y el sol parecía sonreír e invitar a salir a la calle, a sentarse en una de esas sillas del jardín y a dejar que sus rayos le acariciasen la cara y besasen su piel. Llamaban a disfrutar, a sonreír, cuando lo que más deseaba era llorar, abrazar a su hermano Lucas, ayudarle a superar su inmensa pena, una que no le daría tregua en muchos años, pues hacía tan solo un día que había perdido a la mujer que más amaba, a su esposa, su compañera.

Mary siempre había sido una mujer enfermiza, su corazón no era fuerte y tuvieron que operarla, pues sus válvulas fallaban. Se recobró muy lentamente, pero cada día su energía aumentaba. Los médicos decían que su recuperación había sido un auténtico milagro. Lucas se sentía dichoso, por fin su mujer podía hacer una vida normal, aun-que nunca pudo evitar seguir preocupándose, hasta el punto de convertirse en una obsesión. La cuidaba como si fuese una muñequita de porcelana, frágil. La mimaba y no la dejaba hacer absolutamente nada.

Mary se adaptó a su nueva vida entre algodones. Recuperó peso, caminaba todos los días una hora para que su corazón se fortaleciera y parecía feliz. Pero, de repente, una noche Lucas le llamó llorando. Mary había fallecido mientras dormía. La ambulancia llegó muy rápido, pero nada pudieron hacer por ella.

Martín suspiró con tristeza; una mujer tan joven, con tantas ganas de vivir... Era tan injusto.

Se alejó de la ventana, era la hora de vestirse, de prepararse para el funeral.

Sobre la cama un traje negro, el único que tenía. Lo había comprado el día anterior, cuando su hermana pequeña, Gádor, le lanzó un ultimátum.

«Por nada del mundo irás al entierro de Mary en vaqueros» le dijo, y lo

acompañó a unos grandes almacenes donde, ella misma, seleccionó el traje, la camisa y una estúpida corbata que seguramente le apretaría el cuello.

Estaba abrochándose los pantalones cuando alguien llamó con los nudillos a la puerta.

—Pasa —dijo mientras se ponía en pie y tomaba la corbata.

—Hola, mi amor. —Linda lo miró con tristeza y él la recibió entre sus brazos—. ¿Cómo estás? —Se acurrucó buscando su calor. Ella también estaba muy afectada con la muerte de Mary. Desde hacía dos años salía con Martín, formaba parte de esa familia y les tenía a todos mucho cariño.

—Mal, muy mal.

Linda besó su mentón y sollozó. Permanecieron abrazados intentando encontrar consuelo en el calor que ambos compartían, pero, lo más triste de todo, era que hacía tiempo que no tenían ese contacto. Llevaban semanas sin un beso, ni siquiera un abrazo, había tenido que morir Mary para disfrutar de un poco de intimidad juntos.

Martín fue quien se separó, aunque sin ninguna gana; en ese momento necesitaba un poco de consuelo, pero, si no lo hacía, llegarían tarde.

Suspiró y la miró compungido, le apenaba ver cómo su relación se enfriaba hasta el punto de que solo quería de ella que le reconfortara en una situación tan dura como esa. Pero ese no era el momento para plantearse hacia dónde se dirigían sus vidas, ahora era el momento de terminar de vestirse y enterrar a Mary.

—¿Puedes ayudarme con esto...? —dijo, mientras colocaba la corbata alrededor de su cuello—. ¡Maldita mierda! —refunfuñó al intentar hacer el nudo.

—Déjame a mí.

Linda le retiró las manos, se colocó frente a él y, con gran agilidad, empezó a hacerle un nudo Windsor.

—¿Dónde aprendiste? A mí me parece de lo más complicado —preguntó al ver la maestría con la que movía los extremos de la corbata y la acomodaba perfectamente sobre su cuello.

—Es solo cuestión de práctica. ¿Recuerdas que antes de trabajar en la emisora de radio hice mis prácticas en la televisión? —Martín asintió. Cuando comenzaron a salir, Linda acababa de firmar un contrato con la WHTZ como locutora y periodista—. Allí anudé muchas corbatas, todos eran como tú, unos inútiles a la hora de hacer un nudo.

Ambos se sonrieron, era bueno olvidarse por un momento de la pena.

—Gracias. —Le dio un rápido beso en la punta de la nariz, se colocó la americana y juntos salieron de la habitación.

El camino hasta el cementerio lo hicieron en total silencio. Todos rodeaban a



Lucas, dándole su apoyo y su cariño. Gádor se abrazó a su cintura y él le sonrió agradecido. Sus ojos se veían enrojecidos por el llanto, profundas y oscuras ojeras se destacaban como señal inequívoca de su pena. También llevaba un traje negro que, a diferencia del de Martín, se veía perfecto, pues estaba acostumbrado a llevarlos y le sentaban como un guante.

Lucas y Martín eran mellizos, pero muy diferentes, tanto físicamente como en su forma de ser. Mientras que a Lucas le encantaba vestir de manera elegante, Martín era un auténtico desastre; camisetas raídas y vaqueros gastados llenaban su armario, al contrario que el de su hermano, que estaba repleto de camisas, corbatas y trajes.

Lucas era un hombre metódico, milimetrado, y Martín todo lo contrario. Pero, a pesar de sus diferencias, desde niños habían estado unidos, eran como uña y carne.

Caminaban despacio tras el coche fúnebre.

El total y absoluto silencio que los acompañaba tan solo se rompía por los sollozos de algunos de los presentes. Los tres hermanos abrían la procesión, aferrados como una piña. Tras ellos, Linda agarraba el brazo a la madre de Mary, que no dejaba de llorar. Tres de los mejores amigos de la pareja los seguían muy de cerca, y gran parte de los compañeros de Martín de la comisaría y del bufete de abogados de Lucas, la cerraban.

El coche paró, los operarios se bajaron y sacaron el féretro. Todos hicieron un círculo alrededor del foso y se rezó un breve responso.

Lucas se apoyó con fuerza en su hermano cuando vio cómo el féretro descendía despacio. Cerró los ojos, se colocó las gafas de sol, suspiró y, soltándose de Martín, cuando se sintió con fuerzas, caminó hasta el foso.

—Siempre te amaré —dijo, asomándose al profundo y estrecho hueco. Tomó una flor de una de las coronas, un jazmín blanco, el preferido de Mary, lo besó y lo dejó caer sobre el féretro.

Regresaron a casa, pero antes se despidieron de todo el mundo. Lucas había pedido a todos que lo dejaran solo con sus hermanos, no le apetecía ver a nadie más y el resto de los asistentes, incluida Linda, acataron su ruego y se fueron marchando poco a poco del cementerio después de dar el pésame a la familia.

Ya en casa, Gádor preparó té para los tres. Se sentaron en el jardín frente al invernadero donde Mary, amante de las plantas, pasaba muchas de sus horas libres cuidando su colección de preciosas flores, cuyas semillas conseguía por internet y cultivaba con verdadera devoción. Jamás en su casa faltaba un jarrón lleno de rosas o de jazmines, incluso orquídeas. Su hogar olía a primavera, al fresco y dulce olor de las flores.

Lucas llevaba un buen rato mirando los cristales del invernadero con su taza

bien agarrada.

—Ahora, ¿quién se ocupará del jardín?

—Siempre puedes contratar a alguien que lo haga —propuso Martín.

—Sí, claro... —Suspiró con fuerza y dejó la taza encima de la mesa sin haber dado ni un solo trago—. Me sentiré tan solo...

Gádor estaba sentada a su lado en el sillón de mimbre, se había descalzado y tenía los pies apoyados sobre el mullido cojín del asiento, de frente a Lucas, con los ojos clavados en su hermano.

Martín estaba de pie, apoyado en uno de los pilares del cenador mirando la piscina. Tenía una de sus manos dentro del bolsillo de su pantalón de traje negro mientras la otra sostenía una taza humeante. La corbata colgaba a ambos lados de su cuello, solo la aguantó durante el entierro; en el mismo momento en el que entraron en el coche, se la quitó. Como bien predijo, le ahogaba, era como una soga que poco a poco se cernía sobre su garganta y apenas le permitía respirar. También se había descalzado, no estaba acostumbrado a los zapatos rígidos, siempre usaba botas o zapatillas de deporte. Le gustaba andar descalzo por la hierba y disfrutó de las briznas, que le hacían cosquillas en la planta de sus pies.

—Creo que no debes quedarte solo en esta casa —dijo de repente Gádor, captando la atención de los dos hombres.

—No pienso irme, adoro esta casa. Siento que ella sigue aquí... —Clavó su triste mirada en Gádor.

—Jamás te diría que te fueras de la casa donde has sido tan feliz. —Lo miró con ternura y tomó una de sus manos entre las suyas.

—¿Qué propones? —interrogó Martín.

—Me vendré a vivir aquí, contigo. ¿Qué te parece? —Parecía ilusionada con la idea.

Los ojos de Lucas brillaron y, por fin, una sonrisa se dibujó en su boca.

—Pero..., ¿y Jackson? No creo que a él le entusiasme la idea... —Martín tomó la palabra.

—Jackson y yo... —Bajó su mirada—. Ya no estamos juntos.

Gádor llevaba un año viviendo con el que había sido su novio hasta entonces. El chico del que se enamoró de niña, con el que tonteó en el instituto de adolescente y con el que comenzó a salir ya en serio a los veinte años.

—Pero..., ¿qué ha pasado? —Martín arrugó la frente, estaba muy sorprendido, parecían estar tan unidos...—. No tendrá nada que ver lo que ocurrió... —Bajó su mirada avergonzado, no deseaba ser el causante de la ruptura.

—No, no, todo eso está superado. Es solo que..., creo que llevábamos tantos años juntos que el amor se enfrió.

—Lo siento, preciosa. —Martín se acercó a ella y se puso en cuclillas, así podía mirarle la cara de frente. Retiró un mechón rebelde de su oscura melena y, con cariño, le acarició la mejilla. Deseaba creerla, lo ocurrido les marcó a todos, pero a ella más que a nadie, y todo por su culpa.

—Estoy bien, de verdad. Era lo mejor que podíamos hacer. Ya no estábamos a gusto juntos, discutíamos por tonterías absurdas y nos rehuíamos. No había pasión, ni amor. Ni siquiera me tocaba... Éramos dos extraños compartiendo piso. Así que decidimos separarnos. —Martín cerró los ojos, inquieto. La confesión de su hermana le había hecho darse cuenta de que eso era exactamente lo que les sucedía a él y a Linda, tan solo les diferenciaba que ellos ni siquiera se habían planteado la posibilidad de vivir juntos.

—¿Desde cuándo? —preguntó Lucas, sacando a Martín de sus divagaciones.

—Hace ya un par de meses.

—Pero ¿por qué no has dicho nada? —Martín la miró preocupado, normalmente Gádor era muy comunicativa y siempre les contaba todas y cada una de las cosas que ocurrían en su vida. Ambos estaban al tanto de todo pues, al ser la pequeña, les gustaba arroparla, protegerla.

—No te habrá hecho daño, ¿verdad? —preguntó Lucas.

—Si te ha tocado lo mato, te juro que lo mato. —Solo con pensarlo, Martín había empezado a enfurecerse.

Gádor se levantó de sofá, estaba un poco agobiada con el interrogatorio. Quería a sus hermanos, pero muchas veces eran demasiado protectores.

—¡No, claro que no me ha tocado! —Elevó la voz, enfadada—. Precisamente callé porque no quería que esto pasara. —Los señaló a los dos, que la observaban con atención—. Martín, me parece mentira que, precisamente tú, digas eso. Sabía que me harías un exhaustivo interrogatorio porque eres un neurótico, pero no creí que fueras a pensar mal de Jackson, aunque según veo no hemos aprendido la lección. —Martín de nuevo se sintió avergonzado, no le gustaba ser tan protector, pero no podía evitarlo. Gádor suspiró y continuó hablando—. Él ha sido muy caballeroso y correcto, quizá ese sea el problema... Es siempre tan..., tan estirado...

—Caramba, hermanita, ¿desde cuándo eso es un defecto? ¿Qué prefieres, que sea un desgraciado que te trate mal? —«¿Quién entiende a las mujeres?», pensó Martín ofuscado.

Clavó la mirada en él, enfadada. No la entendían, sus hermanos eran tan cerrados de mollera que, por mucho que lo intentase, no comprenderían lo que quería decir.

—Bah..., déjalo. Hablamos diferentes idiomas.

Suspiró, lo que Gádor necesitaba era un hombre con iniciativa, uno que, al

mirarlo, le provocara deseo, sintiera cosquillas en el estómago y unas inmensas ganas de besarlo. Uno que la idolatrasa como si fuese una diosa, que la deseara y le gustase acariciar su cuerpo. Uno que, con solo poner sus ojos sobre ella, se pusiera duro. Uno que la elevase hasta el cielo, que la provocara, con el que poder charlar durante horas, reír, bailar. Con Jackson había sido así al principio, pero llevaban unos años en los que el deseo, la pasión, habían dado paso al aburrimiento. Su relación estaba muerta y ya no había vuelta atrás.

Los tres se quedaron en silencio, hasta que Martín lo rompió:

—Nos vendremos los dos.

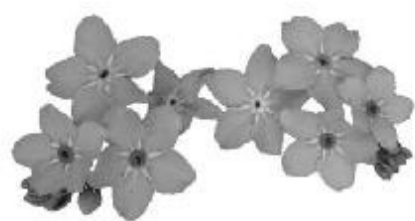
—¿Cómo? —preguntó Lucas.

—Pues eso, nos venimos los dos a esta casa. Viviremos de nuevo juntos hasta que te encuentres con fuerzas para quedarte solo.

—No es necesario Martín, no creo que... —insistió Lucas.

—No hay más que hablar —le interrumpió su hermano.

No hubo más que decir. Lucas no protestó más, de nada serviría. Cuando a Martín se le metía algo en la cabeza, no había marcha atrás.



## Capítulo 3. Memento.

Mayo de 2017.

Eran ya las doce de la mañana cuando Martín escuchó el pitido del despertador. Le costó levantarse; habían pasado dos meses desde la muerte de Mary, su querida cuñada, y su hermano mellizo no había dejado de necesitarlo. Había estado en todo momento a su lado, sin separarse de él ni por un instante, tan solo para ir a trabajar; el resto del tiempo lo pasaban juntos. Pero por fin parecía que se encontraba mejor, un poco más animado y por eso esa noche la pasó en el que había sido su hogar hasta entonces.

Esa era la primera noche que dormía solo, en su pequeño apartamento y en su cama; bueno, realmente era la primera noche que dormía de un tirón, por eso había puesto el despertador tan tarde, necesitaba descansar. La falta de sueño había empezado a pasarle factura.

Hasta ese día había pasado las noches en el cuarto que compartía con su hermano, en dos camas pequeñas y un tanto incómodas, pues por su enorme tamaño sus piernas quedaban fuera del colchón. Pero Lucas necesitaba dormir en la habitación que ambos habían ocupado cuando eran niños, decía que le aportaba paz y muy buenos recuerdos, así que se trasladaron a ese cuarto.

Martín se dedicaba en exclusiva a vigilar el sueño de Lucas, lo despertaba cuando las pesadillas lo asaltaban y lo consolaba cuando el llanto amenazaba con ahogarlo. Dos meses enteros de noches en blanco, ojeras marcando su cara y dolor por ver a su hermano sumido en una profunda depresión.

Se desperezó, se estiró y bostezó de forma sonora. ¡Cómo había añorado su almohada, sus sábanas, su colchón! Pero Lucas lo necesitaba más que nunca y esa sería la última noche que pasaría en su apartamento, ese que había alquilado hacía ya doce años y que estaba tan cerca de la comisaría que le permitía ir

andando. Era su despedida, al menos durante un tiempo.

La vida, caprichosa, le estaba obligando a dar un giro radical. Había tomado una decisión, una que su corazón, con cada latido, le gritaba que era la correcta. Lucas ya no podía seguir viviendo solo, lo necesitaba, al menos hasta que la muerte de su esposa dejase de doler y hasta que las heridas de su corazón dejaran de sangrar como ahora lo hacían. No dejaría de pagar el alquiler de su piso a pesar de no vivir allí, porque estaba seguro de que, tarde o temprano, regresaría a su casa, a su cama y a su rutina.

Se iba a trasladar a la casa en la que se crio; esa que, cuando sus padres murieron en un terrible accidente de avión, habían heredado. Pero Gádor, la pequeña de la familia, y él habían decidido cedérsela a Lucas, pues era el único que estaba casado y tenía el bonito proyecto de formar una familia feliz.

Hacía como siete años se habían reunido los tres y, pese a las protestas de Lucas, que no quería quedarse con la casa pues les pertenecía por partes iguales a los tres, y después de obligarles a aceptar una cantidad de dinero que tenía ahorrada y a la que contribuyó su entonces novia, cedió en su cabezonería y se quedó con la preciosa casa rodeada de bosque, una gigantesca piscina y situada en un barrio privilegiado, donde habían pasado su infancia y adolescencia y que les traía cantidades de recuerdos maravillosos.

Ahora, después de la muerte de Mary, ya nada tenía sentido para Lucas. No tendrían los hijos con los que pensaban llenar la casa de risas y juguetes. Todos los proyectos, viajes y demás cosas que pensaban compartir, se habían ido a la tumba con ella, y Lucas estaba solo en una inmensa casa de la que no quería desprenderse, pues le traía recuerdos de una hermosa vida junto a la mujer a la que amaba.

Los tres hermanos, que estaban muy unidos, se reunieron de nuevo, pero esta vez para decidir que, a partir de ese momento, vivirían juntos, otra vez, como cuando eran niños. Lucas volvió a protestar, no quería privar de la libertad a sus hermanos, pero no hubo negociación posible; tanto Gádor como Martín estaban decididos a cuidar de él y a cuidarse mutuamente.

Martín se levantó. Sentía todos los músculos de su espalda rígidos y duros, necesitaba hacer ejercicio. Tenía que ir al gimnasio ya, porque su cuerpo se lo pedía a gritos. Entrenaba todas las noches cuando su turno en la comisaría se lo permitía. Hacía boxeo y, durante un tiempo, cuando era más joven, incluso había competido. Pero ahora tan solo era un aficionado y además le ayudaba en su trabajo, sus puños le habían sacado más de una vez de algún que otro momento de peligro.

Se dio una ducha y, ya en la cocina, se preparó un café. Con la taza llena entre sus fuertes manos se dejó caer en la silla de la cocina, la que estaba más

cerca del gran ventanal que aportaba luz a la estancia. Cerró los ojos disfrutando del sol que besaba su cara.

Estaban en mayo y hacía un tiempo tan bueno que apetecía pasear por el parque, ese que estaba cerca de la casa de Lucas; ese que, al pensar en él, le produjo un escalofrío, pues desde hacía tiempo se había convertido en el escenario de tres asesinatos terribles que traían de cabeza tanto a su departamento como al resto de la población que, por un tiempo, muerta de miedo, había dejado de pasear y de hacer deporte por él.

Pero el tiempo pasaba y todo poco a poco volvió a la normalidad. Las gentes de Manhattan habían olvidado a las tres chicas brutalmente asesinadas, pero él no. Martín no podía quitar su imagen de su memoria. Sus ojos abiertos, ya sin vida, suplicaban que su asesino no quedase impune. Martín había hecho una promesa tanto a esas chicas como a sus destrozadas familias, incluso a sí mismo, una que cumpliría, aunque le fuese la vida en ello: encontraría a ese hijo de puta que había asesinado a sangre fría a tres chicas jóvenes, con toda la vida por delante. Ese desgraciado que había segado el futuro a tres mujeres que apenas habían comenzado a vivir.

Suspiró con fuerza, abrió los ojos y le dio un trago al café.

¡Era tan frustrante! Apenas tenían pistas, solo sabían que era un hombre porque un testigo vio a una de las chicas corriendo por el parque con uno antes de aparecer asesinada. Pero no tenían nada, absolutamente nada más. Todo era como un jeroglífico difícil de descifrar, incluso el *modus operandi* no había sido igual en los tres casos, y eso le desconcertaba.

No sabían si actuaría de nuevo, aunque no lo descartaba y, de su aspecto, tan solo conocían que era un hombre blanco, pelo rubio, de gran tamaño y fuerte.

Tres asesinatos en el mismo parque, en tres años. Tres muertes cometidas por la misma mano, al menos eso suponían, pues en ellos había dejado una firma inconfundible.

Martín estaba agotado, no solo por la frustración de no poder resolver el caso más complicado en su carrera de detective, sino porque su hermano mellizo, su otra mitad, también estaba sufriendo una pérdida muy importante y ya no lo tendría más como apoyo para la investigación.

Martín era policía, al igual que su padre lo había sido y su abuelo también, mientras que Lucas era uno de los más prestigiosos abogados de la ciudad. Estaba tan metido en su caso que le ayudaba en la investigación y aportaba su suspicacia a la hora de encontrar algún sospechoso; pero ahora ya no podría contar con él. Lucas necesitaba tranquilidad por un largo periodo de tiempo y Martín no pensaba volver a acudir a él hasta que no estuviese repuesto.

Iba a echar de menos sus largas conversaciones sobre el caso, sus opiniones



y sospechas. Martín confiaba tanto en su hermano que, más de una vez, acudía a él cuando se sentía perdido o cuando necesitaba una segunda opinión sobre alguna nueva pista. Pero no solo le apoyaba de una manera práctica, sino que también lo animaba. Muchas veces su trabajo era tan duro que le daban unas inmensas ganas de arrojar la toalla, pero allí estaba Lucas para tirar de su mano y ayudarlo a levantarse.

Martín pertenecía a una familia que siempre había estado muy unida, siempre se protegían y cuidaban.

El abuelo Miguel había emigrado de España en busca de un futuro nuevo. Se instaló en Manhattan, se casó con una americana y tuvo un hijo al que inculcó un enorme sentido del deber hacia la patria que los había acogido y dado una nueva oportunidad cuando su país estaba en la ruina. El deber de proteger y cuidar a los demás estaba profundamente arraigado dentro de los corazones y de las cabezas de todos los miembros de la familia Blanquez. Todos servían a EEUU y se protegían entre ellos, anteponiéndolos a su propia vida.

Terminó el café, lavó la taza y la dejó escurriendo.

Entró en su habitación y se vistió con unos vaqueros claros con las rodilleras deshilachadas y una camiseta vieja, con el cuello un poco dado de sí por el uso; a continuación, se calzó las zapatillas más cómodas que tenía.

Junto a la puerta estaba esperándole su equipaje, lo había dejado preparado antes de acostarse. En un principio se había llevado unas pocas cosas, justo lo necesario para pasar unos días, pero esta vez trasladaba todas sus pertenencias a casa de Lucas. Tomó las maletas entre sus manos, se llevó al hombro la bolsa con su ordenador portátil y se encaminó hasta la salida.

Antes de cerrar, miró dentro del que había sido su apartamento, suspiró con fuerza y dijo un «hasta pronto» al vacío. Cerró con llave y, casi a la carrera, se encaminó hasta el garaje donde su Chevrolet Impala del 67 negro, al que tenía mucho cariño, lo estaba esperando.

Abrió la puerta trasera y dejó el equipaje sobre el mullido asiento. Se sentó frente al volante y arrancó el motor. El ronroneo que hacía su precioso coche le hacía sentirse relajado y, por un instante, se dedicó a escucharlo con los ojos cerrados. Linda se reía de él por el amor que le tenía a ese viejo coche, le decía que nunca la amaría igual que a ese vehículo totalmente desfasado y antiguo, pero a él le daban lo mismo sus irónicas palabras porque, en realidad y aunque sonase un poco escalofriante al más estilo *Carrie*, ese coche fue su primer amor, y eso nunca se olvida.

Condujo con la radio a toda mecha, Guns N' Roses interpretaba *Sweet Child O' Mine*. Martín empezó a tararearla mientras movía sus dedos sobre el volante, pero poco a poco se fue animando, hasta que terminó gritando a pleno pulmón el

*Oh, oh, oh, Sweet child o' mine* del estribillo.

Cuando terminó se sintió mucho mejor. Era como quitarse un peso de encima; tanta pena vivida esos días junto a Lucas le estaba comenzando a ahogar y necesitaba, aunque solo fuera por un instante, sentirse de nuevo vivo. Podría parecer una locura, pero el cantar a voz en grito, disfrutando de la música y dejándose llevar por la interpretación, le había ayudado a sentir, a gozar de unos minutos de paz.

Llegó a la que otra vez iba a ser su casa. La verja estaba abierta, siempre lo estaba, los Blanquez no tenían miedo a que entrasen ladrones, no temían enfrentarse a nada, porque no tenían nada que ocultar; al menos eso creía, y también porque tenían armas en casa y eran suficientemente capaces de defenderse.

Aparcó a su pequeña en el garaje, sacó las maletas y entró por la puerta principal.

—¡Ya estoy en casa! —gritó, y sus propias palabras le produjeron un fuerte escalofrío. Parecía que había regresado al pasado, a su edad adolescente. Nadie contestó, quizá Lucas por fin había salido de su encierro y Gádor lo había acompañado.

«Hogar, dulce hogar» pensó, y se llenó los pulmones con el aire que recorría el grandioso salón; las aletas de su nariz se movieron al querer rescatar del recuerdo el aroma de su hogar. Olor a felicidad, a complicidad, a amor incondicional, padres, hermanos... Por un momento se permitió ser débil y se dejó llevar por las sensaciones, los recuerdos, hasta el punto de que se le apretó un fuerte nudo en la garganta. ¡Dios, aún dolía no tener a sus padres, cómo dolía!

Tragó saliva y subió a paso rápido las escaleras de madera hasta el que iba a ser su cuarto. Ya no compartiría la habitación con su hermano. Ahora se apoderaría de una de las habitaciones más grandes, la que, cuando era adolescente y sus padres le permitieron tener su propio cuarto, ocupó.

Arriba, arriba, la más alta, ya en la buhardilla. Entró y miró a su alrededor. ¡Joder, todo estaba igual! Solo que con más trastos por en medio.

Por delante tenía unas horas de trabajo intenso hasta dejarla habitable. Pero seguro que merecía la pena, allí tendría más espacio y más intimidad. Martín quería mucho a los suyos, pero le gustaba estar solo, disfrutar de su espacio.

Para la hora de comer ya tenía todo colocado y limpio. Se paró a contemplar su obra con los ojos llenos de recuerdos.

La cama pegada a la pared del fondo. Todos los trastos viejos, que no eran de utilidad, habían quedado relegados a una esquina apartada dentro de un gran armario. Su ropa, en una barra apoyada entre dos estanterías donde colocó sus jerséis, camisetas, camisas de cuadros ya viejas y pasadas de moda, vaqueros...

No poseía muchas prendas de vestir, nunca había sido presumido, tan solo buscaba comodidad y ropa práctica. Colocó el traje que había usado en el entierro, el único que tenía pues hasta entonces no lo había necesitado. Siempre utilizaba el uniforme para las ocasiones en las que se requería ir bien vestido. Nada de pantalones de pinzas, ni camisas elegantes, ni corbatas. La única prenda que tenía de calidad, la única que le gustaba, era su cazadora de cuero. Le dio un lugar preferente en su improvisado armario.

¡Joder, volver a vivir como un adolescente no le gustaba nada!, pero no le quedaba otro remedio, su sentido del deber hacia su hermano le obligaba a ello. Se dejó caer sobre la mullida cama arropada con una colcha que su madre había cosido para él. Tocó los trozos de tela unidos unos a otros formando un precioso paisaje de formas y colores distintos. Acarició con cariño esa colcha que ella había hecho con tanto amor. Cerró los ojos para no dejar que una lágrima traidora resbalase hasta caer. Tomó aire con fuerza. De repente, un olor agradable se coló por sus fosas nasales. Lo respiró con intensidad haciendo que las aletas de su nariz se abriesen para recibir el dulce aroma a..., no recordaba muy bien a qué era, pero sí quién lo solía usar como perfume. Imágenes de Mary se colaron en su cabeza: el día de su boda con Lucas, tan bonita con ese vestido blanco..., lo cariñosa que era, frágil y vulnerable, siempre enferma, cuidada entre algodones... En su cabeza, como si la tuviese delante, pudo verla de nuevo, pero..., parecía asustada. Abrió los ojos y se incorporó con la respiración agitada mirando a su alrededor, temeroso de encontrar a Mary frente a su cama. Ya no sentía el olor, se había esfumado, y su cabeza se deshizo de la imagen de su cuñada, tomó aire con fuerza y lo soltó de golpe.

«¡Basta de alucinaciones!», arrugó la nariz y miró a todos los lados de la habitación. Finalmente, se encogió de hombros y se levantó de la cama. Su mente le había jugado una mala pasada, no le cabía duda.

La puerta se abrió con tal estrépito que Martín saltó, asustado; lo que acaba de ocurrir, aunque intentaba buscarle un sentido, le había sobrecogido. Pero no era nada más que la pequeña y delgada Gádor, su hermanita; ya no era una niña, tenía veinticinco años, pero él siempre la miraba como si no hubiera pasado de los cuatro y la trataba, para desesperación de ella, como si cumpliera quince.

Se arrojó a sus brazos y lo besó en las mejillas.

—¡Vaya, ya lo has colocado todo! —exclamó, mirando a su alrededor.

Martín asintió sonriente y le pellizcó la nariz, gesto que Gádor odiaba, pues le hacía sentir una niña desvalida, y nada más alejado de la realidad.

—¿Dónde habéis estado?

—Por fin Lucas ha querido salir de casa y lo he llevado a dar una vuelta por el parque.

A Martín le recorrió un escalofrío. ¡Ese maldito parque!, no le gustaba que su hermana fuese allí, aunque fuera acompañada. Por él lo habrían cerrado a cal y canto, lo habría hecho desaparecer de la faz de la tierra.

—No me mires así —le dijo al notar el malestar en los ojos de su hermano—. Sabes que, si no fuera seguro, no dejarían entrar a nadie. —Martín continuaba con sus ojos clavados en los de ella y esa expresión de «no quiero que vayas allí». Gádor puso los suyos en blanco y suspiró con fuerza—. No seas paranoico, ya no hay peligro...

—¿Por qué supones que no lo hay?

—Pues porque han pasado dos años y no ha vuelto a suceder nada raro en el parque.

—Sí, pero eso no garantiza que no pueda volver a ocurrir.

—Uf, eres demasiado... Espero que no vuelvas a querer vigilar todos mis pasos, que me dejes mi espacio, porque si no... —El tono de Gádor había subido poco a poco, el recuerdo de un hermano controlador, súper protector, se coló dentro de su cabeza—. No pienso dejar que de nuevo te metas en mi vida.

—Perdona..., yo no... —Martín era consciente del daño que había hecho a su hermana con su afán de que nada le ocurriera, había aprendido la lección. Pero le costaba tanto..., la quería tanto—. Prometo no inmiscuirme en tus cosas.

Sus palabras sonaron sinceras, intentaría con todas sus fuerzas cumplir su promesa, aunque fuera muy difícil para él.

—Eso espero. Ya no soy una niña.

—Lo sé. Eres una preciosa mujer. —La acercó a su cuerpo y la abrazó con amor, uno intenso, uno que tan solo sentía por los suyos—. Y eso es lo que me da miedo.

—Bah, no digas tonterías. —Se soltó de su amarre.

Gádor era una mujer preciosa que atraía las miradas de los hombres. Una mujer con ojos grandes y de un verde intenso, con el cabello negro como la noche más oscura. Tan alegre y cariñosa que conquistaba a todo el mundo desde el primer instante.

—Anda, vamos a comer. Lucas nos está esperando —le dijo.

Salieron juntos de la habitación y bajaron despacio las escaleras.

—¿Cómo lo ves? ¿Crees que está mejor? —interrogó Martín con tono preocupado.

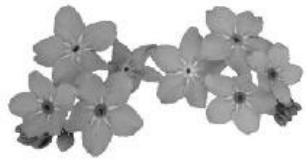
—No lo sé, muchas veces parece que se siente bien, sonrío e incluso he logrado sacarle alguna que otra carcajada, pero de repente su cara se transforma, sus ojos brillan y noto cómo se aleja... Se está alejando mucho y tengo miedo de que no regrese...

Se quedaron quietos sobre el penúltimo peldaño de la escalera y Martín la

abrazó con fuerza. La situación se estaba volviendo muy dura para todos, pero sobre todo para Gádor, que era especialmente sensible.

—Vamos preciosa, aquí estamos los dos para impedir que eso suceda. —La separó de su cuerpo y besó la punta de su nariz mientras secaba sus lágrimas con los dedos—. Ya verás cómo, dentro de poco, volverá a ser nuestro Lucas de siempre.

—Eso espero... —Suspiró con fuerza, intentó sonreír para arrancar la preocupación que velaba los ojos de Martín y, tomándolo de la mano, le obligó a continuar su descenso.



## Capítulo 4. Shutter Island.

Junio de 2017.

—¿Te apetece un café? —Martín estaba sirviéndose el suyo cuando Gádor, ataviada con un corsario negro de *running* y un top rosa chillón, apareció en la cocina.

Su larga melena estaba recogida en una coleta que se balanceaba de un lado al otro al andar y sus Nike rosas emitían un molesto chirrido al apoyarlas en el suelo de madera.

—No, gracias. Ya he desayunado.

Martín miró el reloj, eran tan solo las ocho de la mañana de un sábado.

—¿Trabajas? —le preguntó extrañado a Gádor, nunca le había gustado madrugar.

—No. Pero quería salir a correr antes de que hiciese más calor.

Estaba con medio cuerpo metido dentro del frigorífico. Cuando sacó lo que buscaba, una botella de agua, cerró con el pie.

Comenzó a colocar el móvil dentro de la funda que llevaba sujeta a su brazo derecho, conectó los auriculares y se disponía a marcharse con la botella de agua fuertemente agarrada en su mano cuando su hermano le lanzó otra pregunta:

—¿Desde cuándo corres?

Se volvió a mirarlo con mala cara.

—Desde siempre... —contestó molesta. Llevaban un tiempo conviviendo y le sorprendía el que aún no se hubiese dado cuenta de que salía todas las mañanas—. Pero claro, como tú siempre estás trabajando...

Martín se dejó caer sobre una silla de la cocina con su taza de café en la mano y clavó sus ojos en ella.

—Perdona por estar ocupado en otras cosas más importantes que no sean tu

persona —dijo con sorna.

—Uf, eres tan... —No terminó la frase, lo mejor era no hacerle caso.

Gádor y Martín se adoraban, pero sus caracteres chocaban de tal manera que se pasaban el día discutiendo. Las cosas se habían normalizado entre ellos al vivir separados, pero de nuevo todo se agravaba con la convivencia.

—Ahora comprendo por qué me marché de casa tan pronto... —susurró Martín con los codos puestos sobre la mesa.

—¿Cómo has dicho? —Gádor se acercó hasta él con los brazos en jarras.

—Anda, déjalo, vete a correr. —No tenía ganas de discutir, no había pretendido que ella lo escuchase.

—Eres insoportable. Tengo unas ganas de perderte de vista...

Parecían dos niños, siempre discutiendo por tonterías sin sentido.

—Pues no sabes las ganas que tengo yo, guapa. —Dejó la taza sobre la mesa con un fuerte golpe. Se levantó cabreado de la silla, pero, antes de marcharse, la miró de nuevo. —¿Por dónde vas a correr?

—A ti que más te da... —Gádor abrió la puerta que daba al jardín, no pensaba darle explicaciones, no era una niña pequeña.

—¡Responde! —Se sobresaltó sorprendida porque de repente Martín la agarraba con fuerza de su brazo derecho y la zarandeaba. ¿Cómo había llegado tan rápido a su lado?

—Haz el favor de soltarme. Me haces daño. —Lo miró con rabia. ¿Quién se creía que era para tratarla así?

—Cuando me respondas.

—Mira, Martín, ya no soy una niña, no tengo que darte ninguna explicación sobre mi vida.

De pronto Martín, que se dio cuenta de lo desmesurado de su reacción, la soltó, dio un paso hacia atrás y cerró los ojos.

—¡Joder, perdóname! —suspiró abatido—. Tienes toda la razón. Soy un auténtico imbécil. No sé qué me pasa. Últimamente estoy muy estresado con el trabajo, me preocupa no cerrar el caso del asesino del parque... —Se frotó la cara con una de sus grandes manos. Gádor se compadeció de él. La sacaba de quicio con sus paranoias, era un controlador, en ocasiones la agobiaba, pero era su hermano y lo quería.

Se acercó a él y lo abrazó con fuerza.

—Tranquilo, hermano, no pasa nada.

—Sí, sí pasa, mi trabajo me está convirtiendo en un neurótico. —Acarició su larga coleta y le besó con ternura el cabello—. Veo tantas cosas...

Cerró los ojos con fuerza. Las caras de esas preciosas morenas que el asesino, sobre el que investigaban desde hacía años, había matado, aparecían



dentro de su cabeza y le hacían perder la razón. Ellas eran tan bonitas, tan jóvenes..., tan parecidas a Gádor...; ese pensamiento le produjo escalofríos. Miró de nuevo a su hermana. ¡Dios, si a ella le pasase algo...! La apretó contra su cuerpo.

—Prometo que no volveré a meterme en tu vida —susurró con los labios sobre su cabello.

—No lo vas a cumplir —dijo Gádor riendo. No era la primera vez que decía esa frase y luego jamás lo hacía.

Se separó para poder mirarla a los ojos.

—Sí, lo haré.

—No, no lo harás.

—No, no lo haré —claudicó, y su boca dibujó una de esas sonrisas torcidas que le hacían tan atractivo e irresistible.

Gádor le dio un beso en la mejilla derecha y caminó de nuevo hasta la puerta de salida al jardín.

—Gádor —la llamó.

—Dime.

—¿Dónde vas a estar? —Se puso colorado—. Es por si..., por si hace falta...

—¿Ves?, no puedes remediarlo.

—Te juro que lo intento... —Bajó su mirada, avergonzado.

Gádor se cruzó de brazos, suspiró y decidió claudicar. Su hermano no tenía remedio.

—Iré al parque.

La cara de Martín cambió de golpe. Se puso blanco y sus ojos se abrieron como los de un búho.

—¡¿Al parque?! —Su voz sonó temblorosa.

—No empieces, Martín. Todos los días voy a correr allí, todos.

—Pero...

—¿Qué es lo que me acabas de prometer? —preguntó como lo haría una madre a su hijo.

—¡Puta mierda! —exclamó enfadado, más consigo mismo que con Gádor—. Lo sé, sé que no debo meterme... Pero Gádor, joder, al parque no vayas, por favor...

Intentó parecer tranquilo, procuró bajar su tono de voz, disimuló como pudo, pero la mecha estaba encendida y Gádor decidió que lo mejor era salir corriendo antes de que explotara y dijese cosas de las que luego seguro que se arrepentía. Martín era un bocazas cuando estaba cabreado.

—Adiós, hermanito. Te quiero —dijo mientras cerraba la puerta y lo dejaba enfadado, con las venas del cuello a punto de estallar.

Martín podía haber ido detrás de ella, pero de qué serviría, no podría obligarla a regresar a casa y quedarse allí metida el resto de su vida, protegida de todo mal. ¡Ya le gustaría a él!

Suspiró y se dejó caer de nuevo sobre una de las sillas. Terminó su café e intentó no pensar en asesinos persiguiendo a su hermanita.

En realidad, era mucho mejor cuando no vivían juntos porque, como decía el refrán español que le había enseñado su abuelo: ojos que no ven, corazón que no siente. Sin embargo, ahora estaba al tanto de todos sus movimientos y su vena protectora había aflorado de nuevo.

Salió de casa sobre las nueve, después de asegurarse de que Lucas estaba bien y de llamar a Gádor para preguntarle cuándo regresaría. Ella le mandó a la mierda y le colgó, cosa que Martín pensó que merecía.

Llegó al trabajo con dolor de estómago, tanta preocupación por todo el mundo le iba a pasar factura algún día y le provocaría una úlcera. Se masajeó el abdomen y entró en el despacho directo a por una de sus pastillas antiácido que tenía en el primer cajón del escritorio.

—¿Otra vez estás jodido, Martín?

Al escuchar la pregunta levantó la cabeza del cajón donde rebuscaba con ansiedad esas malditas pastillas y vio a Alexis, su compañera.

—Mucho. ¡No encuentro esas putas pastillas de los cojones!

—Para, por Dios, tu vocabulario escandalizaría incluso al tipo más duro del Bronx. —Le sonrió, metió la mano en el cajón y, a la primera, sacó entre dos de sus dedos el blíster con las pastillas.

—¿Cómo coño lo haces? —preguntó sorprendido. Él llevaba un buen rato mirando y moviendo todas las cosas inútiles que llenaban el cajón y no las había visto, y ella, en un instante, las encontraba.

—Soy madre, tengo un súper poder especial para encontrar las cosas perdidas. —Su sonrisa le iluminó la cara.

Alexis era su compañera desde que entró a formar parte del grupo de detectives de la comisaría, y la verdad era que se habían adaptado muy bien. Hacían un buen equipo y se entendían con una simple mirada.

Le llenó un vaso en el dispensador de agua que estaba junto a su mesa y se lo tendió.

Martín dejó caer la pastilla dentro y esperó a que se deshiciese del todo mientras miraba hipnotizado las burbujitas que flotaban en el agua.

—¡Qué asco, sabe a rayos! —exclamó dando pequeños sorbos y poniendo muecas.

Alexis se sentó en su silla y encendió su ordenador.

—Deberías tratar de tomarte la vida con más tranquilidad. Seguro que ya has

estado preocupándote por todo.

Martín se dejó caer hacia atrás en su silla y se restregó la cara con una de sus manos.

—No puedo remediarlo.

—¿Qué ha sido esta vez?

—Gádor...

—¿Ha querido salir de noche y llegar tarde a casa, y a ti casi te da un infarto? O tal vez, ¿te enteraste de que ya no es virgen? —preguntó con tono burlón.

—Eres la hostia de graciosa.

—Lo sé. —Puso uno de sus codos sobre la mesa, apoyó la mano en su mentón y pestañeó de manera cómica mientras lo miraba.

—Tú no puedes entenderme.

—No, ni yo, ni nadie. Martín, tu hermana es mayor de edad, tu hermano también y tú tienes una vida. ¡Vívela y deja de preocuparte por los demás!

—Yo vivo mi vida —dijo sin convicción, no se creía ni sus propias palabras.

—¿Ah, sí?, y dime, amigo, ¿cuánto tiempo hace que no ves a tu novia? ¿Cuánto que no salís los dos juntos a cenar o a bailar, o a follar como conejos?

Martín se quedó callado, Alexis tenía razón. Tenía su vida y su relación totalmente descuidadas. Se había centrado en sus hermanos y dejado de lado a Linda.

Suspiró con fuerza y tomó el teléfono, dispuesto a llamarla para hacer planes esa misma noche. ¡Joder, llevaban dos meses sin ni siquiera besarse! Al pensarlo, un nudo le apretó fuerte el estómago. ¿Cómo era posible que ni siquiera sintiese la necesidad de estar con ella? Desde el entierro la había visto... Intentó recordar cuantas veces, pero sacudió la cabeza con tristeza, porque habían sido tan pocas que daba pena.

—Hola, cariño —contestó Linda desde el otro lado de la línea.

—Hola, Linda —dijo en voz alta para que Alexis pudiese escucharlo; ella se levantó de la silla y comenzó a bailar como una loca mientras le vitoreaba. Le hizo reír y tuvo que tapar el teléfono con una mano para que Linda no lo escuchase.

—¿Cariño? —preguntó Linda al ver que el silencio se prolongaba.

—Sí, hola, perdona, estaba con unos papeles —le mintió—. Estaba pensando..., ¿te apetece que cenemos en tu casa?

—¿Hoy?

—Sí, claro...

—Hoy no puedo, tengo cena con papá.

—¿Mañana?

—¿Domingo? Cariño, ya sabes que los domingos paso el día con la abuela.

—Joder, pues ¿el lunes? —Siempre tenía excusas, una vida planificada y millones de cosas que hacer.

—Me encantaría, pero tampoco puedo. Ya sabes que hace unos meses que tengo que cubrir el programa de las tres de la mañana. Imagina, un programa que nadie escucha nunca, estoy harta. —Al recordar el maldito programa su tono cambió, ahora parecía enfadada, pero él lo estaba más.

—Vaya, pues lo siento. Pero... Podríamos quedar a eso de las diez, cenar algo y luego tal vez... Te acompañaría a la emisora después de... Bueno, ya sabes...

—Lo siento mucho, mi amor, pero necesito dormir. Si quieres quedamos otro día.

Le dieron ganas de gritar «llevamos dos meses sin follar, sin besarnos tan siquiera y a ninguno de los dos parece importarle».

—Vale, otro día será. —Bajó su mirada con tristeza, esa relación estaba terminada, pero ninguno se atrevía a decirlo en voz alta. En ese preciso momento entendió a Gádor, comprendió perfectamente lo que dijo de Jackson. Él también necesitaba un cambio, un aliciente.

—Te llamo, ¿vale, mi amor?

—Sí, sí, claro, cuando quieras. —Su voz sonaba triste, pero a ella pareció no importarle, porque después de un simple adiós, colgó.

Martín se recostó en la silla y cerró los ojos.

—Mucho cariño, amor y luego te deja colgado —refunfuñó Alexis.

—¿Qué pasa contigo?, ¿has estado atenta a toda la llamada? —Abrió los ojos y la miró enfadado.

—No he podido remediarlo, se escuchaba perfectamente. —Se mordió el labio inferior como una niña cuando la pillan haciendo algo que no debe.

Martín resopló.

—Esa tía no te merece. ¡Madre mía, nunca vi tantas estúpidas excusas juntas!

—No hay quien te entienda; primero, me dices que quede con ella, y ahora, que no me merece. Joder, Alex, aclárate, coño. —Su tono era áspero, enfadado, pero no era con ella con quien quería discutir. Se dio cuenta de inmediato, estaba pagando su mal humor con su compañera e intentó rectificar—. Perdona... yo...

—No pasa nada, tienes razón. No tenía que haber escuchado la conversación. Te seré sincera, Martín. Linda me gusta, es buena chica, pero... creo que no es lo que necesitas, lo que buscas es otra cosa.

—¿Sabes qué es lo que yo busco? —preguntó con ironía.

—Sí.

—¿Y eso lo sabes porque eres madre? —siguió con el cachondeo, recordando la respuesta que ella le dio al encontrar sus pastillas.

—No, eso lo sé porque soy experta en hombres y en esa mierda que llaman amor.

Alexis llevaba sola el año que tenía su hija porque el padre no se quiso hacer cargo y ella lo despachó de inmediato. Además, su corazón latía por otro desde hacía tiempo.

—En eso te voy a dar la razón, es una mierda muy grande.

—Pero no todo el mundo es como ella, Martín. No te obceques en una mujer que no te ama y a la que tú no amas.

—Otra vez te contradices; si es una mierda, lo es siempre, no me digas ahora que no todo el mundo es igual. Además, no me apetece hablar con mi compañera sobre estos temas, sinceramente prefiero dejarlo, no me siento cómodo.

—Pensé que éramos amigos —dijo con tristeza.

—Y lo somos, pero...

—Pero —le interrumpió— no te gusta que te abran los ojos a la evidencia. Se removió nervioso en su silla.

—Pues quizá sea eso. Por favor, ¿podemos dejarlo?

—Como prefieras.

Dejó de mirarlo y se centró en el ordenador y en el informe que tenía que redactar. «Quiero mucho a Martín, mi única pretensión es ayudarlo. Si le he azuzado para que llame a Linda es porque sabía que ella iba a poner una excusa tras otra para no verlo, ya lo ha hecho otras veces» se mintió a sí misma, porque la verdad era que le amaba, que estaba tan enamorada que los celos la mataban e intentaba hacerle ver la realidad. ¿Por qué estaba con él si no lo quería? ¿Por qué le daba largas y no lo dejaba ya? No entendía cómo, teniendo un hombre tan maravilloso a su lado, no lo cuidaba y amaba como él se merecía. Maldita suerte, si fuese ella..., si Martín fuera su pareja, estaría deseando estar con él, estaría deseando... Cerró los ojos, no quería sentir ese calor que estaba empezando a recorrerle todo el cuerpo tan solo de pensar en ella y Martín en la cama, desnudos. Sacudió la cabeza para borrar esa imagen de su mente. Martín era su amigo, su compañero y nada más, entre ellos nunca podría haber nada, nada...

La jornada transcurrió con una salida para investigar uno de los casos en los que estaban trabajando, con dos informes y con intentar separar a Dexter, uno de sus compañeros, de una caja de donuts calentitos y sabrosos, para dar cuenta entre ellos dos de parte de su contenido. Les costó, pero trabajaron en equipo y al final se hicieron con el botín. Cuando se marchaban para casa, Dexter continuaba buscando sus donuts e interrogando a todos sobre su paradero, mientras los culpables se iban por la puerta de la comisaría muertos de risa y

saboreando el azúcar glas del último que se habían zampado.

—¿Vas para casa? —preguntó Alexis en el parking.

—No, creo que iré a tomar una cerveza. Me la he ganado. ¿Te apetece?

Alexis estaba tentada de aceptar, pero en esos momentos y después del pensamiento calenturiento que había tenido con él, prefería poner tierra entre los dos, estaba muy sensible y no se fiaba de sí misma.

—No puedo. Mi niña me espera. —La puso como excusa, cuando lo cierto era que ni siquiera estaba ese fin de semana con ella, había ido a pasar unos días con su madre.

—Otra vez será. —Se acercó a ella y le dio un casto beso en la mejilla derecha, pero a Alexis le pilló con la guardia baja y, sin poder evitarlo, dio un salto hacia atrás y un grito de sorpresa. En esos momentos, lo que menos necesitaba era sentir los carnosos labios de Martín sobre su piel caliente.

—Eh, ¿qué te pasa? —preguntó Martín extrañado por su reacción, ellos siempre se despedían así, no entendía por qué esta vez parecía asustada.

—Nada... yo... Estoy cansada... —Compuso una sonrisa forzada y se subió en el coche a toda velocidad. —Buenas noches —dijo asomándose por la ventanilla y el auto salió a todo trapo, con tal velocidad que las ruedas chirriaron.

—¿Quién entiende a las mujeres? —se preguntó Martín en voz alta. Se encogió de hombros y caminó hacia la salida del parking.

Caminó hasta la cafetería The Charly's. Estaba tan cerca de la comisaría que los policías pasaban más horas allí que en sus casas.

Charly era la dueña, una mujer cariñosa que los trataba como reyes y que tenía una cocinera cuyas hamburguesas debían de ser nombradas patrimonio de la humanidad.

Entró en la cafetería, a esas horas un día de diario estaría atestada de gente, pero al ser sábado y las diez, apenas quedaban dos personas sentadas cerca de barra y una pareja acaramelada en una de las mesas más apartadas y solitarias.

Martín se sentó en uno de los altos taburetes y saludó a Alma, la camarera que Charly había contratado hacía un año.

—Hola, ¿no está Charly? —saludó Martín y la bonita morena, que estaba secando unas copas, le lanzó una brillante sonrisa.

—Hola, Martín. No está, ha salido. Hoy no ha habido mucho movimiento y entre Munro y yo nos hemos apañado.

—¿Le pasa algo? —Charly no solía faltar nunca.

—Si te lo cuento no dirás nada, ¿verdad? —preguntó.

—Mis labios estarán sellados. —Hizo el gracioso gesto de cerrar una cremallera sobre su boca.

Alma se aproximó a él todo lo que la barra le permitió, miró a ambos lados

para cerciorarse de que nadie la escuchaba, y le susurró.

—Quedó con un chico. —Sonrió traviesa—. Uno que está como un quesito. Uf, qué calores me han dado al verlo entrar.

Martín se carcajeó, Alma era tan directa, fresca, sin pelos en la lengua, pero a la vez tan tímida y sus mejillas se teñían de una forma deliciosa cada vez que se sentía avergonzada.

—Vaya, vaya. Jugoso cotilleo —dijo guiñando un ojo.

Alma soltó una risilla traviesa y se empinó más sobre la barra para aproximarse a él.

—Creo que nuestra Charly se ha enamorado —susurró sobre su oído y sus labios le tocaron sin querer.

Martín sintió cómo una especie de corriente le recorría todo el cuerpo. Cerró los ojos y aspiró el perfume de Alma.

«¡Dios, huele tan bien!», pensó; le recordaba algo... Una erección creció con fuerza.

«Joder, necesito follar». Quizá fuese el tiempo de abstinencia lo que le había provocado que Alma se la pusiese dura, quizá había sido su olor a flores, en concreto a una determinada, pero no sabía cuál era, pues su conocimiento en esa materia era escaso.

Estaba excitado y tan solo le había rozado el lóbulo de la oreja con los labios. ¿Qué le estaba pasando?, ni con Linda le ocurrían cosas así.

Se retiró con premura, temía que ella lo notara. Pero..., qué tontería, ¿cómo lo iba a notar? No le iba a mirar el paquete, Alma no era así.

—¿Qué te pongo? —preguntó, ajena a lo que Martín estaba sintiendo.

«Cachondo», pensó. Agitó la cabeza para borrar esa palabra.

—Una cerve-ve-veza —tartamudeó. Por primera vez en su vida, Martín no era el tipo seguro de sí mismo, ese que no perdía el pulso por nada y que era capaz de mantenerse firme en cualquier situación peligrosa.

«¿Qué coño me está pasando?», se desesperó.

Miró con atención cómo la pequeña morena se acercaba al grifo y le servía una cerveza.

Era una chica atractiva, pero no de una manera llamativa. Bajita, muy bien proporcionada, grandes pechos y con algo especial que llamaba la atención.

Su mirada era dulce, su cara redonda con una piel que se veía suave. Labios finos y pelo negro.

Dejó la copa frente a él y Martín continuó embobado mirándola como si la viera, de verdad, por primera vez.

Llevaba una camiseta simple de manga corta que se le ajustaba a sus curvas y que dejaba ver el tatuaje que cubría casi por completo su brazo derecho. El

dibujo era una sencilla enredadera cubierta con pequeñas flores azules y rojas; parecía partirle desde el hombro, pero la camiseta lo tapaba. Martín sintió la necesidad de subirle la manga para ver hasta dónde llegaba el intrincado camino de las flores. La enredadera descendía hasta casi tocar su mano. Era bonito y le resultó de lo más sexy.

Esa noche no llevaba su pantalón de uniforme, sino una minifalda que le permitió recrearse en unas preciosas y rectas piernas, gruesas y firmes, muy atractivas, tal como a él le gustaban.

No podía quitar sus ojos de ella. La observó todo el rato que estuvo en el café, mientras Alma no paraba de hablarle. Pero él no escuchaba, tan solo la sonreía y asentía.

—¿A qué hueles? —le preguntó de golpe. Alma arrugó la nariz sorprendida por su pregunta repentina—. Sé que es una flor, pero no recuerdo...

—Jazmín —contestó.

—Me gusta.

«¡Jazmín!, ese era el olor de Mary»; sus ojos se abrieron sorprendidos. Era el mismo aroma que había notado en la que era ahora su habitación. Un escalofrío recorrió su columna, parecía una señal... «No, no», sacudió la cabeza. «Es solo casualidad», se dijo.

—Vaya... —Ajena a los pensamientos de Martín, Alma se puso roja y bajó la mirada avergonzada mientras intentaba cubrirse con el pelo la cara. Otro punto a su favor, a Martín su arrebato de timidez le pareció de lo más dulce y espontáneo. Sonrió encantado—. Gracias.

Uno de los clientes se acercó a pagar y Alma se apresuró a atenderlo dejando a Martín solo, pero con su mirada aún clavada en ella.

¿Por qué no se había fijado antes en su belleza? ¿Por qué hasta esa noche, precisamente, no se había dado cuenta de lo sumamente atractiva que le resultaba? Parecía como si algo le impulsase hacia la camarera, como si una fuerza mágica, de repente, le hubiese retirado un velo de los ojos, uno que le impedía ver a Alma. Se encogió de hombros, no tenía respuestas para esas preguntas, pero lo que sí tenía claro era que la magia no existía, ¿o sí?

Cabeceó enfadado con sus propios pensamientos absurdos, tenía que ser racional y dejar de lado lo ilógico e imposible.

Dejó escapar un suspiro y analizó su nueva situación. Que esa pequeña morena le atrajese, que hubiera conseguido excitarlo, tan solo quería decir una cosa: tenía que terminar su relación con Linda. Ella no le hacía sentir ni la mitad de lo que con Alma acababa de experimentar. Su relación había llegado a su fin.

La puerta de la cafetería se abrió de golpe. Martín percibió una extraña sensación, como un escalofrío; una inquietud le obligó a girarse para ver quién



estaba entrando tan sigilosamente que apenas se le escuchaban los pasos.

—Hola, Alma —le escuchó.

—Hola, Jazz. ¿Cómo te va?

El tipo se sentó a su lado. Lo miró con recelo. Tenía algo que no le gustaba nada y Martín nunca se equivocaba con sus primeras impresiones.

—Bien. Hoy termino pronto de trabajar. ¿Y tú?

Martín seguía con la mirada el diálogo entre ese tal... Jazz y Alma.

—Agotada. —Le sonrió y a Martín se le secó la boca. Le desagradaba la manera en la que Jazz la miraba—. Oh, perdón, Martín —dijo reparando, por fin, en él—. Te presento a Jazz. Jazz, él es Martín.

Ambos se estrecharon la mano, imprimiendo más fuerza de la normal. Con sus miradas se estudiaban como si fuesen dos contrincantes a punto de pelearse. No se dijeron nada, simplemente asintieron con la cabeza.

El ambiente se enrareció de repente. Se había creado una extraña e injustificada enemistad entre esos dos hombres que ni siquiera habían cruzado una palabra.

—¿Qué te pongo, Jazz?

Era una pregunta inocente, pero a Martín le dolió como si le hubiesen dado un puñetazo. Recordó lo que vino a su cabeza cuando ella le preguntó a él y su estómago se revolvió tan solo de pensar que Jazz estuviese pensando en lo mismo.

—Una cerveza —contestó, clavando su mirada en Martín. Parecía leerle el pensamiento. A Martín le dieron unas tremendas ganas de asestarle un puñetazo y borrarle esa estúpida sonrisa con la que lo estaba mirando. Le provocaba y era consciente de ello.

¿Qué tenía ese tío que le repelía con tanta intensidad? Era un tipo normal, alto, rubio, fuerte. Nada destacaba en él. Y Alma no parecía interesada, para ella simplemente era un cliente más. Entonces, ¿por qué Martín lo sentía como si fuese su enemigo?

Alma y Jazz charlaban mientras que Martín intentaba no prestarles atención. Deseaba irse, pero no lo hizo porque no quería dejarla a solas con él.

Alma intentaba hacerle partícipe de su conversación, integrarlo, pero Martín tan solo usaba monosílabos como contestación a sus preguntas e intentaba intervenir lo menos posible.

Jazz se tomó su cerveza, pagó y se marchó después de despedirse de ambos.

Un suspiro de alivio salió de la boca de Martín cuando sintió cerrarse la puerta tras Jazz. Por fin volvía a respirar con tranquilidad.

—¿De qué conoces a ese tío?

—Es un cliente. Viene muy a menudo.

—No me gusta.

—¿Por qué? —Alma lo miró sorprendida.

—No lo sé. Pero hazme caso, aléjate de él.



## Capítulo 5. El silencio de los corderos.

Domingo, 11 de junio de 2017.  
Emisora WHTZ.

Linda estaba muy enfadada, no podía disimularlo; en su expresión seria y en su manera de mirar a su jefa se notaba, sin tapujos, que su decisión de encargarle el programa de las tres de la mañana la tenía muy cabreada.

Llevaba ya más de seis meses al frente y, cada lunes, era para ella un suplicio. Aunque, siendo sincera, tenía un aliciente...; sacudió la cabeza para quitarse ese extraño pensamiento.

—¿No puedes darle el programa a otro? —intentó de nuevo escaquearse.

—Sí puedo, pero no quiero. —Eva no tenía paciencia y menos para soportar a esa rubia que la tenía harta. «Se cree una diva, cuando tan solo es la colaboradora en uno de los programas con menos audiencia de la emisora. Se pavonea con sus taconazos, sus faldas de tubo y su larga melena rubio platino. Todo en ella parece asquerosamente perfecto. Siendo su papá uno de los accionistas de la WHTZ no me quedó otro remedio que contratar a su nena cuando esta terminó su carrera de comunicaciones», pensó enfadada.

Eva odiaba a ese tipo de mujeres, aunque, si fuese sincera consigo misma, se daría cuenta de que no era ani-madversión, sino envidia, el sentimiento que le provocaba Linda. Era preciosa, tanto que no podría pasar nunca desapercibida y eso le molestaba.

«Un millón de candidatas mucho más preparadas y mejores, chicas con una voz aterciopelada, sugerente, una voz hecha para las ondas, y me tuve que quedar con esta pedante con cuerpo de modelo», se dijo al mirarla, allí de pie, con su hermosa melena llena de suaves rizos rubios y su traje de diseño impecable que se ajustaba a sus formas. Pero otra vez era la envidia la que se colaba dentro de su cabeza, pues la realidad era que Linda había sido la mejor de su promoción, con unas notas excelentes, tenía una preciosa voz y su padre nunca se había metido en las decisiones de la emisora.

—Ese programa no lo escucha nadie —insistió. Por culpa de Iam, el locutor

que cubría esa hora y su rotura de pierna por su estúpida idea de hacer paracaidismo, ahora ella se tenía que quedar a cubrir un programa ridículo donde se suponía que los oyentes llamaban para contar sus mierdas absurdas, pero muy pocos lo hacían y el locutor se pasaba todo el tiempo poniendo música—. A esas horas solo llaman locos y algún que otro insomne tocapelotas —protestó de nuevo.

Eva, que estaba sentada tras su escritorio, se puso de pie para enfrentarse a la «rubia tonta», como la llamaba. Lástima que, como era tan alta, se quedaba muy por debajo, así que no le quedó más remedio que levantar bien la cabeza para enfrentar sus ojos, pues ni empinándose le llegaba a los hombros.

—Querida, todos nuestros oyentes merecen respeto, no te consiento que hables así de las personas que te dan de comer. —La señaló con un dedo—. Si quieres continuar en esta emisora, harás lo que yo te diga, y este lunes de madrugada a las tres estarás en el aire respondiendo llamadas. La puerta está abierta para ti, tanto para entrar como para salir, y no te salvará que tu padre sea el máximo accionista de la emisora.

Linda clavó sus ojos azules en los de Eva. Le molestaba tanto que se la juzgase por ser la hija del máximo accionista cuando jamás había acudido a su padre para entrar, cuando había pasado las pruebas, los exámenes, cuando se había esforzado tanto en la universidad. Eva siempre era cruel y despiadada con todo el mundo, pero con ella de manera especial. La había arrancado de su programa del mediodía, con el que había conseguido mucha audiencia, para dejarla en ese de la madrugada; y ella había aceptado sus órdenes aun a sabiendas de que, si hablara con su padre de lo que estaba sucediendo, intervendría en su ayuda, pero Linda era una mujer fuerte y debía luchar sus propias guerras sin la ayuda de nadie.

Se tragó todo lo que deseaba decirle a su jefa. Quería ese trabajo y sabía que, tarde o temprano, le reconocerían su valía, solo era cuestión de esperar y ser paciente.

—Allí estaré —claudicó.

Eva se sentó de nuevo tras su silla.

—Bien. —Linda continuó de pie frente a la mesa de su jefa, que otra vez tecleaba en su ordenador, pero al ver que no se movía la miró—. ¿Quieres algo más, Linda?

—No, no... —Lo que deseaba era gritarle por su injusticia. Se sentía tan menospreciada...

—Pues puedes irte, tengo muchas cosas que hacer.

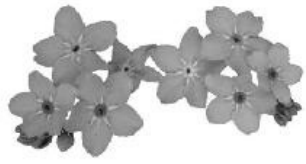
La puerta se cerró y Eva levantó la cabeza del teclado; había estado disimulando, tratando de perderla de vista. La odiaba de una forma visceral

porque tenía todo lo que ella deseaba. La había denigrado a un programa sin audiencia, uno en el que pasaría su vida de locutora sin pena ni gloria.

Linda salió con rapidez del despacho. Estaba cansada de que su jefa la tratase así. No era ninguna enchufada, era una profesional con ganas de mostrar todo lo que valía.

Caminó cabizbaja y triste. Encima, Martín la había llamado para invitarla a cenar y, por culpa de ese estúpido programa, se quedaba sin poder verlo. Aunque, siendo sincera, no le importaba demasiado. Hacía tiempo que Linda no deseaba estar con su novio y buscaba excusas. Pero miraba hacia otro lado, no quería ver la realidad, no deseaba enfrentarse a sus fantasmas.

Lo único que le hizo sonreír fue el pensar que la madrugada del lunes, de nuevo, podría trabajar junto a Allan. Él era el único aliciente de ese programa, de sus noches de lunes aburridas y monótonas, de sus días. Se paró de golpe, «deseo ver más a Allan que a Martín», se reconoció preocupada.



## Capítulo 6. Pulp Fiction.

Lunes, 12 de junio de 2017.  
04:00 h.

### *Asesino*

Las noches en blanco son para mí un castigo. Mi cabeza gira, da vueltas y no para de jugarme malas pasadas. Las ansias de volver a matar me pueden, me hacen incluso sentirme enfermo.

Cada noche revivo cada una de las muertes de las que he sido el artífice. Cada noche aprieto con fuerza sus cuellos hasta escuchar su último resuello, siento cómo sus tráqueas se aplastan, cómo se retuercen, cómo sus ojos suplican que pare y yo no puedo, no deseo parar nunca. El aroma a muerte me envuelve, lo respiro con fuerza, pues me excita.

Me gusta revivir de nuevo cada una de esas muertes, pero en especial la de la primera, pues por su culpa descubrí el placer tan intenso y sublime que me provoca matar. Me carcome la necesidad de volver a asesinar. Mis manos hormiguean por sentir cómo, apretando con fuerza la garganta de mis víctimas, poco a poco el aire se escapa de sus pulmones hasta que no queda nada, hasta quedar vacíos y por fin quedan inertes entre mis brazos.

Pero no es fácil encontrar a las víctimas más adecuadas. Se requieren una serie de características para que cree mis obras. No todas valen. Siempre busco mujeres parecidas a... a ella. Tienen que tener un ángel, un alma limpia y pura que se dibuja en sus ojos. He deseado asesinar a otras, pero yo soy un artista, me debo a mi público y no todas son buenas candidatas.

Estos años han sido terribles para mí. Muchos obstáculos me separaban de lo que ansiaba, me vigilaban, pero ya, por fin, he roto mis ataduras; he terminado



con lo que me frenaba, ahora soy libre.

Por fin regreso, de nuevo saldré a buscar una víctima.

Aunque mi último asesinato ha sido hace poco, nada ha tenido que ver con mis otras chicas. A ella la maté por la terrible necesidad de deshacerme de un estorbo en mi vida. Tan solo hice una excepción, pero ella..., ella, fue un error, me obligó... No fue nada especial, solo algo práctico. Pero he de confesar que tuve el inmenso placer de dejar mi sello, aunque por desgracia nadie sabrá nunca que ella también fue una de mis víctimas.

Esta noche estoy como siempre, despierto. Miro por la ventana seguro de que mi próxima creación estará allí fuera, esperándome. Solo tengo que buscar, estar atento...

La radio suena muy baja, me entretiene y me ayuda a apagar la voz que grita en mi cabeza suplicando que vuelva a matar.

Son ya las cuatro y solo he logrado dormir una hora. Me dan ganas de golpearme la cabeza contra el cristal. No podré soportar otra noche así. Definitivamente, me tomaré las putas pastillas para dormir.

—Muy buenas noches queridos oyentes. Mi nombre es Linda y esta madrugada la pasaremos juntos. —La voz sale de la radio, es bonita, melodiosa y muy sugerente, por eso la escucho todos los lunes por la noche.

Me gusta este programa, lo sigo desde hace tiempo. Llama gente con la que en cierto modo me siento identificado. Muchos son como yo, almas perturbadas, hombres y mujeres que sufren, que tienen secretos que desean contar más que nada en el mundo y que, en el anonimato de la radio, sabiendo que muy pocos están a estas horas conectados, tienen el valor de contar sus miserias.

—Como todos los lunes, os invitamos a llamar. ¿A qué esperáis?, estoy deseando conocerlos.

Cierro los ojos y su voz me atrapa. ¿Y si llamase? Parece que es conmigo con quien quiere hablar. Podría ser divertido.

Hace tanto tiempo que necesito hablar con alguien sobre mis..., ¿cómo definir las?, obras de arte. La policía no entiende nada, se limitan a investigar y no se dan cuenta de la imagen tan maravillosa de esas mujeres tumbadas sobre la hierba, con sus ojos cerrados como si estuviesen dormidas y esa paz que de sus cuerpos parece emanar. No se fijan en su postura, que recuerda a una bailarina dando un salto; ni en sus labios, que pinto de color rosa; o su pelo negro, que adorno con flores. Solo ven la muerte, no el arte que emana de mi creación.

Tomo el teléfono entre mis dedos y marco el número de la emisora de radio. Solo tengo que presionar la tecla de llamada. Sudo, tengo miedo de ser reconocido, pero... Deseo tanto hablar con Linda... Quizá sea ella la que me está esperando.

—Muy buenas noches. ¿Cuál es tu nombre? —Sin darme cuenta, he pulsado la tecla de llamada y ella me está preguntando.

Me sudan las manos, mi corazón bombea rápido. Me gusta la sensación de riesgo, es como asesinar, la adrenalina corre por mis venas cuando las persigo, sé que alguien puede verme y eso me excita aún más.

—Hola. —Procuro cambiar mi voz. La pongo ronca, muy ronca. No quiero que nadie me reconozca.

—¿Cuál es tu nombre? —vuelve a preguntarme cuando, al cabo de unos segundos, solo se escucha mi respiración.

—No puedo decirlo. Llámame señor X.

—Vaya, qué misterioso. —Su voz suena insinuante y decido acostarme. Me tumbo en la cama y apoyo la cabeza en la almohada—. Encantada, señor X. ¿De qué te apetece hablar?

Sé que suena loco, pero creo que estamos solos Linda y yo, que nadie más nos está escuchando.

—Me gustaría contarte un secreto. Algo que nadie sabe.

—En nuestro programa nos encantan los secretos. Te escuchamos, señor X.

Chasqueo la lengua, no me gusta que me recuerde que estoy hablando para una emisora de radio, quiero sentirla mía. Nunca me ha gustado compartir.

—¿Señor X, sigues ahí? —Suena su voz y me saca de mis pensamientos.

—Sí.

—Cuando quieras, puedes empezar.

Me acomodo bien en la cama, mi historia es larga, pero le haré un resumen.

—Siempre me he sentido diferente a los demás. Un incomprendido. Siempre he sabido que debía ocultar mis deseos, mis gustos, porque estaban prohibidos. Pero al amor no se le pueden poner obstáculos, trabas, y el mío era intenso, fuerte. Sabía que jamás me correspondería e intenté encontrar un sustituto y, por casualidad, lo hallé en ella. Se llamaba Candice, era perfecta, un amor posible. Intenté olvidar a mi otro amor y la usé a ella, la utilicé como un mal sustituto.

»Por un tiempo, Candice me dio lo que precisaba. Me alejó de mi amor verdadero y yo se lo agradecí, porque necesitaba olvidar, romper con una pasión imposible.

»Un día... —Cierro los ojos para recrearme en ese momento. Dentro de mi cabeza, logro ver las imágenes, su cara, e incluso siento mi dolor, mi rabia...—. Una tarde de verano, la invité a caminar por el parque.

»A esas horas y por esa zona ya no había nadie y los dos aprovechamos para follar sobre la hierba. La tocaba, pero pensaba en mi amor; no eran las caricias de Candice las que deseaba. La besaba, pero no eran los labios de ella los que sentía.

»Me corrí, y ella también. Pero en mi cabeza resurgía la imagen de mi amor y yo tenía ganas de llorar. Me sentía sucio, me asqueaba a mí mismo y ella me miraba, enamorada, con el reflejo de la felicidad en sus ojos. No quería pecar..., me odiaba..., y la odiaba por ser un mal sucedáneo.

—No es bueno guardar rencor. —La voz de la locutora me interrumpe—. Debes pasar página, olvid...

—¡Déjame terminar mi historia! —grito enfadado. No me gusta que me interrumpan cuando estoy hablando, es algo que me saca de quicio.

—Perdona, pero creo que... —Su voz suena muy enfadada.

—Perdón, lo siento. —Decido disculparme, no por estar arrepentido de mi arranque, sino porque deseo seguir contando mi historia y temo que me corten la llamada.

—Está bien —cede—. Continúa.

Tomo aire con fuerza un par de veces y prosigo con mi narración:

—Durante un tiempo salimos juntos; yo disimulaba y ella parecía no darse cuenta de nada. Una noche, una noche... —Ahora llega el momento, se acerca ese instante en el que por fin puedo revelar, por primera vez, mi secreto mejor guardado. Aquel que nadie conoce—. Regresamos a ese rincón escondido donde habíamos follado, donde me había roto en mil pedazos. Ella me dijo «te quiero» y mi sangre hervía, mi corazón sangraba. De repente, mi odio hacia ella creció, intenso, quería limpiar mi pecado con esa mujer, pero lejos de sentirme redimido, me sentía peor y ella... ella tenía la culpa. La sujeté con fuerza de un brazo. Se asustó.

»—¿Qué te pasa? —me preguntó atemorizada. Miró mi mano e intentó soltarse, porque le hacía daño. Su reacción era de lo más lógica, pues estoy seguro de que mi mirada expresaba todo el odio que en esos momentos sentía por ella.

»Sus ojos reflejaban tal pánico que consiguió que mi ira aumentara, que la furia se apoderara de mí y la agarré con más fuerza. Estaba aterrorizada, podía verlo en la expresión de su cara y no dejaba de amenazarme con que gritaría si no la soltaba. Pero yo no la solté, ya no podía.

»Forcejamos hasta que caí sobre ella. Comenzó a pedir ayuda y yo la acallé poniendo una de mis manos sobre su boca. La apreté con fuerza. Mi mano es tan grande que cubría tanto su boca como su nariz y ella era tan pequeña, tan frágil...

A estas alturas de mi narración estoy tan excitado que mi respiración se vuelve pesada y, por un instante, olvido que debo distorsionar mi voz. Seguro que graban todos los programas, seguro que la policía terminará escuchando mi declaración. Así que, por un instante, callo y me obligo a serenarme.

—¿Señor X? —Escucho la voz temblorosa de la locutora. Ella también

parece asustada.

—Sigo aquí. —Cuento hasta diez y continúo—. El cuerpo de Candice tembló, sus ojos lloraban y con su mirada me pedía clemencia. Pero yo no podía parar, ya no. Sentí cómo poco a poco su vida se iba escapando. Cómo el brillo de sus ojos se apagaba y cómo su cuerpo dejaba de moverse en un absurdo y estúpido intento de liberarse.

»Mi mano continuó ejerciendo presión y mis ojos siguieron clavados en ella. Se fue y, sin embargo, yo me sentí más vivo que nunca.

—Oh, Dios mío —escucho decir a Linda.

—No, Dios no estaba allí. Dios no estaba, nunca ha estado a mi lado; soy un pecador y él no puede perdonarme.

—Pero... —vaciló asustada.

—La maté, Linda, terminé con su vida y entonces descubrí que asesinar me gustaba.

»Cuando me levanté de encima de ella y la vi tendida en la hierba, pensé que era lo más hermoso que había visto nunca. Como una obra de arte. Parecía dormida y su melena oscura estaba cubierta de las pequeñas florecillas de color azul que, al forcejear, se habían arrancado del suelo. La hacían más hermosa aún y parecían decorarla como si fuese el tocado de una novia.

»Ese fue el principio, así comenzó todo, y ahora vivo tan solo para revivir esos instantes, para volver a sentirme vivo. Para culminar mi obra.

\*\*\*

No había estado preparada para lo que había ocurrido. Un tipo acababa de narrar a sangre fría, e incluso con placer, cómo había asesinado a una mujer.

Linda llegó a la emisora con tiempo de sobra para prepararse un programa que pensó sería aburrido.

Al mando del control estaba Allan, un chico tímido y apocado con unos enormes ojos azules que, de haber sido más lanzado, seguro se llevaría a las mujeres de calle. Pero era tan insulso, tan soso, que pasaba desapercibido para todos, menos para ella...

Empezó el programa muy enfadada. Entre que no tenía ganas de hacer ese espacio y el hermetismo de Allan, que lo había hecho todo mucho más complicado, había sido una carrera desesperante por terminar cuanto antes y marcharse a casa para intentar olvidar esa noche. Pero la llamada de ese tipo lo había cambiado todo.

Linda pensó que nadie telefonaría y que, si lo hacía, sería una mujer para contar que vivía rodeada de gatos o que tenía insomnio desde pequeña, pero eso..., eso jamás lo habría imaginado.

Cuando Allan le hizo la señal que le indicaba que estaban en el aire, comenzó el programa como quien toma un pico para hacer una zanja, con esfuerzo y sin ninguna gana.

Entonces, a su llamada, respondió el señor X. En un principio, su voz ronca le resultó atractiva y pensó que quizá la noche no iba a ser tan aburrida. Pero aquello..., aquello...

—Oh, Dios mío, oh, Dios mío, Oh... —Allan había puesto música, soltado los controles, y estaba junto a Linda, intentando tranquilizarla. Estaba en *shock* y no paraba de temblar.

Allan no entendía de mujeres, no sabía cómo debía actuar para ayudarla y lo único que se le ocurrió fue abrazarla. Pensó que ella lo rechazaría, pero, para su sorpresa, se aferró con tal fuerza a su camiseta de los Rolling Stones que pensó que se la rompería. Pero por Linda haría una excepción, por ella se dejaría manchar, incluso romper esa camiseta, aunque llevaba años con él y era su preferida.

Linda aceptó el refugio de esos..., tocó con disimulo sus pectorales. ¡Por cierto, Allan estaba fuerte! Quién iba a decir que ese muchacho que parecía poca cosa ocultaba tanto músculo.

Se separó de su cuerpo y lo miró a los ojos. «¡Vaya, qué ojos tan bonitos!» pensó, y poco a poco el estado de ansiedad en el que había entrado, después de la llamada del señor X, se fue disipando.

—¿Es-estás mejor...? —tartamudeó Allan.

Linda lo miraba embelesada y él no estaba acostumbrado a eso. Carraspeó, pues no le quitaba los ojos de encima y se sentía extraño. ¿Desde cuándo una mujer como esa se fijaba en un tipo como él?

Eran todo lo opuesto. Él, un tío solitario, nada sociable, ni hablador. Metido en su micro mundo. De casa al trabajo, del trabajo a casa. En su tiempo libre viendo series de la tele y películas antiguas, con su gato negro, Fufú, en el regazo y su estómago lleno de palomitas dulces. Un tipo que corría en una cinta en casa para no tener que encontrarse en el parque con nadie conocido o ir a un gimnasio donde alguien podría entablar conversación.

Y ella..., ella..., ELLA con mayúsculas. Una mujer preciosa, con el cabello más rubio y bonito que nunca había visto. Inteligente, simpática, con un cuerpo de infarto, a la que miraba embobado cuando nadie lo veía, aunque eso no era difícil; nadie reparaba en Allan. Pasaba tan desapercibido que no le echaban de menos en las comidas de la empresa en Navidad, nadie preguntaba por él las pocas veces que había enfermado. Incluso cuando algún compañero lo nombraba, siempre había otro que decía:

—¿Allan?, ¿quién es Allan?

—*El tipo que está en el control* —respondía el otro.

—*Ah, no sabía cómo se llamaba.*

Poca gente conocía su nombre, así que cuando ella lo dijo, un escalofrío le recorrió la columna.

—Dios mío, Allan..., ese hombre..., ese hombre....

—Tranquila, tranquila —le decía él, más pendiente de sus labios rosas que de un asesino que acababa de confesar en pleno programa de radio su crimen.

No es que Allan fuese insensible, sino que hacía tanto tiempo que soñaba con esa rubia que, el haberla tenido entre sus brazos y el hecho de que supiese su nombre, pasaba a ser el centro de su vida y de sus pensamientos. Todo lo demás le importaba una mierda.

—Y ahora, ¿qué hacemos? —Se aferró a su camiseta con sus puños y mirada asustada.

—Tendremos..., tendremos que ir a la policía.

—¿Lo grabaste todo?

—Todos los programas se graban.

Se dejó caer otra vez contra su pecho, que subía y bajaba acompasado, provocándole tranquilidad y paz. Cómo había añorado un pecho fuerte de hombre en el que refugiarse. Con Martín..., con él... Hacía mucho que ni se besaban, hacía tanto que ni siquiera se tomaban de la mano.

Sollozó y él la apretó con más fuerza contra su pecho, pensando que ella estaba aún asustada, cuando la verdad era que Linda acababa de aceptar la realidad, su relación de dos años estaba terminada, y eso dolía..., dolía mucho. Solo dos años y ya no había pasión entre ellos. ¿En qué había fallado?

Sollozó de nuevo y a Allan se le paró el corazón. No quería verla así, no podía soportar escucharla llorar.

—Vamos, vamos, tranquila. —Llevó una de sus manos a su pelo, lo acarició como hacía con su gato para que ronronease y ella pareció emitir el mismo sonido que el minino.

Les costó separarse. Linda, porque estaba feliz entre los brazos de ese chico raro del que nadie sabía nada porque nadie se había preocupado de conocerlo, y Allan, porque se sentía en el paraíso. Pero la sensatez regresó a la cabeza de Linda y la obligó a dejar el refugio de paz que acababa de encontrar.

—Mi novio —carraspeó inquieta. Ya no le apetecía llamar así a Martín—. Él es policía...

—Oh..., vaya... —«¡Joder claro, ella tiene novio!». Cerró los ojos una décima de segundo. No valía para ocultarse de los ojos de los demás, pues nunca lo veían y no lo necesitaba, por eso Linda pudo ver con transparencia que a él le había dolido saber que tenía pareja, y le resultó tan tierno...—. Debes llevarle la

grabación... Quizá pueda encontrar alguna pista.

—Sí, será lo mejor. Dijo..., ese tipo dio a entender que volvería a hacerlo.

—Creo que es uno de esos asesinos en serie. Quizá haya matado más veces...

—¿Tú crees? —Linda tembló de miedo.

—No lo sé... puede ser... ¿Recuerdas esos dos asesinatos en el parque Rattford?

—Sí. Yo vivo cerca. Fue tan espantoso. ¿Tú crees?, ¿crees que quizá sea una de esas pobres chicas?

—No lo sé, pues poco se filtró sobre la investigación. Pero son casos que no se han resuelto y él hablaba de un parque, y esas chicas fueron asesinadas en uno...

—Sí, es cierto. —Por primera vez miraba a Allan como lo que en realidad era, un hombre inteligente e interesante que se escondía vete tú a saber por qué. Le gustaba su forma de expresarse, cómo le brillaban los ojos y sus dientes blancos perfectamente alineados.

Sacudió la cabeza, no era el momento de pensar en Allan. Ahora tenía que hacer algo con esa grabación, quizá estaba en juego otra vida. Se levantó de la silla y comenzó a recoger sus cosas, mientras que Allan permanecía sentado mirándola.

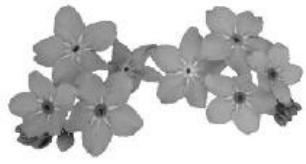
—¿Vendrás conmigo? —Sus ojos parecían suplicarle y él se derritió.

«¡Dios, es tan bonita que no puedo negarle nada!», pensó. Pero para hacer lo que ella le pedía, tendría que salir de su mundo, de su piso y hablar con gente, con policías y... No, no, no podía. Empezó a sudar copiosamente. La miró de nuevo y otra vez sintió que se derretía...

«Mierda, mierda. ¿Qué hago?», se mordió el labio inferior. Estaba asustado, pero..., pero...

—Sí, claro... Iré contigo.

Se arrepintió nada más pronunciar sus palabras, pero ella lo miraba con tanto..., tanto agradecimiento, confianza, con tantas expectativas puestas en él, que dejó a un lado su miedo y tomó la primera decisión que lo ayudaría a salir del cascarón donde desde hacía años vivía seguro y tranquilo; iba a acompañar a Linda donde hiciera falta, la seguiría hasta el fin del mundo, pero primero tenía que ir a casa a dar de comer a Fufú, su negra bola de pelo.





## Capítulo 7. La ventana indiscreta.

Lunes, 12 de junio de 2017.

08:00 h. Parque Rattford.

Gádor había salido a correr. Se había levantado pronto y desayunado con Lucas, que a esas horas estaba ya sentado en la cocina leyendo el periódico. Habían charlado un poco y, al verlo más animado, le dio un beso y salió a hacer *running* por el parque.

Suspiró encantada de que Martín aún siguiese en la cama, sus horarios de detective hacían que no se viesen mucho y, en cierto modo, pensó un tanto apesadumbrada, era de agradecer.

Lucas también se preocupaba por ella, pero no de la manera obsesiva con que lo hacía Martín, y eso que su necesidad de controlarla ya les había pasado factura. Pero no quería pensar en eso, no deseaba recordar momentos duros y difíciles, así que sonrió, miró el bonito cielo despejado y trotó a paso lento hasta llegar al parque que estaba a pocos metros de la casa.

Llevaba unos cuantos kilómetros recorridos cuando, de repente, un pequeño perrito se le cruzó obligándola a pararse de golpe, perdió el equilibrio y cayó al suelo.

Se raspó un codo al caer y su tobillo derecho le dolía horrores. El pequeño y, por cierto, horroroso perro, la miró, parecía pedirle disculpas; pero, de repente, corrió torpemente en dirección contraria cuando, la que Gádor supuso la voz de su dueña, lo llamó a gritos.

—¡Bola, Bola, Bola! —la escuchó en repetidas ocasiones y el can corrió en la dirección de la que provenía la voz.

\*\*\*

Iván corría sintiendo el aire golpear su cara. Le gustaba ir subiendo poco a poco el ritmo hasta terminar haciendo un largo y rápido sprint.

Le encantaba salir a correr a esas horas. Le permitía despejarse y luego afrontar el trabajo con más fuerza. Iván era insomne desde hacía años, con pocas horas de sueño le bastaba para amanecer fresco y afrontar el día con normalidad.

Hacía años que se podía permitir el lujo de hacer lo que le daba la gana. Practicaba *running* por la mañana y después se pasaba por el club donde se encargaba del papeleo, del trabajo de oficina, mientras que Sex se ocupaba del local por la noche, no necesitaba ni siquiera pasarse por allí y si lo hacía era por matar las horas, porque no podía estar inactivo. Hacía dos años que había delegado en ella, y eso le aportaba libertad.

A esas horas había poca gente en el parque Rattford, por eso siempre iba allí, le gustaba la soledad. Le molestaban los niños, siempre ruidosos, las mujeres que se le quedaban mirando y los corredores torpes que, en algunas ocasiones, durante los caminos estrechos, se colocaban delante y le obligaban a bajar el ritmo.

El parque era enorme, tenía kilómetros y kilómetros de bosque. Se corría entre árboles, por caminos serpenteantes y, en ciertos tramos tan estrechos, que apenas permitían el paso a dos personas; además, las vistas en algunas zonas eran espectaculares.

Llevaba recorridos ya unos cuantos kilómetros cuando vio a una chica sentada en una de las piedras; parecía que se había hecho daño, pues no dejaba de tocarse un codo y hacer muecas de dolor.

Decidió pasar de largo, a él no le importaba nada lo que le pudiese pasar. Pero al ir a sobrepasarla, algo le hizo frenar y acercarse a ella.

—¿Estás bien? —preguntó arrancándose los auriculares de los oídos.

—Me caí.

Se acuclilló a su lado.

—¿Dónde te duele?

Ella dejó de mirarse el codo ensangrentado para mirarlo a él y, cuando lo hizo, se quedó paralizada. Era un hombre muy atractivo, con unos ojos azules preciosos, pero la miraba de una manera...

Iván no se podía creer lo que estaba viendo. Un recuerdo se cruzó por su mente nada más clavar su mirada en la cara de la chica: «Aléjate de la mujer cuyo rostro tiene dos colores de piel».

¡Ella tenía dos colores! Tenía la piel morena, pero la de bajo sus ojos y alrededor de su boca era mucho más clara. Parecía de locos. Estuvo a punto de caerse y se tuvo que sujetar con las manos en el suelo, mientras su botella de

agua resbalaba de entre sus dedos.

A Gádor esa mirada no le resultó extraña, aunque sí un poco exagerada; le ocurría a mucha gente cuando se fijaba en ella. Normalmente llevaba un maquillaje especial que le hacía disimular el problema de pigmentación de su piel, pero cuando salía a correr era engorroso, el sudor hacía que se le corriese y, al final, terminaba echando un esperpento. Además, nunca le había preocupado la opinión que los demás tenían de ella, su maquillaje era más porque era presumida que por evitar las miradas.

—Se llama vitíligo, una enfermedad de la piel, nada contagioso. Es la herencia que mi abuela me dejó —lo dijo con toda naturalidad, como si se presentase a una entrevista de trabajo. Lo padecía desde niña y nunca se había sentido inferior o imperfecta. Nadie en toda su vida la había denigrado. Ni siquiera los niños se metían con ella por su diferencia; preguntaban, ella les contaba lo que le ocurría y la aceptaban como a una igual.

Iván parecía hipnotizado, sus ojos verdes lo atraparon como lazos invisibles que no le permitían moverse a pesar de la precaria postura en la que se encontraba: a sus pies, en cuclillas e intentando no hacer el ridículo y caer de culo mientras se sujetaba con sus brazos al empedrado que hería las palmas de sus manos.

Pero parecía que estaba delante de un ángel, de una visión. Bella, diferente, única.

—Disculpa... Seguro que parezco un maleducado... yo... —Por primera vez, le faltaban las palabras. Por primera vez desde hacía años, se disculpaba y, por primera vez, fue consciente de que, bajo su pecho, tenía un corazón que latía, uno como el del resto de los hombres, como esos que no guardaban secretos ni lados oscuros dentro de sí.

—No te preocupes. —Sonrió—. Sé que de primeras resulta raro, llamativo, pero una vez te acostumbras...

—¿Cómo te lla-lla-mas? —Su voz sonó atropellada, estrangulada. No supo cómo fue capaz de articular las palabras porque, al ver su sonrisa, sintió que podría perder la cabeza por esa mujer, sintió cómo su tráquea se cerraba y cómo la capa de hielo que cubría su caparazón se resquebrajaba.

Toda la vida creando un muro que lo separase de los sentimientos humanos y esa mujer, con solo una sonrisa, había conseguido que sus cimientos se tambaleasen.

Debía alejarse, debía correr y dejarla allí, pero no podía, su cuerpo estaba pegado al suelo como si fuese una estatua.

—Gádor. ¿Y tú?

—Iván.

—Encantada, Iván.

Cerró los ojos, su nombre entre sus labios sonaba a música, a felicidad, a sol y mar.

—¿Te encuentras mal? —preguntó asustada al verlo con los ojos fuertemente cerrados.

—No, no. —Los abrió de golpe. No deseaba que ella se asustase, ella no, no podría soportarlo.

Se levantó como pudo, las palmas de sus manos le dolían y, de manera disimulada, se las limpió en sus mallas de correr. Tomó de nuevo su botella del suelo.

—Enséñame el codo —le dijo y se acercó para ver los daños.

La piel de esa zona también era más clara y deseó pasar uno de sus dedos por ella, deseó trazar el dibujo que se formaba de manera tan especial y única, tan perfecta y caprichosa.

—No te preocupes, ha sido solo un raspón. —Pero él no le hizo caso y, con cuidado, tomó su delgado brazo con una de sus manos, desenroscó el tapón de la botella de agua que llevaba en la mano con los dientes y, con todo el cuidado del mundo, dejó caer el líquido, que refrescó la zona herida de inmediato.

Gádor siseó, escocía, pero así su piel quedaba libre de las pequeñas piedritas del camino que, al caer, se le habían incrustado.

—Lo siento —dijo tras escupir el tapón al suelo. Por nada del mundo deseaba hacerle daño, pero tenía que limpiar la herida. Sopló sobre la misma con suavidad, mitigando el escozor.

—Gracias. —Pestañeó con coquetería y el caparazón que cubría a Iván se sacudió de nuevo.

—Si quieres... —Tragó saliva tan ruidosamente que Gádor soltó una carcajada. Iván, en otras circunstancias, se enfadaría, porque habría interpretado su risa como que se estaba burlando de él; pero, para su total sorpresa, se carcajeó junto a ella—. Si quieres te acompaño. —El anhelo de que ella aceptase tan inocente proposición traspasaba su voz y sus ojos.

—Te lo agradecería. También me duele el tobillo, creo que me lo torcí.

Iván se arrodilló de inmediato delante de ella.

—¿Cuál? —preguntó señalando con su cabeza sus dos pies.

—El derecho.

Lo tomó con delicadeza entre sus manos, otra vez la botella rodó olvidada, pero en esta ocasión, al caer, se vació el poco contenido que le quedaba, pues el tapón ya no estaba enroscado.

Lo movió despacio de un lado a otro.

—Dime dónde te duele.

—¡Ay! —gritó Gádor cuando lo giró a la izquierda.

—No está roto, puedes estar tranquila. Tiene pinta de ser un pequeño esguince. Te recomiendo frío en la zona, si lo notas hinchado, una crema antiinflamatoria y, en una semana, estarás de nuevo trotando por el parque.

Lo miraba embelesada con una expresión de admiración que le calentó la sangre. Nadie lo había mirado nunca así. Los ojos de quienes estaban a su lado expresaban miedo, respeto, desconfianza, deseo, pero ella... Sus ojos parecían ver algo que en él no existía: ¿bondad, piedad, quizás amor? Tenía que alejarse de ella, le haría daño, no era lo suficientemente bueno para estar a su lado, ni siquiera a sus pies como lo estaba en ese momento. Entonces..., entonces, ¿por qué no podía hacerlo? ¿Por qué seguía con su tobillo entre sus manos, con su mirada clavada en sus ojos?

—¿Eres médico? —preguntó, regalándole otra de sus preciosas sonrisas.

Iván deseó serlo, le hubiese gustado borrar todo su pasado, su presente. Poder meterse en la piel de un doctor serio y responsable, uno al que le gustasen los niños y cuyo corazón latiera firme y suave, que sintiera, que no se sometiese a sus necesidades, anteponiéndolas a las de los demás.

—Oh, no. Qué va. —Estuvo tentado de mentir, podría haberle dicho que era un reputado médico, o un cirujano, o que trabajaba como pediatra, seguro que eso la enternecería. Pero... algo que no entendía se lo impidió—. Tan solo sé de torceduras y raspones.

Una brillante sonrisa se dibujó en su cara, una que Iván hacía años que no exhibía y que a Gádor le resultó tan tentadora y sensual que su corazón trotó a mayor velocidad de la que lo estaba haciendo desde que ese rubio, fuerte y atractivo hombre se había acercado a ella.

—Pues parece todo un experto.

Iván recogió la botella y el tapón, lo arrojó a una papelera y le tendió la mano.

—Venga, te acompaño.

Ella se dejó llevar. Nunca confiaba en extraños; si Martín la viese, la encerraría de por vida, pero ese hombre tenía algo especial. La atraía y, a pesar de que sus ojos mostraban un frío brillo, su cuerpo emanaba poder, peligro y en cada uno de sus movimientos mostraba su lado más salvaje, como lo haría un tigre al caminar; confiaba en él.

«Es una locura», pensó sonrojada.

—Apóyate en mí —dijo al verla vacilar—. Prometo no propasarme. —Le guiñó un ojo.

Gádor sabía que su palabra no era suficiente garantía, al fin y al cabo, lo acababa de conocer, pero... dejó que él pasase su brazo derecho por su cintura y

la atrajese hasta su cuerpo para que ella pudiese apoyar todo su peso sobre él.

—¡Estoy sudada! —exclamó avergonzada, separándose con tanta rapidez que estuvo a punto de caer; menos mal que los reflejos de Iván fueron rápidos y logró sostenerla con fuerza.

—No pasa nada, no te preocupes. Yo también lo estoy. —Según salió esa frase de su boca, Iván se sintió extraño. Odiaba que el sudor de otros le tocara la piel. Siempre que ocurría, le venían a la cabeza recuerdos de su pasado. Entonces... ¿por qué no le importaba mancharse con el de ella?

«Aléjate, sal corriendo, huye», se decía, pero no obedeció. No podía, su cuerpo no quería separarse de Gádor.

Cuando se dejó caer sobre su costado, cuando tocó su cintura y notó la camiseta empapada, rechinó los dientes y esperó que le repeliera, como siempre le ocurría, pero otra vez su cuerpo y su cabeza le sorprendían. No sintió asco, ni recordó los malos momentos de su vida. Muy al contrario, el aroma a coco que emanaba le resultó muy agradable y, por primera vez en muchísimos años, Iván se excitó sin necesidad de recibir una caricia directa.

Gádor se agarró a la cintura de él, se recostó y, a la pata coja, caminaron despacio.

—¿Cómo has venido hasta aquí? —preguntó él.

—Andando, mi casa está muy cerca.

—Yo tengo el coche allí.

Iván sintió cómo ella se tensaba. Lo entendía, una cosa era caminar por la calle, donde un montón de gente podría verlos, y otra confiar en un extraño y entrar en su coche.

—Te acompañaré andando, luego regresaré a por mi coche.

—No, no. No quiero ser una molestia.

—No lo eres. Me apetece pasear con una chica tan bonita como tú.

¿De dónde había salido eso? Iván cada vez se sorprendía más de sus reacciones. ¿Acababa de piropoarla? Nunca había conocido esa faceta suya, pues jamás necesitó de esas técnicas para conseguir a una chica. Normalmente, era él quien recibía palabras alabando su físico, él jamás las decía. Pero con ella...

«Joder, ¿qué coño me pasa?», no quería analizarlo mucho porque estaba empezando a asustarse. Al final, iba a ser cierto que Sor Marí era una bruja.

Iban despacio, pues Gádor apenas podía apoyar el pie que se acababa de torcer.

—Y dime, valiente caballero, ¿en qué trabajas? —El silencio era pesado y Gádor decidió intentar conocer todo lo que pudiese de ese hombre que, a cada paso que daba, le calentaba el cuerpo con el roce de su mano en la cintura, con la presión que ella ejercía sobre la de él para sentir sus músculos duros. Con su

aroma a colonia fresca y seguramente cara.

Iván sonrió, le gustaba el apodo que le acababa de poner. Pero él no era para nada un caballero.

—Soy el dueño de un par de negocios... —vaciló en su respuesta. No podía decirle la verdad y le molestó. Antes de que ella preguntase más cosas sobre su trabajo, corrió a voltear la tortilla y ser él quien lanzase preguntas—. Y usted, *my lady*, ¿cuál es su trabajo?

Gádor levantó la cabeza para poder mirar esos ojos azules y rozó su barbilla contra su costado. Le regaló una sonrisa y un leve pestañeo coqueto.

—Soy bailarina.

—¿De verdad? —A Iván se le secó la garganta. Sería posible, ¿bailarina?, pero ¿bailarina de qué? Esperaba que no fuese como las que trabajaban en sus locales.

—De verdad. Yo nunca digo mentiras. —La carcajada que soltó hizo que el cuerpo de Iván vibrase—. Soy bailarina de ballet.

—¿Del clásico?

—Sí. Estuve un tiempo en una compañía profesional, pero ahora trabajo en una academia, doy clases a niños.

Gádor parecía agotada. Andar casi a la pata coja, aunque fuese con la ayuda de Iván, era muy costoso. Él se dio cuenta de que estaba al límite de sus fuerzas y, con un rápido movimiento, sin darle tiempo a pensar lo que estaba haciendo, la tomó entre sus brazos.

—Oh, no, por favor. Bájame.

—No te preocupes, no pesas nada.

La verdad es que era muy delgada y pequeña frente a la mole que era el cuerpo de él.

—¿Vas bien? —preguntó Gádor preocupada.

—Perfectamente. Recuerda que soy un valiente caballero.

—Pero prométeme que me bajarás si te cansas.

—Te lo prometo. Y bien, me estabas contando que ahora dabas clases. ¿Por qué dejaste el ballet profesional?

—Bueno..., eso es algo complicado de explicar... —Su forma de vacilar le dio a entender que era un tema delicado. La sintió tan apurada que decidió echarle una mano.

—¿Son muy pequeños los niños a los que das clases?

Gádor suspiró encantada por el cambio de tema, ese sí le gustaba.

—Tengo tres clases diferentes. En una, los niños tienen de cinco a siete años, y en las otras dos, son todos adolescentes.

Se le iluminaba la cara al hablar de sus chicos.

Llegaron a la salida del parque y le fue indicando el camino. Más de una vez le pidió que la bajase, pero él se negaba.

—No te preocupes por mí. No estoy cansado. —Y era verdad, Gádor era ligera y los músculos de Iván estaban acostumbrados a los trabajos duros.

—Ya hemos llegado. Esa es mi casa.

Los dos parecían tristes, eso suponía que sus caminos se separaban.

La dejó en el suelo, aunque hubiese deseado caminar más rato sintiendo su pequeño cuerpo y sus brazos agarrando su cuello.

Iván miró la verja de entrada. Ese barrio era de gente decente, personas que no bajaban a los barrios sucios donde la perversión camina por sus calles y donde los hombres exhiben sus más bajos instintos. Ella pertenecía a ese mundo, uno limpio, fresco, con gente decente.

—¿Vives aquí...? —vaciló—. ¿Vives aquí, con tu marido o tu novio...? ¿Tal vez...?

¿Qué le pasaba?, se sentía inseguro, pequeño, casi como desnudo. Bajó la mirada. Nadie había logrado nunca que Iván Serguéevich Popov bajase la mirada y ella, con un pestañeo...

—Oh, no, no —se apresuró, nerviosa, a contestar—. Vivo con mis hermanos. No tengo novio.

Iván se llevó una de sus manos a la cabeza y se retiró el pelo de la cara mientras pasaba el peso de su cuerpo de un pie a otro. ¡Dios, qué nervioso estaba!

—Vaya... Bien, ¿no? Yo tampoco..., no tengo..., ya sabes..., nada.

—Me alegro. —Se tapó la boca con las manos, asustada, «¿cómo has dicho eso?», se regañó.

«Seré tonta», pensó. Pero a él no se lo parecía y la sorprendió con una sonrisa que le paró el corazón. Sus labios carnosos dibujaron una curva perfecta que dejó visibles dos preciosos hoyuelos a ambos lados. Si ya de por sí era atractivo, con esa sonrisa se veía arrebatador.

—Bueno. Será mejor que me vaya.

—Sí, claro. No olvides ponerte hielo y la crema, y reposa, nada de bailar...

—Descuida.

Gádor se quedó esperando un instante. «¿Qué esperas?» se dijo, pero no era necesaria esa pregunta, porque estaba muy clara la respuesta: Gádor deseaba que él le pidiese el teléfono, o la invitase a salir otro día... Pero él no hizo nada de eso y, con tristeza, se dio la vuelta. Con paso vacilante, apoyando levemente su pie herido, caminó los pocos metros que la separaban de la verja.

Antes de entrar lo escuchó llamarla y giró su cuello para poder mirarlo.

—Gádor. Nos veremos en el parque.



Asintió y entró.

No era una cita, pero era lo más parecido. Saldría a correr todos los días hasta que de nuevo, si el destino lo quería, se reencontrase con él.

\*\*\*

Alma paseaba con su pequeño perro por el parque. Nunca le quitaba la correa porque sabía que, si lo hacía, le tocaría correr detrás de él y es que siempre era muy obediente, menos cuando se veía suelto. Pero en un descuido, sin querer, se había soltado y Bola, su pequeño peludito, corría libre y ella detrás.

En un momento lo perdió de vista y se agobió. Lo llamó, lo buscó desesperada y, cuando lo vio regresar con un trote alegre y con la lengua fuera, se arrodilló para recibirlo y darle un fuerte abrazo.

—Malo, muy malo —le reprendía sin mucha convicción, mientras el pequeño can lamía su cara—, me has preocupado mucho.

Le ajustó la correa y comenzó a andar hacia la salida del parque.

—Ahora, como castigo, nos vamos a casa.

Estaba casi en la salida cuando lo escuchó llamarla:

—¡Alma! —gritaba, y ella se dio la vuelta.

Jazz caminó rápido acercándose con una gran sonrisa.

—Hola, Jazz —dijo al llegar a su lado. Le dio dos besos y Bola le gruñó, parecía no caerle bien.

—Hola, Alma.

Jazz miró al perro con los ojos entrecerrados; según parecía, a él tampoco le gustaba Bola.

—Qué casualidad encontrarte por aquí. —Jazz se alejó todo lo que pudo del perro.

—La verdad es que tengo la costumbre de pasear por este parque.

—Yo también vengo muy a menudo. ¿Te puedo acompañar?

Alma se encogió de hombros. Recordó a Martín, él le dijo que no le gustaba, que tuviese cuidado, pero Jazz no parecía un tipo peligroso.

—Ya me iba a casa.

—Oh, vaya. —Parecía molesto—. Otra vez será.

—Claro. —Lució una de sus más bonitas sonrisas—. Nos vemos, Jazz.

—Nos vemos.

Sin más, Alma, agarrada a la correa, comenzó a caminar hasta la salida del parque, mientras Jazz la observaba.

## *Asesino*

Hoy he ido al parque después de desnudar mi historia en la radio, de rememorar lo que sentí y de destapar de nuevo mis más bajos instintos.

Esa charla de madrugada ha despertado al asesino y ahora deseo con fervor seguir con mi obra, necesito sentir otra vez la adrenalina corriendo por mis venas. Mis manos se mueren por acariciar una garganta suave de mujer y apretar, apretar, apretar...

No puedo vivir más tiempo sin escucharlas gritar, sin ver sus ojos asustados y suplicantes.

Creo que me estoy volviendo loco y cada día que pasa tengo menos fuerzas para soportar la espera.

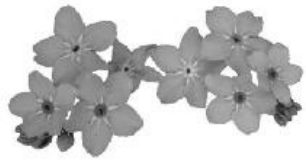
Así que hoy he ido al parque, al mismo donde ellas me estaban esperando y donde las encontré.

Busqué con desesperación, no todas valen. Tienen que tener unas características especiales, tienen que parecerse a... a mi pecado.

Llevado por mi desesperación, he recorrido todo el parque; no como lo hago otras veces, sino buscando y mirando a cada mujer con la que me cruzo.

Y mis deseos, de manera mágica, se cumplieron por partida doble. Ahora tengo dos candidatas; una que ha resultado de un encuentro especial e inesperado y otra con la que apenas he cruzado unas palabras.

El asesino vuelve y ya nada me podrá parar.



## Capítulo 8. El sexto sentido.

Lunes, 12 de junio de 2017.  
09:30 h.

Iván llegó a su apartamento situado en un gigantesco edificio en la mejor zona de la ciudad, con seguridad privada y un ascensor que lo llevaba directamente al que era su lujoso piso, de espectaculares dimensiones.

Saludó al pasar al vigilante y tomó el ascensor privado. Según subía, se fue quitando la camiseta. Necesitaba una larga ducha para arrancarse el olor de esa mujer, no podía permitirse el lujo de albergar ningún tipo de sentimiento hacia ella.

Estaba nervioso, intranquilo, el encuentro en el parque le había dejado extenuado y muy confundido. Desde hacía años su corazón no había bombeado como esa mañana, ni su polla había crecido de esa manera, de forma instantánea y natural, ya que siempre necesitaba la ayuda directa de unas manos o una boca para conseguir una erección.

Maldijo en voz alta pues, al recordarla de nuevo, esa parte que permanecía la mayor parte del tiempo aletargada había despertado y oprimía su pantalón.

Se desnudó del todo y se metió en la ducha. Dejó resbalar el agua por su cuerpo mientras su cabeza no dejaba de dar vueltas. Esa mañana había experimentado cosas que hacía mucho tenía olvidadas, y estaba asustado. Tenía miedo y detestaba esa sensación.

Salió de la ducha, se secó y decidió que no iría a trabajar, que se dedicaría a descansar. Llevaba varios días en los que dormía mucho menos de lo que lo solía hacer, así que se tomaría una de esas pastillas mágicas que le había recetado la doctora, se metería en la cama y dormiría todas las horas que el cuerpo le pidiese; y estaba tan seguro de que serían muchas, que dejó un par de mensajes:

uno a Yuri y otro a Sex, la mujer que se encargaba de cuidar de todas sus bailarinas y prostitutas, su mano derecha, pidiéndoles que no lo molestasen hasta la hora de abrir el club.

Tenía suficiente dinero para disfrutar de más tiempo de ocio, la época de trabajar a todas horas había pasado y debía aprovecharlo. Con treinta y siete años, incluso si hubiera querido, podría haber dejado sus negocios y dedicarse a viajar. Pero Iván necesitaba hacer algo y la adrenalina que los negocios clandestinos le proporcionaba, le hacía olvidar su vida solitaria y sus miserias. Hasta entonces, le había servido para llenar sus días.

Llevaba más de dieciséis años metido en el negocio de los clubs de striptease y prostitución de alto *standing*. Había trabajado mucho para llegar hasta allí, pero Iván era un hombre constante y meticulado que no se amedrentaba ante nadie ni nada y, con su duro trabajo, había conseguido todo lo que se había propuesto.

Ahora su estatus era diferente, la gente lo respetaba, tenía muchísimo dinero y hacía lo que le daba la gana, cuando y con quien le daba la gana. Nadie mandaba en él o en sus negocios, ni siquiera Yuri. Pero, por mucho que se pudiese pensar lo contrario, no había sido nada fácil. Tuvo que pelearse por hacerse un hueco en ese mundo complicado de la noche donde se movían sumas ingentes de dinero; donde siempre tenía que ser precavido, porque sus rivales no eran hombres de negocios con trajes de marca, sino asesinos que deseaban hacerse con el mercado de la droga y la prostitución a cualquier precio.

La policía era también un impedimento, pues sus constantes registros e investigaciones le ponían en el punto de mira.

Esa vida era difícil, arriesgada, pero muy beneficiosa. La prostitución movía los dólares como los niños se intercambiaban cromos en las puertas de los colegios. Vicio, corrupción, dinero, ese era el mundo en el que Iván se movía como pez en el agua.

Vivir al otro lado de la línea de batalla era gratificante, ya no se vendía, ahora era él quien mercadeaba con los demás como si de meros trozos de carne se tratase. Su duro corazón le había transformado en un hombre frío, casi sin sentimientos, que traficaba con todo lo que le supusiera un ingreso en sus arcas: mujeres, hombres. Incluso por un tiempo lo hizo con armas, drogas.

Su fe en la humanidad hacía mucho que se había perdido, la dejó en las frías calles de Novosibirsk cuando tuvo que dormir en un banco noche tras noche, cuando tuvo que vender su cuerpo, cuando se dio cuenta de que los vicios volvían a los hombres totalmente insensibles, cuando esa decadencia a la que se veían sometidos cada noche que entraban en su club en busca de sexo o una raya que esnifar, hacían que su humanidad se esfumase.

No, Iván ya no tenía fe en nada, ni hombres, ni dioses, solo creía en él y en el dinero. Nada le importaba en ese mundo sucio y corrupto donde se podía comprar a un político para adquirir una licencia, donde podía someter a algunos de los policías a sus caprichos con tan solo ofrecerle a una de sus chicas más complacientes. Ese mundo era un asco y tan solo quería sacar de él todo el partido que pudiese hasta que el Ruso, como todo el mundo lo conocía, muriese joven. Eso era lo único que tenía claro, su vida no sería muy longeva, a pesar de que hacía todo lo posible por cuidarse. Algún día recibiría un tiro en un frío callejón y todo terminaría. No temía a la muerte, casi la veía como una liberación. Por eso no podía dejar que ella entrase en su corazón, en su mundo.

Gádor era como una luz de esperanza, como un ángel puro y limpio, y él era el demonio.

Cerró los ojos desesperado, ¿cómo podía hacer para borrar las últimas horas que acababa de vivir?

Se puso un pantalón de pijama y cogió de un cajón el bote de pastillas que guardaba allí desde hacía mucho tiempo. Tomó una, pero de repente una idea le asaltó la cabeza. ¿Y si se tomaba todo el bote?, dejaría de pensar, de tener miedo, de sufrir pesadillas. Vació el contenido en su mano, pero resopló; las volvió a guardar y se quedó con tan solo una. Era un loco, pero no un cobarde, esa era la vida que le había tocado vivir y lo haría hasta el final.

Estaba a punto de llevarse la pastilla a la boca cuando el móvil, que después de enviar los wasaps había puesto en silencio, vibró. Pensó en no mirar, temía que al final su merecido descanso se le estropeará, y lo necesitaba tanto... Así que decidió meterse en la cama y olvidarse por unas horas de todo y de todos. Pero su alto sentido del deber lo martirizaba y, chasqueando la lengua, dejó la pastilla sobre la cama y tomó el móvil en su lugar.

Era Sex quien le llamaba. Algo debía de pasar porque nunca desobedecía sus órdenes.

Contestó:

—Dime.

—Tenemos problemas.

—¿Dónde estás?

—Te paso las señas.

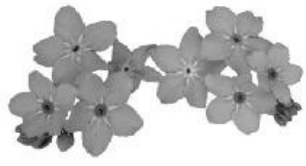
—Me visto y voy.

Sus conversaciones eran siempre escuetas. Iván no era dado a mantener diálogos largos, a conversar sin sentido. Solo se limitaba a dar órdenes y a esperar que se cumplieran sin ningún tipo de reproche, para eso era el jefe.

Llegó el wasap con la ubicación y lo revisó. La dirección que le indicaba estaba lejos, en un barrio marginal con muy mala fama. Iván lo conocía muy

bien, pues de allí procedían muchos de sus empleados. Gracias a él salían de la miseria y de ese foco de violencia; aunque lo que Iván les ofrecía no era el paraíso, sí era una manera de subsistir en un lugar mejor, con un sueldo y un hogar limpio. El dinero era ilegal y obtenido con los vicios de los demás, pero, al fin y al cabo, a los que trabajaban para él les permitía cambiar de vida.

Devolvió la pastilla al bote, se vistió y, enfadado porque de nuevo se quedaba sin dormir, se encaminó hasta su coche.





## Capítulo 9. Vértigo.

Lunes, 12 de junio de 2017.  
09:30 h.

Martín llevaba un rato levantado, la noche anterior había sido un tanto ajetreada en comisaría y estaba tan nervioso que jugueteaba con un cigarro que acababa de sacar de la cajetilla. Después de dos años sin fumar, estaba a punto de sucumbir de nuevo a ese insano vicio, si nada lo remediaba.

Entre Lucas, que no aparecía por ningún sitio esa mañana, y Gádor, que había llegado hacía un rato sudorosa, cojeando y con una herida en el codo, iban a terminar con él.

A Lucas le había llamado un montón de veces y no contestaba. En cuanto a Gádor, verla llegar así casi le provoca un infarto. De eso a subir a su habitación y sacar la cajetilla de tabaco que tenía guardada para un caso de emergencia, habían pasado tan solo unos minutos.

Estaba sentado en el jardín mirando el invernadero donde estaban las flores que, con tanto mimo, había cuidado su cuñada y comenzó a recordar lo que le había experimentado esa noche cuando llegó a casa. Le había pasado algo muy extraño, algo para lo que no tenía explicación. Martín era un tío nada dado a la imaginación, muy pragmático, no tenía creencias religiosas, él tan solo tenía fe en lo que podía ver, tocar. Pero esa noche toda su forma de pensar se había tambaleado.

Había pasado horas en la calle siguiendo a unos tipos y regresó agotado a eso de las tres de la mañana.

Después de una larga ducha, ya con su pantalón de dormir, se había metido en la cama. No llevaba más de unos minutos intentando conciliar el sueño cuando una especie de cosquilleo en su nuca le hizo girarse en la cama y

entonces la vio. «Creí verla», le corrigió su parte lógica. Fuese como fuese, frente a él estaba Mary, mirándolo con pena. Un escalofrío le recorrió la columna, sintió que el terror le paralizaba y eso jamás le había ocurrido. Cerró los ojos por un instante deseando que, al abrirlos, ella ya no estuviese allí, mirándolo y, por fortuna, así fue. Soltó un profundo suspiro y su corazón volvió a palpar.

Durante el resto de la noche estuvo tentado de salir corriendo de esa habitación, pero se obligó a seguir allí, en esa cama, en ese cuarto. No se iba a dejar atemorizar por lo que era, sin duda alguna, producto de su imaginación.

«Seguro que es cosa del estrés», se repetía una y otra vez.

«Mary está muerta y los fantasmas son cuentos de niños».

Se obligó a darse la vuelta en la cama, dándole la espalda al hueco donde Mary había aparecido de la nada, cuando la nueva postura comenzó a incomodar su cuerpo. Le costó dormir, pero lo logró.

Se prometió no volver a pensar en lo que había ocurrido, pues estaba totalmente seguro de que su mente le había jugado una mala pasada. Acordó con él mismo no comentarlo con nadie y seguir con su vida de manera normal. Pero una cosa era pensarlo y otra diferente hacerlo. Cada vez que miraba hacia la esquina de la habitación donde Mary se le había aparecido, todos los pelos de su cuerpo se erizaban y el corazón, por un leve instante, se quedaba congelado.

«No seas paranoico, eres un tipo con la cabeza bien amueblada. Todo ha sido producto de tu imaginación», se intentó tranquilizar por última vez.

—¡A la mierda con todo! —dijo en voz alta; sacó el mechero, se puso el cigarro en la boca y lo encendió. La primera calada le hizo toser, pero la segunda la disfrutó hasta con los ojos cerrados.

—¡Martín! —El grito de Linda le hizo abrirlos de golpe.

Venía a la carrera por el jardín, seguida muy de cerca por un tipo al que no había visto en su vida. Pensó en tirar el cigarro e intentar disimular, Linda era de la liga antitabaco y, desde que salía con ella, había dejado ese mal vicio; pero tantos acontecimientos le estaban superando y sus ansias de fumar habían regresado de manera paulatina, hasta hacerse irresistibles.

«Mierda, mierda. Tenía que haber cerrado la puta verja», pensó. Así por lo menos ella no le hubiese pillado con las manos en la masa.

Se levantó de la silla para aguantar el chaparrón.

—¡Dios mío, Martín! —exclamó al llegar a su lado—. ¿A qué huele? —dijo enfadada al reparar en el cigarro que él tenía entre sus dedos—. Pero..., pero...

—Lo necesito. —Le dio una larga calada y soltó el humo de lado para no echárselo en la cara.

—Mira, haz lo que te dé la gana... —protestó molesta—. Además, eso no es

tan importante como lo que te traigo.

Linda miró al chico alto con pelo rizado y desgarbado que había llegado a la carrera, le hizo un gesto y él sacó del bolsillo de su desteñido y viejo pantalón vaquero un *pen drive*. Se lo tendió y Martín lo tomó con la mano que no sostenía el cigarro.

—¿Y este quién es? —preguntó mirándolo de arriba a abajo.

—Es mi amigo Allan, trabaja conmigo en la emisora. —De repente, le dio un golpe con la mano abierta en el brazo con el que sostenía el cigarro; como le pilló por sorpresa, se le resbaló de los dedos y cayó al suelo—. ¡Te he llamado un montón de veces! —gritó enojada.

Martín sacó su móvil del bolsillo y vio por lo menos quince llamadas de ella.

—¿Dónde estabas? —preguntó Linda.

Le había llamado de manera desesperada, mandado un montón de wasaps y él no había dado señales de vida.

Habían estado en la comisaría buscando a Martín, después por supuesto de pasar por casa de Allan y dar de comer a Fufú, con el que por cierto había hecho muy buenas migas.

—¡Estás loca! ¿Por qué me pegas? Pues que querías que estuviese haciendo a las cuatro de la mañana. ¡Dormir, joder, estaba sobando! —Bueno, si era sincero, más bien intentándolo.

—¡Pero esto era urgente!

—Y mi descanso también lo es. Trabajé el sábado y todo el puto domingo. Estaba agotado.

—Vale, lo acepto, pero... —Colocó los brazos en jarras—. ¿Y esta mañana?, son las nueve, ¿no has mirado el móvil?

—Pues no. Tengo más vida, ¿sabes? No puedo estar todo el día pegado al teléfono. Tengo dos hermanos que me están volviendo loco... —«Y un fantasma que merodea por mi cuarto», pensó.

Allan seguía la conversación como si de un partido de tenis se tratase. Martín demostraba carácter, pero Linda no se amedrentaba.

—¿Sabes cuál es tu problema? —preguntó Linda, y él la miró con una sonrisa torcida e irónica. Le hizo un gesto con la mano como diciéndole: adelante, habla, y se cruzó de brazos—. Tu problema —le clavó un dedo con saña en el pecho—, tu puto problema es que tienes tiempo para todos menos para mí, te preocupas más por tus hermanos, incluso por tu coche.

Linda cerró la boca y se la tapó con la mano. Acababa de ser sincera, pero ni era el momento, ni venía a cuento. Se sintió mal, más que nada porque era algo que guardaba muy dentro y que, por culpa del estrés, del miedo que había pasado después de la llamada del asesino, había aflorado a la superficie y lo había

soltado por la boca sin pensar.

Martín cambió su postura chulesca y descarada. Parecía que le habían arrojado un cubo de agua helada. Era verdad, siempre había sido así. Pero expresarlo delante de un extraño al que acababa de conocer le había molestado.

—No creo que ahora sea el momento de hablar de eso... Además, si mal no recuerdo, eras tú la que ponía mil excusas para no quedar conmigo. —La agarró de un brazo y la acercó a su cuerpo para que sus palabras no le llegasen a Allan, que no sabía cómo actuar. Nunca se había encontrado metido entre los problemas de los demás.

—Eso no es cierto, no lo es... —mintió. Sacudió la cabeza intentando ahuyentar las lágrimas que afloraban a sus ojos. No pensaba llorar, y menos delante de él—. Será mejor dejarlo por el momento. Ahora lo importante es que escuches lo que está grabado en ese *pen drive* y más tarde..., más tarde hablamos.

Martín asintió. ¿Por qué retrasarlo más? Su relación hacía aguas, no tenía sentido continuar con la farsa.

Entraron en casa los tres y subieron a su habitación, donde tenía el ordenador. Lo encendió y colocó el *pen drive*. No pudo evitar que los ojos se fuesen a un punto exacto, ese que a partir de ahora sería como un agujero negro. Pero rectificó inmediatamente su punto de mira y regresó a lo que era de verdad real e importante, el ordenador, y ver qué era eso que le traían Linda y su amigo.

Martín comenzó a escuchar muy atento. En un principio pensó que era una tomadura de pelo, que sería un loco con mucha imaginación y ganas de tener su momento de gloria en la radio. Pero conforme ese tal «señor X» narraba su historia, el sexto sentido de Martín como detective le gritaba que todo era real, que ese tío había asesinado a una mujer.

Se acercó al ordenador, apoyó las manos en la mesa de madera donde reposaba y cerró los ojos para concentrar toda su atención en la voz de ese hombre.

Cuando terminó no dijo nada, simplemente lo volvió a poner y, esta vez, se sentó en la silla del escritorio. Apoyó sus codos sobre sus piernas y sus manos agarraron su barbilla, pero en un momento determinado se recostó y sacó un cigarro del paquete que tenía en el bolsillo; comenzó a jugar con él, moviéndolo incesantemente entre los dedos de su mano derecha; esa era una costumbre antigua, una que tenía de cuando era fumador y que ahora, junto con su vicio, había regresado.

Linda y Allan lo miraban como hipnotizados, esperando con ansia su veredicto, con tanta expectación que apenas respiraban por no hacer ningún ruido que lo distrajera.

Cuando terminó de escuchar la grabación, por cuarta vez, se quedó quieto, sin mover ni un músculo, sin expresar nada en absoluto durante más de cinco minutos.

—¿Y bien? —preguntó Linda desesperada.

—¿Y bien? ¿Qué? —La miró y se levantó de la silla. Sacó el *pen drive* y se lo guardó en el bolsillo del vaquero junto al paquete de tabaco.

—¿Crees que es verdad todo lo que dice? —Se impacientó por saber su opinión. Martín era un buen detective, seguro que sabía distinguir a un mentiroso que se inventaba una historia de un psicópata.

—¿Salió al aire? —contestó con otra pregunta, y Linda resopló contrariada.

—Claro, es la grabación del programa. —Allan fue quien respondió.

Martín arrugó la frente molesto, pero no dijo nada.

—Tengo que salir, así que si no os importa... —Acompañó sus palabras con un rápido caminar hasta la salida de la habitación.

La cara de Linda se transformó de golpe, se puso roja y parecía que, de un momento a otro, le iba a salir fuego por los ojos.

—¡De eso nada, no nos moveremos de aquí hasta que nos digas algo!

Martín se acercó hasta ponerse frente a la rubia.

—No pienso decir nada. Esto es cosa de la policía y no de un programa de radio. —Se giró levemente hacia Allan—. Borrará todo lo que tengas sobre esa noche. No quiero que volváis a hablar en ninguno de los programas sobre el «señor X».

—Tranquilo, sin problemas. Parecerá que no ha ocurrido nunca.

Linda fijó sus preciosos ojos chispeantes en Allan, ¿cómo podía traicionarla así?

—Pero... —quiso protestar, pero él comenzó a hablar.

—Él sabe lo que se hace, Linda —dijo señalando a Martín—. Debemos dejar esto en manos de la policía y no meternos. Imagina que está en peligro otra vida.

—Pero...

—Marchaos a casa, olvidad esta noche y seguid con el programa como si nada hubiese pasado —sentenció Martín y, de nuevo, salió por la puerta, esta vez seguido por Linda y Allan.

Linda se arrepintió de haber ido a verlo. Para una noticia buena que tenía en un programa mediocre y aburrido, no podía darle bombo, ni investigar. La policía vetaba la grabación.

Martín parecía ansioso por deshacerse de ellos; incluso en un determinado momento, cuando pareció no gustarle la velocidad a la que caminaban, tomó a Linda de la mano y tiró de ella obligándola a forzar el paso para no caer de

bruces.

Los acompañó hasta el coche. Ya subidos, Linda bajó su ventanilla y Martín se asomó al interior.

—Te llamo luego... —dijo.

—Sí, tenemos que hablar. —Linda sabía que, si no le hubiera interrumpido, exactamente esa frase habría salido de los labios de Martín.

Él se limitó a asentir, se retiró de la ventanilla y Allan arrancó.

Linda dejó caer su cabeza sobre el mullido asiento del coche, suspiró y cerró los ojos.

—¿Estás bien? —Allan retiró por un instante la mirada de la carretera para posarla en esa preciosa mujer. Parecía agotada y triste, muy triste.

—Sí... —Giró su cabeza para mirarlo y sus rizos rubios se agitaron libres, mecidos por el aire que entraba por la ventanilla abierta. Ella los retiró de sus ojos y los apresó con una mano, pero no con la suficiente velocidad como para que Allan no pudiera disfrutar del aroma que desprendía su cabello—. Es solo... —Suspiró de nuevo—. Creo que Martín y yo hemos terminado, creo que ya no hay nada entre nosotros,

¿Por qué le contaba eso a un total desconocido?, se preguntaba una y otra vez. Pero Allan tenía algo especial, algo que la atraía. Una virtud que no todo el mundo poseía y que Linda necesitaba. Allan no juzgaba; no lo conocía mucho, pero eso lo sabía con certeza. Jamás hablaba mal de ningún compañero, más que nada porque Allan era más de escuchar que de charlar, y lo sabía hacer muy pero que muy bien.

—Lo siento —dijo mientras de nuevo la miraba fugazmente.

—Es lo mejor. No estamos hechos el uno para el otro.

Durante un buen rato permanecieron callados. Esa era otra virtud de Allan. Linda siempre se veía obligada a llenar los engorrosos silencios con charlas muchas veces absurdas, pero con Allan el mutismo no parecía incómodo.

—Creo que nos oculta algo. —Fue el propio Allan quien decidió terminar con la calma que había llenado el pequeño espacio del coche.

—Sí, estoy segura. Sé que escuchó algo en esa grabación que le hizo preocuparse.

Linda conocía bien a su novio y notó cómo su cuerpo se tensaba en un punto determinado de esa grabación.

—Pienso que algo de lo que dijo el «señor X» le hizo reconocerlo como el asesino del parque.

Linda asintió, sabía que la policía tenía pruebas y pistas sobre ese caso que se guardaban y no daban a conocer a los medios. Martín debía haber escuchado algo que le dio la pista y ella necesitaba saber qué era.

Llevaban ya un buen rato en la carretera cuando Allan se dio cuenta de que conducía sin un destino exacto; esa rubia hacía que su cabeza no rigiera correctamente. Estando a su lado siempre se desconcentraba, se le olvidaba hasta de respirar. Él, un tipo centrado y con los pies en el suelo, al mirarse en esos hermosos ojos se volvía loco y su cerebro se hacía gelatina.

—¿Dónde quieres que te lleve?

Retiró por un instante su mirada de la carretera, tan solo necesitó un segundo para ver la sonrisa traviesa de Linda. «¿Qué estará tramando?», se preguntó asustado.

—No sé..., debería ir a casa, pero estoy demasiado nerviosa y apenas tengo sueño. ¿Tienes prisa? —Lo miró de reojo.

—Yo... —Se puso rojo y su frente se perló de sudor. Movi6 las manos sobre el volante intentando secarlas y carraspeó. ¿Ella, esa rubia preciosa por la que suspiraba, quería ir a algún sitio con él?—. Sí, no, bueno, sí, pero... ¡Joder! —exclamó el juramento, creyendo que lo estaba diciendo solo para él.

Linda se mordió los carrillos para no romper a reír. «Es tan mono», pensó lanzándole una mirada tras sus espesas pestañas.

De nuevo se hizo el silencio.

—¿Y bien? —preguntó Linda, a ese paso recorrerían kilómetros sin sentido, sin destino.

—¿Cómo? —Su voz tembló.

Allan pensó que a él nunca le pasaban esas cosas, que él era el chico raro, ese que siempre estaba solo, con el que nadie hablaba, así que debía quitarse de la cabeza el absurdo pensamiento de que Linda quisiera pasar algún tiempo con él pudiendo estar con su novio. Un tipo duro, con pistola y con temas de conversación. Uno que seguro que sabía cómo tratarla, cómo hacerla reír... Cada pensamiento negativo que su cabeza le lanzaba sin piedad, le hundía un poco más en el asiento de su pequeño y destartalado coche.

—¿Te apuntas a una aventura? —Era tan excitante ver cómo Linda se entusiasmaba con cada pequeña cosa... Parecía una chiquilla que proponía ir al parque de atracciones.

—Yo no soy..., no soy muy aventurero.

La hazaña más grande que Allan había vivido era ir al supermercado un domingo, cuando los pasillos estaban atestados de gente.

—Pues nunca es tarde. Porfa, porfa Allan. Venga... —le rogó, poniendo esos morritos que con solo verlos fruncidos y con ese tono tan rosado, le provocaron una inmediata erección. Su miembro pegó un salto dentro de sus pantalones como si fuese un perrito amaestrado a la voz de «hop» de su amo.

«¿Por qué habré apartado la mirada de la carretera?, mierda, mierda. Ahora

ella lo notará. ¡Qué vergüenza, por Dios!», pensó horrorizado.

—¿Qué es lo que propones? —preguntó tras tragar toda la saliva que se había almacenado dentro de su boca.

Quería distraerse, que su traviesa polla regresara a su posición de descanso.

«No la mires..., no vuelvas a mirarla» se repetía, y clavó sus ojos en la carretera.

—He pensado que podríamos ir a dar una vuelta por el parque Rattford.

—¡¿Cómo?!! —Allan frenó en seco y, como recompensa, recibió los pitidos del coche que iba detrás, pues casi se choca con él—. ¡Dios, joder! —exclamó asustado, tratando de recuperar el aliento.

—Madre mía, Allan. Ten cuidado, hombre —le reprendió Linda mientras se recolocaba en el asiento.

—Estás de broma, ¿verdad?

—No.

—No podemos ir allí.

—Sí podemos. Solo pasaremos. ¿Qué tiene eso de malo?

—Pues..., lo que tú quieres es ver el lugar de los asesinatos.

—Hombre, si por casualidad pasamos por allí, podemos echar un vistazo. Es simple curiosidad.

—No, qué va. —Le echó una ojeada rápida—. Es morbo, puro morbo.

—Bueno, un poco. ¿No te apetece ver el lugar donde el hombre con el que anoche hablamos asesinó a sus víctimas?

—¡No! Pues claro que no. —Arrugó la frente un instante y cerró la boca de golpe. La verdad era que, por echar un ojo, no hacían nada malo. Habían pasado ya varios años de los asesinatos, la policía había peinado muy bien la zona y no iban ellos dos de repente a encontrar una pista..., ¿verdad?

—Sí quieres ir —canturreó Linda.

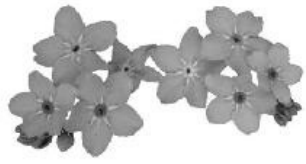
—Bueno. Joder, yo nunca he desobedecido a la policía y tu novio dijo...

—Mi novio... —Le costó llamarlo así, ya no tenía muy claro si quería que Martín siguiese siéndolo—. Martín dijo que no hablásemos sobre el «señor X», no que no fuésemos a dar un paseo inocente por el parque.

La miró de reojo de nuevo y suspiró. No podía hacer nada contra esa mirada, ese cabello dorado y esa preciosa sonrisa; frente a sus armas, él estaba total e inexorablemente perdido.

—Vamos —dijo y, mientras que Linda daba palmas y en un acto espontáneo se lanzaba a su cuello y dejaba un reguero de besos sobre su mejilla derecha, él intentaba no perder del todo la cabeza y prestar toda la atención necesaria para no salirse de la carretera y estrellarse.





## Capítulo 10. El nombre de la rosa.

Lunes, 12 de junio de 2017.  
20:00 h.

Anocheecía y Martín ya no sabía cómo colocarse en la silla. Le dolía todo. Llevaba horas escuchando al «señor X», desmenuzando cada una de sus palabras, intentando descifrar sus pausas, sus respiraciones... Sabía que esa no era su voz real, la forzaba y lo hacía muy bien.

Le encantaría poder ponerle cara, saber quién era y meterle en la cárcel para toda su puta vida. Era un enfermo, un loco demente que disfrutaba asesinando y no pararía. Le gustaba tanto, que tarde o temprano volvería a hacerlo.

Se levantó de la silla. El estómago le molestaba de nuevo. Decidió tomar de su cajón esas pastillas mágicas que le atenuaban el ardor. Se llenó un vaso de plástico en el bidón de agua y dejó caer una dentro. Mientras terminaba de deshacerse, se acercó al panel de corcho donde, sobre un plano del parque Rattford clavadas con chinchetas de colores, estaban las fotos de las tres chicas asesinadas.

—¿Otra vez te duele el estómago? —Se volvió al escuchar la voz de su compañera.

—Sí.

—¿Cuándo ha sido la última vez que has comido? —Lo conocía y sabía que podía pasar horas e incluso días metido en un caso sin apenas alimentarse o dormir.

—La verdad... —Se rascó la frente como si al hacerlo le viniese de forma mágica el recuerdo de su última comida.

—Ni te acuerdas, ¿verdad?

Se encogió de hombros y continuó mirando el corcho.

—No me cuadraba el asesinato de Candice con el de las otras dos chicas — volvió al tema que verdaderamente le interesaba—. Sabía que era el mismo asesino, pero la manera de matarla era diferente: Candice fue asfixiada por la presión de una mano sobre su boca y las otras dos estranguladas, eso me hizo dudar... Además, nuestro «señor X» había sido muy meticuloso al dejarnos la escena de los crímenes de Magi y Rita adornadas con esas pequeñas flores azules y sus labios pintados de rosa, mientras que Candice tan solo tenía algunas que se habían enredado en su cabello al forcejear con el asesino. Pero ahora, ahora todo cuadra. El puzle tiene nuevas piezas.

»Candice fue la primera, no fue un crimen premeditado como el de las otras dos chicas, por eso era tan distinto. ¡Maldito cabrón!

—Ahora las nomeolvides son su marca, su firma.

—Efectivamente. Adorna a sus víctimas como homenaje a Candice.

—¿Y si ha matado a más mujeres y no lo sabemos? —Alexis lo sacó de sus pensamientos.

Se dejó caer en la silla y se recostó, la miró y suspiró cansado.

—Podría ser, no lo dudo, y estoy seguro de que si así fuera le molestaría, le disgustaría mucho no mostrarnos sus crímenes; a ese tipo le gusta exhibir lo que él llama sus «obras de arte». Solo escondería un cadáver de ser estrictamente necesario. Le gusta ser el protagonista, el centro de atención, por eso llamó a la radio, necesitaba hablar sobre lo que había hecho, porque sus «obras» ya no ocupaban las primeras planas de los periódicos.

—Lo de las flores en el pelo me ha puesto la carne de gallina.

—Ese dato me confirmó que no era uno de esos tipos que llaman a la radio para tener su minuto de fama. Nadie, ningún medio, conocía ese detalle, solo nosotros lo sabíamos.

Esas pequeñas flores azules eran la pista más importante que la policía se había guardado mucho de no revelar y, gracias a eso, Martín había descubierto que el «señor X» no era un timador, un actor intentando jugar a ser un asesino; no, el «señor X» era el verdadero asesino del parque Rattford.

—Hay una cosa que me vuelve loco. ¿Por qué dice que su verdadero amor es pecado? ¿A qué se referirá?

—Quizá la mujer de un amigo...

—Lo dudo. Ese tipo de gente no tiene escrúpulos, si desea tener algo, no dudará en tomarlo, aunque sea a la fuerza. Tiene que ser otra cosa... —Se quedó pensativo.

—Martín... Vámonos a cenar algo. Llevas horas aquí. No has descansado ni un solo día y tienes tan mala cara que pareces un muerto viviente. —Tiró de su mano e intentó levantarlo de la silla.

—¡Joder, Alexis, mi hermana corre por ese parque! —gritó, señalando con la mano el plano.

—Lo sé, lo sé..., pero aquí sentado no vas a solucionar el caso. Tan solo lograrás ponerte enfermo. Vamos a The Charly's y cenamos una enorme y grasienta hamburguesa. Luego vete a casa y descansa. ¡Coño, Martín! ¡Deja de venir por un día a la comisaría!

—No lo entiendes, Alexis. Mira las putas fotos de las víctimas. —Se puso de pie y juntos se acercaron al corcho. Señaló las tres instantáneas que mostraban a las chicas antes de ser asesinadas—. El asesino del parque Rattford ha matado a tres mujeres morenas, de piel dorada y ojos verdes, y así es exactamente Gádor.

La verdad era que todas las chicas tenían rasgos muy similares e incluso se parecían entre ellas. Eso era algo que Alexis no le podía negar.

—No, no, no... No voy a consentir que de nuevo te entre la paranoia y la cagues otra vez con tu hermana; hay millones de personas con esas características, millones, ¿qué se supone que tiene que hacer, quedarse metida en casa? ¿Por qué tiene que ser tu hermana la próxima víctima? Además, el parque está vigilado día y noche, si ese cabrón intenta volver a matar a alguien lo pillaremos antes. Así que mueve el culo y vamos a cenar ya. —Fue tajante y Martín cedió a regañadientes.

Su compañera tenía razón. Estaba agotado, había dormido poco, primero cuidando de su hermano y, en esos últimos meses, de lunes a lunes, no había faltado ni un solo día a la comisaría. Tenía su vida, a su familia abandonada.

\*\*\*

Alma estaba sirviendo en la barra cuando la puerta se abrió. Sus ojos se agrandaron y una sonrisa radiante se dibujó en su cara al ver entrar a Martín. Tan guapo como siempre, con su andar seguro y firme, sus vaqueros viejos y gastados y una camiseta que se le ceñía lo suficiente para marcar algunos de sus músculos. Tenía unos brazos fuertes, formados. ¿Qué se sentiría al estar entre ellos?, le encantaría poder encontrarse, aunque tan solo fuese una vez, sobre su pecho, sentir sus grandes manos sujetándola con fuerza y poder escuchar el latir de su corazón. Seguro que se sentiría protegida, cuidada, y Alma lo necesitaba, pues llevaba sola muchos, muchos años.

Tras Martín entraba Alexis, la preciosa afroamericana que era su compañera y amiga. La envidiaba, tenía un cuerpo de infarto, largas piernas y cara de modelo. Era simpática con ella y siempre dejaba buenas propinas.

—Alma..., despierta. —Charly chasqueaba los dedos delante de sus ojos,

según parecía se había quedado atontada mirando a su amor platónico mientras llenaba en el grifo una cerveza y el contenido se estaba desbordando.

—Oh..., sí... Claro. —Vaciló e intentó disimular lanzándole una sonrisa a su jefa. Tenía la mano empapada y se la secó en una bayeta—. ¡Qué torpe, por Dios! —dijo azorada.

Dejó el vaso lleno hasta el borde frente al cliente y de nuevo su mirada lo buscó.

Martin había tomado asiento junto a otros de sus compañeros en una de las mesas más alejadas de la barra, de tal manera que tuvo que hacer virguerías para encontrarlo entre todos los clientes que llenaban esa noche la cafetería.

—Voy a servir las mesas —dijo Charly—. ¡Espabila, Alma! ¡Estamos a tope!

—Yo iré...

Tomó carrerilla y dejó a Charly con la boca abierta. Normalmente era ella la encargada de las mesas y Alma de la barra, ¿a qué venía ese cambio?

Caminó con la bandeja en la mano y la mirada clavada en Martín, que en esos momentos reía ante un comentario de Alexis. Estaba sentado de tal manera que no se dio cuenta de que Alma se acercaba, hasta que no sintió su aroma a jazmín y su pequeña mano que, al posarse sobre su hombro, le dejó un agradable y reconfortante calor.

—Buenas noches —la escuchó decir y se volvió a mirarla.

Estaba preciosa: sus mejillas sonrosadas, no sabía muy bien si por el calor que hacía en la cafetería o porque Alma era muy tímida. Sus labios pintados con un discreto tono rosa, sus ojos perfilados de negro, el *piercing* que adornaba la aleta derecha de su nariz brillaba y su bonita melena negra estaba sujeta en una coleta alta que se movía de un lado a otro al girar su cabeza. Llevaba su característico uniforme compuesto por una camiseta negra muy ceñida que perfilaba sus abultados pechos y unos chinos de ese mismo color; sobre él, un pequeño delantal con un gran bolsillo central, donde guardaba la libreta de las comandas y que llevaba anudado con fuerza a su cintura.

—Hola, Alma. —No pudo disimular su dicha al verla, era como si se hubiese abierto una ventana para dejar entrar el aire fresco después de haberse sentido ahogado, agobiado dentro de una habitación claustrofóbica.

Entró en la cafetería buscándola con la mirada, necesitaba verla. Su día había sido terrible y las imágenes de las tres chicas muertas que adornaban el corcho de su despacho pesaban como una losa de piedra; sin embargo, al ver a Alma con esa bonita sonrisa, todas esas imágenes de muerte y desolación se habían esfumado. Ahora sentía su mano en su hombro, su perfume y disfrutaba de sus ojos de color verde clavados sobre los suyos.

Ambos permanecían conectados, sin moverse, sin hablar, mientras que Alexis los miraba sorprendida. ¿Qué ocurría entre esos dos? Habían ido muchas veces a la cafetería y jamás había sentido la conexión entre Alma y su compañero de una manera tan explícita, tan fuerte, que le hacía sentirse una extraña, una fisgona que contemplaba los sentimientos más dulces e intensos que emanaban sin poderlo evitar, sin pretenderlo.

—Alma, ¿nos traes dos cervezas y dos de las hamburguesas especiales de la casa? —Tomó el mando, si no esos dos se iban a tirar toda la noche como dos pasmarotes mirándose el uno al otro, y ella tenía hambre y muchas cosas que hacer. Pero la verdadera razón era que un sentimiento nuevo se había colado en su interior, uno que tenía un nombre concreto: celos, unos intensos e irrefrenables celos. Porque Martín miraba a esa pequeña e insulsa mujercilla con tal pasión que se podía sentir en el ambiente de la cafetería y porque a ella le gustaría que esos ojos marrones estuviesen clavados en los suyos y no en los de la camarera.

—Oh..., sí..., claro. —Alma se puso tan colorada que, al sentir el calor en sus mejillas, procuró disimular. Quitó la mano derecha del hombro de Martín. ¿Cómo no se había dado cuenta de que permanecía allí hasta entonces?, se preguntó. Nerviosa, sacó del bolsillo de su delantal el blog de las comandas y tomó nota, con una letra horrible, pues sus manos temblaban. Se sentía como una quinceañera a la que habían pillado espionando al chico que le gustaba.

Con premura y sin decir nada más, corrió con la nota en la mano hacia la barra.

Llegó a la cocina y soltó la comanda de manera atropellada. Preparó las cervezas y de nuevo se acercó a la mesa a dejar su pedido. No se atrevió a mirar otra vez a Martín, pero si lo hubiese hecho, se habría encontrado con los ojos de él siguiendo cada uno de sus movimientos. Ya no escuchaba a sus compañeros, ya no reía con las bromas de Alexis, tan solo la observaba a ella, como si no existiese nadie más.

Las hamburguesas llegaron más tarde y Alma dejó los platos delante de cada uno de los comensales.

Se iba a dar la vuelta para regresar al refugio de la barra cuando una mano caliente, callosa y fuerte se cernió sobre su antebrazo derecho, ese en el que su piel estaba dibujada. Su contacto la quemaba, su piel parecía arder y una acuciante necesidad de que él la tomara entre sus brazos comenzó a crecer de tal manera que incluso resultaba dolorosa.

Lo miró y vio algo en sus ojos que le sorprendió, parecía que Martín estaba sintiendo lo mismo que ella. Pero eso no era posible, ¿verdad?

—Pu-pu-puedes —tartamudeó Martín, mientras se sentía estúpido y cerraba

los ojos para reprenderse—. Joder —dijo en voz muy baja y entre dientes—. ¿Puedes traer mostaza?, por favor...

—Sí, sí, claro...

No le soltaba el brazo y Alma tuvo que tirar de él un par de veces para verse libre de su amarre. De nuevo corrió como alma que lleva el diablo hacia la barra y Martín, otra vez, la siguió con la mirada, a pesar de que para poder hacerlo se tenía que dar totalmente la vuelta.

—¿Se puede saber qué cojones te pasa? —Alexis estaba harta del espectáculo tan lamentable que estaban dando los dos. Los celos la estaban matando. Cuando parecía que por fin se estaba deshaciendo de Linda, ahora llegaba esa camarera...

—¿Cómo? ¿Qué...? —La miró sorprendido, no entendía...

—Estás haciendo el ridículo —le dijo aproximándose a él para que el resto de los compañeros que los acompañaban en la mesa, y que permanecían ajenos a las miradas que Martín y la camarera se prodigaban, continuasen sin enterarse de nada.

—No te entiendo... —Martín arrugó la frente y por fin clavó sus ojos en ella.

—Te falta babear por esa... —escupió sus palabras con asco, mientras señalaba a Alma sin pudor, que en esos momentos se acercaba con la mostaza a la mesa.

—Aquí lo tienes, Martín —dijo tendiéndole el bote.

—Gracias. —Lo tomó de su mano permitiéndose el lujo de acariciar sus dedos mientras lo cogía.

Martín escuchó el resoplido que emitió con descaro su compañera, pero no le hizo caso. No pensaba discutir con ella, ni hablar de sus intimidades. Tan solo quería dar cuenta de esa hamburguesa, pues el aroma le había devuelto el apetito y ahora sentía sus tripas rugir de hambre.

Se limitó a cenar sin hacer caso a Alexis, ni a sus reproches.

\*\*\*

Era casi la hora del cierre y por fin Charly y su camarera se habían podido sentar a cenar tranquilas. Ya no eran horas, pero hasta ese momento no habían dejado de servir mesas. Ahora el local estaba vacío y, después de echar el cierre, decidieron dar cuenta de dos deliciosas hamburguesas que la cocinera les había preparado antes de marcharse.

—¿Qué ha pasado hoy? —preguntó Charly, dejándose caer sobre la silla—. Parece que todo el mundo se ha puesto de acuerdo para salir a cenar fuera de casa.

—Ya te digo, estoy rota. —Alma se acomodó frente a ella y su hamburguesa. Destapó el bote de ketchup y, abriéndola por la mitad, dejó caer la salsa roja sobre una de las partes.

—Que conste que no es una queja —dijo Charly mientras tomaba un largo trago de cerveza—. Cuantos más clientes, más dinero entra en la caja, pero lo de hoy ha sido...

Alma dio un bocado a su apetitosa cena.

—Uhm, ¡está de vicio! —exclamó mientras se relamía con gusto.

—Hablando de estar de vicio... —Charly tamborileaba con sus dedos sobre la superficie de la mesa y la miró con picardía, mientras Alma soltaba la hamburguesa en el plato y ponía los ojos en blanco; sabía lo que su jefa le iba a decir—. Se puede saber, ¿qué coño ha pasado hoy?

—No sé a qué te refieres —mintió, pero su cara la delató, estaba roja como un tomate.

—Ja y ja.

—Anda, come —le ordenó en un torpe intento de que Charly la dejase en paz.

—De eso nada, guapa. Quiero que me expliques a qué han venido esas miraditas entre Martín y tú. Ese «ya lo atiendo yo, Charly» —dijo imitando su voz—. Y esos cuchicheos de los dos, vuestras risas tontas...

—Para, para —la interrumpió—. Creo que has visto cosas donde no las hay...

—No soy tonta, tengo ojos en la cara.

Ya no le apetecía seguir comiendo, empujó el plato. Se sentía mal, revuelta.

—Lo sé. Sé que se me nota mucho... —Bajó su mirada, avergonzada.

—Cariño, se os nota mucho a ambos.

Alma levantó sus ojos asombrada y los clavó en su jefa.

—No digas tonterías, sabes tan bien como yo que Martín tiene novia.

—¿Y?

—Pero... pero ¿cómo que «y»? —Parecía casi hasta ofendida.

—Vamos a ver, pequeña; él tiene novia, una que por cierto le va a durar muy poquito, porque la que le gusta de verdad eres tú.

Alma se levantó y comenzó a recoger los platos, los vasos. Charly la miraba trabajar y sacudía la cabeza con preocupación.

—Deja todo eso y vete a casa a descansar.

Alma no hizo caso y siguió con su tarea.

—Cariño... —Charly se acercó a ella. La obligó a dejar los vasos que iba a meter en el lavavajillas dentro de la pila y la hizo mirarla a la cara—. ¿Quieres hacer el favor de hacerme caso? —Con ternura retiró el pelo de sus mejillas y



buscó sus ojos.

—No quiero... No quiero que digas eso. Él tiene novia, no quiero hacerme ilusiones. Entre nosotros no es posible que haya nada. Yo no soy su tipo. Sabes que no tengo complejos, pero... Linda es preciosa, tiene un tipo de infarto y yo..., yo...

—¿Tú qué? —preguntó molesta, sabía a lo que se estaba refiriendo y no le gustaba nada que se subestimase, que pensase que era inferior.

—¡Charly, solo tienes que mirarme! —exclamó. Dejó caer los brazos a ambos lados de su cuerpo, como si la fuerza la hubiese abandonado de repente.

—Lo hago. ¿Y sabes lo que veo? —Alma negó con la cabeza—. Veo a una preciosa jovencita, pequeñita, eso sí, pero con un enorme corazón. Con unos ojos inmensos y brillantes. Inteligente, vivaz, parlanchina...

—Gorda...

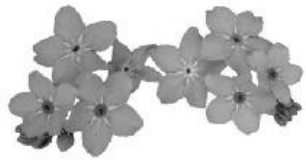
—¡No! Eso no es cierto. Tienes curvas y eso les gusta a los hombres más que esas escuálidas que salen en las revistas.

—No, Charly. No me hagas esto... Martín nunca se fijaría en mí, para él tan solo soy la camarera, esa que le pone las cervezas.

—En eso te equivocas, cariño, estás totalmente equivocada. Le «pones», pero no solamente las cervezas —guiñó un ojo con picardía—. Martín se ha fijado en ti. Le gustas, le gustas mucho.

—¡Para, por favor, para ya!

—Está bien, lo dejo, pero el tiempo me dará la razón.



## Capítulo 11. Tesis.

Lunes, 12 de junio de 2017.

10:00h

Iván llegó en su coche al barrio donde se suponía que Sex lo estaba esperando. Reconoció al instante las gigantescas torres de apartamentos atestados de gente porque, durante el primer año que vivió en Manhattan, uno de esos pequeños pisos había sido su hogar y el de Yuri.

Los alquileres eran bajos y, aunque el barrio era un tanto conflictivo, se vivía con relativa tranquilidad.

Aparcó y salió del coche como si fuese el amo del mundo. Un grupo de chicos jóvenes, que estaban sentados en un banco, se le quedaron mirando a él, a su caro traje y a su coche de alta gama como si fuese un posible plan para conseguir algunos dólares. Pero al ver los ojos fríos de Iván y el halo de peligro que lo acompañaba, dejaron de tenerlo como objetivo; ese tío era de los que llevaban pistola bajo el brazo y a ninguno le merecía la pena enfrentarse a un tipo tan peligroso.

Buscó el número tres, era el bloque que parecía más destartado de todos. Entró en el portal y subió las escaleras a la carrera y de dos en dos, estaba deseando volver al confort de su cama y, cuanto antes terminase con eso, antes regresaría.

Tocó la puerta B con los nudillos y esperó hasta que Sex le abrió. Se la veía alterada, sus ojos expresaban rabia y temor casi a partes iguales y, lo que más le preocupó, fue ver su blanca blusa manchada de sangre.

—¿Qué ha pasado? —Iván entró en la casa, cerró la puerta y esperó la respuesta de Sex—. ¿Estás bien? —le preguntó con preocupación mientras la miraba de arriba abajo, buscando alguna señal de violencia en su cuerpo.

—No, no, tranquilo, yo estoy bien. Se trata de Megan... —Megan era una de sus chicas, una prostituta que llevaba con ellos ya dos años.

Le alentó a seguirla hasta lo que supuso era una de las habitaciones del diminuto apartamento.

Entró tras Sex y lo que se encontró le heló la sangre. Sobre la cama, entre un revoltijo de sábanas, estaba Megan, acurrucada con sus piernas contra su pecho en una clara postura de búsqueda de protección. Sollozaba y gimoteaba de manera incesante. La habitación estaba en penumbras y, solo cuando se acercó, pudo ver su rostro oculto por su espesa melena.

Se colocó de cuclillas frente a ella y, con cuidado de no asustarla, retiró el pelo de su cara para poder verla.

—*Blyat' [U](#)\** —susurró muy bajito para que Megan no se sobresaltase.

Ella lo miraba casi sin pestañear mientras sus lágrimas recorrían sus mejillas hasta llegar a la almohada y empaparla. Tenía el pómulo, que quedaba al descubierto, hinchado y amoratado. El labio estaba partido y manchado de sangre ya reseca.

—¿Qué te ha pasado, preciosa? ¿Quién te ha hecho esto? —le preguntó muy bajito mientras acariciaba su pelo.

Ella negó con la cabeza y volvió a ocultarse de su mirada, tapándose con uno de sus brazos.

Iván sabía que por ella no llegaría nunca a saber quién había sido el desgraciado que la había golpeado con tanta saña. Así que se levantó, la cubrió con la sábana e indicó a Sex que lo siguiera hasta el salón.

Después de asegurarse de cerrar la puerta del dormitorio de Megan, se dejó caer pesadamente sobre el sofá del pequeño salón.

Se recostó sobre el mullido respaldo y cerró los ojos. A su cabeza llegaron imágenes de algunas de las palizas que había recibido él mismo. El mundo de la prostitución era duro y algunos de los clientes eran tan violentos que disfrutaban haciendo daño. Su propio cuerpo lucía muchas de las marcas de esas palizas.

Cuántas veces había estado como Megan, acurrucado en su cama, con un labio partido o un ojo hinchado... Muchas, demasiadas...

—¿Sabes quién ha sido? —Abrió los ojos de golpe y los clavó en Sex, que se estremeció al ver la furia en la mirada del jefe. Su expresión era aterradora, casi salvaje.

—Sí —dijo bajando su mirada, pues no podía soportar los ojos de Iván posados en ella de esa manera por más tiempo.

Iván se levantó del sofá e intentó calmarse, había notado el miedo en Sex y él no quería que lo temiera. Le tenía un cariño especial.

Sex había entrado en su club como el resto de sus chicas, buscando dinero.

Ejerció como prostituta durante unos años, pero poco a poco Iván fue encariñándose con ella hasta el punto de retirarla de la prostitución y proponerle un nuevo puesto de trabajo. Ahora era la encargada del bienestar de las chicas, de atender a los clientes cuando llegaban al club y de mantenerlo todo a punto y confortable. Para las chicas era lo más parecido a una madre, siempre atenta a su comodidad.

Iván traficaba con sexo, pero cuidaba mucho a todo su personal; sabía lo que era estar al otro lado y procuraba paliar lo ya de por sí desagradable de su trabajo, y junto a Sex estaba tranquilo, pues sabía que ella se encargaba de todo a la perfección.

—Habla, Sex. Dime quién ha hecho esto. Te juro que no volverá a entrar en nuestro club. Voy a matarlo con mis propias manos...

Con cada palabra que decía, su furia iba creciendo de manera exponencial. Sus manos temblaban y sus ojos brillaban de forma abrasadora.

—No te precipites..., debes tranquilizarte. Todo ha sido un malentendido..., él no quería...

Iván la miró sin poder entender por qué intentaba justificar a ese desgraciado.

—No logro comprenderte, Sex —escupió sus palabras con ira—. ¿Acaso has olvidado la paliza que te dio uno de tus clientes? —Hacía mucho de eso, tanto que por aquella época él ni siquiera la conocía, pero Sex, un día de borrachera, se lo contó—. ¿Has olvidado cómo te sentiste? Porque yo nunca podré olvidar...

Cerró los ojos y la boca de golpe, había estado a punto de meter la pata. No quería que nadie de su personal, ni siquiera ella, supieran de su pasado. Para todos él era el Ruso, un tipo duro que movía el negocio de los clubes nocturnos mejor que nadie y no un hombre marcado por una infancia solitaria y una juventud expuesta a los caprichos de los clientes que, durante unos años, hicieron con su cuerpo lo que les dio la gana hasta conseguir marcar su alma con dolor, miedo y asco. Pero lo que no sabía Iván era que su amigo y compañero Yuri se había encargado de contarle a Sex todo su pasado, así que ella sabía perfectamente a lo que Iván se refería.

—No es eso, Iván... Tú no lo entiendes.

Sex parecía acorralada, trataba de ocultarle algo, algo que seguramente le pondría mucho más furioso de lo que ya estaba.

—Habla, mujer, habla porque estoy empezando a perder la paciencia.

Y de eso, Iván, apenas tenía.

—Solo si me prometes que no harás nada hasta mañana, en caliente no se solucionan las cosas...

—Sex..., no me jodas más...

—Ha sido Yuri —lo soltó de golpe, y se quedó muerta de miedo pensando en la reacción que su jefe iba a tener al saber que su mano derecha había golpeado a una chica.

—*Ne naebyvay menya* [2]\*—exclamó con un tono que no dejaba duda alguna, estaba muy furioso—. Voy a matar a ese cabrón, le partiré la cara.

Hizo ademán de salir por la puerta, pero Sex lo sujetó con fuerza y le obligó a mirarla a pesar de que los ojos de Iván eran tan terroríficos como los de un tigre salvaje a punto de caer sobre su presa.

—No, Iván, ahora no es el momento de ir en su busca. No estás en condiciones de...

—¿Estás dándome órdenes? —preguntó mientras que sus ojos se clavaban en el lugar exacto en el que Sex tocaba la manga de su caro traje. Nadie, absolutamente nadie tenía la desfachatez de dar una orden a Iván. Él era quien las daba, solo él, y los demás las acataban.

—No, tan solo estoy intentando retenerte. Porque Yuri es tu amigo y sé lo mucho que lo quieres...

—No puedo consentir que nadie, ni siquiera Yuri, golpee a una mujer.

—Lo sé, lo sé, y te juro que a mí también me dan ganas de pegarle... Pero creo que debemos sosegarnos y hablar tranquilos.

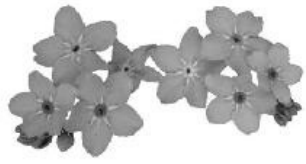
—Sex, yo no puedo hablar tranquilo con un tipo que golpea a una mujer.

—No quiero que hagas nada de lo que luego puedas arrepentirte. —Necesitaba hacerle entender. Por supuesto que ella también odiaba el comportamiento de Yuri, por supuesto que jamás le volvería a ver con los mismos ojos. Hacía tiempo que ese tío le parecía un tipo raro, sin sentimientos, uno de esos hombres que hacen daño sin sentir ni pensar en las consecuencias. No lo quería a su lado, lo rehuía, pero temía por Iván; él era distinto, parecía un tío duro sin corazón, pero era todo fachada—. Piensa en frío. Si vas ahora a verlo, lo golpearás, y quizá suceda algo tan grave que luego no tenga marcha atrás.

—Está bien —cedió a regañadientes—. Esperaré hasta mañana, pero solo hasta mañana, después quiero verlo. Solos él y yo, sin nadie de por medio.

Sex sabía positivamente que Yuri tendría su castigo y sería muy duro, tan solo esperaba que no tanto como para que Iván terminase más tocado de lo que ya estaba.

—Manda a alguno de los muchachos para que la lleven a su casa, no quiero dejarla en este sucio agujero. Y que la vea un médico —dispuso, y tras un adiós salió del apartamento.



## Capítulo 12. Los otros.

Mañana del martes 13 de junio de 2017.

Martín había hecho caso del consejo de Alexis y, después de dormir toda la noche por fin de un tirón, se había quedado en la cama hasta las doce de la mañana.

Los meses que había estado pegado a su hermano pasaban factura en el trabajo y ahora le tocaba ponerse al día con los casos nuevos y continuar con los antiguos, como el del asesino del parque Rattford.

Ese día no pensaba moverse de casa, se lo merecía después de casi quince días en la oficina, día y noche intentando recuperar el tiempo, aunque eso supusiera haber tenido que desatender a sus hermanos, a su... ¿chica? Esto le recordó que tenía algo pendiente, algo que no podía esperar por más tiempo.

Se incorporó de la cama, tomó su móvil de la mesilla, y miró los mensajes y los wasaps. Contestó a alguno de ellos y marcó el número de Linda.

—Hola, Martín —respondió al segundo tono de llamada.

—Hola, Linda. ¿Te pillo mal?

—No, no... Dime.

—Necesito hablar contigo. ¿Te viene bien esta tarde?

—Sí.

—Perfecto, pues en la cafetería de siempre sobre las siete.

—Nos vemos, Martín.

—Adiós.

Colgaron los dos a la vez. Nunca había mantenido una conversación tan fría con Linda. ¿Dónde se habían quedado sus «cariño», «amor»? Estaba claro que ambos deseaban poner fin a una relación que nunca fue pasional, en la que los besos no los dejaban sin respiración, ni las ganas de tocarse los mataban.



Desde el principio no hubo mariposas en el estómago de ninguno de los dos. Simplemente los presentó Gádor en una fiesta, se gustaron, esa misma noche se acostaron y decidieron salir. Sus encuentros sexuales se calificarían como satisfactorios, pero sin esa química esencial para que el cuerpo estalle en llamas con un solo roce de la piel del otro.

¿Cómo sería con Alma?, se sorprendió a sí mismo pensando en ello, pero lo que más le asombró era que tan solo con evocar la imagen de Alma tocando su hombro y sonriéndole, el aroma que desprendía..., se había puesto duro y esas mariposas estúpidas que describían los románticos flotaban libres dentro de su estómago.

Suspiró con fuerza. «Será hambre», pensó, pero sabía perfectamente, dentro de él, que el apetito por la comida no tenía nada que ver con ese extraño movimiento en su interior; más bien era hambre voraz, pero otro tipo de necesidad, una que implicaba también la boca, la lengua, los dientes..., pero utilizados de otra manera diferente a la acción de masticar. Un escalofrío recorrió su cuerpo y su falo se sacudió, deseoso de eliminar la presión que se acumulaba y acumulaba desde la otra noche al entrar en la cafetería y ver a la preciosa Alma.

Un golpe seco en la planta de abajo de la casa lo sacó de sus pensamientos de una manera rápida; toda la sangre acumulada en su miembro se evaporó, se levantó como un resorte y corrió asustado escaleras abajo en busca de lo que había provocado tal estrépito.

—¡Hostia..., joder, me cago en...! —Los gritos de Lucas lo condujeron hasta la habitación de matrimonio, la que había compartido con Mary y en la que ahora dormía él solo.

Abrió la puerta y entró con el corazón en un puño.

—¿Qué ha pasa...? —la pregunta se quedó atascada en su boca al ver a su hermano tirado en el suelo, sujetándose la espinilla y soltando tacos como si fuese una ametralladora.

Se acercó a él y lo ayudó a incorporarse.

—¿Estás bien?

—En cuanto se me pase el dolor. Joder, Dios. Me he dado con aquella caja. —La señaló con un dedo y entonces Martín se fijó en la habitación. Todo estaba revuelto, había ropa por el suelo, cajas llenas, libros arrinconados en una esquina; todo era caótico, apenas quedaba un espacio libre en el suelo.

—¿Qué ha pasado aquí? Parece que un huracán ha atravesado tu cuarto.

—Estoy recogiendo todas las cosas de Mary. Creo que ya es hora de seguir adelante con mi vida.

Quizá era demasiado pronto para eso. Martín pensó que le costaría más

deshacerse de las cosas de su mujer y le extrañó que no le hubiese comentado nada. Pero claro, tal vez quería estar a solas, quizá necesitaba hacerlo sin testigos; a pesar de ese pensamiento le preguntó:

—¿Quieres que te ayude?

—Te lo agradecería. Son muchas cosas y las cajas pesan... Mary tenía mucha ropa, libros...

Vaya, pues según parecía no conocía tanto a su hermano mellizo.

—Deja que me ponga más ropa y ahora bajo a ayudarte.

Martín llevaba tan solo su pantalón de pijama, había bajado tan rápido para ver de dónde provenía el estruendoso golpe que ni siquiera se había puesto las zapatillas.

Lucas asintió y, con esfuerzo, se acercó a la caja causante de su espantoso dolor y comenzó a llenarla de nuevo con todo el contenido que había quedado disperso en el suelo por el poco espacio que quedaba libre.

Llevaban más de una hora apilando cajas, colocando ropa, seleccionando los libros que tenía intención de regalar, separándolos de los de él. Según parecía, no quería quedarse con absolutamente nada, y eso le pareció tan extraño a Martín que quiso indagar:

—Lucas..., este libro... —Se lo mostró.

—A la caja para la biblioteca —le ordenó.

—Pero..., está dedicado y firmado por el autor. ¿No te gustaría quedarte con él? Es un bonito recuerdo de Mary.

Lucas estaba doblando unas camisas y metiéndolas en una de las cajas, pero dejó lo que estaba haciendo para volverse y mirar a su mellizo a los ojos.

—Tengo muchos recuerdos de ella, tan solo tengo que mirar esa cama, el armario, la bañera, las tazas donde cada mañana tomo el café. Creo que es suficiente, no necesito más cosas.

Visto así tenía razón, pero... Martín sacudió la cabeza, no iba a plantearse los sentimientos de su hermano; si él deseaba deshacerse de todo, lo ayudaría sin cuestionarse nada. Metió el libro en la caja que tenía adherido un cartel rotulado con un grueso bolígrafo que decía: biblioteca, a la que Lucas cedía una enorme cantidad de libros que Mary había acumulado en todos sus años de vida.

Martín tomó entonces del hueco de la estantería un cuaderno de tapas duras y negras que se cerraba con una goma elástica. Lo giró hacia todos los lados; no era un libro, parecía un...

—¡Dame eso! —Martín se sorprendió ante el grito de su hermano. Estaba a su lado y le tendía la mano solicitando el cuaderno negro. Parecía nervioso, incluso lo miraba enfadado.

—Toma, tranquilo... No pensaba abrirlo —dijo para excusarse, aunque la

verdad era que no le hubiese importado echarle un vistacillo.

—Lo siento, Martín. Perdona mi arranque. Sé que no fisgarías en algo tan íntimo como el diario de Mary. Pero... —Caminó cabizbajo hasta la cama y se dejó caer con el cuaderno aferrado a su pecho—. No recordaba este diario, se lo regalé el primer cumpleaños que pasamos juntos, como pareja. —Pasó una de sus manos por la cubierta, acariciándolo como si fuera un ser vivo—. En él escribía un poquito cada noche al acostarse... Lo guardaré.

Abrió el cajón de su mesilla y lo depositó con cuidado como si fuera un tesoro.

Así transcurrió la mañana del martes para Martín. Su idea de descanso se había quedado en eso, en una idea, porque se había tirado toda la mañana, junto a su hermano, recogiendo los recuerdos de Mary. Ni siquiera había desayunado y, para cuando pararon para comer, su estómago rugía enfadado.

Gádor se había encargado de la comida, su tobillo estaba mucho mejor. Tan solo le molestaba un poco, pero con la crema y una pastilla para el dolor, le había bastado.

Los tres comieron en silencio, cada uno enfrascado en sus pensamientos. Parecía que no había muchas ganas de charlar.

Y, a eso de las seis y media, Martín salía del garaje de la casa camino de la cafetería donde había quedado con Linda.

Estaba nervioso, romper con alguien no era algo agradable, tan solo esperaba no hacerle mucho daño. Deseaba, si era eso posible y Linda no quedaba muy tocada, ser amigos.

Entró y la buscó con la mirada. Estaba sentada en una de las mesas, cerca del gigantesco ventanal, con su mirada perdida en la calle y una Coca-Cola entre sus manos.

Se acercó despacio, como quien tiene que hacer algo tan costoso que, cada paso que da, lo lleva hacia un callejón sin salida del que le gustaría poder librarse.

—Hola —dijo al llegar a su lado.

—Hola —contestó ella.

Se sentó, el camarero se acercó y Martín pidió una cerveza, se quedaron en silencio hasta que regresó y dejó la bebida frente a él.

No podía disimular, estaba nervioso y sacó un cigarro con el que jugueteó entre sus dedos, como era su costumbre desde que había vuelto al mal hábito.

—Me apena que vuelvas a fumar. —Linda señaló el cigarro que él movía de manera convulsa entre sus dedos de la mano derecha.

—Siempre fui débil con este vicio.

De nuevo quedaron en silencio.

—Linda, yo...

—Martín, no podemos...

Los dos hablaron y callaron a la vez. Se sentían incómodos.

—Te escucho —dijo él caballeroso mientras la alentaba a hablar moviendo una de sus manos.

—Creo... —Carraspeó nerviosa; aunque había ensayado lo que tenía pensado decirle frente al espejo, ahora le resultaba complicado, pues su garganta parecía haberse secado, al igual que su boca, a pesar de los largos tragos que le daba a su Coca-Cola—. Creo que esto nuestro... Nuestra relación...

«Dios, qué difícil es», se dijo y cerró los ojos.

—Nuestra relación se ha terminado. —Martín decidió tomar la batuta. Los dos habían acudido con el mismo objetivo, ambos estaban nerviosos, pero sin duda, de los dos, la más afectada era Linda. Se le notaba en su mirada triste, en su sonrisa congelada y en la manera inquieta con la que se retorció las manos.

—Sí... —Las lágrimas querían aflorar a sus ojos. Le daba pena que lo suyo no hubiera podido funcionar.

—Yo..., lo siento. Nunca me he portado... Últimamente he estado tan ocupado con todo, con mis hermanos, mi trabajo... Te descuidé... No mereces...

Martín era incapaz de terminar ninguna de las frases de disculpa, de culpabilidad que salían por su boca.

—No solo has tenido tú la culpa, Martín. Yo también he estado esquiva, no he cuidado nuestra relación como merecías.

Ambos bajaron su mirada, los dos eran culpables aunque, más que nada, el factor que había hecho que esa relación no funcionase era que jamás había existido pasión, amor entre ellos; simplemente se habían limitado a dar por sentada una relación por el miedo a estar solos, por la necesidad de tener un cuerpo caliente al que abrazarse.

—Te echaré de menos, Martín. —Era sincera y él lo podía ver en sus ojos, no era una frase hecha, ni una manera de quedar bien; era una realidad. Dos años era tiempo suficiente para adaptarse el uno al otro, para acomodarse y saber las costumbres de su pareja hasta el punto de entenderse con una simple mirada.

—No quiero que me añores, Linda. Quiero que seamos amigos. Para mí..., siempre has sido un gran apoyo. No quiero perderte.

Sus miradas estaban conectadas, los ojos de ambos vidriosos y una pena inmensa se abría paso en sus corazones. Rompían su relación, pero se iban a necesitar por un tiempo, pues ante todo eran amigos.

—Siempre me tendrás a tu lado. Siempre seremos amigos.

Una sonrisa, cargada irónicamente de pena, se dibujó en la boca de Linda.

El silencio se acopló de nuevo entre ellos. Martín pidió la cuenta, pagó y le

tendió la mano.

Ambos caminaron hacia la salida de la cafetería agarrados, los dos se despidieron en la calle con un último beso en los labios y cada uno se marchó, sin decir palabra, en direcciones opuestas.

El fin de su relación como pareja dolía más de lo que habían pensado.

\*\*\*

Linda caminó hasta su coche intentando retener las lágrimas. Se esforzó porque no se derramasen hasta que no estuviera sola, sin testigos incómodos, sin nadie que la viera.

Al llegar a la altura de la puerta de su pequeño Mini rojo, abrió el bolso y, con manos temblorosas, buscó la llave.

Al tercer intento logró abrir la puerta y se dejó caer sobre el asiento de cuero negro, mientras un sollozo salía de su boca, uno que ya no fue capaz de retener por más tiempo.

Se tapó la cara con las manos y dejó de poner resistencia al torrente de lágrimas que comenzaron a derramarse por sus pómulos dejando surcos negros sobre su discreto maquillaje.

Estuvo varios minutos permitiendo que saliera parte de su pena, porque otra parte quedaría dentro, muy dentro, oculta para que los demás no pudiesen verla. Una parte muy suya, una que siempre le recordaría lo que por un tiempo fue Martín para ella.

Poco a poco su llanto se fue calmando, se secó la cara con las manos y suspiró con fuerza.

«¿Y ahora qué?», se preguntó.

Necesitaba hablar con alguien, desahogarse. Pero ¿con quién? Su padre estaba totalmente descartado. Era hija única, su madre había fallecido y Arturd era de lo más dominante con ella; siempre se metía en su vida, le gustaba controlar cada pequeño detalle y Linda había luchado mucho por obtener su merecida independencia.

Arturd siempre había sido un padre opresor, uno que no se conformaba con nada cuando de ella se trataba. Linda siempre tenía que ser la mejor en todo y, por un tiempo, manejó su futuro a su antojo. Le costó mucho cortar las fuertes ataduras con las que pretendía tenerla amarrada, pero lo había conseguido y no pensaba recular, pues su libertad le gustaba a pesar de que su padre apenas le dirigía la palabra si no era para criticar todo lo que la rodeaba, desde su trabajo, hasta su pequeño apartamento. Lo único que parecía gustarle era su novio, y ahora no estaba con él, así que ya no quedaba nada.

Le entró la risa solo de pensarlo. Ahora, a los ojos de su progenitor, era la mujer más imperfecta del mundo. Le dolía, por supuesto. De adolescente había sido tan traumático que luchaba por ser la mejor, por sacar las notas más altas para mostrárselas a su padre y sentir la recompensa de unas pocas palabras alabándola, pero ahora era adulta, se había acostumbrado a sus desplantes y críticas dañinas; aun así, seguía doliendo.

No quería tampoco llamar a sus amigas. Estaba segura de que no la comprenderían, la criticarían hasta hacerla sentir mal con su decisión, bueno, con la decisión que ambos habían tomado. A ellas también les gustaba Martín, pensaban que había tenido suerte al encontrarlo y que no debía, por nada del mundo, dejarlo marchar. ¡Justo lo que acababa de hacer!

Gádor estaba también descartada; aunque confiaba en ella, era su hermana.

Entonces pensó en Allan, él era distinto, tan diferente y único. No lo conocía desde hacía mucho, pero poco a poco había conseguido raspar la superficie e iba aflorando el tipo de hombre que era.

Estaba segura de que no la juzgaría, ni intentaría hacerla rectificar. Sabía que la escucharía atento, pues le interesaba todo de ella.

Allan era muy tímido, callado y vergonzoso, pero por dentro era tan grande, tan maravilloso y lleno de millones de virtudes especiales, lo cual le hacía desear con todas sus fuerzas llegar hasta el fondo de su corazón y descubrir todas esas cosas increíbles y únicas que guardaba con reserva y que no mostraba nada más que a las personas en las que confiaba, y con ella había empezado a hacerlo.

Sacó el móvil de su bolso y marcó su número.

—Hola. —Su voz sonó jovial, alegre, denotaba ilusión, y eso la hizo sentirse por fin, después de esa tarde de martes tan horrible, en calma, tranquila y en paz consigo misma.

—¿Estás..., estás ocupado? Si molesto, yo... —Tragó saliva, las lágrimas querían aflorar de nuevo a sus ojos. Allan le proporcionaba la tranquilidad necesaria para poder ser ella misma, para no ocultarse, y necesitaba tanto abrir su corazón, necesitaba tanto dejar salir su dolor...

—No, no, tranquila. No estoy haciendo nada que no pueda esperar. ¿Estás bien? —Su voz denotó preocupación, seguro que la estaba escuchando sollozar, aunque lo hacía con contención.

—Allan, yo..., no... —Ya no pudo retenerlo más y lloró, pero sin avergonzarse por hacerlo por teléfono, sin arrepentirse de abrirle el corazón a otra persona. Por primera vez en su vida no se sentía coartada, por primera vez sentía que por fin podría mostrarse y no ser censurada.

—Tranquila, cálmate, yo estoy aquí para escucharte. No llores más... ¿Qué ha pasado, Linda? —Desde el otro lado de la línea Allan se sentía tan

impotente... Deseaba estar a su lado y poder abrazarla, consolarla, pero..., era mejor así, estar lejos, la barrera que suponía el móvil lo impulsaba a sentirse menos torpe, más seguro que de haber estado cara a cara. La distancia le ayudaba a expresarse mejor, a no sentirse pequeño delante de una mujer tan fascinante, tan preciosa como Linda.

—Acabo..., acabo de romper con Martín.

Se hizo un tenso silencio al otro lado de la línea.

—Vaya..., lo siento mucho. ¿Ha sido él quien..., quien te ha dejado?

—No, ha sido de mutuo acuerdo. Nuestra relación estaba rota; ya no quedábamos apenas, no había pasión..., ni siquiera nos besábamos. Pero ¿sabes?, duele... porque han sido dos años y hemos compartido tanto que ahora... —Le resultaba totalmente increíble cómo estaba siendo capaz de desnudar su alma delante de Allan, un tipo al que conocía muy poco pero que tanto le aportaba.

—Lo entiendo, Linda, lo entiendo. Date tiempo y tus heridas sanarán, ya lo verás.

Allan no había tenido ninguna relación larga, pero sí conocía lo que era el desamor y el dolor de no ser correspondido.

—Lo sé. Martín es un gran hombre y creo que lo tendré para siempre a mi lado como amigo.

—De eso estoy seguro. ¿Dónde estás?

—En el coche. Parada como una tonta delante de la cafetería donde siempre quedaba con él.

—Linda..., ¿puedo preguntarte algo? —Carraspeó nervioso.

—Sí, claro.

—¿Sigues enamorada de él?

Por un buen rato se hizo un pesado silencio.

—No. Creo que lo nuestro no ha sido nunca amor.

—Entonces, lo superarás.

—Eso lo sé. Pero..., durante dos años estuve enganchada a él. Durante dos años tenía a mi lado a alguien con quien contar y ahora, ahora ya no está. Sé que es complicado entenderme... Ahora me siento tan sola.

—Pero no estás sola. Me tienes a mí... —Allan había sido capaz de pronunciar ese alegato gracias a la distancia que el teléfono le permitía, al refugio que le suponía su casa, gracias a no tenerla delante y poder ver su mirada.

—Lo sé. —Linda se recostó sobre el reposacabezas y cerró los ojos. Lo sentía a su lado, aunque no estaban frente a frente. Su relación era tan especial, casi mágica. La química que juntos tenían era explosiva, jamás la había sentido tan intensa con ningún otro hombre.

—¿Sientes lo mismo que yo? —Ni en sus sueños había pensado poder articular esa pregunta sin tener la necesidad de esconderse en un agujero y quedarse allí hasta el final de sus días. Pero con Linda todo era más fácil, no temía ser invisible, porque ella sí lo veía.

—Creo que sí..., y me asusta.

¿Cómo había llegado a ese punto? Estaba hablando de su ruptura con Martín, de lo que dolía y ahora, de repente, en su mente se colaba Allan y en su boca palabras que guardaba dentro, sensaciones que de momento no debía, ni quería mostrar.

—Yo también tengo miedo. —Lo escuchó carraspear; según parecía, su garganta también estaba cerrada, como si hablar de los sentimientos que los unían fuese el detonante para que sus cuerpos reaccionasen por la necesidad de sentirse el uno al otro.

—Nunca he sentido nada igual por otra mujer.

—Me alegro, porque yo tampoco lo he hecho por otro hombre.

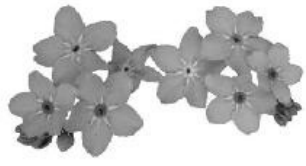
Linda lo escuchó reír, parecía tan feliz que su corazón le saltó dentro del pecho.

De nuevo el silencio se apoderó del pequeño espacio que ocupaba en su Mini, pero no pesaba, ni era incómodo. No lo sentía lejos. Parecían estar los dos cómodos compartiendo el total silencio, sin preocupaciones, sin necesidad de decir cosas sin sentido.

—Dime qué necesitas, Linda, dime lo que sea y yo..., yo te lo daré.

—Quédate a mi lado Allan, quédate y cuéntame cosas, necesito oír tu voz.





## Capítulo 13. El truco final.

Martes, 13 de junio de 2017, por la tarde.

El club se preparaba para abrir sus puertas e Iván estaba tan enfadado que sus empleados, conocedores de sus arranques de furia, preferían mantenerse alejados.

Sex era la única que se atrevía a acercarse, pero siempre con precaución, sabía cómo se las gastaba el jefe y lo hiriente que podía llegar a ser cuando hacía blanco de su mal humor en cualquiera que osase ponerse en medio. Lo soportaba porque tenía muchas cosas buenas y compensaban las malas. Le había demostrado que, dentro de esa fachada de frialdad, de despotismo, en realidad habitaba un hombre con un corazón tan grande que era capaz de proteger a cualquiera de sus chicas, que no soportaba que nadie les pusiera la mano encima y que las ayudaba a mejorar su vida, dentro de sus posibilidades.

—¿Dónde se habrá metido? —Sentado detrás de su mesa de despacho, golpeaba de manera incesante con su pluma estilográfica sobre un montón de papeles, que permanecían perfectamente apilados a la espera de su firma.

—Debe estar a punto de llegar.

—Eso espero.

Iván había hecho caso a Sex dejando pasar más de veinticuatro horas; no había ido en su busca porque, si lo hubiese encontrado, seguramente Yuri habría terminado muy mal parado. Ahora se suponía, según la teoría de Sex, que estaría más calmado, pero no era así. Estaba tan furioso que deseaba golpear algo, lo que fuera, y se conformaba con dar golpes con su estilográfica, aunque lo que verdaderamente le apetecía era liarse a puñetazos.

—¿Cómo esta Megan?

—Mucho mejor, más tranquila. Me ha dicho que te dé las gracias de su parte

por no dejarla sola, por ocuparte de que no le falte de nada hasta que se recupere y pueda regresar al trabajo.

Iván se encogió de hombros, era lo menos que podía hacer por ella. Sabía cómo se sentiría después de ser golpeada, porque él lo había sufrido en sus propias carnes. Conocía lo que era la sensación de desprotección, de asco y miedo.

—No entiendo qué le ha podido pasar, ¿por qué?

—Parecía estar más controlado. —Bajó la mirada apenada. Yuri era un hombre joven con un genio fuerte y en muchas ocasiones tenía que pararle los pies, pero llevaba un tiempo más calmado. Parecía otro desde que comenzó a salir con una de las camareras del club.

—¿Qué fue de aquella chica...? —preguntó Iván, recordando a la camarera.

—No sé, hace mucho que no la he vuelto a ver. No regresó al trabajo, ni siquiera cobró lo que le debíamos.

—Es raro, ¿no crees?

—Sí. Nunca faltaba al trabajo. Es como si se hubiese esfumado.

Los golpes con la estilográfica se hicieron más intensos.

—Sex..., no sé cómo voy a poder contenerme. Me dijiste que me calmaría si dejaba pasar un tiempo, pero cada vez estoy más furioso.

Iván se levantó de la silla con tal ímpetu que esta salió rodando hasta chocar contra la pared, pero pareció no importarle, pues ni siquiera la miró. Se limitó a caminar de un lado a otro con los puños cerrados y una expresión en su cara que provocaba terror.

Llamaron a la puerta y Sex se tensó, seguro que era Yuri. Miró a su jefe rogándole calma.

Iván soltó un gruñido y, como se conocía, cogió la silla, la llevó a su sitio y se sentó intentando poner distancia entre él y Yuri, buscando el obstáculo que le suponía la mesa para no llegar a él con rapidez y golpearlo hasta hacerle sangrar.

—Pasa —dijo.

Yuri abrió la puerta y entró. En su mirada no se veía miedo ni arrepentimiento, parecía estar tranquilo, como si nada hubiese pasado.

Saludó con una leve inclinación de cabeza, tomó la silla que estaba frente a Iván y se sentó.

—¿Querías verme? —preguntó.

Iván se quedó un buen rato callado, mirándolo, analizándolo, intentando entenderlo y calmarse. Yuri era un hombre muy atractivo, rubio, alto y fuerte. Muy reservado, como un jeroglífico imposible de resolver. Apenas era hablador, ni siquiera Iván lo conocía a fondo, a pesar de todos los años que llevaban juntos, pero claro, él tampoco se daba del todo a conocer.

—Ayer estuve con Megan.

Sabía que era violento, pero eso no era excusa, él mismo lo era y jamás había golpeado a una mujer o a alguien que no fuese capaz de responder a su fuerza.

Esperaba algún tipo de reacción: unas pupilas dilatadas, un leve rubor, que desviase su mirada. Pero Yuri permaneció como si nada, como si no fuera con él.

—¿Y?

—¿Y...? ¿Eso es lo único que se te ocurre preguntar? Está malherida, le diste una paliza de muerte y tan solo se te ocurre eso...

—Me engañó —dijo como si esa fuera una excusa totalmente lógica—. Se acostó con otro.

—Es una prostituta, en eso consiste su trabajo. —No podía creerse los argumentos tan estúpidos que esgrimía.

—Una cosa es acostarse por dinero y otra no cobrar. A mí nadie me engaña, nadie, y menos una puta.

Iván trataba de resistirse, de relajarse, pero su forma de intentar racionalizar algo tan despreciable le hizo estallar. Dio un fuerte golpe con el puño cerrado sobre la mesa, uno que sobresaltó a Sex. Se levantó de la silla y, en dos pasos, se puso frente a Yuri; agarrándolo de las solapas de su traje caro, tiró de él hasta colocarlo frente a frente.

Lo zarandeó con fuerza, con tal ímpetu que Sex sintió unas inmensas ganas de salir corriendo de ese despacho, asustada. Pero no era una cobarde y sabía que, si no mediaba, Iván haría algo de lo que seguramente se arrepentiría.

—¡Eres un hijo de puta! —El grito ensordecedor seguramente se habría escuchado hasta en el club.

—Por favor, Iván —rogó Sex. Intentó separarlo, pero Iván se aferraba fuerte, sus dedos parecían garfios anclados a las solapas y sus ojos cuchillos que intentaban clavarse en los de Yuri.

Su gruñido fue brutal, casi animal. Soltó una de sus manos y en un puño la levantó hasta estar a la altura suficiente para golpear la cara de Yuri, que no se movía. No parecía asustado, simplemente se limitaba a estarse quieto con sus ojos fijos en los de su amigo.

No le pegó, a pesar de que era lo que más deseaba, a pesar de que sabía que eso le calmaría. No lo hizo porque era totalmente consciente de que, en el preciso instante en el que lo golpease, ya no podría parar de hacerlo, y Yuri era un cabrón, un hijo de puta sin escrúpulos, pero también era la única persona que había permanecido a su lado todo ese tiempo, la única que sabía parte de su vida y que no lo juzgaba.

Lo soltó de la misma manera que lo había agarrado, con asco, con fuerza.

Yuri se tambaleó y estuvo a punto de caer.

—¿Por qué?, joder. Esa no es la manera... —Iván respiraba entrecortado, su pecho subía y bajaba como si estuviera corriendo por el parque.

—Yo..., no lo sé. —Yuri no quiso mentirle, no iba a negar lo evidente. Él le había dado la paliza y asumiría su culpa ante su amigo, sin esconderse.

Iván se pasó las manos por el pelo, en un gesto que expresaba impotencia.

—Tengo unas ganas tremendas de golpearte —le confesó con sus pupilas clavadas en él—. Pero no lo voy a hacer, porque me pondría a tu altura. Ahora vete, no quiero tenerte delante de mi cara por un tiempo.

—¿Qué quieres decir? —Esa fue la primera vez que Yuri se veía alterado, atemorizado.

—Lo que has escuchado. ¡Vete! ¡Fuera de mi vista!

—No, no, no puedes hacerme esto. —Yuri trató de tomarlo por el brazo. Estaba tan desesperado que incluso su voz se quebró.

—¡Puedo hacer lo que me dé la gana! —Se zafó de su amarre y lo empujó con fuerza.

—Por favor..., Sex, dile..., dile... —La mirada de Yuri se centró en la mujer, buscó su ayuda desesperado, cuando siempre la había tratado con desprecio, con repulsa.

—Iván, por favor, no creo que sea... —Sex sintió lástima por ese tipo; a pesar de ser un cabronazo, ahora parecía un pobre niño desvalido.

—Te juro que no volverá a pasar... Te prometo que, a partir de ahora, me contendré.

Iván le dio la espalda, apoyó sus manos sobre la mesa e intentó contenerse.

—Vete. Vete a casa. —Sex apoyó una de sus manos sobre el hombro de Yuri —. Deja que pase un poco de tiempo. Vete.

—Iván, no me echas a la calle —suplicó.

—Yo no te he echado, has sido tú.

Iván no se volvió a mirar, escuchó cómo la puerta se abría y se cerraba de golpe.

Caminó hasta su silla y se dejó caer en ella. Golpeó la mesa con los nudillos de su mano derecha hasta que se hizo daño, más tarde tendría que meterla en agua helada. Apoyó su frente sobre la mesa mientras intentaba recuperarse. Sus estallidos de furia cada día eran más fuertes. A duras penas lograba contenerse y siempre terminaba haciéndose daño. Tenía marcas en sus manos, heridas que se producía con los golpes que daba cuando no podía contener la furia, y necesitaba sacarla de alguna manera de su cuerpo. Entonces sacudía lo primero que pillaba. Esta vez fue la mesa, otras veces la pared, o incluso un árbol, todo servía para desfogarse de su agresividad.

—Iván —suspiró Sex con pena. Sabía lo que estaba pasando por su cabeza en esos momentos, conocía su lucha por contenerse.

Se acercó y le tomó la mano herida entre las suyas. Sus nudillos sangraban y debían de doler.

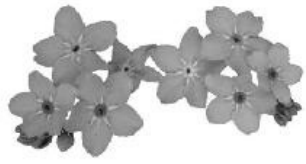
—No me jodas más, Sex, por favor, vete tú también, déjame solo. —Se soltó de ella y la miró con tal odio que Sex, de manera inconsciente, se alejó de él asustada. Iván se dio cuenta de su miedo y se arrepintió al instante. Sex era lo único bueno que tenía en su vida—. ¡Joder, perdona, perdóname! —La tomó de la cintura y la atrajo hasta su cuerpo. Apoyó su cabeza en su vientre y la palabra «perdón» sonó amortiguada contra su cuerpo.

Sex lo sintió por primera vez desde que lo conocía; era frágil, estaba solo, y le dio tanta pena que, con sus manos, acarició su cabello mientras le susurraba que lo perdonaba y que nunca lo dejaría.

Esas palabras lo reconfortaron. Había ocasiones en las que necesitaba cariño, una mano que le diese un poco de calor. Había ocasiones en las que la soledad pesaba como una piedra atada a su cuello. Había ocasiones en las que la vida le ganaba la partida y que tan solo necesitaba el calor de un abrazo, el cariño de unas manos.

Se dejó, pero solo por un rato, solo hasta recomponer sus piezas rotas y volver a ponerse la máscara con la que se ocultaba. Se dejó acariciar por unas manos de mujer, sin pretensiones sexuales, solo como una amiga que le daba cariño.

—Gracias —le susurró, y Sex no pudo retener la pena en forma de lágrimas que derramó por su mejor amigo.



## Capítulo 14. Psicosis.

Sábado, 17 de junio de 2017.

Allan se había levantado de la siesta dispuesto a hacer ejercicio como todos los días. Le gustaba mantenerse en forma. En una de las habitaciones vacías de su casa había montado una especie de gimnasio y pasaba horas levantando pesas, corriendo en la cinta y ejercitando cada uno de sus músculos.

El ejercicio lo ayudaba a mantenerse en forma, pero también a dejar la mente en blanco. Mientras forzaba su musculatura no pensaba en nada, se sentía alguien y no un ser invisible que caminaba por la vida sin ser visto.

Puso en marcha la cinta y poco a poco fue aumentando el ritmo. Esta vez no se concentró en exclusiva en correr y en escuchar la música, esta vez su cabeza se llenó de imágenes de Linda y de las horas que habían pasado en el parque.

Había sido tan especial y único que jamás podría olvidar las sensaciones, los olores, las conversaciones y los momentos vividos junto a ella.

Su excusa había sido investigar, pasar por los lugares donde aparecieron las tres chicas muertas, recorrer la zona. Pero lo que hicieron en realidad había sido disfrutar estando juntos y pasear por el inmenso y espeso bosque. Linda no dejaba de charlar y él la escuchaba con atención. Le contó muchísimas cosas de su vida. Descubrió que su padre tenía mucho dinero, que era inflexible y controlador con ella, que su madre había fallecido. Le habló sobre su lucha para ser más libre, sobre su relación con Martín ya extinta y de su intención de dejarlo.

Allan aumentó el ritmo un poco más. Sus piernas se movían con velocidad recorriendo la cinta, mientras que en sus labios se dibujaba una brillante sonrisa pensando en Linda.

Después, una ducha larga, y luego, un rato de ordenador.



No tenía amigos con los que salir un sábado a divertirse, pero nunca le había preocupado estar solo, hasta ese momento.

Algo había cambiado en su vida, ahora tenía a alguien que lo escuchaba, que se interesaba por él; ahora era algo para alguien y eso le hacía tan feliz que deseaba salir a la calle y gritarlo a pleno pulmón.

No sabía lo que esa sensación duraría, pues siempre perdía; él no era un ganador y estaba seguro de que al final volvería a quedarse solo. Pero mientras durase, lo iba a disfrutar, no pensaba dejar pasar un solo día sin hablar con ella, sin sentirla cerca a pesar de no estar juntos pues, desde hacía cinco días, cuando el «señor X» había entrado en sus vidas, Allan y Linda no habían dejado de charlar cada uno de ellos, todas las noches se comunicaban por Skype y él incluso podía verla. Linda consentía en mostrar su imagen en el ordenador, mientras que él permanecía oculto, tan solo su voz le llegaba.

Lo que Linda le demostraba era respeto, sabía lo que le costaba mostrarse y lo cómodo que se sentía tan solo hablando con ella, y lo asumía sin problemas.

Tan solo se veían los lunes en el programa de radio; el resto de los días Linda, como periodista que era, se dedicaba a preparar los programas de noticias, y Allan estaba a los controles de los programas de las mañanas; pero por las noches, desde ese día que cambió su vida, se comunicaban durante horas, se contaban muchas cosas, sus vidas, lo que sentían, las cosas que les gustaban e incluso compartían confidencias, secretos que no habían contado a nadie, miedos, sueños. Poco a poco se abrían el alma, mostraban su corazón y se entendían sin necesidad de estar el uno frente al otro.

Allan deseaba ese tiempo junto a Linda, lo ansiaba, y su vida giraba en torno al momento de verla, de poder hablar con ella sin pudor, sin tapujos.

Ella no lo consideraba un tipo raro, no pensaba que era un enfermo por sentirse más cómodo así, de lejos, sin mirarse a los ojos, y eso le daba alas para mostrarse tal y como era.

El sonido inconfundible del ordenador le comunicaba que Linda ya estaba a la espera. Así que, con rapidez, pues estaba ya ansioso, le dijo un «hola» alegre.

La imagen de Linda le llegó y llenó la pantalla. Estaba tan bonita como todas las noches. Sin una sola gota de maquillaje, al natural, con su larga melena rubia sujeta en un moño del que se desprendían mechones que caían con descuido sobre su cara. Llevaba una camiseta de tirantes de la que no apreciaba el color, pues la habitación donde estaba Linda permanecía en penumbra.

—Hola —dijo con una gigantesca sonrisa—. ¿Hoy me dejarás verte? —preguntó.

Linda deseaba que él confiase tanto en ella que se mostrase, que no se ocultase.

Se veían todos los lunes desde que hacía el programa de la madrugada y aquel día habían pasado la mañana en el parque en busca de pruebas del asesino; bueno, esa fue la excusa, la verdad es que lo que hicieron fue disfrutar juntos y, sin embargo, Allan no era capaz de estar frente a ella sin bajar su mirada, sin huir de sus ojos.

Linda había descubierto que Allan se abría a ella a través del ordenador y tenía la esperanza de que, poco a poco, con el tiempo, también lo hiciera en persona, frente a frente.

—¿De verdad quieres verme? —Allan también lo deseaba, pero tenía tanto miedo... Por ella lo intentaría, por ella haría la prueba.

—Sí. Por favor. Déjame.

En la pantalla de Linda apareció la imagen de Allan. Se quedó sin aliento, era tan atractivo... Jamás entendería por qué se sentía tan inseguro de su aspecto.

Sus rizos negros estaban húmedos, seguramente habría salido hacía poco de la ducha. Llevaba una camiseta sin mangas que, por primera vez, le permitía ver sus brazos, unos musculados y perfectos brazos preparados para abrazar, y Linda deseaba tanto que lo hiciera.

—Te ves tan guapo —le dijo y sonrió. Seguro que sus mejillas se habían teñido de rojo, pero Linda no lo pudo apreciar pues también su cuarto estaba en penumbra. Tan solo una pequeña lamparita de mesa alumbraba la estancia.

—Tú también. Me encantaría retirar con mis dedos esos pequeños cabellos que te rozan las mejillas.

Era complicado, incluso imposible, saber quién de los dos se sintió más sorprendido por sus palabras, si Linda o el propio Allan.

—Yo me muero porque me abrases, por sentirte y respirar tu aliento en mi boca.

Un gemido salió de la boca de Allan y cerró los ojos por un instante.

—Allan, ¿estás bien? —Linda pensó que había metido la pata, no debía ser tan directa. Allan necesitaba su tiempo, no era como el resto de los hombres. Se arrepintió al instante de haber sido tan sincera.

—Sí, sí. Muy bien. —Tragó saliva con dificultad. Intentó reponerse—. Me cuesta..., me cuesta mucho...

Cerró de nuevo los ojos, desesperado, ¿por qué no podía ser como los demás? ¿Por qué le era tan difícil mantener una conversación o mirar a los ojos de otra persona? Deseaba tanto ser diferente, por ella...

—Lo sé. Entiendo lo que sientes y yo jamás te forzaría a nada. Vamos despacio, a tu ritmo, no tengo prisa, Allan. Me gustas y quiero..., me encantaría conocerte más.

La forma directa de hablar de Linda era una novedad para Allan,

acostumbrado a que la gente lo ignorase. Ella se interesaba por él, quería conocerlo, y eso era todo un acontecimiento.

—Me haces sentir tan especial... Nadie, nunca... —A pesar de la oscuridad de su habitación y de que la imagen que veía Linda era a través del monitor, pudo ver cómo Allan bajaba su mirada con tristeza.

—Mírame, Allan —le ordenó con fuerza, y él obedeció al instante—. Eres especial, eres único y me gustas, me gustas mucho.

Su enorme sonrisa fue la recompensa que Linda esperaba.

—Tú también me gustas, mucho, muchísimo. Por ti lograré cambiar.

—Yo no quiero que seas diferente Allan, me gustas tal y como eres.

—Pero..., mi timidez me limita, me coarta, y yo deseo..., quiero poder darte lo que necesitas.

—Ya lo estás haciendo.

—¿Cómo?

—Estás abriéndote, Allan. Lo estás consiguiendo.

Y era verdad, jamás había hablado de lo que sentía con nadie y ahora estaba desnudándole su corazón a Linda.

—Porque contigo es muy fácil.

—No te quites mérito, eres tú quien ha dado el paso, yo solo te acompaño en el proceso.

—Me gustaría estar junto a ti. —Suspiró con fuerza. ¿Sería capaz de seguir mostrando lo que sentía frente a ella?

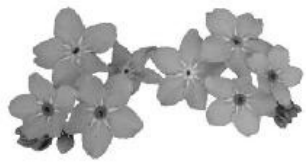
—A mí también me gustaría. ¿Quieres que quedemos mañana?

Allan se tensó, ¿quería?, sí. Pero quizá lo que debía preguntarse era: ¿podía?

—Sí, me encantaría.

Quien no arriesga no gana, pensó, y él tenía muchísimas ganas de vencer sus miedos.

—Pues entonces, quedaremos.



## Capítulo 15. El secreto de sus ojos.

Sábado, 17 de junio de 2017, por la tarde.

Gádor estaba en el jardín. Contemplaba el invernadero mientras se tomaba un té frío. Ese tiempo sin poder ir a correr, mientras su tobillo se curaba, había supuesto una total tortura, pues en su mente se había colado, sin permiso, Iván. Rememoraba cada minuto a su lado, sus brazos sujetándola con fuerza, su aroma particular que, a pesar de haber estado mezclado con sudor, había logrado excitarla; su cuerpo duro, su manera de caminar seguro, incluso cargando con su peso. Esa forma tan especial y única con la que pronunciaba las palabras, ese acento marcado que se colaba en su cabeza, su voz profunda, sensual... Podría estar escuchándolo horas y horas sin cansarse. Necesitaba..., deseaba saber muchas más cosas de él. ¿De dónde era?, se preguntaba. Por su extraño acento, sabía que no había nacido en América. ¿Por qué habría dejado su país natal? Tantas preguntas se agolpaban en su cabeza.

Cerró los ojos y rememoró su belleza. Era un hombre sexy, con un cuerpo fibroso y esos ojos... Suspiró con fuerza al recordar su mirada azul.

Los abrió de golpe al escuchar unos pasos que se aproximaban. Estaba sola. Tanto Lucas como Martín habían salido. Y miró la alta figura que, con paso seguro, se acercaba hasta ella.

\*\*\*

Iván había estado sentado en su coche casi una hora delante de la casa de Gádor. No recordaba muy bien cómo había llegado hasta allí, pues no había sido consciente de que ese era su destino hasta que no se vio parado frente a la verja.

¿Qué coño hacía allí? Se encogió de hombros. Sabía que no debía intentar

verla. Se había repetido una y otra vez que él no era bueno para Gádor, pero, según parecía, su cuerpo traidor no opinaba igual y allí estaba, sentado, mirando cómo Gádor salía al jardín y se sentaba en un sillón de mimbre, con una taza entre sus manos, ajena a su presencia.

La contempló durante un buen rato, de lejos, sin atreverse casi ni a respirar.

No debía espiarla. Se sintió mal, parecía un psicópata. Jamás le había importado tanto una mujer como para hacer una tontería como esa.

No era el primer día que se acercaba hasta esa casa. Ya había pasado por lo mismo en otra ocasión. Incluso había llegado a estar frente a la puerta de entrada, tentado de llamar al timbre. Pero esa vez la cordura ganó la batalla. ¿Qué coño hacía frente a la puerta de una mujer normal, con una vida normal, él, que se dedicaba a saciar los más bajos y sucios instintos, que comerciaba con el sexo...? No pudo, se rindió y regresó de nuevo enfadado consigo mismo, con el mundo y con esa morena que lo traía loco.

Decidió poner el motor en marcha e irse a casa. Dejarse de tonterías, olvidarse de ella, hacerle caso a Sor Marí y a su escasa cordura.

Estaba a punto de llevar su mano a la llave de contacto cuando cerró los ojos con fuerza, golpeó el volante y exclamó un «mierda» en su lengua natal.

Abrió la guantera, tomó una libreta y arrancó una hoja de papel.

¡Qué estupidez!, se censuró cuando, con manos hábiles, comenzó a elaborar una flor de papiroflexia.

Cuando la terminó, la tomó entre sus dedos índice y pulgar de su mano derecha y la contempló satisfecho. Le había quedado muy bien.

Por un instante se sintió ridículo. «¿Qué coño haces? Eres un verdadero gilipollas», se dijo, pero de nuevo su cuerpo tomó el mando y salió del coche, con su flor de papel en su mano.

La verja estaba abierta, así que entró. Lo primero que lo golpeó con tanta fuerza que casi lo dejó KO fue su aroma a coco. Se paró de golpe, olisqueó el aire y cerró los ojos. Un jadeo salió de sus labios. Esa mujer era una bruja, una que lo tenía hechizado. Chasqueó la lengua y continuó caminando hacia ella.

Gádor tenía los ojos cerrados, pero los abrió de golpe, según parecía había escuchado sus pasos.

—Hola —lo recibió con una preciosa sonrisa.

—*My lady* —dijo él haciendo una graciosa reverencia y entregándole la flor de papel, que ella tomó con manos temblorosas.

Hizo ademán de oler su perfume.

—¡Uhm, qué bien huele! —bromeó.

Le hizo una señal pidiéndole que se sentase a su lado y él obedeció.

—¡Qué sorpresa! —Parecía feliz de verlo. Iván sintió cómo su corazón latía

fuerte y rápido; que esa morena se alegrase de tenerlo al lado, le provocaba a él también dicha, hacía muchos años que no sentía nada igual. Era extraño y agradable—. ¿Te apetece tomar algo? —le preguntó.

Iván tragó saliva con dificultad; era un ofrecimiento sin ningún tipo de doble sentido pero, dentro de su cabeza, sus palabras se le antojaban totalmente provocadoras.

—Creo que será mejor que no te diga lo que de verdad me apetece —susurró con su voz profunda, y a Gádor se le secó la garganta.

Iván sonrió, mostrando su perfecta hilera de dientes blancos.

Gádor miró la flor, jugueteó con ella entre sus dedos, intentaba disimular lo mucho que le alteraba estar junto a él. La provocaba, le excitaba su proximidad, su olor, y si encima le hablaba con esa voz, ese acento y entre susurros, sus pulsaciones aumentaban exponencialmente.

Estaba segura de que él era totalmente consciente de lo que le estaba provocando a su cuerpo. Seguro que incluso podía oler su excitación, pero parecía cómodo, como si fuese normal para él que las mujeres lo desearan.

—¿Cómo va tu tobillo?

—Gracias a tus consejos, fenomenal. —Lo movió de un lado a otro.

—Dentro de poco podrás volver a correr.

—Sí, doctor —dijo con sorna.

—¿Y tu codo? —Ella se lo mostró. Quedaba el rastro de la pomada desinfectante que se había aplicado.

Con mucha ternura, Iván lo tomó entre sus manos. El contacto de esos dedos calientes, suaves, sobre su piel, le produjo escalofríos. Se fijó en sus nudillos cubiertos de heridas.

Rápidamente elevó su mirada y la clavó en las brillantes pupilas de Iván. Lo observaba extasiada, con los ojos brillantes. Era tan atractivo que cortaba la respiración, y lo tenía muy cerca, tanto que incluso podía notar su aliento sobre su mejilla.

—Se ve muy bien, ya está casi curado.

—No duele. —Entonces reparó en sus gruesos labios, tragó saliva con dificultad. Le encantaría besarlo, ¿cómo sería su sabor?

—Como sigas mirándome así, creo que tomaré lo que deseo, sin preguntar.

Gádor, en un principio, no fue capaz de entender sus palabras, de comprender el sentido de lo que él le acababa de decir.

Su cerebro reaccionó de golpe y su cara se tiñó de rojo. Retiró su mirada y, para disimular, le dio un trago a su té.

—¿Qué les ha pasado a tus nudillos? —preguntó. Pensó que estaba haciendo el ridículo porque no podía dejar de contemplarlo con deseo. Era necesario un

cambio de tema o se lanzaría a su cuello.

Lo miró de reojo. Iván se observaba los nudillos, mientras los acariciaba con su otra mano.

—Tengo un problema. No sé canalizar mi ira... —¿Por qué tenía que ser siempre sincero con ella?, se preguntó al darse cuenta de que, de nuevo, su cuerpo iba por libre.

«Perfecto, gilipollas, ahora te echará a patadas de su casa», pensó. Cerró los ojos enfadado y masculló un montón de tacos.

—Y eso, ¿qué quiere decir?

La miró asombrado, ¿no estaba asustada? Parecía que no, y eso era raro. ¿Un total extraño le decía que no sabía canalizar su ira y ella no estaba temerosa?

—Desde niño..., cuando me enfado, necesito golpear algo.

Entonces, Gádor hizo algo que terminó de dejarle perplejo. Tomó su mano herida entre las suyas y, con dulzura, depositó un beso en cada nudillo.

—¿Por qué has hecho eso? —No quería que sonase como un reproche, pero no lo pudo evitar y Gádor lo soltó como si de repente su mano quemase.

—Perdona, yo... —Su cara se tiñó de un rojo intenso, se sentía tan avergonzada. Había reaccionado por instinto, sin pensar en lo que hacía.

—Oh, no, no —corrió a explicarse. «Idiota» se insultó, había conseguido un acercamiento y ahora, por su estúpida pregunta, la estaba perdiendo, se alejaba... Le tomó la mano y comenzó a acariciar su palma pasando uno de sus dedos con tanta suavidad que le produjo un cosquilleo muy agradable—. Me ha encantado, es solo... —Ahora era él quien bajaba la mirada, avergonzado—, no estoy acostumbrado a estas muestras de cariño. —La contempló de nuevo—. Pero me ha encantado. Puedes hacerlo cuantas veces quieras.

Su sonrisa era sincera y Gádor volvió a sentirse cómoda a su lado.

—No sé qué tienes..., pero siento como si te conociese de toda la vida.

—Como si nos reencontráramos después de una vida separados. —Iván acarició una de sus mejillas. ¿Qué tenía esa mujer que le hacía olvidarse de todo y de todos?

Por un largo espacio de tiempo permanecieron simplemente mirándose a los ojos. La conexión era enorme; tanta, que Iván sintió tambalear sus férreas convicciones. Todo su mundo se venía abajo cuando contemplaba esos ojos de gata.

De repente sintió miedo. ¿Qué supondría para su mundo perfectamente planificado que una mujer como Gádor penetrase en su duro corazón? ¿Cómo gestionaría sus sentimientos?

Se levantó de golpe.



—Tengo que irme. —Gádor lo miró confusa. No era ninguna tonta y había sentido la enorme complicidad que se había establecido entre ellos. ¿Por qué huía?

—Me ha encantado volver a verte —le dijo de manera formal. Estaba un poco molesta.

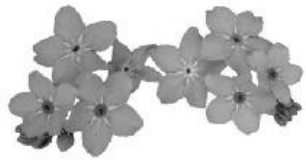
Era él quien había ido a su casa, quien se había presentado en su jardín, y ahora huía asustado.

Se puso de pie, con la intención de acompañarlo hasta la verja.

—No te preocupes, conozco la salida. No debes andar mucho con el tobillo así.

Gádor asintió y él hizo algo que descolocó a Gádor y a él mismo le sorprendió. Se acercó y depositó un dulce beso sobre una de sus mejillas.

—Nos vemos —dijo, y caminó rápido hasta la salida.



## Capítulo 16. El club de la lucha.

Miércoles, 21 de junio de 2017.  
08:00 h.

Gádor llevaba un tiempo sin salir a correr, pero ya no aguantaba más. Su tobillo estaba curado y las ganas de hacer ejercicio le podían.

Tenía en la mano la flor de papel que él le había regalado, la miraba con una sonrisa en la boca. Acarició sus pétalos y la guardó con cuidado en una pequeña caja de madera que estaba sobre la mesilla.

Su encuentro con Iván le había dejado un sabor agridulce en la boca. No le gustó su manera de irse, pero aquel beso, tan tierno y dulce en su mejilla, lo compensó.

Salió de su habitación ya preparada y procuró no encontrarse con Martín, porque estaba segura de que, de nuevo, intentaría que no saliese a correr por Rattford.

Podía ir a otro sitio, a otro parque, entonces..., ¿por qué se encabezonaba en ir precisamente a ese lugar? La respuesta a esa pregunta nunca la expresaría en voz alta, pues asumiría que un hombre, un total extraño, se había colado en su cabeza y que deseaba más que nada volver a encontrarse con él.

Antes de comenzar el ejercicio programó en su móvil la alarma; cuando corría se olvidaba de todo, el tiempo dejaba de tener importancia y había quedado con Linda para comer. Un día a la semana hacían el día de chicas, se conta-ban sus cosas y así se desahogaban. Además, este miércoles era especial. Gádor estaba muy preocupada por su amiga, habían hablado por teléfono y la notó muy extraña, algo le estaba pasando.

Salió a la carrera. Sería difícil volver a encontrarse con él, el parque era gigantesco... Pero estaba segura de que Iván haría todo lo posible por

reencontrarse, la conexión entre ellos era muy fuerte. O quizá..., tal vez todo era producto de su imaginación. ¿Se estaría volviendo loca? Todos esos pensamientos se le agolpaban en la cabeza y la sacudió intentando descartarlos. Se prometió olvidar y simplemente disfrutar de su carrera, aunque le costara sacar de su mente esos ojos azules como el mar. Respiró profundamente llenando sus pulmones de aire puro e intentó concentrarse en la música que sonaba por sus auriculares y en dar ritmo a sus zancadas.

Poco a poco su mente se centró en lo que hacía y consiguió evadirse de tal forma que, cuando se dio cuenta, se encontraba en la parte del parque más alejada y solitaria. Esa por la que jamás había ido, pues le producía escalofríos. Era una zona boscosa, donde los altos árboles impedían que la luz del sol entrara, aportándole un aspecto tenebroso, siempre en penumbras. Sin saber cómo, sus zapatillas la habían llevado hasta allí y ahora no tenía ni idea de cómo regresar, pues el serpenteante camino se adentraba más y más y no se veía la salida por ningún lado.

Paró de golpe, una extraña sensación de miedo se estaba apoderando de ella. Se arrancó los auriculares, que cayeron a ambos lados de su cuello, y se giró en redondo observando todo lo que había a su alrededor. Árboles y más árboles, enormes, altos, frondosos.

Un sudor frío comenzó a recorrerle la espalda, se había perdido. Se insultó por lo estúpida que había sido, por no mirar por dónde iba. Más le valía haberse centrado en buscar a Iván, por lo menos así no se hubiera adentrado en el bosque.

Sacó el móvil de la funda que llevaba sujeta en el brazo y lo miró esperanzada.

«Mierda, cómo no»; por supuesto, como era lógico, no tenía cobertura.

Miró hacia todos los lados. ¿Por dónde ir? No tenía ni idea de cómo salir de ese laberinto formado por esos inmensos árboles.

Decidió caminar despacio hacia la derecha. Allí parecía que el camino era más ancho y que la luz lograba atravesar mejor las copas de los árboles.

Pendiente de todo lo que la rodeaba, del sonido del bosque, del crujir de las hojas que pisaba, escuchó el ruido que unas pisadas que no eran las suyas, pues al pararse estas siguieron sonando y retumbando dentro de sus oídos, haciendo que su corazón se desbocase. Alguien corría tras ella, miró asustada, pero no veía a nadie acercarse y, sin pensarlo dos veces, comenzó a correr huyendo de quien viniese detrás.

Era absurdo, ilógico, ¿por qué tenía que escapar de esas pisadas? Seguramente sería otro estúpido corredor que se había adentrado en el bosque. Pero..., su instinto le alentaba a escapar, a huir como alma que llevaba el diablo,

y ella le obedeció.

Las pisadas cada vez sonaban más cerca, pero temía volverse a mirar y lo que hizo fue aumentar el ritmo. El sudor resbalaba por su cuerpo, empapaba su pelo y se le metía en los ojos. El corazón galopaba a tal velocidad que pensó que se le saldría del pecho y sus piernas le dolían de forzarlas al máximo.

Un quejido salió de su boca al ver próxima la salida del bosque. Solo unas zancadas más y estaría de nuevo en el parque, uno que a esas horas estaba lleno de gente.

Corrió, corrió más y más fuerte, sin mirar atrás, sintiendo cómo el extraño estaba cerca, muy cerca, tanto que podía incluso escucharlo resoplar.

Dos pasos más y estaría a salvo, solo dos más. Notó unos dedos que le tocaban el hombro, unos que comenzaban a ceñirse a él con fuerza.

«Vamos, vamos», se alentó. «Un poco más, solo un poco más», dio un fuerte tirón y consiguió deshacerse de esa mano fría que intentaba retenerla.

Se lanzó hacia delante y cayó en la hierba frente a un grupo de niños que, al verla, la ayudaron a levantarse.

Miró con miedo el interior oscuro del bosque, pero no había nadie. Se tocó el brazo donde había sentido cómo una mano la apresaba, notó dolor y, al mirarlo, se dio cuenta de que sangraba, tenía un enorme arañazo. Seguramente una rama había sido la causante.

No podía dejar de llorar histérica y más al darse cuenta de que todo había sido producto de su imaginación.

—Señora, ¿está bien? —le dijo uno de los muchachos, preocupado al ver su mal estado.

Gádor asintió y comenzó a caminar hacia la salida del parque; ahora, lo que más deseaba era estar en su casa, sentirse protegida, a salvo.

«Maldito Martín, me has convertido en una histérica», pensó enfadada.

Caminaba temblorosa cuando alguien la obligó a detenerse. Alzó su mirada y, allí parado, tan guapo que quitaba la respiración, estaba Iván.

Sin pensarlo se lanzó a sus brazos, necesitaba su calor, la protección de su cuerpo. Él la rodeó con sus brazos, la acomodó como si ese fuese el lugar exacto al que ella pertenecía.

—¿Qué ha pasado? —Notaba cómo temblaba, cómo lloraba de manera descontrolada.

—En el bosque... Yo... —decía entre sollozos. Cómo explicarle que era una tonta histérica que se imaginaba que la perseguían, que confundía las ramas de un árbol con las garras de un hombre dispuesto a hacerla daño.

—Shhh, vamos, tranquila. Estás a salvo. Estás conmigo y nada malo te puede pasar. —Su voz la reconfortaba, sus brazos le daban el calor que en esos

momentos necesitaba. Se dejó llevar por las caricias que él le dispensaba con ternura y cerró los ojos disfrutando de su olor, de su proximidad.

Se fue relajando, dejó de llorar, su corazón se acompasó a los latidos normales y se separó del cuerpo de Iván para poder mirarlo a la cara.

—Gracias. Te necesitaba...

Él dejó un dulce beso sobre su frente y le sonrió.

—Te estaba buscando.

—Pues me alegro de que me hayas encontrado.

—Siento no haberlo hecho antes.

Ambos se quedaron mirándose durante lo que para el resto del mundo sería una eternidad, pero para ellos un instante. Sus pupilas conectadas se hablaban sin palabras, se decían un montón de cosas. Se habían echado tanto de menos, que ahora no deseaban dejar de mirarse.

Iván pasó sus dedos por una de sus mejillas con una ternura que nunca había mostrado con nadie. Retiró un mechón de pelo que se había salido de su coleta y, tras dejarlo detrás de su oreja, dejó caer su mano.

—¿Te apetece..., quieres...? ¿Tomamos algo?

¿Por qué era tan torpe frente a ella? ¡Odiaba sentirse así! Iván era un hombre fuerte, seguro de sí mismo. Siempre malhumorado, incluso violento, descarado. No temía decir lo que pensaba. Le daba igual ofender o hacer daño. No le gustaba la gente, era antisocial. Nunca pedía opinión, ni la daba, no le interesaba la vida de los demás y vivía para él, única y exclusivamente para saciar todas sus necesidades, pues durante un tiempo lo hizo para saciar las de los demás, y se había prometido que nunca volvería a hacerlo. Sin embargo, frente a una mujer que acababa de conocer, se sentía diferente. Ella era como un soplo de aire fresco en una tarde de verano. Deseaba complacerla, necesitaba que, ante sus ojos, él no fuera un sucio proxeneta, un hombre que se había prostituido, que había hecho cosas tan indecentes que seguramente le escandalizarían y le producirían repulsión. Deseaba cuidar de ella, arroparla por las noches, abrazarla fuerte, complacerla...

«¿Qué crees que estás haciendo?» se preguntó, asustado por el torbellino de sentimientos desconocidos que lo envolvían. Ella lo miraba y él se olvidaba de todo, de su mundo, de su pasado, de su futuro incierto.

Había ido todos los días al parque desesperado, buscándola. Cada día regresaba abatido y más malhumorado de lo normal porque ella no estaba, porque se había esfumado y ya no podía vivir sin mirarse en sus ojos.

—Sí. —Su contestación lo sacó de sus pensamientos.

«No me importa lo que soy, solo quiero estar a su lado» se dijo, sintiéndose vencido.

Cerró los ojos, se rendía, se lanzaba al vacío sin paracaídas. Era consciente de que Gádor jamás sería suya, en cuanto supiera su verdad lo abandonaría, saldría corriendo lejos, muy lejos. Pero... pero de momento disfrutaría de su compañía, de su sonrisa, de su aroma a coco que le volvía totalmente loco y de esa mirada limpia, sincera. El futuro..., el futuro era una mierda, una incluso más grande que el pasado, y no quería pensar más ni en uno ni en el otro. Por primera vez en su vida se dejaría llevar, guiar por su corazón que, aunque siempre pensó que estaba seco, al conocer a Gádor revivió con un fuerte y acompasado latido.

Caminaron abrazados, en silencio, como si se conocieran de toda la vida y eso fuese lo más normal del mundo, como si no fuesen dos extraños sino amantes desde hacía años.

Llegaron hasta una de las terrazas que había en el parque. Se sentaron uno frente al otro, necesitaban mantener sus miradas conectadas.

—Y bien, cuéntame. ¿Qué fue lo que te pasó en el bosque? —se atrevió a preguntar una vez el camarero les sirvió las bebidas.

Gádor bajó la mirada, sentía vergüenza por lo estúpida que había sido. Por el lamentable espectáculo que él había presenciado.

—No sé... —vaciló—. Yo..., pensé que alguien me perseguía. Me adentré en el bosque sin darme cuenta y, al ver que estaba perdida..., fui una tonta.

Iván tomó la mano de ella que estaba sobre la mesa. Le dio la vuelta mostrando su palma y, con uno de sus dedos, la acarició de tal manera que un escalofrío recorrió la espalda de Gádor. ¡Si con solo esa caricia sentía mariposas en el estómago, ¿qué sería sentir sus labios?! Se estremeció solo de pensarlo.

Ya le estaba resultando difícil articular palabra con los ojos azules de Iván clavados en ella, si encima la tocaba así...

—No pienses que eres tonta por tener miedo al bosque. Incluso yo procuro no correr por él.

Iván continuaba con su caricia, dibujaba círculos en su palma, acariciaba cada uno de sus dedos pasando su yema sobre ellos, despacio, suave. Gádor estaba segura, por la expresión de su cara, de que lo estaba haciendo de una manera inconsciente. Como si fuera algo natural entre ellos mantener ese tipo de contacto, a pesar de que tan solo era su tercer encuentro.

—Gracias por rescatarme de nuevo —dijo Gádor, luciendo una enorme sonrisa.

—Me encanta rescatarte. Deseo ser siempre el héroe que acuda a ti cuando lo necesites. —Su mirada profunda se clavó en Gádor. Decía la verdad, lo que sentía, y eso se dibujaba a la perfección en sus ojos.

Él nunca se había sentido un héroe, jamás había tenido instinto de protección, pues nunca había tenido a quién proteger. Pero ahora, ante esa

belleza de piel de dos colores, su mundo, el cascarón en el que vivía, se quebraba y sentía una enorme necesidad de cuidarla, de saber que ella estaba a salvo, que nada malo le podía ocurrir.

—Estás herida —dijo de pronto, alarmado al ver los arañazos que recorrían su hombro.

—¿Esto? —preguntó Gádor mirando la sangre seca—. No es nada. —Se encogió de hombros, quitándole importancia.

—No, no, de eso nada. Debes limpiar la herida, puede infectarse...

Gádor podía ver la preocupación de Iván en sus ojos y le gustó. Era importante para él y deseaba serlo.

Apenas se conocían, pero la conexión entre ellos era más que evidente y la atracción que sentían el uno por el otro incluso se podía percibir como si fuera un halo que los rodeaba.

—De verdad que no tiene importancia. Pero para que te quedes más tranquilo, me lavaré los arañazos.

—Ven —le dijo él y, tras pagar, a pesar de que casi no habían tocado sus bebidas, la tomó de la mano y juntos se acercaron a una de las muchas fuentes de las que manaba agua fresca.

Iván puso la mano de tal forma que una pequeña cantidad de líquido se quedó en el hueco que formaban sus palmas y, con mucha delicadeza, lo dejó caer sobre el hombro de Gádor, que no podía dejar de observarlo aprovechando que él estaba concentrado en la herida. En esos momentos le parecía el hombre más bello del mundo, tan rubio, con esas facciones marcadas y esa barba de tres días que le hacía mucho más atractivo.

Iván podía sentir el calor de su mirada, ardiente, tentadora, y un escalofrío le recorrió todo el cuerpo.

Levantó sus ojos del hombro para posarlos en los de ella y se quedó sin aliento. Nunca en toda su vida había deseado a nadie, hombre o mujer, con tanta fuerza. Pero su cabeza lo frenó en su loco deseo de besarla. ¿Besarla?, esa palabra le hizo sacudir la cabeza. Iván hacía años que no besaba a nadie, porque cuando dejó atrás su vida en Rusia, cuando dejó de follar por dinero, de tener que soportar ese tipo de contacto, se prometió que jamás volvería a hacerlo. Los besos por obligación le habían hecho detestarlos, le asqueaban, pero entonces..., si él lo odiaba, ¿por qué sus labios hormigueaban sedientos de posarse sobre los de ella? Quería probarlos, beber de su aliento y saborear sus gemidos.

—Te he buscado, venía al parque a correr... —¿Por qué su boca hablaba sin su consentimiento? ¿Por qué delante de ella tenía la necesidad de expresar todo lo que sentía, incluso a riesgo de ser vulnerable?

Pasó uno de sus dedos remarcando el curioso dibujo provocado por su



enfermedad de la piel y que delineaba su ojo derecho de una manera curiosa y única. Gádor cerró los ojos para disfrutar con todos sus sentidos de ese tierno contacto que le erizaba el vello de la nuca.

—Nunca he sentido nada igual por nadie..., yo jamás... —Sus propias palabras le quemaban, porque nunca hablaba de sentimientos, no recordaba lo que era querer o ser querido. Pero ahora, de repente, ella se le había colado muy dentro y hacía que su corazón volara, que latiese fuerte, rápido.

—Esto es... —Gádor abrió los ojos y de nuevo se vio atrapada en esas pupilas azules, como si fuese un imán potente—, raro...

—Sí, lo es.

No podía negar lo evidente. Esa atracción no era normal, esa química entre ellos tan potente había aparecido de la nada atrapándolos, guiando sus pasos y volviéndolos locos; parecía mágica y les asustaba. Pero contra la atracción, nadie puede luchar, las barreras no existen cuando dos almas gemelas se encuentran.

—¿Estás asustada? —preguntó Iván mientras acariciaba su nuca.

—No, asustada no es la palabra; estoy..., me siento extraña.

—Yo sí lo estoy. —Que Iván confesara eso en voz alta era casi tan increíble como que el sol dejase de lucir.

—¿Cómo es posible que te sienta tan cerca, tan mío?

Los dedos de Iván jugaban con la piel sensible de su nuca, sus yemas la tocaban con delicadeza, le gustaba la manera en la que él siempre intentaba mantener un contacto piel con piel con ella, la sutil forma en la que, sin darse cuenta, necesitaba acariciarla.

Iván sonrió. «Mío», había pronunciado la palabra y él se había excitado al instante.

—Tuyo —sentenció sin pensarlo, sin importarle, cuando hacía tan solo unos días jamás hubiese consentido que nadie se promulgara como su dueño. Hacía tiempo que Iván no le pertenecía a nadie sino a él mismo, pero ahora, junto a Gádor...

No dejaban de mirarse. Iván sujetaba su nuca y Gádor se aferraba a su cintura con ambas manos. Sin darse cuenta de lo que hacían comenzaron a aproximarse hasta que sus bocas quedaron a escasos centímetros de tocarse, hasta respirar uno el aliento del otro, pero el pitido del móvil de Gádor los sacó de la burbuja en la que hasta entonces habían permanecido aislados del mundo.

Se separaron como si de repente el contacto los quemara. Iván desvió su mirada, habían estado a punto de besarse. Gádor sacó su móvil del brazalete que llevaba en su brazo y apagó la alarma.

—Tengo que..., tengo que irme.

Gádor odió el dichoso sonido del móvil, detestó la melodía que ella misma

había escogido, porque esta vez su monótono timbre le había impedido disfrutar de lo que más deseaba en ese momento, un beso de Iván.

—¿Te veré pronto? —Iván sintió como si el aire hubiese desaparecido, necesitaba saber cuándo volvería a disfrutar de sus ojos, de su piel, de su aroma.

—Sí. No podría... —Dejó la frase sin terminar, todo iba tan rápido que se sentía abrumada.

—¡Esta noche! —exclamó—. Dime dónde y a qué hora e iré a buscarte.

Gádor sonrió y, sin pensar en lo que hacía, como venía ocurriendo desde que lo había conocido, se lanzó a sus brazos.

—En este mismo lugar, a las ocho —contestó decidida. Si Martín se enteraba de que estaba quedando con un total extraño le daría un infarto seguro, pero..., Iván no era un extraño, al menos ella no lo sentía así.

—Aquí estaré. No tardes.

Gádor se estremeció al sentir cómo él depositaba un beso en su cabello enredado. Se apretó contra su cuerpo caliente y, con escasas ganas, se separó y se giró para marcharse. Pero el tiró de su mano y la obligó a volverse.

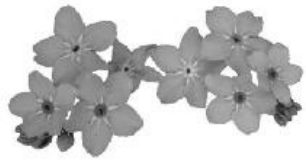
—Dame tu número —dijo con esa profunda voz con la que Gádor pensó que lograría de ella cualquier cosa que le pidiera y sin rechistar.

Se lo dictó mientras que él lo grababa en su teléfono. Entonces, sacó del bolsillo de su pantalón una flor de papel.

—La hice para ti —dijo con una sonrisa—, sabía que te encontraría. — Gádor la tomó de su mano y, como hizo con la primera que él le regaló, la olió como si fuese de verdad y no un simple trozo de papel que, con gran agilidad, había doblado hasta darle el aspecto de una rosa.

—Gracias. —Sin más palabras, Gádor comenzó a caminar despacio hacia la salida del parque mientras, de vez en cuando, se volvía a mirarlo.

Iván se quedó quieto como una de las estatuas que adornaban las fuentes y plazas del parque. La miraba con una enorme sonrisa en los labios. Feliz, dichoso por primera vez en muchos años. Iba a volver a verla y con eso le bastaba.



## Capítulo 17. El cabo del miedo.

Miércoles, 21 de junio de 2017.  
08:30 h.

Martín terminaba de darse una ducha. Después de un fin de semana recluido en casa, un lunes y un martes sin apenas trabajo, llegaba el miércoles y, siguiendo de nuevo, las recomendaciones de su compañera y amiga Alexis, se lo pensaba tomar con tranquilidad, pues al final el estrés diario al que se sometía por voluntad propia estaba pasándole factura con noches de insomnio y continuos dolores de estómago que ya ni los antiácidos lograban paliar.

Se secó el pelo con energía, al igual que el resto del cuerpo. Sintió cómo un escalofrío le recorría toda la columna y se extrañó, en el baño hacía mucho calor; su costumbre de ducharse con agua muy caliente, a pesar de ser verano, lo había convertido casi en una sauna. Envolvió sus caderas con una de las toallas y comenzó a limpiar el vaho que cubría el espejo con otra. Un intenso olor a jazmín lo golpeó con fuerza la pituitaria.

Su garganta se secó de golpe y la toalla que pasaba una y otra vez intentando secar el cristal, para poder verse, se le cayó de las manos al ver la imagen que, detrás de él, le devolvía el espejo. A pesar del susto inicial, que le había hecho perder de golpe el aliento, abrió mucho los ojos para empaparse de la nítida imagen de una mujer que lo miraba colocada a su espalda y cuyos ojos expresaban pena, dolor y una tristeza inmensa que logró encogerle el corazón.

—Mary... —salió de su boca. Se sujetó al lavabo con ambas manos pues, de repente, sus piernas parecían no tener capacidad para sostenerlo.

Mary seguía allí de pie, mirándolo. Parecía querer hablarle, vocalizaba, pero ningún sonido salía de su boca. Pasaba nerviosa sus manos una y otra vez por su falda estampada.

Martín la miraba hipnotizado. «No, no», se gritaba, «no puede ser, es imposible». De pronto cerró los ojos, no quería seguir viéndola, deseaba que desapareciese.

—Los fantasmas no existen, los fantasmas no existen —repetía en voz alta una y otra vez sin atreverse a abrir los ojos de nuevo. Pero pudo más su curiosidad que su miedo y los abrió.

Ella ya no estaba; se giró con rapidez, y el hueco que la imagen de Mary había llenado, ahora estaba totalmente vacío.

El aire salió de golpe de sus pulmones y se dejó caer sobre el inodoro. Con manos temblorosas se agarró la cabeza y apoyó sus codos sobre sus rodillas.

«No, no, no», se repetía una y otra vez. Durante un buen rato estuvo así, intentando de nuevo recuperar el aliento, el latido de su corazón y la cordura.

«Es el estrés, sí, el estrés. Alexis tiene razón...». Quería convencerse de ello, deseaba que las palabras que se formaban dentro de su cabeza fuesen ciertas. «Los fantasmas no existen, no, no existen», más bien era un deseo que una convicción, pero le servía para coger fuerzas, levantarse de su improvisado asiento, olvidar lo ocurrido y regresar a su vida, una carente de espectros que lo miraban con... «Joder, con esa mirada tan triste», recordó. Esos ojos se le habían clavado en el alma y sabía, muy dentro de él, que nunca lograría sacarlos. «Pero..., no, no... No es real, es el estrés», se dijo de nuevo.

Sacudió la cabeza y se puso en pie. Tenía..., necesitaba salir del baño. De repente, el espacio parecía haberse empequeñecido hasta tal punto que se ahogaba, le faltaba el aire.

Con tan solo la toalla envolviendo sus caderas y toda la ropa que había llevado hasta el baño en la mano, abrió la puerta de golpe y salió a la carrera. Chocó contra un cuerpo duro que lo agarró de los brazos, pues estuvo a punto de perder el equilibrio, y la ropa se le cayó de las manos y quedó esparcida por el suelo.

—¡Eh!, ¿qué pasa hermano? —Lucas lo miraba preocupado. La cara de Martín era todo un poema; estaba pálido, su respiración entrecortada, sus manos temblaban. Jamás lo había visto así.

—¿Qué?, no, nada..., na-nada. —Parecía confuso, miraba de un lado a otro hasta que sus ojos se detuvieron en su ropa tirada en el suelo. Se soltó de Lucas y se lanzó, como si eso fuese lo más importante del mundo, a recogerla.

Lucas se acercó a él y lo ayudó.

—Parece que hubieses visto un fantasma —le dijo con tono socarrón.

—Pero qué... —Martín clavó sus pupilas azules en las de su hermano y soltó lo que, con mucha imaginación, podría parecer una carcajada—. ¡Qué tonterías dices! —exclamó con voz chillona—. ¡Un fantasma, eso..., eso es lo más

estúpido que he oído nunca! No existen, los fantasmas no existen. —Tragó saliva con dificultad.

—Tranquilo, hermano... Estás muy raro. ¿Te encuentras bien? —Lucas insistió, seguía tan pálido...

—Pues claro, estoy perfectamente. —Su intento de disimular pareció surtir efecto y Lucas se relajó.

—¿Por qué sales del baño sin vestirte? —Era de lo más anormal, llevaba la ropa para vestirse y salía medio desnudo del baño.

Martín pensó una excusa, pero no se le ocurría ninguna y, cuando le llegó la inspiración, gritó:

—¡Pues... hacía mucho calor y...!

—Normal, tío, si no te duchases con el agua casi hirviendo...

—Claro, claro. Tienes razón. —Comenzó a caminar hacia su habitación.

—Prepararé el desayuno —dijo Lucas, que se encaminó hacia las escaleras. Chasqueó la lengua, últimamente Martín estaba muy raro; averiguaría lo que le pasaba, sabía que al final se lo contaría. Conocía muy bien a su hermano, tanto que en algunas ocasiones, sin mediar palabra, le decía con sus ojos muchas cosas... Pero esta vez..., en esta ocasión no lograba captar lo que le ocurría, y eso le estaba volviendo loco. Necesitaba averiguarlo todo.

\*\*\*

Martín bajó las escaleras de dos en dos. Había tratado por todos los medios de olvidar lo ocurrido en el baño, pero cada vez que cerraba los ojos veía la imagen de Mary, nítida y clara... Parecía suplicarle ayuda, parecía tan preocupada.

Al llegar a la cocina se encontró el desayuno preparado: tostadas, una buena loncha de jamón dulce y un par de huevos fritos, frente a una taza de café aún humeante.

—¡Vaya, ¿qué celebramos?! —preguntó a su hermano, que levantó la cabeza del periódico al verlo llegar. Lucas nunca le había preparado ni un simple bocadillo.

—Nada, pero me preocupas, hermanito. —Dejó el periódico sobre la mesa y le indicó con la mano la silla que estaba frente a él—. Anda, siéntate y come, estás muy pálido y has adelgazado mucho. Hoy me preocuparé yo de ti...

Martín aceptó reticente su repentino empeño por cuidarlo. No las tenía todas consigo, ese cambio de Lucas se le antojaba extraño. Siempre, desde pequeños, era él quien cuidaba de su hermano, era él quien se preocupaba de todo, mientras que Lucas se dejaba mimar por todos, exigía y jamás tenía detalles.

Comió en silencio, mientras que Lucas parecía analizarlo. No apartaba su mirada de su hermano y disimulaba muy mal, poniendo el periódico delante.

—¡Joder, me estás sacando de quicio! —Martín soltó la taza de café, ya vacía, sobre la mesa, y arrancó el periódico de las manos de Lucas—. No haces nada más que mirarme, me pones nervioso. Vamos, suéltalo, ¿qué pasa?

—Eso es lo que quisiera yo saber. ¿Qué te pasa, Martín? —Sus ojos se clavaron en él. Cuando su mellizo lo miraba así, el vello de Martín se erizaba, pues parecía que podía entrar en su alma.

—Nada... —carraspeó—. No entiendo tu pregunta.

—Oh, vamos, Martín. ¿Crees que soy tonto? Estás muy raro y quiero saber qué es lo que te pasa.

Martín suspiró. Sacó su paquete de tabaco del bolsillo de su vaquero. Estaba arrugado y, al sacar un cigarro, tuvo que estirarlo. Golpeó una y otra vez la boquilla contra la mesa para prensar el tabaco y, pidiendo permiso con la mirada a su hermano, al ver que este asentía, lo encendió.

—Lo he dejado con Linda. —Nada tenía que ver cómo se encontraba con eso, pero le pareció la mejor excusa para desviar la atención de Lucas «el sabueso»; si no lo hacía continuaría martirizándolo hasta que le contase lo que de verdad le preocupaba, y sobre eso no deseaba hablar.

—Joder... —se quedó sin palabras—. No sabía que la cosa iba mal. Pensé...

—¿Que seríamos felices y comeríamos perdices? —le interrumpió.

—Bueno, pensé que os queríais.

Martín se acomodó en la silla, se recostó y le dio una larga calada a su cigarro. Soltó el aire poco a poco. Sus ojos se clavaron en una extraña mancha de la pared que tenía enfrente y suspiró largamente.

—Creo que nunca nos hemos querido. Creo que más bien estábamos juntos por estar... —Se encogió de hombros y miró a su hermano—. No sé si me entiendes... —Lucas asintió—. Gádor nos presentó, nos caímos bien y pensamos que con eso sería suficiente. Que el amor llegaría más tarde y así estuvimos dos años. Pero..., pero el amor no llegó. Solo la costumbre, la rutina y ya..., ya no me basta.

Durante un buen rato se quedaron en silencio, sin mirarse, cada uno sumido en sus propios pensamientos. A ninguno de los dos les iban los sentimentalismos y hablar de lo que sentían les suponía un gran esfuerzo. Esa confesión de Martín era lo más difícil que había hecho en mucho tiempo, no pensaba seguir abriendo su corazón.

Martín se levantó, se hacía tarde y había algo que tenía que hacer esa mañana.

—Tengo que irme... —Miró a Lucas y fue a recoger la taza y el plato sucio,

pero él le puso una mano sobre el brazo.

—Déjalo, he contratado a una chica para que haga esto. Tú vete.

Martín asintió, pero a pesar de lo que acababa de decirle Lucas, dejó el plato y la taza en el fregadero, siempre se había bastado por él mismo y no iba a comenzar a esas alturas de su vida a dejar sus cosas sucias por la casa.

Caminó con las manos en los bolsillos y, al llegar a la puerta, se volvió a mirar a su hermano. Estaba de nuevo frente al periódico. Enfrascado en la lectura de algún artículo sobre economía o sobre política. Desde que había muerto Mary no había regresado a su despacho y se pasaba las horas en casa. Le preocupaba, claro que a él todo le preocupaba. Se encogió de hombros, chasqueó la lengua y dijo:

—Voy al parque... —Consiguió que Lucas levantase la cabeza del periódico —. ¿Por qué no te vienes conmigo?

—¿Vas a pasear? ¿No vas a trabajar? —preguntó incrédulo.

—Voy a pasear, pero también es trabajo. Quiero ir a los lugares donde fueron asesinadas las tres chicas de Rattford.

—¿Para qué?

—No sé, quizá vea algo que me pasó desapercibido.

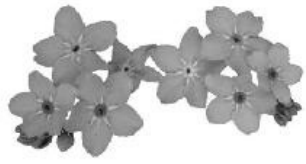
—Ha pasado mucho tiempo, no quedará ninguna pista.

—Lo sé, pero... tengo la necesidad de ir. De regresar a la escena del crimen.

Parecía algo estúpido, sin sentido. Pero Martín quería reencontrarse con el lugar donde esas pobres chicas murieron. Sabía que la zona había sido meticulosamente peinada por sus hombres, que no habían dejado ni una sola brizna de hierba por revisar, ni una piedra por levantar para ver qué había debajo de ella. Era consciente de que a esas alturas la lluvia, las huellas de los que pasaban por allí, habrían borrado todo, absolutamente todo, pero algo le atraía a las escenas de los crímenes, algo le obligaba a ir de nuevo.

—Está bien. Iré contigo.





## Capítulo 18. El efecto mariposa.

Miércoles, 21 de junio de 2017.  
13:30 h.

Gádor había llegado al restaurante donde Linda y ella quedaban todos los martes. Linda siempre llegaba con retraso, la puntualidad no era su fuerte, pero Gádor ya estaba acostumbrada y no se lo tomaba a mal.

Había pedido una Coca-Cola y revisaba los wasaps de su móvil. Uno acababa de entrar, uno de alguien que no tenía entre sus contactos, pero sabía perfectamente de quién se trataba. Con manos temblorosas, tocó la pantalla y leyó.

*Hola, soy tu caballero de brillante armadura.  
Cuento las horas para poder verte de nuevo.*

Una tonta sonrisa se dibujó en su cara. El corazón palpitaba fuerte, rápido, y las mariposas volaban de manera loca dentro de su estómago.

Grabó el número y, como nombre de contacto, puso: mi caballero. Sonrió traviesa y de nuevo entró en el chat.

*Mi querido caballero. Yo también lo  
estoy deseando. ¿Adónde me llevarás?*

*A mi castillo.  
Yo cocinaré para mi Dama.*

¿A su casa? Gádor arrugó la frente. Apenas sabía nada de él, no debería...

Sacudió la cabeza para descartar pensamientos estúpidos que implicaban asesinos sádicos. Martín era el culpable de su desconfianza hacia todo el mundo, había conseguido sembrar el miedo en su mente; por su culpa veía asesinos por todas partes y las ramas de los árboles se habían transformado en garras que intentaban apresarla. Se tocó el araño del su hombro al recordar lo que había sucedido esa mañana en el parque. Iván no era ningún asesino, de eso estaba segura porque, aunque no lo conocía, podía verlo en sus ojos.

*¿Sabes cocinar?  
¿Qué más secretos guardas?*

De nuevo la pantalla le indicaba que él estaba escribiendo.

*Muchos, pero poco a poco prometo  
revelarlos ante mi Dama.*

—Gádor, tu sonrisa lela te delata. —La voz de Linda la sacó de la burbuja en la que se había metido mientras charlaba con Iván; la estalló con tal violencia, que Gádor dio un salto en la silla y su móvil estuvo a punto de caerse de sus manos.

—¿¡Quieres matarme!?! —la regañó, mientras se ponía una mano sobre el corazón en un estúpido intento de obligarlo a frenar su cabalgada.

—Cariño, llevo un buen rato a tu lado. Te he hablado y tú ni siquiera has levantado la mirada del teléfono.

—¿De verdad? —¿Cómo no se había dado cuenta?

—Te lo juro. ¿Con quién hablas, que te tiene tan absorbida?

Linda se sentó frente a ella con una enorme sonrisa en los labios. Según parecía, por fin la pequeña Gádor había encontrado un hombre que le calentaba el alma, porque estaba totalmente segura de que, quien le hacía sonreír de esa manera, pertenecía al género masculino.

La quería mucho y sabía toda su triste historia, la conocía de primera mano, pues ella misma le había abierto su corazón. Le había contado todo lo acontecido esa terrible tarde que trastocó su vida. Esa en la que intervino Martín y el que durante un tiempo fue su novio, al que amó con locura, con el que estuvo feliz durante años, pero esa tarde todo se destruyó. Su día a día comenzó a volverse insoportable hasta sentirse atrapada. Se ahogaba en una relación rota, destruida. Intentó una y otra vez repararla, pero los hechos acontecidos en el pasado la habían destrozado, aniquilado, hasta el punto de no tener vuelta atrás.

—Yo..., con nadie importante. —Se llevó el móvil contra su pecho. Parecía querer ocultarlo de las miradas de su amiga.

—Muy mal, nena, muy mal. ¿No soy ya tu amiga?

En ese momento llegó el camarero y su conversación se vio interrumpida, pero Gádor era consciente de que para Linda no había secretos, y de que tarde o temprano le iba a contar todo.

Pidieron la comida y, una vez solas, fue Gádor la que decidió abrirse a su amiga.

—He conocido a alguien... —Buscó la mirada de Linda, necesitaba saber que la apoyaba incondicionalmente y así lo vio en sus ojos.

—Oh, cariño, cuánto me alegro. Pero... ¿cuándo?

—Hace poco... en el parque.

La expresión de Linda cambió radicalmente. Ya no sonreía, su cara de preocupación le dio la pista a Gádor para saber qué era lo que estaba pensando.

—¿En Rattford?

—Oh, no, no y no... —Gádor movió la cabeza para darle más énfasis a su negación—, no voy a consentir que empieces tú también... Tengo ya bastante con el neurótico de mi hermano.

—Pero...

—No hay peros que valgan, si quieres saber más, tienes que dejar de pensar que seré la próxima víctima del asesino del parque, porque si no, no pienso contarte nada de nada.

—Lo siento. Tienes razón; este asesino nos ha cambiado un poco a todos. —Recordó su conversación con el «señor X» y un escalofrío recorrió su columna, ella sabía de primera mano lo que era ese hombre y solo pensar que le podía hacer daño a su amiga... Desechó sus recuerdos e intentó ser razonable; ¿por qué iban a ser la misma persona el hombre que había conocido Gádor en el parque y el «señor X»? no tenía ningún sentido. Buscó la mano de su amiga sobre la mesa, la tomó con fuerza y le dio un apretón—. Sé que eres ya mayorcita, que sabes lo que te conviene y prometo confiar en tu instinto. Cuéntame cosas de ese misterioso hombre.

—Es... él es... No sé qué me pasa con él, Linda. Estoy asustada. Es tan intenso... Tan solo lo he visto tres veces y siento como si lo conociera de toda la vida, como si nuestras almas estuviesen conectadas y nuestros corazones latiesen unidos... —Sus ojos la miraban suplicantes—. ¿Crees que estoy loca? —Buscaba una respuesta con ansia.

—No, cariño, no es ninguna locura, creo que has recibido un flechazo.

—Nunca he creído en eso. El amor a primera vista me parecía absurdo, pero ahora...

—Ahora te has enamorado y lo ves de otra manera.

Gádor comenzó a contarle cómo conoció a Iván, sus sensaciones, la segunda vez que se encontraron... Y se dejó lo mejor para el final.

—Esta noche he quedado con él. Voy a cenar en su casa...

—¡Pero Gádor, ¿estás loca?! —El grito se escuchó en toda la sala. Las miradas del resto de los comensales se posaron en ellas.

—Baja el tono —la reprendió—. ¿Por qué crees que estoy loca?

—Vas a ir a casa de un tipo que no conoces de nada. Y si..., y si...

—Acaba la frase, termínala. —El tono de Gádor no dejaba lugar a dudas, estaba muy enfadada—. Y si es el asesino..., estoy harta de todos, pensáis que soy delicada, que necesito que me rescatéis de las garras de un criminal. Dime una cosa, Linda, si no existiera el asesino y te dijera que he conocido a un hombre que me atrae y con el que he quedado en su casa para cenar, ¿qué me hubieras dicho? —Clavó sus ojos en su amiga y esperó respuesta, pero esta cerró la boca y bajó su mirada—. ¿No lo dices?, pues te lo diré yo. Me hubieras dicho: nena, aprovecha y pásalo muy bien.

—Lo siento. Tienes razón, pero... El asesino existe, Gádor —de nuevo sus ojos se clavaron en los de su amiga—, y es muy peligroso, no puedo dejar de temer por ti.

—Confía en mi instinto, Linda, nunca me ha fallado y sé que Iván jamás me haría daño. No me preguntes por qué lo sé, pero sus ojos me dicen que lo único que siempre hará será cuidarme, protegerme.

—Está bien..., está bien... Haremos una cosa. Me llamarás cuando estés con él. Que sepa que alguien conoce con quién y dónde estás... Por favor, por favor...

Gádor chasqueó la lengua y cedió a desgana.

—Está bien, te mandaré un wasap...

—¡Gracias, gracias! —gritó y de nuevo la gente del restaurante se la quedó mirando.

—Baja la voz.

Llegaron los cafés. Gádor removía el suyo cuando, de repente, Linda soltó la noticia. Era su turno de confianzas y lo que tenía guardado le pesaba mucho.

—Tu hermano y yo hemos roto.

La cucharilla se resbaló de entre sus dedos y la miró con la boca abierta.

—¿Cómo?! —Ahora era ella la que gritaba y la que recibía las miradas de los comensales.

—Shhh. —Linda puso uno de sus dedos sobre sus labios.

—Pero... ¿Cuándo? —preguntó bajando el tono y acercando su cara a la de su amiga.

—Hace unos días...

—¿Por qué no me has dicho nada hasta ahora? —la reprendió.

—Por la misma razón por la que tú no me has hablado de tu hombre misterioso.

Ambas se miraban con intensidad y ambas dejaron de hacerlo a la vez. Estaban en paz, eran amigas y se perdonaban todo. Al fin y al cabo, habían tardado unos días en contarse las cosas, pero ya estaban poniendo remedio a eso.

—¿Estás bien? —Gádor sabía que entre Martín y ella no existía un amor de película, pero también era consciente de que ambos se necesitaban.

—Sí. Lo superaré.

—Quiero que sepas que estoy a tu lado y que, si me necesitas, dejaré la cena, llamaré a Iván y le diré...

—No, no, de eso nada. Queda con tu chico, pero si en algún momento pasa algo raro y temes...

—Vale, vale, prometo llevar mi spray de pimienta. ¿Te quedas más tranquila?

—Sí, mucho más...

—Linda... —dudó por un instante—, él..., ¿crees que estará bien?

—Ambos quedamos tocados, cariño. —De nuevo tomó la mano que tenía sobre la mesa—. Toda ruptura es dolorosa, pero sin amor no cuesta tanto pasar página y, la verdad, ninguno está enamorado del otro. Poco a poco todo regresará a su cauce, simplemente nos acostumbraremos a estar solos otra vez.

Linda calló, ahora en su mente había otro hombre, pero de momento se guardaría ese secreto para ella. No era el momento de contarle a la hermana de su ex que otra persona había entrado en su vida. No quería ser juzgada cuando ella misma, en algunas ocasiones, se fustigaba.

—Hablaré con él —sentenció Gádor—. Muchas veces no lo soporto, pero al fin y al cabo es mi hermano...

—Él solo intenta protegerte.

—Lo sé, pero... ¿a qué precio? Su protección se convierte en algo obsesivo y ya nos pasó factura una vez... —Los recuerdos la golpearon de nuevo y cerró los ojos.

—No pienses más en ello, cariño, es pasado...

Gádor los abrió de golpe para mirar a su amiga.

—Nunca podrá ser pasado... Cambió mi vida... Terminó con mi sueño. —No iba a llorar, hacía mucho que se lo había prometido, así que tragó saliva, carraspeó y dijo—. Desde entonces no soy la misma, pero... lo quiero y lo perdoné hace mucho. Olvidar no, no puedo olvidar.

—Lo sé, y no quiero que te suene a excusa, pero él tan solo intentaba proteger a su hermana pequeña.

—Y por eso lo perdoné. —A Gádor no le gustaba hablar de aquello, odiaba tenerlo siempre en su memoria. Se tocó la rodilla en un tic nervioso que le quedó desde aquella tarde e intentó zanjar el tema—. Creo que va siendo hora de marcharme, se me hará tarde y tengo dos clases que dar.

—Sí, claro. Yo pago.

—De eso nada, me toca a mí.

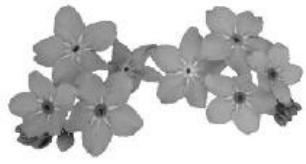
Pidieron la cuenta y juntas salieron a la calle. Se despidieron en el parking con dos besos.

Gádor subió a su coche y lo primero que hizo fue abrir el WhatsApp, había dejado a medias la conversación con Iván. Sonrió al ver sus mensajes y los más de diez emoticonos llorosos.

*Hola. Vaya, según parece  
me has dejado abandonado.*

*Perdona, estaba comiendo  
con una amiga. Voy a conducir,  
te veo en unas pocas horas.*

Los emoticonos de caritas sonrientes y de besos llenaron la pantalla de su móvil. Gádor soltó una carcajada. «Vaya con el tipo duro», cada vez le gustaba más.





## Capítulo 19. L.A. Confidential.

Miércoles, 21 de junio de 2017.  
11:00 h.

Habían llegado al parque y juntos caminaban por él. Martín miraba las caras de todos los hombres con los que se cruzaba.

«Qué absurdo, ¿crees que vas a saber quién es el asesino solamente mirándolo a los ojos?», se reprendió.

Paseaban en silencio, Martín no tenía muchas ganas de charlar y Lucas siempre estaba en su mundo, nunca había sido un gran conversador.

Llegaron a la zona del río. La orilla donde una de las chicas apareció asesinada una fría mañana de diciembre; apenas quedaba una semana para navidad cuando encontraron su cuerpo extendido en la hierba. Parecía dormida, con las mejillas y los labios pintados de rosa intenso, el asesino se había entretenido en maquillarla, ahora lo sabía gracias a la llamada del «señor X». «¡Maldito loco!». Martín dio una patada con fuerza a una piedra y con ella golpeó a un grupo de pequeñas flores azules que cubrían el suelo y que salieron volando en todas direcciones.

—Nomeolvides —dijo Martín, que se agachó para tomar una entre sus dedos.

Lucas se puso en cuclillas a su lado y clavó sus pupilas azules en su hermano, que jugaba con la pequeña flor.

—¿Conoces el significado de su nombre? —preguntó Martín. Lucas negó con la cabeza—. Amor desesperado, eterno. Durante días estuve indagando, estudiando estas flores. —Una sonrisa torcida asomó a sus labios—. Tienen una leyenda...

—¿Sí?

—Cuentan que una pareja de enamorados paseaba por las orillas del Danubio. La muchacha vio una hermosa flor flotando en el río y le pidió a él que fuera a buscarla. El hombre, decidido a complacerla, se tiró al agua y alcanzó a dársela. Pero no pudo salir y, antes de morir ahogado, lo último que le dijo fue: *vergiss mich nicht*, no me olvides.

Ambos se quedaron en silencio observando la pequeña flor de menos de un centímetro, con sus cinco pétalos azul claro y un centro amarillo intenso con el aspecto de un sol cuyos rayos, de color blanco, le aportaban una intensa belleza.

Martín fue el primero en levantarse, ¿qué había ido a buscar? Aún se lo preguntaba. Allí no iba a encontrar nada, tan solo la rabia se intensificaba. Allí se sentía más cerca de la víctima, pero también del asesino.

—Creo que todo va teniendo más significado.

—¿Qué quieres decir?

—Escogió esta flor, nada es casual.

—¿Sabes algo más que no me hayas contado?

Martín miró a su hermano. Le había confiado toda la investigación; era el único, junto a sus hombres, en el que confiaba, pero aún no le había contado la llamada del «señor X». ¿Por qué?, se preguntó. Quizá porque Lucas ahora tenía otras cosas en la cabeza, otras prioridades. No, no quería meterle en esa mierda, tenía suficiente con su pena.

—No. Es solo intuición —mintió—. Anda, vamos a comer algo. Te invito a The Charly's y así probarás la mejor hamburguesa de Manhattan.

Tantos años siendo policía y Lucas jamás se había pasado por The Charly's. Todos sus amigos conocían el local, todos sabían de su preferencia por aquel sitio, todos menos su hermano mellizo, al que pensaba que estaba tan unido.

Entraron juntos y Martín se preguntó por qué jamás lo había llevado allí y la respuesta fue sencilla: Lucas vivía en su mundo; cuando quedaban, siempre era él quien escogía dónde irían, lo que comerían...

El local estaba, como siempre a esas horas, abarrotado. Martín caminó entre las mesas saludando a algunos de sus compañeros, a sus hombres, esos que le cubrían la espalda en los momentos de peligro y que no dudarían ni un solo instante en disparar su arma si su vida estuviera en juego.

Su mirada se clavó en Jazz. ¡Maldita sea! Estaba sentado junto a un grupo de gente, conversaban y reían de manera atronadora, pero en cuanto se percató de que Martín entraba en el local, lo siguió con los ojos.

Se acomodaron en la mesa donde Martín pasaba más horas que en su casa. Dejó de observar a Jazz y se centró en dos de sus hombres, que la ocupaban en ese momento, y les hicieron sitio. Les presentó a su hermano, que no parecía muy feliz en ese ambiente. Detestaba la compañía de personas a las que no

conocía, nunca fue muy sociable, siempre le había costado hacer amigos. Los únicos que tenía eran en verdad de Martín, porque solo salía con él. No protestó ni dijo nada, se limitó a estrechar las manos de quien Martín iba presentando y a sentarse.

Alma lo vio entrar. Era extraño, pero cuando Martín atravesaba la puerta de la cafetería parecía que su cuerpo le avisaba. Sus ojos volaban en su busca como si tuvieran vida propia y su boca dibujaba una sonrisa, sin ella pretenderlo.

Esta vez Martín venía acompañado de otro hombre. Seguramente era familia, pues tenían cierto parecido, aunque Martín era mucho más guapo, según los ojos de enamorada con los que ella lo miraba.

Sin mediar palabra con Charly, tomó la bandeja y salió de la barra para tomar nota del pedido. Charly le lanzó una mirada acusadora al ver que dejaba su puesto, pero cuando observó la mesa a la que se dirigía y quién estaba sentado en ella, cambió su expresión. Alma estaba tan enamorada de ese policía que no le podía censurar el querer acercarse a él, a pesar de que a ella no le tocaba servir las mesas. Suspiró con fuerza, haría una excepción, adoraba a esa chica.

—Hola —dijo con tono cantarín al llegar a la mesa que ocupaba Martín.

—Hola —contestó él con una enorme sonrisa y con un brillo intenso en sus ojos, uno que no podía disimular y que intentó ocultar bajando con rapidez la mirada.

Lucas no podía apartar las pupilas de esa preciosa morena. Pequeñita, voluptuosa, con unos ojos verdes llenos de vida que brillaban de manera intensa. No era como todas, tenía algo especial, único.

—Lucas, te presento a Alma. —El aludido se levantó y depositó dos besos en sus sonrosadas mejillas; las notó tibias, suaves—. Alma, él es mi hermano, Lucas.

—Encantada —dijo ella y sus mejillas se tiñeron, esta vez, de un rojo intenso.

Lucas se sentó, pero no pudo dejar de mirarla. Era perfecta, diferente. Su nombre hacía alusión a lo que ella mostraba, su alma, una pura.

—¿Qué os apetece tomar? —La sonrisa que lucía iluminaba la estancia y ambos hombres la contemplaban embelesados.

—Dos hamburguesas completas y dos cervezas —contestó Martín.

Alma anotó el pedido y, después de lanzarles una sonrisa, se giró hacia la barra para dejar la comanda.

Tanto Martín como Lucas la siguieron con los ojos.

—¡Vaya! —exclamó Lucas.

—Vaya, ¿qué?

—¡Menuda morenita!

Martín le lanzó una mirada de odio que helaría la sangre a cualquier otro que no fuese su hermano, lo conocía muy bien y por supuesto no le tenía ningún miedo.

—No te pases. —Martín apretaba la mandíbula de tal manera que se podía escuchar el crujir de sus dientes.

—Vaya, vaya... —Lucas arrugó la frente—. Parece que el pequeño Martín se ha enamorado.

—No digas tonterías... —Soltó una risa nerviosa—. Es solo..., no creo que debas...

—¿Fijarme en otra mujer? —terminó la frase por él.

Martín bajó su mirada avergonzado. No debía pensar así, la vida seguía para Lucas y algún día se sentiría atraído por otra. Era joven. Pero... hacía poco que habían enterrado a Mary y ¡qué coño!, Alma era su... ¿su chica? No quería que nadie, y menos su hermano, pusiera sus ojos sobre ella.

—Perdona. Yo... —intentó disculparse.

—No debes temer, no pienso quitarte a tu chica. Aún no tengo fuerzas para pensar en otra... Es solo que me pareció muy bonita. Tiene alma y eso se ve en sus ojos.

—Tiene algo que la hace única —salió de su boca sin pensar y enseguida intentó rectificar, no le gustaba hablar de sus sentimientos—. Pero no es para mí..., yo no quiero tener una nueva relación...

—Ya, ya... Ya veremos —dijo Lucas en un tono tan bajo que Martín no alcanzó a escucharlo.

Durante la cena, Lucas entabló conversación con los compañeros de Martín, parecía que poco a poco se integraba en el pequeño grupo. Lucas era un hombre complicado a la hora de hacer amigos, le costaba abrirse a la gente y confiar, y a Martín le extrañó verlo tan integrado en tan poco tiempo. Las risas y las bromas entre ellos se sucedían de manera constante y natural.

Martín se relajó, todo marchaba bien y encima Jazz acababa de salir por la puerta. No sin antes despedirse de Alma. Al verlo, le dieron unas tremendas ganas de acercarse para interponerse entre él y la camarera, no le gustaba nada verlos juntos.

—Chicos, creo que ya va siendo hora de regresar al trabajo —dijo Martín cuando terminó su café. Lucas hizo intención de levantarse para marcharse con él, pero Martín le puso una mano en el brazo—. Quédate hermano, me alegra tanto ver que lo estás pasando bien. —Le sonrió encantado.

—La verdad es que lo necesitaba. Estos meses han sido tan..., tan duros.

—Yo pago, tú disfruta.

—Gracias por todo..., yo...

—Vamos, déjalo estar.

Martín se despidió de todos. Al llegar a la barra se acercó a Alma, que estaba llenando unas jarras con cerveza.

—Alma, dime qué te debo.

Ella le dio la cuenta y Martín de nuevo aprovechó el momento en el que tomaba la tarjeta de su mano para rozar sutilmente sus dedos. Ese simple contacto les provocaba a ambos un cosquilleo por todo el cuerpo. La química entre los dos era patente, incluso se podía ver, oler y sentir.

—Nos vemos, Alma. —Con descaro, tomó una de sus manos entre las suyas. Parecía una simple despedida, pero en el gesto había algo más que dos amigos diciéndose adiós. Había fuego, pasión y deseo.

Alma se puso roja, estaba segura de que él notaba cómo le temblaba la mano e incluso las rodillas.

—Nos vemos, Martín —logró vocalizar.

Él se soltó de su mano y caminó hacia la puerta de salida, no sin antes lanzarle una mirada cargada de deseo.

\*\*\*

El local se fue vaciando poco a poco, por fin llegaba la tranquilidad después de tanto ajetreo sirviendo las mesas.

Alma estaba agotada, pero como siempre que veía a Martín se sentía feliz y, mientras limpiaba la barra con una bayeta, tarareaba una canción.

—Hola. —Se sobresaltó. Frente a ella estaba el hermano de Martín.

—Hola, Lucas. ¿Quieres algo?

—No, solo charlar un rato. ¿Te puedo invitar?

Lucas se sentó en un taburete frente a ella.

—Pues... —Miró a Charly, que estaba a su lado, para pedirle permiso. No solía aceptar invitaciones de los clientes, pero con él haría una excepción. Sabía que lo había pasado muy mal tras la muerte de su mujer y quizá necesitaba un poco de charla.

—Claro que puedes —Charly hizo un gesto con la mano para alentarla—. Ya apenas quedan clientes. Descansa un rato.

—¡Me tomaré una cerveza! —exclamó contenta, tenía sed y le apetecía conocer un poco más al hermano de Martín.

Sirvió dos cervezas y las llevó hasta una de las mesas. Lucas caminaba a su lado y tomó asiento frente a ella.

—Dime, Alma, ¿llevas mucho trabajando de camarera?

—Unos años. Pero no es lo que tengo pensado hacer toda mi vida.

—¿No? ¿Y qué es lo que te gustaría hacer?

—Me encantan los niños —soltó con una brillante sonrisa en los labios—. Tengo intención de encontrar trabajo en alguna guardería. Me queda muy poco, tan solo un año para terminar la carrera y poder cumplir mi sueño, pero mientras tanto este trabajo me ayuda a pagar mis gastos.

—Eres muy joven..., tienes todo el tiempo del mundo. Más o menos, ¿veinte?

—¡Vaya, gracias! —Soltó una carcajada—. Qué va, voy camino de los veintiocho.

—Pues no los aparentas. Pero me reitero, eres aún muy joven.

—Dejé mis estudios, pero nunca es tarde, ¿no crees?

—Por supuesto que no. Creo que tienes mucho mérito y sé que conseguirás todo lo que te propongas.

La miró con una enorme sonrisa en la boca, bonita, joven y muy inteligente..., era perfecta.

—Te resultará complicado compaginar estudios y trabajo.

—Me voy apañando. —Soltó una carcajada al recordar las noches sin dormir por estudiar, las mañanas metida en el almacén con un libro entre las manos mientras no había clientes... —Lo bueno es que tengo una beca y me cubre los gastos de la carrera, si no, no hubiera podido estudiar.

—Y..., ¿tus padres no te ayudan?

—¿Mis padres? —Alma no deseaba contarle algo tan íntimo y doloroso a un total extraño, por mucho que fuera el hermano del hombre del que estaba enamorada como una tonta, y decidió explicarle lo que le decía a todo el mundo cuando surgía esa pregunta y así salir del paso—. Ellos viven lejos y la verdad es que hacen lo que pueden...

Bajó la mirada, estaba segura de que él notaría su mentira, porque nunca había sido buena para eso y ese hombre parecía poder leer la mente con un solo vistazo.

—Espero que tengas mucha suerte, estoy seguro de que serás una buena maestra. —Lucas intuyó que ese tema le resultaba incómodo y decidió dejarlo estar.

—Gracias. ¿Y tú? ¿A qué te dedicas?

—Soy abogado, trabajo en un bufete, pero ahora... Bueno, llevo un tiempo sin trabajar. Mi esposa... —Clavó su mirada en la jarra de cerveza, quizá para ocultar su pena, pensó Alma.

—Lo sé... —Puso su mano sobre la que él tenía sobre la mesa—. Sé lo de tu mujer. Yo... lo siento.

—Es duro. —Lucas levantó la mirada y clavó sus pupilas en las de Alma—.

Pero tengo que seguir adelante, no puedo rendirme. Estoy seguro de que a ella le gustaría verme feliz.

—¡Por supuesto! —Le dio un fuerte apretón en la mano y la retiró con rapidez.

—Y dime..., tienes..., ¿sales con alguien?

—No, no, qué va.

Si no fuera porque llevaba muy poco viudo, Alma pensaría que estaba intentando ligar con ella, no solo por la típica frase, sino más bien por la manera en la que él la miraba. Pero... no podía ser, ¿verdad? Arrugó la frente y pensó que lo mejor era salir corriendo, pues ese no era el hermano por el que ella suspiraba y no quería tener equívocos.

—Bueno. —Le dio el último trago a su cerveza—. Creo que debo regresar al trabajo, me ha encantado charlar contigo.

—Oh, ¿ya?, ¿tan pronto?

—Sí, y mira que lo siento, pero Charly me necesita.

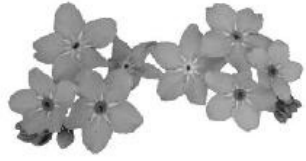
—Entonces..., otra vez será.

—Sí, claro, otra vez. Gracias por la cerveza, Lucas. Todo un placer conocerte.

Se levantó y él lo hizo con ella. Alma le dio dos besos en las mejillas.

—Igualmente, Alma. Vendré más veces, me ha encantado la comida y, por supuesto, la compañía.

Alma regresó a su puesto tras la barra y Lucas, tras pagar las cervezas, salió cabizbajo.





## Capítulo 20. Saw.

Miércoles, 21 de junio de 2017.

Parque Rattford. 20:00 h.

Eran las ocho e Iván llevaba esperando más de media hora en el punto exacto donde se quedó mirando cómo ella se marchaba esa misma mañana.

Se había pasado el resto del día nervioso, excitado e irascible con el resto del mundo, que no tenía culpa de nada, pero con el que desahogaba su frustración y mala leche.

Caminaba de un lado para el otro, como los leones atrapados en el pequeño recinto del zoo. Su cabeza volaba de las imágenes de Gádor sonriendo a sus mejillas teñidas de rojo tras la carrera, a su cabello revuelto... Suspiró con fuerza, esa mujer lo había embrujado; sor Marí tenía razón en su predicción, ella sería su perdición, sabía que se encaminaba hacia su final, pero no podía hacer nada por pararlo, nada por deshacerse de esa atracción tan intensa que le estaba consumiendo. En otra época la habrían juzgado por bruja, pues él estaba atrapado en su hechizo.

De repente, sintió la necesidad de mirar a su espalda, pues su nuca parecía picarle, como si un dedo invisible la tocara tan despacio que le provocaba escalofríos. Se giró despacio y la vio. Caminaba rápido, parecía nerviosa, miraba su móvil y él se escondió tras un árbol para observarla por un instante. Su aliento se congeló, estaba preciosa. Llevaba un vestido corto de línea *evasé* que dejaba ver sus perfectas piernas. El cabello suelto se movía libre sobre sus hombros y le provocaba acariciarlo, llevarlo hasta sus fosas nasales para recrearse en su aroma.

En el punto exacto en el que él había permanecido quieto, ella se paró. Parecía estar escribiendo algo en el móvil, pues sus dedos se movían ligeros por la pantalla. Le escribía a él, ya que sintió cómo su teléfono vibraba dentro del

bolsillo de su pantalón en el preciso instante en el que ella dejó de escribir.  
Miró la pantalla.

*Siento llegar tarde.  
No te habrás ido,  
¿verdad?*

Sonrió, parecía preocupada y eso, en cierto modo, le agradaba, se sentía importante para alguien.

«Nunca, nunca me iré, tendrás que echarme. Pasaría toda mi vida a tu lado», se dijo.

Caminó despacio, sin hacer ruido, hasta colocarse a su espalda. Escribió:

*Pequeña, estoy detrás de ti.*

Le dio a enviar, ella lo leyó al instante y él envolvió su cintura con sus manos.

Le dio a enviar, ella lo leyó al instante y él envolvió su cintura con sus manos.

Gádor sintió su aroma, una perfecta combinación entre olor a ropa limpia, especias, fruta jugosa y madera de cedro. Jamás había olido nada tan excitante. Sintió cómo sus manos calientes la envolvían. Con una de ellas sostenía su teléfono, lo notó duro sobre su cadera. Pero la otra se posó sobre su vientre, abierta en forma de abanico y, a través de la fina tela de su vestido, disfrutó del calor que emanaba. Se recostó contra su pecho y cerró los ojos. Se agarró a sus fuertes brazos y se sintió protegida, libre de todo mal, era como regresar a casa después de pasar un día terrible. Su cuerpo era su refugio.

Iván no podía dejar de olerla, de pasar su nariz por su pelo, de frotar sus mejillas por él, como queriéndose empapar de su aroma a coco. Parecía un gato buscando caricias.

—Deseaba tanto poder hacer esto —susurró y, en un rápido movimiento, guardó su móvil en el bolsillo y, retirando con delicadeza el cabello que cubría su cuello, se hizo espacio para llegar a él con sus labios. Su otra mano, aún sobre su vientre, la obligaba a recostarse más contra su pecho y su boca... «¡Dios, su boca!», pensó Gádor. Esos labios recorrían su cuello como si le perteneciese. Despacio, excitándola, provocándole escalofríos.

No quería separarse, deseaba estar así toda la vida, pero eso era imposible,

así que se retiró igual que había llegado a su cuerpo, despacio y sin hacer ruido.

Al no sentir sus manos, su calor, Gádor se volvió a mirarlo, y entonces fue ella quien se quedó sin aliento. Lo había visto tres veces y en todas esas ocasiones su ropa era de sport. La primera, una camiseta y unas mallas de correr, y las otras dos con unos vaqueros desgastados y un polo; pero esta vez llevaba un traje. Uno que parecía haber sido cortado y confeccionado exclusivamente para él. La chaqueta de color gris claro estaba desabotonada mostrando una camisa negra. Los pantalones le sentaban como un guante y lucía como único complemento un cinturón negro con una hebilla plateada.

—¿Vamos? —preguntó exhibiendo una sonrisa torcida que terminó por derretirla. Sabía que era atractivo, era consciente de ello, y usaba todas las armas de las que disponía, que eran muchas y muy útiles, para conquistarla. A pesar de ser totalmente consciente de que ya había caído en sus redes, la tenía en sus manos y no había vuelta atrás. Al menos eso pensaba ella, pero para Iván la realidad distaba mucho de los pensamientos de Gádor; para él era ella la que lo tenía atrapado, bebería de sus manos si se lo pidiese, le bajaría la luna, haría lo que fuese por ella sin pensarlo.

Gádor se limitó a asentir, se agarró de la mano que él le tendía y juntos caminaron hacia el coche que Iván había dejado aparcado cerca de la salida del parque.

La mano de él era fuerte y grande y la de Gádor encajaba perfectamente. Sintió cómo con su dedo pulgar, según caminaba, acariciaba su dorso de manera suave. Lo miró y sonreía, se le veía feliz, a pesar de que a sus ojos siempre parecía asomar cierta pena. ¿Qué sería lo que le afligía? ¿Podría ella consolarlo?

Cuando alcanzaron su coche, un precioso Ferrari California T negro, corrió a abrirle la puerta para ayudarla a acomodarse en los rojos asientos de cuero.

—¡Vaya! —exclamó al ver el fastuoso coche—. Según parece los negocios no te van nada mal.

—No, la verdad es que he tenido mucha suerte —dijo mientras cerraba la puerta y se daba la vuelta para entrar en el coche.

«Los vicios humanos son el mejor negocio», pensó con tristeza.

—Si mi hermano Martín viera este coche... —Sonrió.

—¿Le gustan los coches?

—Le encantan. Él tiene un Chevrolet Impala del 67, lo adora como si fuera su novia. —Soltó una carcajada que le hizo sonreír, le gustaba su risa, adoraba el sonido melodioso que emitía.

—¡Guau!, ese sí que es un buen coche, me encantan los clásicos.

El rugido del motor se escuchó como si fuera el ronroneo de un gato. Iván movió el volante y salieron a la carretera.

—¿Solo tienes un hermano?

—No. Tengo dos: Martín y Lucas.

—Me dijiste que vivías con ellos, ¿verdad?

—Sí, ahora sí...

—¿Ahora?

—Estuve viviendo con mi novio, pero..., lo dejamos hace poco.

Iván se concentró en la carretera, pero de vez en cuando la miraba de reojo. Se alegraba, le encantaba saber que era libre como él, sin ataduras. Porque sabía que, aunque le hubiera dicho que tenía novio, esto no le hubiera supuesto un obstáculo, la deseaba tanto que hubiese seguido luchando por conseguirla.

—¿Y tú? —Gádor se apoyó en la ventanilla para poder mirarlo mejor. Si era atractivo de por sí, así, concentrado en la conducción, tan serio, lo era más aún —. ¿Tienes hermanos?

—No. Bueno, al menos eso creo... —Por un instante retiró la mirada de la carretera y la posó en ella—. Crecí en un hospicio, nunca conocí a mis padres. Simplemente me dejaron allí nada más nacer.

Iván jamás contaba nada de su vida a nadie, solamente Sex y Yuri conocían parte de su pasado. Era la primera vez en su vida que, a viva voz, confesaba cosas de su vida a una persona que apenas conocía, y no se sentía incómodo, ni fuera de lugar. Esto le sorprendió gratamente, con ella todo era más fácil.

—Oh, vaya... yo...

—No, por favor, no digas la típica frase: lo siento. Es algo que pertenece a mi pasado. Lo tengo superado.

—Tuvo que ser muy duro. —Lo miraba con pena y eso le enfureció, Iván no soportaba que nadie lo mirase así.

—¿Puedo pedirte algo...? —Suspiró con fuerza y golpeó el volante de manera rítmica, mientras trataba de recomponerse, de deshacerse de la ira que crecía intensa en su interior. En otra ocasión, si ella hubiera sido otra persona, su mirada le hubiese costado cara. Iván podía ser muy cruel y despiadado con quien le hacía sentir pequeño y desprotegido. Pero se trataba de Gádor y por ella se comería su orgullo, lo digeriría y, antes de hacerla daño, sería capaz de marcharse lejos, muy lejos, a pesar de que eso le costase la propia vida. —No soporto..., no me mires con pena, nunca lo hagas.

Gádor vio cómo las venas de su cuello se hinchaban, cómo su nariz se dilataba y apretaba la mandíbula. Sus ojos parecían ascuas ardientes.

—Lo... lo siento. —¿Era temor lo que escuchaba en su voz temblorosa?

«No, no, por favor, no», Iván se fustigaba. Que ella le tuviese miedo era incluso peor que la piedad.

—Por favor. Por favor, perdóname. —La miró de nuevo luchando porque

sus gestos y su mirada se dulcificasen, rogando porque ella no huyera ante ese pequeño arranque que mostraba su verdadera naturaleza. En ese preciso instante odió ser como era, detestó su carácter irascible, su naturaleza antisocial, su mal genio y su absoluta carencia de empatía—. Llevo muy mal la pena, no me gusta que me miren con pena. Yo..., no soy digno de ese sentimiento. Por favor, no me tengas miedo, no..., jamás te haría daño. A ti no, a ti nunca.

Mientras hablaba se adentró en el garaje de un alto edificio en pleno centro de Manhattan. Uno de los más lujosos, donde vivían los más ricos de la ciudad. Aparcó en la segunda planta, se desabrochó el cinturón de seguridad y se volvió a mirarla.

—¿Tienes miedo? —preguntó mientras con una de sus fuertes manos tomaba una de sus mejillas y con mucha delicadeza la acariciaba.

—No, ahora no. —Era sincera, lo podía ver en sus ojos.

—¿Me crees cuando te digo que jamás te haría daño?

—Sí, no sé por qué, pero te creo.

Su cara se transformó, la sonrisa regresó a sus labios, asintió complacido y se bajó del coche. La ayudó, como buen caballero, a salir, y de nuevo de la mano caminaron hacia el ascensor.

Sus manos sudaban, estaba nerviosa, sabía que no solo compartirían una cena. La atracción entre ellos era tan intensa que nada, ni un huracán que llegara para asolar la ciudad, impediría que esa noche probara sus labios, el sabor de su piel y disfrutase del aroma que desprendía al sentirse excitado.

—He preparado una cena especial —dijo mientras apretaba el botón del ascensor, que indicaba que su apartamento estaba en el ático de un alto edificio de treinta plantas.

Gádor se limitó a sonreír, en esos momentos lo que menos le interesaba era la cena. Le daba igual, tan solo deseaba probarlo a él.

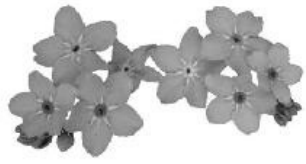
Iván se colocó frente a ella, con su mirada clavada en sus ojos. Puso una mano a cada lado de su cabeza, que ella apoyaba en el espejo. Sus caras estaban tan juntas que Gádor pudo sentir el aroma a mentol de su aliento. Deseó que ese ascensor tardara horas en llegar, necesitaba que la besara, sentir sus labios, pero él no se movía, se limitaba a mirarla, a recorrer cada parte de su faz con sus ojos, como si quisiera memorizar cada poro de su piel.

Pasó uno de sus dedos por la mancha que se le formaba bordeando su boca.

—Me encanta, me vuelven loco esas formas caprichosas que se dibujan en tu piel. Dime algo, pequeña: ¿las tienes por todo el cuerpo? —Su voz sensual la envolvió, sus gestos, su manera de mirarla eran como un fuerte afrodisíaco y un jadeo salió de su garganta.

—Sí —contestó como en un trance hipnótico.

Su vitiligo le atraía de una manera extraña, le parecían fascinantes los dibujos que formaban sus manchas y no se cansaba de recorrerlas con sus dedos. Deseaba hacerlo con su lengua, con sus labios. Soñaba con que esas manchas también adornasen sus pechos, bordeasen su ombligo, el interior de sus muslos, porque pensaba acariciarlas todas, todas...



## Capítulo 21. Crimen perfecto.

### Miércoles por la noche. Apartamento de Iván.

Un timbre les indicó que habían llegado a su planta. Iván se separó con desgana, la tomó de la mano y tiró de ella hacia el interior de su apartamento. El acceso era directo y Gádor, de repente, se vio sumergida en una sala lujosa decorada con austeridad. Un tanto fría, sin calor de hogar. Olía a limón, a limpio y a él.

Recorrió la estancia con la mirada observándolo todo con mucha atención. Un confortable sofá de piel blanca, una pantalla de plasma de dimensiones espectaculares, una estatua de un guerrero de terracota en una esquina del salón. Las paredes no eran de granito, ni ladrillos, eran cristales totalmente transparentes, que mostraban los colores y luces de la ciudad.

—Parece que la ciudad está a nuestros pies —dijo mientras se acercaba al cristal y miraba fascinada el espectacular paisaje.

—Lo está —contestó él. Se colocó a su espalda y, con mucha sutileza, pasó los dedos de una de sus manos por su cabello, retiró el pelo con cuidado y depositó un casto beso en el nacimiento de su cabello.

Gádor cerró los ojos para sentirlo más, de manera más intensa y, cuando los abrió, él ya no estaba a su espalda. Se giró y lo vio quitarse la americana, dejarla sobre una silla y entrar en lo que pensó sería la cocina.

—Ponte cómoda, voy a servirte la cena.

—¿No quieres que te ayude?

—No, pequeña, tú disfruta de la noche. Hoy seré yo quien te sirva.

Obediente, se sentó en el cómodo sofá de piel. Dejó su bolso sobre la pequeña mesa que había frente a él y, recordando la promesa que le había hecho a Linda, le mandó un wasap.



*Hola mami, estoy bien. Tecleó.*

En ese momento salía Iván de la cocina. Estaba tan guapo que quitaba el aliento, se había remangado y llevaba en cada mano un plato. Los dejó en la mesa.

*Mándame tu ubicación exacta  
y déjate de tonterías.  
¿Llevas el spray?*

Miró el mensaje y contestó.

*Eres una pesada. Sí, lo llevo,  
y ahora mismo te mando mi ubicación.  
Ya no me molestes más porque voy a  
echar un buen polvo y no quiero interrupciones.*

—¿Ocurre algo? —Iván estaba colocando las copas de vino sobre la mesa cuando vio la extraña expresión de su cara al teclear en su móvil.

—No, no, qué va. Se trata de una amiga pesada, cree que puedes ser un asesino y quiere la ubicación exacta en la que me encuentro.

—Me gusta esa amiga, me parece bien.

—¿De verdad?

—Claro, no debes ser tan confiada.

Gádor alzó las cejas, no se lo podía creer, incluso él intentaba tratarla como si fuese una niña.

—Si piensas así, quizá sea mejor que me marche antes de que saques los cuchillos para el postre e intentes degollarme.

Iván se limitó a soltar una carcajada.

—Cena primero. Te aseguro que el postre que pienso darte no necesita cuchillos. —Su tono sensual la excitó, el doble sentido de sus palabras le hicieron desear que la cena pasase rápido y llegasen los postres.

Iván sirvió la comida como si fuera un experto camarero. Todo tenía muy buena pinta y el olor era exquisito.

Gádor sonrió al ver una flor de papel al lado de su plato. La tomó entre sus dedos.

—Ya se está convirtiendo en una costumbre —dijo Iván correspondiendo con otra sonrisa.

—Me encanta. —Como siempre hacía, se la llevó a la nariz—. ¡Huele a

rosas! —exclamó sorprendida.

—Me voy perfeccionando. —Pasó uno de sus dedos por la mano de Gádor en una caricia que le produjo escalofríos—. ¿Te gusta el vino tinto? —preguntó y Gádor asintió con la cabeza.

Sirvió dos copas y ambos las chocaron en un brindis.

—Por nosotros —dijo Iván clavando sus pupilas azules en las de ella.

—Por nosotros —contestó Gádor.

—He preparado comida típica de mi país... De primero, una ensalada *Olivié*; de segundo, *pelmeni* acompañados de *smetana*.

Según iba enumerando el nombre de los platos, en su idioma natal, Gádor lo miraba absorta, su pronunciación de las palabras tan marcada le hacía ser más sexy y las miradas que le lanzaba le erizaban el vello.

—Tiene todo muy buena pinta, pero... aún no me has dicho de dónde eres.

Habían hablado de muchas cosas, incluso muy personales, como su humilde origen, pero ni por el acento, ni por los nombres de los platos, lograba averiguar cuál era su procedencia.

—Nací en Novosibirsk, Siberia. Una de las ciudades más grandes y pobladas de Rusia.

Empezaron a comer. Pero Iván apenas probaba bocado, estaba totalmente concentrado en cada movimiento de Gádor, en cada expresión que hacía al probar los platos, en cómo saboreaba la comida y en cómo, en algunas ocasiones, cerraba los ojos para apreciar con mayor sutileza el sabor de los alimentos. Parecía disfrutar y con eso a él le bastaba.

—¿De verdad? —preguntó asombrada abriendo mucho los ojos.

Iván soltó una carcajada, mucha gente reaccionaba igual al saber su lugar de nacimiento.

—¿Tan raro es?

—No..., raro no, pero... Es...

—¿Exótico? —La risa le hizo lagrimear—. Por la cara que pones parece que te hubiera dicho que soy de Marte.

Gádor rompió a reír junto a él.

—Solo es..., estaba pensando en lo lejos que está y en el frío que debe hacer allí.

—¿Frío?, muchísimo, pero estamos acostumbrados. Además, aquí los inviernos también son muy duros.

—Tienes toda la razón. —Gádor soltó el tenedor y le dio un sorbo a su copa de vino. Estaba delicioso y lo paladeó.

Iván sirvió otra copa.

—Veo que te está gustando la comida —dijo con una enorme sonrisa.

Gádor asintió y se llevó a la boca un *pelmeni*.

—En cambio tú apenas has probado bocado. —Gádor miró su plato lleno.

—No tengo mucho apetito —le dio un trago a su copa de vino—. Prefiero disfrutar mirándote. Me encantan los ruiditos de placer que haces. —Su tono sensual le aceleró el corazón.

Durante un buen rato permanecieron con sus miradas conectadas, sin apenas moverse, sin casi respirar.

Gádor fue quien rompió el contacto, sus ojos eran tan intensos que parecía quemarle la piel.

Apartó el plato, se sentía llena.

—Tengo mucha curiosidad..., me encantaría saber cosas de ti. ¿Puedo preguntarte...?

—Lo que quieras —la interrumpió.

Iván le dio otro trago a su copa.

—¿Por qué viniste a Manhattan? —Siberia estaba a miles de kilómetros de distancia, ¿qué le habría llevado a salir de su patria?

Iván se revolvió incómodo, no esperaba que fuera esa precisamente su pregunta. Esa cuestión, concretamente, era difícil de responder, pues conllevaba desvelarle lo que más le avergonzaba de su pasado y, por supuesto, no quería mentirle. A ella no, nunca.

Se levantó inquieto de la silla y casi sin mirarle a los ojos le dijo:

—¿Te apetece un café?

—Sí, claro. Gracias. —Gádor se dio cuenta, por su reacción, de que había tocado un tema vetado.

Caminó rápido a la cocina, sin ni siquiera mirarla. Necesitaba poner un poco de espacio entre ellos, aunque tan solo fuera el pequeño muro que separaba la cocina del espacioso salón.

Se apoyó en la encimera, cerró los ojos e intentó recuperarse de los recuerdos que en esos instantes y tras la pregunta de Gádor llenaban su cabeza. El corazón le latía rápido. Suspiró con fuerza y procuró tranquilizarse.

Cuando regresó al salón, lo hizo más calmado e intentando sonreír. Sabía que con su reacción había conseguido incomodarla.

Puso una taza de porcelana delante de ella y se sentó.

—¿Tú no tomas café?

—No me gusta. Yo...

—Yo...

Los dos hablaron a la vez.

—Perdona, Gádor. —Tomó la delantera.

—No, no, por favor, no hace falta que te excuses. La culpa la tengo yo por

ser tan curiosa.

Iván se levantó de nuevo, no podía estarse quieto. Esa mujer le importaba tanto que lo que más deseaba era hacerla sentir cómoda a su lado, tan a gusto que no quisiera marcharse nunca, y ahora podía sentir que ella estaba nerviosa, molesta.

Caminó hasta el imponente cristal que hacía las funciones de pared. A sus pies, se veía la ciudad; las luces de los edificios y de los coches brillaban. Pero a Iván ese precioso paisaje no le sobrecogía en lo más mínimo, lo veía cada noche, cada día, cada mes...

—Llegué... —Tragó saliva y carraspeó. Sopesó sus palabras, pensó en lo que quería desvelarle de su pasado y lo que de momento se guardaría para él, pues quizá en cuanto ella lo supiese saldría corriendo—. Llegué con la idea de un futuro mejor —soltó una risa que, a oídos de Gádor, sonó triste, melancólica—; bueno, mejor dicho, simplemente de una vida.

Gádor solo podía ver su espalda, sus hombros anchos. La manera en la que la camisa se le ajustaba y permitía intuir sus músculos. Sus manos permanecían dentro de los bolsillos de su pantalón, uno que sin duda le había costado caro. Le hubiese gustado poder ver su cara, sus ojos, pero sabía, por la manera de hablar, por la forma en la que las palabras parecían temblar en sus labios, que estaba triste, muy triste.

—No tenía nada —continuó—, mis manos estaban vacías y mi corazón frío... Tan frío como mi Siberia. Ahorré el dinero, me ahogaba allí, el aire me faltaba. Tengo muchos..., muchos recuerdos que deseo borrar. —Apoyó la frente en el frío cristal y suspiró con fuerza—. Gádor... —Se giró con rapidez, en dos zancadas estaba a su lado; movió la silla en la que ella estaba sentada sin hacer ningún esfuerzo y se colocó en cuclillas frente a ella, colocando sus manos sobre las rodillas de Gádor—. Debes alejarte de mí...

Gádor negaba con la cabeza con vehemencia.

—¿Cómo? Yo..., no te entiendo... —Arrugaba la frente preocupada por la extraña reacción de Iván. ¿A qué venía eso ahora?

—Yo... —De repente apoyó la cabeza en sus rodillas, rodeó con sus brazos las piernas de ella, abrazándose como si fuese su salvavidas. Gádor deseaba tocar su pelo, deseaba..., pero no se atrevía, y sus manos permanecían quietas en el aire, sin saber qué hacer—. No soy..., no soy bueno. Estoy roto, sucio. No merezco... —Gádor sacudió la cabeza, creyó escuchar un sollozo. No podía ser, ¿verdad?

No se resistió más y metió sus dedos entre los cabellos rubios de Iván.

—No pienso irme a ningún lado. —Sentenció. No sabía nada de él, pero estaba segura de que era un buen hombre que, ahora descubriría, había tenido una

dura vida.

Iván levantó la cabeza de sus rodillas y pudo ver sus pupilas brillantes, casi húmedas por las lágrimas que, por supuesto, no dejaba salir y retenía con esfuerzo.

—No quiero que te alejes. —Era todo tan contradictorio..., le pedía que se fuera y se sujetaba a sus piernas con fuerza; ahora le decía que no se alejara. Su lucha interna era dura, Gádor lo sentía como si estuviese dentro de su corazón, sintiendo su dolor, su pena.

—No lo haré.

—¿Tienes miedo? ¿Me tienes miedo? —preguntó con preocupación. Sabía que sus reacciones eran extrañas, incomprensibles a los ojos de alguien como ella, sin maldad, sin recodos, con un corazón limpio.

—No, nunca —lo dijo con tal convicción que Iván sonrió feliz.

—Yo..., a ti, jamás te dañarías. Eres como un ángel..., mi ángel. A tu lado seré mejor hombre.

Gádor llevó una de sus manos hasta su mejilla derecha y la acarició sintiendo la barba dura que comenzaba a asomar tímida. Él cerró los ojos y se quedó muy quieto, como si esa caricia fuese lo más maravilloso que había sentido en años, como si nadie nunca le hubiera tocado así, con cariño.

De repente se levantó y rompió el contacto de forma abrupta. Era tan cambiante que la estaba volviendo loca.

—Perdona —dijo de nuevo—. No quiero que pienses que soy un demente, es solo que guardo cosas, cosas que no puedo...

Gádor se puso de pie frente a él y buscó su mirada de manera insistente, hasta que Iván se rindió y le dejó ver sus ojos.

—Sé que guardas secretos, todos lo hacemos. Apenas me conoces, es normal que no quieras desvelarlos.

—No es eso..., sí quiero, me encantaría. Pero..., saldrías corriendo, huirías y, ¿sabes qué?, harías bien en hacerlo.

—¡Basta! —gritó Gádor enfadada—. Ya soy una mujer adulta y no me gusta que nadie decida por mí. ¿Qué sabes de mi manera de reaccionar?, ¿qué sabes de mi vida, de cómo soy? ¡Nada, no sabes nada! Así que deja de decidir por mí.

Otra vez esa sonrisa triste, melancólica, asomó a los labios de él.

—Me gustas, Gádor, me gustas mucho; tanto, que nunca he deseado, nunca he necesitado abrirme a nadie, pero contigo me gustaría...

—Ya lo harás. Tiempo, Iván, danos tiempo porque tú a mí también me gustas mucho.

—*Malyshka*<sup>[3]</sup> —susurró con ternura.

—¿Qué quiere decir? —escucharlo hablar en su idioma natal la estaba

volviendo loca. Su pronunciación, esa voz ronca... Gádor jadeó.

—Pequeña, quiere decir pequeña...

Los dos permanecieron por un largo instante Frente a frente, con sus miradas clavadas.

—Como sigas mirándome así, te voy a comer la boca.

El mismo Iván se sorprendió de sus propias palabras, años sin besar y ahora, frente a esa mujer, sentía una irrefrenable atracción por sus labios. Necesitaba romper esa promesa que hacía tanto se había hecho: nunca más besaré a nadie.

—Hazlo —dijo ella.

En un instante estaban alejados, uno frente al otro, y al siguiente la boca de Iván devoraba con hambre, con ansia, la suya. Invadía su interior como si le perteneciese, lamía sus labios como si fuera su primer beso y, en realidad, lo era, el primero que daba porque él lo deseaba; el primero, porque siempre eran otros los que le besaban a él. Los que violaban su boca sin desearlo. Se le revolvían las entrañas solo de recordar esas bocas húmedas tomando la suya sin pudor. Pero ese beso..., ese era diferente. Era él quien devoraba, quien buscaba su lengua.

Se agarró a sus mejillas con las manos abiertas, obligándola a torcer la cabeza y así amoldarse mejor a sus labios.

Gádor se dejaba, lo deseaba y le gustaba esa manera suya de besar, casi violenta, desatada, como si le fuera la vida en ello. Se aferraba a su camisa con los puños apretados, quería más, más...

El aire les faltaba; entre gemidos, se sentían incluso un poco mareados, pero sus bocas no se separaban, no podían.

Iván soltó sus mejillas y colocó sus manos bajo sus glúteos, elevándola hasta que Gádor se acopló sobre sus caderas, enredando sus piernas a su alrededor.

El roce de su polla totalmente dura le provocaba escalofríos y la ropa comenzó a estorbar.

—No quiero hacerte daño —le dijo entre jadeos, mientras Gádor se comía sus palabras.

—No lo harás.

—No soy delicado, no puedo, yo...

—No quiero que lo seas.

Si era difícil respirar, hablar se estaba volviendo totalmente imposible, porque ni uno ni otro podían dejar de besarse.

Iván caminó con ella entre sus brazos, a ciegas, hasta el sofá. No había tiempo para llegar a la cama, iba a quemarse de un momento a otro, ardería y necesitaba sacar ese fuego de su cuerpo, pues ya no podía más. La presión de sus pantalones, el roce que ella le prodigaba a su miembro, le estaba causando un dolor tan placentero que temió terminar antes de empezar.

La depositó sobre el gran y blanco sofá y se retiró por un instante para poder contemplarla.

Las manos de Gádor reposaban a ambos lados de su cabeza, sus ojos permanecían cerrados, su pecho subía y bajaba rápido, con una respiración entrecortada.

Iván recorrió, con su mano derecha, su esbelta figura desde su cuello, pasando por uno de sus pechos, hasta llegar al bajo de su vestido de raso. Con su otra mano se agarraba al respaldo del sofá para no caer sobre el pequeño cuerpo de Gádor.

Ella abrió los ojos en el mismo instante en que él se aferraba al bajo de su vestido y, con lentitud, lo subía. Le ayudó y entre los dos se desprendieron de la tela suave que cayó al suelo, dejándola solamente con un sujetador sin tirantes y un tanga.

Iván la contempló y se maravilló con su belleza. Lo que había soñado se cumplía, ella era exactamente como imaginaba. Con sutileza pasó uno de sus dedos demarcando una enorme mancha que bordeaba su ombligo. Le fascinaba de tal manera que sus pupilas se clavaron en ese punto exacto.

—*Ty prekrasna*<sup>[4]</sup>, simplemente preciosa. —Hablaba en voz alta, pero solo lo hacía para él, sin pensar que ella le estaba escuchando.

—¿Por qué has dejado de besarme? —preguntó Gádor con voz entrecortada. Su manera de mirarla era lo más erótico que jamás le había pasado. Recorría con sus ojos cada recodo de su cuerpo como si fuera lo más hermoso que habían contemplado, casi con veneración.

Iván puso esa sexy sonrisa torcida que conseguía hacerla olvidarse de que el mundo giraba y de nuevo devoró su boca, pero esta vez no se limitó a sus labios, su cuello fue su segundo objetivo y lo recorrió una y otra vez, dejando pequeños mordisquitos que la hicieron gemir de placer.

La mano que tenía libre, esa con la que no se sujetaba en el respaldo, la tocaba, acariciaba su costado. Subía hasta su cuello y, con rapidez, bajaba hasta su cintura y de allí hasta su muslo, que apretaba con fuerza.

—Deseo tanto probarte, saborearte. —Iba a ser la primera vez que lo hacía por puro deleite, la primera que no se veía obligado y sonrió satisfecho. Se excitó solo de imaginar sus labios recorriendo cada recodo de Gádor, cada pliegue de su sexo. Jadeó contra su boca y rogó—. ¿Me dejarás, *malyshka*? *Ya jochú tebyá*<sup>[5]</sup>.

—Sí, sí. Por favor...

Se separó de sus labios con tal ímpetu que Gádor sintió frío. Pero el objetivo de Iván ahora era otro y no podía esperar más.

Le arrancó el tanga y, por un instante, se recreó en la imagen de Gádor solo

vestida con su sujetador y los tacones. Estaba totalmente depilada y recorrió con un dedo su pubis, disfrutando de su suavidad. Su pecho subía y bajaba, estaba muy excitado.

—¡Dios, *malyshka!* Te deseo tanto... —Jadeó. La miró a los ojos, pero solo fue por un breve momento, pues su necesidad era tanta que cayó como un kamikaze sobre su sexo, uno ya hinchado, húmedo y preparado para él.

Lo besó despacio, pasó sus mejillas por él restregándose como lo haría un gato buscando una caricia, lo lamió, entró en él con su lengua y, como se había prometido si tenía la oportunidad cada noche que se acostaba pensando en ella, lo devoró como si fuese un manjar. Su sabor era dulce, delicioso.

Gádor gemía, se retorció de placer, sin dejar de acariciar su pelo rubio, sin poder apartar sus ojos de la escena que entre sus piernas se estaba representando.

«¡Dios, lo hace tan bien!», pensó extasiada. Iván era sexo puro, la pasión hecha hombre, y su manera de devorar su sexo era lo más placentero que había experimentado nunca.

—¡No pares! —salió de su boca entreabierta al sentir cómo Iván hacía círculos con su lengua sobre su clítoris e introducía primero un dedo y luego otro. La estaba volviendo loca. Pensó que estallaría en mil pedazos. Le llegaba el orgasmo, sin remedio, sin poderlo frenar, pues ya era imparable—. Sigue, sigue... —Y él no solamente obedeció, no, sino que movió su lengua a una velocidad increíble, con una maestría tal que Gádor sintió que se partía en dos, que su cuerpo se quemaba sin remisión.

Iván sabía lo que estaba haciendo, lo había hecho tantas veces que se podría decir que era un maestro en la materia. Tanto mujeres, como hombres, siempre quedaban complacidos, pues con el tiempo perfeccionó su arte «de amar». Pero nunca, jamás, lo había disfrutado como con esa morena, nunca había estado a punto de correrse él, nunca había sentido la necesidad de mirar a los ojos de su amante, ni de verla retorcerse de placer y gritar su nombre al correrse.

Gádor estalló con la mirada de Iván clavada en la suya. Los espasmos se sucedieron y pensó que no pararían nunca.

Iván no podía dejar de contemplarla, el éxtasis la volvía mucho más hermosa. Estaba tan excitado que se asustó, tan loco por entrar en ella que temió hacerle daño. Pero ya no había vuelta atrás.

Se irguió bajo la atenta mirada de Gádor. Se lamió los labios de manera sensual para saborear toda su esencia y, botón a botón, desabrochó su camisa, como si tuviera todo el tiempo del mundo.

Gádor lo contemplaba extasiada y de nuevo comenzó a excitarse. Era tan sexy. Cuando su camisa cayó al suelo pudo ver su perfecto cuerpo, sus marcados abdominales. Tenía una gran cantidad de tatuajes, más tarde se entretendría en



observarlos, pero lo que más le llamó la atención fue el *piercing* que adornaba su pezón derecho: dos pequeñas bolitas brillaban a ambos lados. Nunca le habían atraído ese tipo de adornos, pero en él, en Iván, se veía diferente, excitante, y se imaginó lamiéndolo, tirando con sus dientes de él.

Iván la escuchó gemir y, al ver cómo le miraba el pezón, supo al instante lo que ella estaba deseando y, antes de quitarse toda la ropa, complació su anhelo. Se acercó hasta que la boca de ella quedó justo a la altura del objeto de su deseo y esperó impaciente hasta que Gádor se atrevió a sacar su lengua y, con timidez al principio, lo lamió. Iván siseó de placer y ella se retiró asustada.

—¿Te hice daño? —preguntó preocupada. Nunca había estado con un hombre que usara ese tipo de *piercing*. Bueno, en realidad, nunca había estado con un hombre que usase *piercing*. No le atraían en absoluto, en cambio con Iván..., con él todo era distinto.

—No, no... Sigue, me gusta, me vuelve loco. —Su voz entrecortada lo demostraba con creces y Gádor se envalentonó, se sintió osada y mordisqueó, lamió tanto la piel como las dos pequeñas perlas de platino.

—¡Para, para! —Iván ya no podía más, se iba a correr, se derramaría como un adolescente ante una caricia.

Se irguió de nuevo y, con rapidez, se deshizo del resto de su ropa.

¿Qué más sorpresas guardaría? Gádor lo miró expectante. Deseaba verlo totalmente desnudo y, cuando se hubieran desfogado, pensaba recorrer cada parte de su cuerpo, admirar cada rincón, estudiarlo como si fuera un mapa.

Lo contempló, ya por fin desnudo, y él se dejó, deseaba que lo mirase, era excitante, pues en su cara se dibujaba todo lo que pasaba por su cabeza y se notaba que a Gádor le gustaba mucho lo que veía.

Se quedó muy quieto mientras ella observaba su enorme tatuaje tribal en negro, que adornaba su muslo derecho; apenas quedaba piel sin tinta. Una cadena de espinas le subía por el izquierdo hasta llegar a su cadera. Una palabra llenó la cabeza de Gádor al verle así, desnudo, en todo su esplendor. Una que le hubiera encantado gritar: impresionante. Eso era lo que el cuerpo de Iván resultaba, totalmente impresionante.

Pero Iván no buscaba exhibirse, tan solo quería que ella viese lo que era, un tipo lleno de tatuajes, de marcas en su piel; no era un niño bien, con un trabajo respetable. Nunca sería padre, ni un hombre que vive en una casita de un buen barrio y que pasa el cortacésped los sábados por la mañana.

—Creo que moriré si me dices que pare, pero este es el momento, *malyshka*. —Le costó tanto pronunciar esas palabras que la boca se le secó y sus manos temblaron, pero no podía forzarla. Sus ropas ocultaban su interior, uno que muchas mujeres rechazarían, pero sin ellas no solo desnudaba su cuerpo, sino

parte de su vida, su historia, su alma...

—No quiero que pares —susurró y abrió más las piernas como muestra de lo que en realidad deseaba.

Que ella siguiese húmeda a pesar de haber descubierto su cuerpo lleno de dibujos, de tatuajes, lo reconfortó.

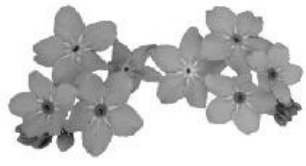
Se colocó entre sus piernas e, intencionadamente, rozó la punta de su polla sobre el clítoris, que de nuevo palpitaba deseoso de atenciones. Jugueteó durante un buen rato hasta que una gota de semen se derramó y, de una sola estocada, entró con fuerza, con apremio. Iván no era delicado, ni tierno, no sabía ser suave cuando follaba, pero con Gádor lo intentaría, así que comenzó a balancearse despacio, entrando hasta el fondo para después salir casi del todo. Sus jadeos, sus resuellos y miradas vidriosas cargadas de deseo le mostraban a Gádor que estaba conteniéndose para no derramarse, para no terminar, y eso la excitó tanto que, con cada investida, corría a su encuentro, chocando con golpes secos contra su pelvis y alentando con sus manos sobre sus glúteos a que fuera más deprisa, más adentro, más fuerte...

Se miraban, no se ocultaban ni escondían lo que estaban sintiendo, y ese intercambio de sensaciones, unido al choque de sus sexos, era tan erótico y sensual que el orgasmo se precipitó, a pesar de que Iván intentó retenerlo.

—¡Córrete, *malyshka*! —le gritó desesperado, pues temía dejarla insatisfecha y ya no era capaz de frenarlo. Su cuerpo había tomado el mando.

Y Gádor obedeció, soltó un grito e Iván la siguió, se derramó fuera de ella, pero, como era su costumbre, de manera silenciosa, conteniéndose, mordiendo el interior de sus carrillos hasta casi hacerse sangre.

Iván había estado con muchas mujeres y con hombres, pero con ella era virgen, pues por primera vez lo que hacía le gustaba, le llenaba. Por primera vez quería ser tierno, quería ver cómo se corría una y otra vez, cómo gritaba su nombre, cómo sus ojos lo miraban y besarla, besarla hasta quedarse sin aliento. Ese pensamiento le hizo suspirar satisfecho, la acurrucó contra su pecho y, por primera vez, se sintió dichoso, saciado y tremendamente feliz.



## Capítulo 22. Rebeca.

Jueves, 22 de junio de 2017.  
08:00 h.

Las noches de Martín se llenaban de pesadillas de las que despertaba empapado en sudor, y esa no fue distinta.

Se sentó en la cama aún tembloroso, con la respiración alterada y el corazón desbocado, pues las imágenes y las sensaciones de la pesadilla que acababa de tener estaban nítidas en su memoria. Se llevó las manos a la cabeza retirando el pelo que se pegaba sobre su frente y boqueó, intentando que algo de aire llenase sus pulmones, que habían estado sin aire por unos segundos.

Las imágenes llegaban rápidas como diapositivas: una mujer morena, a la que no le veía la cara, gritaba asustada pidiendo auxilio mientras corría por el parque perseguida por un hombre. En un tramo del camino caía de bruces y el hombre se arrojaba sobre su espalda. Martín no era un mero espectador, sentía lo mismo que él, contemplaba la escena, pero también intervenía en ella. Podía notar su excitación, su deseo y el placer que le provocaba el terror de ella. Ambos gritaban a la vez, hasta que la voz de ella y la suya propia se mezclaron en un alarido.

El hombre la giró, la puso de frente y entonces Martín pudo verle la cara, ¡era Gádor la que gritaba, la que pedía auxilio! El hombre llevó sus manos a su cuello. Martín podía sentir el peso que ejercía sobre el delgado cuerpo de su hermana. Podía notar la necesidad de respirar, porque esas grandes manos impedían el paso del aire a sus pulmones, que empezaban a arder.

Cerró los ojos y, cuando los abrió, la cara había cambiado, ahora era Alma. «No, no, no», gritaba Martín, pero no podía hacer nada, nada...

De pronto todo cambió; la escena, de repente, se representaba en la casa de

su hermano, en el invernadero donde Mary cuidaba sus plantas. Ella estaba frente a él, lo miraba triste y con voz temblorosa le decía.

—*Mira dentro, Martín, mira dentro...*

Entonces, despertó de golpe como si alguien le hubiera obligado a salir del reino de los sueños.

—¿Qué es lo que quieres de mí?! —le gritó desesperado al aire, que de repente se había llenado con el inconfundible olor a jazmín que últimamente lo acompañaba cuando estaba en casa.

Se levantó, tuvo que sostenerse con una mano sobre el cabecero de la cama, pues las piernas le temblaban y estaba mareado; se sentía débil, como si durante la noche le hubieran absorbido la energía. Como si el sueño, en lugar de ser reparador, hubiera sido una carrera de obstáculos.

«¡Mierda!» protestó, estaba harto de sentirse así. Cada día más exánime. Apenas comía, ni dormía y el estómago no dejaba de dolerle, y ahora, para remate, se metía en la cabeza de un psicópata.

Se dio una ducha, pensando que sería la mejor manera para despejarse y, además, necesitaba desprenderse del sudor.

Se vistió con una camiseta blanca con un estúpido eslogan en la espalda y unos vaqueros viejos y ya gastados. Se miró en el espejo y decidió no afeitarse, se dejaría barba. Pasó sus manos por las mejillas notando el vello que comenzaba a salir. ¿Qué más le daba?, no tenía ganas de perder el tiempo. Unas oscuras ojeras vestían sus ojos. No podía seguir así, al final caería enfermo.

La casa estaba en silencio; según parecía, Lucas había cumplido lo que le había prometido en una larga conversación que habían tenido por la noche, frente a la cena, cuando quedaron en que regresaba al bufete, y eso se lo dijo totalmente convencido. Volvía al trabajo y era muy buena señal. Según parecía, su paseo por el parque y su comida en The Charly's le habían devuelto las ganas de seguir adelante con su vida. Había regresado de la cafetería pletórico, como si le hubiesen dado una inyección de energía.

En cuanto a Gádor..., tampoco había señales de ella, y eso le inquietaba más. Después del sueño que había tenido, su obsesión por protegerla se intensificaba y decidió llamarla para saber dónde se había metido. Eran tan solo las ocho y media, ella trabajaba por las tardes, así que en el estudio de ballet no estaría, seguramente habría salido a correr por el parque...

«¡Joder!», las manos comenzaron a sudarle. ¿Por qué tenía que ir a ese lugar?, ¿por qué se empeñaba en llevarle la contraria?

Se sentó frente a un café bien cargado, no tenía apetito, así que decidió no comer nada. Sacó un cigarro de la cajetilla que tenía guardada en el bolsillo trasero de su vaquero y, sin importarle que estaba dentro de la cocina y no en el

exterior de la casa, lo encendió. Sacó el pequeño y viejo móvil del bolsillo y marcó el número de Gádor.

—¿Sí? —La voz de Gádor sonaba extraña, parecía que se acababa de levantar. Pero..., eso no podía ser...

—¿Dónde estás? —preguntó enfadado. Intentó recordar a qué hora había llegado anoche... Se puso rojo, furioso al darse cuenta de que no la escuchó llegar —. ¡¿No has dormido en casa?!

—¿Martín? ¡Joder, tenías que ser tú! Mira, no tengo que darte ninguna explicación, ya soy mayorcita; pero, como eres un imbécil, te pongo en antecedentes: ¡como bien dices, no he dormido en casa! Y, para tu información, estoy en la cama de un hombre y he pasado una noche increíble.

—¡Por Dios, basta! —Tapó el auricular con la mano—. Joder, joder... —decía una y otra vez. Trataba de contenerse, trataba de relajarse, pero entre el sueño que había tenido e imaginar a su pequeña hermanita con un tío...

—Mira, hermano, me fui a vivir con Lucas para ayudarle a reponerse de su gran pérdida, pero no voy a consentir que intentes controlar mi vida. ¡Hago lo que me place! Acostúmbrate o lárgate a tu apartamento. No voy a consentir...

—¿Quién es ese tío? ¡Dime, Gádor: ¿con quién estás?! —La ira se notaba en cada palabra que pronunciaba. Martín había intentado, sin ningún éxito, relajarse y hablar con su hermana de una forma cordial. Ahora no podría frenar su rabia; le dio una profunda calada al cigarro y esperó su respuesta mientras sus dedos tamborileaban sobre la pulida superficie de la mesa de la cocina.

—Uff —la escuchó resoplar—. Es un ruso, un mafioso ruso, lleva pistola y su cuerpo esta tatuado por completo. Me pega y a mí me pone...

—¡Basta! —Martín sabía que le decía todo eso para provocarlo, para sacarlo de sus casillas, y lo estaba consiguiendo.

—Martín, vete a la mierda. Déjame en paz. ¿Me meto yo en tu vida?, no ¿verdad?... ¿Acaso te he echado en cara yo lo de Linda?

—¿Lo de Linda?

—Sí, pedazo de idiota, lo de Linda. Ella me ha contado que ya no estáis juntos.

—Eso no tiene nada que ver, eso es asunto mío.

—Ja, ja y ja. Me haces mucha gracia; lo de Linda es asunto tuyo y mi noche con mi ruso... ¿no lo es?

—Yo... —Martín se tragó sus palabras, sabía que ella tenía razón y no podía darle ninguna excusa coherente sobre su deplorable comportamiento.

—Martín, si continúas así me iré y lo haré tan lejos que no volveremos a vernos. Nunca te he echado en cara lo que ocurrió, jamás te he culpado, pero..., sé que tú lo haces, y lo que más me duele es que no rectificas, sigues apretando

las clavijas. ¿Qué buscas, Martín?, ¿qué pretendes? Analízalo bien y pide ayuda, creo que un psicólogo te vendría muy bien, porque así no podemos seguir.

Martín se quedó con el móvil pegado a su oído escuchando el pitido que le indicaba que ella le había colgado.

Gádor tenía razón, se sentía tan culpable. No lograba olvidar, ni pasar página, y lo peor de todo era que volvía a cometer los mismos errores que en el pasado. Era consciente, pero incapaz de pararlo.

—¡Hostia! —gritó al notar cómo el cigarro se había consumido del todo; tenía la boquilla entre los dedos y se había quemado. Lo soltó sobre la mesa, que estaba llena de ceniza, sin importarle dejar la marca. ¿Qué más le daba?, eso no era importante, lo realmente trascendental era que su hermana le estaba planteando un ultimátum, que él estaba tarado y que, en realidad, sí que necesitaba la ayuda de un profesional.

Se llevó las manos a la cabeza. «Veo, oigo y huelo a un fantasma, no duermo, apenas como y soy un demente, un loco tarado».

El teléfono vibraba sobre la mesa y lo tomó con rapidez, quizá fuese de nuevo Gádor...

—Dime —contestó sin mirar.

—¿Detective Martín?

—Sí, soy yo.

—Señor, soy Iam Trevor. —Martín arrugó la frente. Iam era uno de los policías de la comisaría. Si le estaba llamando era porque algo había ocurrido. Una alarma se encendió en su cerebro.

—Dime, Trevor.

—Estoy patrullando por los alrededores del parque Rattford junto a mi compañero, señor, y hemos recibido una llamada de socorro de una mujer; sé que usted investiga los asesinatos ocurridos allí y pensé...

—Pensó bien, Trevor, ahora mismo voy hacia el parque.

Se levantó de la silla y corrió escaleras arriba a su dormitorio. Puso el manos libres y, mientras Trevor le informaba de todo, se colocó la funda de la pistola bajo el brazo y una camisa de manga corta cuya única misión era taparla de los ojos de los curiosos.

Salió de nuevo a la carrera y se subió en su coche; el parque estaba muy cerca, apenas le separaban unos metros, pero era inmenso, además tenía varias salidas y a la que se tenía que dirigir estaba en la otra punta.

Su corazón corría a la misma velocidad que su Impala, las manos le sudaban y no dejaba de pensar en Alma. Gádor había quedado descartada, pero ahora temía por ella. Que hubiese aparecido en su sueño seguramente era una casualidad, pero dentro de su cabeza todo se mezclaba y le hacía dudar de tantas

cosas...

¿Y si era Alma a la que ese tipo había atacado? Trevor tan solo le dijo que, por la voz, parecía una chica joven.

Llegó casi a la vez que Trevor y su compañero. La vio de lejos y de espaldas, era bajita, con el pelo negro..., «podría ser Alma» pensó aterrado, y corrió desesperado a su encuentro.

La mujer giró y sus ojos azules se clavaron en Martín, que respiró tranquilo. No era ella.

Hablaron con ella durante casi una hora y Martín llegó a la conclusión de que lo que le había pasado nada tenía que ver con el asesino del parque y sí con una broma pesada. Desde las muertes, algunos idiotas se dedicaban a gastar bromas y hacer mofas estúpidas, y esa pobre mujer había sido el blanco de una de ellas.

Martín se alegraba de no haber llamado a Alexis, la hubiese hecho ir en su día libre hasta el parque para nada. Se despidió de los policías y se encaminó hacia la salida del parque con las manos en los bolsillos.

\*\*\*

Alma se había levantado temprano, ese era su día libre y aprovecharía para dar una larga caminata por el parque junto a su perro.

Después de desayunar y luchar por ponerle la correa a Bola, que no paraba de moverse nervioso, pues estaba ansioso por salir, se colgó el bolso en el hombro y, dando un paseo, llegó al parque Rattford.

Bola correteaba como una loca tirando de la correa. Quería acercarse a cada persona que se cruzaba con ella; cuando lo hacía un perro los tirones eran más fuertes y, si era un niño, se volvía tan loca que apenas lograba controlarla. Bola era un perro sin raza, feo, pequeño, pero tan cariñoso que la tenía loca de amor.

Por precaución, la tomó entre sus brazos; iban a pasar por la zona infantil y, a esas horas, seguramente habría niños, y esa era la única manera de poder atravesarla y controlarla.

Le dio un beso entre las orejas y ella correspondió con un lametazo.

Alma llegó con su perrita a una zona especial para canes. Estaba vallada, así podían estar sueltos sin que se escaparan o molestasen a nadie. Tenían un gran espacio para correr y, mientras, sus amos podían permanecer sentados en cómodos bancos a la sombra.

Alma abrió la puerta y entró. Dejó a Bola en el suelo y le quitó la correa. La perrita comenzó a correr de un sitio a otro, ladrando como una loca, parecía gritar «por fin libre». Alma sonrió feliz, adoraba a su perrita. Recordó el día que



la encontró, ese en el que llegó a su vida para llenarla de amor.

Era una noche cerrada de invierno y, al llegar a su apartamento, la vio en el suelo, acurrucada sobre un cartón mojado. Temblaba de frío y la miró con tal pena que a Alma se le ablandó el corazón. Se acercó a acariciarla y la perrita, asustada, buscó su calor entre sus brazos. Ya no podía dejarla y se la subió a casa. Desde entonces no se habían separado. Ahora Bola era una perra feliz, gorda y dormilona; le gustaba dormir entre sus brazos, acurrucarse en el sofá junto a ella y podría pasarse las horas boca arriba mientras Alma le rascaba la tripa. Le encantaba comer y se las ingeniaba para obtener alimento como fuera. Era muy lista e incluso parecía entenderla.

Alma se sentó en el banco de siempre, mientras que Bola jugaba con un perro muchísimo más grande que ella.

Sacó un libro de su bolso, esta vez no era para estudiar, sino para entretenerse un poco. Lo había cogido en la biblioteca, trataba sobre su tema favorito, así que lo abrió y se enfrascó en su lectura.

Martín la vio y se paró de golpe. Estaba sentada en un banco con un libro entre las manos. Llevaba gafas de pasta, nunca se hubiera imaginado que las usara, pues nunca la había visto con ellas.

Se acercó a la valla que lo separaba de ella y gritó:

—¡Alma!

Ella levantó la cabeza del libro y, al verlo, una deslumbrante sonrisa se dibujó en su boca.

—Hola, Martín.

Él buscó la puerta para entrar al pequeño recinto cerrado. La atravesó y, en cuanto puso un pie en él, se vio rodeado de perros que saltaban a su alrededor en busca de su atención.

—Cierra, Martín —le ordenó Alma; la puerta debía estar siempre bien cerrada para que los canes no se pudieran escapar.

Obedeció. Le costó llegar hasta ella, pues los perros lo rodeaban, querían jugar con él.

Se dejó caer en el banco junto a Alma. Pasó una pierna por debajo del respaldo y así, a horcajadas, quedó totalmente frente a ella.

—Madre mía, qué locura —dijo riendo.

—Tan solo quieren jugar. ¿Te gustan los perros? —Cruzó los dedos porque su respuesta fuese afirmativa porque, si no lo era, le partiría el corazón, para ella era muy importante su perrita y no pensaba dejarla por nada del mundo.

—¿La verdad? No lo sé, tan solo he tratado con animales de dos patas.

Los dos rieron. Alma dejó el libro que tenía entre las manos a su lado.

—Yo adoro a los perros, sobre todo a la mía.

—¿Cuál es? —preguntó echando una ojeada a todos los que por allí correteaban—. Espera, no me lo digas, déjame adivinar.

Vio a un Basset Hound de enormes orejas, un Bóxer que corría tras un pequeño Grifón. Un Galgo negro que olisqueaba a..., a una bola gorda y peluda con ojos saltones.

—Esa cosa de allí —dijo señalando al perro más feo que había visto en su vida.

—No le llames cosa, jo. —Alma le dio un empujón, pero rio a carcajadas. Martín no tenía mala intención, simplemente estaba bromeando.

—¿Acerté?

—Sí, de lleno. Pero... me preocupa, ¿por qué lo has adivinado?

—Elemental, querido Watson. Nadie exhibiría en un parque a un perro tan feo, excepto tú, que tienes el alma tan bonita que incluso te la pusieron de nombre.

Martín se quedó colgado en sus pupilas verdes, no era propio en él decirle piropos a las mujeres, nunca se le dio bien, así que se asombró de sus propias palabras.

—¡Guau! Nunca me habían dicho nada tan bonito. Eres muy listo, te metes con mi perro pero me piropeas, así no puedo enfadarme contigo.

Por un instante se quedaron mirando el uno al otro, hasta que Martín desvió sus ojos hacia los labios rosados de Alma. Estaba tan cerca que con solo mover un poco su cabeza podría besarla, probar su boca.

Pero la bola de pelo saltó entre sus brazos y rompió la magia del momento.

Martín intentaba huir de sus lametazos, mientras reía y acariciaba el duro pelaje del can.

—¡Para, para! —le decía carcajeándose.

—¡Bola, para! —Fue Alma la que se puso más dura y sorprendentemente la obedeció al instante—. ¡Quieta!

La perrita se quedó parada entre los brazos de Martín, que no dejaba de rascarla el lomo.

—Martín, te presento a Bola.

—Encantado. —A una orden de Alma, Bola levantó su patita derecha y Martín la tomó, entre risas, y la saludó como lo harían dos hombres al estrecharse las manos.

—Ahora, vete a jugar. —Bola se bajó de un salto de los brazos de Martín y salió corriendo tras un Bóxer que le triplicaba el tamaño.

—Creo que le gusto.

—Sí, le encantas. ¿Qué haces aquí? ¿Has quedado con tu novia?

—Estoy por trabajo. Ya no tengo novia.

—¿Ah, no? —No pudo remediar sentirse dichosa, pero disimuló.

—Lo dejamos...

—Lo siento. —¿Cómo podía ser tan insensible?, solo pensaba en ella y quizá Martín se sentía mal...

—No, no lo sientas. Fue de mutuo acuerdo, ya no había nada entre nosotros.

Martín estaba mirando a Bola, atento a todos sus movimientos, mientras que Alma lo observaba a él. Arrugó la frente preocupada y, sin pensar lo que hacía, tocó una de sus mejillas donde el vello había crecido fuerte.

—Tienes muy mala cara. ¿Te encuentras mal? ¿Te han molestado mis preguntas? A veces soy muy curiosa...

Martín dejó a los perros para centrarse en esa preciosa mujer que, por lo que parecía, se preocupaba, se interesaba por él.

—Estoy bien, tranquila. No me has molestado.

—No, no estás bien. —Alma negó con vehemencia. Tomó su cara entre sus manos, retiró su flequillo y acarició las arrugas que se le formaban en la frente —. Estás pálido y ojeroso.

—Últimamente no duermo muy bien...

—¿Has desayunado? —Había perdido peso, eso se lo había notado antes, pero ahora parecía mucho más deteriorado.

Martín negó con la cabeza. Tan solo llevaba un café en el estómago.

—No te creas que no me di cuenta, anoche no te comiste la hamburguesa. Tan solo le diste un par de bocados y la dejaste casi entera. ¿Qué te pasa, Martín? ¿Cuántas horas llevas sin comer?

¿Y si se abría a ella? Podría contarle todo, todo lo que pesaba en su corazón, lo que machacaba su alma.

Desvió su mirada hacia el libro de Alma y leyó el título: «Los fundamentos del espiritismo: las manifestaciones de los espíritus». Lo tomó entre sus manos y luego clavó su mirada en ella. Su boca permanecía abierta en señal de asombro y sus ojos la observaban interrogantes. ¿Esto era una broma?, ¿qué estaba ocurriendo?

—¿Y esto? —preguntó.

—Me encanta la parapsicología.

—¿De verdad?

Martín sintió entonces que Alma había llegado a él por algún extraño motivo. Se había fijado en ella por alguna razón especial y ahora todo empezaba a tener sentido. Sus fosas nasales se llenaron con el aroma a jazmín.

—¡Mary! —El grito hizo que Alma diese un bote en el asiento—. Dime una cosa, Alma: ¿tú crees en todas estas cosas de fantasmas?

—Sí, claro que creo.

—¡Joder! —Parecía entusiasmado, como si por fin hubiera encontrado las respuestas a todas las preguntas que se le planteaban—. Entonces..., ¿me creerías si te digo que he visto y oído a un fantasma?

Pensarlo era una locura, pero decirlo en voz alta..., eso era una estupidez, y Martín se sintió tan ridículo que, ante la mirada de asombro que Alma le lanzaba, decidió irse, salir huyendo y esconderse para el resto de sus días.

—Déjalo, no me hagas caso... Tengo que irme. —Fue a ponerse de pie, pero Alma lo agarró del brazo.

—Te creo.

—De verdad que es una tontería..., no sé por qué dije eso, no me hagas caso.

—Martín, te creo.

—Dios, esto me da tanta vergüenza... —Martín cerró los ojos huyendo de su mirada cómplice; ella no solo lo creía, también lo aceptaba a pesar de lo que acababa de confesarle.

—Sé que es complicado de aceptar, que mucha gente te tomaría por loco, pero créeme, Martín, no estás loco. Los fantasmas existen y tú has tenido la fortuna de ver uno, eso es maravilloso.

—¡¿Fortuna?! —gritó asombrado y movió la cabeza—. Yo no lo llamaría así.

—Hay muchísima gente que daría todo lo que tiene por ver uno, incluso a mí me encantaría.

—¡¿Estás loca?! No es una bonita experiencia, créeme.

Poco a poco, Alma fue consiguiendo normalizar el tema, Martín ya no se sentía avergonzado.

Se quedó pensativo, sin mirarla. «¿Sería una locura?» se preguntó, y decidió intentarlo, no iba a perder nada.

—Esto..., Alma... ¿Tienes algo que hacer?

—No, hoy libre.

—No quiero que suene raro, pero... ¿Podrías venir a mi casa? Te juro que no intento nada malo, tan solo..., me gustaría que vieras donde la vi..., a ella, al fantasma. Ha sonado raro, ¿verdad?

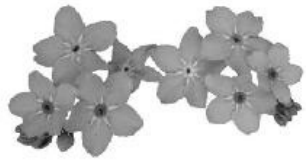
—Encantada.

—Si no quieres lo entenderé...

—Vamos. —Se puso de pie y le tendió la mano.

—¿De verdad?

—¡Vamos! —le ordenó y él obedeció como Bola lo hacía.



## Capítulo 23. El código Da Vinci.

Jueves, 22 de junio de 2017.  
07:35 h. Apartamento de Iván.

Gádor se despertó, se giró en la cama y, en la penumbra de la habitación, gracias a la luz que se filtraba a través de la cortina, pudo disfrutar de la hermosa visión del cuerpo de Iván. Estaba profundamente dormido, lo podía notar por su forma acompasada de respirar, por sus ojos fuertemente apretados y por los movimientos que sus pupilas dibujaban bajo sus párpados.

Aprovechó para admirarlo, para recrearse en su belleza. Estaba de lado, con una de sus manos bajo la almohada y la otra en su cadera; la tomaba con fuerza, como si estuviera marcándola, aferrándose a ella con el fin de no dejarla marchar.

Observó los dibujos de su brazo, eran muchos y distintos, cubrían toda la superficie de la piel, sin dejar ni un solo espacio.

Sus ojos bajaron hasta su cadera y de allí a la pierna, larga y musculosa, que se acomodaba sobre el colchón. Esa era la pierna en la que una cadena de espinas giraba como si alguien la hubiese enredado. Eran tan reales que algunas de ellas parecían clavadas en la carne y otras daban el aspecto de que, al tocarlas, te pudieras pinchar. Llevó, con cuidado de no despertarlo, uno de sus dedos a la que estaba más próxima, parecía tener la necesidad de cerciorarse de que era solo un dibujo, de que no podía hacerle daño.

Subió de nuevo su mirada al escucharlo suspirar, temiendo haberlo despertado, pero seguía con los ojos cerrados.

Miró su pecho, el pezón adornado con el piercing le llamaba la atención. Jamás pensó que algo así le podría parecer tan sexy y excitante. Recordó las veces, a lo largo de esa noche, que había jugueteadado con él. A Iván le volvía loco

y a ella le encantaba jugar con fuego, pues adoraba quemarse en él.

Necesitaba ir al baño, pero le daba tanta pereza separarse de Iván, dejar de mirarlo. Refunfuñando mentalmente, quitó con cuidado la mano con la que él sujetaba su cadera. Se revolvió inquieto, pero no abrió los ojos, simplemente se dio la vuelta en la cama, dándole la espalda. Esa magnífica, musculada y perfecta espalda que también portaba tatuajes y unas extrañas marcas. Se acercó curiosa a mirarlas y se preguntó qué serían esas rayas cortas y finas que surcaban buena parte de su piel. También tenía marcas como esas en sus manos y en sus antebrazos. Ese hombre era todo un misterio y eso le hacía mucho más atractivo.

Miró la mano que reposaba sobre su hombro y vio sus nudillos cubiertos de costras. Arrugó la frente, preocupada. Sabía cómo se lo había hecho, sus ataques de furia, recordó. ¿Cómo era posible?, no se imaginaba a un Iván violento, pues con ella era tierno, cariñoso...

Se levantó sin hacer ruido y se puso su camisa. Se abrazó a ella, la olió, la acarició y se excitó de nuevo. ¿Qué tenía Iván que la provocaba simplemente con ponerse algo suyo?

Antes de salir de la habitación, no pudo remediarlo y de nuevo lo miró. Le daba la espalda y estaba totalmente desnudo, se abrazaba a la almohada, una pierna se adelantaba a la otra apoyando su rodilla en el colchón. Contempló sus glúteos, redondos y duros, y deseó darles un buen mordisco. «Pero serás cochina», se regañó mentalmente y, antes de que le diese un ataque de risa ante sus propias ocurrencias, salió de la habitación sin hacer ruido.

Fue al baño y de allí a la cocina. Buscó una cafetera y vio una Nespresso de última generación que ocupaba la encimera. «Qué extraño, dijo que no le gustaba el café», pensó. Pero, claro, antes le había preparado uno, «la tendrá para las visitas». Aunque Iván no parecía el tipo de hombre que tenía una vida social muy fructífera.

Abrió los armarios en busca de las cápsulas y de una taza. Dio con todo, porque el orden reinaba en esa cocina de una manera incluso obsesiva. Nada estaba fuera de lugar, todo coordinaba, estaba perfectamente colocado y limpio.

Estaba claro que Iván era un obseso de la limpieza y el orden, y en eso con ella chocaría, porque Gádor era la persona más caótica del mundo. Arrugó la frente, ¿qué pensaría él si pudiese ver su apartamento, ese que compartió por un tiempo con su novio y que la estaba esperando el día que Lucas dejase de necesitarla? Seguro que no volvería a verlo. Ese pensamiento la entristeció; Iván le gustaba, y mucho, pero... se negaba a cambiar su modo de vida ni su forma de ser por ningún hombre, se lo había prometido y lo cumpliría, no volvería a hacerlo. Aunque ese hombre fuera un dios de glúteos perfectos, ese que hacía unas horas la había hecho gritar de placer, el maestro en las artes de amar, ese

que en esos momentos estaba tumbado en la cama mostrando sus atributos sin ser consciente de lo sexy y provocador que era, incluso cuando dormía.

Suspiró, si la cosa se ponía fea le iba a costar olvidarlo.

Tomó la taza entre sus manos y caminó hasta el salón. Se dejó caer en el blanco e inmaculado sofá donde Iván le había hecho esas cosas maravillosas con la lengua. Le entró calor y se ahuecó la camisa. El olor a él no le ayudaba a superar el calentón y pensó que, en cuanto se despertara, volvería a disfrutar de ese cuerpo de infarto.

Le dio un sorbo al café y cerró los ojos. Esa noche había sido agitada y memorable. Después del encuentro en el sofá, Iván la había tomado entre sus brazos e introducido en la ducha. Se desprendió de las únicas prendas que le quedaban puestas, los zapatos y el sujetador. Gádor recordó la primera mirada a sus pechos. Siempre había estado muy acomplejada, porque eran tan pequeños... Pero Iván los contemplaba con hambre, como si fueran hermosos y dignos de admirar. Se lanzó sobre sus pezones, los lamió e incluso los mordisqueó sin llegar a hacerle daño, pero provocándole escalofríos de placer. Nadie, nunca, le había hecho nada igual. Estuvo un buen rato dándole placer a sus pechos y ella se dejó. Lo hacía tan bien, era tan experto, que en más de un momento logró que se excitase hasta el punto de pensar que se correría, y él parecía notarlo, pues paraba y le decía:

—No, aún no *malyshka*.

Entonces programó el agua para que tuviese la temperatura ideal y se recreó enjabonándola, entre caricias y besos. Cuando sintió que sus brazos la elevaban, que la apoyaba en la pared y que su erección se abría paso entre sus pliegues, un poco de cordura llegó a su cabeza y le obligó a parar.

—No, Iván, para, para. No lo haré más veces sin un preservativo, es una locura...

—Shhh. —Él la acalló poniendo uno de sus dedos sobre su boca—. No te preocupes por nada, *malyshka*, no puedo tener hijos y estoy totalmente limpio.

¿No podía tener hijos? Gádor no sabía si eso era una buena o una mala noticia, la pasión le enturbiaba la mente, más tarde reflexionaría, ahora no... Cerró los ojos y se dejó llevar. No dudó ni un solo instante de su palabra, a pesar de que apenas lo conocía.

Lo dejó entrar, llenarla. Se frotó, se meció y se excitó con las palabras que Iván pronunciaba en su lengua materna, aunque no entendía nada, pero parecían tocarla en el punto exacto donde su excitación crecía de manera exponencial con cada susurro de sus labios.

—Di mi nombre —le exigió. La miraba como si pudiese ver dentro de su alma—. Grita mi nombre cuando te corras... —Sus palabras entrecortadas, sus



susurros, sus gemidos la llevaron al abismo. Y le obedeció...

—¡Iván! —gritó sin apartar sus ojos de los de él—. ¡Iván, Iván!

Después de ese encuentro, la había secado, llevado a la cama y de nuevo excitado, pero esta vez fue ella quien tomó las riendas y fue él quien se dejó llevar. Le cabalgó, le elevó sobre el cielo y le hizo caer en picado hasta alcanzar el tercer orgasmo más potente y fuerte de su vida.

El teléfono de Gádor sonaba insistente y la sacó de su ensoñación; le molestó, pero debía contestar.

—¿Sí?

—¿Dónde estás? —Era Martín y parecía enfadado—. ¡¿No has dormido en casa?!

—¿Martín? ¡Joder, tenías que ser tú! —Se dejó caer sobre el respaldo del sofá y subió las piernas para estar más cómoda—. Mira, no tengo que darte ninguna explicación. Ya soy mayorcita, pero como eres imbécil, te pongo en antecedentes: ¡Como bien dices, no he dormido en casa! Y, para tu información, estoy en la cama de un hombre y he pasado una noche increíble.

—¡Por Dios, basta!

—Mira hermano, me fui a vivir con Lucas para ayudarlo a reponerse de su gran pérdida, pero no voy a consentir que intentes controlar mi vida. ¡Hago lo que me place! Acostúmbrate o lárgate a tu apartamento. No voy a consentir...

—¿Quién es ese tío? ¡Dime, Gádor: ¿con quién estás?! —La ira se notaba en cada palabra que pronunciaba, pero Gádor estaba mucho más enfadada.

—Uff —resopló y decidió contarle una mentira para enfadarlo más, deseaba cabrearle, o mejor, darle un puñetazo... ¡Dios, estaba tan enfadada!—. Es un ruso, un mafioso ruso, lleva pistola y su cuerpo está tatuado por completo. Me pega y a mí me pone...

A su espalda escuchó una tos y, al volverse, pudo ver a Iván en el salón que, totalmente desnudo, la miraba con los ojos muy abiertos. Como explicación, se encogió de hombros y le vocalizó un: luego te explico, que a él no pareció bastarle.

—¡Basta! —gritó él. Había conseguido su objetivo, pero en vez de sentirse mejor, los ojos comenzaron a llenársele de lágrimas.

—Martín, vete a la mierda. Déjame en paz. ¿Me meto yo en tu vida?, no, ¿verdad...? ¿Acaso te he echado en cara lo de Linda?

—¿Lo de Linda?

—Sí, pedazo de idiota, lo de Linda. Ella me ha contado que ya no estáis juntos.

—Eso no tiene nada que ver, eso es asunto mío.

—Ja, ja y ja. Me haces mucha gracia, lo de Linda es asunto tuyo y mi noche

con mi ruso..., ¿no lo es?

Iván se había acercado a ella hasta sentarse a su lado en el sofá. No dejaba de mirarla preocupado, intranquilo.

—Yo... —Por fin su hermano se tragaba sus palabras.

—Martín, si continúas así me iré y lo haré tan lejos que no volveremos a vernos. —Las lágrimas comenzaron a caer sin poder contenerlas y sintió cómo una mano de Iván tomaba la que tenía libre dándole apoyo, intentando que supiese que, pasara lo que pasara, estaba a su lado—. Nunca te he echado en cara lo que ocurrió, pero... sé que tú lo haces, y lo que más me duele es que no rectificas, sigues apretando las clavijas. ¿Qué buscas, Martín?, ¿qué pretendes? Analízalo bien y pide ayuda, creo que un psicólogo te vendría muy bien, porque así no podemos seguir.

No esperó contestación, colgó y soltó el teléfono como si fuese su enemigo, el culpable de todos sus males. No se dio cuenta de que lloraba hasta que Iván la tomó entre sus brazos y sintió cómo mojaba su pecho.

—Lo siento...

—No, *malyshka*..., no te lamentes.

—Pensarás..., bueno, no sé lo que pensarás de mí, de mi hermano... Él no es mala persona...

Iván la obligó a mirarlo a los ojos, retiró su cabello de la cara y acarició sus mejillas con ternura.

—Hace tiempo que no juzgo, a nadie, nunca. ¿Quieres hablarme de lo que os pasa?

Que le diese opción a callar, le ayudó a decidir que lo mejor era contarle lo que guardaba en su interior y que tan solo conocían sus más allegados.

Se acurrucó contra su pecho, se secó las lágrimas y decidió empezar por el principio.

—Durante un tiempo fui primera figura en uno de los ballets más importantes de Manhattan. Me costó mucho llegar, pero más costaba mantenerse. Por aquella época vivía con mis hermanos, como ahora, solo que era más joven. Mis padres habían muerto y Martín se erigió en mi protector, se comportaba como si fuese un mal sustituto de mi padre y, como aún no era mayor de edad, no me quedaba más remedio que obedecerlo. Era estricto, duro, no me dejaba hacer nada, ni salir con chicos, ni llevar amigas a casa, era como un guardián, un carcelero. Durante un tiempo pensé incluso en marcharme, en fugarme, porque me ahogaba.

»Todo se volvió más difícil cuando comencé a salir con el que ahora es mi exnovio, Jackson. Nos conocíamos desde niños, incluso en el colegio jugábamos a que éramos novios. —Seguramente a su cabeza llegaban recuerdos de esa

época, pues soltó una risa y sus ojos se iluminaron.

»Nos veíamos a escondidas, por miedo a Martín. Pero un día... Un día nos descuidamos y él... Llegó a casa y nos encontró medio desnudos—. Cerró los ojos—. Se puso como un loco..., gritaba y golpeó a Jackson con fuerza. Intenté separarlo, le grité, pero no entraba en razón y al final Jackson tuvo que huir, salir corriendo.

Iván no quería interrumpirla, se limitaba a escucharla con atención mientras acariciaba su cabello.

—Lo odié, le deseé cosas horribles y decidí marcharme. No quería estar a su lado, bajo su estricto control. No me lo pensé dos veces e hice la maleta; me llevaba pocas cosas, qué más daba..., lo único que quería era escapar.

»Cuando salí de mi habitación él me estaba esperando y, al verme con el equipaje en la mano, me sujetó con tanta fuerza que dejó sus dedos marcados en mi brazo. Me zarandeó y quiso obligarme a regresar a mi habitación, pero yo forcejeé, tiré con fuerza y entonces... —Su voz se apagó. Gádor ya no podía retener más las lágrimas. Iván la abrazó con fuerza, la acunó y susurró palabras de consuelo.

—Si quieres, ya me lo contarás otro día, *malyshka*, descansa.

Gádor se retorció entre sus brazos y lo miró con los ojos vidriosos.

—¡No, tengo que terminar! —gritó mientras se agarraba a sus brazos—. Hace mucho que guardo esto y necesito sacarlo.

—Yo estoy a tu lado. —Retiró un mechón de su mejilla y lo colocó tras su oreja.

Gádor suspiró con fuerza, sabía que lo estaba, podía sentir su calor. Se acomodó de nuevo entre sus brazos y continuó:

—Corrí hacia las escaleras, pero él me alcanzó. Luchamos, me resistí y, de repente..., caí. Rodé por las escaleras. Martín intentó sujetarme, pero no pudo. Lo siguiente que recuerdo es oscuridad, dolor y miedo. Me rompí el fémur, varias costillas y el golpe en la cabeza me dejó KO por unas horas. Mi carrera de bailarina se truncó, mi sueño terminó aquella tarde.

Ambos quedaron en silencio. Iván no sabía qué podía decir, los «lo siento» no servían para nada y él era experto en eso. Así que se limitó a acariciarla, a darle su apoyo y a continuar abrazándola.

—Martín estuvo a mi lado, no se separó de mi cama del hospital en las largas semanas que estuve ingresada. No dormía, no comía, sé que se sentía culpable, que se arrepentía. Pero jamás me dijo nada, nunca intentó que habláramos del tema, lo rehuía.

»Entonces todo cambió, mi vida cambió... Dejé de ser primera figura, la compañía prescindió de mí. Ya no habría más funciones, el telón se bajaba para

mí. Por un tiempo estuve perdida, sin rumbo, pero un buen día me ofrecieron un trabajo, uno que me ayudó a superar mi pena, y así fue como me convertí en lo que ahora soy: profesora.

»He de ser sincera, me llena y me gusta, pero jamás olvidaré la sensación de subirme a un escenario. Los aplausos del público ya no son para mí, ahora son para mis alumnos, eso es gratificante, pero...

—Lo entiendo.

—En cuanto a Martín, también se transformó, dejó de ser tan protector.

—Y ahora ha vuelto a serlo, ¿verdad?

—Sí. Está tan obsesionado con los crímenes del parque Rattford...

Iván arrugó la frente.

—No entiendo qué tiene que ver eso contigo.

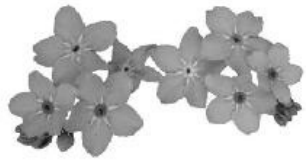
—Dice que las chicas asesinadas se parecen mucho a mí, que el asesino es un loco perturbado que busca un canon similar en sus crímenes.

Iván se movió intranquilo en el asiento.

—Entonces, si eso es así, no deberías correr tú sola por el parque.

—No, no. No pienso permitir que tú también te obsesiones con eso e intentes controlarme —dijo preocupada por el camino que llevaban los pensamientos de Iván—. No necesito otro neurótico controlador a mi lado.

—Vale, vale, tranquila. Perdona. —Pero dentro de él sabía que, a partir de ese momento, la protegería con su propia vida; eso sí, sin que ella se diese cuenta.



## Capítulo 24. El ilusionista.

Jueves, 22 de junio de 2017.  
10:00 h.

Llegaron a la casa después de pasar por la de Alma y dejar a Bola, que se despidió de Martín con un lametazo en la cara.

Martín tomó la mano de Alma y la llevó hasta su habitación. Subieron las escaleras, uno detrás del otro, y cuando Alma entró en el cuarto sintió un delicioso aroma a jazmín.

—¿Lo has notado? —preguntó Martín al ver cómo las aletas de la nariz de Alma se movían intentando captar el aroma.

—Sí, es jazmín —contestó, y Martín sonrió contento.

—Eso quiere decir que..., no estoy loco, ¿verdad?

—No, Martín, no lo estás. Yo también lo he notado, y no solo eso...

Caminó por la habitación mirando todos los rincones. Sentía algo especial..., como una presencia. Su corazón se llenó de tristeza, pesaba la pena como si esta fuese tangible y se pudiera respirar.

—¿Qué sientes? —Martín la seguía con la mirada.

—Pena, mucha pena.

—¡Joder! —gritó entusiasmado—. No sabes lo que esto supone para mí. Yo..., joder, no quería aceptarlo. Pensaba que estaba perdiendo la razón, que el puto estrés me estaba volviendo loco. Pero... tú también lo sientes. Creo que es el fantasma de mi cuñada, de Mary.

Alma asintió y continuó caminando por el cuarto fijándose en cada detalle.

—Martín, debes salir de aquí, no pases más noches...

—¿Por qué? ¿Crees que quiere hacerme daño?

—No, no, qué va. Pero... está consumiendo tu energía. Dime algo: ¿te

levantas más cansado?

—Joder, sí.

—¿Sientes como... como si no hubieses dormido nada?

—Sí, sí. —Se llevó las manos a la cabeza en un gesto de puro nerviosismo—. No duermo y apenas como.

—Y todo, ¿desde que estás aquí?

—Sí. Pero entonces..., no lo entiendo. —Hizo ese gesto tan suyo de arrugar la frente, ese que a Alma le resultaba tan atractivo—. Dices que no me quiere hacer daño, pero me roba la energía.

—No, Martín, no te equivoques; ella, suponiendo que sea tu cuñada, ella no te roba, tú se la das.

—¿Yo?

—Sí, Martín, sin querer, lo haces. Ella necesita decirte algo, algo importante, quizá un secreto de familia o quiere mostrarte algún objeto...; y, para comunicarse contigo, necesita energía y tú, sin ser consciente, se la das.

—Vaya, qué generoso —dijo con ironía.

Martín la tomó de la mano y la llevó hasta la cama, le indicó que se sentara y él se situó frente a ella.

—Aquí la vi por primera vez. Justo aquí.

—¿Tú estabas en la cama?

—Sí. Justo donde tú estás. Dormía; me giré, porque sentí una especie de cosquilleo en la nuca, y entonces la vi. De pie, con la mirada tan triste...

—¿Intentó decirte algo?

—No, esa vez no. Tan solo me miraba, cerré los ojos por un instante y, cuando de nuevo los abrí, había desaparecido.

—¿Seguro que era Mary?

—Sí, sí, la vi como te puedo ver a ti.

Martín la tomó de nuevo de la mano y la condujo al baño que él usaba.

La colocó frente al espejo y él se situó a su lado.

—La segunda vez terminaba de ducharme. El espejo estaba cubierto por el vaho y lo limpié con una toalla. Entonces la vi otra vez. Estaba a mi espalda. —Ambos dirigieron hacia allí su mirada, pero en esa ocasión no había nadie—. Intentaba decir algo. Movía la boca, pero ningún sonido salía de sus labios.

—¿Recuerdas algún detalle más?

Otra vez arrugó la frente.

—Sí, sí, se tocaba el vestido. Pasaba sus manos una y otra vez por él. ¿Qué piensas de todo esto? —preguntó ansioso por saber las respuestas que se le escapaban.

—No lo sé... —Alma chasqueó la lengua—, no sé qué pensar. Pero lo que

tengo muy claro es que necesita tu ayuda.

Martín bajó la mirada preocupado. Estuvieron un rato mirando el espejo. Parecían estar esperando que Mary se les apareciese de nuevo. Fue Martín quien decidió dejar de aguardar algo que no iba a pasar y, volviendo a agarrar la mano de Alma, salieron del baño y bajaron las escaleras. Martín la llevó hasta el salón.

—¿Te apetece tomar algo?

—¿Tienes té?

—Creo que sí. Espera que mire.

La dejó sola y Alma se dedicó a observar la estancia. Era un amplio salón decorado de una forma sencilla. No tenía muchos adornos. Se fijó en una estantería, se puso de pie y se acercó.

Unas cuantas fotos adornaban las baldas y Alma se dedicó a analizarlas.

En una de ellas se podía ver a Lucas junto a una preciosa mujer rubia de ojos azules; ella sonreía a la cámara y él la miraba.

—Tengo té negro, ¿te vale? —preguntó Martín a su espalda.

—Sí, sí, perfecto. Martín —lo llamó antes de que él regresara a la cocina.

—¿Sí? —Se volvió a mirarla.

—¿Esta es Mary? —Le mostró la foto.

—Sí, es ella.

La dejó de nuevo sola.

—¿Qué nos quieres contar, Mary? ¿Qué te preocupa tanto que no te permite descansar? —preguntó a la foto como si esta la pudiese escuchar. Tenía que ayudar a Martín porque, si seguía así, terminaría enfermo. Mary, sin quererlo, estaba absorbiendo su energía y eso le debilitaba.

Martín regresó con una bandeja entre las manos. La depositó en la mesa, puso la taza de té y para él una cerveza.

—¿Te importa si fumo? Lo necesito.

—No, no me importa.

Ya pasaba de la restricción de tabaco dentro de la casa. Estaba nervioso y lo único que le calmaba era darle unas caladas a un cigarro.

Sacó un pitillo de su cajetilla y, tras darle varios golpes al filtro para prensar el tabaco, lo encendió.

Se acercó a Alma, que continuaba mirando las fotos.

—Estos somos Gádor, Lucas y yo. —Señaló una instantánea en la que se los veía a los tres sentados en la hierba.

—¡Qué jóvenes! —exclamó.

—Gádor tenía ocho años, Lucas y yo dieciséis. Esa foto la sacó mi padre. —Tomó otra y le señaló a un hombre con los ojos iguales a los de él y el cabello canoso.



—Era muy guapo, te pareces mucho a él.

Lo contempló con una sonrisa en los labios.

—Vaya, gracias por el piropo.

Se tocó el pelo nervioso. Martín era todo un enigma para ella: fuerte, duro, pero en el fondo tímido y, en algunos momentos, incluso tierno. Su corazón escondía muchas cosas, pero sus ojos expresaban tantas que parecía una enorme caja de sorpresas.

Alma no pudo remediarlo y le tomó la mano con la que acariciaba la foto de su padre. Recorrió con sus dedos los nudillos, el dorso, y él se quedó quieto, observando cómo ella lo rozaba.

Alma fue quien rompió el contacto. Se giró y se sentó de nuevo en el sofá.

—¿Te molesta...? —le preguntó señalando la camisa que llevaba encima de su camiseta.

—¿Cómo?

—¿Te molesta que me la quite?

—¿Por qué habría de molestarme?

Martín se la ahuecó y le mostró la pistola que llevaba bajo el brazo en su funda.

—A algunas personas les incomoda.

—Oh. No, no, no te preocupes.

Apagó el cigarro en un cenicero y se despojó de la camisa, tenía mucho calor.

Alma lo miraba de reojo, pero, para disimular, cogió el azucarero de la bandeja y se puso dos cucharadas en su té. No era la primera vez que veía una pistola, al fin y al cabo, la cafetería donde era camarera siempre estaba llena de policías.

Removió y procuró que su mente regresara a lo que los había llevado hasta esa casa.

—Ella, Mary, ¿nunca ha llegado a decirte nada?

Martín suspiró, se sentó a su lado, abrió la lata de cerveza y le dio un largo trago.

—Anoche sí.

—¿Anoche?

—En sueños.

—¿Mary te habló en sueños?

—Sí. Tuve una pesadilla, bueno, desde hace tiempo tan solo tengo pesadillas. Vi cómo el asesino del parque mataba a... en un principio era Gádor, pero luego...

Calló por mucho tiempo y Alma lo miró preocupada.

—¿Luego? —le alentó a seguir.

—Eso prefiero no contarlo... Joder, no puedo... —Se puso de pie de un salto y le dio la espalda. ¿Cómo iba a decirle que era a ella a quien estaba estrangulando? No podía.

—Vale, vale, tranquilo.

—Al final... —decidió omitir el detalle de que era la garganta de Alma la que el asesino apretaba con fuerza—. El caso es que de repente el escenario cambiaba y estaba en el invernadero de Mary. Ella me miraba con pena, como siempre lo hace, y me dijo algo, algo que aún analizo y no entiendo. Dijo: «mira dentro Martín, mira dentro».

—¿Dentro? ¿Dentro de qué?

—Eso me pregunto yo.

—Ese invernadero del que hablas, ¿está aquí?

—Sí, en el jardín.

—¿Puedo verlo?

—Claro, por supuesto.

Alma dejó su taza y Martín hizo lo mismo con su cerveza, pero solo después de vaciarla de un solo trago.

Caminó delante y ambos salieron al jardín.

Martín abrió con dificultad la puerta del enorme invernadero y, seguido de Alma, entró.

De pronto tuvo que sujetarse en una de las mesas porque sintió un fuerte mareo que le hizo tambalearse. Alma acudió con rapidez e intentó, como pudo, sujetarlo, pero era tan grande y pesado que apenas tenía fuerzas.

—Martín, ¿qué te pasa?

—Joder, estoy mareado.

Alma miró a su alrededor y vio un taburete.

—Espera, sujétate en la mesa.

Obedeció, se apoyó con ambas manos.

Alma acercó el taburete y Martín se dejó caer. Apoyó sus codos en las rodillas y se sujetó la cabeza.

—No sé qué me ha pasado al entrar aquí —dijo entre resuellos—. Parecía... que me faltaba el aire.

—Tranquilo, respira..., ¿estás mejor?

—Sí, parece que se me pasó.

—Creo que este lugar tiene tanto de Mary... y tú estás tan conectado a ella, que tu cuerpo ha reaccionado ante tan fuerte estímulo y por eso te has mareado.

—¡Pues vaya mierda! ¿Cómo hago para deshacerme de esta conexión? Yo no quiero, no la quiero.

—Lo siento, Martín, pero creo que tan solo lo lograrás si resuelves el misterio.

Martín chasqueó la lengua contrariado. Lo único que quería era volver a su vida normal, regresar a su rutina y olvidarse de fantasmas, de espectros que le chupaban la energía...

Solo entonces, tras recuperarse, ambos observaron el lugar donde se encontraban.

El invernadero era bastante grande, estaba lleno de flores y de plantas que, debido a la falta de cuidados, habían muerto, se habían secado. Era un paisaje desolador y triste.

—Desde que Mary murió nadie ha vuelto a entrar aquí.

—Ya, se nota.

Martín se quedó sentado y Alma caminó por la sala contemplando cada rincón.

—Están todas muertas, ¡qué pena! —Su mirada se clavó en una maceta. Era la única que parecía haber sobrevivido—. Mira, esta está viva aún.

La tomó entre sus manos y se aproximó a Martín.

—Tiene un aroma maravilloso —dijo acercándosela para que pudiese comprobarlo.

—¿Cómo ha sobrevivido?

—No lo sé, la verdad. Quizá alguien se ocupó de regarla.

—Creía que nadie había vuelto a entrar aquí, pero mira. —Señaló el suelo—. Se ven huellas de pisadas.

—Yo no veo nada.

—Eso es porque están casi borradas.

—¿Cómo es posible que las veas tú?

—Será deformación profesional. —Soltó una carcajada.

Ella le sonrió.

—Alma, podrías... ¿Podrías cuidar tú de ella?

—Claro, me encanta. —Eran unas preciosas flores amarillas, quedarían genial en su salón.

—No quiero que mi hermano la vea. Todo lo referente a Mary le hace daño y ahora parece estar mejor.

—No te preocupes, me la llevaré a casa y la cuidaré, por Mary, por Lucas.

—Gracias, Alma, gracias por todo.

—Bah. —Movié la mano como quitándole importancia—. No me las des. ¿Sabes lo que vamos a hacer ahora mismo? —No esperó respuesta y siguió hablando—. Voy a prepararte algo sabroso de comer y, hasta que no lo termines todo, no pienso dejarte levantar de la mesa, necesitas reponerte.

—Estás siendo de gran ayuda.

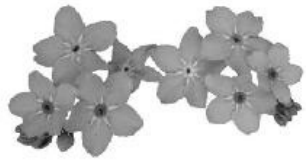
—Martín... —dudó, pero necesitaba asegurarse de que él estaría bien—.  
¿Volverás a tu apartamento?

—No. —Alma intentó protestar, convencerle para que saliese de esa casa ya. Pero él puso uno de sus dedos sobre su boca—. No me iré hasta que no sepa lo que Mary busca. No puedo dejarla, ella sufre y yo siento tan dentro de mí su dolor...

—Creo que tienes razón, hasta que ella no descanse, tú no lo harás.

—Entonces, lo resolveré.

—No, Martín, lo resolveremos juntos.



## Capítulo 25. Abre los ojos.

Viernes, 23 de junio de 2017.  
20:00 h.

Gádor salía de la última clase, la de los mayores, chicos y chicas de catorce años con ganas de comerse el mundo. Algunos de ellos ya despuntaban y tenían un futuro prometedor, uno como el que un día ella tuvo. Suspiró, era absurdo pensar en eso, el pasado no regresa, no se puede arreglar o cambiar, y Gádor no era una mujer a la que le gustase llorar por los rincones. Ella era una guerrera, una luchadora, y ahora su vida era esa: sus clases, sus chicos y, de vez en cuando, algún festival, en el que participaba como bailarina junto a sus muchachos.

Había quedado con Linda, noche de chicas, fiesta, marcha. Al menos eso era lo que pretendía su amiga, porque a ella lo que más le apetecía era ir al apartamento de Iván y tener otra sesión de orgasmos intensos, de abrazos a la luz de la luna y de conversaciones interesantes, como la noche anterior.

Iván era un hombre muy inteligente con el que se podía charlar de todo, sabía tantas cosas, había vivido tanto, que podía pasarse las horas escuchándolo. Pero esa noche tendría que prescindir de todo eso, había quedado con Linda y ella nunca dejaba a su amiga tirada, y menos por un hombre.

Suspiró porque ese no era un hombre del montón. Iván era único y especial.

«¡Dios, me he enamorado como una tonta!», se dijo enfadada. Había caído, pero ¿quién no lo haría con un hombre como ese?

Entró en el vestuario y se desnudó. La clase había sido intensa y a ella le gustaba tanto bailar que daba todo lo que tenía en cada una de sus lecciones.

Entró con su jabón entre las manos. El recuerdo de la otra noche le llegó con fuerza al sentir el agua caliente acariciando su cuerpo. Sonrió al cerrar los ojos y ver la imagen de su ruso empapado en la ducha, con el pelo pegado a su cabeza y

esos labios entreabiertos, gimiendo, mientras ella, de rodillas ante él, cual mundana ante un dios, lamía su erección, saboreaba y jadeaba, excitada. Nunca le habían gustado las felaciones, le desagradaban; sin embargo, en esta ocasión, había sido ella quien había deseado probarlo; la que, sin pensarlo, se había colocado entre sus piernas, tomado su polla entre sus manos y lamido el glande con tal necesidad que le resultó incluso doloroso.

Su recompensa: ver a ese Dios morderse el labio inferior mientras que las aletas de su nariz se movían, las venas de su cuello crecían hasta parecer que reventarían y sus ojos se cerraban pesados al sentir los primeros ramalazos del orgasmo.

Sacudió la cabeza para descartar esas imágenes tan sensuales y comenzó a enjabonarse.

Pero su cabeza seguía pensando en él. Sonrió al recordar lo que les había costado salir de la cama, de su apartamento. Pero Gádor tenía que dar sus clases.

—¿No tienes que ir a trabajar? —le preguntó sorprendida; habían pasado toda la noche y la mañana juntos e insistía en acercarla hasta la academia.

—Estas son las ventajas de ser mi propio jefe. Puedo ir a trabajar cuando me plazca. Hace tiempo que soy libre, hago lo que quiero cuando quiero.

—¡Vaya, pues qué envidia me das!

—No, te aseguro que no soy digno de envidiar. Ya pagué mi precio por esa libertad y te garantizo que fue muy caro.

No dijo nada más y continuó vistiéndose para llevarla a su trabajo.

¿A qué se referiría con eso? Gádor llevaba todo el día dándole vueltas. Era tan enigmático...

Llegaron a la puerta de la academia subidos en su precioso coche y, durante un buen rato, Iván estuvo besándola sin descanso, hasta dejar sus labios rojos y su piel marcada por el roce de su incipiente barba.

—Tengo que irme —dijo sin aliento—. Llegaré tarde a mi clase.

Iván trazó el dibujo que el vitíligo formaba alrededor de sus labios. Parecía fascinado con todas esas manchas que cubrían su piel. Le había prometido lamerlas, recorrerlas con sus dedos, y lo había cumplido. Una por una, sin dejarse ni un solo milímetro de su marcado cuerpo sin besar.

Iván dejó caer con delicadeza su frente sobre la de ella.

—Mira cómo me tienes —dijo mordiéndose el labio en un gesto de lo más sexy. Tomó una de sus manos y la colocó sobre su falo duro, muy duro—. Recuerda durante el resto del día cómo estoy, cómo te deseo y, cuando quieras volver a verme, llámame, a la hora que sea, cuando sea, yo siempre estaré para ti. No quiero presionarte, así que no seré yo quien te busque, porque si fuera así, no me separaría de ti ni un solo instante.

¡Uf!, cómo subió la temperatura del habitáculo del deportivo cuando él le susurró esas palabras. Pero ¿cómo no iba a estar loca por ese hombre?, sería imposible no enamorarse de alguien como él.

Salió de la ducha y se secó.

Recordó lo que le costó abrir la puerta del coche, le dolió físicamente separarse de Iván y caminar los pocos metros que la separaban de la puerta de la academia, pero el deber le llamaba; aunque estuvo tentada, y más al darse la vuelta para decirle adiós con la mano, antes de entrar en el conservatorio, de correr de nuevo hacia el coche, entrar y rogarle que la llevara lejos, muy lejos... Pero no cedió a su impulso y lo que hizo para sacar un poco de su cabeza a Iván fue tomar su móvil y llamar a Lucas. Últimamente lo tenía un poco abandonado. Habló con él un buen rato y después comenzaron las clases.

Gádor puso en su piel la crema nutritiva con olor a coco que usaba desde niña. Sabía que a Iván le volvía loco ese aroma, aquella noche le sorprendió más de una vez olisqueando su piel. Se untó el interior de sus muslos, allí Iván se había recreado y le había regalado algún que otro mordisco. Se sonrojó al recordarlo.

En su taquilla siempre tenía ropa interior limpia, algún vaquero y camisetas. Prendas sencillas, pero para la ocasión le servirían.

Se miró en el espejo. Llevaba una camiseta básica blanca de cuello en V y de manga corta. Unos vaqueros pitillo y sus zapatos de tacón rojos, cómodos, a la vez que sexis. Esos que se dejó puestos la primera noche que pasaron juntos, la primera vez que Iván entró en ella, la primera que la elevó hasta tocar el cielo con sus manos. Ahora, esos zapatos se habían convertido en una prenda fetiche, con ellos se sentía sexy, única.

Se puso máscara de pestañas y un poco de brillo en los labios, se echó una última mirada en el espejo y salió ya preparada. Llegaba tarde y seguramente Linda ya la estaba esperando.

Cerró la puerta de su despacho, ese que le habían asignado en el conservatorio, y caminó hacia la salida. Sus tacones resonaban en el suelo de mármol. ¿Qué le depararía la noche?, siempre que salía con Linda era toda una aventura.

Salió a la calle y, en el aparcamiento, pudo distinguir el Mini rojo de Linda. Corrió hacia él.

Linda estaba absorta en su móvil y no la vio llegar, así que Gádor tocó con sus nudillos en el cristal de la ventanilla para llamar su atención, pegó un bote dentro del pequeño habitáculo con tan mala suerte que su teléfono resbaló de sus manos y se estrelló contra la alfombrilla del asiento del copiloto.



Gádor entró en el coche y lo recogió.

—¡Menudo susto me has dado! —la reprendió Linda, mientras Gádor no paraba de reírse a carcajadas.

Se limpió las lágrimas que corrían por sus ojos y prestó atención, como buena cotilla que era, a lo que había tenido tan distraída a su amiga que ni siquiera la había visto llegar.

—¿Quién es Allan? —preguntó arrugando la nariz al ver abierto un wasap con él.

—¡Dame el móvil so cotilla!

Gádor se lo llevó al pecho y negó con la cabeza.

—No hasta que me digas quién es ese tío.

—Cuando tú me cuentes qué pasó al final con tu ligue.

Gádor dejó caer la cabeza sobre el asiento y cerró los ojos mientras ponía cara de haber entrado en éxtasis.

—Ay, amiga, fue increíble, sublime, maravilloso, incre...

—Sí, ya, increíble, eso ya lo has dicho —la interrumpió.

—¡Madre mía, qué hombre! —continuó sin hacer caso a los comentarios de su amiga—. ¿Sabes lo mejor de todo? —Linda la alentó con un movimiento de una de sus manos a que se lo dijera—. Que es mío, solo mío. —Soltó una carcajada y Linda sonrió feliz. Verla así le encantaba. Gádor lo había pasado muy mal y merecía a alguien bueno a su lado—. Tiene todo el cuerpo cubierto de tatuajes y un piercing en el pezón derecho.

—Pero..., pero a ti nunca te han gustado los hombres así. —Linda no se lo podía creer, Gádor siempre había sido muy tradicional para esas cosas.

—Es extraño, ¿verdad? No sé qué me pasa con él, pero en Iván me resulta de lo más sexy. ¡Si vieras lo que me pone ese piercing!

Linda se carcajeó.

—Me encanta verte tan eufórica.

—Lo estoy, Linda. —Se puso seria—. Hacía mucho que no sentía tanto, tanto... —Cerró los ojos—. Me toca y me derrito, me besa y siento que me quemo. —Los abrió de golpe, la miró y sonrió pletórica de nuevo—. ¿Te he dicho que es ruso?

—¿Ruso?

—Sí, ruso de la misma Rusia.

—Pues allí tiene que hacer un frío de cojones.

—Eso mismo le dije yo.

Las carcajadas llenaban el pequeño espacio. Se quedaron en silencio, uno que por fin Linda rompió:

—¿Preparada para divertirnos?

—¡Para el carro amiga! Esto es un *quid pro quo*, ahora te toca a ti, ¿recuerdas? —Le mostró el móvil que aún tenía entre sus dedos.

—Allan —suspiró Linda.

—Exacto, amiga, Allan.

—No sé..., no quiero hacerte daño.

—No te entiendo.

—Pues ya sabes, Martín. Él y yo...

—Oh, no, no. Eso es pasado. No me vas a hacer daño. Sé que no ha podido ser y mira que me gustaba la idea de tenerte como cuñada.

Su comentario ayudó a que Linda se destensara y soltase una carcajada.

—Lo siento —dijo bajando la mirada.

—No hay nada que sentir, no pudo ser y ya está. Así que deja de dar rodeos y háblame de ese Allan. ¿Desde cuándo lo conoces? ¿Quién es? ¿Cómo la tiene de grande?

—Mira que eres bruta...; eso, joder, no lo sé, no se la he visto.

—¡No! —Gádor la miró incrédula—. ¿A qué esperas?

—Esto es complicado. Verás, lo conozco del trabajo. Él lleva el control en la radio. Siempre me pareció un tipo interesante, pero no fue hasta hace poco tiempo que me fijé en él. Te juro que estando con Martín no hubo nada con otro hombre...

—Lo sé, no tienes que darme explicaciones, te conozco muy bien.

—Ya, pero quería dejarlo claro.

—Sigue... Vamos, me tienes en ascuas.

—Pues eso, lo conozco de verlo todos los lunes, de preparar los programas juntos. Es un chico tímido, callado... Tan distinto.

Hablaba con tal pasión de Allan que Gádor no podía dejar de sonreír.

—Ay, amiga, te has enamorado. Lo veo en tus ojos, si pudieses ver cómo brillan al hablar de él.

Ambas suspiraron, las dos habían caído en las redes del amor y ahora no había marcha atrás.

—¡Tengo una idea! —gritó Linda.

—Miedo me das.

—Quiero..., me gustaría que conocieses a Allan y también conocer a tu ruso. ¿Qué te parece si les decimos que vengan con nosotras esta noche?

—No sé, Linda... —Deseaba verlo, pero... ¿Y si a él le parecía muy precipitado conocer ya a su mejor amiga? Pero el recuerdo de las últimas palabras que le dijo regresó a su cabeza: *cuando quieras volver a verme, llámame, a la hora que sea, cuando sea, yo siempre estaré para ti. No quiero presionarte, así que no seré yo quien te busque, porque si fuera así, no me*

*separaría de ti ni un solo instante*—. ¿Sabes qué? —preguntó entusiasmada, al final su noche terminaría con el ruso entre sus piernas—. Me parece una idea genial.

Gádor le dio su móvil a Linda y ella sacó el suyo del bolso. Ambas sonrieron y comenzaron a escribir mensajes a sus chicos.

—Allan me ha dicho que sí. Es muy tímido, te lo advierto.

—Iván aún no ha leído mi wasap, seguramente esté liado.

—Oh, cariño... Si quieres le digo que he cambiado de opinión.

—No, no, de eso nada. Conoceré a Allan...

—Pero...

—No hay peros que valgan, y no te preocupes, seré delicada.

—Ya, ya, tú nunca eres delicada.

—Sí lo soy.

—No, no lo eres.

Entre risas y charla, ambas amigas se encaminaron hacia el local de moda al que siempre acudían cuando salían juntas de marcha.

\*\*\*

El móvil de Iván vibraba sobre la mesa, pero en esos momentos él estaba muy ocupado, tanto que ni se dio cuenta.

—¿Sabes lo que hago con los que se permiten el lujo de venir a mi casa e intentar meterme en líos? —Iván se apoyó con cada una de sus manos en los reposabrazos de la silla. Acercó su cara hasta la del muchacho tembloroso, tanto que sus narices se podían tocar.

Hill entró en el club del Ruso para vender su mercancía, jamás pensó que le podían pillar; su imperante necesidad de dinero para adquirir sus propias dosis le hizo ser incauto y ahora se encontraba frente al Ruso, el tipo más peligroso y temido de la ciudad.

—Yo... —El chico temblaba de miedo, conocía la fama del Ruso, sabía que con él no se podía bromear—. Señor. —Tragó saliva con dificultad, deseaba alejarse, poner kilómetros de distancia, pero no se atrevía ni a respirar; le habían pillado con las manos en la masa y eso se pagaba muy caro—. Nunca pretendí meterle en ningún lío, señor...

Iván se enderezó de golpe y clavó sus pupilas en él. Eran azules, claras, muy claras, y parecían tener el poder de atravesar el centro de su alma, como agujas afiladas.

—Vienes a mi casa —bajó la voz tanto que costaba escucharlo, pero Iván no necesitaba gritar para provocar terror, era mucho más letal hablando como en

esos momentos lo estaba haciendo, calmado, vocalizando y usando su acento marcado para pronunciar cada palabra—, vendes tu mierda a mis clientes —dijo señalando el paquete de pequeñas pastillas que tenía sobre la mesa de su despacho—, sin mi permiso, y ¿aún tienes la desfachatez de decir que no pretendes meterme en líos?

—Señor..., señor Ruso, solo intentaba sacar... —Hill sentía cómo el sudor mojaba su frente; no era producto del calor, sino del miedo y de los nervios. La estrella de cinco puntas que llevaba tatuada en la sien derecha brillaba como si tuviera luz propia y se pasó la manga de su vieja chaqueta para secarse una gota que comenzaba a resbalar lentamente.

Iván dio un puñetazo sobre la dura superficie de la mesa pulida, los papeles volaron y las pastillas cayeron al suelo.

—¡*Ne naebyvay menya!* —gritó enfadado—. No me cuentes tus mierdas, no me interesa tu puta y pobre vida de yonqui. ¡En mi local no se venden estas porquerías!

Aki, el gigante que había contratado como vigilante, le había pillado vendiendo sus pastillas a uno de los clientes asiduos, e inmediatamente lo tomó como si fuese un fardo de ropa vieja y sucia y lo metió en el despacho del jefe.

La puerta se abrió y Yuri entró como lo haría en la arena uno de esos toros de rodeo al abrir las rejas que lo retienen.

Se acercó al muchacho y le asestó un fuerte puñetazo que le hizo tambalearse y caer al suelo.

Iván le lanzó una mirada fría con la que pretendía pedirle calma. No le reprendería delante del muchacho, ni de uno de sus trabajadores, pero sí lo haría cuando estuviesen solos.

—Jefe, si me deja le corto las pelotas —dijo mirando el cuerpo tembloroso del chico.

A Iván le preocupaba mucho su amigo. Siempre había sido violento, los dos lo eran; el tipo de vida que llevaban, el ambiente en el que crecieron les hizo ser así, pero..., él se contenía, no disfrutaba pegando, en cambio Yuri sí lo hacía. Le gustaba martirizar a esos pequeños raterillos que entraban en sus locales, o a esos clientes que, después de disfrutar de alguna de sus chicas, se negaban a pagar.

Últimamente estaba desatado, hasta el punto de haber golpeado a una mujer hasta hacerle perder el sentido o de pegar una bofetada a una de las chicas por no querer hacerle una felación gratis. Ya no era capaz de controlarlo y eso le preocupaba, le asustaba.

—Aki —dijo sin ni siquiera prestar atención a Yuri—. Llévate a este despojo lejos. Y tú. —Se acercó al muchacho, tomó las solapas de su chaqueta y tiró de

ellas hasta obligarlo a enderezar la cabeza y mirarlo a los ojos—. No quiero volver a verte por aquí, si lo hago te dejaré en sus manos —dijo señalando a Yuri, que hizo sonar sus nudillos en un claro intento de provocarle miedo—. Lo que te hará será tan doloroso, tan terrible, que desearás que te vuele la tapa de los sesos. ¿Lo entiendes?

El muchacho asintió aterrado.

Iván le hizo una señal a Aki y este se llevó el cuerpo tembloroso, tal cual lo había traído, en volandas y sin ninguna delicadeza.

Cuando la puerta del despacho se cerró, Iván se dejó caer en su silla, cerró los ojos e intentó reponerse. La furia le ganaba la partida y hacía que su energía se esfumase. Cuando esto ocurría deseaba golpear algo con fuerza, y recordó las veces que se autolesionaba en busca de sacar todo lo que tenía dentro, toda esa negatividad que le quemaba.

—No vuelvas a hacer eso. —Abrió los ojos y los clavó en Yuri.

—Yo..., solo...

—Estoy hasta las pelotas de ti. —Se levantó, le dio la espalda y miró a través de la cristalera. Intentaba contenerse, pues las manos le hormigueaban deseosas de golpear.

—Jefe.

Se volvió y pudo ver pena en los ojos de su amigo.

—¿Qué coño te pasa, Yuri? ¿No puedes contenerte?

—No te entiendo, joder, es solo puta escoria. ¿Por qué lo defiendes?

—No se trata de ese tío —señaló la puerta por la que Aki se lo había llevado—. Se trata de ti, de mi hermano. Me preocupas, no contienes tu furia y eso puede pasarte factura.

—Te juro que pondré todo de mi parte.

Yuri se acercó a su amigo y se quedó quieto frente a él.

—Siempre dices lo mismo. Ya te he perdonado una vez, no lo haré más. — Aunque no olvidaría jamás la paliza que le había dado a una de sus chicas, le había permitido regresar a casa. Pero su relación se había deteriorado, ya no podía mirarlo con los mismos ojos. Intentaba rehuirle y apenas se veían.

—Te juro que voy a cambiar. Esta vez lo haré, seré distinto... —Puso su fuerte mano sobre una de las mejillas de Iván y le acarició con cariño.

Iván rompió el contacto. ¿Por qué hacía eso continuamente? Sabía que no le gustaba que lo tocaran. Bueno, ahora sí que había alguien que deseaba que lo acariciase, Gádor, solo ella.

—Vete —le ordenó—. Déjame solo.

Yuri suspiró, no quería..., pero obedeció. Antes de llegar a tocar el pomo de la puerta, Iván le dio otra orden.

—Llévate esas pastillas, deshazte de ellas.

Yuri se giró, las cogió del suelo y se marchó sin decir nada.

Iván ardía, su cuerpo se tensaba y necesitaba hacer algo. Golpeó la mesa una y otra vez hasta que de nuevo sus heridas se abrieron y la sangre comenzó a manar y a manchar la superficie, hasta entonces impoluta, de la mesa.

Su respiración se había vuelto rápida, su cara enrojecida y sudorosa, y su mano, llena de sangre, goteaba sobre la alfombra.

Se dejó caer sobre la silla, cerró los ojos e intentó recuperar el ritmo cardiaco.

La corbata le ahogaba y se la arrancó con furia; la usó para envolver su puño. Se quitó la chaqueta y entonces reparó en la luz del móvil que le indicaba que tenía mensajes o alguna llamada.

Lo cogió con la mano sana y miró los wasaps. Sus ojos brillaron al ver que Gádor le había escrito y, de repente, se calmó, como si un simple mensaje de ella fuese igual de potente que un chute de calmante por vena.

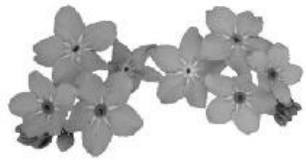
*Hola Iván. Te echo de menos y me preguntaba...*

*¿Te gustaría pasarte por el local en el que he quedado con mi amiga? Te dejo la ubicación y, sin compromiso, si te apetece, pásate.*

Se levantó de la silla. Sí, sí, ella quería verlo de nuevo. Cerró el puño que tenía envuelto con la corbata y salió en estampida hacia el coche. Pero antes de llegar a la puerta se contuvo. No podía aparecer así delante de ella. Tenía la camisa y el pantalón manchados de sangre.

Subió a la carrera al apartamento que tenía sobre el local, se dio una ducha rápida, se curó la mano y se puso unos vaqueros oscuros y una camisa negra.

Ya en su coche, corrió por la carretera en busca de lo que más deseaba, Gádor.



## Capítulo 26. El tercer hombre.

Viernes, 23 de junio de 2017.  
The Charly´s. 20.00 h.

Martín se encontraba muchísimo mejor desde que había tenido la oportunidad de contarle todo a Alma. Ella, lejos de reírse de lo que le pasaba, le ayudó a entenderlo y ahora lo veía todo de otra manera.

Que su cuñada fallecida intentase hablar con él no era una locura, ni significaba que hubiese perdido un tornillo, era una evidencia y él deseaba más que nada descubrir cuál era ese secreto que Mary guardaba.

La jornada de trabajo no fue muy pesada, ni tediosa, su noche no fue en blanco, sino que por primera vez en mucho tiempo logró dormir a pierna suelta.

Sabía que Mary estaba junto a él, podía sentir su perfume, pero ya no tenía miedo, así que se dejó llevar por el sueño e, irónicamente, ahora que deseaba saber más, ella no apareció.

Lo único que le estropeó su bonito día fue su compañera, Alexis. Parecía enfadada con el mundo y se dedicó a tocarle las pelotas hasta el punto de tener una fuerte discusión, que Alexis terminó de forma brusca: se marchó de la oficina cabreada, sin ni siquiera despedirse.

No sabía qué cojones le pasaba últimamente, pero su relación se deterioraba a pasos agigantados. Si seguía así, no le quedaría más remedio que pedir un nuevo compañero. No podía trabajar con alguien que le censuraba todo lo que hacía o decía.

Por otro lado, Lucas seguía mejorando. Esa mañana también había ido a trabajar, parecía que poco a poco recuperaba la energía y las ganas de hacer cosas. Si todo seguía así, podría regresar a su vida de antes, a su apartamento y a su soledad.



Gádor era el otro punto caliente; por Lucas sabía que seguía «viva», pues a él no le había cogido el teléfono y llevaba dos noches sin ir a casa a dormir. Seguía cabreada y la verdad era que en el fondo la comprendía. Tenía que solucionar su problema, debía contenerse, pero era tan difícil...

Eran ya las ocho y decidió irse a casa, pero primero iría a The Charly's, más que nada por ver a Alma. Para qué mentirse, le gustaba mucho, le atraía.

Caminó hasta la cafetería con las manos en los bolsillos. Empujó la puerta y entró en el local.

—¿Dónde se ha metido todo el mundo? —le preguntó a Charly, que secaba unos vasos tras la barra.

—Hoy hay partido y se han marchado todos a casa.

Martín se acomodó en una de las altas banquetas que estaban distribuidas a lo largo del mostrador. No dejaba de mirar a su alrededor, de buscarla.

—¿Me pones una cerveza? ¿Dónde está Alma?

Charly sonrió con malicia. Puso un vaso bajo el grifo y lo llenó hasta el borde.

—Está en el almacén.

—¿Por qué sonríes así? —No le había pasado desapercibida su maliciosa sonrisa.

—Mucho te importa a ti Alma.

—¿A mí? —Se puso rojo—. Qué va, es solo que...

—Mira, cariño. —Charly dejó el trapo que había cogido de nuevo y, apoyándose sobre la barra, lo miró a los ojos—. Quiero mucho a esa chica. Veo cómo te la comes con los ojos y no puedo callar más. No juegues con Alma, le vas a hacer daño.

—Pero qué dices, yo no juego..., yo...

—Tienes novia y no le quitas la vista de encima a otra.

—Ya no tengo novia.

—¿No?

—No, Linda y yo hemos roto.

Charly parecía feliz y Martín arrugó la frente asombrado.

—¿Te alegra?

—¿A mí? No, qué va.

—Mentirosa.

La puerta del almacén se abrió y Alma apareció. Nada más verlo se quedó paralizada y una preciosa sonrisa salió de su boca.

—Hola, Martín.

—Hola, Alma.

—Alma, puedes irte ya —dijo Charly mientras le guiñaba un ojo a Martín—.

Yo recojo.

—¿De verdad?

—Claro, mujer. Martín, podías llevarla a bailar, es viernes; disfrutad, sois jóvenes.

—¿Te apetece? —Martín la miraba entusiasmado con la idea, no la de bailar, claro, porque era un patoso, pero sí la de salir. Hacía tanto que no se divertía.

—Claro. Voy a cambiarme.

Corrió al almacén, allí tenía un pequeño cuarto donde dejaba su ropa y se ponía el uniforme.

—Trátala bien, esa chica vale mucho y lo ha pasado muy mal —dijo Charly al quedarse solos.

Alma estaba muy nerviosa. ¡Martín quería salir con ella! Se arregló todo lo que pudo. Su ropa era vieja, de mercadillos, el dinero no daba para más. Se puso unos vaqueros desteñidos y una camiseta negra de cuello desbocado, que dejaba al aire su hombro derecho, ese que tenía totalmente tatuado. De calzado: unas manoleínas negras, muy cómodas. Le hubiese gustado poder llevar sus tacones, por lo menos parecería más alta, pero nunca los traía al trabajo.

Se pintó los labios de rojo, ese era el único maquillaje que usaba. Se soltó el pelo de la coleta que llevaba puesta y pasó sus dedos para peinarse un poco. Se miró en un pequeño espejo que guardaba en el bolso.

—No te ves tan mal —se dijo arrugando la pecosa nariz, intentando convencerse a ella misma. Pero a quién pretendía engañar, Martín no era para ella. Martín podía elegir a la chica que le diese la gana.

Salió cabizbaja, ya no le apetecía tanto salir. Deseaba meterse en su casa, abrazar a Bola y ver alguna película de amor.

—Vaya, Alma, estás... —tragó saliva con dificultad—, estás preciosa.

Elevó sus ojos para cerciorarse de que no se estaba burlando de ella.

—¿De verdad lo piensas? —Sonrió, tan solo se había pintado los labios.

—Cla-claro. ¿Nos vamos?

Martín le ofreció su mano y ella se agarró encantada.

Se despidieron de Charly. Caminaron hasta la comisaría, Martín tenía su coche aparcado en el garaje.

—¿A dónde quieres que te lleve? —preguntó cuando estaban ya subidos y con el coche en marcha.

—No lo sé.

—¿Dónde sueles ir cuando sales con tus amigos?

Alma bajó la mirada avergonzada.

—No tengo amigos... Apenas tengo tiempo, entre el trabajo y la universidad...

Martín llevó una de sus manos hasta tocarle el cabello.

—Ellos se lo pierden. —Le guiñó un ojo y, sin más, salió del garaje—. Yo tampoco salgo mucho y, si te digo la verdad, no soy un buen bailarín.

—Yo tampoco. —Ambos rieron—. ¿Sabes lo que me apetece? Quizá pienses que soy una sosa..., pero hace años que no voy al cine.

Martín desvió la mirada de la carretera por un instante para fijar sus ojos en ella.

—Me encantaría ir al cine. La última vez que fui a ver una película fue con mis padres y tenía más o menos diez años.

—¿No?, ¿de verdad?

—Te lo juro.

\*\*\*

Ambos estaban frente a la cartelera. Tenían varios títulos para escoger.

—¿Qué tipo de películas te gustan? —preguntó Alma.

—De acción.

—Esta es policíaca —Alma señaló el cartel de *The trust*. En él se veía a dos policías con el chaleco antibalas y armados, dispuestos a entrar en acción.

—No... Ya veo suficientes policías cuando me miro en el espejo.

Alma le sonrió.

—Tienes razón, sería como entrar al cine a ver una película de camareras. ¿Qué te parece esta? —Esta vez la elegida fue *La leyenda de Tarzán*.

—¿A ti te gusta?

—No lo sé, tiene buena pinta.

Al final se decidieron por esa y compraron las entradas.

Sentarse tan cerca de Alma durante 109 minutos sin hablar, sintiendo su aroma, rozando su brazo y mirándola de reojo de vez en cuando, fue lo mejor que había hecho Martín en mucho tiempo. Se sentía cómodo, es más, se estiró en el asiento y apoyó la cabeza, como si estuviese en el sofá de su casa.

En un momento determinado, no pudo resistirse más y tomó la mano que Alma tenía en el reposabrazos y comenzó a acariciar el dorso, a jugar con sus dedos. Ella parecía atenta a la pantalla, pero en realidad lo único que le interesaba era el hombre que estaba sentado a su lado, codo con codo, y que no dejaba de observarla y de jugar con su mano.

—¿No te gusta? —le dijo acercándose a su oído.

—Mucho —susurró él al suyo y, de paso, dejó un suave beso en su mejilla.

Alma sintió un escalofrío que le recorrió todo el cuerpo y giró su cabeza hasta que sus caras quedaron una enfrente de la otra.

Las imágenes se sucedían en la pantalla, la acción era emocionante, pero para Alma y Martín lo más increíble y espectacular era lo que en esos momentos estaban sintiendo.

—¿Qué pasará si te beso? —le susurró en un tono apenas audible, y más con el atronador sonido de la película.

—Me encantaría que lo hicieras.

Martín sonrió y acercó sus labios a los de Alma. Depositó un dulce beso y se retiró para mirarla a los ojos.

—Ahora quiero más —dijo con una brillante sonrisa.

—Y yo...

Esta vez fue ella quien tomó la iniciativa y se aproximó hasta que sus bocas se tocaron. Martín llevó una de sus manos hasta la cabeza de ella y la obligó a colocarse en el mejor ángulo posible para entrar en su boca.

Su lengua estaba caliente, suave y recorría cada recodo, saboreaba, devoraba. Alma disfrutó de ese beso como si fuese el primero, además, Martín sabía lo que hacía y lo hacía muy bien.

Las luces los sacaron de su momento mágico, la gente intentando salir de la sala rompió la conexión que entre ellos se había creado.

Alma pudo escuchar cómo Martín soltaba un juramento y, a regañadientes, se separaba de ella para levantarse de su asiento; la señora que tenía al lado le apremiaba para salir, cuando lo que él más deseaba era continuar besando a Alma.

Abandonaron la sala cogidos de la mano, en silencio y con los labios rojos e hinchados.

—¿Te apetece tomar algo? —Por nada del mundo deseaba separarse de ella.

—Claro.

Caminaron hasta una de las muchas cafeterías que llenaban la calle. Pidieron dos Coca-Colas y se sentaron uno frente al otro.

—Al final, no me he enterado de la película —soltó Martín entre risas.

—Yo tampoco, pero no me importa.

—Ni a mí. Podemos verla otra vez...

—Claro, me encantaría.

Le dio un trago a su vaso y buscó la mano de Alma, que estaba sobre la mesa.

—¿Quién te puso tu nombre? —La miró con curiosidad.

—No es muy americano, ¿verdad? —Martín negó y ambos sonrieron—. Mi bisabuela era española.

—¿De verdad? —Martín abrió los ojos sorprendido—. ¡Vaya, qué casualidad! Mi abuelo también lo era.

—Lo sé.

—Tus padres, ¿ellos siguen vivos?

Alma bajó la mirada, ese era un tema del que le costaba hablar.

—Sí, viven en Texas.

—Te incomoda hablar de ellos —afirmó.

—Es un tema complicado... Hace años que no sé nada de ellos, no me llaman, no pasamos las Navidades o Acción de Gracias juntos. No somos... lo que se dice una familia convencional.

—Déjalo, no quiero molestarte. —Entrelazó sus dedos con los de ella.

—No me molestas. Es solo..., nunca he hablado con nadie sobre esto. — Sintió cómo Martín apretaba su mano en señal de apoyo—. Viven en un parque de caravanas, son alcohólicos y yo me marché con tan solo dieciocho años huyendo de esa vida.

—¡Joder, Alma, lo siento! —Cerró los ojos por un instante y se insultó mentalmente por curioso.

—Eh, tranquilo, tú no tienes la culpa. —En esa ocasión fue ella la que le apretó la mano—. Es pasado, no debería doler, pero lo hace. De niña..., era yo quien cuidaba de ellos. No tengo recuerdos alegres. Nada de celebraciones de cumpleaños, ni de visitas al profesor o mis padres viéndome actuar en la obra de fin de curso. Nada de regalos por Navidad, ni árbol... Dejé de ser niña demasiado pronto...

—Ningún niño debería vivir algo así.

—No, es tan injusto. Intenté ayudarlos a salir, pero ellos no quisieron, y al final me fui. Los abandoné, algunas veces me siento tan culpable...

—No, no... No debes sentirte mal. Ellos son los únicos culpables. Fueron egoístas al no pensar en ti. Hiciste bien, Alma. Has sido muy valiente y fuerte. —Alma le sonrió con timidez.

Ambos quedaron en silencio unidos por sus manos por un largo espacio de tiempo que Alma rompió.

—Y dime, Martín: ¿has vuelto a ver a tu fantasma? —Se hacía necesario un cambio de tema, el pasado pesaba demasiado.

—No, nada de nada.

—¿Crees que quizá se haya ido ya? Tal vez lo que quería era que encontráramos esa planta.

—¿Tanto esfuerzo por una planta? —Arrugó la frente—. No lo creo.

—Quizá para ella tenga un significado especial.

—Mi instinto me dice que volverá, y nunca me ha fallado.

—Por algo eres de los mejores detectives.

—No tanto. —Sonrió—. Simplemente hago mi trabajo.

—No te quites méritos, los chicos hablan muy bien de ti.

—Me alegra que mis hombres me tengan en tan alta estima, pero... no debo ser tan bueno cuando el caso del asesino del parque se me resiste. —Bajó la mirada, esa era una espina que tenía fuertemente clavada.

—Estoy segura de que lo resolverás. —Le apretó de nuevo la mano—. Sé que lo harás.

—Solo espero que sea antes de que el asesino vuelva a matar.

—¿Crees que cabe esa posibilidad?

—Que no lo haya hecho en estos años no quiere decir que se haya retirado.

Martín recordó la llamada del «señor X» a la emisora de radio. Era cuestión de tiempo que apareciese de nuevo una chica muerta, de eso estaba seguro.

—¿Harías algo por mí?

—Dime.

—Si vas al parque, no te alejes de las zonas donde hay más gente. Jamás entres en el bosque. ¿Lo harás?

—Por supuesto. Nunca entro en el bosque, me produce escalofríos.

Martín asintió satisfecho.

Pagó la cuenta y salieron juntos a la calle. Ya se hacía tarde y Alma trabajaba al día siguiente, así que la acompañó hasta su casa.

Aparcó el coche y juntos caminaron hasta el portal.

—Lo he pasado muy bien —le dijo.

—Yo también, espero repetir pronto.

—¡Me encantaría! —exclamó.

Estaban uno frente al otro, con sus miradas conectadas. Martín tomó sus mejillas entre sus enormes manos y la besó como hacía tiempo que deseaba hacerlo. Con intensidad, con ardor. Mientras, los dedos de Alma se sujetaban a las trabillas de sus vaqueros.

Cuando se separaron, sus respiraciones estaban entrecortadas. Entre ellos existía una fuerte conexión, una muy intensa, y una imperiosa necesidad de besos y caricias.

Martín sentía cómo sus dedos hormigueaban ansiosos de tocar y cómo su boca buscaba cualquier excusa para paladear su piel, su boca.

Ella era tan bajita que tuvo que doblar sus piernas y encorvarse, mientras que Alma, de puntillas, intentaba facilitarle lo más posible el acceso a sus labios. La tomó de la cintura y, sin ningún esfuerzo, la elevó hasta que sus caras estuvieron una frente a la otra. La besó de nuevo, pero esta vez con lentitud, saboreando cada recodo de su boca, sin prisa, como si lo único que importase en el mundo fuesen Alma y sus labios jugosos.

—Me dejas sin aliento —dijo Martín, que intentaba con la boca abierta

recuperar el aire que de repente había desaparecido.

Apoyó su frente sobre la de ella y suspiró varias veces.

—Tengo..., tengo que irme. —Parecía dolerle, como si al separar sus cuerpos arrancase parte de su piel.

Deseaba seguir besándola, subir a su apartamento y hacerle el amor una y otra vez.

—¿De verdad tienes que marcharte?

Sus ojos se abrieron de par en par.

—¿Me estás invitando a subir?

—¿Te gustaría?

—Dios, Alma, muero por hacerlo...

La dejó con delicadeza sobre el suelo, ella tomó su mano y juntos caminaron hasta el portal.

Era como una tortura sentirla a su lado y no besarla, una que Martín no resistió y, en la misma entrada, la arrinconó contra la pared y de nuevo la besó, pero esta vez de una manera febril, con tal necesidad que no le importó sentir cómo su móvil vibraba dentro de sus vaqueros.

—Martín —dijo Alma entre sus labios—. Martín, cógelo.

—No —refunfuñó. La elevó otra vez entre sus brazos. Sus labios recorrían su cuello dejando besos y mordiscos.

—Martín... —susurró entre gemidos—. Puede ser algo importante.

—¡Joder! —exclamó cabreado. Ella tenía razón, podría ser de la comisaría. La depositó en el suelo con delicadeza, tomó aire con fuerza un par de veces y contestó con un tono demasiado seco.

—¿Sí?

—Señor, siento molestarle a estas horas.... —Era de la comisaría.

Martín cerró los ojos y apoyó la mano que tenía libre en la pared al lado de la cabeza de Alma. Se le veía enfadado con la situación, pero el deber le llamaba y no podía hacer oídos sordos.

Habló durante un buen rato en esa postura. Alma podía sentir su calor a pesar de que sus cuerpos no se tocaban. Lo deseaba tanto, no podía apartar sus ojos de Martín. Sin poder remediarlo pasó uno de sus dedos por la arruga que se le formaban en la frente y él le sonrió, pero no dejó de hablar. Cuando colgó, suspiró con fuerza, dejó un tierno beso en sus labios y dijo:

—Tengo que irme. Ha surgido un problema y me necesitan.

Alma acarició una de sus mejillas y le sonrió.

—Ya habrá más ocasiones.

—Sí, lo sé. Ahora que te he besado no puedo parar, Alma.

Su mirada era caliente, sus pupilas parecían arder y ella podía sentir sobre su

cuerpo esa placentera calidez.

—Ten cuidado, Martín.

—Lo tendré, siempre lo tengo.

—Nos vemos.

—Nos vemos.

Se separaron a regañadientes y Alma se quedó en el portal hasta que lo vio subir al coche. Lo saludó con la mano cuando él la miró y observó cómo el Impala salía a toda velocidad.

Se apoyó en la misma pared donde hacía tan solo un instante Martín la besaba con tanto ardor. Cerró los ojos y se tocó los labios con manos temblorosas. Había sido..., ¡había sido perfecto!

Sonrió feliz, dio un pequeño grito de alegría y decidió subir por las escaleras, nada de ascensor, estaba tan plétórica que necesitaba sacar fuera parte del subidón de energía que Martín y sus besos le acababan de inyectar.

Bola la recibió con su baile de bienvenida, entre lametazos y gimoteos. Alma le puso la correa y juntas salieron.

Caminó por la calle, ya vacía a esas horas de la noche, mientras Bola corría de un lado a otro hasta donde le permitía la correa extensible, olisqueando cada rincón.

—¡Alma! —Se giró al escuchar su nombre.

—Hola, Jazz —dijo sorprendida. ¿Qué pasaba con ese tipo?, últimamente se lo encontraba en todos los sitios—. ¿Qué haces por aquí?

—Vengo de casa de unos amigos. ¿Te apetece dar un paseo?

Bola le gruñó, ella siempre era cariñosa con todo el mundo. ¿Qué le pasaba con Jazz?

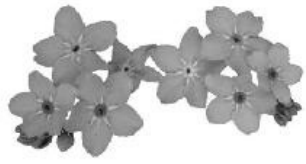
—Me alegra haberte visto Jazz, pero me voy a casa, estoy muy cansada. Otra vez será. —No quería ser descortés, era la segunda vez que lo rechazaba, pero su presencia empezaba a incomodarla.

—Vale..., bueno, pues..., nos vemos, Alma.

—Nos vemos —respondió ella y, sin darle opción a nada más, comenzó a caminar rápidamente hacia su portal.

Entró, cerró la puerta y se asomó. No se lo veía, respiró tranquila. No quería ser paranoica, pero comenzaba a asustarse.





## Capítulo 27. El caballero oscuro.

Viernes, 23 de junio de 2017.  
22:00 h.

Allan estaba en la pista de baile apoyado en la barandilla que la separaba del resto del local mirando cómo Linda bailaba como una loca.

Había llegado a eso de las nueve. Linda le presentó a su amiga Gádor y tomaron unas copas.

A Allan no le gustaba bailar, ni lo intentaba, porque era muy torpe, así que se dedicaba a seguir el compás de la música con su pie. Mientras, contemplaba a las dos amigas dándolo todo, bailando y cantando a voz en grito cada uno de los temas que sonaban a todo volumen.

Gádor intentaba disfrutar todo lo que podía de la noche; le hubiera encantado que Iván estuviese con ellos, pero seguramente estaba ocupado.

No iba a desperdiciar la ocasión de divertirse y de bailar. A Gádor le encantaba bailar, sobre todo después de haberse tomado unas cuantas copas de más.

Miró a Allan, era un chico guapo, agradable y muy tímido, como había dicho su amiga, pero a Linda le vendría bien alguien que la frenara en sus locuras y le diese estabilidad, y Allan podía ser ese hombre.

Linda bailaba a su lado, pero estaba todo el tiempo atenta a su chico. Le tomaba las manos y le obligaba a moverse, aunque solo fueran los brazos. Sonreían todo el rato, se miraban, buscaban excusas para tocarse; en definitiva, se notaba que se gustaban y mucho. Pero no querían hacerla sentir un estorbo y lo agradecía, necesitaba desfogarse un poco, disfrutar de la noche.

La música cambió de repente y comenzó a sonar un tema más lento. Linda se contoneaba insinuante ante un Allan que seguía cada uno de sus movimientos

de una manera hipnótica, y Gádor decidió que era el momento de dejarles su espacio. Se dio la vuelta y siguió bailando. Movía su cuerpo al ritmo de la melodía, el alcohol había logrado desinhibirla y se sentía sexy.

De repente, unas manos se aferraron a sus caderas. El cuerpo de un hombre grande se pegaba a su espalda y seguía su movimiento insinuante, provocativo. Podía notar su erección dura, firme, pegada a su trasero, y el aroma que desprendía inundaba sus fosas nasales. Se frotó contra esa parte dura, excitándolo, excitándose.

Se levantaba el pelo con sus manos y él dejó un beso húmedo en su cuello. Lo recorrió una y otra vez con sus labios, con su lengua.

—Espero que seas consciente de que soy yo y no otro el que te está haciendo esto —susurró Iván en su oído.

—Por supuesto, ¿lo dudabas?

Siguieron meciéndose al ritmo de la música. Una de las manos de Iván abandonó su cadera para posarse sobre su vientre y obligarla a rozarse más contra su erección. Gádor se contoneaba provocándole escalofríos.

—Juegas con fuego.

—Quiero quemarme.

Con violencia, la hizo girarse hasta quedar frente a frente.

—Vas a matarme, *malyshka*. Llevo pensando en ti desde que te dejé en tu trabajo. No puedo apartarte de mi mente. Sigo duro, muy duro.

La besó como solo Iván lo hacía, con furia, con hambre. Se comió sus jadeos, degustó su boca, frotó su lengua y Gádor entró en ebullición.

—Yo también he pensado en ti —le dijo separándose, le faltaba el aire.

Iván metió la mano en el bolsillo de su pantalón y, al sacarla, le tendió una de sus ya características flores de papel.

—Para mi dama —le dijo con una sonrisa en los labios.

Gádor tomó la flor y, como era su costumbre, se la llevó a la nariz. De nuevo Iván la había perfumado y el olor a rosas le hizo sonreír.

—Gracias. —Su voz sonó tímida.

—Has bebido. —Lo notó en su manera de pronunciar las erres.

—Un poco.

—Chica mala, eso no te libraré de mí.

—Eso espero, pero antes me gustaría presentarte a alguien.

Lo tomó de la mano y lo guio hasta donde había dejado a Linda con Allan, pero ellos ya no estaban allí. Miró hacia la mesa que ocupaban y los vio charlando.

—Ven. —Tiró de él—. Linda, Allan, os presento a Iván.

Linda le asestó dos sonoros besos y Allan le ofreció la mano. Lo miró y

arrugó su frente.

—¿Te conozco de algo? —le preguntó, su cara le sonaba mucho.

—No lo creo —dijo él encogiéndose de hombros.

Se sentaron y pidieron unas copas, excepto Gádor, que ya se había excedido y se conformó con una Coca-Cola.

—Tenía muchas ganas de conocerte —le dijo Linda—. Gádor habla maravillas de ti. —Por el tono insinuante que utilizó, se ganó un disimulado pisotón de Gádor.

—¿De verdad? —Iván la miró sonriente.

—No le hagas caso, exagera; y tú no le digas eso, elevas su ego.

Todos rieron, excepto Allan, que no estaba para nada en la conversación y sí en tratar de recordar de qué lo conocía.

—Y dime, Iván, ¿a qué te dedicas? —Por la ropa que llevaba ese tío tenía mucho dinero. Linda podía reconocer perfectamente una prenda de calidad, había nacido rodeada de cosas caras.

—Tengo negocios —contestó.

—¿Qué tipo de negocios?

—Por Dios, Linda —fue Gádor la que contestó—. Deja el interrogatorio, pareces mi madre.

—No me importa, me gusta que tu amiga se preocupe por ti. —Apretó su rodilla con la mano—. Siempre es bueno que alguien te cuide. Me gustas, Linda, y me encantó que le pidieras la ubicación.

Linda, que estaba dándole un trago a su cerveza, se atragantó.

—Oh, vamos, Gádor. —Puso los ojos en blanco—. No me lo puedo creer, ¿le contaste eso?

—Sí —contestó con una enorme sonrisa—. Le hablé de mi amiga neurótica y, a pesar de eso, ha querido conocerte.

—Y, además —continuó Iván—, estoy encantado. —Le dio un trago a su copa—. Y dime, Linda, ¿a qué te dedicas? —preguntó sonriente.

Linda soltó una carcajada, ese tío le gustaba.

—Allan y yo trabajamos en una emisora de radio, la WHTZ.

—Linda es locutora —dijo Gádor orgullosa de su amiga.

—Pero no te creas que es para tanto —corrió Linda a explicar—, tan solo tengo un pequeño programa en la madrugada del lunes, uno que nadie escucha...

—Yo lo haré —dijo Iván—. A partir de ahora escucharé tu programa, no suelo dormir mucho.

El ambiente era muy agradable entre ellos. A Iván se le veía en su salsa y tanto Linda como él se habían caído fenomenal. Gádor se apoyó sobre el mullido respaldo del cómodo asiento rojo que decoraba el local, por fin se relajaba.

Había temido que su amiga y su ruso no congeniasen, y eso le aterró. Linda era muy importante para ella e Iván..., bueno, Iván estaba comenzando a serlo también. Pero ya se sentía tranquila, todo iba muy, pero que muy bien.

Desde su comfortable perspectiva miró a su amiga y a su chico; ahora Linda le contaba anécdotas de la radio y él le hacía preguntas muy perspicaces que les hacían reír a todos. Sonrió dichosa y se acomodó más en el sofá, pero antes, tomó la mano de su chico y se dedicó a contemplarlo mientras él, sin ser consciente de lo que hacía, dibujaba con su otra mano círculos sobre el dorso de la suya.

Observó sus manos unidas, tan diferentes, una enorme y de piel clara y otra pequeña y de piel oscura, pero que casaban a la perfección, encajaban la una en la otra. Miró cómo Iván jugueteaba con uno de sus dedos. Arrugó la frente molesta al ver que sus nudillos, de nuevo, mostraban heridas abiertas.

—*Malyshka*, ¿te preocupa algo? —El susurro en su oído la hizo regresar.

—No, no, qué va.

Allan charlaba con Linda y ahora Iván estaba totalmente centrado en su chica.

—¿Qué estás pensando? —le preguntó mirándose en sus pupilas.

—En lo bien que me siento a tu lado. Apenas nos conocemos y parecemos encajar en todos los sentidos—. Levantó la mano que tenía unida a la de él—. Hasta nuestras manos encajan.

Iván sintió cómo sus ojos se humedecían, ¿sería posible ser tan feliz? Jamás había sentido nada igual. No había conocido la paz hasta que Gádor entró en su vida, no sabía el significado de la palabra dicha hasta que vio su sonrisa.

No era creyente y, si Dios existía, hacía muchos años que lo abandonó a su suerte; pero ahora deseaba tener fe, porque quería rezar, quería que por fin Dios reparase en él, que por fin le otorgase un deseo: que Gádor nunca lo abandonase, que siempre estuviera a su lado.

La abrazó con fuerza.

—Gracias —dijo.

—¿Gracias? ¿Por qué?

—Porque junto a ti soy mejor hombre, tú me sanas.

La besó despacio, con tanto amor que Gádor no pudo retener una lágrima furtiva ni evitar que su pecho se hinchase.

—Te necesito, llévame a casa —le susurró; él secó esa lágrima y asintió con la cabeza.

Se despidieron diciendo que se les hacía muy tarde y estaban cansados, pero ninguno se creía esa excusa.

—Gádor. —Linda la llamó y le hizo su gesto de: necesito hablar contigo a

solas. Seguro que pretendía pedirle y darle su primera impresión.

—Cariño. —Iván se sorprendió cuando lo llamó así. Abrió los ojos y le dieron ganas de obligarla a repetirle esa palabra un millón de veces. ¿Eso era lo que se sentía al tener a alguien especial a tu lado? ¿Eso era de lo que hablaban las historias de amor? ¿Eso era amor sin condiciones, sin billetes de por medio y sin intereses?

—Di-dime. —La voz le salió chillona, carraspeó, no quería que lo notase inseguro.

—Voy un momento al baño.

—Sí, claro. Te espero aquí. Con Allan.

Linda la llevó casi a rastras hasta el servicio y, según entraba, la avasalló.

—Me encanta. Gádor, es un tío genial. Está muy bueno y tiene una planta...

—Eh, para, que es mío.

—No lo dejes escapar —continuó sin hacerle caso, sabía que estaba bromeando.

—No pienso hacerlo. Entre nosotros hay algo muy especial, casi mágico. Sé que estamos conectados de alguna manera.

—No seas tan mística y dale caña al ruso. —Soltó una carcajada que hizo reír a Gádor—. Y..., ¿qué te ha parecido mi Allan?

—Me gusta mucho, es agradable, se nota que le tienes loco, no te quitaba el ojo de encima. Su timidez es conmovedora y hará que asientes un poco esa loca cabecita tuya.

Linda la abrazó con fuerza.

—Espero que esta vez acertemos.

—Yo también lo espero.

\*\*\*

Iván conducía con una sola mano mientras que la otra reposaba sobre la rodilla de Gádor que, apoyada en la ventanilla, no le quitaba los ojos de encima.

—¿Te gustó de verdad mi amiga?

—Mucho. Veo que cuida de ti y es muy..., graciosa. —Retiró un segundo la mirada de la carretera y la posó en ella.

—Sí, creo que esa es la palabra que la define: graciosa.

—¿Y a mí? —La miró de nuevo.

—¿Cómo?

—¿Qué palabra me define?

Gádor se concentró en pensar una. Se le ocurrían tantas... Pero recordó la primera que pensó al verlo desnudo la primera vez.

—No pienso decírtela. Si lo hago, temo que se te suba a la cabeza.

—Prometo no ponerme pedante. —Levantó la mano de su rodilla y la colocó como si estuviese jurando ante un juez.

—Vale, te la digo si antes me defines tú.

—Yo la tengo muy clara.

—¿De verdad? —Su mano había regresado a su rodilla y trazaba sus ya típicos círculos sobre ella.

—Ángel —dijo.

—¿Ángel? —preguntó arrugando la frente desconcertada.

—Sí, ángel, ¿quizá esperabas algo más... caliente?

—No, no, me gusta. Pero te aseguro que yo no tengo nada de ángel.

—Sí, para mí sí. Me elevas al cielo, me llenas, me haces ser mejor, me calmas, logras que mi carácter..., mi mal carácter, se apacigüe. Brillas, Gádor, no te das cuenta, pero brillas.

Gádor se quedó sin palabras. Tenía unas ganas de besarlos tan incontrolables... Pero no podía, se encontraban en plena autopista.

—¿Estás bien? —La miró de nuevo, se había quedado tan callada. Pudo ver sus ojos brillantes.

—Me has emocionado. Dices esas cosas... Dios, Iván, nunca me habían dicho nada tan bonito y especial.

El silencio llenó el espacio, se apoderó de cada rincón. Iván condujo atento a la carretera, intentando vaciar su cabeza de los miedos que tenía, de sus inseguridades, porque ella era especial, única, y ahora no podría vivir sin su aliento, sin sus besos.

«Será tu perdición», le dijo la voz de Sor Marí.

—Ahora mi palabra sonará ridícula —protestó Gádor.

—Lo dudo. Vamos, dímelas.

—No, me da vergüenza.

—Vamos, *malyshka*, quiero saberlas.

—¿Prometes no reírte?

—Prometido. —Levantó de nuevo la mano.

—Impresionante.

Dejó un segundo la carretera para mirarla con los ojos muy abiertos.

—¿Impresionante? Oh, no, vamos... —Echó la cabeza para atrás y comenzó a reírse a carcajadas, y ella se unió a sus risas.

Llegaron al garaje y, ya en el ascensor, Gádor se lanzó sobre sus brazos. Fue ella quien lo besó, se lo había ganado con sus palabras, por ser como era.

En el apartamento, Iván la tomó entre sus brazos. Gádor se dejó llevar y se acomodó apoyando su cabeza en el hombro de él.

La dejó sobre la cama y ambos comenzaron a desvestirse con sus miradas conectadas, despacio, sin prisa, contemplando cada trozo de piel que quedaba al descubierto. El suelo quedó cubierto de ropa y ellos dos desnudos.

—Llevo todo el día deseando verte así, desnuda, sobre mi cama.

Se colocó de rodillas entre sus piernas y, con una caricia sutil, pasó una de sus manos, de manera perezosa, desde su pelo hasta llegar a sus muslos. Dibujó círculos en su cadera, mientras su otra mano lo hacía en su pelvis.

Gádor contemplaba extasiada su falo enhiesto, firme, en el que brillaba una pequeña gota de semen. Se relamió e Iván, al ver sus ojos clavados en su falo y cómo esa lengua recorría sus labios, imaginó lo que ella estaba deseando hacer y siseó.

Sonrió excitado y descendió lentamente hasta quedar con su nariz entre sus piernas. Pasó sus mejillas por el interior de sus muslos dejándolos marcados por su incipiente barba, los lamió y después los olisqueó.

—Me vuelve loco tu olor, *malyshka*.

—Lo sé —dijo entre gemidos—. Por eso me puse ración doble de mi crema. Iván levantó la cabeza y la miró sonriente.

—Solo de imaginarte extendiendo la crema por aquí —dijo tocando el interior de sus muslos—, mientras pensabas en mí... —Cerró los ojos y jadeó—. ¡Me matas!

Su boca se apoderó de su clítoris, entró con su lengua, paladeó cada pliegue, cada rincón e hizo su magia.

Gádor perdió la noción del tiempo, creyó volar y caer, pensó que se abrasaba y gritó, chilló su nombre al sentir cómo los espasmos la llegaban intensos.

Iván la contempló por un segundo, no podía resistirse más, pero necesitaba ver cómo el orgasmo la había embellecido más aún de lo que ya lo era.

Se colocó de rodillas y la incitó con una mano a que ella hiciera lo mismo. Gádor no dudó, sabía que él aún no había terminado y deseaba más, nunca se saciaría.

La giró de tal manera que quedó a su espalda, aprisionó sus dos manos con una de él y juntas las apoyó en la pared, de tal manera que sus brazos permanecían estirados y sin posibilidad de movilidad.

—Tiemblas, *malyshka*, ¿no me tendrás miedo?

—No, no, es el deseo el que me hace temblar.

—Bien, porque nunca, nunca te haría daño —le susurró entre lametazos a su cuello y mordiscos al lóbulo de su oreja.

Con la mano que tenía libre comenzó a pellizcar uno de sus pezones, a amasar sus pechos, primero uno y luego el otro, mientras su boca hacía estragos en su cuello, en su clavícula. Gádor sentía su erección rozándose sobre su trasero



y el piercing, frío y duro, sobre su espalda.

Poco a poco Iván fue bajando su mano hasta llegar de nuevo al centro de su deseo, lo acarició, hizo círculos rápidos, lentos, hasta que Gádor notó cómo de nuevo el orgasmo iba creciendo.

—No, todavía no —le dijo y paró de golpe haciendo que ella sollozase, quería más y comenzó a moverse desesperada.

Iván rio, encantado.

—Así, así me gusta —decía entre jadeos al notar cómo ella se contoneaba con su culo para frotarse con más fuerza y excitarlo.

Iván la obligó a doblarse y dirigió con su mano su erección hasta la entrada; no esperó a que ella se amoldase, empujó con fuerza y embistió hasta dejarla sin aliento.

—No seré tierno, *malyshka*, no puedo, quiero... Joder, perdona. —Sentía su respiración entrecortada, sabía que quería contenerse y luchaba por no ser brusco, pero...

—¡Vamos! —Su propio grito la sorprendió, Gádor solía ser contenida en el sexo, pero con él estaba desatada—. Vamos, fóllame, sigue, sigue...

Esas palabras por un segundo a Iván lo sacaron de la nebulosa en la que se encontraba sumido, el placer se evaporó por un instante y recuerdos de otros labios pidiéndole lo mismo que le pedía Gádor llegaron y le golpearon con intensidad.

«No, no», le gritó a su mente. No podía dejar que esos sucios y perversos recuerdos mancillaran lo que con Gádor estaba viviendo.

Apretó los dientes con fuerza, le giró la cabeza, buscó sus labios y la besó con los ojos abiertos, mirándola, repitiéndose una y otra vez que era Gádor, su Gádor, y no el espectro de uno de sus clientes que venía a estropearle la vida.

Empujó con fuerza y salió de ella, de nuevo empujó y salió, cada vez más y más rápido. Gádor, ajena a lo que su cabeza estaba pensando, lo besaba, gemía y pedía más. Se corrió con fuerza, cerrando los ojos y, cuando los abrió, vio que Iván seguía con sus movimientos, él aún no había alcanzado su orgasmo. Sudaba y sus ojos estaban vidriosos. Se contenía y no sabía el porqué.

—Te quiero —salió de sus labios sin querer, sin poder retenerlo. Se arrepintió, era muy pronto para decirlo, pero algo dentro de ella le alentó a hacerlo. Él necesitaba escuchar algo así, porque lo estaba perdiendo y tenía que hacerle reaccionar.

A Iván le golpearon sus palabras en el centro de su corazón. Sintió cómo algo se quebraba. Cerró los ojos, empujó y el orgasmo le llegó intenso.

—¡Gádor, Gádor! —gritó mientras se vaciaba.

Se quedaron quietos, inmóviles. Gádor bajó su mirada, avergonzada.

La soltó, se salió de su interior y, cuando Gádor pensó que todo se había terminado, que se había precipitado y ahora él la echaría de su vida, Iván la giró y se abrazó a su cuerpo tembloroso, ocultando su cabeza entre su pelo.

Quería llorar, vaciar su pena, su alma, pero no podía. No era el momento.

Se dejaron caer sobre la cama, sin dejar de abrazarse, y se besaron durante mucho, mucho rato.

Gádor se despertó y miró el reloj de la mesilla. Eran ya las tres de la mañana.

Iván estaba a su espalda, sentía su respiración pausada sobre su pelo, una de sus manos agarraba con posesión su cintura y su cuerpo se amoldaba al de ella como lo harían dos piezas que casan de un puzle.

Se movió en un vano intento de salir de entre sus brazos, pero él lo notó y se aferró con más fuerza a ella.

—Por favor —susurró dormido, entre sueños—. No me dejes.

—Cariño —habló de manera suave—. Tengo que irme.

De nuevo intentó soltarse y esta vez Iván la dejó.

Se sentó en la cama y lo miró a los ojos. Se acercó a su boca y lo besó con intensidad.

—Tengo que irme —dijo otra vez, pues era consciente de que él no la había escuchado la primera vez.

—No, ¿por qué? —gimoteó. La tiró sobre la cama y se colocó entre sus piernas—. No te vayas.

—No me queda más remedio. Si no vuelvo esta noche tampoco, mi hermano enviará a la policía en mi busca. Además, Lucas me necesita, apenas lo he visto en estos días.

Iván no sabía lo que era una familia, una en la que todos sus miembros se preocupaban los unos por los otros, que se protegían. Envidió a Lucas y, sin quererlo, detestó a Martín, pero, raro en él, lo comprendió. Con Gádor no actuaba de una forma egoísta, con ella no solo pensaba en sus necesidades, muy al contrario, por primera vez en su vida le importaba más ella que él mismo.

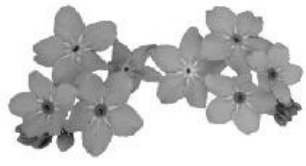
—Te llevaré —cedió y se levantó para empezar a vestirse.

—No, no, de eso nada. Llamaré a un taxi.

—No, no quiero que vayas sola a estas hor...

—¡Iván! —lo reprendió—. No soy una niña, sé andar sola por la calle.

—¡Joder, perdona! —No se reconocía, ella hacía con él lo que le daba la gana—. Tienes razón—. Se comió sus ganas de llevarle la contraria, de obligarla a que él la acompañara, pero según parecía, eso era el amor, ceder, confiar...



## Capítulo 28. El bosque.

Sábado, 24 de junio de 2017.  
03:30 h.

El taxi de Gádor la dejó en la puerta de casa. Corrió hasta la entrada, se quitó los zapatos de tacón para no hacer ningún ruido y entró sigilosamente.

Llevaba el móvil en la mano. Todo el trayecto había ido charlando con el cabezota de Iván, que le prometió no dormirse hasta saber que estaba en casa. Su arrebatado protector no la molestaba tanto como los de Martín, pues él no le imponía las cosas, no le ordenaba ni prohibía, tan solo se preocupaba, y eso era como un soplo de aire fresco; estaba cansada de imposiciones, de que Martín sembrara miedo y dudas en su cabeza.

*Ya en casa.* Escribió y le mandó un selfie en la puerta, sacándole la lengua y haciendo con su otra mano la señal de la victoria.

*Me encanta esa lengua rosada,  
solo de imaginarla sobre mi p...*

Dejó la palabra inconclusa y también le envió una foto. En ella se lo veía sobre la almohada haciendo una mueca que la obligó a taparse la boca para no dejar salir las risas y despertar a sus hermanos. Esa faceta traviesa de Iván, ni siquiera él la conocía.

*Sacas lo mejor de mí, malyshka.  
Descansa y regresa pronto a mí. Ya te añoro.*

Gádor se llevó el móvil al corazón, que galopaba veloz. Se había enamorado de Iván como una quinceañera.

Caminó de puntillas hasta la escalera, pero antes de comenzar a subir vio la luz de la cocina encendida y se asomó para ver quién estaba levantado a esas horas.

Era Martín, estaba delante de un vaso de agua donde una pastilla efervescente se deshacía bajo su atenta mirada; en la otra mano, un cigarro encendido.

—Hola —le dijo sin quitar los ojos del vaso.

—Hola. —Se sentó frente a él—. ¿Estás bien? —Tenía muy mala cara.

—No, la verdad es que no. —Se pasó una mano por la cara, se la restregó con fuerza y le dio una calada a su cigarro.

—¿Mucho alcohol?

—Ojalá fuera eso. —Por fin levantó su mirada y clavó sus ojos en los de su hermana—. Vengo de la comisaría.

—¿Qué ha pasado? —preguntó asustada.

—Nada nuevo en esta puta ciudad. Otro muerto en la calle, un tipo hasta ahora anónimo al que un desgraciado ha asesinado y ha tirado al río. —Cerró los ojos por un instante, pero los abrió rápido, pues la cara del muchacho muerto se coló en su mente; tenía grabado cada detalle. Sus ojos abiertos, tal vez suplicando clemencia, y esa estrella de cinco puntas en su sien derecha...

—¡Dios mío! —exclamó sobrecogida.

—No, Gádor. Dios nos dejó solos hace tiempo.

Se quedaron en silencio. Gádor sabía que el trabajo de Martín era duro y que veía cosas que muy pocas personas podían soportar.

—¿Qué es eso? —le preguntó señalando el vaso de agua.

—Un antiácido, el estómago me mata. —Se lo bebió de un trago mientras hacía muecas de asco—. ¡Joder, qué malo está, coño!

—Deberías dejar el tabaco.

—Sí, debería... —Se encogió de hombros y de nuevo se quedó en silencio. Apagó el cigarro, ya casi consumido del todo, y fijó otra vez su mirada en el vaso, esta vez vacío. ¿Por qué fumaba?, le daba asco hasta el olor... Se planteó volver a dejarlo.

Gádor se levantó de la silla; según parecía, Martín no deseaba compañía, pero cuando alcanzó la puerta la voz de él la hizo girarse.

—Gádor..., yo... —Lo miró y vio pena en sus ojos—. Siento lo del otro día, cuando te llamé...

—Lo sé. Yo también lo siento.

Martín se puso de pie y se quedó frente a ella.

—Me duele..., me duele que tu sueño se rompiera por mi culpa. Cada día que me miro en el espejo, me odio... Yo...

Sus ojos estaban brillantes y sus labios temblaban.

—Martín, eso es pasado. Nunca te culparía...

—Tú no, pero yo sí lo hago, cada puto día. —Su voz se quebró y las lágrimas comenzaron a brotar.

—Tú no tuviste la culpa.

Lo abrazó con fuerza y Martín hundió su cabeza entre su pelo. Sollozaba y su cuerpo se convulsionaba.

¡Necesitaba tanto sacar todo eso! Desde lo que pasó, no había derramado ni una lágrima, ni había intentado hablar con ella sobre cómo se sentía, y el tiempo pasaba, la pena pesaba, pero la culpabilidad lo golpeaba una y otra vez.

—No, Martín; no, por favor, hermano, no me hagas esto... —Lo separó de su cuerpo a la fuerza, pues él quería seguir oculto. Se avergonzaba de mostrar su debilidad, de llorar, de sentirse sucio ante sus ojos.

—¿Me perdonas? —preguntó. Sus ojos cerrados no querían mirarla.

—¡Mírame, Martín! —le ordenó—. ¡Mírame!

Él obedeció y abrió los ojos poco a poco.

—Por favor... —suplicó, sin saber ni siquiera qué era lo que necesitaba. Quizá irse de allí y esconderse para que nadie lo pudiese ver.

—No tengo nada que perdonarte. Tú no tuviste la culpa. Las circunstancias nos jugaron a todos una mala pasada. Papá y mamá muertos en un estúpido accidente y tú queriendo hacerlo lo mejor posible, luchando por mantenernos unidos, peleando como un héroe por nuestra familia rota. En su momento no pude verlo, era solo una niña, pero ahora lo veo Martín, veo todo lo que sacrificaste por nosotros y te lo agradezco. Dejaste tus necesidades, tu vida y te centraste en cuidar de los dos.

»Lo que pasó no es culpa de nadie y yo ya lo he olvidado. Soy feliz con la vida que llevo, no necesito nada más si te tengo a ti, a Lucas...

Le acarició la mejilla y secó sus lágrimas, quería borrarlas, detestaba ver a su hermano así.

—Me gustaría volver a verte sobre un escenario —susurró como en un lamento.

—Y lo harás, pero ahora junto con mis alumnos, con los chicos que quizá un día, gracias a mí, lleguen a ser primeras figuras de un ballet importante; y, si eso ocurre, me dedicarán sus triunfos, pues yo fui parte de ellos.

Se abrazaron de nuevo y así permanecieron durante un buen rato, hasta que Martín logró controlar su pena, su llanto.

—Debo de parecerte ridículo —dijo separándose de su cuerpo y metiendo

sus manos dentro de los bolsillos de sus vaqueros—, patético y ridículo.

—No, Martín, me pareces un hombre con la suficiente personalidad para mostrar sus miedos delante de su hermana pequeña. Eso no es ridículo, es digno de admirar.

»Además, ya era hora, llevabas años guardando esto. Estoy segura de que, a partir de ahora, todo será diferente entre nosotros.

Martín levantó sus ojos, la miró y sonrió.

—Yo también lo creo. He sido un auténtico dictador...

—Sí, lo has sido.

—Un gilipollas.

—También.

—Un loco obsesionado.

—Ajá.

Los dos soltaron una carcajada, se abrazaron de nuevo y juntos, codo con codo, subieron por las escaleras.

\*\*\*

Martín se dejó caer sobre su cama. Se había duchado para quitar el olor a muerte, a agua sucia, a impotencia...

Llevaba tan solo un pantalón corto de dormir y en su pecho aún brillaba alguna que otra gota de agua que no había terminado de secar.

Cerró los ojos, estaba cansado, agotado tanto física como psicológicamente.

Muchas imágenes pasaron por su mente, pero retuvo como pudo la que más le relajaba y le aportaba paz: Alma. Esa pequeña morena se le había metido bajo la piel y comenzaba a necesitarla como el respirar.

Sonrió al recordar sus besos, los pequeños gemidos que su boca soltaba y él devoraba, el olor de su pelo, sus piernas enredadas en su cadera...

No supo cuándo se quedó dormido, pero de repente despertó empapado en sudor y lo último que recordaba era el pesado aroma a jazmín inundando sus fosas nasales.

Se sentó en la cama tembloroso, recordó el sueño que acababa de tener, intentando memorizar cada detalle. Cogió su móvil para mirar la hora. Eran las doce de la mañana. Abrió mucho los ojos asustado, ¿tanto había dormido?

La luz que parpadeaba le indicó que tenía un par wasaps. Uno era de Alexis, pidiéndole que se pasara por la comisaría, cosa que pensaba hacer a pesar de que se suponía que ese era su día libre, y otro de Alma, deseándole los buenos días.

Marcó su número, necesitaba hablar con ella.

—Hola, dormilón —la escuchó decir al otro lado de la línea—. ¿Fue todo

bien anoche?

—La verdad es que no. —Se pasó la mano libre por la cara frotándola con fuerza—. Ya te contaré... Hoy me será imposible verte, tengo mucho lío en la oficina.

—No te preocupes, lo entiendo. Entonces... —dudó—. ¿Mañana?

—Sí. —Martín cerró los ojos y la imaginó con su cabello negro, seguro que lo llevaba recogido en una coleta que se moría por soltar. Sonrió—. Lo que daría por escaparme e ir a verte. Estoy..., tengo muchas ganas estar contigo, Alma — soltó bajando la voz.

—Y yo.

Seguro que sus mejillas se habían teñido de rojo.

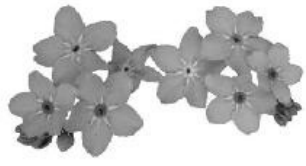
De fondo, se coló la voz de un hombre que reclamaba a la camarera.

—Martín, te tengo que dejar, estoy un poco liada.

—Tranquila, ve. Mañana te veo, preciosa.

—Hasta mañana, Martín.





## Capítulo 29. Drive.

Sábado, 24 de junio de 2017.

Gádor, pese a haberse acostado tarde, se había levantado relativamente temprano. Cuando miró el reloj eran las nueve de la mañana y se encontraba fresca como una rosa.

Lo primero que hizo, nada más poner los pies en el suelo, fue mirar el WhatsApp y, como esperaba, tenía uno de su ruso. A eso de las siete, le había mandado un selfie en el que se lo veía corriendo por el parque y había escrito debajo: *mientras tú duermes, yo me esfuerzo por cultivar este cuerpo que tanto deseas. Quiero seguir siendo “impresionante”*.

Gádor soltó una carcajada y escribió: *me lo prometiste, dijiste que no se te subiría a la cabeza. Eres un mentiroso.*

*Hola malyshka. ¿Has descansado?*

Le contestó al instante y eso le hizo sonreír, se notaba que estaba pendiente de sus mensajes.

*Muy, muy bien. ¿Y tú?  
Has madrugado mucho.*

*¿Yo?... Por tu culpa me he pasado cuatro horas  
dando vueltas en la cama. Tu olor a coco, ese olor...  
uf, ese que me pone tan cachondo, estaba impregnado  
en mis sábanas. Me cansé de tener la polla dura*

*como una piedra y decidí salir a correr.*

Gádor abrió mucho los ojos y al instante los cerró. Lo imaginaba desnudo sobre la cama, con ese falo tan grande enhiesto y frotándose sobre las sábanas que acababan de compartir. Sacudió la cabeza, se estaba calentando por momentos. ¿Qué tenía ese ruso que incluso por WhastApp también conseguía que hirviese su sangre?

*Pues habrá que ponerle remedio a ese problema, ¿no crees?,* contestó juguetona.

*¿En qué estás pensando exactamente?  
Porque yo tengo un montón de ideas sucias,  
calientes y muy mojadas. Algunas de ellas  
implican el uso de tu lengua, esa que me  
enseñabas anoche en la foto, tus labios e incluso...  
uhm, tus dientes.*

Nunca había tenido una conversación así por WhastApp y le estaba resultando de lo más excitante.

*Eres un perverso.*

Gádor soltó una carcajada y escribió:

*Sí, lo soy, pero confiesa: te gusta,  
te pone caliente.*

Dejó pasar unos segundos para contestar.

*Mucho. Tanto que estoy deseando poder  
llevar a cabo alguna de esas ideas tuyas.*

La puerta de la habitación se abrió y Lucas asomó la cabeza. Gádor escondió el móvil y pegó un grito. Estaba roja, congestionada, se sentía como si la hubiese pillado con Iván en la cama. Lucas la notó rara y se extrañó al verla ocultar el móvil a su espalda; ¿qué se creería, que tenía superpoderes y podía ver la pantalla?

—¿Pasa algo? —preguntó.

—Pues sí... ¿No te enseñaron a llamar antes de entrar? —Sabía que no tenía motivos para enfadarse. Que él en ningún momento podría conocer el tipo de conversación que estaba manteniendo, pero sintió como si su hermano invadiera su privacidad.

—Lo he hecho. Unas cuantas veces.

—¿Ah, sí? —preguntó avergonzada por su desmesurada reacción.

—Sí.

—Oh..., bueno... Perdona entonces. —Se sintió ridícula.

—No pasa nada, tranquila. Solo venía a decirte que el desayuno está preparado. Hoy me apetecía que lo tomásemos juntos.

—¡Claro! Ahora bajo, deja que me lave la cara y las manos y bajo enseguida.

Lucas asintió y cerró la puerta.

«¡Dios, qué tonta he sido!», se reprendió. Tomó el móvil, que tenía escondido a su espalda, con manos temblorosas.

Iván había escrito: *Ven cuando quieras, te estaré esperando. Desnudo y preparado para ti.*

*Prometo no tardar*, contestó.

Estaba deseando correr de nuevo hasta su cama. Pero Lucas la estaba esperando y la necesitaba, esa mañana la pasaría con su hermano.

Bajó a la carrera y se lo encontró en la cocina, tras una taza de café y su periódico.

—No he querido despertar a Martín, según veo en las noticias anoche estuvo entretenido. —Le mostró el periódico y señaló una de las columnas—. Al parecer, han encontrado a un tipejo muerto, flotando en las aguas del río.

—¿Un tipejo? —No le había gustado nada cómo había pronunciado esa palabra, como si su muerte no le importase en absoluto.

—Estos tipos —dijo señalando la foto en la que se veía un cuerpo tapado y un montón de policías alrededor; entre ellos no se distinguía, pero seguramente estaría Martín— son una lacra para la sociedad. Según dicen era un angelito: se dedicaba a vender y consumir droga. ¡Fíjate en su cara! —Más abajo, en el artículo, había una pequeña foto del hombre. En ella se veía a un chico que no tendría más de treinta, con aspecto desaliñado, barba frondosa y una estrella tatuada en su sien derecha—. Esta es una auténtica cara de delincuente.

—No me gusta que juzgues a las personas por su aspecto físico. Al fin y al cabo, ¿qué sabes de él? ¿Qué sabes de su vida? Yo tan solo veo a un pobre muchacho, joven, con una enfermedad, como es la droga, al que han asesinado. Tan solo espero que Martín dé con quien lo mató y lo encierren de por vida.

—Eres demasiado buena, hermanita. —Cerró el periódico, se levantó, le dio un tierno beso en la mejilla derecha y se puso a prepararle un café—. Nunca te fíes de un tipo que se tatúa cosas en la cara..., bueno, nunca te fíes de esos tipos tatuados, la mayoría son unos delincuentes.

—¡Pero qué anticuado eres! ¿Cómo puedes decir cosas así? Martín lleva tatuajes, ¿es un delincuente? —Sus palabras la habían ofendido. ¡Su ruso estaba tatuado y no era un delincuente!

Puso la taza delante de ella y le sonrió.

—Nuestro Martín es diferente.

—Claro. Eso es muy lógico —dijo riendo con ironía—. ¿Y las mujeres? ¿Qué opinas de las mujeres que se tatúan? —Gádor se dio entonces cuenta de lo poco que conocía a su hermano. Ni siquiera sabía esa forma clasista que tenía de pensar. ¿Dónde había quedado esa unión que tenían de pequeños?

—En las mujeres también es distinto. —Lucas recordó el tatuaje que adornaba el brazo de Alma; en un principio le resultó desagradable pero luego, bien visto...—. No me gustan, pero a algunas las hace ser más *sexis*.

—Mira que tienes morro.

—Es como lo veo.

—Eres un clasista, un pijo...

Dejaron la conversación, no llegarían a ningún consenso.

Pasaron la mañana juntos, hasta que Martín se levantó. Gádor le obligó a comer algo, estaba tan delgado...

Les dijo que tenía que ir a la comisaría y Lucas también se marchó. Gádor se quedó sola en casa y decidió dormir un poco más y, a eso de las siete, iba en su coche camino del apartamento de Iván. Le daría una sorpresa, al fin y al cabo, él le había dicho que fuera cuando quisiese. Arrugó la frente: ¿cuándo trabajaba? Parecía estar siempre ocioso. Necesitaba saber más cosas de él, porque su relación se estaba consolidando y ella parecía caminar a ciegas.

Iván era muy enigmático en muchas cosas. Se le planteaban tantas dudas... ¿Por qué no podía tener hijos? Eso había quedado en el aire, pero ahora... Ella quería hijos, no en ese momento, pero en un futuro sí. ¿Sería capaz de renunciar a su deseo de ser madre por ese hombre? Sacudió la cabeza, apenas llevaban unos días juntos y ya se planteaba cosas como los hijos.

«Para el carro», se reprendió.

La velocidad no era buena para nada y menos en las relaciones. Ya había metido la pata al decirle «te quiero».

Aparcó fuera del edificio y entró en el inmenso *hall*, siempre lo había hecho por el garaje y directa al ascensor, pero claro, junto a Iván.

—Buenas noches —le dijo al vigilante que estaba en la entrada.

—Buenas noches, señorita —contestó muy amable—. ¿En qué puedo ayudarla?

—Vengo a visitar a Iván... —En ese instante se dio cuenta de que conocía cada dibujo de su piel, cada palmo de su cuerpo, pero, sin embargo, desconocía cosas simples, como su apellido.

—Dígame su nombre. —Según parecía, tan solo había un Iván en el edificio.

—Gádor..., Gádor Blanquez. —¿Serviría de algo decir su apellido?, él tampoco lo conocía.

Tecleó en el ordenador.

—Perfecto. —Se levantó de la silla.

«Ahora llega el momento en el que me largan a patadas» pensó Gádor, pero, para su asombro, le indicó con una mano la puerta que daba a lo que parecía un ascensor y juntos subieron. El hombre pulsó el piso del apartamento de Iván y se quedó quieto como una estatua. Una música suave llenó el pequeño espacio. El ascenso fue lento y se sintió un tanto incómoda. Cuando llegaron a la planta indicada, la puerta se abrió y el vigilante se despidió, muy educado.

Gádor salió y caminó hasta una puerta gigante de madera maciza y de diseño moderno. Tocó el timbre y, tras esperar unos segundos, se abrió y la sonrisa que Gádor lucía, pensando que se iba a encontrar con Iván, murió en su boca.

El hombre que tenía frente a ella y que la miraba con descaro y una canalla sonrisa torcida era enorme, rubio y guapísimo, pero no era su ruso.

Se apoyaba en el marco de la puerta con chulería. Estaba sin camisa, permitiéndole contemplar su pecho colosal, casi sin vello, y unos impresionantes abdominales. Llevaba un pantalón de traje que le caía sobre las caderas, pues lo tenía desabrochado, dejando ver el nacimiento de su vello púbico. Sus pies estaban descalzos, los cruzó y, mirándola con descaro de arriba abajo, le dijo:

—Hola, preciosa. No te quedes en la puerta, pasa.

Gádor dio un paso atrás. ¿Quién era ese tío?

—Perdone, creo que me he equivocado de piso.

—Dime, belleza: ¿a quién buscas?

—Yo... —Miró a los lados, si ese tío quería hacerle daño, nada podría hacer. Estaba en un callejón sin salida, las únicas vías de escape eran el ascensor y la puerta delante de la que estaba ese colosal y espectacular espécimen de hombre —. Busco a Iván.

—Ah, ¿sí? —Se quitó de la puerta y le indicó con la mano que entrara.

—Será..., será mejor que me marche.

—No, no, vamos, preciosa, yo no me como a nadie. Soy totalmente inofensivo, como un osito de peluche. —Sus ojos tenían un electrizante color verde y su mirada era descarada. Estaba jugando con ella, intentaba ponerla

nerviosa. Pero Gádor no pensaba dejarse amedrentar. Elevó la barbilla y se plantó con los brazos cruzados delante de esa mole descarada.

—¿Está Iván?

—Claro. —De nuevo le indicó con la mano que pasara y ella lo hizo.

Ya dentro de la casa miró a su alrededor. Efectivamente, era el apartamento en el que había estado la otra noche, solo que esta vez reinaba el caos.

Había ropa de hombre tirada por el suelo. Un par de americanas, unos..., abrió mucho los ojos, unos slips colgaban sobre la lámpara.

—Pero ¿qué...? —No se lo podía creer. No podía ser posible, la escena que se representaba era lo más similar a lo que ella misma había vivido hacía tan solo unas horas, cuando la pasión les apremió y se arrancaron la ropa el uno al otro.

Observó al desconocido que ahora estaba plantado frente a ella, con esa mirada descarada y las manos en los bolsillos.

—Puedes sentarte, Iván se está dando una ducha, enseguida vendrá —dijo como si fuera lo más normal del mundo.

La garganta de Gádor se secó. ¿Cómo había sido tan tonta? Ella tan solo había sido un par de polvos y ahora Iván estaba con ese hombre. Tenía unas intensas ganas de llorar, pero no lo haría, y menos delante de él.

—Me voy —dijo y caminó con determinación hasta la salida.

—No, nena... —El tipo la tomó del brazo y la retuvo—. Espera a Iván, por favor, si llega y ve que te has ido estaré en problemas, y te juro que es un tipo muy violento.

Gádor abrió mucho los ojos. ¿Qué estaba ocurriendo? Tuvo miedo, si ese tío quería, no saldría de la casa, era fuerte, con brazos musculados. ¿Y si eran dos perversos sexuales a los que les gustaba jugar entre ellos y con mujeres tan tontas como ella? Al final Martín tenía razón, no debería haber confiado en él.

—Yuri, *sdelai milost* <sup>[6]</sup>... —Ambos se volvieron al escuchar la voz de Iván —. Gádor...

Gádor sintió cómo su estómago se revolvía. Iván tan solo llevaba una toalla con la que envolvía sus caderas y con otra se iba secando el pelo.

—¡Suéltame! —gritó Gádor a Yuri—. Quiero irme.

Iván se acercó a ella.

—Hola, *malyshka*, no te esperaba.

—Eso está claro... Ya me doy cuenta —dijo con sorna.

Él buscaba su mirada, pero Gádor la rehuía.

—¿Qué quieres decir? —preguntó.

—Por favor, Iván, quiero irme a casa.

—Espera, hablemos. Ven a mi habitación.

—No es necesario...

—Sí, sí lo es. —Le tendió la mano, ella la rechazó, pero caminó despacio hacia la habitación de él. Había cambiado de opinión ¡Sí, quería una explicación!, la merecía.

—Y tú —le dijo a Yuri con tono muy enfadado—, arregla este desastre.

—Iván. Espera.

—¿Qué quieres?

Yuri se acercó a él y pasó su mano por su mejilla, como en una caricia.

—¿Qué coño haces? —Iván se alejó sorprendido, sabía que no le gustaba que lo tocara. ¿Por qué lo hacía y delante de ella?

—*U tebyá na litse pena dlyá britiá*<sup>[2]</sup> —dijo Yuri. Sabía que Gádor no lo entendería. La miró con una sonrisa provocadora y logró lo que buscaba, que ella ardiese de rabia.

Iván cerró la puerta con ella dentro.

—No es lo que parece —soltó esas palabras y nada más decir las se maldijo por su estúpida elocuencia.

—Y dime, Iván, ¿qué crees que parece? —Comenzó a pasearse por la habitación—. Espera, yo te lo diré. Parece que ese tío y tú habéis follado. Parece que llegué después de un buen polvo y parece que soy una estúpida que te creyó cuando me decías que nunca me harías daño. Pues créeme, Iván, me lo has hecho, y mucho.

Ya no podía retener las lágrimas y estas comenzaron a caer por sus mejillas.

—Escucha...

—No, Iván, ya no quiero escuchar.

—Joder, Gádor. No he follado con Yuri, nunca lo haría... Él es como un hermano.

—Oh, vamos, ¿tú te crees que yo soy tonta? —Se secó las lágrimas con rabia.

Iván la tomó de un brazo y la obligó a mirarlo a la cara.

—Yuri vivía conmigo en Rusia y juntos vinimos a Manhattan en busca de una vida nueva. Viene de vez en cuando a mi casa y lo pone todo patas arriba. Es un desastre, pero es lo único que tengo. Es mi único amigo, la única persona que ha estado siempre a mi lado. Es descarado, sucio, incluso violento, pero sé que puedo contar con él... Gádor yo... —Se sentó en la cama. Se tocaba el pelo nervioso, inquieto. Sabía que las mentiras no se podían sostener durante mucho tiempo, por eso nunca se quedaba al lado de nadie. Por eso siempre se alejaba de la gente «normal». Por eso no tenía amigos.

—Mi vida en Rusia no fue... normal. Tuve que buscarme la vida. Hice cosas de las que no estoy orgulloso, cosas sucias, cosas que..., ¡joder, Gádor!, cosas de



las que me avergüenzo, y Yuri estuvo a mi lado. Nos cuidábamos mutuamente, sanábamos nuestras heridas y, en silencio, compartíamos toda la mierda que nos cubría y no nos dejaba respirar.

Gádor se sentó a su lado. No podía dejar de mirarlo, en sus ojos veía que le estaba diciendo la verdad y era una verdad que trataba de ocultar a todos y ahora desvelaba. Sentía cómo su corazón se rompía según le iba narrando su historia, cómo algo dentro de él quedaba hecho añicos, destruido, y Gádor tenía miedo porque quizá, después de revelar parte de sus secretos, su relación ya no volvería a ser la misma.

—Él es un desastre, por eso está toda la casa revuelta. Intenta provocarte, sabe que para mí eres importante porque jamás he traído a nadie, ni hombre ni mujer, a esta casa.

—¿Qué fue lo que él dijo?

—¿Cómo?

—Cuando te acarició la mejilla, te dijo algo en vuestro idioma.

—Tan solo que tenía espuma de afeitar. Intentaba provocarte, créeme. Yo nunca te haría daño...

Sus ojos azules brillaban llenos de lágrimas transparentes. Él no mentía y Gádor lo creyó.

—Te juro que lo que hay entre tú y yo es tan especial que jamás lo mancillaría, jamás te faltaría así al respeto. Gádor yo... —Tragó saliva con dificultad. Puso sus enormes manos en sus hombros—. Yo también te quiero.

La abrazó, se abrazaron y, tras un largo tiempo así, quietos, sintiendo los corazones latir, se besaron.

—Iván... —Se separó de su boca—. Necesito conocerte, necesito que me muestres quién eres porque me estoy volviendo loca.

—Lo sé, lo sé y tengo miedo, porque quizá cuando sepas quién he sido, quién soy, salgas corriendo y no vuelva a verte nunca más. Pero... creo que tengo que arriesgarme. Te lo mereces.

Se levantó de la cama. Se acercó al armario y cogió un pantalón de chándal amplio con gomas en los tobillos, se lo puso y abrió un cajón para sacar una camiseta blanca que también se colocó.

De nuevo se sentó en la cama, pero esta vez con sus pies descalzos sobre el colchón y la espalda apoyada en el cabecero.

Gádor se acomodó a su lado cuando él golpeó con una de sus manos el colchón indicándole que se sentase.

—¿Puedo pedirte algo? —le preguntó y ella asintió—. Mientras te cuento mi historia, por favor, no me mires a los ojos.

—No lo haré, te lo prometo.

—Gracias. —Cerró los suyos y apoyó la cabeza sobre la pared—. No podría soportar ver en ellos pena, o asco.

Suspiró un par de veces y, sin abrirlos, comenzó con su triste y dura historia.

—Pasé mi niñez en un hospicio, eso ya lo sabes. Pero con quince años me marché, harto de pasar hambre y en busca de una vida mejor. —Soltó una risa que sonó triste, melancólica—. Estúpido de mí, mi vida no mejoró para nada. Pasé un año en la calle, malviviendo de la caridad, de pequeños hurtos. En invierno dormía en un hogar para indigentes o en el metro. Sucio, con hambre y con ganas de morir, así me sentía día y noche.

»Un día, una mujer se fijó en mí. A pesar de estar delgado, pues apenas comía, era grande y musculoso, mi cara y mis ojos llamaban la atención. Tan solo me hacía falta una buena ducha y un afeitado, y ella lo vio. Dascha, que así se llamaba, me ofreció dinero por... —dudó de qué palabra usar—, por mis servicios.

»En un principio lo rechacé, era una mujer atractiva, pero mucho más mayor que yo, tenía ya los cincuenta. Mi orgullo me hizo alejarme ofendido, pero el hambre es muy fuerte y al final el orgullo no alimenta, así que acepté.

Iván hizo una larga pausa, seguramente intentaba que ella entendiese perfectamente en lo que se había convertido.

Iván sintió cómo se movía, pensó que se iba a marchar, que la había perdido, pero se relajó al sentir cómo Gádor se acomodaba y continuaba a su lado.

—Con ella perdí la virginidad, me enseñó «el arte de amar». Era mi maestra. Vivía en su casa y complacía todos y cada uno de sus caprichos. No me faltaba de nada: comida, ropa, una cama caliente... Pero a cambio le daba mi cuerpo.

»Pasé dos años a su lado. Participé junto a ella en orgías, me prestaba a sus amigos... Era su juguete, el pelele que bailaba cuando ella lo requería. Me acostumbré a dar placer, a dejarme follar, porque después tenía mi recompensa.

Iván sintió cómo una lágrima caía por su mejilla y la secó raudamente. Hacía mucho que no lloraba y le costaba aceptar que esos recuerdos aún dolían hasta el punto de quebrar su alma.

—No tenía orgullo, dejaba que me manoseasen, que me follasen una y otra vez... Cerraba los ojos y soñaba con que algún día todo cambiaría para mí. Dejaría de ser la puta de todos esos ricachones y me juré que, cuando lo hiciera, no permitiría que nadie me tocara sin yo desearlo.

»Fue muy duro conseguir el dinero suficiente para alcanzar mi libertad, pero junto a Yuri, poco a poco, lo logramos.

Dejó de hablar, abrió los ojos y miró el techo.

Gádor esperó, no sabía si ya había terminado o quizá había algo más. Lloraba, sin ocultarlo, sin contenerse. Amaba a ese hombre y lo que acababa de

narrarle le dolía. No podía ni imaginar lo que debía ser entregar su cuerpo por dinero. A él, sin duda alguna, le había destrozado.

—¿Sabes qué? —preguntó.

—¿Qué? —contestó en un susurro, intentando contener los sollozos.

—Eres la primera a la que beso.

—¿Cómo? —Intentó mirarlo, pero recordó su petición, así que volvió su mirada al frente.

—La primera boca que probé fue la de Dascha. No me gustó, me asqueaba. Luego otras bocas violaron la mía, labios húmedos, y cada día odiaba más y más los besos. Cuando dejé esa vida me juré que nunca más volvería a besar a nadie. Pero... Y, de pronto, llegaste tú y deseé besarte, comerme tu boca... Eres mi primera vez en todo, lo demás no cuenta, lo demás no significaba nada.

Gádor buscó su mano y entrelazó sus dedos con los de él. Acarició con ternura las costras que se habían formado en sus nudillos heridos. Ahora todo tenía sentido, hasta esas marcas que se hacía para reprimir su furia.

—Soy inestable —dijo mientras miraba cómo ella pasaba una y otra vez sus dedos por sus nudillos—, violento. Hasta ahora... —tragó saliva con dificultad—, hasta que te he conocido, tan solo pensaba en mí, en mis necesidades. Lo demás no me importaba.

—Yo te ayudaré.

—Tengo marcas en mi cuerpo, marcas de..., de las cosas que hice, que me hicieron. Cosas pervertidas, sucias.

—Todo eso es pasado. Tú y yo somos presente —le dijo.

—No quiero que me mires con pena, con asco, no me gusta...

—Sí, lo sé y no pienso hacerlo.

—Odio todo lo que fui. —Suspiró.

—¿Me dejas mirarte? —preguntó.

—Sí, ahora sí.

Gádor se subió sobre sus piernas a horcajadas. Tomó su cabeza entre sus pequeñas manos y lo miró con amor a los ojos. No con pena, ni con asco, con amor...

—Tú y yo, Iván, juntos. —Le besó en la frente, después en un ojo, luego en el otro, en una mejilla, en la otra y por fin en los labios—. Tu boca es mía, mía y de nadie más —le susurró e introdujo su lengua, que se movió en busca de la de él.

—Solo tuya —repitió él.

Iván necesitaba sentirla, poseerla y que ella lo poseyese a él.

Con manos temblorosas agarró el bajo de su camiseta, se la sacó y la arrojó al suelo. Su sujetador sufrió el mismo trato y, al ver sus pechos libres, los devoró

con hambre.

Gádor llevaba puesta una falda corta de vuelo y él metió sus manos por debajo de la tela en busca de su redondo trasero. Mientras saboreaba sus pechos lo acarició, lo amasó.

La levantó y, con un rápido movimiento, se bajó el pantalón. Al no llevar ropa interior, su polla quedó libre y, retirando la barrera que le suponía el tanga, pudo encontrar la entrada, el camino, guiado por su mano, a su interior.

Gádor comenzó a frotarse, a votar sobre su pelvis, mientras él corría en su busca.

Iván la ayudaba a no perder el ritmo con sus manos en sus caderas.

Cuando sintieron que el orgasmo comenzaba a hacerse tan potente que amenazaba con hacerles estallar, se miraron a los ojos. Iván apenas podía mantenerlos abiertos, ellos solos se cerraban, pero él luchaba por seguir con sus pupilas clavadas en las de Gádor.

—¿Se puede morir de placer? —susurró con voz entrecortada y ronca—. Dime, *malyshka*: ¿es eso posible? Porque si lo es, creo que me vas a matar.

Gádor lo miraba embelesada. Su corazón iba a estallar. No le pudo contestar, no podía articular palabra, tan solo luchar por respirar, porque algo de aire entrase en sus pulmones. Se balanceaba, se frotaba...

Jadeaban, gemían, se miraban y se corrieron juntos. De manera rápida, fuerte, intensa.

Al terminar, Gádor sintió cómo el cuerpo de Iván temblaba, cómo ocultaba su cabeza entre su pelo, buscaba a ciegas su garganta y dejaba un reguero de besos calientes.

—Me apellido Blanquez —dijo mientras acariciaba su cabello y se recreaba en los mordiscos que Iván dejaba sobre su cuello. Él salió de su escondrijo y la miró a los ojos—. Mi abuelo nació en España, exactamente en Almería, y mi nombre me lo pusieron en honor a la virgen de Gádor. Tengo veinticinco años.

—Yo soy Iván Sergéevich Popov, nombre que me pusieron las monjitas del hospicio. Tengo treinta y siete años. He ejercido la prostitu... —Ella puso una mano sobre sus labios, acallando la palabra.

—Eso es el pasado, Iván Sergéevich Popov.

—Tú eres mi presente, lo demás no me importa.

—Siempre.

—Siempre.

Lo besó con intensidad y se levantó de la cama.

—No pensarás irte, ¿verdad? —preguntó mientras tiraba de su mano para meterla en la cama de nuevo.

—Esta noche me quedo contigo, pero necesito ir al baño. —La soltó y

Gádor caminó desnuda meneando las caderas, provocándolo, pues sabía que él la miraba atentamente.

—*Malyshka*, eres muy mala. Mira lo que me haces.

Gádor se volvió antes de entrar y lo vio tumbado en la cama con sus manos bajo su cabeza y su polla totalmente erecta, mirando el techo de la habitación. Imponente, bello como ningún hombre, perfecto...

Sonrió coqueta, pestañeó un par de veces y entró en el baño.

Vació su vejiga y, mientras se lavaba las manos, observó una estantería llena de frascos, un cepillo de dientes, algún medicamento... Tomó entre sus manos el bote de colonia que usaba Iván, lo destapó y aspiró su aroma. Le encantaba porque olía a él. Al lado del caro perfume, le llamó mucho la atención un jarrón cuajado de unas preciosas y diminutas flores azules. Nunca hubiera imaginado que Iván tuviese flores en su baño.

Se puso un par de gotas de la colonia de Iván, así llevaría su aroma en su cuerpo, y salió del baño.

—No sabía que te gustaran las flores.

Corrió hasta la cama y se tiró encima de él.

—¿Las flores? —preguntó sin entender a qué se refería.

—Lo digo por ese jarrón que adorna tu baño.

—¿Cómo...? —Arrugó la frente y se levantó. Entró en el baño y vio las flores. Refunfuñó enfadado y las arrojó a la papelera.

—Pero... —A Gádor le dio mucha pena, eran tan bonitas—, ¿por qué haces eso?

—Esto ha sido cosa de Yuri —comenzó a pasearse por la habitación, estaba muy cabreado—. No sé qué coño le pasa, últimamente hace cosas muy raras. Primero te hace creer que estamos liados y luego deja un ramo de flores en mi baño...

—Iván... —Palmeó el colchón demandándole que se sentase a su lado. Él obedeció a regañadientes, lo que de verdad necesitaba era buscar a Yuri y pedirle explicaciones, estaba tan harto—. Creo... no te enfades por lo que te voy a decir... —Él negó con la cabeza, pero Gádor no lo creyó, seguro que se lo tomaría mal, pero debía ser sincera—. Creo que lo que le pasa a Yuri es que está enamorado de ti.

La miró como si se hubiese vuelto loca.

—Somos como hermanos, eso no es posible.

—Quizá para ti seáis como hermanos, pero para él...

Se tocó el pelo nervioso, todas las piezas encajaban perfectamente. Su manera de mirarlo, las veces que le tocaba usando excusas absurdas, lo que intentó dar a entender a Gádor, las flores...

—Mierda —dijo abatido al ver la verdad. Se dejó caer en la cama, vencido. Gádor se tumbó a su lado y apoyó su cabeza sobre su pecho.

—Iván, ten cuidado con él, no me gustan nada sus ojos, me producen escalofríos.

\*\*\*

Yuri se quedó solo en el salón. ¿Quién era esa mujer? Y, ¿por qué Iván la había invitado a su apartamento? Además, no debía ser la primera vez que iba.

Arrugó la frente, Iván jamás había dejado que nadie, hombre o mujer, subiese a su casa. Su mente comenzó a elucubrar; si ella sí podía entrar era porque para él era importante. Cerró los ojos y soltó unas cuantas palabras malsonantes en su idioma natal.

Caminó hasta la que era su habitación cuando se quedaba en casa de Iván. Cerró la puerta y encendió el monitor que tenía sobre el escritorio. Enseguida la imagen clara y nítida de Iván y Gádor apareció para mostrarle lo que se temía. Estaban sentados en la cama, uno al lado del otro. Se colocó los auriculares y escuchó nítida toda la conversación. Iván le abría su corazón a esa puta, se desahogaba cuando con él, a pesar de estar incondicionalmente a su lado todos esos años, no lo había hecho nunca.

Clavó su mirada en Iván. Dolía tanto no poder acariciarlo de manera abierta, se conformaba con tocarlo de forma disimulada, con rozarlo al pasar. Con vigilarlo, espiarlo cuando dormía, cuando se duchaba..., cuántas veces se había excitado viéndolo enjabonarse, cuántas había deseado que fuese su mano la que limpiaba su piel... Colocó las cámaras a escondidas, sin que Iván ni siquiera sospechara que él siempre lo observaba; en un principio creyó que era una gran idea, pero ahora, al verlo con esa mujer, un dolor lacerante lo golpeó y, por un lado, deseó arrancar las cámaras, no quería ver más, ni saber... Entonces..., ¿por qué continuaba con su mirada fija en la pantalla?

Sus ojos se oscurecieron al ver cómo de repente ella se colocaba a horcajadas sobre él. Acercó todo lo que pudo la cámara y pudo ver cómo adoraba sus pechos, cómo la besaba y cómo se hundía en su interior. Dolía tanto no poder comerse su boca, sus gemidos, como esos que ahora estaba emitiendo gracias a la boca de esa zorra. Dolía tanto no poder abrazarlo, sentir su calor, su miembro dentro de él, sus manos fuertes agarrándolo, tirando de su pelo mientras se corría.

Yuri sufría en total silencio, sin dar muestras de su pena. Sufría y disimulaba, y lo hacía tan bien que Iván jamás sospechó nada, y así debía ser siempre.

Sus ojos estaban clavados en él, miraba absorto cómo sus manos se aferraban a las caderas de la mujer, cómo su respiración agitada salía de sus labios entreabiertos. Cómo, en un determinado momento, justo antes de correrse, se mordió el labio inferior y cómo, al sentir el orgasmo, jadeó con fuerza.

Imaginó que era él quien estaba sintiendo las acometidas de su polla, que era él quien estaba llevándolo al orgasmo y, sin poder contenerse, llevó sus propias manos a la erección que oprimía sus pantalones y se tocó hasta correrse junto a Iván, sintiéndose su amante. Sintiendo, al derramarse sobre su mano, vacío, hueco, solo... Como si acabara de cometer un pecado.

Se arrancó con rabia los auriculares y se marchó.

\*\*\*

Durmieron abrazados. Iván con el sabor de Gádor en sus labios y una sonrisa de dicha. Pero una llamada lo sacó de la balsa de felicidad en la que su cuerpo se mecía.

—¿Sí? —dijo con voz somnolienta. Gádor abrió los ojos y lo miró.

—La policía ha estado por aquí —escuchó al otro lado de la línea.

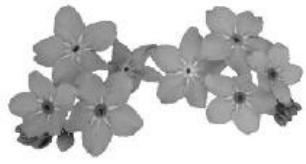
—¿Cómo? —Tapó el móvil con la mano para que Sex no pudiese escucharlo

—. *Malyshka*, tengo una llamada importante.

—Ve —dijo ella.

Iván la besó con ternura, salió de la cama y caminó hasta el salón.

—Dime.





## Capítulo 30. Cisne negro.

Sábado, 24 de junio de 2017.

22:00 h.

—Hola, Alexis. —Estaba sentada delante de su ordenador tecleando a dos dedos y, al verlo llegar, levantó la cabeza del teclado.

—Hola. —Intentó sonreír, pero tan solo le salió una extraña mueca. El último día que se habían visto la discusión que mantuvieron fue muy fuerte y ella se marchó sin despedirse.

No tenía ni razones ni motivos para portarse así con él, pero su rabia era tan intensa que no lograba separar el trabajo de los sentimientos tan fuertes que Martín le provocaba.

—¿Podemos hablar? —Martín deseaba arreglar las cosas entre ellos. No era bueno para el trabajo, la falta de comunicación podría incluso poner en peligro sus vidas.

—Sí, claro. —Parecía avergonzada.

Se levantó de la silla y lo siguió hasta uno de los despachos, allí estarían libres de las miradas del resto de los compañeros que pululaban de manera incesante por la comisaría.

Martín cerró la puerta y miró la sala. Era un despacho pequeño, con una mesa y dos sillas, una frente a la otra. «Sala de interrogatorios», rezaba en un cartel adherido a la puerta.

—Siéntate. —Le señaló la silla frente a la suya. Se acomodó—. No podemos continuar así, Alexis...

—Lo sé y de verdad que lo siento.

—No sé qué es lo que te pasa. Llevas unos días rara conmigo. Soy tu compañero, pero también tu amigo. Sabes que me lo puedes contar todo,

¿verdad? Si estás pasando por un mal momento, yo...

Le tomó la mano que ella había dejado sobre la mesa y la apretó con afecto. Ella sintió su calor y su corazón comenzó a trotar veloz. No quería sentir nada por él, excepto cariño, pero... Un sentimiento fuerte de amor había crecido de la nada, como cuando plantas una pequeña semilla y con el tiempo se convierte en un árbol frondoso que crece más y más cada día.

—Sé que no me he portado bien y te pido perdón. Te juro que es puntual, mientras me adapto, con la niña... es tan complicado todo.

—Lo imagino.

—Por favor, Martín, no me saques de tu vida. —Lo miró con tanta pena que un nudo apretó su garganta.

—Eso nunca, jamás lo haría, eres mi amiga. Pero... si no cambias tu manera de tratarme, tendré que solicitar otro compañero. Alex..., sabes que nos jugamos mucho en cada investigación. Eres una buena detective, pero... creo que ya no formamos un buen equipo.

—Por favor —dijo alarmada—, dame otra oportunidad.

Martín se puso de pie y tiró de su mano para ayudarla a levantarse. Se colocó frente a ella y atrajo su cuerpo para recibirla en un abrazo.

—La última, Alex... Necesito un buen equipo a mi lado, uno que no me censure y que acepte mis órdenes. Hay vidas que dependen de nosotros y no podemos fallar.

Alexis disfrutó de ese abrazo, hundió su cabeza en su pecho y aspiró ese aroma tan varonil y especial de la colonia de Martín. Sabía que él solo la abrazaba como una amiga, una compañera, pero se permitió el lujo de soñar y pensar que la amaba, igual que lo hacía ella. ¿Cómo había estado tan ciega todos esos años? Siempre había sentido algo especial por Martín, pero nunca le había puesto nombre. Intentó reemplazarlo con el padre de su hija, pero se engañó, nadie era como Martín, por nadie podría sentir nada igual.

Suspiró con fuerza, no podía retenerlo, nunca la miraría con amor.

Se separó de sus brazos, acarició una de sus mejillas y le sonrió, tratando de ocultar su tristeza.

Salieron del despacho, les esperaba una noche larga.

—Nos vamos. —Martín se acomodó la pistola bajo el brazo y se colocó una camisa de manga corta sobre la camiseta para tapanla.

—¿Dónde?

—Averigüé cosas sobre el tipo que encontramos en el río. —Se sentó en la esquina de su mesa—. Se llamaba Hill Tanner, veinticinco años, se dedicaba a pasar droga y a consumirla, detenido más de cinco veces por hurto y otras tantas por violencia callejera. Como verás, un auténtico angelito.

»La autopsia dice que le pegaron un tiro, pero no murió de eso. Sus pulmones encharcados confirman algo espantoso, que siempre me pone el vello de punta; aún estaba vivo cuando le arrojaron al río. También sabemos dónde pasó sus últimas horas y allí es a donde vamos a ir.

—Vaya, ¿cuándo has averiguado todo eso?

—Llevo todo el día de acá para allá.

Alexis puso los ojos en blanco y después lo miró enfadada.

—Seguro que ni siquiera has comido. Prometiste frenar y tomarte las cosas con más tranquilidad.

—Te juro que lo he intentado.

—Ya. —Alexis resopló de una forma poco femenina. Ese hombre no tenía solución—. Dejando el asunto de tu maltratada salud aparte, ¿dónde pasó nuestro ángel de luz sus últimas horas?

—¿Te suena el club The Paradise?

—¿Te refieres al club de striptease? ¿Ese que regenta un tal Ruso?

—¡Bingo!

—Menudo antro. Me gusta la idea, quizá logremos dar con algo para meter a ese otro ángel en prisión. ¡Le tengo muchas ganas!

—Pero mujer —dijo con sorna—, ¿a ti qué te ha hecho ese pobre hombre?

—Odio que se trafique con el cuerpo de las mujeres.

—Eso es muy injusto, a ellas nadie las obliga. Si están dentro de ese antro es porque lo quieren así.

Entrecerró los ojos y miró a su amigo.

—Lo que me faltaba, ahora defiendes a esa escoria.

—No te equivoques, ni el Ruso, ni su gente, como decía mi abuela española, son santos de mi devoción, pero no porque tengan un club de striptease y de prostitución, sino porque permiten la venta de drogas. Eso sí que me cabrea. Lo otro, mientras que las chicas estén de acuerdo, me parece genial, por lo menos no están en la calle. Allí las cuidan y las respetan.

Martín se levantó, le tendió la mano y tiró de ella hasta la salida. No merecía la pena seguir con esa discusión. Ambos tenían maneras diferentes de ver la vida.

—Vámonos de putas —le dijo guiñándole un ojo y quitándole hierro al asunto de los clubes.

—Eres único para preparar citas románticas —contestó siguiéndole la broma.

Los dos rompieron a reír.

Martín conducía y Alexis permanecía callada a su lado. Parecía que poco a poco volvía a ser la misma de antes, incluso le hacía bromas.

—Me alegra tenerte de vuelta —le dijo.

Alexis sonrió, pero se guardó lo que pensaba. Intentaría ser la misma de siempre, pero le iba a costar. Su corazón latía por su compañero y eso no lo podía cambiar de un día para otro.

Martín aparcó el coche y ambos bajaron a la vez. Caminaron seguros, sabiendo que las cámaras de vigilancia que el club tenía colocadas por todo el perímetro los estaban observando. Ya estarían sobre aviso de que la poli llegaba a su puerta y seguramente andarían como locos saneando todo lo que estuviese a la vista y fuera ilegal.

La puerta se abrió sin ellos llegar a tocar y una preciosa pelirroja de largas piernas los invitó a entrar, como si al dar un paso dentro del local no lo hiciesen en un antro de sexo y vicios, sino a un paraíso terrenal. Sus palabras remarcaron ese pensamiento.

—Bienvenidos a The Paradise —dijo con una voz melodiosa, insinuante.

Martín entró seguido de Alexis y sonrió a la pelirroja; no sabía por qué, pero le gustaba.

—Y bien, agentes. —Posó sus preciosos ojos verdes de pestañas infinitas primero sobre Alexis y después sobre Martín—. ¿Qué les trae a nuestro club?

—Queremos hablar con el Ruso. —Alexis fue quien tomó el mando. Habló de una manera muy desagradable para el gusto de Martín, esa mujer parecía de lo más inocente, no merecía su tono desdeñoso.

—Lo lamento, pero el señor Sergéevich Popov —dijo remarcando el apellido y con una perfecta pronunciación— no está en estos momentos. —Pareció no gustarle el mote que había usado Alexis para nombrar a su jefe, menos con el tono desagradable que lo había utilizado, y quiso corregirla.

—¿Con quién podríamos hablar? —preguntó Martín.

—Yo soy Sex, mano derecha del señor Sergéevich; si puedo ayudarles, estaré encantada.

—Perfecto, Sex. —Martín le enseñó la placa—. Soy el detective Martín y ella mi compañera Alexis. Aunque ya sabías que éramos policías. —Ella asintió—. ¿Podríamos hablar en algún otro sitio que no fuese la entrada del club?

—Oh, por Dios, disculpen, tienen toda la razón. Les he dejado en la puerta. —Sonrió y les indicó con la mano—. Pasen por aquí, iremos al despacho del señor Sergéevich.

Caminaba delante de ellos con un movimiento de caderas que atraería a cualquiera. Era perfecta, bella y muy elegante. Llevaba un ajustado y sencillo vestido negro que remarcaba sus atributos. La falda le llegaba hasta las rodillas y su forma de tubo dibujaba sus caderas.

—¡Qué asco! —exclamó Alexis en voz baja, para que solo la escuchase

Martín, que la miró y se encogió de hombros sin saber a qué se refería—. A esa tía le quedaría bien hasta un saco. Menudo cuerpo.

Martín asintió, tenía toda la razón y no se la iba a quitar por nada del mundo.  
—Es tan injusto... —protestó molesta.

Caminaron por un largo pasillo y subieron unas escaleras, hasta que llegaron a una pesada puerta de madera.

—Pasen, por favor. —Sex abrió y se quedó a un lado para permitirles el acceso.

Se encontraron en una gran estancia, tan elegante que parecía que perteneciese a un bufete de abogados y no al despacho de un proxeneta.

Sex tomó asiento frente a una mesa de caoba y les indicó con la mano que se sentasen en las dos sillas que tenía frente a ella.

—¿Y bien? —preguntó Sex, no quería que esos dos policías pasasen mucho tiempo en el local, siempre que venían era para traerles problemas y quebraderos de cabeza—. Si les parece, vayamos al grano, tengo poco tiempo. Acabamos de abrir y, como comprenderán, hay muchas cosas que hacer.

—No se preocupe, Sex, no tardaremos nada. —Martín clavó sus ojos sobre la superficie de la mesa. Todo estaba perfectamente colocado. Los papeles apilados, sin que ninguno sobresaliera, el ordenador portátil permanecía cerrado y en su lugar, recto y alineado con el borde de la mesa. Una pluma y un abrecartas de plata dentro de una caja de madera, uno al lado del otro. La superficie de caoba brillaba como si la acabasen de pulir. Nada que ver con el caos de su mesa. Ese Iván debía de ser un obseso del orden.

Alexis sacó su móvil y le enseñó una foto.

—¿Reconoce a este hombre?

Sex la miró con interés y negó con la cabeza.

—No, no le he visto nunca.

—¿Seguro? —preguntó Martín.

—Seguro. Soy muy buena fisonomista, si le hubiera visto por aquí lo reconocería. ¿Es alguien importante?

—Importante, lo que se dice importante, seguramente lo sería para su familia y amigos. Pero por desgracia ya no está entre nosotros.

—Oh, ¿ha muerto?

—Lo más correcto sería decir que lo han matado. —Martín no era ningún tonto, esa mujer era buena, pero a él no le podía engañar, sabía más de lo que contaba.

—¡Dios mío, qué terrible! Parece, perdón, parecía muy joven. Pero a pesar de ser una pérdida lamentable, no sé qué tenemos que ver nosotros en esto.

—Según parece, el último sitio que visitó fue su club.

—¿De verdad? —Abrió mucho los ojos, como si estuviese sorprendida.

Martín miró a Alexis. No iban a sacar mucho más y ya tenía lo que había ido a buscar: la confirmación de que Hill había visitado el club antes de morir, no le hacía falta escucharlo por la voz de la pelirroja; sus gestos, a pesar de lo buena que era disimulando, la delataban. Martín era uno de los mejores detectives, su instinto era tan fuerte que parecía capaz de oler a un mentiroso de lejos.

—Pues sí, según parece aquí pasó sus últimas horas. Entró en el club y lo siguiente que se supo de él es que está muerto.

—No puedo decirles nada más, agentes, por aquí pasan muchas personas. Ya saben lo que es este negocio... No nos ocultamos y tenemos todo en regla. Si no desean nada más... —Les largaba de forma descarada.

—Muchas gracias por todo. Vamos, Alexis, no hagamos que la señorita pierda más su preciado tiempo.

Se levantó y su compañera con él.

—Antes de irnos, ¿le importa que enseñemos la foto a alguno de sus empleados?

—No, no, claro. Pueden preguntar sin ningún problema.

«No les dirán nada», le faltó añadir. Martín entrecerró los ojos, molesto.

Sex los acompañó en todo el recorrido por el club y, por supuesto, nadie reconoció al tipo de la foto.

Ya en la puerta de salida, se despidieron de manera cortés y educada.

—Gracias por todo —dijo Martín mientras le estrechaba la mano.

—No me las dé. Por supuesto haremos lo que esté en nuestra mano por aclarar este... problema.

De nuevo, dentro del coche, ambos se miraron.

—Saben algo, ese tipo estuvo allí —aseguró Martín mientras soltaba un profundo suspiro.

—Desde luego algo ocultan. Creo que lo mejor será volver con una orden de registro y sin dar tantas señales de nuestra presencia.

—Sí, la próxima vez vendremos con la orden.

\*\*\*

Sex regresó al despacho y comenzó a pasear nerviosa por el suelo de mármol haciendo que sus altos tacones repiquetearan en la brillante superficie.

Tomó el teléfono y marcó con manos temblorosas.

—¿Sí? —La voz de Iván sonó somnolienta.

—La policía acaba de estar por aquí.

—¿Cómo? —Escuchó ruido de sábanas, debía de estar aún en la cama—.

Espera un segundo —le dijo, y le llegó la voz amortiguada de una mujer, seguramente estaría tapando el móvil con la mano para que ella no los escuchase hablar. ¿Con quién estaría?, se preguntó.

—Dime.

—Pues eso, la policía ha estado por aquí. ¿Recuerdas ese tipo que vendía droga en el club?

—¿Hill?

—Sí, ese. Ha aparecido muerto.

—¡Joder! ¿Y qué quiere la poli?

—Han averiguado que el último sitio que visitó fue nuestro club.

El silencio se hizo por ambas partes de la línea, los pensamientos volaban e Iván los hizo palabras:

—Crees... joder, ¿crees que Yuri...?

—No lo sé, la verdad es que me da miedo solo pensarlo.

—Vale, vale, tú tranquila. Hablaré... intentaré sonsacarle algo. Sé que no eres creyente, Sex, pero reza porque no haya tenido nada que ver.

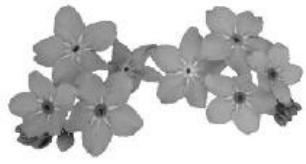
—Iván... —Su voz sonó apagada.

—Preciosa, no pienses más en ello. Yo lo arreglaré.

—Pero... sabes que volverán con una orden de registro.

—Lo sé, y no debes preocuparte por nada, no tenemos nada que ocultar, todo está saneado. Nuestras chicas cobran su sueldo, ninguna está en contra de su voluntad y hace tiempo que el tema de la droga quedó fuera de nuestros locales.

Esa era una lacra con la que Iván se enfrentaba cada día. No quería que en su club se consumiera o se vendiera droga y luchaba día a día por deshacerse de los indeseables que traían sustancias ilegales a su local.





## Capítulo 31. Instinto básico.

Domingo, 25 de junio de 2017.  
14:00 h.

A pesar de ser domingo la policía no descansaba, y mucho menos Martín y Alexis; tenían cosas que hacer, así que llevaban desde muy temprano entre papeles e informes.

Cuando Lucas apareció por la puerta sonriente, silbando y con las manos dentro de los bolsillos de su traje de marca, ambos se quedaron mirando sorprendidos, sobre todo Martín, que no lo esperaba.

—Hola, Alexis. —Se acercó y le dio dos besos en las mejillas. Se conocían desde que Alexis comenzó a ser compañera de su hermano—. Estás preciosa, el ser madre te ha embellecido.

—Gracias, Lucas. Te veo mucho mejor, y eso me alegra.

—Poco a poco lo voy superando. —Bajó su mirada—. La echo tanto de menos... —Suspiró—. Pero, en fin, la vida sigue y no me queda más remedio que adaptarme, ella querría verme feliz.

—Claro que sí, Lucas.

—Bueno, chicos. No tenía nada que hacer y he pensado..., ¿qué os parece si dejáis un poco el trabajo y nos vamos los tres a comer a The Charly's?

Que Lucas quisiera pasar tiempo junto a él le gustaba, pero que precisamente quisiera ir a The Charly's, con las ganas que tenía de estar a solas con Alma, le fastidiaba, pero cedió. Lucas parecía animado, con ganas de hacer cosas, y eso era un gran paso para recuperarse del todo.

Martín miró a su hermano. Estaba reponiéndose antes de lo que pensaba y eso era bueno para todos, pero sobre todo para él, no le gustaba verlo triste, decaído.

—Tengo muchísima hambre —dijo Alexis.

—Pues vamos. Ya seguiremos más tarde. —Martín cogió su camisa de manga corta y se la puso sobre su camiseta.

Los tres entraron en la cafetería. El olor a comida llenó sus fosas nasales y Martín sintió cómo su estómago gruñía recordándole que esa mañana tampoco había desayunado.

Se sentaron en su mesa de siempre. Martín no dejaba de mirar a todos los lados en busca de Alma y no paró hasta que la localizó dentro de la barra, sirviendo cervezas a un grupo de policías que no paraban de gastar bromas. Ella reía encantada y les seguía el juego.

—Iré a pedir a la barra —dijo Martín, cuya única intención era saludar a Alma sin los ojos de su hermano y Alexis analizándolo como si fuese un espécimen extraño—. Parece que hoy Charly tiene mucho lío —se excusó por su ofrecimiento—. Queremos lo de siempre, ¿verdad?

Alexis lo miró con tristeza. No era tonta, sabía que Martín suspiraba por esa camarera enana y gorda. Le asqueaba imaginárselos juntos. ¿Qué la veía? Era insulsa, sin gracia ninguna y encima tan pequeña que apenas le llegaba a la barbilla.

—Sí, lo de siempre —contestó de manera brusca. Otra vez se estaba enfadando y pagándolo con él. Le acababa de prometer que rectificaría su comportamiento y volvía a hacer lo mismo. Era consciente, pero no lo podía remediar.

Estaba enfadada con ella misma por amar a un imposible, con Martín por poner sus ojos sobre una «don nadie» y no en ella y con el mundo, porque parecía que se había alineado en su contra.

—Yo también tomaré lo mismo que el otro día —dijo Lucas, que no paraba de observarlo todo con los ojos muy abiertos.

Martín se encaminó a la barra y en ese preciso instante fue cuando Alma lo vio. Su sonrisa radiante lo decía todo sin necesidad de palabras.

—Hola, preciosa —la saludó y se acercó a ella lo máximo que pudo y que la barra le permitía—. Me muero por besarte.

Alma se puso tan colorada que temió que la cara acabase ardiendo.

—Y yo. —Miró a los lados para cerciorarse de que nadie la veía—. ¿Me esperarás?

—¿A qué hora terminas?

—Hoy saldré tarde... —Arrugó la frente, enfadada.

—No me importa, vendré a buscarte.

Sonrió feliz.

Toda la escena fue analizada minuciosamente en la distancia por Lucas, que

no les quitaba los ojos de encima.

—Oye... ¿puedo hacerte una pregunta? —interrogó a Alexis, que no paraba de moverse inquieta en su asiento, mientras miraba hacia otro lado. No quería verlos juntos, era tan doloroso.

—Claro, dispara.

—¿Desde cuándo estás enamorada de mi hermano?

—¿Cómo? —Abrió mucho los ojos por la sorpresa. No podía creerse que le estuviera preguntando algo tan personal. Se conocían desde hacía años, pero no tenían la suficiente amistad como para tratar temas como esos.

—Vamos, Alex. Se te nota mucho.

—No creo que eso sea de tu incumbencia. —Empezaba a cabrearla, ¿quién se creía que era ese tío para meterse en su vida?

—No, no lo es, pero me da pena verte tan afectada. Eres una mujer preciosa y cualquiera estaría encantado de tenerte a su lado, quizá Martín no te merezca. Además, él... —la alentó a mirar hacia la barra donde Alma y Martín charlaban —, parece que ha puesto sus ojos en otra.

Alexis miró a la pareja y sintió como si un puñal se clavase en su corazón.

—Deja de decir esas cosas, por favor.

—¿Por qué Alex? ¿Porque duelen? Yo tan solo pretendo ayudarte.

—¿Ayudarme?, lo único que estás haciéndome es daño.

—No, preciosa, te muestro la verdad. No puedes vivir pensando en lo que pudo ser y nunca, jamás será. Cierra ese capítulo y empieza otro.

Lo miró con los ojos abiertos por el asombro.

—¿Me estás proponiendo algo?

—¿Te gustaría?

¿Le gustaría? Lucas era un hombre atractivo, podría pasar buenos ratos con él. Pero... estaría cerca de Martín y eso, eso sería hurgar en la herida una y otra vez. Además, acababa de perder a su mujer.

—Lucas, ¿crees que estás preparado para empezar otra relación?

—No.

—¿Entonces qué es lo que me estás proponiendo?

—Divertirnos. Hacer que lo olvides.

—¿Y tú?

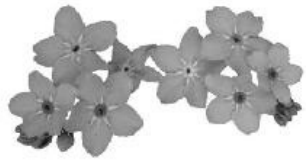
—Yo... intentaré olvidarla.

Era una locura. ¿O no? Hacía un año que había tenido a su pequeña y desde entonces no había vuelto a disfrutar del sexo, ni siquiera había vuelto a besar a nadie.

Lucas la alentó a mirarlos de nuevo. Ahora Martín acariciaba la mejilla de Alma y, tras apoyarse en la barra y acercarse hasta su boca, le dio un leve beso.

—¿Ves?, ya no se esconden, ni siquiera disimulan. ¡Qué triste, Alex! — Suspiró de forma melodramática—. Primero Linda y ahora... una simple camarera.

Lo miró y, por un instante, la locura se adueñó de ella. ¿Y si lo hacía?



## Capítulo 32. V de vendetta.

Domingo, 25 de junio de 2017.  
23:00.

Martín esperaba sentado en uno de los taburetes, frente a una cerveza, a que Alma se cambiase de ropa.

Charly le hablaba sin parar, pero él tan solo la veía mover sus labios, no prestaba atención a sus palabras, estaba deseando que Alma apareciese por la puerta del almacén. Llevaba todo el día pensando en ella, imaginando cómo sus pequeñas manos le acariciaban, cómo sabía su boca, más ahora que la había probado. La deseaba y no podía esperar más.

Sonrió a Charly, ella no paraba de mirarlo y continuaba con su bla, bla, bla.

—... y entonces, el marciano aterrizó su platillo volante delante de mi cafetería. —La mente de Martín, de repente, se centró en la conversación de Charly y se la quedó mirando como si se hubiese vuelto loca.

—¿Cómo? —le preguntó.

—¡Por fin lo he conseguido! Llevo un buen rato intentando contarte algo y tú pareces estar en la luna.

—Perdona..., tienes razón. Tengo la cabeza en otras cosas.

—Ya veo. No hace falta que lo jures. Te he preguntado si tienes almorranas y herpes genital y me has contestado con una brillante sonrisa.

En ese momento Martín le estaba dando un trago a su cerveza y casi se atraganta.

—¿De verdad? —inquirió tosiendo e intentando recuperarse.

—Te lo juro. Anda —le dio un codazo—, cuéntale a Charly en qué piensa tu cabecita.

—Ni de broma. Te aseguro que te escandalizarías.

—Salvado por la campana —dijo Charly al ver cómo Alma salía del almacén ya preparada.

—Vaya, estás preciosa. —La miró de arriba abajo. Llevaba una minifalda vaquera y una camiseta negra, sencilla y simple, pero que a sus hambrientos ojos parecían las prendas más sexis del mundo.

Se bajó del taburete y, sin importarle que Charly estuviera delante, le dio un dulce y rápido beso en la boca. No quería profundizar más, ya estaba suficientemente caliente.

Alma tomó su mano y tiró de él hacia la puerta.

—Adiós, Charly. Ten cuidado con los marcianos.

—Adiós, chicos. Pasadlo bien.

«Y tanto», pensó Martín con una enorme sonrisa en la boca.

Subieron al coche que Martín tenía aparcado cerca de la cafetería.

—¿Dónde te apetecería ir? —preguntó, sus manos sobre el volante parecían temblar.

—¿Qué quieres que hagamos? —Alma no era ninguna tonta, sabía que habían dejado algo a medias, algo que tanto él como ella deseaban concluir.

—¿De verdad quieres saberlo? —Su sonrisa pícaro y de medio lado le hacía tan atractivo y deseable que Alma no pudo impedir que un suspiro saliese de su boca—. Lo primero —soltó el volante que tenía aferrado como si le fuese la vida en ello y colocó sus enormes manos en ambas mejillas; la acercó hasta que Alma pudo sentir su aliento—, lo primero besarte, porque llevo todo el día pensando en tu boca.

Entró en ella sin permiso, con hambre voraz. Saboreó cada recodo y la dejó sin aliento.

—... Y ahora será mejor ir a tu casa, en la mía hay mucha gente y un espíritu. —Su mirada recorrió todo su cuerpo, calentándola, pues sus ojos revelaban promesas de lo que pensaba hacerle—. Quiero tenerte solo para mí. Llevo mucho esperándote...

Alma asintió y Martín no necesitó más invitación. Puso el coche en marcha y condujo lo más rápido que las señales de tráfico le permitieron. Parecía concentrado, con su mirada totalmente centrada en la carretera, pero era todo fachada, pues por dentro ardía como si un fuego se hubiese encendido en sus entrañas. Su polla estaba dura, aunque, la verdad, llevaba en ese estado desde que entró en la cafetería y la vio; tenía los ojos vidriosos por el deseo y la boca seca. Sudaba tan solo de pensar que, pasase lo que pasase, dentro de unos minutos la tendría totalmente desnuda.

Maldijo un par de veces porque le costó encontrar un sitio para aparcar y, cuando lo hizo, salió del coche, la tomó de la mano y juntos caminaron hasta el

apartamento.

La pequeña bola peluda salió a recibirlos, como si su llegada fuera lo más maravilloso que le había pasado en la vida.

—Tranquila, Bola —le decía Alma mientras que la perrita saltaba de una a otro para recibir su ración de caricias y carantoñas—. Tengo que sacarla a pasear.

Martín asintió, si había esperado todo el día, podría soportarlo un poco más.

Bajaron juntos. Martín la agarró de la cintura, la acercó a su cuerpo y, con su otra mano, llevaba la correa de Bola, que no hacía otra cosa que tirar de un lado a otro.

Esta vez el paseo de Bola fue corto, su dueña tenía otras cosas en mente.

Regresaron a casa y Alma dio de comer a la pequeña perrita que devoró con ansia, hasta dejar el plato limpio.

—¿Tienes hambre? —le preguntó a Martín.

—Sí, mucha, pero... —se agarró de su cintura y la acercó a su cuerpo hasta que ella sintió su enorme y abultada erección—, de ti.

Alma tomó la mano de Martín y lo llevó hasta su habitación. Cerró la puerta. Una sutil y tenue luz iluminaba la pequeña estancia, donde una cama los esperaba.

Martín no podía apartar los ojos de ella. Era tan bonita. Sus ojos brillaban y sus mejillas tenían un precioso color sonrosado. Sus manos se movían nerviosas sobre su falda, pero él sabía que no pretendía estirar ninguna arruga invisible, sino que era fruto de los nervios.

—Hace mucho que no hago esto. —Se retiró coqueta un mechón de su melena.

Martín sonrió. Colocó un dedo de cada mano en las trabillas de su falda vaquera y la acercó a su cuerpo.

Comenzó por besarla lento, muy lento. Pasó su lengua por sus labios, los mordisqueó. Alma enredó sus manos en su cabello y se dejó transportar al cielo.

Las manos de Martín tomaron el bajo de su camiseta y, de un solo movimiento, la sacó y la arrojó a un lado. Separó sus labios de los de ella para poder dar un paso atrás y recrearse en sus grandes pechos, embutidos en un discreto sujetador, cuyo color rosa hacía contraste con su piel morena.

Pasó una de sus manos por el brazo que tenía tatuado, dibujando círculos sobre las rosas, siguiendo el camino que la enredadera hacía hasta su cuello.

La piel de Alma sentía escalofríos con cada caricia, con cada mirada.

Martín llevó sus manos al cierre de su sujetador y lo desabrochó con pericia, se notaba que no era la primera vez que lo hacía. Ella lo dejó caer al suelo y él lo apartó con su pie.

Entonces sus manos acariciaron sus pechos, al principio despacio, pero



luego con ansia. Pellizcó sus pezones mientras que su boca devoraba su cuello, lamía sus hombros, mordía el lóbulo de su oreja.

Alma también deseaba tocarlo, probarlo y, a pesar de sentirse cohibida, sus manos volaron hasta la camisa que Martín llevaba desabrochada.

—Un momento —dijo él al sentir cómo Alma intentaba desprenderse de la prenda.

Se apartó y se la quitó él. Debajo llevaba la pistola enfundada, bajo su brazo. Se quitó el arnés y lo dejó con cuidado sobre una silla, todo con movimientos lentos y sin apartar su mirada de ella.

—Ahora sí. Sigue..., tócame. —Se puso de nuevo frente a ella, levantó los brazos invitándola a sacar su camiseta y, por supuesto, Alma, deseosa de tocar su cuerpo, lo hizo al instante.

Sus manos temblaban al delinear sus fuertes abdominales, le excitó ver cómo él la contemplaba con los dientes apretados y se le ponía la piel de gallina. Le gustaban sus caricias y eso la volvió más intrépida. Acercó su cara a su cuello y lo delineó con su lengua. Besó sus hombros y el tatuaje que adornaba su pectoral derecho, un enorme dragón con las alas extendidas que la miraba desafiante y cuyos ojos rojos parecían refulgir.

Martín acariciaba su espalda, pasaba sus dedos, el dorso de sus manos, mientras disfrutaba de la boca de ella sobre su propia piel.

Alma bajaba poco a poco por su cuerpo, usaba su boca y sus manos a la vez, estaba en todos lados y los gemidos que soltaba con cada lametazo lo estaban volviendo loco. Pasó su lengua recorriendo cada uno de sus abdominales y se colocó de rodillas frente a él. Notó sus pequeñas manos luchando con su cinturón primero y luego con la cremallera, que estaba a punto de estallar, pues ya no podía retener más su erección. Ya no podría aguantar más, pero el cuerpo es sabio y, a pesar de su necesidad, se resistió a sus manos bajando su pantalón, su slip y a esos dedos recorriendo su falo hasta que lo que tomó su erección fueron sus labios; entonces, ya no pudo más. Con el primer lametazo la levantó del suelo y la dejó sobre la cama.

Una urgencia loca por entrar en ella se apoderó de Martín que, desesperado, buscaba un condón dentro del bolsillo de su vaquero, que se colocó con manos temblorosas.

Ya lo tenía entre sus piernas y Alma no podía dejar de mirarlo, cuántas veces había soñado con él, con su cuerpo, y ahora ahí estaba Martín, arrancando sus braguitas, arrugando su falda en su cintura y entrando en ella despacio, para que se pudiese amoldar a su gran tamaño. Estaba tan húmeda, tan lubricada, que no le supuso apenas esfuerzo. Agarró sus caderas y comenzó a bombear lento, con movimientos secos y contundentes, saliendo casi hasta afuera y entrando de

golpe.

Intentaba por todos los medios mantener la mirada fija en ella, pero el placer le obligaba a cerrar los ojos y mantenía una lucha incansable con ellos.

Alma gemía y pasaba sus manos una y otra vez por sus duros pectorales, con cada embestida elevaba su pelvis para salirle al encuentro y que él entrase más y más dentro.

Los movimientos se volvieron más intensos y rápidos y Alma sintió cómo estallaba en mil pedazos, los espasmos del placer recorrían todo su cuerpo, la elevaban. Cerró los ojos al sentirlo llegar intenso, seguramente gritó, no lo recordaba, todo fue tan sublime que, al terminar, se quedó laxa, como si de repente las energías la hubieran abandonado.

Abrió los ojos y lo miró, él continuaba bombeando. Sus ojos se cerraban sin poder remediarlo, quería mirarla, pero le era totalmente imposible mantenerlos abiertos por más esfuerzo que hacía. Jadeaba, pudo ver en su rostro el preciso instante en el que el orgasmo lo golpeó, lo sintió dentro de ella y se regocijó con el placer de Martín como si fuera el suyo propio.

No hizo casi ruido, tan solo susurró un «ah» que quedó amortiguado por sus labios sobre su cuello.

Se dejó caer a su lado y posó sus ojos sobre ella, que permanecía tumbada, con sus mejillas sonrosadas y una sonrisa de complacencia en los labios.

Martín llevó una de sus manos a su cara y acarició con ternura su mejilla, que al tacto estaba caliente.

—¿Estás bien? —preguntó, aunque sabía que la respuesta iba a ser afirmativa, su cara y su cuerpo lo decían a gritos.

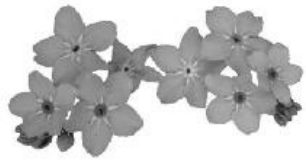
Abrió los ojos y lo miró, asintió y un mechón de su cabello cayó sobre su frente. Martín lo retiró.

—Ha sido... —Sonrió feliz. Tenía ganas de bailar desnuda bajo la luna, de gritar, de cantar.

—Sí, lo ha sido.

Se quitó el preservativo, sacó un pañuelo de la caja de clínex que Alma tenía sobre la mesilla, lo envolvió y lo depositó en la lacada superficie.

Entonces, la acomodó a su costado, ella apoyó su mejilla en su pecho y se quedó dormida al instante.



## Capítulo 33. Las dos caras de la verdad.

Lunes, 26 de junio de 2017.

11:00 h.

La reunión iba a tener lugar en su despacho. Iván estaba tenso, sabía que su decisión supondría un *shock* para todos los que trabajaban y formaban parte de su club, pero sería respetada por muchas razones; la primera, porque él era el jefe y dueño de todo; la segunda, porque no era algo precipitado, sino que llevaba ya mucho tiempo sopesándolo y, al llegar Gádor a su vida, le había dado el empujón necesario para afrontarlo; y la tercera, pero no menos importante, porque estaba cansado, agotado. Era un hombre joven y por dentro se sentía como un anciano.

Había pasado todo el domingo entre llamadas y visitas. Sacó a su abogado de la cama para redactar el documento, le tuvo todo el día en su apartamento trabajando en su jornada libre, pero no protestó, porque lo recompensaría con una cuantiosa cantidad de dinero.

Tenía muchos frentes abiertos, muchas cosas en las que pensar y que le quitaban el sueño. Por una parte, estaba el asunto del asesinato de Hill. Le preocupaba que Yuri hubiese tenido algo que ver e intentó sonsacarle algo, incluso habló con Aki, pero ambos estuvieron de acuerdo en la misma versión: habían sacado a Hill del club y sin tocarle ni un solo pelo lo dejaron marcharse. Había algo que hacía que Iván no terminase de creerlos, algo que le hacía sospechar que ambos estaban implicados, pero sin pruebas, nada podía hacer.

El otro tema que lo llevaba de cabeza eran las sospechas de Gádor sobre el amor que sentía Yuri por él. Ni siquiera quería profundizar en ello, le dolía solo pensar que todos esos años que habían estado juntos como hermanos eran una enorme y gran mentira. Ahora todo era diferente. Yuri había cambiado mucho y,

si quería tener una vida tranquila, debía alejarse de él lo antes posible.

—Pasa —dijo al escuchar los golpes de unos nudillos en la puerta.

—Hola, Iván. —Sex asomó la cabeza y entró con su ya peculiar sonrisa en los labios.

Iván se levantó y se acercó para darle dos besos y un gran abrazo. Sex, en un principio, se quedó paralizada ante el extraño arrebato de Iván, a él no le gustaba mucho el contacto y, salvo el día que discutió con Yuri, nunca la había tocado.

—¿Estás bien? —preguntó asustada, a la par que sorprendida.

—Perfectamente. Me siento un hombre nuevo.

Se separó de su cuerpo y le pellizcó la nariz.

—Ya veo... y tan nuevo —dijo con ironía—. Dime, a qué se deben esta reunión y tu buen estado de humor.

—Esperemos a Yuri, quiero daros la noticia a los dos a la vez; luego, más tarde, nos reuniremos con el resto del personal.

—Estás muy misterioso. —Pero a Sex no le importaba porque verlo bien, incluso feliz, le servía para saber que el secreto que les iba a confesar debía de ser algo bueno para su amigo y él merecía lo mejor.

De pronto, la puerta se abrió como si llegase un vendaval; y así era, Yuri entraba como era su costumbre, arrasando y con la mirada altiva.

—Hola, jefe. —Se dejó caer en la silla que estaba frente a la mesa de Iván—. Sex —saludó con desdén.

—Cada día tu educación brilla más por su ausencia —le reprendió Iván.

—¿Pasa algo, jefe? —preguntó sin hacer caso a la amonestación.

Iván suspiró con fuerza, había llegado el momento de exponer su decisión y sabía que le traería problemas y quebraderos de cabeza, sobre todo con Yuri, que cada día estaba más inestable.

—Os he reunido para comunicaros una decisión; no os creáis que la he tomado de la noche a la mañana. —Se levantó de la silla y se colocó frente al ventanal, con sus manos dentro de los bolsillos de su traje y la mirada perdida en el horizonte—. Hace tiempo que no me siento cómodo, hace tiempo que paso poco por el club. He ido cediendo el mando a Sex y a... —Carraspeó, se giró y dirigió su mirada a su amigo— Yuri, aunque has de reconocer que a lo único que te dedicas es a follar con todas las chicas. —Volvió su mirada al ventanal—. Estoy cansado, me siento viejo y quiero cambiar de vida. He decidido dejar el club. No seguiré al mando.

El silencio se hizo pesado en el enorme despacho. No se escuchaban ni las respiraciones.

Iván se dio la vuelta y se sentó en la esquina de su mesa de caoba mirando fijamente a sus dos amigos, que estaban totalmente sorprendidos.

—¡No puedes! —gritó Yuri.

—Sí puedo y lo voy a hacer. La verdad es que ya está hecho. He pasado todo el domingo con mi abogado. Ha redactado un documento en el que renuncio voluntariamente al club, tan solo me quedo con el pequeño restaurante que compré hace un año y que, a partir de ahora, pasa a ser mi sustento, mi forma de vida.

—¡Esa mierda de local cutre! ¿Estás loco? Ese negocio no da ni para pagar el alquiler de tu apartamento.

Iván se había encaprichado de ese pequeño y acogedor restaurante. En un principio, para él había sido su válvula de escape a sus otros negocios, pero desde hacía un tiempo se había convertido en su única prioridad, hasta el punto de gestionarlo él en persona.

—Por supuesto que no me permitirá el nivel de vida que he llevado hasta ahora. Por eso dejo el apartamento y me mudo a una casa en las afueras. Aunque no te lo creas, el negocio funciona muy bien y da ganancias.

Yuri estaba furioso, ¿cómo podía hacerle eso?

—Pero... a ti te gusta esta vida.

—No, no me gusta. La odio, la detesto. Aborrezco lo que hacemos.

—Es por ella, ¿verdad? Es por esa chica que estuvo en casa. A ti lo que te pasa es que esa..., esa put...

—¡Cuidado con lo que dices, Yuri! —No le dejó terminar la palabra. Se levantó y lo tomó por las solapas de la chaqueta obligándolo a ponerse en pie. Sabía que se estaba refiriendo a Gádor y no le iba a consentir que le faltase al respeto.

Yuri temblaba, parecía estar al borde del llanto. Lo miraba con tristeza.

—Es por ella, ¿verdad? —Su tono era igual que el de una plañidera.

—Ella ha sido el empujón que necesitaba para tomar la decisión que llevaba tiempo rondando en mi cabeza.

Yuri se dejó caer en la silla, abatido. Él la amaba, la amaba...

Sex miraba todo con los ojos muy abiertos, no sabía muy bien cómo reaccionar ante la noticia. No sabía de quién hablaban. Pero si era lo que Iván necesitaba para reparar su alma rota, lo apoyaría sin condiciones.

—No me gusta lo que estás haciendo —dijo Yuri con su mirada clavada en la mesa de caoba.

—A mí tampoco me gustó lo que diste a entender el sábado en el apartamento.

Yuri clavó sus ojos en su amigo.

—¿Qué quieres decir?

—Creo que me entiendes perfectamente.

—Chicos, chicos. —Sex se hizo escuchar, estaba cansada de no entender nada—. ¿Podéis explicarme de qué estáis hablando?

—Claro, Sex. —Iván no apartó la mirada de Yuri a pesar de estar hablando con ella—. Vino a verme a casa una amiga y Yuri le dio a entender que entre nosotros existía algo más que una amistad. Me costó convencerla de que no era así.

—¿Una amiga?

—Es alguien especial. —Clavó sus pupilas en las de la pelirroja—. Siento... siento cosas que jamás he sentido por nadie.

Yuri cerró los ojos, un fuerte nudo se apretaba en su garganta. Sabía que él estaba enamorado, lo había visto en la forma que tenía de mirarla, pero escuchárselo decir era más de lo que podía soportar.

—¿Puedes terminar ya con la reunión?, no creo que estemos aquí para abrirnos tu tierno corazón y hablarnos de tus sentimientos. Tengo cosas que hacer. Luego habláis de vuestras mierdas... —escupió sus palabras con odio e ironía.

—Está bien. —Iván regresó a la esquina de la mesa y de nuevo se sentó—. Cedo el mando del club a Sex; a partir de ahora ella es la jefa, ella es la dueña de The Paradise.

—¡No puedes hacerme esto! —le gritó, seguramente se había escuchado hasta fuera del despacho.

Yuri se levantó y golpeó la mesa haciendo volar los papeles que había sobre ella.

—Puedo hacer lo que me dé la gana. —Iván también se puso en pie y se encaró—. Es mi club, fue mi dinero el que lo compró. Dinero conseguido con esfuerzo por la venta de mi cuerpo, de mis días, de mis noches, de mi orgullo...

—Yo también aporté. ¿O es que no lo recuerdas?

—¿Tú? —Soltó una carcajada—. Con lo que tú ganabas no nos daba ni para comer, nunca fuiste de gran ayuda...

—¿No? Pues, si mal no recuerdo, más de una vez me necesitaste. ¿Quieres que lo cuente, Iván?

Iván se colocó frente a él, sus narices casi se podían tocar y Sex intentaba separarlos, pero era imposible. Esas dos moles ni siquiera percibían sus pequeñas manos sobre sus brazos.

—¿Me estás amenazando?

—Piensa lo que quieras.

—Haz lo que te dé la gana. No me importa. Ya puestos...

Iván lo desafió. Estaba cansado de guardar secretos, de ocultar su pasado. Quizá lo mejor era deshacerse de toda esa mierda.

Yuri estuvo un buen rato mirándolo a los ojos. Su frente perlada en sudor, su boca seca.

Él le había traicionado, lo había echado de su vida como algo inservible.

Se dio la vuelta y, furioso, se encaminó a la salida, pero antes de salir por la puerta se giró y le dijo:

—Esto no va a quedar así.

Salió dando un fuerte portazo.

Sex soltó de golpe el aire que sin darse cuenta había estado reteniendo.

—¡Dios mío, Iván! —gritó asustada.

La tomó entre sus brazos.

—Shhh, tranquila. —Le acarició el rojo pelo—. Ya ha pasado todo.

Ella se retorció entre sus brazos hasta soltarse y lo miró.

—No, Iván, no ha pasado todo. Yuri es peligroso. Es inestable y tal vez incluso un asesino. Tengo miedo. —Se aferró a sus brazos e intentó, sin ningún éxito, zarandearlo—. Temo por ti.

\*\*\*

Iván se sentía un hombre nuevo, libre. Parecía que, después de muchos años reteniendo el aliento, por fin podía respirar y que el aire, antaño escaso, ahora entraba a raudales, como si alguien hubiera, por fin, abierto una ventana.

Caminaba seguro con sus manos dentro de los bolsillos de su caro pantalón de algún diseñador famoso y de los que sabía que debería despedirse, pues su vida de opulencia se terminaba. Pero no sentía tristeza, ni añoranza, muy al contrario, había cambiado lujos y cosas materiales por futuro, paz, amor, dignidad y una palabra que hasta entonces se le antojaba desconocida y rara: felicidad.

Caminaba despacio, mirando las caras de las personas anónimas con las que se cruzaba; ahora no sentía vergüenza, ni trataba de retarlos, de hacerles creer que era un tipo duro y malo, eso lo hacía el Iván de antes, ese que temía mostrar su verdadera cara por miedo al dolor, al rechazo. Ahora miraba sus ojos y sonreía y, lo más gracioso, era que ellos le correspondían igualmente.

Libre, en paz, tranquilo. La sensación era tan gratificante que le apetecía bailar, cantar y dar gritos de alegría.

Lo único que le preocupaba era que había dejado a Sex temerosa de lo que Yuri podía hacerle, no había logrado convencerla de que a él no le asustaba el que hasta ahora había sido su mejor, su único amigo. No le tenía miedo, si en algún momento tenía que enfrentarse a él lo haría con la cabeza en alto, sin temor. Sus amenazas con contar la verdad tampoco le causaban inquietud, pues



era consciente de que tarde o temprano debía contarle todo, era la única manera de ser libre por completo. Sin secretos, no había ataduras, y él deseaba romper con las cadenas que hasta entonces habían limitado sus movimientos.

Llegó a su destino.

—Estudio de danza Marisor —leyó en voz alta; la otra vez que la trajo al trabajo no se había fijado en el nombre de la academia y, al hacerlo, abrió mucho los ojos por la sorpresa—. Sor Marí, increíble.

El recuerdo de la pequeña monjita que le habló del amor que sentiría por Gádor le golpeó con fuerza. Pero descartó pensamientos extraños, tan solo era casualidad y un juego de palabras. ¿O quizá era una señal? No, no podía ser, pues Gádor lo único que le había traído era alegría, amor, ella no sería nunca su perdición.

Sacudió la cabeza y entró en el estudio dispuesto a encontrarse con ella.

Gádor no lo esperaba. Sería una sorpresa.

No se lo pensó dos veces y, después de la reunión con Sex y Yuri y tras la que tuvo con todo el personal para contarles quién sería a partir de entonces su jefa, se había dirigido con su coche hasta la otra punta de la ciudad para verla, para poder abrazarla, respirar su olor a coco y sentirse en casa, en ese hogar que nunca tuvo.

La necesitaba y no podía esperar, así que allí estaba, en un pasillo abarrotado de madres esperando a entrar en la sala donde sus niños terminaban la clase.

Las madres parecían impacientes, todos los días se abrían las puertas casi al final de la clase para que pudiesen ver los progresos que hacían sus niños, pero ese día las mamás parecían más pendientes del hombre nuevo que estaba esperando con ellas y al que nunca habían visto, uno elegante, bien vestido, guapo y con un cuerpo de infarto.

—Hola. —Una se atrevió a acercarse. Lo miró de arriba abajo y asintió encantada, como si lo que veía le pareciese de lo más apetecible.

—Hola —contestó Iván, pero él estaba atento a otras cosas, no a las mamás que revoloteaban a su alrededor; él lo que deseaba era que esas puertas se abrieran para poder ver a su chica.

«¡Mi chica!», pensó con una sonrisa en los labios.

—No te había visto nunca por aquí. ¿Cómo se llama tu niña o tu niño? Yo los conozco a todos; mi Shelly es la que más años lleva viniendo a la escuela.

—Oh, no, yo no tengo a ninguna niña o niño aquí.

—¿No? Entonces, ¿qué hace esperando para entrar en clase? —preguntó curiosa.

—Soy amigo de la profesora.

A esas alturas se encontraba rodeado de más mamás que lo escuchaban

atentas.

—Vaya, vaya... —dijo otra de las mujeres—. Parece que Gádor tiene muy buen gusto.

Todas asintieron.

—Y, dinos, ¿a qué te dedicas? —Una afroamericana muy oronda se acercó a preguntarle.

—Tengo un restaurante —dijo con orgullo, ya no tenía que ocultar sus negocios.

—¡Oh! —exclamaron todas a la vez.

—Espero que tus intenciones sean buenas, si no, te las tendrás que ver conmigo —le amenazó con un dedo una ancianita de pelo cano y muy mala leche.

—Oh, vamos, mamá. Deja al muchacho. —Se le acercó otra mujer, esta alta y de pelo negro—. Perdona a mi madre. Pero aquí todas queremos mucho a Gádor y le cortaremos las pelotas a quien ose hacerle daño —pronunció su amenaza con una sonrisa radiante, como si no hubiese combinado las palabras «pelotas» y «cortar» dentro de la misma frase.

—Tranquilas, mis intenciones siempre serán las mejores. Jamás pondría en peligro mis pelotas. —Iván levantó las manos en señal de paz y puso esa sonrisa de medio lado que le hacía tan atractivo. Un suspiro colectivo se escuchó en el pasillo.

La puerta se abrió de repente y todas entraron en tropel arrastrando a Iván hacia el interior.

Se quedó paralizado, rodeado de extrañas, pero con sus ojos clavados en la mujer más hermosa que había visto en su vida.

Gádor parecía flotar, ser etérea. Corría, saltaba y un grupo de diez niñas y dos niños de unos ocho años la seguían por toda la sala.

Llevaba un mallot negro de tirantes finos, medias blancas y una falda cruzada que se movía a su alrededor conforme saltaba y hacía piruetas.

Se dio cuenta de que había dejado de respirar cuando comenzó a marearse y obligó a su cuerpo a reaccionar. Entonces fue cuando se percató de que todas las miradas de las madres estaban clavadas en él y no en sus retoños.

Se encogió de hombros, se hizo a un lado de la puerta, en una zona donde apenas era visible y, sin más, continuó admirando a Gádor que, ajena a lo que estaba pasando, seguía bailando junto a sus niños.

Un triste pensamiento golpeó el alma de Iván, él no podía darle hijos y a ella le encantaban los niños, podía verlo en la manera en que los miraba, en la forma en que, uno a uno, al terminar la clase, se fue despidiendo de ellos, con un fuerte abrazo y un beso. En cómo acudió a consolar a una de las niñas más pequeñas

porque había tropezado y caído de bruces cuando corría a los brazos de su madre.

Poco a poco la sala se fue vaciando, cada madre que pasaba por la puerta se despedía de él como si lo conociesen de toda la vida. Alguna le lanzaba una mirada cómplice, la de la anciana fue picarona y la mamá de Shelly incluso le presentó a su pequeña, una preciosa muñequita de ocho años con el cabello rubio y la mirada de un azul intenso.

Gádor comenzó a recoger la clase cuando el aire se llenó con un perfume que le resultaba familiar. No era posible, ¿verdad? Se volvió despacio para cerciorarse de que su olfato no le estaba jugando una mala pasada. Iván estaba allí, de pie, mirándola. Guapo a rabiar, con un pantalón gris oscuro de pinzas que se le ajustaba a la perfección y una camisa de manga larga rosa que se había molestado en remangar hasta dejar a la vista algunos de sus tatuajes. Gádor sonrió, el contraste de la elegancia de su ropa y de sus dibujos sobre la piel le confería un aire único y atractivo, tan sexy que cortaba el aliento.

La miraba casi sin pestañear y en sus ojos pudo ver un pequeño toque de alegría, pero una enorme porción de tristeza. Así era Iván, una perfecta combinación, un cóctel de cosas diferentes que nunca pegarían entre sí. Clásico y roquero, enigmático y abierto, frío y muy, muy caliente, tierno y brusco, feliz y lleno de tristeza, seguro de sí mismo y rodeado de miedos...

—Hola —salió de su boca.

—Hola, *malyshka*.

Gádor cerró los ojos, adoraba esa palabra desde que Iván la llamaba así.

Caminó despacio hacia ella. La distancia se había vuelto dolorosa, necesitaba tocarla, hundir su cabeza entre su cabello y respirar su aroma.

Gádor no podía moverse, parecía clavada al suelo, deseaba que fuera él quien se acercase porque así podía mirarlo por más tiempo y porque le encantaba su forma de caminar: seguro, varonil, parecía un felino; elegante, con esos movimientos tan distinguidos, tan sumamente atractivos.

Llegó a su altura y pasó sus manos despacio, en una caricia sutil, partiendo desde la punta de sus dedos, recorriendo toda su longitud, pasando por sus hombros, hasta llegar a su cuello, su cabeza. La tomó entre sus manos y la acercó hasta que sus bocas se tocaron, se fundieron en un beso con sabor a reencuentro, a comienzo, a futuro, a nunca te dejaré, pues me importas.

Gádor se aferró a su cintura y se lanzó a su cuerpo en un abrazo que él deseaba y que disfrutó como si fuese el primero en mucho tiempo.

—Estás loco —susurró contra su boca.

—Sí, loco por ti.

La elevó como si fuese ligera como una pluma y hundió su cara en su cuello;

le hubiese encantado sentir su cabello tocando sus mejillas, pero lo llevaba recogido en un tenso y alto moño.

—Uhm —respiró con fuerza mientras restregaba su nariz por el esbelto cuello de la bailarina—, ese olor a coco...

Tras ellos escucharon una tos y un «perdón» dicho en voz alta. Iván la depositó en el suelo con mucho cuidado y se separó de su cuerpo.

—Perdone, señorita Gádor... —Era el conserje. Estaba rojo como un tomate y procuraba no mirarlos directamente a los ojos—. Lo siento, pero tengo que cerrar el aula.

—Sí, sí, claro. —Gádor carraspeó nerviosa—. Ya nos vamos.

Tomó la mano de Iván y, tirando de él, lo sacó de la clase. Intentaba contener la risa.

—Hacía años que no me pillaban besándome en clase con un chico —soltó carcajeándose.

Iván sonrió, la tomó de la cintura y juntos caminaron por el largo pasillo hasta la puerta de los vestuarios.

—Voy a darme una ducha. —Le señaló un despacho—. Espérame allí, es mi oficina.

Iván asintió y, antes de dejarla marchar, le dio un dulce beso en la punta de la nariz.

Gádor no tardó en salir de los vestuarios ya preparada. Llevaba una falda de vuelo que le llegaba hasta las rodillas y una blusa blanca que se anudaba a su cuello con una lazada.

Cuando entró en el despacho se encontró a Iván sentado tras su silla. La hacía dar vueltas lentamente mientras miraba la pequeña sala analizando cada rincón. Pero en cuanto la vio entrar paró la silla en seco, se levantó y se acercó a ella como era su costumbre, de manera sigilosa, insinuante.

No la tocó, la observó, parecía analizarla, como hacía un instante había hecho con su pequeño despacho. Arrugó la frente, negó con la cabeza y deslizó la goma que ataba su pelo en una coleta.

—Me gusta más así —le dijo mientras hacía ese gesto que ya se había vuelto costumbre de frotar su nariz sobre su cuello.

—Pero está mojado.

—No importa.

Se colocó la goma en su muñeca derecha con una sonrisa traviesa, haciéndola saber que no pensaba devolvérsela.

Metió la mano en el bolsillo de su pantalón y, como era ya una costumbre cada vez que se veían, al abrirla frente a ella le mostró la casi perfecta flor de papiroflexia. Gádor sonrió, se la llevó a la nariz, aspiró su aroma y depositó un

dulce beso en sus labios.

—Me estás malacostumbrando —le dijo.

—No, te estoy mimando, *malyshka*.

Sin más, la tomó de la mano y juntos caminaron hasta la salida de la academia.

Decidieron ir a un restaurante a cenar. Por primera vez su vida, Iván deseaba hacer cosas que las personas corrientes hacían, como una pareja normal.

Gádor se decidió por uno pequeñito y medio vacío donde podrían hablar con tranquilidad. Entraron y eligieron mesa, la más íntima y apartada.

—Les he gustado a todas las madres de tus niñas —dijo de pronto. La miró de manera triunfal y pinchó uno de los tomates cherry de la ensalada que había pedido Gádor y se lo llevó a la boca.

—Eso es normal. —Le dio un manotazo en su mano por robarle la comida, pero enseguida le sonrió—. ¿A quién no le vas a gustar?

—Soy... —sonrió con picardía—, impresionante —recalcó la palabra vocalizando con lentitud, recreándose en su acento diferente. Se señaló con la mano.

—No seas tan creído —dijo poniendo los ojos en blanco—. No tenía que habértelo dicho, ahora me lo recordarás toda la vida.

Iván nunca había sido bromista ni le interesaban las conversaciones banales, pero con Gádor todo era diferente, le gustaba verla reír, charlar con ella... Deseaba saberlo todo, todo.

—Se ve que tus niños te adoran —comentó tras darle un buen trago a su copa de vino y cambiando a un tema que le preocupaba.

—Sí, y yo a ellos. —Su mirada se iluminó, al igual que su preciosa sonrisa.

—Te gustan mucho, ¿verdad? —Comenzó a mover el tenedor por el plato, tenía el estómago cerrado, pero trataba de disimular pasando los raviolis de un lado al otro, sin llevarse ninguno a la boca, y de vez en cuando bebía de su copa.

—¿Cómo?

—Te preguntaba que si te gustan mucho los niños.

—Me encantan. Es una tremenda satisfacción verlos aprender tan rápido.

Iván se puso muy serio, se le notaba preocupado.

—Gádor... ¿Crees que será un problema para ti el que no pueda tener hijos?

Se quedó un buen rato pensativa y el silencio para Iván se hizo pesado, como si le pudiera robar el aliento, el aire que necesitaba para respirar.

—No lo sé —dijo por fin. Quiso ser sincera, las mentiras no tenían cabida en su relación—. Siempre he soñado con formar una familia numerosa. —Al ver la mirada de pena de Iván buscó su mano sobre la mesa y le dio un apre-tón—. Deja que el tiempo nos guíe, Iván, no permitas que el miedo al futuro nos separe.

—Está bien... Tienes razón. Avanzaremos y, cuando llegue el momento, ya cruzaremos ese puente.

—Exacto. —La sonrisa regresó a su boca. Pero ahora era ella la que movía la ensalada de un lado a otro—. Iván..., ¿puedo preguntarte algo?

Entonces fue él quien buscó su mano, obligándola a soltar el tenedor; estaba claro que hoy ninguno de los dos terminaría su comida.

—Puedes preguntar todo lo que quieras, siempre.

—Es algo muy íntimo... —carraspeó nerviosa.

—No hay nada tan íntimo como nuestra relación, nada.

—Está bien. —Suspiró—. ¿Por qué no puedes tener hijos?

Iván cerró los ojos, esperaba su pregunta, sabía que ella la formularía, pero ahora que había llegado el momento... Era complicado, difícil y muy doloroso hacerle frente, pues la respuesta le llevaba a recordar un pasado que trataba por todos los medios de dejar atrás.

—No es necesario que me respondas —dijo rauda al ver el dolor en los ojos de Iván cuando los abrió.

—Sí, sí lo es. Es solo..., es solo que trato de buscar las palabras, que intento que los recuerdos no se apoderen de mí y me hagan daño. Pero quiero, deseo contarte todo. Come primero. Aquí —señaló la sala—, no es el lugar...

Gádor asintió con la cabeza. Intentó seguir comiendo, pero su estómago se había cerrado.

—Iván..., ya no tengo hambre, yo...

—¿Quieres que nos marchemos?

—Sí.

Para Iván, que tampoco había casi probado bocado, en cierto modo fue un alivio. Deseaba salir del restaurante porque el aire empezaba a faltarle, no estaba cómodo y el vino se le había subido a la cabeza, se sentía un poco mareado.

Con uno de sus gestos elegantes y discretos, llamó a la camarera y ella obedeció al instante porque Iván, sin pretenderlo, emanaba poder, autoridad y nadie era capaz de resistirse a su magnetismo. Ni siquiera la camarera, que llevaba pendiente de él toda la comida. Ni la señora que, dos mesas más allá, no le había quitado el ojo de encima hasta que su marido la reprendió.

—Traiga la cuenta, por favor —le pidió Iván, pero sin apartar la mirada de Gádor.

Él fue quien pagó pese a las protestas de Gádor, que dejó de insistir con rapidez, bastante tenso estaba el ambiente ya.

Salieron a la calle.

—Creo que no debo conducir, ni tú tampoco, bebimos en exceso. Tomaremos un taxi y mañana vendré a por mi coche. —El alcohol le pasaba

factura y no era ningún insensato.

Iván alargó la mano y paró a uno que pasaba en esos momentos por delante de la puerta del restaurante.

Ambos subieron e Iván le dio la dirección de su apartamento. Todo el camino fueron en total silencio, sin tocarse, sin mirarse.

Iván lo agradecía, necesitaba tener claras en su cabeza las palabras que pensaba usar, la manera en la que expondría, sin tapujos, cosas muy íntimas, cosas que no había confiado a nadie.

Entraron por la puerta principal, no por el garaje.

Saludaron al vigilante y tomaron el ascensor que los llevaba directos al apartamento.

Nada más entrar, Iván se dirigió hacia la cocina.

—Me apetece un vino, ¿quieres?

Sabía que había bebido mucho, pero en esa ocasión se permitiría que el alcohol le ayudase a afrontar la conversación que no podía demorar por más tiempo.

Gádor asintió. Se dejó caer sobre el sofá y lo vio desaparecer dentro de la cocina.

No tardó mucho en regresar, traía dos copas y una botella de un vino tinto que seguramente le habría costado muchísimos dólares. No se sentó a su lado, como a ella le hubiera gustado; según parecía, necesitaba mantenerse alejado.

Se acomodó en un sillón frente a ella poniendo no solo distancia entre ellos, sino también el obstáculo de una pequeña mesa colocada entre los dos sillones.

Abrió la botella con agilidad y, como si de un sumiller se tratara, lo sirvió y lo cató.

Gádor lo miraba fascinada, todos sus movimientos eran increíblemente sensuales: su manera de descorchar la botella, de echar el líquido en las copas, de hacerlo girar de tal manera que el vino parecía danzar, de olerlo como hacía con sus cabellos, con su cuello, para finalmente llevárselo a la boca. Y en ese preciso instante fue cuando la excitación de Gádor llegó a su momento más álgido. Ver cómo sus labios se posaban sobre el fino cristal, cómo su nuez subía y bajaba al tragar. ¡Era tan impresionante! Cerró los ojos y sonrió al recordar esa palabra.

—¿Qué te hace tanta gracia? —Parecía un poco molesto.

—No eres consciente, ¿verdad?

Iván soltó la copa, se recostó en el sofá, cruzó sus piernas de manera relajada y abrió mucho los ojos, sorprendido.

—No te entiendo.

—Nada, déjalo...

—No puedo dejarlo.

—Es solo una tontería y no quiero que tu ya hinchado ego lo haga más, porque temo que podrías explotar.

Puso una de esas sonrisas torcidas, esas que la volvían loca.

—No hace falta que me digas nada más. Creo que tengo muy claro lo que has querido decir y sé lo que estás pensando —dijo con seguridad.

—¿Sabes lo que estoy pensando? ¿Acaso eres vidente?

—No, *malyshka*, lo que pasa es que tú eres tan transparente que puedo ver lo excitada que estás tan solo con mirarte a los ojos. Sé que deseas que te tome entre mis brazos, que anhelas que te bese hasta quedar sin aliento y que te mueres porque mis labios te saboreen hasta hacerte gritar, hasta correrte en mi boca.

Un jadeo que no pudo contener salió de la garganta seca de Gádor. Esa voz era como la de un hipnotizador, sensual, excitante. Su manera de pronunciar las palabras la volvía loca.

Necesitaba serenarse, tomó la copa y le dio un largo trago.

—¿He acertado? —Sonrió de nuevo con picardía.

—Creo que no te hace falta ninguna respuesta.

—No, la verdad, casi hasta puedo oler lo excitada que estás.

¡Y ni siquiera la había tocado! Gádor no lo pudo remediar y soltó un suspiro.

—Pero antes de llevar a cabo todo lo que deseas, lo que ambos deseamos... —Iván dejó de sonreír, tomó otro trago y su semblante cambió, ahora estaba muy serio—, creo que te debo una conversación. Después... —tragó saliva con dificultad—, decidirás si quieres que haga realidad tus deseos, o tal vez lo que hagas será salir corriendo.

—No pienso irme a ningún lado.

Iván sonrió otra vez, pero esta vez con ironía.

—Eso ya lo veremos, *malyshka*. —Se sirvió otra copa, necesitaba más alcohol en sus venas. Bebió un largo trago—. Me preguntabas por qué no puedo tener hijos...

Calló durante un tiempo que pareció eterno, uno que entre ellos se hizo pesado, incómodo.

—Si temes que te juzgue... prometo no hacerlo —dijo Gádor en un intento de que su conexión, esa magia que tenían, regresara.

Iván adornó su boca con una sonrisa que denotaba tristeza, no alegría, una sonrisa torcida.

—No prometas algo que quizá no puedas cumplir.

—Al menos déjame intentarlo.

Iván le dio otro largo trago a su copa, necesitaba el calor del alcohol



recorriendo sus venas para rememorar ese tiempo tan... tan terrible.

—¿Recuerdas lo que te conté? —Carraspeó nervioso—. Lo de mi antiguo... «trabajo». —Ella asintió, ¿cómo podría olvidar algo así?—. La mujer... la mujer que me sacó de las calles... mi primera clienta. —Bebió otro trago, era tan complicado... Nunca había hablado con nadie de esas cosas, jamás había desvelado sus secretos más oscuros—. Ella quería sexo sin problemas, sin complicaciones. No le gustaba esperar, era impaciente y me propuso... hacerme una vasectomía.

Gádor abrió mucho los ojos.

—Pero... ¿accediste a eso? —preguntó sorprendida.

—Sí, Gádor, accedí, no lo pensé dos veces. Tenía hambre y frío. Tú no sabes lo que es el hambre, el hambre de verdad. Esa que te lleva a la desesperación porque el estómago te duele día y noche. Tú no sabes lo que es levantarse con esa sensación, acostarse con ella y no tener cómo saciarla. No sabes lo que es tener tanto frío que tus pies no pueden ni siquiera dar un paso, que te duelan los dedos de las manos como si te estuvieran clavando agujas. —Llenó su copa y la vació de un trago—. Le dije que sí, al fin y al cabo, ¿qué era lo que perdía? Nada, tan solo la posibilidad de traer a un niño a este mundo de mierda. Yo no sabía lo que era un padre, una madre, una familia. No tenía ni puta idea y la verdad es que, con dieciséis años y el estómago vacío, lo que menos me importaba eran los hijos y el futuro. ¿Qué perdía?, nada, y ¿qué ganaba?, comida, ropa y un lugar caliente donde dormir.

Lo ojos de Gádor se anegaron de lágrimas. No podía ni imaginar lo que él había sufrido. Los cerró, no pensaba llorar, sabía que a Iván no le gustaba que lo mirasen con pena y ella sería fuerte, fuerte por y para él. Porque lo merecía, porque lo amaba...

—Perdona... Según parece, al final no he cumplido mi promesa y te he juzgado. —Bajó su mirada, avergonzada.

—No, no. —Iván se levantó del sofá, se acuclilló entre sus piernas y la obligó a mirarlo a los ojos, empujando su barbilla con uno de sus dedos—. No te sientas mal, es normal, es difícil... Yo lo sé y lo entiendo.

Ambos quedaron en silencio.

—No debo beber más, creo... se me está subiendo el vino a la cabeza. —Cerró los ojos, se sentía mareado, pero era normal, había tomado..., ya no recordaba cuántas copas seguidas y apenas había probado bocado.

El cambio de tema vino bien para relajar un poco el ambiente. Pero aún quedaban más cosas que contar. Iván tenía que poner todas sus cartas sobre la mesa.

Lo mejor era soltarlo todo, así que tomó aire con fuerza, suspiró y se lanzó.

Se puso de pie y caminó hasta el ventanal. Apoyó la frente sobre el frío cristal.

—Tengo que contarte algo... —No podía ver sus ojos, pero estaba seguro de que Gádor debía estar preguntándose: ¿más?—. He dejado de ser un hombre rico —soltó de golpe y se giró hasta estar frente a ella.

—¿Cómo?

—Tenía... era el dueño de un club...

—¿Club? ¿Qué tipo de club? —Una alarma se encendió en su cerebro. Una luz roja le indicó que lo que iba a contarle, probablemente, no le gustaría.

—Un club de striptease, de prostitución.

—Oh. —Comenzó a sentir cómo le faltaba el aire.

—Es asqueroso, ¿verdad? —Iván sintió que la estaba perdiendo. Eso no se lo perdonaría.

—¿Por qué...? ¿Por qué no me lo has dicho antes?

—Porque temí que salieras corriendo.

—Tengo ganas de hacerlo.

—Lo sé.

—Nada me impide hacerlo ahora mismo. Puedo levantarme de este sofá y correr, lejos, muy lejos... —Sus ojos se anegaron.

—Puedes, pero confío en que no lo vas a hacer.

—¿Por qué?

—Porque entre nosotros hay algo muy fuerte, algo que nunca podrá destruirse. Tú y yo somos uno, Gádor. Somos como los órganos vitales de un cuerpo, nadie puede vivir sin corazón, y tú eres mi corazón.

El órgano aludido latió con tal fuerza dentro del pecho de Gádor que pensó que el muy traidor estaba a favor de ese hombre. Tragó saliva, se obligó a no llorar.

—¿Dijiste que eras el dueño?, hablas en pasado...

—Lo he dejado todo, Gádor. El club, este enorme apartamento, mis trajes caros, mis coches, todo. Solo me he quedado con un pequeño restaurante en el SoHo.

—¿Por mí?

—Te mentaría si te dijera que no has tenido nada que ver. Tú me has dado el empujón que necesitaba; la decisión la tenía tomada desde hacía mucho. Estaba cansado, odiaba esa vida...

Gádor clavó sus ojos en él, asintió, no sabía qué decir, estaba como en *shock*.

—¿Vas a dejarme? —preguntó asustado y colocándose de nuevo en cuclillas frente a sus piernas cerradas.

—No. No puedo —dijo asustada al comprender que sus palabras eran

ciertas. Para ella Iván también era su corazón.

—¿De verdad? —Sonrió feliz.

—¿Qué tienes? —inquirió Gádor tomando sus mejillas entre sus manos—. ¿Qué me haces? ¿Por qué te necesito tanto? —Parecía tan desesperada que la sonrisa de Iván se congeló, ahora estaba asustado. No quería hacerle daño y su simple presencia, el simple hecho de existir, le provocaba desasosiego.

—¡Dios, *malyshka*! ¡Lo siento tanto! —No podía excusarse por haber nacido, por respirar, por entrar en su vida, era tan ridículo...

—Tan solo... tan solo quiero saber si serás capaz de vivir sin todas esas cosas que antes te podías permitir. Me preocupa que no puedas adaptarte y al final regreses a tu antigua vida

—¿Solo? ¿No vas a salir corriendo?

—No, no, no.

—Nunca, nunca regresaré a esa vida. Ahora soy un hombre nuevo, quiero empezar de cero. Si te tengo, lo demás no me importa. ¿Me crees?

—Sí, Iván —ahora parecía enfadada—, no sé por qué, pero te creo. Confío en ti, lo hice desde un principio, sin saber nada, a ciegas. ¿No es una locura? —Se llevó una de sus manos a la frente y retiró el pelo de su cara de manera nerviosa—. ¿Qué me has hecho? Me traes a cenar, me dices que has estado viviendo del sexo y yo lo acepto, lo acepto y no me importa nada. Lo único que deseo es tenerte, que me acaricies, me olisquees, me beses... Creo que he perdido el juicio.

Iván bajó su mirada, por primera vez no podía aguantar la de ella. Ver su desesperación, su lucha interna... La entendía, toda esa situación era extraña, ilógica.

—No puedo pensar... —De nuevo clavó sus pupilas en las de ella—. No puedo imaginar una vida sin ti. Yo tampoco entiendo nada. Antes de conocerte, solo pensaba en mí, en mis necesidades. Nada más me importaba, pero entraste en mi vida como un huracán y ahora... ahora solo deseo verte reír, dormir a tu lado, sentir tu respiración, escuchar los latidos de tu corazón.

Lo único real eran ellos, sus miradas conectadas y la magia que existía cada vez que estaban cerca el uno del otro.

—¿Me crees?

«¿Otra vez esa pregunta?», pensó Gádor. Parecía que para él era muy importante su aceptación. Sonrió.

—Siempre —le contestó.

—Tú me has pedido que no piense en el futuro —dijo por fin—. ¿Podrías tú dejar de pensar en el pasado? —La preocupación que le llenaba el alma se podía ver en sus ojos, en la forma de pronunciar las palabras.

—Es lo justo, ¿no crees? —convino sonriendo. Deseaba calmar sus miedos. Aportarle seguridad.

—Sí, lo es. Pero lo complicado es hacerlo posible.

—Nada es fácil en una relación de dos, pero sé que lo lograremos.

—No estoy familiarizado con relaciones de pareja, no sé..., no soy ni siquiera capaz de afrontar lo que siento. —Bajó su mirada con tristeza.

—Pues entonces seré yo la que te enseñe. —Tomó su mano con fuerza, buscó su mirada y la determinación que Iván pudo ver en sus ojos le hizo soltar un profundo suspiro. Se sentía más seguro, más tranquilo. Las cosas podían funcionar, ellos podían tener un futuro juntos.

—Tu seguridad me ayuda.

—Eso está bien. —Sonrió feliz—. Y ahora, ¿cuándo piensas besarme?

Iván no necesitó más aliciente. Se arrojó sobre sus labios con fuerza, con tal sed que le resultó doloroso, pero no se quejó, se dejó hacer, pues en ese momento era lo que ambos necesitaban.

La ayudó a ponerse de pie y la tomó entre sus brazos. Gádor rodeó su cintura con sus piernas y él caminó unos pasos hasta dejarla sobre la fría superficie de la mesa. Gádor tembló.

—Creo que no podré ir despacio. Seré rudo...

—Sí, sí —gimió ella mientras le mordía el cuello.

Iván tenía prisa por llenarla y, sin dejar de besar su boca, se desabrochó el pantalón que, junto a su slip, dejó caer al suelo.

Se encontraba entre sus piernas. Pasó sus manos por sus muslos obligando a la falda a subir, hasta que quedó en su cintura enredada. La única barrera que los separaba era el tanga y él lo retiró hacia un lado. Sin más preámbulos, pues la necesidad era muy fuerte, y ayudándose con su mano, entró de un solo empujón, con contundencia y con tal ímpetu que Gádor tuvo que sujetarse con fuerza a sus hombros para no caer sobre la mesa. Con cada embestida su pequeño cuerpo se movía y su boca gemía.

Golpes secos, contundentes, con fuerza. Jadeos, gemidos, susurros de palabras ininteligibles, incluso alguna que otra blasfemia. Lenguas enredadas.

Nada tenía en esos momentos más importancia que el amor, el sexo y sus corazones latiendo juntos.

Gádor gritó al correrse e Iván dejó caer su cabeza sobre su hombro mientras soltaba un gruñido de placer.

Durante un buen rato permanecieron quietos, abrazados. Estaban sudorosos, ni siquiera se habían desnudado.

—¡Dios, *malyshka!* ¡Nunca sentí nada parecido! —exclamó.

Tomó su cara entre las manos, pero esta vez con ternura. La besó muy

despacio, como si tuviese todo el tiempo del mundo. Como si la vida se hubiese parado. Como si solo existieran ellos dos.

La ayudó a bajarse de la mesa y a colocarse la ropa. Se vistió. Sabía que ella tenía que marcharse, que seguramente necesitaría pensar a solas y asimilar todos los secretos que acababa de desvelarle.

—Iván, necesito... Hoy necesito estar sola. Lo entiendes, ¿verdad?

—Lo sé. —Le acarició una de las mejillas—. ¿Volverás?

—Siempre.

—No me vas a dejar, ¿verdad? —Se tensó asustado—. Dijiste que no me ibas a dejar. —Sus ojos expresaban miedo, era como un niño al que le regalaban una golosina y después pretendían quitársela.

Gádor se abrazó a su cuerpo, le tomó una de las manos, acarició su palma, el dorso, se llevó uno a uno sus dedos a los labios y los besó.

—Nunca, jamás.

No le gustaba que lo dejase solo, pero respetaba su necesidad de pasar la noche sin él. Aunque se ahogase solo de pensar en no tenerla, en no poder dormir abrazado a ella. Seguramente pasaría la noche en vela, dando vueltas. Gádor le ayudaba a dormir, a serenarse, sin ella las pesadillas lo golpearían, lo asaltarían.

—Déjame que pida un taxi y te acompaño a casa.

—No, no hace falta.

Iván fue a protestar, pero ella lo acalló poniendo uno de sus dedos sobre su boca.

¿Qué tenía esa mujer que con un simple gesto obedecía sin rechistar? Él, que tras dejar Rusia se había prometido no obedecer órdenes de nadie, ante ella estaba totalmente perdido, expuesto, y lo peor de todo era que no le importaba, que le gustaba sentir esa dependencia, ese deseo de cumplir todas y cada una de sus órdenes.

Gádor tomó su teléfono y llamó a un taxi.

—¿Me dejarás por lo menos acompañarte hasta la calle?

Gádor asintió con una sonrisa, no podía pedirle más.

Ya en la calle y al ver que el taxi llegaba, se besaron como si fuese la última vez que se iban a ver.

—No te enfades —le dijo acariciando su mejilla.

—No lo hago, es solo que sin ti no puedo conciliar el sueño. Te necesito.

Gádor cerró los ojos, estaba a punto de ceder, despedir a ese taxi y pasar la noche junto a Iván, pero...

—Por favor... —suplicó—. Necesito un poco de espacio, quiero pensar, recapacitar...

—Lo sé, pero... no me dejes... —Otra vez ese miedo irracional.

Iván nunca había tenido nada y ahora temía perderlo.

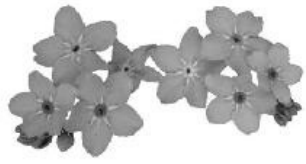
—Nunca. Es una promesa. ¿Me crees? —Esta vez fue ella quien lo preguntó.

—Siempre.

Se besaron de nuevo y, sin ganas, Iván se separó del calor de su cuerpo y comenzó a caminar hasta su apartamento, mientras ella lo hacía hacia el taxi.

—¡Iván! —le gritó antes de verlo abrir la puerta. Se volvió a mirarla—. Recuerda que te quiero.

Él le lanzó un beso y entró en casa.



## Capítulo 34. Última llamada.

Martes, 27 de junio de 2017.  
07:00 h.

Iván había pasado toda la noche en vela, le faltaba Gádor, la necesitaba.

Lo primero que hizo antes de poner los pies sobre el frío suelo de su habitación fue mirar su móvil y mandarle un wasap.

*Como te dije, no he pegado ojo en toda  
la noche y tú eres la culpable, te añoro malyshka.*

Mientras escribía el mensaje sonreía, siempre que pensaba en ella lo hacía, le aportaba tanta serenidad y paz...

*Lo lamento tanto... Yo también te eché de menos.  
Pero lo necesitaba. He reflexionado mucho sobre  
todo lo que hablamos, tampoco he podido dormir.*

Su contestación llegó rápido. La sonrisa de Iván se congeló: ¿qué quería decir con reflexionar?

*¿Me vas a dejar?* Escribió con manos temblorosas.

Iván cerró los suyos y suspiró, su corazón volvió a latir con regularidad. El miedo a la pérdida le golpearía siempre, el demonio de la duda lo perseguiría toda su vida, porque Iván conocía la soledad y, después de estar con Gádor, temía que ella fuese de nuevo su compañera de viaje en esa dura vida.

*Prométemelo.* Le rogó.



*Lo prometo. Contestó ella al instante.*

*Necesito verte hoy.*

*Luego te mando un whatsapp  
y quedamos, ¿te parece?*

*Esperaré impaciente.*

Gádor le llenó la pantalla de emoticonos lanzando un beso y él sonrió.

Se levantó mucho más animado. Esa mañana sería dura y complicada. Tenía que pasarse por el club, recoger sus cosas y despedirse del personal con el que había estado trabajando tantos años.

Se vistió con unos vaqueros viejos y rotos en las rodillas y una camiseta azul, desgastada por los lavados. No le apetecía ponerse traje; además, así estaría más cómodo para mover cajas. Tenía la intención de ir después a su casa nueva, ese apartamento le resultaba frío y estaba deseando dejarlo definitivamente. Si todo salía bien y le daba tiempo al traslado, esa noche sería la última que pasaba allí.

Antes de salir, guardó más cosas en cajas y, a eso de las ocho, salía de casa camino del club.

Entró por la puerta principal y subió directo a su despacho. Se sentó tras su mesa, quería hacerlo por última vez. Había pasado muchas horas allí, sabía que no lo añoraría, pero sin poder remediarlo una sensación de pena lo golpeó.

Cerró los ojos, suspiró. Notó cómo su móvil vibraba en el bolsillo de su vaquero y lo sacó con premura, quizá fuese ella.

*He salido a correr un rato, luego te llamo.* Decía el wasap de Gádor; le encantaba formar parte de su día a día, le gustaba que le informase de los pasos que daba porque se sentía integrado en su vida. Iván sonrió, jugaba con su móvil entre sus manos cuando Sex asomó la cabeza después de abrir la puerta.

—¿Puedo pasar?

—Claro, este es tu despacho.

Sex caminó hacia él y le dio un beso en una de sus mejillas.

—¿Cómo estás?

—Bien..., bueno, un poco raro. —Arrugó la nariz—. Tengo sentimientos contradictorios; por un lado, me siento como si me hubiese quitado un peso de encima, pero por otro..., por otro tengo miedo.

—Es normal, ahora tu vida tiene un nuevo comienzo y eso siempre asusta,

pero estoy segura de que has tomado la decisión correcta. Esta vida no te corresponde, Iván, ahora te toca ser feliz.

Los ojos de Sex brillaban, se notaba que estaba muy emocionada. Lo quería y deseaba lo mejor para él.

—Gracias, Sex.

—No me las des, los amigos estamos para eso.

Autom, uno de los camareros, llamó a la puerta en ese instante.

—Pase —dijo Iván y el joven entró sonriente.

—Jefe, ¿puede venir un momento?

—Ya no soy el jefe, Autom. Llámame Iván, por favor.

—Está bien, Iván, te necesito en la sala.

—Creo que a quien necesitas es a Sex, yo ya no trabajo en el club.

—Iván —dijo Sex muy seria—. Estás sentado en la mesa del jefe, así que creo que, aunque sea por última vez, deberás ejercer como tal.

Iván soltó una carcajada, esos dos tramaban algo, se les veía a la legua, pero estaba totalmente seguro de que no sería nada malo, muy al contrario, así que se levantó de la silla y caminó seguido de Sex y Autom hasta la sala.

Nada más entrar un fuerte «sorpresa» se escuchó a coro. Todo el personal, incluso el que a esas horas no debía estar en su puesto de trabajo, estaba en la gigantesca sala, esperándolo.

Iván los miró a todos con los ojos brillantes de emoción. Jamás en su vida habría pensado que había calado tan dentro de todos sus empleados, nunca se hubiera imaginado que le harían una fiesta por su retirada del mundo de la noche.

Uno a uno le dieron un fuerte abrazo e Iván se dejó. Los hombres le palmearon con fuerza la espalda, las mujeres dejaron la marca de sus carmines en su cara. Le felicitaban por la nueva vida que iba a comenzar, le decían que, si alguna vez necesitaba ayuda, podía contar con ellos.

Iván miraba todas esas caras sorprendido y feliz. Los iba a echar de menos, de eso no le cabía ninguna duda.

Pasó un buen rato junto a todos sus empleados hasta que poco a poco se fueron marchando.

Iván regresó al despacho, tenía que terminar de cerrar unas cajas.

Entró seguido de Sex.

—No me esperaba esto, Sex. Yo... —Ella vio sus ojos brillantes y lo abrazó con fuerza.

—Aquí todos te quieren.

Iván sonrió, se soltó de sus brazos y comenzó a cerrar las cajas que tenía apiladas en un lado del despacho.

—¿Quieres que te ayude? —le preguntó.

—No hace falta, gracias. Ya está todo. Solo tengo que...

Comenzó a tocarse los bolsillos de los vaqueros, se acercó a la mesa y miró la superficie de madera.

—¿Qué te pasa?

—No encuentro mi móvil. Juraría que lo dejé sobre la mesa.

—¿Lo trajiste de casa?

—Sí, estoy seguro porque nada más sentarme miré un wasap.

Sex le ayudó a buscar. Llamó desde el suyo, pero no se oía por ningún lado, abrieron las cajas por si se hubiera caído dentro de alguna, pero no apareció.

—Toma este de momento, hasta que encuentres el tuyo. —Sex abrió un cajón de su mesa y le tendió un móvil.

—Gracias —lo tomó de sus manos y lo primero que hizo fue mandarle un wasap a Gádor.

*Hola malyshka, he perdido el móvil,  
a partir de ahora hablaremos por este.*

\*\*\*

Gádor había salido a correr. Necesitaba ese tiempo a solas, con el aire golpeando su cara, sintiendo sus músculos forzarse al máximo... Regresaba a casa después de una hora de intenso ejercicio.

Unas sirenas sonaban a lo lejos. «¿Qué habrá pasado?», pensó mientras se volvía a mirar. Un escalofrío le recorrió la espalda, tenía una rara sensación, pero la descartó porque le parecía absurdo. Se encogió de hombros y entró.

—¡Hay alguien en casa! —gritó. Pero no recibió respuesta.

Subió las escaleras. Necesitaba una ducha. Entró en su cuarto, se desnudó y se dio un buen baño.

Con el albornoz y el pelo envuelto en una toalla, miró sus mensajes. Tenía uno de Iván, según parecía había perdido el móvil. Se puso a contestarle, pero de repente le entró otro wasap, este desde el número que Iván siempre usaba.

*Hola preciosa.  
¿Qué haces?*

*Llego a casa de correr. Contestó Gádor. Veo que lo has encontrado.*

*¿Cómo?*

*Tu móvil.*

*Oh, sí. Lo encontré. Luego te llamo,  
ahora estoy un poco liado .*

Sonrió, qué desastre, ¿dónde lo habría metido?

De pronto sonó un fuerte estrépito que venía del desván, de la habitación de Martín. Gádor subió a la carrera, asustada. Abrió la puerta y entró. La luz se filtraba por la celosía del techo e iluminaba toda la estancia. Parecía estar todo en orden, nada se había caído. ¿Qué habría sido ese ruido? Arrugó la nariz al sentir un fuerte olor a jazmín, ¡qué extraño! Miró en todas direcciones, nada estaba fuera de lugar. Se encogió de hombros y, cuando se dispuso a salir de la habitación, una carpeta negra que Martín tenía sobre la mesa, junto a su ordenador, cayó al suelo como si de repente una fuerte ráfaga de viento hubiese entrado por la puerta, pero ella no había sentido nada. El contenido de la carpeta quedó esparcido por el suelo y Gádor se puso a recogerlo.

«Caso: asesino del parque Rattford», rezaba el documento. No debía mirar, eran cosas de su hermano, de su investigación, pero una voz dentro de ella le susurraba, le alentaba a echar un vistazo. Tomó todos los documentos y la carpeta y se sentó en la cama. Se sentía culpable, como si estuviera haciendo algo prohibido, pero, sin saber muy bien por qué, tenía una imperiosa necesidad de mirar...

Leyó el informe, observó las fotos de las chicas muertas con asombro, la verdad era que se parecían mucho a ella. Ahora entendía a Martín; su miedo, que parecía irracional a sus ojos, en ese momento le pareció lógico.

Pasó hoja por hoja, leyó hasta el último punto y perdió el aliento cuando llegó a la parte donde se describía la manera en que fueron encontrados los cuerpos.

—¡Dios! —salió de su boca, que inmediatamente tapó con una de sus manos al ver las fotos de los cadáveres.

El informe hablaba de cómo el asesino adornaba el cabello de sus víctimas con nomeolvides; el nombre era muy bonito y las flores, que se llamaban así, también lo eran, pero al ver la foto y reconocerlas, su corazón se paró durante unos segundos.

Esas flores..., esas pequeñas flores azules, eran las que Yuri había dejado en el baño de Iván.

Asustada, dejó la carpeta encima de la mesa y corrió escaleras abajo hasta su habitación. Tomó el móvil con manos temblorosas y llamó a Iván. Al segundo toque la llamada se cortó y entró un wasap. Lo abrió rauda y leyó.

*Ahora no puedo cogerlo,  
estoy en una reunión. ¿Pasa algo?*

*Necesito verte ya.  
Es muy importante.*

*Cuando salga iré a mi apartamento,  
tengo cosas que recoger. Si quieres nos vemos allí.*

*Voy ahora mismo, no tardes y...,  
por favor, ten cuidado.*

*¿Cuidado? ¿Cuidado de qué?*

*De Yuri.*

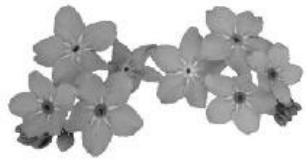
*No te entiendo.*

*En casa te lo explico.  
Pero ándate con ojo si te encuentras con él.*

*Tranquila, nos vemos en casa.*

Se vistió con rapidez. Llamó a Martín, tenía que saber lo que estaba pasando, pero no le contestó. Le dejó un mensaje:

*Martín, sé quién es el asesino del parque.  
Ven a esta dirección y te lo explicaré todo.*



## Capítulo 35. Un ciudadano ejemplar.

Martes, 27 de junio de 2017.  
10:00 h.

Martín pasó la mano por el espacio del colchón que había a su lado y lo sintió frío, vacío. Abrió los ojos con la esperanza de encontrarla, pero no estaba. Le apetecía tumbarla y recorrer su cuerpo con su boca, con sus manos, después entraría en ella despacio, muy despacio, pero... No estaba. Molesto, se levantó, quizá estuviese en la cocina. Se puso sus vaqueros, sin nada más que cubriera su cuerpo y, descalzo, la buscó por la pequeña casa. Por desgracia, no la encontró por ninguna parte.

Así que decidió hacerle caso a su estómago, que no hacía otra cosa que rugir. Entró de nuevo en la cocina y vio la cafetera llena de café recién hecho, desprendía un aroma que le incitaba a coger una taza y llenársela. Y así lo hizo, abrió varios muebles hasta dar con lo que buscaba.

De repente, reparó en un papel adherido a la nevera con un gracioso imán de un oso con ojos saltones. Lo tomó con una mano y leyó: *estoy paseando a Bola, tienes café recién hecho y brownie de chocolate casero, Te he dejado una llave sobre la mesa del salón por si tienes que salir.*

Se sirvió y le dio un largo trago, sin azúcar, sin leche; era intenso y fuerte, muy bueno.

Martín sonrió, sus tripas se quejaron otra vez, por lo que se cortó una enorme porción del *brownie* para intentar calmarlas.

—¡Dios, qué bueno! —exclamó mientras ponía los ojos en blanco.

Se sentó con su café humeante y su *brownie*. Sacó su móvil del bolsillo de su pantalón para ver sus mensajes. Tenía unos cuantos de Gádor y los abrió; en los primeros le echaba la bronca por no haberla llamado, luego tenía una de sus

largas parrafadas contándole sobre sus clases y, cuando se dispuso a leer el último, le entró una llamada. Al ver de quién se trataba, lo cogió al instante, quedando el mensaje más importante en el olvido.

—Hola, Josh —dijo con la boca llena. El número que le llamaba pertenecía a uno de sus hombres: Josh Turner.

—Martín. Ha vuelto a pasar, lo ha hecho de nuevo. —No necesitaba escuchar nada más, sabía perfectamente a qué se refería.

A Martín se le cayó el *brownie* al suelo.

—Habla.

—Estoy de camino, me ha pillado fuera de la ciudad. Llegaré más o menos en una hora. Intenté localizar a Alexis, pero no me coge el teléfono.

—¿Cómo te has enterado?

—Uno de nuestros agentes la ha encontrado por casualidad. Estaba corriendo por el parque y se tropezó con el cadáver.

—Dile que me llame inmediatamente.

—Está bien, nos vemos allí.

Josh colgó al instante sin esperar tan siquiera un «hasta luego» por parte de Martín. A los pocos segundos, sonó de nuevo su teléfono.

—Señor, soy Jared Sleint.

—No le conozco. —Ese nombre no le sonaba.

—Llevo tan solo dos días trabajando en la comisaría.

Martín puso el manos libres, no había tiempo que perder. Sus manos temblaban mientras se vestía, apenas atinaba a ponerse la camiseta.

—Cuénteme.

—Corría por el bosque cuando me encontré con el cuerpo.

—¿Está con ella?

—Sí, señor, no me he movido. Llamé a la inspectora Alexis, pero no me contestó. Así que telefoneé al teniente Turner y mandó un par de patrullas; están a punto de llegar, me lo ha confirmado el teniente.

—Bien. No se mueva de allí hasta que yo llegue. Que nadie toque absolutamente nada.

Se dio mucha prisa. El asesino había vuelto a matar, otra vez. Era una pesadilla. Se retiró el pelo de la cara, nervioso.

Un sonido le llamó la atención.

—Estoy escuchado el ladrido de un perro.

—Sí, señor, la mujer llevaba uno. Lo he tenido que atar a un árbol porque se quería acercar y ahora no para de llorar.

—¡Alma! —De repente su voz se quebró, su corazón dio un vuelco. Alma estaba en el parque paseando a Bola—. ¿La mujer le resulta conocida? —Jared



llevaba poco en la comisaría, pero quizá conociera a Alma de The Charly's.

—No, señor.

—¿Cómo es el perro?

—No entiendo mucho de razas.

—¡Describame su puto aspecto! —gritó nervioso.

—Pues, no sé... —Jared se inquietó, la reacción del detective le pareció desmesurada, no entendía qué importancia tenía el aspecto de un perro—. Tiene mucho pelo y es de color canela...

Cerró los ojos por un instante, Bola era de color canela. ¡No, Dios mío! ¡Por favor, no!, repetía como en una oración mientras se colocaba el arnés y la pistola.

Tomó la llave que Alma le había dejado en la mesa del salón y salió a la carrera, con el móvil en la oreja llamando a Alma y rezando para que le contestase.

### *Asesino*

Camino por el parque con las manos en los bolsillos de mi traje. Creo que hoy es el día. Ya no puedo esperar más; mi deseo por matar es tan intenso que he estado tentado de hacerlo..., pero me he resistido porque ella no era lo suficientemente pura, ni tenía nada que ver con mi ángel.

La busco, sé que todos los días a esas horas sale a pasear con ese sucio chucho. La he vigilado y nunca falla.

Recorro el parque, es pronto y no hay mucha gente, pero sé que dentro de nada se llenará, así que me impaciento. Es ahora o nunca.

La veo, por fin la veo. El chucho tira de la correa, quiere soltarse. Ella camina sonriente y lleva unos auriculares en las orejas. Mejor, así no podrá oírme cuando me acerque.

Su pelo negro recogido en una coleta muestra su precioso rostro. Es verdaderamente como un ángel, como ella... Me regocijo; esta será, sin duda, mi mejor obra de arte.

Me acerco despacio, sin hacer ruido, aunque sé que ella no me puede escuchar, tiene el volumen muy alto.

Llevo unos guantes de látex, no quiero dejar huellas.

Me coloco a su espalda, me cercioro de que nadie me ve y, con un movimiento rápido, la tomo de la cintura con un brazo y con mi otra mano tapo su boca.

En su lucha por liberarse, la correa se le escurre de la mano y el perro sale corriendo.

Tiro de ella mientras miro a todos los lados, según parece nadie me ha visto.

La llevo a la zona del bosque. Ella patalea, intenta gritar, pero el sonido de su voz es inaudible, pues mi mano la tapa por completo. Como es menuda no me cuesta nada arrastrarla hasta la espesura.

La llevo hasta el río y entonces la giro para que pueda verme, para que mis ojos se claven en los suyos una última vez antes de matarla.

Ella parece suplicar clemencia con su mirada, veo su miedo, su sorpresa. Me excito, me gusta.

Llevo mis manos a su garganta y aprieto. Aprovecha que mi mano ya no está sobre su boca y un chillido se le escapa, pero muere al instante al quedarse sin aire.

Puedo ver el momento preciso en el que se le apaga la

luz y yo deseo reír, pero callo.

La dejo sobre el suelo con mucho cuidado. Le arranco la goma de la coleta y esparzo su pelo, a modo de abanico, sobre la hierba aún húmeda por el rocío de la noche. Saco de mis bolsillos las pequeñas flores azules y las coloco sobre su pelo. Pinto sus labios de rosa y sus mejillas con mucho cuidado, quiero que quede perfecta.

Me separo y contemplo mi obra, es tan bonita...

Le saco unas cuantas fotos, desde todos los ángulos, para recrearme en casa, a solas.

El chucho nos ha encontrado y no para de ladrar, así que decido que es el momento de largarme, antes de que alguien lo escuche.

Me voy como vine, con mis manos en los bolsillos y silbando una canción mientras camino.

Mi obra está acabada, ahora solo queda esperar a que la policía la encuentre y de nuevo llenaré las páginas de los periódicos; solo de pensarlo, una enorme sonrisa se dibuja en mi cara.

Mi pecado, él tiene la culpa, solo él.

\*\*\*

Martín llegó al parque subido en su coche. Aunque estaba cerca, esa era la manera de llegar lo antes posible.

Vio cómo los coches patrulla iban invadiendo el parque, cómo sus compañeros corrían hacia el bosque, mientras otros se limitaban a impedir que los curiosos se acercasen.

Martín corrió desesperado, sentía cómo su corazón latía a cien por hora. No era creyente, pero rezó, rezó todo el camino hasta que llegó al bosque.

A lo lejos pudo distinguir cómo se iba montando todo el dispositivo, cómo sus compañeros cerraban con cinta el perímetro alrededor del cadáver y pudo ver cómo uno de sus hombres le hacía señales para que se acercase.

Pero Martín, por primera vez en su vida, tenía tanto miedo que no deseaba aproximarse a la escena del crimen. Se quedó paralizado, como si de repente le hubieran salido raíces. Sintió cómo una gota de sudor se deslizaba por su espalda. Uno de sus hombres se aproximó a él preocupado al percatarse de que no se movía del sitio.

—Martín, ¿estás bien?

—Al ver que no reaccionaba, le tocó el brazo.

—¿La has visto? —Josh era uno de los policías más antiguos de la comisaría, si era Alma quien estaba tumbada sobre la hierba, la habría reconocido.

—Sí, Martín, la he visto —dijo con tristeza.

Martín clavó sus pupilas en él, pero al escuchar el ladrido del perro, volvió su mirada hacia la dirección donde el can se encontraba atado.

—¡No es Bola! —gritó. No quería sentirse feliz, había una mujer muerta, pero no podía evitarlo y un suspiro de alivio salió de su boca.

—¿Cómo? —preguntó Josh.

—No, nada, es solo que pensé... —No quiso dar más explicaciones y, sin más, sus pies por fin se movieron rápidos hasta quedar frente a la mujer asesinada y así pudo confirmar que no se trataba de Alma.

Estaba claro que el asesino del parque había actuado de nuevo. Las nomeolvides decorando su cabello negro, las mejillas y labios rosados lo confirmaban.

Martín pidió disculpas en silencio a la cuarta víctima porque no había sido capaz de cazar a ese psicópata y por ello ahora otra preciosa y joven mujer yacía inerte, sin vida...

Sintió la melodía de su móvil y miró la pantalla. Era Alma.

—¿Martín?

—Hola. —Carraspeó, le había pillado con la guardia baja y seguramente se le notaría en la voz su estado de ánimo. No quería preocuparla.

—Tengo un montón de llamadas tuyas, ¿ha pasado algo? ¿Estás bien?

—La verdad es que no... —Se alejó un poco del foco de atención, allí estaba rodeado de policías—. Han asesinado a otra chica... —Un: «Oh, Dios mío», se escuchó al otro lado de la línea—. No puedo hablar ahora, tengo que dejarte, pero... —Se movía nervioso, sabía que el día iba a ser muy largo, aunque no podría irse a la cama sin verla—. Estaría más tranquilo si supiera que estás a salvo. Por favor, vete a casa. No sé a qué hora voy a terminar, quizá sean las

tantas y necesitaré verte.

—No te preocupes, que ya estoy llegando. Ven, Martín, ven a la hora que sea. ¿Tienes la llave que te dejé?

—Sí. —La tocó, estaba dentro de uno de los bolsillos de su vaquero.

—Te esperaré —dijo con determinación.

—Gracias, muchas gracias. Ahora te tengo que dejar.

—Hasta luego, Martín.

—Adiós. —En cuanto colgó, hizo otra llamada, esta vez a Alexis.

Pero el teléfono sonaba y sonaba y ella no lo cogía.

—¡Mierda, joder! —exclamó enfadado. Colgó y se guardó el móvil en el bolsillo. Había tratado de localizarla y ella no daba señales de vida—. ¿Dónde coño te has metido? —lanzó su pregunta al aire, sabía que no iba a obtener ninguna respuesta y se sentía frustrado. Necesitaba a su compañera a su lado y a ella le había dado por desaparecer en un momento crucial e importante.

Josh se acercó a él.

—¿Has conseguido localizar a Alex?

—No, nada de nada.

Josh chasqueó la lengua.

—Joder, no debía tener más de veinte años. —Martín señaló con la cabeza el cuerpo de la chica.

Solo de pensar en comunicarle la noticia a su familia se le rompía el corazón. Otra muerte absurda a manos de un psicópata, uno que debían haber cazado hacía ya tiempo.

—Las flores... nomeolvides —dijo Josh con su mirada clavada en el cabello negro de la chica.

Un fotógrafo sacaba instantáneas desde todos los ángulos y el sonido de la cámara retumbaba con fuerza en la cabeza de Martín, que se colocó en cuclillas junto a la chica y miró sus ojos abiertos, sin brillo.

—Te prometo que lo pillaré. Lo juro —susurró a unos oídos que ya no lo podían escuchar.

\*\*\*

Alma llegó a casa temblorosa. Pensar que mientras estaba en el parque paseando a su perrito habían asesinado a una chica, le ponía el vello de punta.

Un escalofrío recorrió su cuerpo, ahora entendía la preocupación de Martín. Siempre había estado seguro de que el asesino volvería a matar y, por desgracia, su intuición no le había fallado.

Intentó distraerse, dio de comer a Bola, pero las sirenas de los coches

patrulla la hicieron asomarse al ventanal del salón.

Habían cerrado el parque, no dejaban pasar a nadie y la gente que estaba dentro salía en tropel, caminaban rápido por la calle, alejándose. Ver el despliegue de policías imponía y asustaba.

Una figura llamó su atención porque permanecía estática, frente al resto de gente que corría asustada, sin saber qué era lo que estaba pasando.

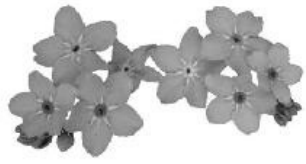
—Jazz —susurró y él pareció oírla porque elevó su mirada hacia el ventanal.

Alma, sin saber muy bien por qué, sintió la necesidad de esconderse, de no dejarse ver.

Temblaba aterrorizada, agazapada en un rincón, donde la mirada de él no la podría localizar. No sabía los motivos que le inducían ese miedo ilógico hacia Jazz, si bien era cierto que comenzaba a agobiarla, pues aparecía en todos los sitios donde ella estaba; nunca se había comportado de forma violenta o extraña, muy al contrario, siempre era amable. Entonces, ¿por qué...?

Se asomó con precaución, despacio. Lo buscó, pero ya no estaba.

Se dejó caer en el sofá preocupada. ¿Se estaría volviendo una paranoica?



## Capítulo 36. Argo.

Martes, 27 de junio de 2017.

08:00 h.

Linda estaba sentada frente a Allan, el programa de radio había terminado a eso de las seis de la mañana y lo convenció, aunque no le hizo falta insistir mucho, para tomarse un café juntos en uno de los locales que había junto a la emisora.

—¿Estás cansado? —le preguntó al ver sus profundas ojeras.

—No, qué va.

—Tienes mal aspecto.

—No es nada, solo que últimamente duermo mal.

Su problema tenía nombre y apellidos: Linda. No dejaba de pensar en ella, tanto de día como de noche. Contaba las horas para poder verla, los minutos y segundos para sus conversaciones diarias a través de Skype. Esos ratos junto a ella se habían convertido en el centro de su vida y, como el aire que respiraba, los necesitaba.

—Linda... —Hoy era el día que se había programado para ser sincero, para decirle lo que sentía. Pero una cosa era pensarlo a solas, en casa, y otra tenerla frente a él, con su preciosa melena rubia suelta, sus ojos mirándolo expectantes y esa boca que prometía ser jugosa y que deseaba probar.

—Dime. —Al ver que no se decidía a decir nada, lo animó.

—Verás, yo... —Clavó sus ojos en el mantel de cuadros rojos y verdes que cubría la mesa. Era más fácil si no la miraba. «Allá voy», se alentó—. No hago otra cosa que pensar en ti.

Cerró la boca de golpe y, con timidez, se aventuró a mirarla.

—Y yo en ti —dijo ella, y la boca de Allan se abrió de par en par por el asombro, no pensaba que esa sería su contestación. Acercó su silla hasta quedar



frente a él y aproximó su rostro al de Allan—. ¿Vas a tardar mucho en besarme?

Le costó entender el significado de su pregunta, porque aún seguía en *shock*. ¿Le gustaba?, él jamás pensó que una mujer tan bonita, tan inteligente, tan maravillosa como ella se iba a fijar en un don nadie como él y ahora..., ahora, ¿le estaba pidiendo un beso?

Allan sentía cómo su corazón latía fuerte, cómo sus manos sudaban. Miró su boca, sus labios pintados de rosa lo llamaban, lo provocaban y no esperó más.

Se secó las manos en sus vaqueros y tomó la cabeza de Linda entre ellas, se acercó hasta que sus labios se tocaron, suaves, sin presión. No le importó estar en una cafetería, con ojos indiscretos mirándolos, a él que siempre le gustaba pasar desapercibido, que odiaba sentir las miradas de los demás... No, le dio lo mismo, tan solo deseaba devorar esa boca jugosa y lo hizo.

No había besado a muchas mujeres en su vida, no era un experto en ese arte, pero a Linda le pareció el mejor beso que le habían dado en toda su vida, porque con él sintió el revoloteo de las mariposas en su estómago.

Allan se separó despacio, muy despacio, no porque le apeteciera, sino porque deseaba ver la reacción de Linda, mirar sus ojos y ver si le había gustado, y la verdad es que lo que vio lo dejó sin respiración. Su mirada estaba cargada de deseo, uno intenso que atravesaba sus iris y se clavaba en el centro de los suyos.

—¿Por qué paras? Bésame, no dejes de hacerlo —susurró Linda contra sus labios y él obedeció encantado.

Un carraspeo los sacó de su mundo, se separaron y vieron al camarero que, a su lado, los censuraba con la mirada.

—¿Quieren la cuenta? —Más que una pregunta, era una sugerencia.

Allan asintió, el camarero se la tendió y le pagó. Estaba congestionado, sus mejillas rojas, pero de repente, cuando el camarero se marchó con el dinero y escuchó la risa de Linda, rompió a reír él también.

Salieron de la cafetería cogidos de la mano. Se besaron a cada paso que dieron y les costó llegar hasta el coche, a pesar de que estaba cerca.

Dentro del coche los besos y las caricias subieron de tono.

—Vamos a mi casa —propuso Linda y Allan no tenía nada que objetar.

Salió tan rápido que las ruedas chirriaron y se obligó a frenar si no quería tener algún problema con la policía.

Linda le fue indicando, mientras su mano recorría su pierna en una caricia que le estaba volviendo loco.

Cuando llegaron, Allan aparcó con una maniobra rápida y perfecta; antes de salir del coche, más besos y cada vez con más pasión, más ardor.

En el ascensor no les quedó más remedio que comportarse, pues sus vecinos del rellano, una pareja de ancianos, entraron junto a ellos. Los cuatro pisos que

duró la subida mantuvieron con ellos una conversación banal, una de esas que se tienen en los ascensores, intentando que los segundos se pasen rápidos, por lo incómodo de estar en un espacio tan reducido con gente extraña.

Pero ya en casa, con la puerta cerrada, la pasión los golpeó de nuevo con tal fuerza que Allan la empujó allí mismo y la tomó entre sus brazos sin dejar de besarla. Uno de sus brazos, fuertes y musculosos, sujetaba su cintura, y con el otro elevó una de las piernas de Linda. Ella entendió lo que él quería y enroscó las dos en sus caderas. Se acomodó, hasta que sus sexos se rozaron y una fuerte descarga los golpeó a ambos haciéndolos gemir.

Estuvieron unos segundos en esa precaria e incómoda postura, hasta que Linda dejó su boca para susurrarle:

—Vamos a mi cama.

Allan asintió, quería hacerlo, pero no podía dejar de besarla, ni de frotarse, de recorrer sus piernas desnudas bajo su falda. En un momento dado pensó que iba a estallar, llevaba conteniéndose tanto tiempo que su resistencia se había quebrado.

La ropa estorbaba y Allan dejó por un momento de acariciar la pierna de Linda para intentar desabrochar su vaquero. Ella sonrió sobre su boca, según parecía no llegarían a la cama; él había asentido a su proposición, pero no se movía del sitio. Decidió ayudar, también lo deseaba.

Abandonó sus labios y se recostó contra la puerta.

—Déjame a mí —susurró entre jadeos.

Allan la depositó en el suelo por unos segundos. Linda aprovechó el espacio para desabrochar su pantalón y dejarlo caer al suelo, junto a su slip, mientras Allan le quitaba la camiseta y se arrancaba la suya.

Su pecho subía y bajaba rápido, sus ojos la devoraban. Puso sus dos enormes manos sobre sus nalgas y la elevó de nuevo. Ahora lo único que separaba sus sexos eran las braguitas de Linda. Cerró los ojos y siseó de placer al sentir el roce, estaba tan húmeda, tan preparada para él. Con un rápido movimiento se deshizo de ellas y guio su polla, que entró de un solo movimiento. El primer contacto lo dejó sin aliento. Era el paraíso, mejor de lo que había soñado.

La agarró con fuerza y comenzó a penetrarla con secas y duras embestidas que Linda acompañaba con gemidos de placer.

Había tanta necesidad, tantas ganas, que el orgasmo les golpeó intenso y rápido. Allan tan solo tuvo tiempo de salir de ella, era una locura vaciarse dentro y su mente, por suerte, había tenido un momento de lucidez.

Linda estaba agotada, parecía que su energía se había esfumado por completo en el último espasmo de placer.

Allan la depositó con cuidado en el suelo, pero no la soltó del todo, temía

que cayera. Con una sola mano se desabrochó las deportivas, se desprendió de la ropa que estaba entre sus tobillos y la tomó en sus brazos.

La llevó a la cama; tras limpiar con mimo los restos de su semen que manchaban su vientre, la tapó con la sábana, se acomodó a su lado y se quedó dormido.

Linda se despertó, sentía un peso oprimiendo su costado y lo miró: era el brazo de Allan que, de manera posesiva, se aferraba a su cuerpo. Miró el despertador de la mesilla, eran casi las doce de la mañana y las tripas llevaban un rato haciendo ruidos molestos.

Se movió despacio y logró salir de la cama sin despertar a Allan. Se puso su camiseta, le apetecía llevar algo que oliese a él. Le quedaba gigantesca y sonrió al mirarse en el espejo de la coqueta. Era una de las típicas camisetas que siempre llevaba Allan, una con el logo de alguno de los grupos que a él le gustaban tanto. En este caso era gris y la lengua y los labios rojos de los Rolling Stone le cubrían todo el pecho.

Antes de salir de la habitación, se giró a contemplarlo. Cuando dormía, parecía mucho más joven; de lado, aferrado a la almohada y con los rizos de su pelo negro cubriendo sus ojos. ¡Menudo cuerpo!, recordó, pues la sábana lo cubría casi todo, pero ella lo había tocado, lo había observado y la verdad era que, debajo de esos vaqueros viejos y amplios y esas camisetas, se escondían unos músculos bien definidos a los que ella pensaba hincarle el diente más de una vez.

Suspiró, si seguía mirándolo su estómago iba a tener que esperar más, porque se lanzaría sobre él como un kamikaze en busca de más de ese placer que solo Allan había sido capaz de darle. Como si fuera consciente de sus pensamientos, su estómago protestó de nuevo.

«Está bien, primero comida y luego sexo», se dijo mientras palmeaba su vientre.

Abrió la nevera en busca de qué preparar. Huevos con beicon y patatas, millones de calorías, pero era lo que más le apetecía en esos momentos; solo de pensarlo se le hizo la boca agua. Se puso manos a la obra.

Cuando ya lo tenía todo preparado y emplatado, se le antojó una ensalada, para compensar las calorías, se dijo riéndose. Aunque no le importaban lo más mínimo, porque pensaba rebajarlas haciendo muchísimo ejercicio con Allan.

Estaba cortando la lechuga y pensando en todas las posturas del kamasutra cuando unas manos la tomaron por la cintura y notó el peso de ese cuerpo, con el que estaba soñando, sobre su espalda.

—Hola —le dijo Allan mientras retiraba con una de sus manos el pelo y depositaba pequeños besos en su cuello.

—Hola —contestó ella. Se recostó y cerró los ojos para disfrutar de sus labios en esa zona tan sensible—. ¿Tienes hambre?

—Sí, de ti.

«A la mierda con mi estómago», pensó Linda y se volvió entre sus brazos para atrapar su boca.

Se besaron con ardor. Allan subió sus manos por sus piernas desnudas hasta llegar a sus glúteos y se encontró con una grata sorpresa: bajo su camiseta, no llevaba ropa interior. Eso le hizo sonreír y jadear a la vez.

La empujó con suavidad hasta la mesa de la cocina y, tomándola de la cintura, la colocó sobre la fría superficie.

—Estás preciosa con mi camiseta —dijo acariciando sus muslos. Se encontraba entre sus piernas y sus ojos eran como ascuas ardientes al mirarla.

—Quería sentir tu olor. —Apoyó sus manos sobre la mesa y lo admiró con deseo.

Allan sonrió encantado. Tomó el bajo de la camiseta entre sus manos y lo fue subiendo despacio, ella elevó sus brazos y dejó que se la sacara por la cabeza.

Tocó sus pechos con el dorso de sus manos, con sus dedos. Eran perfectos, ni pequeños ni muy grandes, con rosados pezones que estaban totalmente excitados por el roce de sus manos.

Su boca se colocó sobre uno de ellos y lo saboreó, lo degustó como si fuese ambrosía.

Su miembro erecto y libre, pues estaba totalmente desnudo, buscó la entrada, tanteó entre sus pliegues mientras que con su boca devoraba uno de sus pezones y sus manos se aferraban a sus caderas.

De pronto, el timbre de la puerta comenzó a sonar de manera insistente.

—¡Mierda! —exclamó Allan separándose de su cuerpo.

Linda se bajó de la mesa de un salto y corrió hasta la puerta. Pulsó el visor para ver quién estaba llamando y se quedó paralizada cuando vio que era su padre.

—Joder, joder, joder. —Corrió hasta la cocina—. Es mi padre. —Lo miró con angustia, con miedo.

—Tranquila, nos vestimos y le abres. —Allan tomó el mando. Le aterraba conocer a su padre, pero ella estaba tan nerviosa que aparentó calma.

Allan encontró su ropa esparcida por el salón y se vistió a gran velocidad, mientras Linda gritaba un «voy» a la puerta, que era contestado por una especie de gruñido desde el otro lado.

Allan se dejó caer sobre el sofá, como si llevase horas allí sentado. Se cruzó de piernas y puso una de sus sonrisas de «¡Aquí no ha pasado nada!». Linda se

había puesto un sencillo vestido de tirantes y recogido el pelo alborotado en una coleta.

Tomó aire con fuerza y abrió la puerta.

—Ya era hora. Llevo llamando un montón de rato. ¿Se puede saber qué coño estabas haciendo? De verdad, hij... —Cerró la boca al ver a Allan sentado en el sofá. La miró a ella y después de nuevo a Allan, que sonreía de una manera extraña y que, de repente, se levantó y le ofreció la mano a modo de saludo.

—Hola. Soy Allan, amigo de Linda.

Hermes era un hombre muy inteligente, había vivido muchas cosas; con treinta años se quedó viudo y con una niña pequeña a la que cuidar. Lloró por un tiempo la pérdida de su querida Margaret, pero después se dedicó a disfrutar del sexo sin compromiso y conocía una mirada de recién follado en los ojos de cualquiera, y ese tío la tenía. Un fuerte calor comenzó a subirle por las entrañas. ¿Un tipo con esas pintas había estado retozando con su niña?

—¿Qué es esto, Linda? —Rechazó la mano de Allan, la miró con asco y, como si no estuviera en la misma sala que él, se giró para enfrentar a su hija.

—Papá, él es Allan. Creo que se ha presentado y deberías tener algo de educación. —Estaba enfadada. Ya no era una niña a la que pillaba dándose el lote con un chico, era una mujer y estaba enamorada de Allan, no le gustaba nada la manera en la que lo estaba tratando.

—¿Y Martín? —Su tono seco no admitía duda, ni se iba a disculpar, ni sería amable con ese muchacho de pelo largo y ropa vieja que estaba en la casa de su hija.

—Ya no estoy con él, papá. Ahora estoy con Allan.

Hermes puso los ojos en blanco y su cara se tiñó de un extraño color escarlata.

—Esto ya es el colmo. Cuando por fin me acostumbro a ese novio tuyo, lo dejas y lo cambias por... —lo señaló de arriba abajo con asco—, por esto... Eres un desastre, hija, me avergüenzo de ti.

Allan siempre había sido tímido, comedido, pero al ver la mirada de tristeza de Linda, superó todas sus barreras y se enfrentó a ese hombre que la estaba haciendo daño y faltando al respeto.

—Señor... —carraspeó intentando serenarse—, su hija y yo estamos juntos, así que acostúmbrese. —Se puso a su lado y la tomó de la cintura, acercándola a su cuerpo para que sintiera su apoyo, su calor—. Ella es lo mejor que me ha pasado en la vida. —Ahora sus ojos estaban clavados en los de Linda y hablaba solo para ella—. Es inteligente, preciosa y soy el hombre más afortunado del mundo por tenerla. —Sus ojos se clavaron en Hermes, ahora fríos—. Si no lo acepta, lo lamento. Ahí tiene la puerta. —La señaló.

Hermes se quedó en silencio por un largo rato, quiso mantener la mirada de Allan, pero al final este último venció.

—Linda..., ¿no tienes nada que decir? —Miró a su hija.

—No, papá. Lo quiero y estamos juntos.

Hermes asintió y abrió la puerta.

—Papá, si cambias de opinión, si de una vez aceptas mis decisiones, la puerta de mi casa siempre estará abierta para ti.

Hermes no dijo nada, asintió de nuevo y cerró tras de sí, dejándolos solos.

Allan la tomó entre sus brazos al notarla temblar. Lloraba. Se aferraba a su camiseta y él intentó consolarla.

—Lo siento —dijo entre sollozos—. Lamento que lo hayas conocido, él..., siempre es...

—Shhh, tranquila. —Acarició con cariño su cuello—. Ya recapacitará, dale tiempo.

—Lo dudo, es muy cabezota. Todo lo que hago le parece mal. Vengo de una familia de dinero y a él le encantaría que viviese en su mansión, que fuese una de esas mujeres florero que solo viven por agradar a la vista de los hombres. Que fuese de fiesta en fiesta de gala, con sedas. Le molesta mi trabajo, mi pequeño apartamento, mi ropa...

—Si no te acepta como eres, es porque no te conoce lo suficiente... —Le besó la punta de la nariz—. Además, cuando pase el tiempo y nos vea juntos, estoy seguro de que terminará cogiéndome cariño. Recuerda que soy adorable.

—Puso una mueca que la hizo reír.

Lo abrazó con fuerza y lo besó.

—Gracias.

—No, Linda, soy yo quien tiene que dártelas a ti.

La tomó de la mano y la llevó hasta la cocina. Le indicó que se sentara y él lo hizo frente a ella. Comenzaron a comer en silencio, pero lanzándose miradas de complicidad.

El móvil de Allan sonó. Lo sacó de su bolsillo y vio que tenía un mensaje de la emisora.

—Tengo que ir —dijo enfadado—. Según parece, ha ocurrido algo y me necesitan en el control.

—¿Qué habrá pasado? —preguntó preocupada.

Allan puso la televisión, un canal de noticias, y los dos se quedaron sin aliento al ver la noticia.

—*El asesino del parque Rattford ha vuelto a actuar esta mañana...* —decía el locutor.

Allan se dejó caer en la silla y se frotó la cara.

—Madre mía, no —sollozó Linda.

Inmediatamente pensó en Gádor y le mandó un mensaje.

—Martín ha hecho de mí una loca desquiciada como él.

—¿Por qué dices eso?

—Porque en lo primero que he pensado es en mi amiga Gádor.

—Ya, te entiendo.

—Y seguro que ella estará con su ruso, tan tranquila, ajena a todo...

Allan se levantó de la silla con tal ímpetu que esta cayó al suelo.

Linda lo miró sorprendida.

—¿Qué te pasa?

—¿Cómo lo has llamado?

—¿A quién?

—Al tipo que estaba con Gádor, al guaperas de traje caro... A Iván.

—Ruso, es de allí.

Se dio con la palma de una de sus manos en su frente como si hubiese averiguado el secreto mejor guardado.

—¡Joder! —Comenzó a caminar por la cocina dando grandes zancadas—. ¿Te acuerdas de que te dije que yo conocía a ese tipo de algo?

—Sí.

—Pues ya me he acordado de qué lo conozco. Ese tío es el Ruso, un tipo que se dedica a los clubs de prostitución. Se le investigó durante un tiempo, pues se le asoció a las mafias rusas. Incluso se le acusó de trata de blancas. —Al ver que Linda perdía el color corrió a aclarar—. Pero no se pudo demostrar nada.

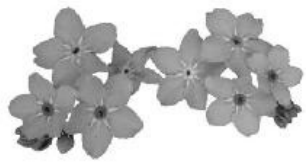
—¡Dios mío, Allan! ¿Estás seguro?

Sacó su móvil y buscó noticias antiguas en Google.

—Mira. —Le enseñó la foto de Iván esposado y en un juzgado.

Linda no necesitó ver nada más. Tomó su móvil y llamó:

—Martín, tengo que contarte algo muy importante. Se trata de Gádor...





## Capítulo 37. El protegido.

Martes, 27 de junio de 2017.

11:15 h.

Gádor llegó al edificio de apartamentos. Entró sudorosa, nerviosa y se topó con el vigilante. La reconoció al momento y le saludó:

—Buenas días —dijo con una enorme sonrisa—. El señor me ha dejado una llave para usted. —Le tendió una tarjeta—. Puede subir por el ascensor privado.

Le indicó la puerta, otra diferente a la que utilizaron para subir la última vez que estuvo allí.

—Con esta llegará dentro del apartamento. —Le aclaró al verla reticente a subir.

—Muchísimas gracias. —Gádor tomó la tarjeta con manos temblorosas e intentó corresponder a la sonrisa del vigilante con otra, pero le salió una mueca extraña.

La puerta del ascensor se abrió y el vigilante le indicó dónde tenía que insertar la tarjeta para que se pusiese en marcha. Gádor lo hizo, e inmediatamente la puerta se cerró sin darle apenas tiempo a despedirse del vigilante.

El ascenso le pareció lento, estaba nerviosa y quería llegar lo antes posible para comprobar que Iván estaba bien.

Se paró en el piso indicado, sonó una campana y las puertas se abrieron.

Gádor salió apresuradamente. Miró a todos los lados del gran salón, pero estaba vacío, no había ni rastro de Iván, así que sacó su móvil del bolso y le llamó. La melodía del teléfono de Iván comenzó a sonar. «¿Él está en este salón?», pensó arrugando la frente. Miró a su alrededor en su busca. «¿Por qué se esconde?».

—Hola. —Se giró al escuchar una voz a su espalda.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó asustada al ver a Yuri con el móvil aún sonando en su mano y una sonrisa cínica—. Esta mañana se lo robé. —Le explicó mientras movía el teléfono y se lo guardaba en el bolsillo de su pantalón—. Dame el tuyo. —Le ordenó y le tendió la mano, esperando que obedeciera.

Gádor estaba cerca del ascensor, si corría quizá llegase antes de que él la atrapara, tenía que intentarlo. Le lanzó el teléfono intentando golpearle y así ganar tiempo, pero él lo atrapó con la mano.

Se dio la vuelta, corrió, pero antes de lograr entrar en el ascensor, una enorme mole la agarró por la cintura y tiró de ella hacia afuera.

La dejó sin resuello, la había atrapado con tal violencia que parecía que le habían colocado una cadena de hierro y tirado de ella hasta partirla en dos mitades.

—Átala —le ordenó Yuri a Aki. El fornido afroamericano obedeció.

La obligó a sentarse en una silla y, usando una cuerda que tenía sobre la mesa, la ató con tal fuerza que Gádor sintió cómo sus manos se adormecían.

—¡Socorro! —gritó mientras trataba de contener las lágrimas y oponía toda la resistencia que podía, con las pocas fuerzas de las que disponía.

—¡Shhh! —Yuri se colocó frente a ella y le tapó la boca con su fuerte mano—. No seas mala chica—. Sacó un pañuelo del bolsillo de su immaculado traje y la amordazó.

Por la cabeza de Gádor pasaron innumerables ideas y en todas ella terminaba muerta sobre el frío mármol del apartamento de su novio. Cerró los ojos y se reprendió: «pero ¿cómo no me di cuenta? Soy una estúpida». En los wasaps que había recibido desde el móvil de Iván, él en ningún momento la había llamado, como era su costumbre, *malyshka*. Tenía que haberse dado cuenta de que no era con Iván con quien hablaba.

Yuri clavó su mirada fría en ella. Ahora no le cabía ninguna duda, era un asesino, sus ojos lo decían. Un psicópata capaz de secuestrarla, pero ¿con qué fin? Eso la asustaba, ¿qué era lo que tenía planeado? ¿Por qué la había atraído hasta el apartamento?, la quería allí, atada e indefensa. La única esperanza que le quedaba era que Martín viese su mensaje y la ayudara.

Miró cómo revisaba su teléfono. Rezó porque no reparase en el wasap que había enviado a Martín con su ubicación.

Yuri, ajeno a todo lo que pasaba por la cabeza de ella, se puso el móvil en la oreja.

Gádor lo observó atenta. Estaba llamado a alguien. ¿Qué era lo que pretendía?

\*\*\*

Iván estaba en su nueva casa, una pequeña, de dos plantas con un jardín en la parte trasera y con lo más importante de todo: calor de hogar, uno que llevaba buscando desde que salió del hospicio y que tenía la esperanza de haber encontrado.

Miró la cama y se imaginó allí, tumbado sobre Gádor, haciéndola el amor una y otra vez. Estaba deseando estrenarla. Se frotó las manos, impaciente, y sonrió. De esa noche no pasaba...

El teléfono que le había dejado Sex, pues el suyo no aparecía por ningún sitio, sonó.

Miró la pantalla y reconoció el número, era el de Gádor, y su sonrisa se hizo más grande.

—Hola, *malyshka* —contestó.

—Hola. —No era la voz de Gádor la que escuchó al otro lado de la línea.

—¿Yuri? —Se extrañó. ¿Qué coño hacía su amigo llamándolo con el móvil de Gádor?

—Sí, soy yo, y tu chica está aquí conmigo. —Hablaban en su lengua natal, como siempre hacían cuando estaban solos.

—¿Cómo? Quiero hablar con ella.

—Más tarde, ahora no se puede poner. Tiene la boca ocupada. —Soltó una carcajada que a Iván le heló la sangre.

—Como le hayas tocado un solo pelo...

—¿Qué me harás? —le interrumpió a sabiendas de lo mucho que a Iván le molestaba.

—¿Qué es lo que quieres? —Se pellizcó el puente de la nariz. Tenía que tranquilizarse, ponerse nervioso no ayudaría a Gádor.

—Sencillo, lo que me pertenece. Lo que me he ganado todos estos años aguantando tus neuras, tus manías... Quiero mi dinero.

Iván se dejó caer sobre la cama, cerró los ojos y se insultó. ¿Cómo no la había protegido? Por su culpa, ahora Gádor se veía metida en sus problemas. Yuri lo había amenazado, pero él nunca pensó que sería capaz de cumplir esas amenazas.

—¿Dónde estáis?

—En nuestro apartamento.

—¿Nuestro?, querrás decir mío.

Yuri lanzó una carcajada e Iván pudo escuchar a Gádor gritando su nombre.

—¡Joder, cabrón! —Se puso de pie—. ¡No la toques, no le hagas daño!

—Pues deja de tocarme las pelotas. Métete en la cabeza que ahora soy yo el que manda. Quiero mi pasta y la quiero ahora.

—¿Cuánto quieres?

—Con un millón me vale, de momento...

—¡¿Un millón?! —exclamó—. No tengo un millón —dijo desesperado.

—Oh, vamos, Iván, estás hablando conmigo, no me digas que no lo tienes porque sé perfectamente que no es cierto.

—En estos momentos no dispongo de tanto dinero en metálico —confesó agobiado.

—Pues sácalo de donde te dé la gana. Me da igual cómo lo consigas.

Iván comenzó a dar vueltas por la habitación. ¿De dónde iba a sacar toda esa pasta?

—Dame tiempo —rogó desesperado.

—Tienes como máximo dos horas. No tardes, y ni se te ocurra tratar de engañarme o la próxima vez que veas a tu chica será en una caja de madera.

—Por favor, Yuri, no le hagas daño. —Cerró los ojos y tragó el nudo que apretaba su garganta; solo imaginar perderla le produjo un dolor lacerante en el pecho que incluso le cortó la respiración—. Tendrás el dinero, tan solo dame tiempo.

La prostitución daba muchos ingresos, los vicios humanos eran el mejor negocio e Iván siempre tenía un buen remanente por si las cosas se torcían. Pero un millón de dólares era una cantidad demasiado elevada.

Tenía muchos contactos y gente que le podía ayudar, pero de momento le llevaría a Yuri todo lo que guardaba en la caja fuerte del club; no era un millón, pero intentaría ganar un poco de tiempo ofreciéndole un maletín con casi quinientos de los grandes. Se puso en marcha. El dinero ya no le importaba, lo único que quería era a Gádor a salvo y haría todo lo que estuviese en su mano por conseguirlo.

Le costó entrar en el club sin que lo vieran, no deseaba implicar a nadie más.

Se sentía como un ladrón, llevándose la recaudación y los fondos que servirían para pagar las nóminas de los empleados, pero era cuestión de vida o muerte. Se prometió reponerlo y compensar a su gente, esperaba que Sex lo entendiese, pero estaba entre la espada y la pared.

Llegó al apartamento, miró su reloj, eran las doce treinta, había conseguido llegar dentro del plazo que le había dado Yuri. Aparcó en el garaje y subió en el ascensor con la bolsa de lona que contenía parte del dinero.

La puerta se abrió y lo primero que recibió al salir fue un fuerte puñetazo en la mandíbula que le hizo tambalearse. Unos brazos lo agarraron por la espalda. Alguien ataba sus manos con una brida, tan fuerte que un quejido salió de su boca.

Cayó de rodillas y escupió la sangre que llenaba su boca.

—¡Bienvenido! —Elevó la mirada y vio a Yuri delante de él.

Alguien tiraba de su brazo obligándolo a ponerse de pie. Era Aki, a quien lanzó una mirada cargada de reproches. ¿Por qué ayudaba a Yuri? ¿Por qué lo traicionaba? Aki no pudo mantener su mirada. Iván había sido un buen jefe, se sentía avergonzado. Pero el dinero que iba a sacar le permitiría vivir sin trabajar para el resto de sus días.

Lo sentó en una silla. Iván buscó desesperado a Gádor y, cuando la vio, su corazón se paró. Permanecía con sus ojos abiertos mirándolo asustada. Lloraba y se sacudía en un intento infructuoso de soltarse de la silla a la que estaba atada. Amordazada, aterrada. No quería verla así, no podía... Por lo menos parecía que él no la había hecho daño, no la había tocado.

—Por favor, Yuri, suéltala. Deja que se marche y haré todo lo que quieras, todo...

Aki estaba abriendo la bolsa y contando el dinero.

—¡Aquí no está todo el dinero! —le dijo a Yuri.

—No pude..., tienes que darme más tiempo. —Iván clavó sus pupilas en las de Yuri, sabía que era él quien tenía el mando—. Te prometo que te lo daré todo, pero de momento...

Otro puñetazo silencio sus palabras. Gádor intentaba hacerse oír, gritaba, pero su voz se veía amortiguada por la mordaza. Quería llegar a Iván..., desesperada al ver cómo lo estaban maltratando.

—¿Crees que soy un estúpido? —Yuri le tomó de la pechera de la camiseta y lo acercó a su cara. Sus narices casi se podían tocar. Iván aguantaba su mirada.

—Sabes que no dispongo de ese dinero en estos momentos, lo sabes perfectamente. Te he traído todo lo que tengo. Prometo reunir lo que falta, me conoces y sabes que cumpliré mi palabra.

Yuri lo soltó y le dio la espalda.

—Eres un hijo de puta, Iván, un auténtico hijo de puta.

Se acercó a Gádor y le arrancó la mordaza.

Ella tomó aire con fuerza y susurró:

—Iván. —Sus sollozos lo mataban, le dolían más que los golpes que acababa de recibir.

—Tranquila, *malyshka*, estoy bien, tranquila —decía con su mirada clavada en ella, como si de esa manera tan solo ella lo pudiese escuchar.

—Aki, coge el dinero y vete —ordenó Yuri y le tendió la bolsa.

—¿Cómo? —preguntó confundido—. Ese no era el plan.

—He cambiado de opinión. —Yuri parecía abatido, sus ojos brillaban—. Vete y quédate con todo el dinero. Hazlo ya, la policía no tardará en llegar. Ella —señaló a Gádor— ha avisado a su hermano, le ha mandado un mensaje.

Iván lo miró confundido, no lo entendía, ¿qué tenía que ver la policía con el hermano de su chica?

—Vaya, vaya... —Yuri parecía feliz al ver la incertidumbre en los ojos de Iván—, ¿la pequeña princesa no te contó que su hermano es policía? —Soltó una carcajada—. Qué ironía, lo que más odias... ¿Qué opinará tu cuñado cuando sepa que ejerciste la prostitución? ¿Qué pensará cuando sepa que llevas años viviendo de la ilegalidad? Imagino las cenas de Acción de Gracias. El poli y el proxeneta juntos trinchando el pavo. —Reía a carcajadas que se cortaron de golpe cuando Aki insistió:

—Señor, debemos irnos. Sigamos el plan. He traído la pistola y... —Sacó el arma de su bolsillo, estaba metida en una bolsa de plástico, y otra que contenía unas pastillas que Iván reconoció al instante como las que Hill llevaba encima el día que habló con él en su despacho. Se las tendió a Yuri, que las cogió y las dejó sobre la mesa del salón.

—¡Vete, vete ya! —le gritó.

—Pero...

—¡Vete!

Aki lo miró confundido, no entendía por qué, en el último momento, cambiaba el plan que habían trazado. Pero se encogió de hombros, no iba a rechazar tanto dinero; si Yuri quería entregarse a la policía y quedarse sin nada, era su problema.

Sin despedirse, sin ni siquiera mirar atrás, salió por el ascensor privado, dejándolos solos.

—Vuestro plan era inculparme de la muerte de Hill. —Iván lo había visto todo claro al ver la pistola y las pastillas—. ¿Por qué lo mataste, Yuri? Nunca pensé que caerías tan bajo.

—¡Fue un accidente! —gritó enfadado—. Tan solo quería enseñarle una lección que no olvidase nunca, pero intentó escapar y yo... le disparé.

—Y ahora pensabais cargarme a mí con el muerto. —Sonrió con ironía.

—Sí, ese era el plan. Íbamos a poner tus huellas en el arma y a dejar las pastillas. La policía te detendría y nos daría margen para huir lejos, muy lejos con el dinero.

—¿Y qué te ha hecho cambiar de opinión? ¿Por qué te has quedado, Yuri?

No contestó, simplemente clavó su mirada en él.

—Vas a matarme, ¿verdad? —En ese momento agradeció que toda la conversación entre ellos se estuviese llevando a cabo en ruso, no quería que Gádor los entendiera porque ahora lo veía todo claro. Yuri quería venganza, tan solo buscaba hacerle daño.

Asintió.

—Esa fue mi primera intención, pero ahora sé... —se dejó caer de rodillas frente a la silla donde Iván permanecía atado—, sé que no podría vivir sin ti.

Yuri cerró los ojos para que no pudiera ver su inmensa pena, se puso en pie y caminó hasta Gádor, que miraba a uno y a otro, desesperada, no entendía lo que hablaban.

—¿Qué ves en ella? —dijo mirándola de arriba abajo—. No es tu tipo... Es demasiado delgada, no tiene pecho y su piel..., esos colores, esas manchas... —Escupía sus palabras con asco, con tal odio que Iván comenzó a temblar.

—Si la dejas libre te daré todo lo que quieras. Declararé que yo maté a Hill, dejaré que toda la culpa recaiga sobre mí, tan solo tienes que dejarla ir.

Quería que se alejase de ella y lo consiguió, porque Yuri se acercó hasta la silla donde estaba sentado.

Tenía sus manos atadas a la espalda, le dolían y las bridas se clavaban en su carne. La postura era incómoda, los brazos se le dormían, pero no iba a quejarse, porque lo más lacerante de todo era ver a Gádor atada a una silla con sus mejillas manchadas por las lágrimas que derramaba.

Yuri le tomó del pelo del flequillo y tiró con fuerza de él hasta que Iván se vio obligado a levantar la cabeza y mirarlo a los ojos.

—La verdad es que quiero muchas cosas, una de ellas eres tú...

—Seré tuyo, pero debes dejarla marchar.

Durante un buen rato permanecieron con sus miradas conectadas. Yuri acercó su boca a la de Iván y lo besó. Se dejó, no opuso resistencia, era su manera de demostrarle que cedería en todo lo que él deseara con tal de ver a Gádor libre de esa locura.

Era una aberración, besar esa boca, sentir su lengua invadiendo, tomando lo que no le pertenecía, pero se dejó...

Gádor no pudo resistir la visión de ese beso. Bajó la mirada, no entendía las palabras que Iván le había dicho, pues toda la conversación que habían mantenido había sido en ruso, pero sabía perfectamente que estaba cambiando su libertad por la suya. Quería gritar, golpear a ese hombre, pero temía poner en peligro a Iván y se limitó a mirar hacia otro lado.

—Siempre te he amado. —Yuri rompió el beso. Apoyó su frente sobre la de Iván y sollozó—. Para mí lo eras todo, no necesitaba nada más. Pero tú siempre me has rechazado.

—No, eso no es cierto. Para mí eras como un hermano, eras familia.

Yuri soltó una risa cargada de tristeza.

—¿Hermano? —pronunció la palabra con pena—, nunca quise ser tu hermano.

Se levantó. Caminó hasta la mesa, sacó la pistola de la bolsa y sin más

apuntó a la cabeza de Iván.

—¡No! —gritó Gádor, desesperada—. Por favor, no, no...

—Deja que se vaya, Yuri, no lo hagas delante de ella —le rogó.

Yuri sollozó, retiró la pistola y comenzó a caminar por el salón como si de repente hubiera perdido la cordura. Movía el arma de un lado a otro, lloraba con intensidad.

—¿Por qué?! —gritó—. ¿Por qué ella?! —Entonces apuntó a Gádor.

—Espera, Yuri —le habló con calma—. Es a mí a quien quieres matar. Vamos, es a mí.

La puerta del ascensor se abrió de golpe y una bala voló hasta la cabeza de Yuri. El olor a pólvora, a carne quemada y a muerte inundó la estancia. Un grito salió de la garganta de Gádor y asustada vio cómo el cuerpo sin vida caía delante de ella, cómo la sangre manchaba el suelo y le salpicaba la ropa.

Martín se guardó la pistola y corrió hacia su hermana. Luchaba por soltar la cuerda que la mantenía amarrada a esa silla, pero las manos le temblaban y no era capaz de desatar el nudo.

Fue Josh quien cortó las cuerdas. Martín la tomó entre sus brazos, estaba temblando, fría, en *shock*. Pero ella se soltó, lo empujó y corrió hacia Iván.

—¡No lo toques! —le gritó su hermano, la tomó por la cintura y la obligó a separarse del ruso—. Jared, léele sus derechos.

—No, no, él no ha hecho nada. ¿No ves que está atado? —Gádor pataleaba entre los brazos de su hermano, que aferraban su cintura con fuerza y no la permitían llegar hasta Iván.

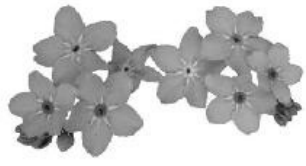
—Estate quieta, Gádor —dijo al notar cómo sus uñas se clavaban en la piel de sus brazos—. Es un criminal.

—¡No, él no!

Josh se encargó de desatar a Iván, pero su libertad duró tan solo unos instantes, pues le esposó inmediatamente. No opuso resistencia a pesar de que sus muñecas le dolían y sangraban por el vano intento que había hecho de soltar las bridas. Le leyeron sus derechos y no abrió la boca para declararse inocente. Lo sacaron de la que hasta entonces había sido su casa sin ni siquiera poder abrazar a Gádor, sin decirle adiós.

Acababa de ver morir al que hasta entonces consideró su hermano y de perder a la mujer a la que amaba, porque estaba totalmente seguro de que pasaría una larga temporada en la cárcel.





## Capítulo 38. La isla mínima.

Martes, 27 de junio de 2017.  
23:30 h.

Iván fue detenido, su apartamento precintado y un equipo de investigadores rastreó cada rincón, cada recodo. Encontraron las pastillas que Yuri y Aki habían dejado para inculpar a Iván en la muerte de Hill. Demostrar que nada tenía que ver con aquel asesinato le iba a costar, más que nada porque era su palabra contra la de un muerto y un fugitivo que seguramente a esas alturas estaría muy lejos de Manhattan.

Martín quiso tomarle declaración, pero al estar su hermana implicada en el caso, al ser testigo y al ponerse violento con Iván, el comisario decidió mandarlo a casa. Llevaba ya demasiadas horas de servicio y se le veía agotado.

Se llevó a Gádor con él, pese a sus protestas. No le permitieron ver a Iván, pero sí le tomaron declaración bajo la atenta supervisión de Martín, aunque solo pudo actuar como testigo.

Ya en el coche, Gádor se decidió a hablar con su hermano.

—Nunca te lo perdonaré. —Se apoyó en el cristal de la ventanilla y le lanzó una mirada cargada de odio.

—¡Te salvé la vida! —Entraban en la autopista, sus manos aferraban con fuerza el volante.

—No me dejaste abrazarlo. —Sollozó al recordar a Iván herido, golpeado y atado a esa silla.

Martín resopló con fuerza.

—No entiendo cómo puedes estar enamorada de un tipejo de esa calaña.

Gádor cerró los ojos. No lo comprendía, no sabía nada de Iván.

—Eres como los demás. Juzgas sin conocer.

—Y tú eres una niña caprichosa que no ve el peligro.

—Vete a la mierda.

El resto del camino fueron en absoluto silencio, solo roto por el ronroneo del motor del Impala de Martín.

Gádor se bajó del coche casi antes de que este se parase del todo. Caminó furiosa y Martín la siguió de cerca. Al entrar en el salón se encontraron con Lucas.

—Os estaba esperando. ¿Qué ha pasado? He visto las noticias y escuchado tus audios —le dijo a Martín, que se había preocupado de mantener informado a su hermano—. ¿Estás bien, preciosa? —Lucas la tomó entre sus brazos.

—Sí, ahora sí —contestó Gádor hundiendo su cabeza en su pecho y aferrándose a su hermano.

—Pobre, estás temblando. ¿Tienes frío? —Lucas la separó de su cuerpo para poder mirarla a los ojos.

—No, estoy furiosa. —Lanzó una mirada fría a Martín—. Lo siento, hermano, pero mientras él —lo señaló con un dedo— esté en esta casa, yo no pienso continuar ni un solo minuto más aquí.

—¿Pero...? ¿Qué ha pasado?

—Yo te diré lo que ha pasado. —Martín elevó su voz—. Tu hermana se ha enamorado de un tipo que se dedica a la prostitución, un tío que incluso ha sido juzgado por trata de blancas...

—¡Esa acusación fue falsa! —le interrumpió.

—Un tío que será juzgado por asesinato. Dueño de un club donde se mueven todos los indeseables de la ciudad, donde lo ilegal está permitido... —continuó Martín sin prestar atención a sus palabras.

Lucas miraba a uno y a otro. Tenía una presión en el corazón que apenas le permitía respirar. ¿Gádor estaba enamorada?

—No sabes nada de él. ¡Nada!

—Claro que sé, más que tú. Está fichado, Gádor, no es un ángel. Trafica con mujeres. ¿Cómo puedes estar enamorada de un tipo así?

—No pienso continuar hablando contigo, ya te darás cuenta de que estás equivocado y tendrás que pedirle disculpas. Ha dejado esa vida, el negocio, su apartamento, lo ha dejado todo...

Martín estaba desesperado, no podía creerse lo irresponsable del comportamiento de Gádor.

—Lucas —se dirigió a su hermano, estaba cansado y no tenía fuerzas para seguir con la discusión. Eran las doce y media de la noche y llevaba muchas horas sin dormir, así que tomó la mejor decisión—, me voy. No creo que en estos momentos sea bueno que Gádor y yo estemos bajo el mismo techo.

—No me hagas ningún favor, Martín. —Gádor le lanzó una fría mirada.

—No te lo hago a ti, me lo hago a mí mismo.

Sin más, se dirigió a las escaleras y las subió de dos en dos.

Al entrar, le recibió el inconfundible aroma a jazmín, lo aspiró con fuerza. Tener un espíritu merodeando para cualquiera sería algo espeluznante, pero a él le aportaba calma, tranquilidad, y en esos momentos lo necesitaba.

Miró la carpeta con el dossier del caso del asesino del parque, esa que Gádor había contado a su compañero que la interrogó que había encontrado y le había hecho sospechar de Yuri.

La abrió, todo estaba descolocado. Gádor pensó que había resuelto el caso, pero Yuri no podía ser el asesino, pues a la hora que la chica fue asesinada un investigador había comprobado por las cámaras de seguridad del edificio de apartamentos que Yuri salía y era imposible que le hubiese dado tiempo a llegar al parque. Así que seguían en las mismas.

Ojalá hubiera sido así de fácil: Iván detenido y alejado de la insensata de su hermana y Yuri muerto; si hubiese sido el asesino, todo sería perfecto, pero no, las cosas nunca eran así de sencillas y el asesino del parque seguía libre y con posibilidades de volver a cometer un asesinato.

Martín dejó el dossier sobre la mesa y se dispuso a meter algo de ropa en una bolsa. No se llevaría mucho, ya recogería el resto de sus cosas otro día. Ahora tan solo deseaba llegar a casa de Alma, meterse en la cama con ella y dormir abrazado a su cuerpo, intentando dejar la mente libre de muerte, de rabia y de asco.

Cerró la bolsa, tomó el dossier y salió de la habitación, pero antes de cerrar la puerta sintió cómo una fría mano le tocaba el hombro, alguien apoyaba su palma sobre él, y sabía perfectamente de quién se trataba.

—Tengo que hacerlo —dijo al aire—, no pienses que te abandono, nunca lo haría, pero no puedo quedarme aquí.

Hacía tan solo unos días, si alguien le hubiese contado que iba a estar hablando con el aire, pensando que su cuñada muerta estaba de pie tras él con su fría mano sobre su hombro, se hubiese reído de él. Pero las cosas habían cambiado y lo que podría parecer una locura, era su realidad. Los fantasmas existían y él estaba conectado a uno. Podía sentir su tristeza, quería consolarla, ayudarla...

El peso de la mano sobre su hombro desapareció y Martín salió de la habitación con una intensa sensación de pena al tener que dejarla allí, sola.

Cuando bajó las escaleras, se encontró a Lucas sentado el sofá con Gádor llorando entre sus brazos.

—Ya vendré a por mis cosas.

—Martín, no hace falta que te va... —dijo Lucas.

—Sí —le interrumpió—, ella lo necesita. —Señaló a Gádor, que ni siquiera levantó la cabeza para mirarlo.

—Nunca te perdonaré —repitió de nuevo—, es la segunda vez que me destrozaste la vida.

Si su intención era dañarle, lo había conseguido con creces. Gádor se había prometido no echarle en cara lo de su accidente, pero en ese instante había roto su promesa. No lo hacía sin intención, muy al contrario, deseaba más que nada hacerle sufrir, tanto o más de lo que ella lo estaba haciendo. Pero cuando sintió cómo Martín cerraba la puerta, cuando supo que él ya se había marchado, su pequeño instante de gozo se quebró. No le hacía feliz el dolor de su hermano, ni atenuaba el suyo el verle sufrir. Cerró los ojos y lloró con intensidad abrazada a Lucas.

—Shhh, tranquila —le susurraba él mientras le acariciaba el cabello.

Poco a poco Gádor se fue calmando y Lucas decidió hacerle algunas preguntas que le rondaban por la cabeza.

—Ese tipo..., ese del que hablaba Martín... ¿Es cierto que se dedica a la prostitución?

—Antes lo hacía, pero lo ha dejado. Te juro que es un buen hombre.

—¿Lo amas?

Gádor asintió.

—Con toda mi alma. Lucas, tienes que ayudarme... —Se aferró con sus manos a su camisa—. Necesito que me ayudes a sacarlo de la cárcel.

—¿Yo? —preguntó sorprendido—. ¿Cómo podría...?

—No sé..., eres abogado. Podríamos ir a la comisaría e intentar...

—¡No! —El grito de Lucas la sobresaltó—. No me puedes pedir eso...

—Pero... eres el mejor.

—Ya no, Gádor, ya no. —Lucas bajó su mirada y sollozó—. No puedo... Voy todos los días al trabajo, pero tan solo me limito al papeleo, a ayudar a mis compañeros con sus casos.

Gádor tomó su cabeza entre sus manos y le obligó a mirarla de nuevo a los ojos.

—¿Por qué?

—Porque no estoy bien, Gádor, porque aún la tengo en mi mente, porque cada día que pasa la añoro más y no me siento capacitado para llevar ningún caso.

Las lágrimas resbalaban por las mejillas de ambos y Gádor limpió las de él con sus dedos.

—Perdóname, he sido tan egoísta... no debí pedirte...

Lucas la abrazó con fuerza.

—Tú no tienes la culpa. Sé que por fuera parece que estoy bien, que voy superándolo. Intento... —Un sollozo salió de su boca—. Intento seguir con mi vida, hago lo posible por pasar página, pero no puedo.

\*\*\*

Martín se subió a su Impala. ¿Por qué ella no veía que tan solo intentaba protegerla?, se preguntaba una y otra vez.

Se sentía agotado, había sido un día completo. Primero, la llamada de Josh contándole lo del asesinato; a eso se había unido el terror por pensar que Alma era la víctima. Luego la llamada de Linda alertándole de que el hombre con el que se veía Gádor era el Ruso.

Cuando vio el mensaje olvidado de su hermana diciéndole que sabía quién era el asesino y dejándole una dirección, casi se le para el corazón de golpe. Y al llegar y verla atada a esa silla con un tipo armado y peligroso, casi le dio un infarto.

¿Cómo no iba a dolerle el estómago por el estrés?, esa era su vida, sobresalto tras sobresalto.

Para remate, Gádor estaba tan enfadada que ni siquiera quería estar en la misma casa que él. Cuando lo único que pretendía era cuidarla.

Le haría ver que ese tipo no era de fiar, le abriría los ojos. Su hermana no podía salir con un proxeneta que no tenía antecedentes porque siempre que registraban su local alguien le daba el soplo y se deshacía de todo lo ilegal. Nunca encontraban ninguna prueba inculpándolo de un delito que le supusiera entrar en prisión, pero Martín estaba seguro de que algo ocultaba. Ahora tenía la oportunidad de meterlo entre rejas por una larga temporada y, si se demostraba que había asesinado a Hill, sería condenado a cadena perpetua.

—¡Ojalá se pudra en la cárcel! —gritó mientras le daba un manotazo al volante.

El teléfono sonó. Le costó sacarlo de su bolsillo, pero lo hizo y contestó, mientras conducía con una sola mano.

—¡Diga! —Sonó seco y enfadado, pero no podía disimular.

—Hola, Martín. —Era la voz de Alexis, dulce y aterciopelada. El enfado de Martín se duplicó.

—¡¿Dónde cojones te has metido?! —gritó.

—Lo siento...

—¡Ya puedes sentirlo, joder! —Golpeó el volante—. Te he llamado un montón de veces. Me has dejado colgado.

—Lo sé, lo sé y de verdad que lo siento.

—Espero que tengas una buena excusa, Alex, porque te juro que de esta te empapeló hasta las cejas.

—La tengo. Yo...

—No, déjalo, ahora estoy agotado. Ya me contarás mañana en la oficina. No tengo ganas de hablar. Además, voy conduciendo.

—Está bien. Mañana hablamos.

—Adiós, Alex. —No esperó a escuchar su despedida y colgó. Tiró el móvil en el asiento del copiloto con furia.

Cuando llegó al apartamento de Alma, estaba más tranquilo y calmado. Martín dio gracias porque la casa de su chica estuviese justo al otro lado del parque; este era tan grande que ocupaba muchas hectáreas y la distancia le permitió sosegar y no llegar tan alterado.

Más que nada deseaba dormir entre sus brazos, olvidarse de ese día, de todo, aunque solo fuera por unas horas.

Sacó la llave, que había permanecido en su bolsillo todo el tiempo y entró, procurando no hacer ruido.

Bola llegó a la carrera y se lanzó sobre él como un tornado. Lloriqueaba, le lamía y no le permitía andar, pues se enredaba entre sus piernas.

—Shhh —le dijo y le acarició para intentar calmarle. Surtió efecto, pues al poco rato se encaminó a su cama, una canasta de mimbre donde Alma le había colocado un mullido cojín.

Bola lo miró desde su lugar preferido de la casa, su cómoda colchoneta, bostezó y cerró los negros ojillos.

Martín entró en la habitación y escuchó la acompasada respiración de Alma; estaba dormida.

Se quitó el arnés y lo colocó sobre una silla, le pesaba tanto... Se desnudó y se metió en la cama, a su espalda, envolviendo su cintura y aproximándola a su cuerpo para sentir su calor.

Respiró en el hueco de su cuello, suspiró y sonrió, ese era el lugar exacto donde deseaba estar.

—Hola —dijo ella entre susurros y bostezos—. ¿Tienes hambre? Te prepararé algo... —Intentó moverse entre sus brazos, pero él no la dejó, se lo impidió presionando su mano.

—Tranquila..., estoy agotado, no tengo apetito. Ha sido un día horrible y tan solo deseo dormir. —Cerró los ojos y en su mente se coló el miedo que había pasado al pensar que la víctima del asesino había sido ella. Le acarició el pelo y respiró con fuerza su aroma mientras hundía su cabeza en él.

Suspiró, ella estaba sana y salva entre sus brazos y esa era la mejor

recompensa de todas. No pensaba contarle nada de esos instantes de incertidumbre, no merecía la pena. Tampoco deseaba hablar de todo lo acontecido, más tarde..., ahora solo necesitaba dormir junto a ella.

Alma se sentía protegida entre sus fuertes brazos y se acomodó.

—Descansa. —Le acarició el brazo con el que él, con posesión, le envolvía su cintura.

Alma sintió el preciso instante en el que él cayó en un profundo sueño, pues su brazo dejó de presionarle la cintura y su respiración se volvió acompasada. También se quedó dormida. Su día nada había tenido que ver con el de Martín, pero también había sido complicado.

Alma abrió los ojos y miró el reloj de la mesilla. Marcaba las ocho y dentro de nada tenía que ir a trabajar. No le apetecía levantarse, estaba tan a gusto..., pero el deber llamaba.

Podía sentirlo detrás de ella, su cuerpo duro que se apretaba contra su espalda y su aliento le acariciaba la nuca. Sonrió, le gustaba tenerlo en su cama, se sentía protegida a su lado. Junto a él no tenía miedo a nada.

Decidió levantarse y lo hizo muy despacio para no despertarlo. Había llegado muy tarde y cansado, le dejaría dormir un poco más.

De pie, frente a él, se quedó observándolo. Al no tener el contacto de su cuerpo se había girado hacia el otro lado. La sábana apenas le cubría y podía ver su perfecta y musculada espalda donde el tatuaje de un ángel vengador con una enorme espada se distinguía a la perfección. Su aroma llenaba el espacio y Alma lo respiró con fuerza. Le encantaba; era una mezcla entre vainilla, cítricos y un toque picante de especias, fresco y seductor, como lo era él.

Suspiró, era totalmente evidente que estaba enamorada, sin remedio. Sonrió feliz y caminó hasta la cocina. Le prepararía un buen desayuno, seguro que se había olvidado de cenar; chasqueó la lengua enfadada al pensarlo. Estaba adelgazando mucho y todo porque no comía bien. Se prometió que, a partir de entonces, se encargaría personalmente de que se alimentara en condiciones.

Decidió hacer tortitas y se puso manos a la obra. Bola la miró, pero como no vio intención en ella de sacarla a la calle se durmió de nuevo.

Tenía ya las tortitas preparadas cuando Martín entró en la cocina. Llevaba solo los pantalones puestos e iba cargado con su ropa y las zapatillas en la mano. Parecía que tuviera mucha prisa.

—Tengo que irme —le dijo mientras colocaba el arnés en el respaldo de la silla y dejaba toda su ropa sobre ella.

—¿Ha pasado algo? —Alma dejó el plato en la mesa, con las tortitas recién preparadas.



—Ya sé qué era lo que Mary me quería decir cuando me susurró que mirase dentro. He soñado con ella... —Comenzó a ponerse la camiseta; cuando la tuvo bien colocada, se sentó para ponerse las zapatillas.

—¿Hoy?, ¿has soñado con ella hoy?

—Sí, y lo he visto todo claro.

—¡Por Dios, Martín! ¡Explícate! —Se sentó frente a él.

—Anoche, antes de venir a tu casa, pude notarla..., me tocó el hombro. —Alma lo miraba con los ojos muy abiertos por el asombro—. Te juro que fue algo increíble, no tengo palabras para expresar lo que sentí—. Cerró los ojos, parecía recordar, pero los abrió de inmediato.

—¿Por qué no me contaste nada?

—Estaba tan agotado... Pero lo más importante no es eso, lo más increíble es que esta noche he soñado con Mary y ella me ha enseñado el lugar exacto donde tengo que mirar, el sitio que ella quiere mostrarme por algo... Por algún motivo que pienso averiguar. —La miró fijamente.

—¿Y qué sitio es?

—La caja donde fue enterrada.

Alma abrió los ojos asombrada.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó.

—Ahora tengo mucho papeleo que hacer. Pediré la exhumación del cadáver. Tengo que ir con mucho cuidado, por nada del mundo deben informar a mi hermano. No quiero hacerle más daño...

—Eso es horrible... es...

—Sí, joder, lo sé. Pero tengo que hacerlo, ella lo quiere así.

—Lucas se enterará, le pedirán permiso..., le informarán.

—Tengo muchos contactos, pediré favores, no sé... —Se rascó la frente, se le veía nervioso—, falsificaré su firma.

—Martín, te meterás en un lío.

—Seguramente, pero tengo que hacerlo. —Sus ojos expresaban tristeza. Mantenía una lucha entre su deber y lo que su corazón le dictaba.

Alma se puso en pie, estaba preocupada, las cosas se complicaban, pero lo entendía. Debía hacer caso al espíritu de Mary, porque si no lo hacía ella no descansaría y Martín se tiraría toda su vida conectado a un fantasma que le absorbía su energía.

—Vale... Creo que tienes que hacer lo que sea por mirar dentro de esa caja y ver lo que sea que Mary te quiere mostrar. Pero..., no te irás de esta cocina sin comer algo. —Lo observó con los brazos en jarras—. ¿Cuántas horas hace que no pruebas bocado?

Martín se encogió de hombros.

—¿Cenaste anoche?

—No.

—¿Comiste?

—No tuve tiempo.

—Te he preparado tortitas y te las vas a comer. El papeleo te esperará hasta que llenes la tripa.

Martín sonrió por primera vez desde que había entrado en esa cocina. Se levantó y la besó.

—Gracias —dijo mientras se abrazaba a su cuerpo—, gracias por cuidar de mí.

Se sentaron uno frente al otro y Martín comenzó a devorar sus tortitas.

—Joder, la verdad es que tenía mucha hambre —afirmó con la boca llena. No se había dado cuenta del apetito que tenía hasta que empezó a comer.

Devoró sus tortitas y Alma le obligó a comerse las suyas también.

Martín retiró el plato, ya vacío, clavó sus ojos en ella y suspiró.

—Das cordura a la locura en la que se ha convertido mi vida —aseveró.

—Oh, vamos, ¿por qué dices eso? —Alma tomó la mano de él, que permanecía sobre la mesa.

—Ayer pasaron muchas cosas... Todo se ha descontrolado, no sé cómo...

—Ya verás cómo lo pillas —le animó Alma pensando que lo que más preocupaba a Martín era el asesino.

Martín se puso de pie, tomó el arnés del respaldo de la silla y lo acomodó en su brazo. Se apoyó en la encimera.

—No solo es eso, Alma, son muchas cosas; el asesino es tan solo la punta del iceberg... Mi hermana..., ahora no me habla. —Bajó su mirada con tristeza.

—¿Y eso? ¿Qué ha pasado? —preguntó alarmada, sabía lo importante que era Gádor para él.

—La muy... —se mordió la lengua—, se ha enamorado de un tipo que se dedica a los clubs de prostitución, uno que ha estado más de una vez a punto de entrar en la cárcel.

Le contó todo, cómo se enteró de que estaba en peligro, el rescate y la fuerte discusión, cómo se había marchado de casa...

—Estoy segura de que recapacitará... —Había mantenido la distancia mientras le explicaba lo preocupado que había estado por su hermana, pero ya no podía estar lejos de él y se colocó frente a su cuerpo, abrazándolo con cariño.

—No lo sé..., creo que esta vez va a ser complicado que me perdone. —Lo dijo más como una reflexión, para él mismo, que en respuesta a Alma.

Sus manos se aferraron a su cintura y hundió su cabeza entre su pelo, le venía muy bien ese contacto.

—No tiene nada que perdonarte, Martín, hiciste lo que debías.

—Sí, lo sé, pero ella no lo entiende. —La apartó de su cuerpo, acercó sus labios a los de ella en un dulce y tierno beso—. Y por si esto fuese poco, ahora tengo que pedir una orden de exhumación y temo que, al hacerlo, también pierda a mi hermano.

Sus ojos reflejaban dolor. Alma acarició una de sus mejillas.

—Él lo comprenderá..., amaba a su esposa, querrá que descanse y esa es la única manera.

—Eso lo entendemos tú y yo, pero... ¿cómo va a entender que veo el fantasma de su mujer? Eso es una locura...

—Hace nada ni tú mismo creías en ello y ahora mírate, estás dispuesto a abrir una tumba porque un fantasma te lo ha pedido.

Martín apoyó su frente en la de ella.

—No sé, Alma, no sé qué coño pensar de todo esto. Tan solo sé —suspiró con fuerza—, que debo hacerlo.

La besó de nuevo y se puso en marcha.

—No puedo demorarlo más —le dijo. Se colocó la camisa que usaba para tapar su pistola y se encaminó decidido a la salida.

Alma se aferró a una de sus manos y juntos caminaron hasta la puerta.

Se despidieron en total silencio, tan solo con un fuerte abrazo y muchos besos que Martín dejó sobre su boca, como recuerdo para el día que a ambos les esperaba.

Alma no fue capaz de contarle lo de Jazz, ya tenía suficientes problemas y seguramente su preocupación y su miedo estaban totalmente infundados.



## Capítulo 39. Extraños en un tren.

Miércoles, 28 de junio de 2017.

09:30 h.

Alexis conducía camino de la comisaría. Se sentía mal y quería llegar pronto, antes de que lo hiciese Martín.

Llevaba toda la noche intentando encontrar la excusa perfecta para su ausencia del día anterior. Había dejado solo a su compañero y desatendido sus obligaciones cuando más la necesitaban.

Aparcó en el garaje y se encaminó a la oficina. A esas horas no había mucho ajetreo y ninguna señal de Martín, así que entró en la sala de descanso y se preparó un café bien cargado. Lo necesitaba.

Se sentó en una de las sillas y miró a su alrededor. Saludó a un par de policías que entraron en la sala, pero como no tenía ganas de conversación, desvió la mirada.

Sus ojos se clavaron en una extraña mancha del suelo, pero su mente estaba lejos de esa pequeña sala con olor a café y desinfectante.

Recordó todo lo que le había sucedido el día anterior y sonrió. Lo sentía mucho por su compañero, pero su día había sido de lo mejor que había vivido en muchos años.

Su mente se llenó con la imagen de la habitación de motel en la que había quedado con Lucas. Aún se preguntaba cómo se había dejado convencer. No entendía el poder que Lucas ejercía sobre ella. Lo conocía hacía muchos años, pero jamás habían mantenido nada más que una relación cordial. Pero después de la conversación en el café de Charly, todo había cambiado, ahora miraba a Lucas con otros ojos; no solo era el mellizo del hombre del que estaba enamorada, sino también su amante...

*En esa habitación de motel le había esperado con impaciencia y nervios.*

*Él la había llamado el lunes, ya tarde; le dijo el lugar y la hora y Alexis, sin plantearse nada, dejó a su hija con su madre y corrió a una cita.*

*Recordaba el estampado tan horrendo de la colcha. Le llamó la atención nada más entrar y la quitó de inmediato, le estresaba y ya estaba suficientemente nerviosa. Esas franjas rojas y negras, que hacían zig-zag, eran tan espantosas que le dieron ganas de quemarla. Se retorció las manos, nerviosa, sentía su boca seca y más de una vez estuvo tentada de marcharse.*

*¡Era una locura! Una total y auténtica locura, pero deseaba vivirla. Por una vez en su vida se olvidaría del amor que sentía por Martín, de sus obligaciones e incluso de su pequeña niña. Por una vez se limitaría a sentir, a disfrutar de su cuerpo, y lo iba a hacer junto al hombre que más contenido genético compartía con el que la tenía totalmente enamorada.*

*Había traído en una bolsa un precioso camisón de raso rojo de grandes tirantes que cubrían sus hombros, sus pequeños pechos se vislumbraban a través del encaje y se ceñía a su cuerpo como un guante. Se quitó toda la ropa, a excepción de un tanga rojo cuya parte de atrás se adornaba con un pequeño lazo, y dejó que el suave tejido rozase su cuerpo.*

*Pasó sus manos por la tela, acariciándola, y se excitó, pues sabía que dentro de muy poco quien la tocaría así, las manos que le rozarían los pechos no serían las suyas, sino las de Lucas.*

*Se sobresaltó al escuchar cómo se abría la puerta.*

*—Llegas muy tarde —le reprochó cuando él entró en la habitación que permanecía casi en penumbras. No quiso encender la luz; así quizá, bañado tan solo por la luz que se filtraba entre las tupidas cortinas, podría imaginar que era Martín con quien estaba y no su hermano.*

*—Estás nerviosa... y muy excitada —afirmó. Su sonrisa consiguió que se le erizara todo el vello del cuerpo—, eso me gusta.*

*Habían quedado a las nueve de la mañana y eran ya las once. El motel estaba muy lejos, así lo había elegido Lucas y, la verdad, era lo mejor. A ninguno le apetecía encontrarse con nadie conocido que pudiera confundir sus intenciones.*

*Lucas permaneció alejado por unos instantes, no se acercó; simplemente, cuando sus ojos se acostumbraron a la escasa luz, se limitó a mirarla.*

*Alexis llevaba puesto un camisón y a Lucas le gustó que ella se hubiera preparado para ese encuentro. Que se molestara en traer ropa sexy lo excitó, pues se la podía imaginar buscando la prenda perfecta para conseguir seducirlo porque, aunque Alexis dentro de su corazón tuviese a Martín, para quien se había comprado ese camisón era para él.*

*Decidió que ya era hora de disfrutar y se acercó despacio, casi de manera sigilosa.*

*Alexis pudo comprobar lo excitado que estaba cuando su mirada se centró en la bragueta de su pantalón de traje. Estaba abultada, se podía distinguir la enorme erección y sintió cómo se humedecía tan solo con mirarlo.*

*Se paró de nuevo, pero esta vez frente a ella. Sus manos se colocaron sobre sus brazos y comenzó a acariciarlos con suavidad, subiendo hasta sus hombros. Tocó la blonda y la retiró. Entonces fue su boca la que entró en juego, besando y lamiendo la curva de su cuello y uno de sus hombros.*

*—No deberíamos... —susurró Alexis con la voz entrecortada. Una pequeña punzada de remordimientos se había colado en su cabeza y deseaba descartarla, pues esos labios sobre su cuello la estaban volviendo loca de pasión.*

*Lucas se movió con rapidez, dejó de besar su cuello y clavó su mirada sobre ella.*

*—No temas. No vamos a hacer nada malo. Simplemente saciaremos nuestra hambre. Yo imaginaré que tú eres Mary y tú... —Se interrumpió tan solo para lamer sus labios—. Martín nunca lo sabrá, puedes pensar que yo soy él... — Posó una mano sobre uno de sus pechos y comenzó a acariciar el pezón, la fricción de la tela hizo que Alexis soltase un fuerte jadeo—. Llevo su colonia.*

*Alexis se acercó a su cuello y le olisqueó. ¡Era cierto! Lucas se había puesto su perfume. Entonces fue ella quien lamió su garganta, quien la besó y se recreó en ese aroma que tanto la excitaba.*

*Ya no había vuelta atrás. Lo haría, follaría con Lucas, pero se encargaría de engañar a su mente y de obligarla a pensar que quien en esos momentos deslizaba sus manos por todo su cuerpo y a quien desabrochaba cada botón de la camisa dejando ver el pecho fibroso y sin apenas vello, era Martín.*

*La camisa de Lucas cayó al suelo, dejó por unos momentos que ella tocara su pecho, sus hombros, la permitió que besara su piel. Sintió su pequeña lengua saborear, recorrer sus abdominales.*

*Y cuando decidió que ya era suficiente, la obligó a separarse. Sus ojos vidriosos se clavaron en ella. La deseaba, tenía que poseerla. No era su tipo, jamás había follado con una mujer de piel oscura, de pechos pequeños y cuerpo fibroso por el ejercicio, pero la deseaba... Y la tendría, porque Lucas siempre obtenía todo lo que quería y ella no sería menos, a pesar de saber que de quien estaba enamorada era de su hermano.*

*Comenzó un recorrido ascendente de sus dedos sobre la sensible piel del interior de sus brazos y la ayudó a levantarlos hacia arriba. Su intención era clara, deshacerse del camisón; era preciso, le quedaba muy bien, pero había terminado con su cometido, ya estaba suficientemente excitado, ahora la quería*

*desnuda, sin nada que le impidiera ver su cuerpo de ébano.*

*Con sus brazos en alto, Alexis esperó con impaciencia hasta que él, con un roce, esta vez descendente, llegó hasta el bajo del camisón, lo tomó entre sus manos y se lo sacó por la cabeza. Vio cómo él lo arrojaba lejos.*

*Alexis bajó sus brazos. Lucas la devoraba con sus ojos, pero no la tocaba. Comenzó a desabrocharse el pantalón. Se desprendió de sus zapatos, de sus calcetines y del resto de la ropa, hasta quedar desnudo frente a ella. Solo entonces la tocó. La atrajo hasta su cuerpo y rozó su falo sobre su piel. Estaba caliente, muy caliente.*

*Alexis no podía más y cerró los ojos para sentir la fricción, el roce sensual que él ejercía sobre su vientre, mojándolo con una pequeña gota de semen. Sintió cómo él la obligaba a abrir las piernas y lo hizo encantada. Le quitó el tanga empapado, pues estaba muy excitada. Percibió cómo introducía un dedo y luego dos, haciéndolos girar y salir y entrar, mientras que su boca jugueteaba con sus pezones.*

*Estaba preparada, deseosa y él ya no podía más. La tomó entre sus brazos y la acomodó sobre la cama. La colocó con sus rodillas sobre el colchón y la dejó por unos segundos a la espera. Con las piernas abiertas, mostrando su sexo excitado y las nalgas redondas por las que pasó sus manos.*

*Alexis lo miró sobre su hombro. ¿A qué esperaba? Estaba preparada, lo necesitaba dentro.*

*Lucas se levantó de la cama y caminó hasta su pantalón. Sacó de uno de los bolsillos un preservativo y regresó junto a ella.*

*Alexis se quedó embelesada, observando cómo rasgaba el envoltorio con sus dientes, cómo se lo colocaba y cómo, de una sola embestida, mientras tomaba sus caderas entre sus manos, entraba con fuerza, obligándola a soltar un fuerte gemido de placer.*

*Bombeó una, dos, tres veces. Despacio, luego con fuerza, más tarde con brusquedad, para luego ser delicado y suave. Le decía cosas sucias, le describía cada caricia que le prodigaba a sus glúteos a los que de vez en cuando daba un cachete, a sus pechos, que tocaba y pellizcaba hasta producirle en algunas ocasiones dolor; uno que, mezclado con el placer que la daba al acariciar su clítoris, la estaba llevando hacia un orgasmo tan potente que temió romperse en mil pedazos.*

*Jamás la habían follado así y se asombró, pues nunca pensó que el dolor podría ser tan placentero. Más, más, le gritaba. No pares, le rogaba entre jadeos. Y él obedecía.*

*El aroma de Martín, las manos de Lucas, su polla dentro de ella y las palabras que le decía, era lo más excitante que le había ocurrido en la vida.*



*Gritó con fuerza al correrse y, si no hubiera sido por las manos de él que la sujetaban, se hubiera caído desmadejada sobre la cama. Pero Lucas no había llegado al orgasmo y no le permitió descansar. Bombeó con tal fuerza que su cuerpo se desplazaba sobre el colchón, entró tan dentro que pensó que la destrozaría y se corrió, soltando un fuerte y profundo gruñido.*

*Se dejó caer sobre la cama, saciado.*

*—¡Bestial! —dijo aún con la respiración entrecortada.*

*Alexis se tumbó agotada, parecía que había corrido la maratón de Nueva York. Jamás había tenido un orgasmo tan intenso, ninguno de sus amantes la habían saciado como Lucas.*

Una mano sobre su hombro la devolvió al presente, cortó su ensoñación de golpe.

—Alex..., Alex, ¿me oyes? —Josh la agitaba como si fuera una coctelera y ella lo miró enfadada.

—¿Qué...?

—Llevo un buen rato hablándote. ¿Dónde estás? Porque aquí en la Tierra no —dijo con tono irónico.

—¿Querías algo? —preguntó molesta.

—No, no, qué va. Solo estaba preocupado, llevabas un buen rato quieta, en la misma posición, pensé que te había pasado algo.

—Pues estoy perfectamente, gracias. —Sonó impertinente y desagradable, pero no tenía ganas de hablar con Josh, la había sacado de su recuerdo, uno dulce.

Se levantó y se encaminó, sin ni siquiera decirle adiós, hacia la oficina. Llegaba el momento, ya no debía demorarlo más, tenía que hablar con Martín y explicarle..., una mentira, porque no podía decirle que no le había cogido el teléfono porque estaba muy ocupada follando con su hermano.

La primera vez que sonó, Lucas le prohibió cogerlo.

—*De eso nada, este es nuestro momento. Nada de interrupciones molestas —le ordenó y le quitó el teléfono de las manos, bajó el volumen, para no escuchar más la repetitiva melodía, y lo arrojó sin ningún cuidado a su bolso.*

—*Pero... pero ¿y si es algo importante?* —replicó.

—*Hoy nada es importante, tan solo tú y yo. —La arrojó sobre la cama, se colocó entre sus piernas y le regaló otro sublime orgasmo, esta vez usando con gran maestría su boca y su experta lengua.*

Alexis se sentía embriagada y no razonó, no pensó en nada más que en lo que él la hacía sentir. Ahora vivía las consecuencias de su falta de responsabilidad, pero si era sincera consigo misma, la verdad era que no se

arrepentía de nada.

Martín estaba sentado ante el teclado de su ordenador. No levantó la cabeza ni siquiera para saludarla.

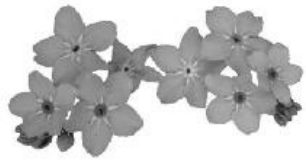
—Martín... —Dudó, había estado soñando despierta con el día tan placentero que había pasado con Lucas y no se había preocupado de pensar una buena excusa para que su compañero no la arrojase a los perros.

—Ahora no, Alex —la interrumpió. Siguió enfrascado en lo que fuese que estaba haciendo.

—Martín, por favor, yo solo quiero...

—No es el momento. —Levantó su mirada del teclado y la clavó en Alexis, pero solo por un breve espacio de tiempo, pues de nuevo la centró en la pantalla del ordenador—. Estoy muy ocupado. Ya hablaremos.

Alexis se quedó por un instante frente a él, esperando que rectificara, que todo fuese fachada, una treta para hacerla sentir mal. Pero esta vez no fue como otras que al instante se le pasaba el enfado, hablaban y se solucionaba todo; esta vez Martín ni siquiera quería mirarla a la cara. Así que, derrotada, se giró y se sentó en su silla frente a un ordenador apagado, con un nudo en la garganta y un amargo sabor en la boca.



## Capítulo 40. Celda 211.

Miércoles, 28 de junio de 2017.  
09:30 h.

Esa mañana Gádor había recibido una extraña llamada. Una mujer, a la que no conocía, de la que ni siquiera había oído hablar, la telefoneó desde el móvil de Iván y la citó en una cafetería que se encontraba próxima al centro penitenciario donde Iván permanecía recluido.

Le dijo que necesitaba su ayuda para sacar a Iván del lío en el que estaba metido, y Gádor no dudó, ni un instante, en ir a esa cita a ciegas.

A las nueve entraba por la puerta de la cafetería, nerviosa y agotada, pues apenas había pegado ojo en toda la noche y lo poco que había logrado conciliar el sueño fueron pesadillas las que inundaron su cabeza. En ellas revivía de nuevo el secuestro, el miedo al ver a Iván atado e indefenso y a ese loco..., ese Yuri besándolo. Se le revolvían las entrañas al recordar cómo Iván se dejó, indefenso, tan solo para salvarle la vida a ella.

Se sentó en una de las mesas, pidió un café bien cargado y se limitó a mirar la puerta, a la espera de esa extraña que tan amiga decía que era de Iván.

No se hizo esperar; a los diez minutos Gádor vio cómo una preciosa y espectacular pelirroja entraba por la puerta. Llevaba una falda tubo negra que se ajustaba a sus cade-ras, una blusa sencilla, con escote barco, en color beige, y unos zapatos de tacón negros que hacían sus piernas mucho más largas de lo que ya eran.

Caminaba segura, con paso firme, y una preciosa sonrisa en sus labios se dibujó al ver a Gádor.

—Hola —dijo al acercarse—. Eres Gádor, ¿verdad?

—Sí y tú, ¿eres?

—Es cierto —soltó una carcajada—, cuando te llamé no te dije mi nombre. Soy Sex. —Le tendió la mano a modo de saludo y Gádor se la estrechó. No pudo evitar fijarse en sus rojas y largas uñas. Todo en ella emanaba sensualidad, incluso el lunar que tenía junto a su labio inferior.

Era una mujer preciosa, llamativa, una que hacía que los hombres se girasen a mirarla.

Se sentó en la silla que estaba frente a Gádor. El camarero se acercó, casi a la carrera y, después de mirarla embobado, se dispuso a traer el pedido de la preciosa pelirroja: un té con limón.

—¿Cómo me has reconocido? —preguntó Gádor. Ninguna de las dos había visto nunca a la otra.

—Fácil, Iván me habló mucho de ti. Dijo que eras preciosa, que tenías algo especial, único, y de todas las mujeres que hay ahora en esta cafetería, eres la que se corresponde a esa descripción. —Sonrió de nuevo, mostrando unos perfectos y blancos dientes, dignos de un anuncio de televisión.

—Vaya..., gracias. —Que una mujer como aquella la describiese a ella como «preciosa», le resultaba increíble.

—Perdona que en mi llamada no fuera un poco más explícita, pero deseaba que nos viéramos cara a cara. No quería que te hicieses una imagen errónea de mí.

—Sex..., disculpa, pero la verdad es que no sé quién eres. Tan solo conozco de ti lo que tú misma me dijiste.

—Iván no te ha hablado de mí —afirmó y soltó otra vez una carcajada. No parecía molesta, sino más bien divertida.

—No, lo siento. —Era un tanto incómodo.

—Ha luchado por dejar el mundo de la noche..., no le hacía feliz... Entiendo que no te hablase de mí, no puedo censurarlo. Pero creo que estaría bien que supieras un poco sobre mí para saber los motivos que me han impulsado a proponerte esta cita.

»Trabajo en el club hace muchísimo tiempo, soy su mano derecha y ahora la dueña. Iván me ha cedido el mando. No quise decírtelo por teléfono, temía que rechazases conocerme.

—Nunca lo hubiera hecho. No me gusta juzgar sin saber. Sé que tu mundo..., el mundo en el que hasta hace poco ha estado Iván, es complicado, diferente. Pero lo he conocido y tiene tantas cosas..., que lo demás quedó en un segundo plano. Nada me importa lo que ha sido, ni con lo que se ha ganado la vida, sé que nunca ha hecho daño a nadie. Es un buen hombre inmerso en una vida difícil que tan solo ha luchado por sobrevivir.

—Ahora sé que Iván ha escogido muy bien. Me gustas, Gádor, y te

agradezco que veas más allá de nuestra profesión. La gente suele juzgarnos y, la verdad, no saben nada de nosotros.

Tomó un sorbo de su té y continuó:

—Pero, en realidad, no he quedado contigo para hablarte de mí, ni de nuestra profesión. Tan solo soy su amiga y mi único propósito es sacarlo de la cárcel. Iván no se merece estar entre rejas... Estoy tan apenada... —Sus ojos brillaron con tristeza, se desdibujó su sonrisa, se la veía muy afectada.

—Lo amo —Gádor vio algo en esa mujer que le permitió ser sincera, hablar sin tapujos—, haré lo que sea por sacarlo de la cárcel.

—Bien. Ese es el fin que nos une a las dos. Así que nos pondremos manos a la obra.

—Dime qué tengo que hacer.

—Iremos a verlo juntas. He quedado con su abogado, que también se reunirá con nosotras. Ya verás como todo sale bien. —Sex extendió la mano, tomó la que Gádor tenía sobre la mesa y se la apretó—. Él también te ama, Gádor. Nunca lo había visto así... Antes no dejaba que nadie se le acercase. No permitía ningún contacto y, desde que está contigo, es otro, lo has transformado y ayudado. Su vida no ha sido fácil. No sé hasta qué punto conoces... —Calló y bajó la mirada.

—Lo sé todo, él me lo contó.

Sex asintió. Eso estaba bien, porque Iván nunca confiaba en la gente; incluso con ella, a pesar de conocerla desde hacía muchos años, de ser su amiga, le guardaba secretos.

—Eso me confirma que eres especial.

—Él también lo es para mí.

Sex sonrió de nuevo.

Llegó la hora en la que se permitían las visitas y Gádor, junto a Sex y al abogado que había contratado, estaban esperando para entrar en la sala.

Gádor estaba nerviosa, deseaba tanto verlo...

Un policía los acompañó y les dio paso. El olor antiséptico llenaba el espacio. La sala era grande, con mesas donde algunos de los presos ya estaban sentados charlando con sus familiares. El policía les señaló una de ellas y los tres tomaron asiento.

Cuando Gádor lo vio entrar, su corazón comenzó una loca carrera. Llevaba un mono naranja y caminaba despacio, parecía cansado. Soltó un sollozo al ver su mal estado; tenía un ojo morado, el labio partido y le había crecido la barba. Su pelo, revuelto, como si se lo hubiera estado tocando nervioso y la mirada llena de tristeza.

Intentó sonreír al verla, no quería que se preocupase. No le gustaba verla

allí, entre presos, rejas...

Gádor se levantó e intentó acercarse, deseaba tanto poder abrazarlo, pero el policía que lo custodiaba le indicó que no podía tocar al prisionero. Cedió de mala gana y se sentó.

—¡Dios mío, Iván! ¡Qué mala pinta tienes! —El tono que usó Sex intentaba quitarle hierro al asunto y lo consiguió, pues logró sacarle una de sus sonrisas.

—Tú, en cambio, estás preciosa —le dijo él—. Gádor... ¿Por qué has venido? —Centró su atención en ella. Le dolía no poder tocarla, deseaba hundir su cabeza entre su pelo, aspirar su aroma y abrazarla durante horas. Pero sabía que no se permitía ningún tipo de contacto entre el reo y las visitas. Eso era una auténtica tortura. La tenía delante, pero no podía acariciarla, tomarle de la mano...

—Vamos a sacarte de aquí —le dijo con convicción. Sus ojos brillaban, pero se había prometido no llorar delante de él. Iván la necesitaba fuerte y a su lado para superar todo lo que estaba pasando.

—Iván —dijo Sex—. Este es Marck, tu abogado.

—¿Abogado? —Lo miró y Marck asintió con la cabeza.

—Yo le representaré.

—¿De dónde has sacado el dinero? —preguntó preocupado a Sex. No tenía nada, lo había sacado todo de la caja fuerte para dárselo a Yuri.

—Eso no tiene imp...

—Sí —la interrumpió—, la tiene y mucha. ¿De dónde lo has sacado? —preguntó de nuevo.

—Tenía unos ahorros y he vendido alguna de mis joyas...

—¡Joder, Sex! —Alzó mucho la voz y el policía le recriminó.

—Ya me lo devolverás. Ahora, lo importante es sacarte de aquí. Debes olvidarte de todo y centrarte en lo que te diga Marck. ¿De acuerdo?

—No me gusta... —protestó otra vez y bajó su mirada. Se sentía tan impotente.

—A ninguno nos gusta, pero afrontaremos lo que ha pasado. —Fue Gádor la que tomó la palabra.

—Ahora escucha lo que Marck tiene que decirte, haz lo que te pida y deja todo en sus manos —intervino Sex—. Es uno de los mejores abogados.

Eso suponía que le habría costado muchísimos dólares contratar sus servicios. Iván la miró con tristeza, no quería que gastara su dinero.

—Te juro que te lo devolveré todo —dijo con convicción; era una promesa e Iván siempre las cumplía.

—Lo sé. —Sex le sonrió, confiaba en él, nunca le había fallado.

—Hable —pidió Iván, clavando sus pupilas en las del abogado que asintió,

abrió su maletín, del que sacó un montón de documentos, y comenzó a explicarle su situación y todo lo que debía hacer para salir lo antes posible de prisión.

Durante todo el discurso del abogado, Iván permanecía atento, pero a Gádor no podía engañarla, estaba ausente, no lo escuchaba y se limitaba a asentir con la cabeza.

Su mano se acercó todo lo que pudo a la de él, deseaba agarrarla, pero el policía no les quitaba el ojo de encima y se limitó a dejar la palma sobre la fría superficie lacada y sus dedos extendidos hacia el puño apretado de él.

Estuvieron reunidos durante un buen rato. Marck les explicó que Gádor era clave, ya que era el único testigo de lo sucedido. Hasta que la policía no lograra dar con el paradero de Aki, ella sería la baza que jugarían para sacar a Iván de prisión.

Lo más importante era exculparlo de la muerte de Hill, y en eso también Gádor podía ayudar, pues vio cómo Aki llevó la pistola con la que había sido asesinado y las pastillas que le pertenecieron. Ni una cosa ni otra tenían las huellas de Iván, y eso era un punto a su favor muy importante.

Cuando estuvo todo claro, el abogado los dejó solos. Iba a comenzar a preparar su defensa.

—Yuri... —Iván dijo con tristeza su nombre, había estado esperando hasta quedarse solos.

—Lo sé y lo siento —dijo Sex.

Las miradas de ambas mujeres se clavaron sobre él.

—Era mi hermano, la única familia que he tenido... —Sus ojos brillaban. Le dolía mucho. A pesar de haber sido el causante de todo ese lío, Iván se sentía roto de dolor.

Sex sollozó. Sabía perfectamente la relación que ambos tenían y lo que Iván le quería. Sabía que para él era doloroso recordar cómo se había comportado Yuri antes de morir; traicionándolo, poniéndolo al límite.

—No pienses más en ello Iván. No era estable, su cabeza no funcionaba bien.

—Dijo que me amaba, que no podía vivir sin mí. Pensaba matarme y después suicidarse. Cómo no me di cuenta...

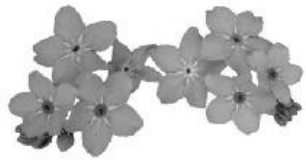
Iván cerró sus ojos. Gádor se lo avisó y él no pudo creerlo. ¡Enamorado! Eso era una aberración.

—Ahora debes centrarte en salir de aquí. Te estaré esperando. Te amo, Iván. —Gádor le sonrió, pero, sin poder remediarlo, una lágrima furtiva resbaló por una de sus mejillas.

—*Malyshka...* —Usó un tono cariñoso y su mano se aferró a la de ella por un breve instante, pues el policía le amonestó con dureza. Pero no le importó,



ese simple contacto le calentó el alma.



## Capítulo 41. El coleccionista de huesos.

Jueves, 29 de junio de 2017.  
10 h.

Martín había conseguido la orden de exhumación del cadáver de su cuñada con trampas y la firma falsificada de su hermano.

Un sentimiento de pena le inundaba, porque estaba traicionando a su hermano. Sabía que si él se enterase de lo que estaba haciendo no se lo perdonaría jamás, pero su corazón, en cada latido, le decía que estaba actuando correctamente. Tenía la obligación de saber qué era lo que a Mary le preocupaba hasta el punto de no descansar en su tumba.

Tan solo faltaban dos horas para ir al cementerio y abrir el féretro. Tenía miedo de lo que iba a encontrar. Desde que había cursado la orden, un presentimiento, un frío en su alma, le decía que lo que Mary deseaba enseñarle iba a suponer un antes y un después en su vida.

Últimamente se había convertido en un hábito diario el dejar caer una pastilla de antiácido en el vaso con agua, y así se encontraba en esos momentos.

Chasqueó la lengua enfadado, su estómago también era consciente del mal trago que iba a pasar y se retorció, incómodo.

—¿Otra vez te molesta el estómago? —Se giró al escuchar la voz de Alexis.

—Sí, otra vez —contestó con desgana. Su esperanza de no encontrársela esa mañana se desvaneció como lo estaba haciendo la pastilla disuelta en el agua. No le apetecía nada hablar con ella, más aún sabiendo que tenían una conversación pendiente.

—¿Qué te traes entre manos? —preguntó ajena a sus pensamientos y señalando la carpeta que tenía sobre la mesa, donde se encontraban los documentos con todos los permisos.

—Nada que tenga que ver con el caso —se excusó. Cerró las solapas ocultando de sus ojos su contenido.

Tan solo Alma sabía lo que tenía pensado hacer. No confiaba en su compañera; al darse cuenta de ese hecho, se entristeció. Antes le hubiese contado todo, pero últimamente Alexis estaba muy rara.

Martín se removió nervioso en su silla. Alexis continuaba de pie frente a su mesa, mirándolo, y él tenía muchas cosas que hacer, no podía perder el tiempo. Iba a traicionar la confianza de su hermano, a ver el cuerpo de su cuñada muerta, y no podía contarle nada a la que hasta entonces había sido su mano derecha. De un trago, se bebió el brebaje asqueroso y se lamentó de su mala suerte.

—Martín..., me gustaría... —La melodía inconfundible del móvil de él la interrumpió.

—Perdona, podría ser importante. —Una nueva excusa que le venía estupenda para huir de Alexis como de la peste. ¿Qué le pasaba con ella? No se lo podía explicar, tan solo sabía que no deseaba seguir siendo su compañero, que no la quería como amiga, ni a su lado. Su instinto le gritaba que se alejase.

Alexis no contestó, simplemente se quedó observando cómo se alejaba con el móvil en la mano. Seguro que era su amiguita la que le llamaba. Sería esa camarera, esa pequeña rechoncha. La odiaba, la aborrecía. Dio un fuerte golpe con su puño cerrado sobre la mesa y la carpeta de Martín pegó un bote. La miró con curiosidad, ¿qué guardaría en ella? Como compañera suya tenía todo el derecho a saberlo si era algo relativo a la investigación, incluso tenía la obligación de conocerlo.

Decidió abrirla, convenciéndose a sí misma de que no lo hacía por descubrir lo que pretendía Martín, sino porque era su deber.

Miró a los lados, no quería que nadie la viera y menos él. Cuando se cercioró de que no había testigos, con manos temblorosas la abrió.

Empezó a leer y se le heló la sangre. Martín solicitaba que la tumba de su cuñada fuera abierta y que se hiciera la autopsia al cadáver.

—¡Dios mío, Martín! —susurró.

Pero... ¿por qué haría tal cosa? Cerró la carpeta y la dejó en la misma posición que estaba. Tomó su bolso y salió a la carrera. Sabía con quién tenía que hablar, a quién tenía que dirigirse. Le preguntaría a Lucas por qué su firma estaba en esos documentos; él le diría qué se traía Martín entre manos, seguro que se lo había explicado.

\*\*\*

—¡¿Cómo?! —gritó Martín. Apretó el teléfono con tal fuerza que sus

nudillos se pusieron blancos—. Tranquila, Alma, voy para allá.

Regresó a la oficina a por la carpeta con las autorizaciones. No había señal de Alexis y eso le hizo suspirar de alivio.

Salió a la carrera. Alma lo necesitaba. Le había llamado llorando desde el veterinario preocupada por Bola; según parecía, el pobre animal estaba muy enfermo. Alma se lo había encontrado casi moribundo.

Cuando llegó a la clínica, la encontró sentada en la sala de espera.

—¿Qué ha pasado?

La tomó entre sus brazos.

—Según el veterinario, ha comido algo tóxico. —Se separó de su cuerpo y la miró, parecía más tranquila que cuando lo llamó por teléfono—. Me ha dicho que ya está fuera de peligro.

—Vaya, me alegro. —Martín suspiró calmado, le había cogido cariño a esa bola de pelo.

—¿Sabes qué es lo que pudo comer?

Alma asintió.

—La planta que me llevé del invernadero de tu cuñada.

—¡¿Cómo?! —exclamó con asombro.

—Según dijo el veterinario, es un jazmín amarillo, y es muy venenoso si se ingiere. Incluso puede producir la muerte.

La cabeza de Martín comenzó a girar y tuvo que sentarse.

—No lo entiendo... —Alma se situó a su lado, asustada. Martín había perdido el color.

—¿Qué es lo que no entiendes? —preguntó sentándose y tomando entre sus manos las de él, que estaban frías.

—Mary sabía de plantas, eran su pasión. ¿Por qué tendría una que es venenosa?

—No lo sé... Quizá por su belleza o por ese aroma que emana.

—No, no... —negó con vehemencia—, yo la conocía muy bien y nunca tendría ese tipo de plantas.

Martín cerró los ojos y recordó las huellas que había en el suelo..., la imagen de todas las plantas muertas menos esa... Los abrió de golpe.

—Tengo que irme. —Parecía desesperado y Alma se preocupó.

—Por Dios, Martín, ¿qué es lo que está pasando?

—No lo sé, de verdad que no lo sé. Pero... tengo que hacer un par de cosas. Quédate aquí con Bola... Te llamaré. —Le dio un beso en los labios y salió a la carrera.

Todo estaba en su cabeza muy confuso, los datos se mezclaban y hacían que su corazón bombease a gran velocidad, que sus manos sudasen y que un nudo se

apretara fuerte en su estómago.

No podía ser cierto lo que su instinto le gritaba. Martín no era religioso, pero sin poderlo evitar iba entonando un rezo en silencio, uno destinado al dios que lo quisiera escuchar.

—Por favor, que no sea cierto lo que pienso..., por favor...

Llegó antes de lo acordado al cementerio, pero no podía esperar más.

Mostró los documentos al vigilante que, tras cerciorarse de que todo estaba correcto, procedió a sacar el cadáver de Mary.

Las manos de Martín temblaban. No era el primer muerto que veía; por desgracia, por su profesión, estaba acostumbrado a ver de todo, pero sí era el primero de alguien querido y cercano.

No le hizo falta nada más que un instante para saber qué era lo que Mary, con tanta insistencia, le había rogado que viera.

Cuando la caja se abrió, su corazón se paró y sus ojos, sin querer, se cerraron. Su instinto, de nuevo, no le había fallado; por desgracia, era cierto lo que pensaba.

«No, no, no puede ser», gritaba dentro de sí. Su alma se desgarraba y su corazón pareció partirse en dos.

—Detective, señor... —El vigilante lo vio tambalearse y corrió a tomarlo del brazo—. ¿Está usted bien? —le preguntó por educación, porque la repuesta era evidente. Estaba tan pálido que su semblante respondía a su pregunta sin necesidad de que Martín abriera la boca.

No dijo nada, simplemente se dio la vuelta y caminó hacia la salida del cementerio. No tenía ninguna necesidad de continuar allí; lo que había venido a buscar, ya lo había encontrado, y era lo más terrible que le había ocurrido en su vida.

\*\*\*

Alexis tardó en llegar al mismo motel donde se habían encontrado; estaba lejos, pero necesitaba verlo.

Entró en la habitación, era la misma en la que habían estado juntos hacía tan solo cuarenta y ocho horas. Esa cama le traía recuerdos tan calientes que se excitó con solo mirarla. Alexis apenas se reconocía; siempre había sido fría en el sexo, tanto que su anterior pareja la había tachado de frígida, pero con Lucas todo era distinto. El sexo ocupaba sus pensamientos día y noche y tan solo pensar en sus manos, en su aroma, le provocaba escalofríos.

Estaba tan metida en sus sueños calenturientos que el sonido de la puerta al abrirse con estrépito la hizo sobresaltarse y, de una manera instintiva, se llevó la

mano a la pistola.

—No me vas a disparar, ¿verdad? —La voz de Lucas le llegó como una caricia.

Llevaba uno de esos trajes caros que siempre usaba. La americana desabrochada dejaba ver una camisa azul oscura.

Alexis bajó la pistola muy despacio. Pero él la tomó de la mano y dirigió el cañón hasta su pecho.

—¿Serías capaz de dispararme? —Sus ojos tenían un brillo extraño, uno que Alexis nunca había visto en él y que le provocó un estremecimiento.

—¡No, por supuesto que no! —exclamó molesta.

—¿Y si te fuera la vida en ello? —Llevó uno de sus dedos hasta el gatillo.

—¡Basta! No me gusta tu juego. —Intentó soltarse, pero la sujetaba con fuerza.

Lucas la soltó y se carcajeó. Se alejó de ella y se dejó caer sobre la cama.

—Era una broma, mujer —dijo mientras se tumbaba cómodamente. Colocó la almohada en su espalda y, dejando los zapatos en el suelo, se recostó—. Desnúdate, me apetece follarte.

Alexis lo miró asombrada. ¿Qué le pasaba?

—No he venido a follar contigo.

Lucas clavó su mirada en ella. La sonrisa se había esfumado de sus labios, ahora estaba enfadado, muy cabreado.

—Yo no he venido hasta aquí para charlar y tomar el té. Tengo muchas cosas que hacer. He dejado una reunión muy importante porque tú me has llamado. — Se puso de pie y caminó hacia ella.

Alexis apenas lo reconocía, no parecía ser el mismo Lucas de siempre.

—¿Qué coño pasa contigo, Lucas?

Se colocó frente a ella y, con un rápido movimiento, le apresó las manos. Acercó su cuerpo y Alexis sintió su duro miembro sobre su vientre.

—Me pones muy cachondo.

—Para, Lucas... —Lamió sus labios a pesar de que ella intentaba por todos los medios huir de ellos, no se pudo resistir.

—No. Tú no quieres que pare. También me deseas... —Pasó su nariz por su cuello, lo olisqueó y lo rozó con la punta de su lengua—. Puedo oler tus ganas... Saborearte...

Alexis quería soltarse, le hacía daño en las muñecas, pues no era nada delicado, pero no podía, le atraía, lo deseaba... Aunque eso le parecía una aberración, y más después de lo que acababa de hacerle, de sus palabras, de esa mirada...

—Lucas..., por favor, para..., es importante. —Su boca lamía sus labios y

Alexis cada vez ponía menos resistencia.

—No hay nada tan importante como lo que quiero hacer ahora contigo. — Por fin liberó sus muñecas y Alexis soltó un jadeo de alivio. Le palpitaban de dolor, había sido muy brusco. Pero en el mismo instante en el que sus manos se apoderaron de sus senos, el gemido fue de deseo. Esas manos hacían magia sobre su cuerpo.

—Se trata de Martín. —Su cabeza aún funcionaba, todavía tenía control sobre su cuerpo y se obligó a separarse.

Lucas perdió la concentración y su polla se desinfló en el mismo instante en que su amante pronunciaba el nombre de su hermano.

La soltó con asco y dio dos pasos hacia atrás.

—No he venido aquí para hablar de mi hermano.

—Pero Lucas..., es importante. —Su cuerpo temblaba. Su deseo no se había apagado tan rápido como el de él—. Encontré un documento que solicitaba la exhumación del cadáver de Mary, necesito saber por qué no me ha dicho nada, por qué hacéis esto sin contar conmigo.

Lucas sintió como si el aire se hubiera evaporado. Sus pulmones protestaban, pero no era capaz de darles lo que más necesitaban. La cabeza le daba vueltas. Se obligó a tomar una fuerte bocanada de aire.

—¿Cómo? —Su pecho comenzó a subir y bajar a un ritmo frenético.

—No lo sabías —afirmó Alex al ver su reacción—. Pero... los papeles tenían tu firma.

—¡Hijo de puta! —gritó furioso Lucas. Su hermano le había traicionado.

—¿Qué es lo que está pasando, Lucas? —Alexis estaba comenzando a asustarse. Toda esa situación era extraña. Martín y Lucas siempre habían estado muy unidos, ¿cómo era posible que falsificase la firma de su hermano? Y la pregunta más importante: ¿por qué lo hacía?, ¿con qué fin?

Lucas no pensaba responder a ninguna de esas preguntas. Alexis había dejado de tener interés para él. Ahora lo único que quería era llegar hasta Martín y saber lo que había averiguado. Si abría ese féretro, estaba perdido.

Se dio la vuelta para salir rápidamente, pero Alexis lo agarró del brazo.

—Espera, por favor, Lucas. ¿Qué es lo que está pasando?

La miró con asco, con odio, y ella no entendía el porqué de ese cambio tan brusco, hacía un instante que la estaba acariciando...

—¿Por qué no me has contado todo esto por teléfono? Él te pidió que me entretuvieras, ¿verdad?

—¿Qué quieres decir? No te entiendo. —Alexis lo soltó y trató de alejarse.

—Martín te pidió que me trajeras hasta aquí. —Parecía tan seguro.

—No. Solo quería saber qué es lo que pretendía. No habla conmigo, me ha



sacado del caso. Vi tu firma y pensé que me lo podrías aclarar. Yo pensé..., creí que lo sabías.

—¿Sabes por qué no te creo? —Se colocó frente a ella. Tomó su larga melena en uno de sus puños y tiró de ella obligándola a subir la cabeza.

—Por favor..., me haces daño.

Con un rápido movimiento, sin que ella apenas tuviese tiempo de reaccionar, sacó la pistola de su funda y apuntó a su sien con ella.

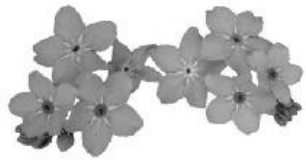
—¡Dios mío! —susurró Alexis asustada.

—No te creo porque estás tan enamorada de él que serías capaz de venderme, de engañarme...

—No sé de lo que hablas...

—No puedo perder más tiempo contigo.

Los ojos de Alexis se cerraron en el mismo instante que Lucas propinó un fuerte golpe con la culata de la pistola en su sien.



## Capítulo 42. Identidad.

Jueves, 29 de junio de 2017.

Martín se subió a su Impala. Necesitaba recuperarse antes de ponerse en marcha. Apoyó su frente sobre sus manos, que permanecían aferradas al volante. Temblaba, no podía contenerlo por más que luchaba, parecía como si su cuerpo le declarase la guerra a su cerebro, pues este daba la orden de relajarse y el otro no obedecía.

Nunca se hubiera imaginado que un día se vería en esa situación. Era como una pesadilla, como una de esas películas de terror con unos efectos tan malos que la hacen poco creíble, pero que consiguen hacerte temblar de miedo.

De repente, levantó su cabeza y miró al frente.

—¿Y ahora? —se preguntó en voz alta.

No sabía qué hacer; por primera vez en su vida, la situación le desbordaba de tal manera que sintió la necesidad de dejar de lado su arraigado sentido del deber y mirar hacia otro lado.

«No puedo, no puedo hacer eso. No es justo..., se lo debo», se dijo.

La lucha que dentro de él se estaba librando era cruenta. Hiciera lo que hiciera saldría dañado, tocado e incluso hundido.

Metió la llave en el contacto y arrancó. La música que llevaba puesta sonó atronadora, pero no se molestó en bajarla. Necesitaba que, por un instante, su mente quedase libre, y la letra de *Whiskey in the jar*, de Metallica, lo ayudó.

Se dirigió a la casa donde hasta la noche pasada había estado viviendo junto a sus hermanos.

Aparcó y caminó hasta la puerta. Despacio, muy despacio, pues no tenía prisa porque su vida se derrumbase, para terminar con lo que más amaba, para descubrir el resto de los secretos que esa casa guardaba y le producían más terror

que la primera vez que vio el fantasma de su cuñada.

Caminó con paso firme y seguro. Sabía dónde debía mirar, pues recordaba perfectamente aquella mañana en la que ayudó a Lucas a guardar las cosas de Mary. En su mente apareció cada sutil detalle de aquel instante: el diario de tapas negras, la prisa que Lucas tuvo en arrancarlo de sus manos, el lugar donde lo escondió...

Entró en la habitación y se dirigió al cajón donde Lucas dejó caer el diario. Lo abrió y allí estaba.

Sus manos temblaban al cogerlo, un sudor frío le recorría la espalda y su corazón bombeaba más rápido de lo que era normal. Aunque todo estaba ya claro en su cabeza y no necesitaba ver más pruebas, aún tenía la esperanza de estar confundido, y quizá en ese diario encontrase la evidencia que le haría reírse a carcajadas de su descabellada suposición.

Se sentó en la cama con el diario entre sus manos, como si fuese una granada a punto de estallar. Quitó la goma con dedos torpes, abrió por la primera página y comenzó a leer.

Poco a poco todo comenzó a tener sentido, poco a poco su mundo se derrumbó como si fuera un castillo de naipes.

Pasó página tras página con los ojos anegados, con un nudo en su garganta, con ganas de cerrarlos y deseando que todo aquello se evaporase en el mismo instante en que los volviese a abrir.

—Hola, hermano. —Alzó su cabeza del diario y lo vio.

Estaba en el umbral de la puerta. Parecía tranquilo a pesar de que sabía que Martín acababa de descubrir su secreto, pues esas páginas estaban llenas de sus vivencias, de sus locos pensamientos.

—¿Cómo no me di cuenta? —La voz de Martín temblaba porque su mentón lo hacía—. ¿Cómo pude estar tan ciego?

Lucas le había dicho aquel día que era el diario de Mary, pero todo era mentira, pues él era quien expresaba sus sentimientos, quien anotaba todos sus desvaríos, su locura...

Lucas caminó despacio, se sentó a su lado.

—¿Hasta dónde has leído? —le preguntó como quien habla de un libro cualquiera y no de la confesión de un asesino.

Martín comenzó a negar con la cabeza y cerró sus ojos.

—Lo suficiente para sentirme estúpido... Todo este tiempo has sido tú... y yo..., yo no me he dado cuenta de nada. —Le costaba hablar, el nudo de su garganta apretaba con fuerza—. He estado viviendo con un psicópata. ¡Joder, soy policía, he estudiado para esto! —se reprendía. Su sentido del deber le hacía verse como el gran culpable de los pecados de su hermano.

—No te fustigues, Martín. Tú siempre pensaste bien de mí, me tenías en un pedestal. Además, todo comenzó cuando tú te fuiste.

Lucas alargó la mano para tocarlo, pero Martín se apartó.

—Eres un loco, un enfermo. —Lo miró con asco, con rabia y dolor.

—Quizá lo sea. —La frialdad con la que Lucas había reaccionado, la falta de compasión, de vergüenza o arrepentimiento, le producían escalofríos a Martín, que aún no se podía creer que su hermano fuera el asesino del parque Ratford.

Martín no podía continuar manteniéndole la mirada, se rompería del todo si lo hacía. Esa situación era lo más doloroso que había vivido nunca; y ver la mirada vacía, sin ningún tipo de sentimiento de su hermano, era tan desgarrador...

—Cuando vi su vestido... —Cerró sus ojos; si no lo hacía, las lágrimas terminarían rodando por sus mejillas—. Joder..., cuando vi la tela de su vestido..., esas pequeñas flores azules que lo adornaban. Cuando recordé que te encerraste con ella, que fuiste tú quien la vistió y preparó, que no dejaste que nadie la viera o tocara..., lo comprendí todo. He sido tan necio; pensé que lo hacías porque la amabas tanto que no querías que nadie la tocara, y tu única intención era esconder tu puto crimen... —Se apretó ambos ojos con sus dedos, no pensaba llorar—. ¿Por qué?

—Era un juego.

Giró su cabeza con rapidez para clavar su mirada de asombro sobre Lucas.

—¿Un juego?! —Deseó golpearlo y se aferró a la libreta negra para no hacerlo—. ¿Asesinaste a tu mujer y para ti solo ha sido un estúpido juego?!

—Ella era tan solo un sucedáneo de lo que yo deseaba y estaba convirtiéndose en un estorbo. —Martín soltó un fuerte resoplido—. El médico nos dijo que su corazón fallaba de nuevo. No podía soportar el hecho de tener que cuidar de ella otra vez, pasar otra vez por una operación. Si lo piensas bien, tan solo la he ayudado a descansar.

—¿Serás hijo de puta! —Se levantó y se alejó de su hermano. La necesidad de golpearlo crecía de manera exponencial—. ¿Cómo has sabido que estaba aquí?

—Alexis. Es una enorme fuente de información.

Tomó aire por la nariz y lo soltó despacio por la boca, intentando serenarse.

—Nos has manipulado a todos... A mí, a Gádor. A mi compañera... —El último apunte de la libreta hablaba de Alexis y él se lo acababa de confirmar. El diario hablaba de cómo la estaba manipulando para obtener información de los progresos que obtuvieran en la investigación, de los pasos que daban. Había leído con asco todos los detalles. Su conversación sobre el amor que Alexis le confesaba tener por él, el sexo en el motel que describía con detalle... En ese

diario de tapas negras estaba todo, todo...—. Gádor... —dijo en voz baja. Esa había sido la parte más dolorosa. Leer sobre su hermana.

—Gádor... —Lucas se levantó de la cama y se acercó a él despacio, muy despacio—. Ella es mi pecado.

—Eres un cerdo.

—¡No! No lo soy, porque la he respetado siempre.

Un grito desgarrador salió de la garganta de Martín, la rabia le estaba ganando la partida. Lo agarró de las solapas de su impoluta chaqueta de traje y lo zarandeó con furia, con asco.

—¡Es tu hermana! ¡¿Cómo podías pensar en ella?!

Lucas se dejaba, no intentó en ningún momento soltarse, alejarse. Sabía que lo merecía. Su pecado era lo único que le importaba de verdad, lo que le movía y le hacía sentir vergüenza.

—¡Lo sé! —gritó con furia—. ¿Crees que no he luchado? Pero no puedo contenerme, no puedo...

Martín lo soltó con tanta fuerza que Lucas trastabilló y estuvo a punto de caer al suelo.

—No puedo mirarte a la cara, me das tanto asco...

Le dio la espalda. Sintió cómo la mano caliente de Lucas se posaba sobre su hombro.

—Ellas la sustituían. ¿No te das cuenta? Gracias a ellas Gádor ha estado siempre a salvo.

—¿Quieres decir que las matabas por no asesinar a nuestra hermana?

El silencio le dio la respuesta.

—¿Qué piensas hacer ahora? —preguntó Lucas.

—Encerrarte. —Se dio la vuelta para encararlo—. Encerrarte por toda tu puta vida. Aunque se me parta el alma, aunque sea lo más doloroso que haga. Eres un asesino, has matado a cinco mujeres... —Su voz temblaba. Ese maldito nudo apenas le dejaba respirar—, y ¿hablas de amor? —Señaló el diario—. De uno intenso que sientes por tu propia hermana y que, según tus palabras, te ha obligado a matar a esas chicas... Tú no sabes lo que es el amor. Estás enfermo.

Lucas no dijo nada más. Se limitó a sentarse de nuevo sobre la cama. Su expresión era tranquila, como si por fin hubiese conseguido lo que en realidad deseaba.

Esperó callado, observando cómo Martín llamaba a la comisaría. Continuó en total silencio cuando llegaron, le esposaron, le leyeron sus derechos y, sin oponer resistencia, se dejó llevar hasta el coche que lo transportaría a prisión.

En todo el proceso no dejó de mirar a su hermano y Martín pugnaba por no retirar sus ojos de él.

\*\*\*

Cuando Gádor llegó a casa, se la encontró llena de policías. No la querían dejar pasar y ella gritaba desesperada. No sabía qué era lo que estaba pasando y, cuando vio cómo dos hombres se llevaban a su hermano esposado, su desesperación la hizo golpear a uno de los policías que la sujetaban por el brazo y correr hacia Lucas, desesperada por arrancarle esas esposas.

—¡Dios mío! —gritaba llorando; sintió cómo otras manos le impedían llegar a Lucas, abrazarlo. La agarraban con tanta fuerza que era doloroso, pero ella seguía luchando. De pronto, sus ojos se clavaron en la persona que le impedía acercarse a su hermano. Lo miró con odio—. ¡Suéltame! —El recuerdo de que hacía unos días Martín también la había impedido acercarse a Iván la golpeó con fuerza. Otra vez era él quien la alejaba de lo que más amaba en la vida.

Al dolor de Martín por saber que su hermano era un enfermo, un psicópata asesino, se unía ahora el de tener que ser él quien le abriese los ojos a su hermana, y encima ella lo detestaba, sin entender que tan solo pretendía protegerla.

—Gádor..., tranquilízate. Deja que te explique... —Sintió una fuerte bofetada, una que le hizo girar la cabeza.

—¡Te he dicho que me sueltes! —escupió con odio.

Martín la dejó libre de su amarre, permitió que se acercase al reo, indicándoles con una mirada a sus hombres que no había ningún peligro.

Gádor se abrazó al cuerpo de su hermano, llorando desesperada.

—¿Qué ha pasado? —preguntaba una y otra vez—. ¿Por qué te llevan como si fueses un criminal?

—Tranquila, cariño... —Lucas deseaba corresponder a su abrazo, pero sus manos esposadas se lo impedían—. Tranquila. No sufras por mí. Ahora estaré bien...

Gádor dio un paso atrás, estaba confundida, no entendía qué quería decir con eso.

—Gádor... —Martín puso una mano sobre su hombro sin ejercer presión, temía que ella reaccionara retirándola. Pero se quedó muy quieta—. Deja que se lo lleven. Yo te lo explicaré todo.

No se movió del sitio. Obedeció, se quedó mirando cómo los policías, uno a cada lado, lo llevaban agarrado y lo conducían hasta el coche.

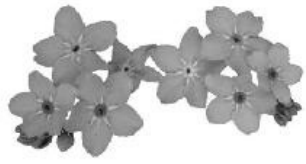
Se dejó caer, despacio, de rodillas. Se abrazó a su propio cuerpo y lloró con intensidad, con rabia y fuerza. Su vida se estaba convirtiendo en un caos. Primero Iván, ahora Lucas. ¿Qué estaba haciendo mal para que la castigasen de

esa manera?

Martín la tomó entre sus brazos, la levantó del suelo y la apretó contra su duro pecho.

Se dejó, no opuso resistencia, necesitaba consuelo, pero también una explicación.





## Capítulo 43. El resplandor.

Jueves, 29 de junio de 2017.  
De madrugada.

Gádor entraba en la casa abrazada al cuerpo de su hermano. Habían pasado toda la noche en comisaría y estaban agotados.

Martín le había contado todo y aún no lo había asimilado. No podía creerlo, pero el psicólogo que había interrogado a Lucas se lo confirmó. Su hermano era un psicópata, uno capaz de manipular. Con un altísimo coeficiente de inteligencia que le permitía llevar a cabo sus planes sin dejarse ni un solo cabo suelto. No sentía empatía, no conocía el significado de esa palabra. Tan solo le importaba su beneficio, saciar sus caprichos, su placer.

Por un tiempo sus problemas mentales habían permanecido ocultos, latentes, pero su primera víctima despertó al asesino que llevaba dentro y ya nada ni nadie lo podría parar.

Lo encerrarían de por vida después del juicio en una institución psiquiátrica. Era un peligro para la sociedad, eso ambos lo entendían, pero para ellos seguía siendo su hermano, su otra mitad.

—No sé cómo afrontar... —Gádor soltó un profundo sollozo y se dejó caer sobre el sofá.

Estaban en casa, en su casa; aunque le perteneciera a Lucas, era también de ellos, y allí, precisamente, era donde pensaban pasar el día, los dos juntos. Lamiendo sus heridas, aislados de todos y de todo. De los periodistas, que a esas alturas sabrían quién era el asesino; de los que los querían, ellos entenderían perfectamente que, en esos momentos, lo que ambos necesitaban eran estar juntos y solos. De sus sentimientos, que debían contener para no derrumbarse.

—Yo tampoco...

La tomó por los hombros para acercarla a su cuerpo y ella se dejó. El calor que Martín emitía la reconfortaba, se sentía a salvo y en esos momentos necesitaba estar protegida de todo lo que le estaba ocurriendo y que trastocaba su vida.

—Lo que más me duele es no haberme dado cuenta antes. Si lo hubiera sabido, nada de esto habría pasado. Esas chicas estarían vivas... Mary lo estaría.  
—Gádor notó cómo la voz de Martín se quebraba.

—Tú no tienes la culpa. —Se irguió para poder mirar sus ojos llorosos—. No demostró esa crueldad, esa falta de sentimientos, nunca. Ninguno nos dimos cuenta. Sabía disimular. Recuerda cómo lloraba en el funeral, cómo lo hizo noche tras noche. Era muy buen actor.

Se dejó caer de nuevo en su regazo.

—Dime una cosa: ¿cómo se te ocurrió exhumar el cadáver de Mary?

El pecho de Martín subió y bajó en un profundo suspiro.

—Es algo difícil de contar...

—Ya nada es difícil...

—Tienes razón. —Nada podía ser tan complicado como contarle a su hermana que una de las personas más importantes en su vida era un asesino—. El fantasma de Mary me visitaba.

Gádor se levantó otra vez y lo miró sorprendida.

—¡Dios mío! —exclamó—. ¿La veías? Es decir, ¿podías ver su cuerpo?

—Sí. Un par de veces la vi. Sentía su aroma, su presencia. Incluso una vez llegó a tocarme.

—¡Yo pude sentir su aroma en tu habitación! —A la memoria de Gádor llegó el día en que un fuerte estruendo la hizo subir a la habitación de Martín. Todo fue extraño porque no había nada fuera de lugar, nada que provocase ese ruido—. Creo que ella fue quien me llevó hasta la carpeta con las fotos de la investigación. Ahora está claro.

—Entonces, ¿me crees?

—Sí, claro que te creo. —Le acarició la mejilla, esa en la que lo había abofeteado. Se sentía tan culpable...

—Ella me pedía en sueños que mirara dentro y yo no entendía. ¿Dentro de qué?, me preguntaba una y otra vez. Hasta que una noche, de nuevo en sueños, me lo mostró.

—Tuvo que ser horrible.

—Lo fue. Créeme. Por un momento pensé que estaba traicionando a mi hermano. Falsifiqué su firma...

—Hiciste bien.

—Cuando vi el vestido de Mary todo cobró sentido. El estampado eran

nomeolvides, ella me estaba gritando que Lucas la había asesinado.

»Además, tenía más pruebas. Encontré una flor en el invernadero de Mary; en cierto modo ella también me llevó hasta allí. Era un jazmín amarillo, claro que eso lo sé ahora, yo no tengo ni idea de plantas. Me extrañó que todas las flores estuvieran muertas menos esa. Alguien la había mantenido con vida. Alma se ofreció a cuidarla y su perrito fue quien nos dio otra pista importante. Comió de la planta y enfermó, estuvo a punto de morir.

»Esa planta es muy venenosa, y Lucas asesinó a su mujer dándole infusiones que contenían jazmín amarillo. Poco a poco, lentamente, hasta que su cuerpo no soportó el veneno y murió.

El sollozo de Gádor le obligó a parar.

—Lo siento..., lo siento —le decía mientras la abrazaba.

—No, no... Quiero saberlo todo. —Se separó de su amarre, secó sus lágrimas y lo alentó a continuar—. Tengo una duda: ¿por qué cuidaba la planta después de la muerte de Mary? Si alguien la encontraba sería una prueba.

—¿Recuerdas mis dolores de estómago?

Los ojos de Gádor se abrieron con espanto.

—No, no, me niego a pensar...

—Yo tampoco me lo podía creer. Pero lo leí en el diario. Te quería solo para él. Lo tenía todo planeado, Gádor... Después de la muerte de Mary te manipuló, quería que regresaras a esta casa, yo tan solo era un estorbo. —Bajó la mirada con tristeza—. Siempre ha sentido una malsana atracción por ti. Lo llamaba «su pecado». Buscó mujeres que se te parecieran.

—Es espantoso.

—Sí que lo es. Está enfermo...

Por un largo rato quedaron en silencio, cada uno pensando en sus fantasmas.

—¿Superaremos esto? —preguntó Gádor buscando de nuevo su calor.

—Sí, juntos lo haremos, de eso estoy seguro. Nos marcará, dolerá toda la vida. Pero lo superaremos.

—Hay más, ¿verdad? —Gádor sabía que Martín le estaba ocultando algo. Lo conocía muy bien. Sus ojos nunca le mentían.

—Es algo..., complicado.

—Di lo que tengas que decir. Necesito saberlo todo..., todo.

—Gádor, él..., él fue el culpable de tu accidente.

—¿Qué quieres decir?

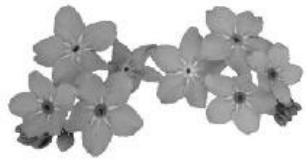
—No me daba cuenta, pero poco a poco mi odio por ese chico, por tu novio, crecía. Él me contaba cosas y yo lo creía... El día del accidente recibí una llamada. No sabía que era Lucas, disimuló su voz, al igual que lo hizo cuando llamó a la emisora. Ni Linda ni yo lo reconocimos.

»Me decía que fuese a casa. Estaba en comisaría trabajando, si no llega a ser por esa llamada yo no os habría encontrado. Si no llega a ser por el odio que él me inculcó, no me hubiera portado como un energúmeno y tú no habrías caído por esas escaleras.

—Te perdoné, pero siempre te culpaba. He sido tan injusta contigo. Lo siento tanto... Perdóname, por favor, perdóname.

Martín la abrazó con fuerza.

—No, no... No tengo nada que perdonarte. Me dejé llevar, también soy culpable, no tenía que haberle escuchado.



## Capítulo 44. El jardinero fiel.

Lunes, 3 de julio de 2017.

Iván estaba escuchando las noticias en el pequeño televisor de la sala de recreo y no se lo podía creer.

El hermano de Gádor era el famoso asesino del parque Rattford.

Uno de los presos le llamó la atención cuando se acercó al televisor y subió el volumen. Pero él no le hizo ni caso y continuó pegado al aparato, escuchando la noticia que, con toda probabilidad, le habría roto el corazón a la mujer que amaba. Sabía el cariño que los hermanos se profesaban y, averiguar que era un asesino, seguramente había sido un duro golpe para ella.

—¡*Blyat*! —gritó. Gádor lo necesitaba y él no podía estar a su lado.

—Eh, tú, cabronazo. Quítate de delante de la tele. Tu culo no me deja ver.

Iván se giró muy despacio. Miró al tipo, que sentado en una de las sillas le increpaba.

—Cierra tu puta boca —escupió sus palabras. Ese tío no tenía la culpa de lo que le estaba pasando, pero necesitaba sacar su furia, su cabreo, y quizá ese tío gigantesco con pinta de matón pudiera ser su manera de desahogar su impotencia ante una situación que le sobrepasaba.

El tipo se puso de pie y se le acercó. Era muy grande, un afroamericano que seguramente sobrepasaría el metro noventa, porque Iván era muy alto y este le sacaba una cabeza.

No le importó su tamaño; en cierto modo, incluso le agradó. Necesitaba desfogarse, enfrentarse a alguien que le supusiera un reto. Era eso o golpear sus nudillos hasta sangrar.

—¿Qué es lo que has dicho? —preguntó.

Iván se fijó en la cicatriz que le atravesaba la mejilla derecha y que le

aportaba mayor aspecto de tipo malo.

—Vaya, además de gilipollas, sordo —dijo con ironía. Sabía que sus palabras eran una provocación, era consciente y estaba desando que el grandullón diese el primer paso, y por supuesto que lo dio.

Le asestó un puñetazo que le hizo caer sobre el duro suelo de baldosas. Pero se levantó como un tornado y entonces fue él quien le golpeó con saña y una enorme sonrisa en la boca.

El grandullón era torpe y no esquivaba sus golpes. A él le había dado porque lo pilló desprevenido, pero tan solo acertó ese puñetazo, los demás iban a parar al aire. Parecía que estaba cazando moscas e Iván reía a carcajadas, mientras que el gigante resoplaba como una locomotora.

Pero la fiesta duró muy poco. De repente, lo inmovilizaron. Miró a ambos lados. Dos policías le sujetaban los brazos y no le permitían volver a golpear al grandullón que se había dejado caer de rodillas, agotado.

Se sacudía, quería soltarse del amarre.

—¡Basta ya! —le gritó uno de los guardias.

El gigante se levantó y, aprovechando que Iván estaba inmovilizado, lo golpeó.

—Maldita sea, Connor. —Otro de los guardias se interpuso—. Vas a pasarte lo que te queda de condena en aislamiento—. Y tú, Ruso —dijo señalando a Iván—, ven conmigo.

Los dos policías lo soltaron e Iván les lanzó una mirada cargada de odio. Sin rechistar, comenzó a caminar delante del policía y, al pasar al lado de Connor, sonrió con malicia.

—¿Adónde me lleva? —le preguntó al guardia.

—Primero a la enfermería para que te curen ese golpe. Tienes visita, no querrás que te vean así, ¿verdad?

El corazón de Iván se paró de golpe, ¿sería Gádor? Deseaba tanto poder verla, saber cómo estaba, pero... lo dudaba, ella no tendría ganas de visitarlo precisamente en esos momentos.

—Eres un tonto, Ruso, te metes en líos cuando te queda muy poco de estar aquí. No debería permitirte la visita. Debería...

—Haz lo que tengas que hacer. *Ne naebyvay menya*. —Se paró de golpear.

—No sé qué coño me has dicho, Ruso, supongo que no será algo agradable.

Iván simplemente se encogió de hombros.

—Sigue andando y deja de dar problemas, o harás que me arrepienta y te meta a ti también en aislamiento.

Iván estaba jugando con fuego. Allí las cosas funcionaban como lo hacían en el pasado. Ahora él no era nadie, no tenía dinero, ni influencia, no podía hacer lo



que le diese la gana; debía obedecer, seguir las normas, pero le costaba tanto...

Decidió callar, era lo mejor. Lo llevó a la enfermería, donde le curaron el pómulo que el grandullón le había golpeado.

Entró en la sala de visitas nervioso, rezando porque fuera ella. Pero todas sus esperanzas se derrumbaron cuando vio a Sex sentada en una de las sillas, con la mirada baja, esperándolo.

Al verlo se levantó y lo miró con una preciosa sonrisa.

—Eh, ¿cómo estás? —Se dejó caer en la silla frente a ella y también trató de sonreír.

—Bien, ¿y tú?

Se encogió de hombros como respuesta.

—¿Qué te ha pasado en la cara?

A su ya desmejorado aspecto, su barba y sus ojos cansados, se había unido un moratón en el pómulo derecho.

—Nada, no es nada. —No la miró a los ojos, no quería hablar del tema.

—Está bien. —Sex suspiró, no pensaba insistir, de nada serviría—. ¿Has visto las noticias?

Iván levantó los ojos para mirarla.

—¿Sabes algo de ella? —Sus palabras venían acompañadas de una mirada de súplica y pena que a Sex le encogió el corazón.

—No. La he llamado, pero no me coge el teléfono.

—¡Blyat'! —Cerró los ojos y se llevó las manos a la cabeza. Tenía tanto miedo de que a Gádor le hubiera pasado algo malo.

—Pero no te preocupes, estoy segura de que su hermano, el policía, la protegerá. Nada le va a pasar.

—Ya. —Sonrió con ironía. Había visto al poli en acción, sabía cómo se las gastaba—. Lo que más me preocupa es pensar en lo que estará sintiendo. Ella adoraba a su hermano.

—Supongo que debe ser terrible enterarte de que una de las personas que más quieres es un loco asesino.

Una sonrisa irónica y torcida se dibujó en la boca de Iván.

—Supongo —dijo con tristeza y Sex se dio cuenta de lo estúpida que había sido. Iván sabía perfectamente lo terrible que era, pues Yuri había sido para él como un hermano y también era un asesino demente y enfermo.

—Pero se repondrá, ya lo verás.

—No, no creo que lo vea.

—¿Qué quieres decir con eso? —Sex arrugó la frente.

—Voy a salir de su vida. No le convengo.

—No digas tonterías. Ahora eres diferente, vas a llevar una vida distinta.

—¿Qué es lo que quieres, Sex? —Cambió de tema. No deseaba continuar hablando de eso. Había tomado una decisión y no tenía que discutirla con nadie.

—¡Pero a quién se le ocurre! —Ambos se giraron al oír la voz del abogado que en esos momentos entraba en la sala.

—¿Qué te pasa? —le preguntó Sex a Marck. Este se apoyó en la mesa y clavó su mirada en los ojos fríos de Iván.

—Pregúntale a tu amigo —expuso el abogado.

—¿Iván? —interrogó Sex preocupada.

—Vosotros no lo entendéis —dijo al cabo de unos segundos—. Vi las noticias y necesitaba saber de ella. Me frustraba no poder coger un móvil y llamarla porque estoy encerrado aquí y no me dejan hacer nada.

—¡Bienvenido a la cárcel! —Marck levantó los brazos como si fuese el jefe de pista de un circo y empezase la función.

—Sé dónde estoy. No hace falta que un niño pijo con carrera me dé lecciones de la vida. Yo se la chupaba a tíos como tú para poder comer y tener un techo sobre mi cabeza mientras tú estabas en la universidad, pagada con el dinero de tus papás. —Su tono fue seco, cortante, frío. Sex lo miró asombrada, a Iván no le gustaba hablar de ese pasado y menos con extraños. Se notaba que la estancia en la cárcel y la muerte de Yuri le estaban llevando al borde de su resistencia.

Marck carraspeó incómodo y se dejó caer sobre una de las sillas. Sabía cosas de su cliente, pero ese dato le era totalmente desconocido. No había sido su intención burlarse de él. Se arrepentía de su comentario fuera de lugar.

—Iván, Marck solo trata de ayudarte...

—¡Pues que no me toque más las pelotas! —El golpe que dio sobre la mesa hizo que el vigilante se acercase porra en mano a él.

—Todo está bien —le dijo Marck y retrocedió, pero nada conforme; a partir de ese momento se quedó en el flanco derecho de Iván sin quitarle el ojo de encima.

—Volvamos a empezar —sugirió Marck con toda la paciencia del mundo. No era el primer tipo duro y peligroso con el que trataba. Sabía que reaccionaban mal al estar encerrados y privados de su vida, controlados—. ¿De acuerdo? —Buscó la mirada de Iván y este se dejó encontrar.

—Estoy de acuerdo.

—Bien. —Carraspeó—. No hemos venido a una simple visita. Traemos muy buenas noticias. —Sonrió mostrando sus perfectos dientes—. Dentro de poco podrás salir de aquí. Han capturado a Aki. Tu versión de los hechos cada vez queda más confirmada.

Iván cerró los ojos y soltó un profundo suspiro.

—Pero —continuó hablando el abogado— tienes que dejar de pelearte con los demás presos, tienes que obedecer las órdenes de los policías sin rechistar...

Sex lo miró enfadada, ahora lo comprendía todo.

—Ese morado de tu pómulo, Iván, fue en una pelea, ¿verdad?

—Sí.

—Por Dios, Iván. Deja de meterte en líos cuando queda tan poco para que puedas salir de aquí.

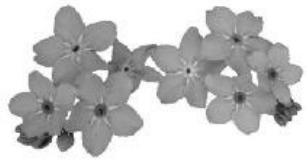
—Lo intentaré.

—No, Iván, por favor...

—Quiero volver a mi celda —le dijo al guardia mientras se ponía de pie—. Gracias, Sex, gracias por todo.

Lo vio dirigirse a la salida con la cabeza alta y esa inconfundible manera de andar que provocaba las miradas de cuantos estaban a su alrededor, pues en cada paso que daba exudaba poder, seguridad. A un cuerpo bello, esculpido, se unía un magnetismo que irradiaba sin proponérselo.

Sex suspiró, esperaba que todo saliese bien, que Iván lograra resistir el poco tiempo que le quedaba en la cárcel sin meterse en ningún lío. Sabía lo que para él suponía el estar encerrado y temía que estuviese llegando al límite de su resistencia.



## Capítulo 45. Mystic river.

Dos meses después.  
3 de septiembre de 2017.

Linda llegó a la puerta de la casa y tocó el timbre. Escuchó los pasos apresurados y su voz grave pronunciando un «voy».

Al abrir, pudo verlo en todo su esplendor; bueno, más bien en su decadencia. Martín había perdido mucho peso en esos dos meses, una barba oscura y fuerte le cubría la cara. Su pelo, lacio y también más largo de lo normal, contribuía a su aspecto desaliñado, que complementaba con un vaquero viejo y desgastado, con ambas rodilleras rotas y una camiseta dada de sí de un color blanco amarillento. En resumen, un auténtico desastre.

—¡Por Dios, Martín! —dijo poniéndose de puntillas para darle dos besos en las mejillas—, haz el favor de quitarte esa barba y cortarte el pelo.

Él no contestó, se limitó a dejarla entrar. Se pasó la mano por la barba. ¿Por qué afeitarse?, así estaba cómodo. Se encogió de hombros y se quedó mirando cómo Linda iba de un sitio a otro del salón recogiendo cosas y colocando. Siempre que venía hacía lo mismo.

La casa estaba a oscuras. Linda chasqueó la lengua contrariada y descorrió las cortinas pesadas y tupidas, permitiendo que la luz del sol entrase en el salón y aportase un poco de alegría a la casa

—¿Dónde está Gádor? Espera, no me lo digas, está durmiendo, ¿verdad? — Martín asintió.

Linda puso los ojos en blanco.

—Sois un desastre. Esto no puede seguir así. —Puso los brazos en jarras. Eso era señal inequívoca de que iba a empezar a darle órdenes—. Voy a hablar muy en serio con ella, y tú vas a quitarte esa horrorosa barba, esa ropa de

pordiosero e irás a la peluquería a cortarte esas greñas. —Abrió su bolso y sacó una tarjeta—. Tienes cita. —Se la tendió y él, obediente, la tomó entre sus dedos—. Date prisa o llegarás tarde.

Martín se limitó a asentir.

—¡Vamos, ve! —le gritó al verlo parado.

Ambos subieron juntos las escaleras de la casa. Linda se quedó en la primera planta, donde estaba la habitación de Gádor, y Martín continuó hasta la buhardilla para darse una ducha y acudir a la cita que Linda le había concertado.

Simplemente se dejaba llevar, no oponía resistencia, pues no tenía fuerzas ni ganas de discutir.

Se desnudó delante del espejo. Había perdido mucho peso y su aspecto era patético. Se metió en la ducha y dejó que el agua caliente le acariciase el cuerpo.

A su mente llegaron recuerdos de tan solo hacía dos meses, de la última vez que la vio. Había quedado con Alma, ya no se verían porque había decidido darse un tiempo. Necesitaba estar al lado de Gádor al cien por cien, y aunque era doloroso, renunciaba a su relación con Alma. Ella lo entendió y le prometió esperarlo.

Estaban en The Charly's sentados en una de las mesas frente a un café y entonces llegó ese tipo, Jazz.

Al malestar de Martín por todo lo ocurrido, sus noches sin dormir sumido en pesadillas y su escasa paciencia, se sumó la presencia de Jazz, las miradas que lanzaba a Alma y el temor que pudo ver en los ojos de ella.

—¿Qué te pasa? —le preguntó al ver cómo miraba de reojo a Jazz.

—Nada. —Su contestación no le convenció. La conocía muy bien y se la veía asustada, preocupada.

—Vamos, no me mientas. —Puso uno de sus dedos bajo su mentón y la obligó a levantar la cabeza y mirarlo.

Alma chasqueó la lengua, no quería causarle más quebraderos de cabeza, pero estaba tan asustada...

—Es él... —Miró a Jazz de reojo.

—¿Qué pasa con él? —Martín comenzó a sentir cómo se enfurecía por momentos.

—No ha pasado nada con Jazz, es solo que... No sé si será una tontería mía, pero últimamente me lo encuentro en todos los sitios donde voy. Parece perseguirme, espiarme.

—¡No me jodas, Alma! —Asestó un puñetazo en la mesa.

—Martín, por favor, baja la voz. —Alma miró a los lados, todos los observaban.

—¿Desde cuándo sientes que te sigue?

—Desde hace un tiempo...

Martín acarició una de sus mejillas.

—¿Por qué no me lo has dicho antes?

—Porque estabas muy ocupado y yo no quería...

—Joder, Alma. —Cerró los ojos preocupado, enfadado con la situación—. Siento haber estado tan ausente para ti.

—No, no... —Trató de sonreír—. Nunca lo has estado. Las circunstancias...

—No quiero que te preocupes por nada. Yo hablaré con él, mandaré que lo investiguen y, si es necesario, pediremos una orden de alejamiento.

—Pero si no ha hecho nada...

—Y más le vale no tocarte. Ya te dije que ese tío no me gustaba nada.

Al final Martín tuvo que tomar parte en la investigación. Jazz no era peligroso, pero sí estaba obsesionado con Alma. Después de amenazarlo con una denuncia, Martín logró que se alejase y, desde hacía dos meses, no habían vuelto a verlo.

Alma estaba a salvo, pero lejos de él, y la extrañaba tanto...

\*\*\*

Otra vez había soñado con él. Sus ojos azules como el cielo, sus tatuajes, su sonrisa de chico malo y esa manera de pronunciar las palabras, su manía de llamarla *malyshka* y sus labios, carnosos, sensuales.

Lo añoraba, pensaba en él día y noche. Pero su pena podía más... De nuevo lloró. Volvió a mojar las sábanas y, como siempre le ocurría, terminó quedándose dormida porque esa era la única forma de no sentir, de que no doliera.

Notó cómo se abría la puerta porque la luz que entró le molestó hasta el punto de taparse la cabeza con la colcha.

—¡Cierra! —gritó. Sería Martín, entraba de vez en cuando para ver cómo estaba. Se acercaba hasta la cama, le preguntaba y se iba.

Pero esta vez fue distinto. Escuchó los pasos. Alguien se movía por su habitación y recorría las cortinas.

La luz se filtraba a través de la colcha y la molestaba.

—¡Cierra! —gritó de nuevo.

—¡Vamos, Gádor! ¡Es hora de levantarse!

Era Linda y Gádor protestó con energía. No era la primera vez que venía e intentaba sacarla de la cama.

—No.

—Sí.

Le arrancó la colcha de las manos.

La luz golpeó sus ojos, que estaban muy sensibles tras las horas pasadas en total oscuridad.

Se sentó en la cama y la miró con odio. ¿Quién se creía que era para destaparla así?

—¿Se puede saber qué haces?

—Levántate, Gádor. Se terminó el encierro.

—No.

Linda se cruzó de brazos y la enfrentó con determinación.

—No puedes seguir en la cama.

—Sí que puedo.

Gádor se dejó caer de nuevo sobre el colchón y cerró los ojos. El dolor regresaba, necesitaba dormir y acallarlo.

—Déjame. No le hago mal a nadie —sollozó.

—¡Sí lo haces, Gádor! Me haces daño a mí, a tu hermano, a ti misma.

Sintió cómo Linda se sentaba a su lado y le retiraba el cabello de la cara.

—Cariño, no puedes continuar así. La vida sigue...

—No, la vida se paró en el instante en que mi hermano entró en esa institución psiquiátrica.

—¡Pero qué tonterías dices! Eres joven, no puedes pasarte toda la vida en la cama porque tu hermano esté enfermo.

Gádor se levantó como si de repente alguien hubiera accionado un resorte. Se encaró a ella, furiosa.

—Tú no entiendes nada, Linda. Mi hermano es un psicópata asesino. Mataba a chicas que se parecían a mí porque tenía una obsesión enfermiza conmigo... ¡No lo entiendes! —Rompió a llorar de manera histérica y Linda le asestó una bofetada que la dejó totalmente descolocada.

—¡Basta! Para ya, Gádor. Deja de ser tan... tan dramática. Todo eso lo sé, todos lo sabemos. Pero no eres el centro del universo, todo no gira en torno a ti.

—¿Cómo puedes ser tan cruel? —preguntó entre sollozos.

—Porque ya estoy harta de verte revolcarte en tus miserias. Has estado dos meses encerrada aquí, entre estas cuatro paredes. Ya se terminó el encierro. Se acabó, Gádor.

—No puedo. —Se derrumbó.

—Sí que puedes. Todos tenemos problemas, penas, pero las superamos y seguimos adelante. ¿Es que no eres consciente del daño que estás haciendo a quienes te quieren?

Esas últimas palabras golpearon a Gádor como si le hubiese dado otra bofetada.

—¿No te das cuenta de que tu hermano ha dejado su relación a un lado, su



trabajo, su vida por cuidarte? —Los ojos de Gádor se abrieron con asombro—. No piensas en tus alumnos, van a celebrar un festival y te necesitan, y en Iván, Gádor, ¿ya no piensas en él?

—Iván. —Pronunciar su nombre hizo que su corazón latiera con fuerza y que un enorme boquete se abriera en el centro mismo de su estómago.

Linda acarició su pelo con cariño.

—Él no ha dejado de pensar en ti. ¿Y tú?

—Nunca. —Bajó su mirada, avergonzada consigo misma.

—También está sufriendo, Gádor. Ha perdido a su hermano, igual que tú, pero no se ha encerrado, está trabajando duro, intentando buscar un futuro mejor. No se ha metido en su cuarto, en la cama, ha afrontado la situación.

—Él es muy valiente —dijo con orgullo.

—Tú también lo eres. ¿Dónde está mi amiga?, quiero que regrese. Siempre has sido una guerrera, has peleado por lo que querías y nunca te ha gustado llorar por las esquinas.

Esas palabras se clavaron en su mente y en su corazón. Linda tenía razón. Se obró el milagro. Gádor por fin se levantó de la cama decidida a dejar el drama de lado.

Si el aspecto de Martín era lamentable, el de Gádor era aún peor. Su pelo, antaño brillante, ahora se mostraba opaco, sin vida. Su piel estaba blanquecina, sus ojos hundidos.

Linda la acompañó a la ducha, la ayudó a desvestirse y sus ojos se anegaron de lágrimas al ver su extrema delgadez. Le preparó un baño caliente, con mucha espuma, y se quedó a su lado. Enjabonó su pelo con cariño y después lo desenredó.

—¿Cómo sabes tantas cosas de Iván?

Ambas estaban sentadas en la cama. Linda, a su espalda, pasaba el cepillo por su pelo una y otra vez.

—Porque hablo mucho con él.

Se volvió con tal rapidez que el cepillo salió volando de su mano y cayó sobre el colchón.

—¿Cómo?

Linda tomó la cara de su amiga entre sus manos, acarició sus mejillas y le habló con una brillante sonrisa.

—Iván ha estado en todo momento pendiente de ti. Me buscó en la emisora cuando salió de la cárcel. Me dijo que no se atrevía a llamarte, que estabas mejor sin él, que ya tenías suficientes problemas. Pero que necesitaba saber que estabas bien. Le di mi número de teléfono y desde entonces me llama de vez en cuando. Está muy preocupado por ti, sabe que no quieres salir de la cama...

Gádor se giró de nuevo. Linda tomó el cepillo y siguió peinándola.

—He sido tan egoísta. —La voz de Gádor tembló.

—Pero eso va a cambiar —dijo Linda con convicción—. Es la hora de rectificar.

—Sí. Tienes razón.

Quedaron en silencio.

—Linda..., ¿sigues con Allan? —Se sintió muy triste, había estado tan metida en su desdicha que ni siquiera sabía cómo había continuado la historia de su amiga.

—Sí. Estoy enamorada como una chiquilla. Lo único malo es que mi padre no lo acepta. Llevo sin hablar con él, sin saber nada, desde que lo conocí. —Su voz sonó triste y melancólica.

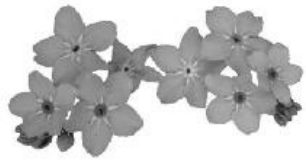
—Lo siento mucho, Linda. ¡Soy una amiga horrible! —Giró la cabeza para mirarla.

—Anda, tonta. Tú siempre has sido una buena amiga, tan solo has estado unos meses ausente. Pero eso va a cambiar; a partir de ahora volverás a ser la antigua Gádor. —Limpió con cariño una lágrima que resbalaba por su mejilla y, sin más, continuó peinándola—. Ya está. —Linda contemplaba la bonita melena de Gádor. Volvería a su esplendor, de eso estaba segura—. Es hora de comer, vestirse y salir a la calle.

Gádor se levantó de la cama y Linda con ella. Ambas se abrazaron con fuerza.

—Gracias, Linda. Gracias por todo.

—No me las des. Te quiero, eres mi amiga y, si tú caes, yo tiro de tu mano.



## Capítulo 46. Hannibal.

4 de septiembre de 2017.

Salió de su habitación con la convicción de que ese era el primer día del resto de su vida. Suspiró con fuerza, el vacío y el dolor seguían latentes, pero intentó reponerse y no dejarles tomar el mando.

Bajó las escaleras. Un delicioso aroma llenaba la estancia. Sus tripas sonaron, llevaba dos meses comiendo muy poco; como un pajarito, le había dicho Linda. Ya era hora de volver a saborear la comida, de disfrutar con ella. Que su estómago volviese a rugir era muy buena señal, poco a poco regresaba a la vida tras un callejón sin salida en el que se había visto por dos meses.

Escuchó ruido en la cocina, seguramente sería Martín y, al entrar, sus sospechas se confirmaron.

Estaba cocinando. Llevaba un delantal y movía con energía un guiso que cocía a fuego lento y era el causante del nuevo rugido de sus tripas.

Martín se giró al escuchar la melodía más maravillosa del mundo: la risa de su hermana.

Estaba de pie en el umbral de la puerta, mirándolo, y no pudo evitar que sus ojos se llenasen de lágrimas, pero esta vez eran lágrimas de felicidad.

—Eh, ¿de qué te ríes? —Carraspeó para soltar el nudo de su garganta.

—De tus pintas. Ese delantal te queda muy bien. —Lanzó una carcajada y Martín sonrió feliz. Por fin su hermana había regresado, estaba en casa de nuevo.

—Tienes apetito.

—Muchísimo.

—Bien —dijo contento. Llevaba dos meses deseando escucharla decir eso —. Siéntate, esto ya está listo.

Martín sirvió la comida para los dos y se sentó frente a ella. Comieron en

silencio, solo roto por las expresiones de placer de Gádor ante la deliciosa comida.

Codo con codo se pusieron a fregar.

—Linda me dijo que habías dejado tu relación con una chica por cuidarme.

Martín pasaba el estropajo con fuerza por uno de los platos, pero al escucharla paró de golpe.

—No la he dejado, simplemente nos dimos un tiempo.

—Lo siento...

Martín soltó el estropajo, se secó las manos y la tomó entre sus brazos.

—No hay nada que sentir. Te quiero y haría lo que fuese necesario por ti.

Le dio un beso en la punta de la nariz.

—No sabía que estabas con alguien. ¿Quién es ella?

—No llevamos mucho tiempo. No sé ni cómo surgió, la verdad. —Se encogió de hombros—. Es Alma, y a pesar de conocerla desde hace tanto tiempo, ha sido ahora cuando me he fijado en ella, y por primera vez en mi vida me he enamorado.

—¿Por primera vez? —Lo miró extrañada ante esa afirmación.

—Linda..., ella fue alguien especial en mi vida, pero... lo que sentía por ella no tiene nada que ver con lo que siento por Alma. Esto es más... más fuerte e intenso.

—Y yo te he obligado a dejarlo. —Suspiró, molesta con ella misma.

—Ya te he dicho que no lo hemos dejado, y tú no me has obligado a nada. Te quiero y me necesitabas a tu lado, no me arrepiento de mi decisión. Además, si te soy sincero, no solo me alejé por ti... —Tragó saliva con dificultad, el famoso nudo que útilmente se adueñaba de su garganta con mucha frecuencia estaba allí de nuevo—, para mí también es duro aceptar la enfermedad de Lucas.

»No tenía fuerzas para continuar con mi vida como si nada hubiera ocurrido. Necesitaba, como tú, alejarme por un tiempo, y ella lo ha entendido. No ha forzado nada, simplemente me dijo que me esperaría.

Martín suspiró con fuerza.

—No dejo de pensar en cómo no me di cuenta.

—Ninguno nos la dimos.

—Ya, pero yo estaba metido en la investigación. Incluso le contaba todos los progresos.

—No te culpes, Martín. Deja de darle tantas vueltas. Ahora quiero que vuelvas a retomar tu vida. —Gádor apoyó su cara en el pecho de él y se empapó de su calor.

—Lo intentaré, si tú lo haces.

Quedaron en silencio por unos minutos. Había algo que rondaba la cabeza

de Gádor y que se decidió a preguntar:

—Has ido a verlo, ¿verdad? —Buscó su mirada y en ella encontró la respuesta sin tener necesidad de escuchar de sus labios la confirmación.

—Tan solo pasé unos minutos con él... —Carraspeó. «¡Maldito nudo!», pensó enfadado—. Hablé con uno de los psiquiatras.

Era un tema tan reciente y delicado que dolía, pero Gádor necesitaba saber.

—¿Qué te dijeron? ¿Se curará? —Lo miró esperanzada.

—No, Gádor. —Disfrazar la verdad no serviría—. No tiene cura. Pero quizá logren que mejore. El médico me explicó al detalle todo lo que van a hacerle. Me dijo que le han puesto un tratamiento, que usarán todo lo que está en su mano, quizá lo sometan a hipnosis, terapia de choque, técnicas de relajación y visualización positiva. Harán todo lo posible...

—¿Te explicaron por qué?

—Quién sabe lo que pasa por la mente de un enfermo, Gádor.

—Tienes razón, esa pregunta es absurda. Es solo...

Martín le acarició el cabello y tomó su cara entre sus manos. Le sonrió intentando tranquilizarla.

—Lo sé..., te entiendo, pero no busques culpables, no intentes encontrar el momento en el que su cabeza dejó de funcionar de una manera normal.

—Nos engañó. Nos mintió...

—Y nos manipuló —la interrumpió Martín.

Levantó la cabeza, lo miró y asintió.

—Te has quitado la barba —pasó una de sus manos por la suave piel de sus mejillas, necesitaba cambiar de tema—, y te has cortado el pelo. —Le acarició las puntas—. Estás muy guapo.

—Fue una orden de Linda. —Los dos rieron.

—Cualquiera no la cumple. —Se carcajearon.

—Tenemos mucha suerte de tenerla a nuestro lado. —Martín se puso muy serio.

—Sí, la tenemos.

Gádor se separó de su cuerpo y ambos regresaron a la tarea de fregar los platos.

—He llamado a la academia.

—¿Qué te han dicho?

—Sigo teniendo mi trabajo. Cuentan conmigo.

—¡Vaya, esa es una muy buena noticia! Yo también regreso al trabajo, ya va siendo hora.

Se miraron y se sonrieron.

—Me alegro.

Secaron los platos y los cubiertos.

—Voy a verlo. Necesito saber que está bien. —Gádor temía esa parte de sus confesiones, sabía lo que su hermano pensaba de Iván y temía su reacción.

Martín carraspeó. Ese era un tema delicado.

—Me parece bien.

—¿De verdad? —Lo miró con la boca abierta por el asombro.

—De verdad. Creo que lo merece, te protegió y te cuidó, a él le debo que sigas con vida.

—Martín..., empecemos de nuevo. Dejemos de echarnos las culpas el uno al otro —dijo con decisión—. El único culpable es Lucas. Nos ha destrozado la vida, aniquiló el amor que sentíamos por él. Nos ha hecho mucho daño en el pasado, no le permitamos que nos destruya el futuro.

\*\*\*

### *Lucas*

—¿Cómo te encuentras hoy?

La silla es un tanto incómoda, pero me da igual. El olor a desinfectante me desagrada.

Miro a mi doctor. Mi doctor..., suena raro, hace nada hablaba de mi casa, mi coche, mi trabajo, y ahora de mi doctor. Es más, no entiendo por qué necesito un médico, pues no estoy enfermo. Sonrío al pensarlo y, por supuesto, él se da cuenta. Parece que puede ver dentro de mi alma, analiza cada mirada, cada gesto que hago.

—¿Qué te hace tanta gracia? —pregunta.

Ni siquiera le respondo, me limito a encogerme de hombros.

Hace unas semanas me propuso hacerme una entrevista, ahora resulta que soy un caso interesante y apareceré en las revistas médicas. Me gustó la idea, al fin y al cabo, podré exponer mis obras, la gente las admirará y no caeré en el olvido.

Hoy es el día elegido y delante de mí tengo una cámara que grabará todo lo que diga y haga.

—¿Empezamos? —me pregunta.

—Cuando quieras. —Sonrío y miro a la cámara, que empieza a grabar.

—¿De qué te gustaría que hablásemos?

De nuevo me encojo de hombros, pero esta vez respondo a su pregunta.

—Mi hermano vino a verme. —Seguro que él lo sabe, lo sabe todo de mí, hasta la talla de camisa que uso.

—Bien. ¿Te gustó su visita?

—Sí. Es mi hermano —le digo con sorna—. Estaba triste, lo noté en su mirada. No me sonreía...

—¿Eres consciente del porqué de su tristeza?

—Supongo que será por los asesinatos, por lo de Gádor, porque intenté envenenarlo... No sé...

—¿Por qué intentaste matarlo?

—Siempre estaba metiendo sus narices en todo. Cuando Gádor decidió venir a vivir conmigo, él también lo hizo. Luego vi a esa chica, Alma, tan bonita... Ella era una víctima perfecta, pero Martín la protegía.

—Háblame de tus víctimas. ¿Te acuerdas de los asesinatos?

Lo miro por primera vez, pues durante todo el rato he estado más pendiente de la cámara que de él.

—Por supuesto.

—¿De todos?

—Sí.

—¿Por qué lo hacías?

—La primera fue un accidente. Pero una vez lo pruebas, una vez experimentas la descarga de adrenalina... —Cierro los ojos y a mi mente acude la imagen de mi última víctima—. Miras sus ojos y ves el terror, te suplican, te ruegan, pero no puedo parar, ya no puedo parar...

—Cuando hablas de descarga de adrenalina, me imagino que en gran parte procede de la sensación de poder sobre tus víctimas, ¿es así?

—Soy superior, lo sé.

—¿La sensación fue diferente la primera vez?

—Sí, con la primera no sabía qué me estaba pasando. Pero después de experimentar la sensación de matar, necesitaba hacerlo de nuevo, lo necesitaba... Paseaba por el parque y, cuando encontraba lo que buscaba, la seguía, la espiaba. Esa parte era muy excitante, ellas no eran conscientes de nada. Incluso llegué a charlar con alguna de ellas.

—¿El asesinato de tu mujer también fue un accidente?

Suelto una carcajada.

—Mary era un estorbo. Me casé con ella por las apariencias y porque calentaba mi cama todas las noches. Pero luego empezó a enfermar y se convirtió en una molestia.

—¿Cuándo decidiste matarla?

—Cuando el médico nos dijo que la tenían que volver a operar. No podía cuidar de nuevo de ella, me quitaba mucho tiempo.

—¿Por qué le pusiste ese vestido?



—Era un juego.

—¿Un juego?

—Sí. Ella no era pura, no era como mis otras obras de arte, pero quería dejar mi sello y se me ocurrió lo del vestido. —Lo miro sonriente—. ¿No le parece una idea genial?

Mi doctor no expresa nada, se limita a mirarme.

—¿Sigues pensando en Gádor?

Cierro los ojos, ¿cómo voy a olvidar mi pecado? Me quedo callado, no me apetece responder preguntas absurdas.

—Según el informe, menos tu mujer, encontraron a todas tus víctimas en el parque Rattford, ¿por qué? —Sigue con sus cuestiones. Fijo mi mirada en la cámara que me enfoca.

—Simple casualidad, allí maté a la primera.

—Dime una cosa, Lucas. —Se recuesta en la silla y se acerca más a mí—. Cuando supiste que tu hermano descubrió que tú eras el asesino, ¿por qué fuiste a la casa? Podrías haber huido.

—¿Por qué me pregunta eso? —Me molesta que me tome por estúpido—. Sabe perfectamente la respuesta. —Chasqueo la lengua enfadado, pero decido contestar, la cámara me mira—. Hacía tiempo que deseaba ser descubierto, necesitaba que alguien me parase porque yo ya no era capaz de hacerlo.

—¿Tienes remordimientos?

—Que quisiera parar no quiere decir que no disfrutase de cada asesinato. Tan solo quería parar, solo eso...

—Y si llegaras a tenerlos, ¿qué harías?

—No lo sé, quizá terminar con mi vida.

—¿Crees que necesitas tratamiento?

—¿Tratamiento? ¿Para qué? Yo no estoy enfermo. Tan solo necesito estar aquí porque no puedo parar..., ya no puedo.

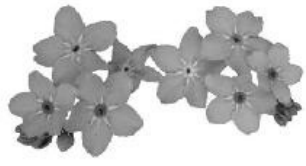
—¿Crees que lo volverías a hacer?

—Sí. Sin dudarlo ni un instante.

—Si volvieras a ver a tu hermana, ¿qué harías?

Sonrío y le contesto:

—Pues ahora que todo el mundo conoce mi pecado..., será mejor que me reserve esa respuesta.



## Capítulo 47. El nombre de la rosa.

18 de septiembre de 2017.

Gádor estaba en el estudio. Hoy tenía solo una clase, no quería precipitarse, prefería ir poco a poco.

Hacía tan solo una semana que había regresado a su rutina. No estaba repuesta, no había superado lo de Lucas, pero sí comprendido que, dejando la vida pasar, metida en esa gigantesca casa junto a Martín, encerrada en su habitación y durmiendo casi todo el día, no lograría superar el duro golpe de ver a su hermano entre rejas para el resto de su vida. Encerrado en una institución mental, sin posibilidad de reinserción. Linda era la artífice del milagro, no podía fallarla.

Le costó atravesar la puerta, era como salir al mundo por primera vez. Pero era valiente, no volvería a tener miedo, nunca más, se lo había prometido a Martín y a Linda, y lo cumpliría. Él había estado a su lado, no se había separado ni un solo instante, igual que hizo cuando estuvo en el hospital. Pero también tenía su vida y necesitaba su espacio. Se había enamorado de Alma y, por su culpa, durante esos meses, se habían distanciado.

La acogida de sus niños fue tan bonita que la hicieron llorar. Al ver sus caritas, al sentir sus abrazos, su calor y cariño, se sintió culpable por haberlos abandonado.

Volver a bailar la hizo sentir viva, feliz y con fuerzas para afrontar lo que el futuro le deparase.

Terminó la clase, como era su costumbre, bailando con sus niños. Se despidió uno a uno, con un beso y un abrazo.

Ya en el coche tomó el móvil entre sus manos. Tenía que hacer una llamada, una muy importante.

Buscó su teléfono y marcó. No recibió contestación y empezó a ponerse nerviosa. ¿Y si no quería saber nada de ella?, ¿y si la había olvidado? Sacudió la cabeza para descartar esa idea. Linda le había dicho que él aún la amaba y, dentro de su corazón, lo podía sentir. Esa unión tan especial y única que desde el principio había sentido continuaba, a pesar de la separación, seguía siendo fuerte e intensa.

Llamó otra vez, pero de nuevo no contestó.

Chasqueó la lengua molesta y decidió tomar otro camino para encontrarlo. Buscó, esta vez, el número de Sex.

—Gádor, ¿cómo estás? —La voz de la preciosa pelirroja sonó al otro lado de la línea. Por su tono supo que le daba alegría su llamada.

—Mejor, mucho mejor. ¿Y tú?

—Luchando. —Soltó un suspiro—. Este negocio es complicado.

—Supongo...

—Vamos al grano... —soltó una carcajada—, quieres saber de él, ¿verdad?

—Sí —contestó con timidez.

—¡Aleluya! Llevo esperando que te decidas a llamar un montón de tiempo. Gádor, no lo dejes escapar..., merece la pena.

—Lo sé. Pero he estado perdida..., estos dos meses no tenía fuerzas para nada. Le he llamado, pero no me coge el teléfono.

—Cambié de número. Ahora te paso el nuevo.

—Quiero verlo. No puedo esperar más. Pero..., no sé dónde buscar.

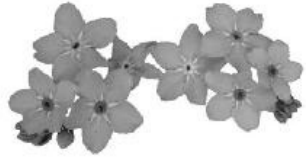
—Te mando también su dirección. Ve, estoy segura de que le hará muy bien tu visita. Lo ha pasado muy mal.

Las lágrimas resbalaban por sus mejillas. Iván también había sufrido mucho y ella no había estado a su lado.

—Gracias, Sex.

—No me las des. Cuídalo, es un hombre especial, único, tan solo hay que entenderlo. Suerte, Gádor. Adiós.

—Adiós, Sex.



## Capítulo 48. El mito de Bourne.

18 de septiembre.

Llegó a la dirección que le había dado Sex. Era un barrio nuevo de casitas individuales con un pequeño jardín cada una.

El contraste entre el apartamento en el que Iván vivía y ese barrio era tan grande que le parecía increíble que él se hubiese adaptado a vivir allí, entre reuniones vecinales, familias numerosas y vecinos que cortan el césped todos los sábados por la mañana.

La casa de Iván se encontraba al final de la calle principal. Por fuera era como todas las demás, no rompía la estética, pero frente a la puerta del garaje, una enorme moto de color negro hacía contraste con los monovolúmenes que estaban aparcados por toda la calle.

Ya frente a la puerta, las manos le sudaban y se las secó en el pantalón vaquero. Tocó el timbre y esperó impaciente y con un nudo en su estómago.

Cuando la puerta se abrió, sintió cómo su corazón dejaba de latir. Al verlo frente a ella, las piernas le comenzaron a temblar.

¡Estaba tan guapo! Él también la miraba sorprendido y sus ojos brillaban. Llevaba unos pantalones vaqueros y una camiseta que dejaba ver sus fuertes brazos, más musculados de lo que los recordaba.

—Hola —dijo cuando recuperó su latido y la voz.

—Ho-hola.

—¿No me vas a invitar a entrar? —Se había quedado paralizado, no parecía reaccionar.

—Sí, sí. Claro..., pa-pasa.

Se retiró de la puerta y Gádor entró. Iván aspiró su delicioso aroma a coco según pasó a su lado. Había añorado tanto su perfume...

Gádor miró a su alrededor. La decoración era sencilla y muy escasa. El orden reinaba casi de manera obsesiva, pero claro, eso nunca lo había dudado, y

más conociendo lo maniaco que era Iván.

—¿Te-te apetece tomar algo?

Estaba muy nervioso y no podía disimularlo. Había soñado tantas noches con verla allí, en su casa...

—Un té. ¿Puede ser? —Su sonrisa lo dejó noqueado. Tan preciosa, tan sincera... Sacudió la cabeza, sabía que se estaba comportando como un idiota.

—Lo acabo de hacer ahora mismo. Siéntate por favor. —Le señaló un sofá de color gris.

Gádor se sentó. Dejó el bolso a su lado y miró cómo Iván atravesaba una puerta, que supuso era la de la cocina.

Mientras estaba sola, aprovechó para observar con más detenimiento la estancia.

Era tan Iván, pensó con una sonrisa. Todo limpio, recogido, nada fuera de sitio, ningún adorno, ni cuadro.

Él regresó con una bandeja en la mano y la depositó en la pequeña mesita que tenía frente al sofá.

Le ofreció una taza.

—Siempre recordaré cómo te gusta.

—Gracias.

Tomó un sorbo, sí que lo recordaba, estaba perfecto.

Iván se sentó a su lado y ambos se giraron para quedar uno frente al otro.

—¿Qué tal te va? —preguntó.

—Bien, bien. Trabajando mucho. Me quedé con el pequeño restaurante, ya sabes... —Gádor asintió, recordando el negocio que había emprendido cuando dejó el club—. Es de comida rusa. Parece que está de moda..., ha tenido un éxito increíble.

—Me alegro.

Iván sopló en su té.

—¿Y tú?, ¿sigues en la academia?

Parecía que habían pasado años sin verse. Al menos así lo sentían los dos.

—Sí. Aunque tan solo llevo una semana.

—Tenías que tomarte tu tiempo, es normal. Me alegra saber que por fin te has recuperado. Yo hablaba con tu amiga...

—Lo sé. Linda me lo contó. —La conexión no se había perdido a pesar de los dos meses separados. Estaba intacta y, con tan solo una mirada, sin palabras, se entendían a la perfección—. Me dijo que estabas pendiente de mí.

—Siempre. —Bajó su mirada, parecía avergonzado. Pasó una de sus manos por su corto pelo y Gádor reparó en sus nudillos llenos de heridas.

—Parece que has vuelto a las andadas —dijo señalándola.

—Ah..., ¿esto? —Se tocó los cortes. Aún le costaba afrontar sus ataques de furia, aunque cada día eran menos intensos—. Me esfuerzo mucho por contenerme, pero en algunas ocasiones no lo logro.

Sonrió. Por la forma de jugar con unas pulseras de cuero que tenía en su muñeca, Gádor supo que estaba tan nervioso como ella.

La química entre los dos seguía siendo muy fuerte y la atracción entre sus cuerpos casi dolorosa. Deseaban tocarse, pero Iván había puesto una enorme barrera, una que a Gádor le estaba costando la misma vida superar.

—Siento no haber estado apoyándote cuando más lo necesitabas —dijo ella. Sus miradas se encontraron y sintió como si una descarga eléctrica le sacudiese todo el cuerpo. Esos ojos azules con los que había soñado, noche tras noche, parecían acariciarla.

—No quiero que te sientas mal por eso. Lo entiendo. Sé lo duro que es perder a un hermano.

Las palabras que Linda le había dicho llegaron a su memoria, recordándole que él también había sufrido.

A Iván le faltaba el aliento. Apenas podía resistir el aroma que lo golpeaba como un puño en el pecho y que lo atraía hacia el abismo.

—Gádor, yo..., no puedo... —Bajó su mirada. De nuevo toqueteó sus pulseras, era la única manera de no arrojarse sobre ella.

—No hace falta que intentes buscar excusas. —Su tono sonó duro y acusador, pero él no reaccionaba como le hubiera gustado—. Tan solo quería verte, no estás obligado a nada conmigo. —Un nudo le apretaba la garganta. Lo había perdido... Necesitaba salir de allí lo antes posible. No iba a llorar delante de él—. Tengo que irme.

Se puso de pie y se colocó el bolso sobre su hombro derecho. Agarrada con fuerza al asa, se quedó mirándolo; esperaba alguna reacción por su parte, pero no la hubo.

Iván se limitó a levantarse y acompañarla hasta la puerta.

¿La iba a dejar irse sin besarla, sin decirle nada? Se prometió de nuevo no llorar, pero le estaba costando la misma vida.

Iván abrió y ella dio un paso fuera, dos..., tres..., despacio, esperando...

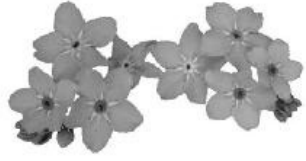
—Adiós, Gádor. —Se giró para mirarlo y levantó su mano para despedirse, no podía decir nada, las lágrimas escocían en sus ojos.

Iván cerró la puerta. Se apoyó en ella y se dejó caer hasta quedar sentado en el suelo. Apoyó sus brazos en sus piernas flexionadas y golpeó su cabeza una y otra vez contra la superficie de madera.

Su corazón latía rápido, sus pulmones solicitaban el aire que parecía haber desaparecido de la sala, se había esfumado junto a Gádor...



—Es lo mejor, es lo mejor, es lo... —se repetía una y otra vez. Intentaba convencerse de que dejarla marchar era bueno para ella. Pero le había costado tanto... Una parte de su corazón había salido por la puerta junto a ella. Una parte de su alma ya no regresaría.



## Capítulo 49. El dragón rojo.

18 de septiembre de 2017.

Martín se había afeitado, cortado el pelo y puesto sus mejores galas, al menos para su forma de vestir, claro. Porque no se trataba de un traje de marca o de unos pantalones de pinzas con una camisa, no, tan solo eran los vaqueros más nuevos que tenía en su armario y una camiseta negra a estrenar.

Se miró en el espejo y, por primera vez en mucho tiempo, sonrió encantado. Por fin iba a retomar su vida rota, a superar todo lo que había pasado y a reencontrarse con su chica.

Esos dos meses habían sido largos, eternos, pero necesarios para superar, solo en parte, el trauma causado por Lucas. Uno que siempre les golpearía con dureza, para el resto de sus vidas, pero con el que tenían que aprender a convivir.

Gádor había salido y él aprovechó para hacer lo mismo.

Subir a su Impala, al que también había tenido totalmente abandonado, le supuso un momento de placer tan intenso que se acomodó en el asiento de cuero y se permitió el lujo de cerrar los ojos por un instante y recrearse en la sensación de estar dentro de su «pequeña». Sacudió la cabeza y soltó una carcajada, ¿se estaría volviendo él también loco?; al final Linda iba a tener razón cuando decía que trataba a su coche como si fuese su novia. Patético, pensó.

Arrancó el motor y un escalofrío recorrió su cuerpo, ese sonido era tan maravilloso...

Puso la música a tope, tal como siempre le había gustado. Los acordes de *Sweet Child O' Mine*, de Guns N'Roses, comenzaron a sonar y, sin ser consciente de lo que hacía, sin darse cuenta, terminó él mismo entonando la canción.

Cuando aparcó se quedó por unos minutos dentro del coche, con una sonrisa tonta en la boca. El trayecto, la música, su Impala..., todo en conjunto había sido para él como una inyección de energía. Ahora se sentía bien, pleno; de nuevo su vida, su mundo, regresaba, y era feliz, porque empezaba a ver la luz al final del

túnel.

Caminó con paso seguro hasta el apartamento de Alma. Tocó a la puerta y esperó impaciente a que ella abriese.

—Hola, preciosa, ¿me conoces? —bromeó al ver la cara de sorpresa con la que ella lo miraba.

Alma se quedó paralizada. ¿De verdad que era Martín quien estaba delante de su puerta? ¿No era un sueño? Le dieron ganas de darse un pellizco para comprobarlo. Pero no le hizo falta, pues él se lanzó a su boca y le demostró que era de carne y hueso.

Estaba tan bonita y él la deseaba tanto que no se lo pensó dos veces. Tomó su cara entre sus manos y la besó. Con intensidad, con hambre.

La empujó con suavidad para entrar en la casa, pero sin separar sus bocas. Cerró de una patada, la giró hasta que la espalda de Alma chocó contra la puerta y continuó torturando su boca.

Un ladrido y unas patas golpeando sus piernas le devolvieron a la realidad, le sacaron de la neblina de pasión que enturbiaba su mente.

Bola lloriqueaba e intentaba conseguir su atención. Martín cedió, se separó de la boca de Alma y miró a la bola peluda que saltaba a su alrededor.

Se puso en cuclillas y comenzó a acariciarla con cariño.

—Eh, amiga, ¿me has echado de menos? —le preguntó. Bola se tumbó boca arriba ofreciéndole su tripa—. Esto es lo que quieres de mí, ¿verdad? —Le rascó y ella, encantada, le recompensó con un lametazo en su mano.

Se puso de pie con la perrita entre sus brazos, que lloriqueaba feliz.

—Y tú, Alma, ¿también me has echado de menos? —preguntó acercándose a ella, que aún permanecía pegada a la puerta con su mirada clavada en Martín.

—¡Muchísimo! —exclamó y se lanzó a sus brazos.

Dejó un reguero de besos por su cara y su cuello mientras Martín sostenía a Bola con una mano y con otra se aferraba a su cintura.

Después del magnífico recibimiento, Martín terminó en el salón con Bola tumbada en sus piernas y Alma recostada sobre su pecho.

—¿Has vuelto para quedarte? —le preguntó.

—Solo si tú quieres, claro...

Se separó para mirarlo a los ojos.

—¡Pues claro que quiero! Y Bola también, ¿verdad, cariño? —Bola meneó el pequeño rabo y ladró, parecía estar contestando.

Alma pasó una de sus manos por su incipiente barba, que le hizo cosquillas en los dedos. Sonrió.

Martín le tomó la mano y depositó un dulce beso sobre su palma.

—¿Estás segura? —preguntó.

—Claro que lo estoy. —Arrugó la frente sorprendida—. ¿Por qué me preguntas eso?

—Porque no estoy bien y dudo que vuelva a ser el mismo de siempre. Esto nos ha marcado... Por más que lo intento..., no dejo de sentirme culpable. —Alma trató de protestar por su afirmación, pero Martín la acalló poniendo uno de sus dedos sobre sus labios—. Ahora me doy cuenta de montones de detalles que pasé por alto. De señales que él me lanzaba y yo parecía no querer captar. Muchas veces me dan ganas de darme de bofetadas.

»Sé lo que me vas a decir, porque mi hermana y Linda me lo repiten una y otra vez. Pero dentro de mí, muy dentro, no dejo de pensar que quizá podría haberlo parado.

Cerró los ojos. Estaba tan triste, tan apagado.

Alma no dijo nada, se limitó a abrazarlo, recostando su cabeza en su pecho. Pensó que las palabras no lo ayudarían, pero sí el amor y el tiempo.

—Estaré siempre a tu lado. Pase lo que pase —le dijo.

Martín depositó un beso en su cabello y lo acarició con mucho amor. La necesitaba y la tenía.

Permanecieron abrazados un buen rato. Bola en el regazo de Martín, que con su mano la acariciaba, y Alma sintiendo el acompasado ritmo de su corazón.

—Martín. —Levantó la cabeza para mirarlo a los ojos—. ¿Has vuelto a ver el fantasma de Mary? —No habían vuelto a hablar del tema y tenía mucha curiosidad, pero hasta ese momento no se había atrevido a preguntarle.

—Sí. —Suspiró con fuerza—. La primera noche que pasamos en casa, después de descubrir lo de mi hermano, la vi.

Alma abrió mucho los ojos.

—Cuéntamelo todo.

—Cuando logré que Gádor se quedase dormida, decidí darme una ducha.

»Estaba, como la otra vez que se me apareció, delante del espejo. La verdad es que esperaba verla a mi espalda, como aquel día, pero no fue así. De pronto mi imagen desapareció y pude verla delante de mí.

—¿Dentro del espejo?

—Parece una locura, ¿verdad?

Alma negó con la cabeza y de nuevo acarició una de sus mejillas.

—Fue mágico, increíble —continuó hablando—. Me miraba con dulzura y sus ojos ya no parecían tristes, ni apagados. De pronto puso una de sus manos sobre el espejo. —Le dio la vuelta a una de las manos de Alma y, con uno de sus dedos, acarició las líneas que dibujaban su palma—. Yo podía ver la suya como ahora veo la tuya, apoyada sobre el cristal, y llevé la mía hasta taparla. —Hizo el gesto con su otra mano, extendiéndola al frente—. Sentí su calor. Te lo prometo,

Alma, lo sentí...

—Te creo.

La miró y se sonrieron.

—No sabes lo que te agradezco que me digas eso. A veces pienso que me estoy volviendo loco.

—¿Te dijo algo?

—No, ni siquiera despegó los labios. Simplemente sonreía. Pero yo sentí, dentro de mí, que estaba en paz, que ya podía descansar.

»Entonces, su imagen comenzó a difuminarse y a desaparecer, hasta que lo que vi en el espejo fue mi propio reflejo. Mis ojos lloraban sin control y no había sido consciente de ello hasta entonces.

—Martín, ¿no te das cuenta de lo que eso significa?

Él la miró intrigado.

—Tú la has ayudado a descansar. Ahora es libre, gracias a ti. Sé que fue muy duro, pero era lo justo, tu deber, y lo has cumplido sin vacilar.

Martín bajó la mirada avergonzado.

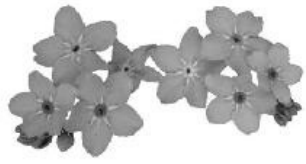
—He de confesarte que sí tuve dudas. Por un fugaz instante se me pasó por la cabeza borrar las pruebas... Al fin y al cabo, tan solo yo conocía toda la verdad.

—Pero no lo hiciste.

—No, no podía dejarlo ir, no podía.

De repente, necesitó su calor y la abrazó con fuerza, la estrechó entre sus brazos y hundió su cara en su cuello.

—Ya todo ha pasado, ya estás en casa —le susurró Alma al oído.



## Capítulo 50. Argo.

Septiembre del 2017.

—Disculpe... señora Sex... —Tras dos leves toques en la puerta, Autom, uno de los camareros nuevos, asomó la cabeza.

Sex estaba sentada y sobre su mesa cientos de papeles, un montón de licencias y de expedientes la esperaban. Esas eran las consecuencias del cambio del nombre de su local, a partir de ese momento The Paradise no existiría, ahora el club se llamaba Trébol de Cuatro Hojas y Sex era la dueña absoluta de todo.

—No tengo tiempo para nada. —Clavó su mirada asesina sobre el pobre muchacho, que en esos instantes deseó salir corriendo. Llevaba tan solo un par de meses trabajando de camarero y apenas conocía a la dueña, tan solo sabía de ella que era una mujer que siempre portaba una brillante sonrisa en los labios, pero también con un fuerte carácter. Todos allí la querían y respetaban a partes iguales. A pesar de ser una mujer inmersa en un mundo de hombres, nadie dudaba de su valía y de su entrega.

—Perdone... —Autom se trabó al hablar, sus mejillas se tiñeron de un intenso rojo y a Sex le dio mucha pena verlo tan apurado.

—No me hables de usted y, por lo que más quieras, no me digas señora, que me haces más vieja. —Intentó usar un tono más distendido, el muchacho era joven y nuevo, no quería que se asustase—. Anda, pasa y dime qué es eso tan importante que me tienes que decir. —Y ya podía serlo, porque su tiempo era oro.

—El nuevo... —Sex pudo escuchar con total nitidez cómo el pobre Autom tragaba saliva, para lograr tranquilizarlo suavizó más sus rasgos y sonrió—. El nuevo bailarín está esperándola... —carraspeó—, perdón, esperándote en la sala.

Sex suspiró con fuerza, había olvidado por completo que era ese preciso día



el que había quedado con el que sería el primer hombre que pisara el club, no en busca de sexo, sino para desnudarse, para bailar como stripper. El antiguo Paradise se había quedado desfasado, eso de solo chicas, solo bailarinas, era tan antiguo que Sex había decidido que tanto mujeres como hombres tenían derecho a disfrutar de un buen espectáculo dentro de las cuatro paredes de su local.

Sex tenía muchas ideas nuevas: días solo para mujeres, sexo en vivo, espectáculos innovadores. Ahora en el Trébol, las mujeres también pagaban por hacer reales sus deseos más íntimos.

—Pues no le hagamos esperar. —Tras lanzar un suspiro y una última mirada a su mesa, se levantó pensando en que esa noche no dormiría, pues todos esos papeles la esperaban.

Caminaban codo con codo, cuando Sex se vio obligada a mantener una pequeña charla con su camarero nuevo.

—Autom... —Dudó, no quería ser dura, pero se hacía necesario poner las cosas claras—. Este negocio es duro, en algunas ocasiones hasta cruel. Eres nuevo y joven, sé que tienes que aprender mucho..., pero... si no intentas cambiar, te comerán.

Ambos pararon sus pasos y Sex apoyó con sutileza una de sus pequeñas manos de uñas rojas sobre el hombro del muchacho que bajó su mirada, avergonzado.

—¿Me va a despedir? —preguntó con voz temblorosa.

—No, no, no seré yo quien te eche... —Negó con tal vehemencia que, al mover su cabeza, el cabello rojo de Sex se agitó, desprendiendo un delicioso aroma que hizo que las aletas de la nariz de Autom se elevaran buscando retener ese delicioso perfume. Elevó sus ojos y los clavó en ella, su belleza sobrecogía, apabullaba—. Tan solo te prevengo, llevo muchos años en esto y sé que tu aspecto tan... inocente atraerá los más bajos instintos de los depravados que entran en nuestros locales. Debes protegerte Autom, si no te ves capacitado para resistir...

—Le prometo que lo haré bien..., te prometo... —Sex vio tal determinación en el muchacho que decidió darle la oportunidad. Al fin y al cabo, tan solo llevaba dos meses con ellos.

—Así me gusta, ahora eleva esos preciosos ojos verdes, camina con seguridad y jamás dudes delante de un cliente.

Sex comenzó a andar de nuevo y Autom, tras una mirada de admiración hacia esa fuerte mujer, corrió a alcanzarla, pero justo al llegar a la puerta de la sala se paró.

—Entraré yo sola —le explicó—, ve a la otra sala, dentro de dos horas abrimos y seguro que hay muchas cosas que hacer.

—Gracias, Sex —dijo con la determinación dibujada en su semblante—, te prometo que lo voy a hacer muy bien.

Sex asintió, ella no estaba tan segura. Había visto irse a chicos como él, inocentes y jóvenes, que llegaban en busca de lo que creían un trabajo fácil, pero al final no resistían la presión de una sala llena de hombres sedientos de sexo, hombres que no dudaban en tomar lo que querían, ya fuese una de las chicas o un camarero con cara de niño. Pero, sin duda, Sex jamás dejaría de dar una oportunidad a nadie, porque ante todo era justa y recordaba sus inicios. Sabía lo que era estar sola, conocía de primera mano la necesidad y ese muchacho necesitaba el trabajo más que nada en el mundo. Intentaría protegerlo, le buscaría el puesto más seguro hasta que madurase, hasta que su piel se curtiera y después podría dejarle al frente de la sala, de eso estaba segura. Sex jamás contrataba a nadie si no pensaba que le iba a responder como ella esperaba.

Con esa determinación, entró en la sala. Ahora buscaba un buen bailarín y estaba segura de que encontraría al mejor.

Sus tacones sonaban sobre el suelo negro y brillante. Caminaba con decisión contoneando sus caderas de una manera inconsciente. Su pelo rojo, suelto y brillante, se agitaba a cada corto paso que su estrecha falda le permitía dar.

Elevó su mirada hacia el escenario y esa fue la primera vez que lo vio. Su imponente presencia la obligó a pararse de golpe, pues temía trastabillar. Sex nunca había sido una mujer torpe, por eso sus dudas, su miedo a caer, la obligaron a frenarse en seco.

Le observó con detenimiento y él se dejó. Incluso estaba segura de que, si se lo hubiera pedido, se habría girado para que ella le pudiera contemplar desde todas las perspectivas.

No podía negar que, a pesar de que su cara no era la típica faz de un modelo, tenía un algo muy especial. Un atractivo casi animal, salvaje, una belleza natural.

Se recuperó y continuó andando hacia la tarima. Sus ojos permanecían clavados en ese cuerpo fibroso que él mostraba con orgullo. Llevaba unas mallas negras de ballet, ajustadas a sus gruesos y fuertes muslos, que le llegaban hasta las rodillas y dejaban al descubierto sus gemelos, que parecían dos gruesas maromas. Su pecho desnudo subía y bajaba de forma rítmica, como si estuviera en total estado de reposo, denotando que no estaba para nada nervioso.

Caminó hasta las escaleras que le permitirían el ascenso a la tarima. Cada peldaño que subía la acercaba a él y conseguía poner a Sex, una mujer que jamás se inmutaba con ningún hombre, todo el vello de punta.

Se colocó frente a su poderoso pecho desnudo y se entretuvo observando la

tinta que lo adornaba.

—Se pueden cubrir con maquillaje. —Esas fueron las primeras palabras que salieron de su garganta. Su voz varonil, grave, fuerte e intensa, la hizo estremecer.

—Ya. —Dejó de mirar esos perfectos y maravillosos dibujos que exhibía en parte de su piel y se centró en sus ojos, castaños, brillantes y con un toque de perversión—. ¿Cómo te llamas?

Él se giró permitiendo a Sex observar un perfecto y durísimo trasero, las mallas se le ajustaban como un guante y, cuando se agachó para tomar una carpeta que estaba tirada de manera descuidada en el suelo, lo demarcó con más nitidez.

Se la tendió y ella la tomó, abriéndola al instante.

—Patch Jobs —leyó en voz alta. Lo que tenía entre sus manos era el currículum del bailarín, pero estaba segura de que algunos de los datos no eran reales. Sex conocía a los hombres, tenía un máster en ellos, y ese tal Patch pertenecía al grupo de los mentirosos, de esos que inflan sus currículums con tal de ser aceptados. Al igual que Autom pertenecía al grupo de los inocentes, Patch era de los depredadores.

—Y tú eres... Sex, la dueña... —La miraba con descaro, parecía desafiarla.

—Exacto. La dueña y la mujer que decidirá si eres lo suficientemente bueno para poder trabajar en *mi club*. —Recalcó el posesivo, dejando claro que él tan solo iba a ser un empleado. Patch era impresionante en todos los aspectos, pero Sex nunca se dejaba llevar, no pensaba permitirle tomar el mando, ni de esa conversación ni de su local—. ¿Te supone algún problema? —Le encaró.

—¿Problema? —Por primera vez desde que había entrado en esa sala, le vio descolocado. Según parecía, no entendía su pregunta.

—Quiero saber si tener una mujer como jefa te supondría algún problema.

Una brillante sonrisa se dibujó en los preciosos labios de Patch.

—Por supuesto que no, adoro que las mujeres me den órdenes —dijo con un tono tan sensual que Sex se sintió excitada.

—Entonces, estoy segura de que nos llevaremos bien porque yo soy la que manda, en todo.

—Por mí perfecto.

Sex sonrió abiertamente, le gustaba. A pesar de que sabía que ocultaba algo que en cierto modo era peligroso, le gustaba mucho.

Sin más, caminó hasta las escaleras, las descendió despacio y se sentó en uno de los reservados, en el que estaba más cerca de la tarima y le permitiría ver la actuación del bailarín, casi como si estuviera en el escenario.

—Cuando quieras —le alentó.

Patch hizo una seña a la persona que estaba en el control de luces y música, y el espectáculo comenzó.

La melodía empezó a sonar, era una canción conocida por Sex, quizás una de sus preferidas y eso consiguió que el vello de todo su cuerpo se erizase. *Take me to church* de Hozier desencadenó tal expectación que para Sex el mundo se paralizó, en ese instante tan solo existían ellos, Patch, su danza, la música y la nada.

Sex no estaba preparada para lo que vio, nunca hubiera imaginado que esa entrevista que tendría para escoger a un bailarín de striptease sería lo mejor que había visto en su vida.

Se movía con soltura, como si antes de andar, antes ni siquiera de nacer, su destino fuese bailar, saltar, danzar y llenar todo el espacio como si fuese etéreo, como si sus saltos, sus piruetas, acrobacias, fuesen sencillas, como si cualquiera, incluso ella, pudiera hacer cosas tan maravillosas.

Patch era bello, era sensual, sexy, si esa sala hubiera estado llena de gente, estaba segura de que todos le mirarían a él, hombres y mujeres quedarían prendados del bailarín.

Sus saltos la dejaron sin aliento, sus giros parecían infinitos y su aspecto, casi felino, era el reclamo que Sex buscaba para sus espectáculos.

No tenía ninguna duda, era el mejor y lo quería en su club. Pero... ¿sería capaz de desnudarse frente a un público ávido de sexo?

La música cesó, él dejó de bailar y Sex pudo recuperar la respiración.

Durante unos segundos todo quedó sumido en un silencio tan espeso que se podía palpar, un silencio que Sex temía romper porque lo que acababa de vivir era tan especial, tan maravilloso, que sobaban las palabras, los gestos. Pero se obligó a reaccionar y, sin poder evitarlo, comenzó a aplaudir.

—Espectacular —dijo, tras recuperar la voz.

—Gracias. —Patch hizo una reverencia tan profesional que a Sex no le cupo duda, ese hombre había nacido para estar sobre un escenario, para danzar. ¿Qué hacía allí? ¿Por qué buscaba trabajo de stripper?

—Me ha gustado, pero... no busco una primera figura de ballet, solo quiero un hombre que sea capaz de desnudarse ante una sala llena, tanto de hombres como de mujeres.

—Yo lo haré —dijo con determinación—, pero no solo me quitaré la ropa, crearé coreografías que dejarán al público sin aliento, sensuales, únicas, haré que deseen, que me deseen...

Sus palabras denotaban tal seguridad que Sex sintió admiración.

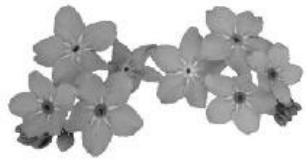
—Una cosa es decirlo y otra... —Su alegato quedó silenciado cuando, en un rápido movimiento, Patch se quitó las mallas y se quedó totalmente desnudo

frente a ella.

—Lo haré. Sé que puedo y no solo lo haré, seré el mejor.

Por primera vez en su vida, Sex se quedó sin palabras. Carraspeó, pues la visión de ese falo, que por cierto estaba totalmente abultado y enhiesto, la dejó sin aliento.

—El trabajo es tuyo.



## Capítulo 51. La vida de otros.

3 meses después.

Lunes, 18 de diciembre de 2017.

—¿Estás segura de quedarte aquí? Esta casa es demasiado grande.

—Totalmente segura. Aquí nací, crecí y fuimos muy felices. Tengo montones de recuerdos buenos de los tres y eso nada ni nadie me lo puede quitar.

—Ya, pero...

Desde que Alma y él habían decidido irse a vivir juntos, Martín estaba muy pesado con el tema, no quería que su hermana se quedase sola en esa casa tan enorme, pero ella insistía.

—No hay peros que valgan. Ya va siendo hora de que tú emprendas tu vida como hombre formal —sonrió y le guiñó un ojo—, y con una pareja estable. Haz el favor de dejar de tratarme como si fuese una niña pequeña que necesita de un adulto para salir adelante.

—Ya sé que no me necesitas, ni a mí ni a nadie. —La tomó entre sus brazos—. Eres una mujer fuerte, con recursos, pero...

Gádor puso los ojos en blanco. Ya empezaba otra vez. Lo empujó hacia la caja que en esos momentos estaba llenando con parte de sus cosas.

—Vamos, pesado, déjate de tonterías y termina de embalar. Yo voy a preparar algo para desayunar.

Martín depositó un tierno beso en la punta de la nariz de su hermana y, obediente, continuó llenando la caja.

Gádor bajó las escaleras. La vida, por fin, comenzaba a sonreírle a su hermano. Se le veía muy feliz y enamorado de Alma. Iban a emprender un nuevo camino juntos, una nueva vida. Sonrió satisfecha, lo merecía. Alma era una

buena chica, cariñosa, tierna y dulce que lo miraba con ojillos de enamorada. Estaba segura de que serían muy felices.

Llegó a la cocina. Eran las ocho de la mañana de un lunes gélido, por la noche había caído una buena nevada y, al mirar por el gran ventanal que daba al jardín, observó el bonito paisaje blanco. Se abrazó, en la casa la temperatura era muy agradable, pero sintió frío. Lo echaba mucho de menos. El recuerdo de Iván la acompañaba todos los días. No había vuelto a hablar con él, a saber de él.

Más de una vez había tratado de cerrar esa página de su libro, pero le resultaba imposible. Iván siempre se colaba en su mente, en sus sueños. Seguía siendo parte de su vida.

Intentó salir con otros hombres e incluso con uno compartió un par de besos. Pero no sabían como los de Iván, no le gustaron nada.

Apartó la mirada del nevado paisaje y encendió la cafetera. Martín tenía que cargar las cajas en el camión que había alquilado para la mudanza y la hora se le echaba encima.

Preparó una bandeja con dos tazas de café y unos bollos. La llevó al salón. Allí desayunarían juntos por última vez. A partir de ese momento sus caminos se volvían a separar. Esos meses habían estado uno junto al otro, mano a mano, consolándose, sanando sus heridas, apoyándose.

Se sentó frente a su taza de café. Suspiró, lo echaría mucho de menos.

—¿Qué piensas? —Estaba tan ensimismada en sus pensamientos que, hasta que no lo escuchó hablar, no se dio cuenta de que lo tenía a su lado.

—En lo mucho que te voy a añorar —dijo acariciando el dorso de la mano que él acababa de poner sobre su hombro.

—No me marchó fuera del país. Estaré cerca, muy cerca.

—Lo sé, pero ya no te tendré a todas horas.

—Pensé que era más molestia que placer. —Soltó una carcajada.

—La verdad es que un poco molesto sí que eres. —Rio ella también—. Anda, siéntate y tómate el café antes de que se te enfríe.

Martín obedeció y se dejó caer sobre la silla que estaba frente a ella.

Le dio un largo sorbo y, de repente, se acordó de algo.

—Mira lo que he encontrado.

—A ver.

Martín sacó de su bolsillo un pequeño trozo de papel que puso sobre la mano extendida de Gádor.

El corazón dejó de latirle por un instante. Era una de las flores de papel que Iván le había regalado. A su mente vino su imagen, su sonrisa. Las tenía guardadas con mucho cariño, como si fuesen un tesoro y no simples trozos de papel doblado hasta conseguir la forma de una flor.



—¿Dónde la has encontrado? —Se extrañó, estaba segura de que las tenía guardadas en su habitación.

—Estaba en el suelo de mi cuarto.

Gádor arrugó la frente, ¿cómo había llegado hasta allí?

—Qué extraño.

—No sabía que te gustase tanto la papiroflexia.

—Me la hizo... él. —Bajó la mirada para que Martín no fuese testigo de su pena al recordarlo.

—Con él, ¿te refieres a Iván?

Un sollozo salió de su boca, no lo pudo retener. La mayor parte del tiempo su pena era soportable, pero al ver esa flor, al llegar a su mente ese recuerdo...

—Preciosa, ¿qué te pasa? —Martín se alarmó.

Movió su silla hasta ponerla frente a él y se colocó en cuclillas. Buscó sus ojos y vio su inmensa pena reflejada en sus pupilas.

—Pensé que ya lo habías superado. —Estaba sorprendido. Gádor le había dicho que entre Iván y ella ya no había nada y él se lo creyó, pero según parecía no era verdad—. ¿Por qué no me has dicho que lo sigues amando?

—Porque ese día que fui a verlo..., él me rechazó. Llegué a casa destrozada, sin ganas de hablar del tema. Pensé que, si seguía con mi vida como si nada hubiera pasado, terminaría por olvidarlo, por dejar de amarlo. Pero no puedo..., no puedo...

—¿Te rechazó? —preguntó extrañado. Según Linda, ese hombre la amaba tanto que fue capaz de sacrificarse..., de.... De repente, lo tuvo claro. Iván pensaba que no era suficientemente bueno para ella y había decidido alejarse. «¡Maldito idiota!», pensó. Tenía que hacer algo al respecto, no podía dejar sufrir a su hermana por una estúpida cabezonería.

\*\*\*

—Jefe, ahí fuera hay un policía preguntando por el dueño. —Iván levantó la cabeza del teclado del ordenador. Arrugó la frente, preocupado.

Tenía todo en regla, todos los permisos al día y hacía poco había pasado una inspección y, según ponía el informe, su local estaba perfectamente limpio, con productos de calidad y buen servicio.

Su nerviosismo creció, ¿y si ese policía venía por alguna otra razón? ¿Y si el pasado regresaba?

Iván nunca trataba de ocultar, a quien lo conocía, el tipo de negocios en los que había estado metido. Tampoco que estuvo en la cárcel. Al fin y al cabo, había sido noticia. Además, pensaba que, cuanto más tratase de ocultar su

pasado, más fácil era que lo averiguasen.

Tanto a sus empleados como a sus clientes parecía no importarles y le trataban con total naturalidad. Si alguien lo prejuizaba, cuando lo conocían y veían que era un hombre normal y corriente su opinión cambiaba inmediatamente.

—Dile que pase. —Iván no tenía miedo, porque nada tenía que ocultar. Afrontaría, como había hecho siempre en su vida, lo que fuera que ese policía quisiera de él.

La puerta se abrió y vio, con la boca abierta por la sorpresa, cómo era Martín quien la atravesaba.

Se levantó de inmediato. ¿Qué cojones querría de él?

—Hola, Iván —le saludó. Le ofreció la mano e Iván la tomó con fuerza.

—Siéntate, por favor —le dijo señalando la silla que estaba frente a su mesa.

—Gracias —dijo y tomó asiento.

Todo parecía muy formal. Iván comenzó a ponerse nervioso, esperaba que todo estuviese bien con Gádor. Moriría si a ella le pasase algo malo.

—¿Pasa algo? —preguntó, ya no podía esperar más y Martín parecía no tener ninguna prisa, pues se acomodó y le sorprendió al decirle:

—¿No me ofreces un café?

Iván alzó las cejas, pasmado. ¿De verdad quería tomarse un café con él?

—Sí, claro. —Trató de ser cortés. Al fin y al cabo, era el hermano de la mujer de la que estaba enamorado.

Se levantó y, asomando la cabeza por la puerta, llamó a Kinsley.

—Dime, jefe —preguntó la rubia camarera.

—Por favor, trae un té para mí y un café. —La chica asintió. Iván se giró y preguntó a Martín—. ¿Cómo te gusta?

—Solo, por favor.

Kinsley asintió y volvió a dejarlos solos.

Iván regresó a su sitio y se acomodó en la silla.

—Veo que te va muy bien. —Martín observó el pequeño cuarto que Iván utilizaba como despacho. Desde allí llevaba la parte administrativa de su negocio, uno que prosperaba y le hacía sentirse útil. Le daba vida, pues allí pasaba gran parte de su tiempo, logrando olvidarse de su soledad.

—No me puedo quejar... Me gustaría que fueses al grano. No creo que hayas venido a ver qué tal va el restaurante.

Alguien tocó a la puerta.

—Pasa —dijo Iván y Kinsley entró con una bandeja. La dejó sobre la mesa y se marchó.

Martín tomó su café y le dio un trago.

—Uhm, está muy bueno.

—En mi local todo está muy bueno.

—Veo que te gusta presumir.

—Simplemente estoy muy orgulloso de lo que he conseguido. De esto sí lo estoy. —Martín sabía que, con esa última frase, se refería a su club y asintió.

—Sé que esta visita tenía que haberla hecho hace ya tiempo. Pero mi vida ha sido un poco... caótica. —Suspiró, parecía estar eligiendo las palabras—. Tengo que ser sincero: no es que seas el hombre que más me gusta para mi hermana... Pero también debo ser justo; deseo que sea feliz y ahora no lo es.

—Creo que te estás confundiendo, no sé...

Martín levantó la mano intentando acallar el discurso de Iván.

—Mira, sé que la amas, eso no lo puedes disimular, y ella no puede olvidarte. Me parece absurdo que permanezcáis separados sin razón. Por mi parte os doy mi bendición y entierro el hacha de guerra.

—Yo no necesito tu bendición, policía. —Parecía molesto, enfadado.

—Mira, Iván, me ha costado mucho comerme mi orgullo y venir hasta aquí para disculparme por haberte juzgado. No creo que debas estar a la defensiva, porque no soy el enemigo.

Iván cerró los ojos por un instante. Martín tenía razón.

—Joder, perdona. Es la costumbre... Siempre me siento en la necesidad de defenderme.

—Pues conmigo no hace falta.

Iván asintió.

—Ella..., Gádor. ¿Está bien? —Se moría por saber. Había dejado de hablar con Linda, pensaba que era la mejor manera de olvidarla, pero no había dado ningún resultado.

—No, Iván, ella no está bien. Está triste, apagada y tú eres el culpable. ¿Por qué la rechazaste?

Iván se levantó, ese era un tema delicado, uno que le avergonzaba. Se apoyó en el borde de la mesa, de lado, para que él no pudiese ver sus ojos.

—Me... me sentía inferior. Pequeño. Después de estar en la cárcel, de pasar tantas horas a solas conmigo mismo, analicé la situación. Ella no se merece a un tipo como yo. Gádor..., es especial, única, y debe tener lo mejor, no un tío con un montón de mierda.

—¿No crees que eso lo debe decidir ella?

Clavó sus pupilas azules en Martín.

—No sabes lo que me cuesta mantenerme alejado...

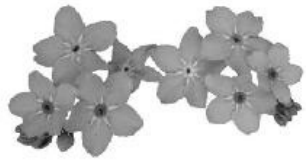
—Pues no lo hagas. Lo único que os separa es tu miedo, no el de ella.

Martín se levantó de la silla; sacó del bolsillo del abrigo, que ni siquiera se

había quitado, un sobre que dejó sobre la mesa.

—Esta es una entrada para el teatro. Gádor bailará el veintidós de diciembre, después de muchos años sin hacerlo, delante de público y sin ser parte de la coreografía de alguna de sus clases. Es un día muy importante para ella y estoy seguro de que le gustaría que tú estuvieras allí. Decide, Iván, piensa si quieres seguir con tu triste vida por tu absurda manera de pensar o la eliges a ella.

Sin más, se terminó el trago de café que le quedaba y salió del despacho dejando a Iván solo con sus miedos, con su pena y una entrada sobre la mesa.



## Capítulo 52. Terciopelo azul.

22 de diciembre de 2017.

El resto de los bailarines compartían un grandioso espacio. Entre todos habían acordado dejarle el único camerino a Gádor. Sabían, por propia experiencia, lo importante que era subirse de nuevo a un escenario después de haber pertenecido a un ballet profesional y querían que Gádor se sintiese cómoda. Así que lo mejor para ella era pasar los minutos previos a salir a escena a solas, sin un montón de gente corriendo de un lado a otro, voceando, y sin la presión de los nervios de sus compañeros. Ya tenía bastante con los suyos propios.

Sentada delante del espejo miró su reflejo y pasó una de sus manos por el cabello. Observó el moño apretado, ningún pelo estaba fuera de su lugar, tal como debía ser.

Llevaba más maquillaje de lo normal, pero los focos lo requerían así. Esta vez había tapado todas las manchas con las que el vitíligo dibujaba su piel. Incluidas las de sus brazos y su escote. Así su piel parecía homogénea, perfecta. No era porque se avergonzase, nunca lo hacía, sino porque le apetecía aparecer delante del público así, con su cuerpo maquillado.

Estaba nerviosa.

Como en otras ocasiones, bailaba sobre el escenario de un pequeño teatro, pero esta vez no era como todas las demás, porque lo iba a hacer sola, sin sus niños.

Esta actuación nada tenía que ver con la academia en la que trabajaba. La había organizado un grupo de bailarines que, por diversos motivos, se habían tenido que retirar del ballet profesional. La mayoría estaban en la pequeña compañía porque sobrepasaban la edad y otros, como ella, porque habían tenido alguna lesión que les impedía seguir siendo primeras figuras.

Todos habían dado los mejores años de su vida al mundo del ballet, eran de los mejores profesionales y ahora, después de retirarse, de haber sido alejados de ese mundo al que habían dado tanto, se unían para seguir haciendo lo que más les gustaba: danzar. Pero con la libertad que les daba el no estar suscritos a los estrictos horarios de las grandes compañías, a sus exigencias. Ahora lo hacían por puro placer, porque les hacía felices.

«The Ballet Company», que era como se hacían llamar, actuaba todas las vísperas de las navidades. Ensayaban dos veces a la semana durante el resto del año y el veintidós de diciembre, ante amigos y familiares, alquilaban un pequeño teatro y danzaban.

Para Gádor era su primera actuación con ellos, pero estaba segura de que no sería la última, porque se sentía muy a gusto junto a sus compañeros. Entre ellos se entendían perfectamente, pues estaban pasando por lo mismo. Todos eran juguetes rotos de los grandes ballets.

Martín era el que la había animado a entrar en la compañía. Él fue quien los encontró y la apoyó en todo momento.

Ahora se encontraba a pocos minutos de entrar en escena. No había tenido tanto tiempo como el resto de sus compañeros para ensayar, puesto que apenas acababa de entrar en la compañía, pero se había esforzado mucho, le ilusionaba formar parte de esa representación.

—Pase —dijo al escuchar cómo tocaban a la puerta.

Martín, acompañado de Linda, entró en el camerino.

—Hola, preciosa. —Su hermano se colocó a su espalda y apoyó sus grandes manos sobre sus hombros. Sus ojos brillaban con orgullo y en su sonrisa se reflejaba la felicidad de verla por fin haciendo lo que más le gustaba en el mundo.

—¡Dios mío, Gádor, estás tan bonita! —exclamó Linda entusiasmada.

Todos la apoyaban y la quisieron acompañar en ese día.

—Hemos querido pasar a desearte mucha suerte, aunque sabemos que no la necesitas. —Martín le guiñó un ojo.

—¿Estás muy nerviosa? —preguntó su amiga.

Gádor negó con la cabeza.

—Cariño... —Martín parecía estar buscando la manera de decirle algo y Gádor se alarmó.

—¿Pasa algo malo?

—No, no —corrió a aclarar su reticencia—, es solo que ahí fuera —señaló la puerta cerrada— está una persona que quiere verte.

Gádor se quedó sin respiración y se llevó la mano a su estilizado cuello.

—¿Quieres verlo?

Asintió y se puso de pie.

Martín se acercó a la puerta y la abrió.

—Pasa —dijo asomando al cabeza.

El corazón de Gádor galopó ligero y veloz cuando lo vio entrar. Estaba muy guapo. Llevaba un grueso jersey color crema de cuello vuelto, unos vaqueros negros y un largo abrigo de paño. Sus ojos brillaban. Gádor sintió cómo con su mirada le acariciaba todo el cuerpo. Soltó un profundo suspiro. Lo observó detenidamente: su pelo corto y rubio, sus ojos azules tan claros y bonitos...; su barba, por la que moría por pasar sus dedos y su boca... Tuvo que cerrar los ojos por un instante para recuperarse.

Iván se quedó congelado nada más entrar en el camerino. El inconfundible olor a coco de Gádor llenó sus fosas nasales y le trajo recuerdos de momentos felices. Llevaba un maillot negro con tirantes que se cruzaban en su espalda dejándola totalmente descubierta. La observó a través del reflejo del espejo y sintió unas incontenibles ganas de pasar sus manos por ella, de acariciarla hasta que soltase un gemido y, sin poder remediarlo, uno salió de su boca.

Entonces bajó su mirada a la vaporosa falda cruzada en color beige y a sus medias a juego, que cubrían sus perfectas y estilizadas piernas.

Ambos deseaban tocarse, pero ninguno se atrevía a moverse del sitio. Parecía que las suelas de los zapatos de él y las de las zapatillas de ballet de ella se habían quedado adheridas al suelo.

Martín y Linda se limitaban a contemplar la escena como meros espectadores, sin poder apartar sus ojos de la pareja. La química que existía entre ellos se percibía en el aire.

—Hola, *malyshka* —saludó por fin Iván, tras carraspear.

—¿Te vas a quedar? —preguntó ilusionada.

Iván asintió enérgicamente.

—No me lo perdería por nada del mundo. Estaré en primera fila.

En esos momentos Anna, una de las chicas de la compañía, asomó la cabeza en el camerino.

—Gádor, tienes que salir ya —le dijo.

Sin dejar de mirar a Iván, asintió. Sabía que debía darse prisa, era su turno, pero no podía desconectar su mirada de la de él.

—Vamos, cariño —la alentó Martín.

Gádor pareció salir del estado de hipnosis en el que permanecía desde que Iván había entrado en el camerino. Reaccionó y comenzó a caminar hasta la salida.

Al llegar a la altura de Iván, rozó su mano y él, por un instante, la apresó. Gádor cerró los ojos al sentir su calor. Suspiró con fuerza, lo miró y sonrió.



—*Malyshka* baila, baila como solo tú sabes —le susurró con voz ronca.  
—Lo haré para ti.

\*\*\*

Todos ocupaban sus asientos en primera fila, Martín junto a Alma y Linda con Allan. Iván, en el centro, miraba el grueso cortinaje que tapaba el escenario nervioso como nunca lo había estado en toda su vida.

Gádor se asomó discretamente, quería localizar a su familia, pero sobre todo a Iván. Los vio, estaban sentados todos juntos. Se sentía tan feliz que estaba deseando empezar a bailar.

Se colocó en su posición de inicio, las luces de la sala se apagaron y el telón se levantó.

Un foco la apuntaba. Permanecía quieta a la espera de que la música comenzase a sonar. Pero antes saludó al público, se llevó la mano al corazón, la estiró hacia Iván y vocalizó: «Va por ti». Él asintió, dando a entender que la había comprendido.

De nuevo tomó posición. Se quedó de rodillas en el suelo, con la mirada baja y ambas manos, con las palmas hacia arriba, sobre su regazo. *Bring Me To Life*, de Evanescence, comenzó a sonar, y Gádor se levantó muy despacio. Su cara se había transformado por completo. Su expresión era de absoluta tristeza, sus ojos vidriosos parecían a punto de derramar las lágrimas que intentaba retener. Mientras danzaba, comenzó a dar vueltas por el escenario, parecía buscar a alguien de manera desesperada.

Se movía de forma suave, giraba, elevaba sus brazos como buscando un abrazo que no llegaba.

En un momento dado, de nuevo se derrumbó y cayó al suelo de rodillas. Se colocó en la misma posición que al principio y se quedó quieta.

Entonces entró en escena otro bailarín. Era un hombre, alto y esbelto. Los músculos se le marcaban con cada movimiento. Caminaba arrastrando las puntas de sus zapatillas de ballet despacio, muy despacio. Se acercó a ella por su espalda y, cuando llegó a su altura, con un movimiento rápido, la tomó de la cintura y la elevó en el aire. Parecía que no estaba haciendo ningún esfuerzo, que no pesaba nada.

Gádor echó su cabeza hacia atrás. Su expresión había cambiado, ahora sonreía, parecía feliz.

El bailarín la depositó en el suelo y la giró hasta colocarla frente a él. Por un breve instante se miraron con intensidad. Gádor alargó su mano y acarició su mejilla.

Y comenzaron a danzar juntos. Él parecía hacerla volar, la elevaba con sus brazos. Giraban mientras se acariciaban.

Parecían estar en todo el escenario a la vez. Llenaban el espacio con sus ágiles movimientos. Iván no podía apartar la mirada. «Va por ti», le había dicho Gádor, y era cierto, pues lo que representaba el baile era claramente como su historia. Separados por un tiempo y de nuevo se reencontraban. Ella había sufrido sola y él regresaba por fin.

La música llegaba a su fin y él la elevó de nuevo sobre su cabeza. Ella reía feliz, enredó sus manos en su pelo y lo miró. La fue bajando poco a poco hasta el suelo, mientras sus cuerpos se rozaban. Se miraron y, justo en el último acorde de la canción, unieron sus labios.

La sala se llenó de aplausos y vítores. El público se puso en pie y los bailarines, cogidos de la mano, saludaron entusiasmados, pues esa era la recompensa a su trabajo: el calor del público.

Saludaron inclinándose. Sus sonrisas eran radiantes.

Gádor buscó su mirada y, al encontrarla, le lanzó un beso.

Ya entre bambalinas, todos los bailarines la abrazaban y felicitaban por su actuación.

Se sentía tan feliz, llena, plena. Bailar era como respirar y había estado mucho tiempo sin hacerlo.

Se encaminó hasta el camerino, cerró la puerta y, por un segundo, se quedó apoyada en ella, con sus ojos cerrados y una enorme sonrisa de felicidad en los labios.

Escuchó el leve sonido de unos nudillos tocando al otro lado y abrió.

Era Iván. Lo dejó pasar y se quedaron quietos, uno frente al otro.

—¡*Malyshka*, ha sido increíble! —exclamó.

Elevó su mano y la depositó sobre una de sus mejillas. Gádor apoyó la cara contra la palma, estaba caliente. Cerró los ojos para recrearse en su tacto. Los abrió al sentir el aliento de Iván sobre su boca.

Apoyó su frente sobre la de ella y la miró con tal pasión que Gádor sintió cómo un escalofrío le recorría todo el cuerpo; soltó un profundo gruñido, parecía desesperado, al borde de su resistencia.

—No he dejado ni un solo instante de pensar en ti. Cada minuto del día estabas en mi cabeza. Dios, Gádor, te he echado tanto de menos. Era tan doloroso estar lejos de ti. —Cerró sus ojos con fuerza, parecía estar sintiendo ese dolor en esos instantes—. Ya no puedo esperar más. Moriré..., moriré si no te beso.

Devoró sus labios. Entró en su boca con fuerza, con hambre. La tomó entre sus brazos como si no pesara nada. Gádor envolvió sus caderas con las piernas y

él se agarró a sus muslos.

Las manos de Gádor acariciaban su nuca, su cabello. Gemían, susurraban palabras incomprensibles y se comían la boca el uno al otro.

El tiempo, el planeta, todo parecía haberse detenido.

Martín abrió la puerta.

—Mierda —susurró y se giró con rapidez huyendo de la imagen que en esos momentos se representaba en el camerino. No le apetecía ver a su hermana besando a su chico—. Ejem..., esto... Lo siento, chicos..., chicos... ¡Chicos!

La voz de Martín se coló en la cabeza de Gádor, pero parecía lejana, muy lejana. No quería soltarse, no deseaba separar sus labios de los de Iván, pero él fue quien puso distancia entre los dos.

La depositó con cuidado en el suelo y dio un paso hacia atrás.

—Siento interrumpir, pero el teatro va a cerrar y nos esperan.

Iván sonrió, acarició una de sus mejillas y, después de darle un dulce beso en los labios, le dijo:

—Te espero fuera.

Gádor asintió y la dejaron sola en el camerino. Por un breve espacio de tiempo se quedó paralizada, sonriendo feliz, recordando el calor de los besos de Iván. Pero su mente regresó a la realidad; debía vestirse, el teatro cerraba y se tenían que marchar, no podía perder más tiempo,

Lo hizo a toda velocidad. Cuando salió, todos estaban esperándola.

Habían organizado una fiesta, irían a un local que estaba cerca del teatro. Aunque lo que más deseaba Gádor era estar a solas con Iván.

—Si quieres pongo una excusa y nos vamos —le susurró al oído.

—No. Es tu noche, tu momento. Debes estar con los tuyos.

—Pero... no quiero que te marches —dijo con temor.

—No pienso ir a ningún sitio, no sin ti. —Sacó del bolsillo de su pantalón una de esas preciosas rosas de papiroflexia, se la entregó y Gádor la tomó entre sus dedos—. No quiero perder las buenas costumbres.

—¿Le pusiste perfume? —Se la llevó a la nariz para comprobarlo—. ¡Uhm, sí, se lo pusiste! —exclamó entusiasmada.

Salieron todos juntos del teatro. Había nevado y hacía tanto frío que, al sentir los brazos de Iván rodeando su cintura, se apretó más contra su cuerpo para poder absorber el agradable calor que siempre emitía.

Caminaron hasta el local entre risas.

A Gádor le resultaba extraño ver a Iván sentado, tomando una copa y conversando con su familia. Parecía cómodo, Martín le hablaba y él asentía mientras ella hacía frente al torrente de personas que se acercaban a saludarla, a comentar su actuación. Pero no le quitaba el ojo de encima.

Más de una vez intentó acercarse a él, pero siempre alguien se interponía en su camino y terminaba envuelta en una charla sobre ballet.

La noche avanzaba y por fin pudo acercarse a Iván. Estaba sentado, charlaba con Linda y Allan; la recibió con una sonrisa y un tierno beso en los labios. En la pista, Martín y Alma bailaban agarrados.

—Baila conmigo —le dijo y le tendió la mano.

—No soy buen bailarín. —Arrugó la nariz.

—Pues sígueme.

Y eso hizo.

Abrazados, se balancearon lentamente con la inconfundible melodía de *Every breath you take*, interpretada por The Police; sus cuerpos pegados el uno al otro. Gádor apoyaba su cabeza en el pecho de él, escuchaba el latido de su corazón y sonreía feliz.

—¿De qué hablabas con mi hermano? —Levantó su cabeza para mirarlo.

Iván soltó una carcajada.

—Me dijo que, si te hacía daño, me cortaría las pelotas.

La cara de Gádor se transformó, se puso pálida.

—¿De verdad? —preguntó preocupada.

—No, es broma. —Besó la punta de su nariz y ella le asestó un manotazo en el brazo—. La verdad es que, gracias a él, estoy hoy aquí.

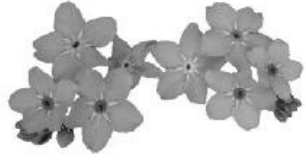
Gádor arrugó la frente, sorprendida.

—Vino a verme, hablamos, me pidió disculpas y me trajo la invitación.

—¿Martín te pidió disculpas? —preguntó asombrada.

—Sí, a su manera, pero lo hizo.

Gádor miró a su hermano, que en esos momentos bailaba con Alma. Sonrió feliz. Ahora tenía a los dos hombres que más amaba a su lado. Su vida estaba completa.



## Capítulo 53. El secreto de sus ojos.

Madrugada del 22 de diciembre de 2017.

—Me encanta tu casa. —La otra vez que estuvo, no pudo decírselo.

—Nada que ver con mi apartamento —dijo sonriendo.

—No, nada que ver. Sinceramente esta casa me gusta más. Tu apartamento era frío, sin calor de hogar.

Habían salido de la discoteca ya de madrugada. Necesitaban estar solos, hablar de todo ese tiempo que habían pasado separados, e Iván propuso ir a su casa. Así que allí estaban, uno frente al otro, con sus miradas clavadas y una imperiosa necesidad que los llevaba a buscar cualquier excusa para acariciarse.

—¿Te apetece tomar algo? —preguntó Iván.

Ella negó con la cabeza.

—Ven, te enseñaré toda la casa.

La tomó de la mano. Le mostró el pequeño jardín, la cocina y dejó para el final su habitación.

Era bastante amplia, con una gran cama, un sofá y un armario ropero que ocupaba toda una pared.

—Lo hice así —dijo al ver cómo Gádor admiraba el impresionante armario — para que entrase toda tu ropa. —Gádor le sonrió, asombrada.

Una bañera destacaba por su belleza. Estaba frente a la cama, integrada plenamente en la habitación, sin separación ninguna. La miró con los ojos muy abiertos por el asombro. Se acercó hasta ella y pasó una de sus manos por la dura superficie esmaltada. Tenía el inconfundible estilo retro de las antiguas bañeras con patas.

—Nunca había visto una bañera metida en una habitación —le dijo sonriendo.

—¿Te gusta?

—Me encanta. —Su entusiasmo le hizo feliz, se le notaba en la mirada.

—La puse por ti.

—¿Cómo? —preguntó sorprendida.

—Cuando compré esta casa..., antes de lo de Yuri... —Gádor asintió, no hacía falta hablar en ese momento del tema, ya habría tiempo—. Pensé que te gustaría. Me imaginé en la cama, tumbado, mirándote mientras te bañabas... — Sus palabras, dichas casi entre susurros, le hicieron adentrarse en esa fantasía. En su cabeza podía ver la imagen y le resultó excitante.

La tenía frente a él, con los ojos vidriosos y los labios entreabiertos.

Puso sus manos sobre sus mejillas y las acarició.

—Cada noche me masturbaba pensando en ti. Mojaba mis sábanas, imaginaba que eran tus manos, tu boca las que me daban placer. Cada día que pasaba lejos de ti dolía... ¡Dios, cómo dolía!

Gádor jadeó y él se lanzó a su boca. Devoró sus gemidos, saboreó el deseo que Gádor expresaba con cada beso ardiente con sus labios, su lengua, sus dientes.

Las manos de Iván volaron hasta el bajo de su jersey y se lo quitó, se desprendió de él, era una barrera que le impedía llegar a su piel.

Pasó sus manos por su espalda, sus brazos. Las bajó por su cintura, la apretó, obligándola a acercarse hasta que Gádor sintió su dura erección sobre su estómago. Palpitante, poderosa, muy caliente. Se clavaba, pugnaba por salir, por encontrarse sobre la piel de Gádor.

Iván se sentía como si estuviese al borde del abismo, uno por el que iba a caer sin poder remediarlo. No tenía salvación, ya no había marcha atrás.

Su pecho subía y bajaba intentando tomar el aliento que había perdido. Besaba sus labios, su cuello y, de repente, lo sintió sobre sus pechos. Al principio sobre su sujetador, pero cuando se quiso dar cuenta él lo había desabrochado y devoraba uno de sus pezones entre jadeos y gruñidos. Gádor se agarraba a sus hombros, su pasión la arrasaba de tal manera que se sentía mareada.

—Dios, Gádor —dijo entre resuellos—, tócame..., tócame...

Se sacó su propio jersey por la cabeza con rapidez y llevó las manos de Gádor hasta su pecho.

Y ella obedeció. Lo obligó a separarse. Quería mirarlo, empaparse de ese cuerpo duro. Sus pequeñas manos lo recorrían. Sintió fascinada cómo su corazón latía veloz, cómo sus pectorales subían y bajaban a un ritmo loco. Lo acarició sintiendo su suavidad, sin apenas vello. Aún llevaba ese piercing que la volvía loca de deseo y sonrió encantada al ver que todavía lo conservaba.

—Me lo he puesto para ti —dijo entre jadeos al sentir cómo ella pasaba uno de sus dedos por su pezón adornado por esas dos pequeñas bolas de platino.

Entonces fue ella quien lo paladeó. Lamió y jugó.

Iván la separó de su cuerpo con un brusco movimiento, esa lengua juguetona estaba terminando con las pocas fuerzas que le quedaban.

La tomó entre sus brazos y la llevó a la cama.

La depositó con sumo cuidado. Se deshizo de los vaqueros de ella y del *culotte* de encaje que cubría su sexo excitado, húmedo.

Ya desnuda del todo, con ternura, recorrió con sus manos todo su cuerpo.

—He deseado tantas noches tenerte así, solo para mí. Dime que soy tuyo... Dímelo... —Su voz ronca conseguía llegar hasta el punto exacto donde el placer palpitaba. Era hipnótica, sensual.

—Eres mío, mío, mío —dijo mientras se retorció sobre la cama sintiendo cómo sus manos calientes tocaban su piel.

—Siempre —susurró con su boca sobre su cuello.

—Siempre —reiteró Gádor.

De pronto, sus manos no la tocaban y abrió los ojos. Iván estaba entre sus piernas, apoyado sobre sus rodillas, imponente con esa belleza casi animal. Ahora sus dedos luchaban con el cinturón, más tarde con el botón y la cremallera de sus vaqueros, que desabrochó con lentitud, mientras se recreaba en la belleza de Gádor. Podía notar cómo sus ojos la acariciaban, era una sensación mágica, única.

—No lo olvides nunca, Gádor. Nunca... Tuyo por siempre —decía mientras se bajaba el pantalón y el slip hasta las rodillas dejando libre su erección, que acarició con una de sus manos.

Gádor abrió mucho los ojos, nunca un hombre se había tocado delante de ella. Las sensaciones que la sacudieron al ver a Iván acariciándose fueron tan intensas que incluso se asustó. Era lo más erótico y excitante que había visto nunca.

—Me gusta cómo me miras. —Iván tenía los ojos vidriosos por la excitación, movía su mano con lentitud a lo largo de su falo y, al llegar al final, se pellizcaba—. No dejes de mirarme así nunca.

Gádor tan solo era capaz de asentir con la cabeza, las palabras se habían quedado atascadas en su garganta.

Alargó una de sus manos y la colocó sobre la de él. Siguió sus movimientos hasta que de la garganta de Iván surgió un profundo gemido.

Dejó de tocarse, ahora sus manos estaban sobre las rodillas de Gádor, obligándola a abrir más las piernas.

La tomó de las caderas y la elevó hasta separar su trasero del colchón. Entonces, embistió con fuerza y, cuando estuvo dentro, se quedó muy quieto.

—¡Dios, Gádor! —Sus ojos apenas se mantenían abiertos. Iván luchaba por



mirarla, pero sus pestañas no lo obedecían.

Comenzó a mecerse con movimientos lentos, pero enérgicos. El cuerpo de Gádor se sacudía con cada golpe y él agarró fuertemente sus caderas para lograr inmovilizarla y que no se alejase.

En esa postura, Gádor podía contemplar el pecho duro y fuerte de Iván, incluso podía ver su miembro enterrándose dentro de ella para salir al instante. No podía apartar los ojos de él. Quería recrearse en todo su esplendor.

Iván tenía los ojos entrecerrados, se mordía el labio inferior, sus manos ancladas a las caderas de ella.

—Tuyo... Tuyo —decía una y otra vez.

—¡Mío! —gritó Gádor cuando el orgasmo la golpeó con una fuerza arrolladora.

Iván contempló cómo ella se corría y sonrió feliz. Se dejó ir con dos rápidos movimientos y sus dientes apretados.

Cuando los espasmos de placer terminaron, se colocó de lado en la cama y la atrajo hasta su costado para abrazarla.

—Te amo, Gádor. —Nunca le había dicho a nadie esas palabras, pero para su total asombro salieron sin esfuerzo alguno.

—Te amo. Siempre, siempre... —susurró Gádor y cayó en un profundo sueño.

Un sonido extraño la despertó. Se desperezó y, al estirarse, sintió una punzada de dolor en músculos que hasta entonces no sabía que existieran; sonrió feliz, porque el causante de esas agujetas había sido su Ruso.

«Mío, mío», cerró los ojos al recordar las veces que le había gritado que le pertenecía. Entre orgasmos, placer, caricias...

Se levantó. Se sentía tan feliz que necesitaba gritarlo. Miró la bañera, más tarde pensaba hacer realidad el sueño de Iván; sonrió traviesa. Pero eso sería después de comer algo. Su estómago protestaba y más al llegarle un delicioso aroma a..., olisqueó y su estómago gruñó de nuevo.

Abrió uno de los cajones de la cómoda, sacó una de las camisetas de Iván y se la puso. Antes de ir en su busca se miró en el espectacular espejo que decoraba las puertas del cambiador.

Sonrió al ver su reflejo, se la veía radiante, feliz. Su pelo negro caía en cascada sobre sus hombros y se lo peinó con los dedos. Sus mejillas tenían buen color y la camiseta, en su cuerpo, parecía más un vestido. Soltó una carcajada y se abrazó a su cintura, acariciando la tela de algodón que seguramente habría llevado puesta él algún día.

Salió de la habitación en su busca, deseaba abrazarlo, besarlo, sentir otra vez

sus caricias.

Caminó descalza, guiada por los ruidos de sartenes y platos. Entró despacio en la cocina y se quedó quieta observando a su chico.

Tan solo llevaba puesto un pantalón viejo de chándal que le caía sobre las caderas. Un delantal cubría su pecho y sus manos se movían ágiles vertiendo una especie de masa en una sartén.

Canturreaba en su lengua natal. Gádor tuvo que taparse la boca con una mano porque aún no deseaba ser descubierta y una carcajada se le había escapado al escuchar lo mal que cantaba.

Pero la risa se le congeló al apreciar esos duros bíceps que cada vez que doblaba el brazo se abultaban. Tragó saliva, estaba imponente incluso con esas pintas.

—Te gusta mucho lo que ves, ¿verdad, *malyshka*?

Por un segundo, Iván dejó de mirar la sartén para clavar sus ojos en ella.

Notó cómo le subían los colores. Era una mirona y la había pillado in fraganti.

Gádor intentó desviar la atención. Se acercó hasta él y observó con curiosidad lo que estaba preparando.

—Me encantan las tortitas —dijo al ver la masa redonda que Iván freía en una sartén.

—No son tortitas. Se llaman *Oladi*. Es el desayuno típico de mi tierra. Anda, ponte cómoda. Estoy seguro de que tendrás mucha hambre.

Dejó un beso sobre su frente y continuó friendo los *Oladi*.

Estaban desayunando a las dos de la tarde, sin importarles ni la hora ni nada de lo que ocurría fuera de esa casa.

—Dime una cosa, Gádor. —Iván dejó el tenedor a un lado y se limpió la boca con una servilleta—. ¿Estás segura?

—¿Cómo?

—Me duele preguntarte esto. Pero... necesito saberlo.

—No te entiendo.

—Verás, hay algo que me preocupa, y mucho.

Se levantó y le dio la espalda. Gádor pudo ver por su postura que estaba tenso. Ella también se levantó y se abrazó a su cintura, apoyando su mejilla en la piel suave de Iván, que tomó sus manos entrelazando sus dedos.

—Dime qué te preocupa.

—El futuro.

Gádor depositó un dulce beso en su espalda.

—Vivamos el presente.

—Pero...

Se revolvió nervioso. Se giró, necesitaba mirarla a los ojos. Los de Iván estaba vidriosos y Gádor llevó una de sus manos para depositarla sobre una de sus mejillas.

—¿Pero?

—¿Qué pasará cuando quieras tener hijos?

Gádor cerró los ojos. Sabía que a Iván le preocupaba mucho ese problema.

—No lo sé, Iván —dijo con sinceridad y él suspiró con tristeza—. No te voy a mentir. Pero cuando llegue el momento pensaremos una solución. Yo te amo tal y como eres, sin importarme tu pasado; solo quiero tu presente y el futuro que vamos a vivir juntos.

—Pero... tú vas a querer tener niños y ¡joder! —Bajó su mirada con tristeza e impotencia—. Yo no te los voy a poder dar.

Gádor le obligó a mirarla a los ojos.

—Yo te amo a ti, Iván, te amo tanto que lo demás no me importa.

—Pero con el tiempo lo hará.

—Cuando llegue el momento te lo diré y lo solucionaremos juntos. Eso es lo que hacen las parejas normales. No huyen de los problemas...

—Eso ha sonado a reproche.

—Y lo es. Nunca vuelvas a decidir por mí. Jamás te creas con el derecho de saber qué me conviene y qué no. Soy una mujer adulta, Iván, no una niña.

Iván la elevó entre sus brazos y puso su frente sobre la de ella.

—Lo siento, perdona... Estaba asustado. Yo... nunca he sentido lo que siento por ti. Pensé que no te merecías a alguien como yo... Estoy sucio, Gádor.

—¡No! —gritó ella obligándolo a separar sus frentes para mirarlo a los ojos. Quería que él pudiese ver lo furiosa que estaba—. Tú no estás sucio. No te permito que digas eso. —Gádor comenzó a llorar desesperada—. Me duele que digas eso.

—No llores, *malyshka*. Me rompes el corazón. —Se aferró a su cuerpo con ansia.

—Prométeme que no volverás a decir eso —pidió entre sollozos.

—Prometo intentarlo.

Gádor buscó su boca. Lo besó con tanto amor que Iván pensó que su corazón estallaría en mil pedazos.

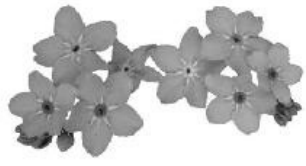
—¿Siempre tendré este miedo a perderte? —preguntó él.

—Me temo que sí.

—Eres mi ángel, *malyshka*. Te amo, te amo, te amo. Nunca le había dicho estas palabras a nadie.

—Siempre —susurró Gádor.

—Siempre —contestó él.



## Capítulo 54. La huella.

### Cuatro años después.

Anocheecía e iba siendo hora de prepararse para la gran noche, una que llevaba planeando hacía ya mucho tiempo.

Acababa de darse un capricho: un buen baño de burbujas en su bañera. No es que fuera una práctica rara, porque desde que se había ido a vivir con Iván la bañera era uno de los objetos de esa casa que más uso tenía.

Se puso el albornoz y, con una sonrisa en los labios, pasó la mano por la superficie esmaltada. Recordar cuántas cosas habían sucedido en esa bañera conseguía incluso ruborizarla. Había sido el escenario para los momentos más calientes, para los orgasmos más intensos, para relajarse, para pasar las horas besándose y para disfrutar de largas conversaciones junto con una copa de uno de los vinos que a Iván tanto le gustaban.

Si esa bañera hablase tendría muchas historias que contar, muchos instantes únicos e irrepetibles y tanto amor que se desbordaba por los bordes, como el agua cuando la fogosidad del momento les obligaba a encontrar la postura ideal y sin querer dejaban el suelo de la habitación inundado.

En esa bañera se habían amado, unas veces despacio, con tanta lentitud que parecía que el tiempo se hubiera detenido, que no existía nada más que ellos dos, la bañera y el agua que incrementaba el calor de sus cuerpos. En otras con pura necesidad, devorándose con pasión, sin poder esperar ni un segundo.

Unas veces los juegos duraban horas, con besos y caricias, y otras no había tiempo para nada más que para que Iván entrase en su interior de manera rápida, sin pensar, sin poder contenerlo. Pero, aunque cada momento era distinto, había algo que siempre se repetía en todos sus encuentros, y era la manera en la que Iván se entregaba: con todo su ser, como si no existiera un mañana. Le regalaba

sus días y sus noches, su vida, su alma...

Se sentó en el borde y continuó acariciando ese objeto, el que gracias a la estupenda idea de Iván de colocarla frente a la cama, había sido testigo de momentos sensuales, de vivencias eróticas. Como cuando Iván se tumbaba sobre el mullido colchón con un libro entre las manos mientras ella, sumergida en el agua caliente, disfrutaba de un baño. Gádor cerraba los ojos, pero sabía que él no estaba haciendo ningún caso a su libro, era consciente de que lo único que le importaba era mirarla, observarla, y sabía que la novela terminaría olvidada sobre la mesilla e Iván desnudo dentro de la bañera..., y de ella.

Ese objeto que muchos usan simplemente para limpiar su cuerpo, para ellos se había convertido en parte de sus momentos íntimos, de sus juegos y de su amor.

Se puso de pie y se colocó frente al espejo, tenía que comenzar a arreglarse o llegarían tarde.

Se miró y de nuevo una brillante sonrisa se dibujó en su boca. Era feliz, muy feliz. Aunque no todo era de color de rosa. Iván seguía sintiendo terror a perderlos, a perderla... Muchas noches se despertaba empapado en sudor y buscaba su cuerpo con desesperación, se aferraba a ella y Gádor le susurraba, para tranquilizarle, que jamás le dejaría.

Sus ataques de furia, esos que le llevaban a autolesionarse, habían remitido, pero no desaparecido del todo.

Y el pasado, en algunas ocasiones, los visitaba como un fantasma y entonces Iván se aislaba, se alejaba de todo y de todos hasta que recuperaba la cordura y volvía a ser él mismo. En esas ocasiones, Gádor le dejaba su espacio, pues era lo que necesitaba. Pero esos momentos cada vez eran más escasos, menos intensos.

—Mamá, mira lo que te he hecho. —Gádor se volvió al escuchar la voz de Irina.

La preciosa niña de cabellos rubios y ojos azules como el cielo le ofrecía una flor de papel; no había alcanzado la perfección con la que Iván las hacía, pero iba por buen camino.

—¡Oh, gracias, mi amor!

Gádor la tomó en su mano y la hizo girar entre sus dedos para admirar su belleza porque, aunque no fuera perfecta, aunque el papel se hubiese arrugado, para Gádor era la flor de papiroflexia más bonita del mundo, pues su hija la había hecho para ella.

Gádor la abrazó con fuerza y le dijo «te quiero». Lo hacía cada día, para recordarle que siempre estaría a su lado, que pasara lo que pasase eran una familia, que aunque los vientos soplaran fuerte, saldrían de todo lo malo que el destino les trajera, pues estaban unidos.

—Mamá..., ¿estos colores combinan? —Sacha entró en el baño con una corbata en la mano y una camisa. Por un instante a Gádor, al escucharlo llamarla así, se le paró el corazón.

Tanto Irina como Sacha llevaban viviendo con ellos tan solo tres años. Irina tenía ocho y, al ser más pequeña cuando la adoptaron, se adaptó más rápido y en poco tiempo se refería a ellos como papá y mamá. Pero Sacha ya era casi un hombrecito de quince, tímido y muy callado. Lo que había vivido le hacía ser tan desconfiado que no se refirió a ellos como sus padres hasta que se aseguró de que no lo devolverían al orfanato.

Gádor tomó las dos prendas en la mano y superpuso la corbata para apreciar cómo quedarían las dos juntas.

—Sí, combinan perfectamente.

Sacha sonrió encantado y salió del baño seguido de Irina, que le iba contando cosas sobre el vestido que llevaría esa noche.

Gádor los miró y se sintió dichosa. Habían formado una bonita familia, una de la que estaba muy orgullosa.

El día que Iván decidió que era hora de tener hijos, que fue más o menos a la semana de irse a vivir juntos, ambos estuvieron de acuerdo en adoptar y el mejor lugar para hacerlo era Rusia, así que viajaron allí. Arreglaron todos los papeles y, después de unos meses de espera, regresaron para recoger a Irina, que por aquella época tan solo tenía cinco años y una mirada tan dulce que los conquistó.

Su intención era traerla solo a ella, pero el día que fueron a por ella Gádor conoció a Sacha; su mirada, tan similar a la de Iván, la conquistó; entonces no pudo dejarlo allí, porque temía que esos ojos perdieran el brillo con el tiempo, tenía miedo de que la historia se repitiese y ese niño inocente se transformase en un adulto lleno de pánico y pena.

No le costó convencer a Iván de llevarse también a Sacha con ellos, pues él se vio reflejado en ese muchacho con esa belleza tan especial y tan similar a la suya. No podía permitir que su historia se repitiera; así que en vez de un hijo, Gádor e Iván regresaron de Rusia con dos.

Si Iván era buen amante y buena pareja, como padre había superado con creces todas las expectativas de Gádor. En un principio se mostró torpe, pues nunca había conocido el amor, el nexo que hay entre padres e hijos, pero poco a poco esos dos niños lo conquistaron de tal manera que sería capaz de dar su vida por ellos.

Ahora Iván se sentía completo, ahora conocía la felicidad y estaba dispuesto a hacer cualquier cosa por mantenerla y por proteger a su familia.

Para esa noche Gádor iba a usar un precioso vestido de raso rojo que le llegaba hasta las rodillas. Tenía unos finos tirantes que se cruzaban en su espalda

y una falda de vuelo que se ajustaba a su cintura. Se pintó los labios del mismo color que su vestido y se calzó unos zapatos de salón en color negro.

—¡Guau! —soltó Irina, que de nuevo se había colado en la habitación, solo que esta vez venía ya preparada para salir.

—Tú también estás preciosa —dijo Gádor mientras la hacía girar para mirarla desde todos los ángulos con su bonito vestido amarillo.

Sus mejillas se sonrosaron y sonrió feliz.

—¿Nos vamos?, llegaremos tarde. —Sacha asomó la cabeza por la puerta entreabierta—. ¡Guau! —exclamó al ver a su madre. Que ambos usaran la misma expresión le hizo gracia a Gádor, en muchas ocasiones parecían hermanos de verdad.

—Sí, vámonos.

Ya en el coche camino del restaurante y antes de arrancar, Gádor observó a sus dos hijos sentados en la parte trasera del vehículo. Sonrió orgullosa, eran los dos niños más guapos del mundo.

—¿Pasa algo, mamá? —preguntó Sacha con su inconfundible acento al ver que Gádor no ponía en marcha el coche.

—No, cariño —dijo mientras negaba con la cabeza y sentía cómo un nudo crecía en su garganta—, tan solo miro lo guapos que estáis los dos.

Sacha e Irina habían entrado en sus vidas poniéndolo todo patas arriba, sus costumbres, su día a día era tan diferente a cuando estaban solos...; pero no se arrepentían de nada, es más, lo volverían a hacer de nuevo.

Gádor suspiró con fuerza, volvió la mirada a la luna del coche y arrancó.

—Bien —carraspeó—, vamos a repasar el plan. ¿Sacha? —le dio paso al mayor.

—Cuando lleguemos al restaurante, entraremos por la parte de atrás y nos mantendremos en total silencio, y eso último va por ti. —Señaló a la pequeña Irina, que lo miró muy ofendida.

—Jo, mamá... —protestó—, se mete conmigo.

—Porque eres una bocazas —dijo Sacha con sorna.

—¡Mamá! —gritó Irina.

—Haya paz, chicos.

\*\*\*

Iván había llegado al restaurante, como era su costumbre, mucho antes de la apertura para las cenas.

Lo primero que siempre hacía era mirar el libro de reservas para saber con lo que se enfrentaría. Aunque últimamente casi todas las noches tenían un lleno



total.

Abrió el libro y arrugó la frente al comprobar que casi todas las reservas, menos una mesa de nueve y otra de cuatro, habían sido anuladas.

—¡Kinsley! —gritó llamando a una de las camareras.

—¿Pasa algo, jefe?

—¿Por qué casi todas las reservas que teníamos hoy han sido anuladas? Ayer, cuando miré el libro, estaba todo completo, no quedaba ni una mesa libre.

Kinsley se limitó a encogerse de hombros.

—Jefe —Yaroslav los interrumpió. Salía de la cocina muy alterado, aunque eso en él no era raro. Tenía muy mal carácter y fama de hacer llorar a todos sus pinches, pero Iván no dudó en llevarlo a su restaurante, pues era uno de los mejores expertos cocineros en comida rusa—, tenemos un problema.

—¿Qué pasa?

—Mi ayudante hoy no ha venido, está enfermo. Yo solo no puedo...

Iván miró a Kinsley.

—Ni loca, tengo que servir las mesas —dijo más bien como excusa, porque con tan pocos comensales con Rubi, la otra camarera, sería suficiente, pero la fama de Yaroslav sembraba el terror entre el personal.

—Te pagaré el doble.

—Ni por esas.

—¡*Blyat*! —gritó Iván enfadado—. Está bien, no hay problema, yo mismo te ayudaré. —Y para dar fe de su resolución se remangó la camisa, entró en la cocina seguido de Yaroslav y se colocó un mandil.

Iván pensó que sería capaz de soportar al cocinero, que al ser él el jefe no habría problemas. No tenía que ser tan complicado llevar a cabo unas pocas órdenes, pensó. Pero entre que a Iván le costaba mucho obedecer y que Yaroslav era un tirano, las cosas se torcieron hasta tal punto que más de una vez Iván tuvo que soltar el cuchillo porque deseaba lanzárselo.

El cocinero era muy exigente, todo lo quería rápido, supervisaba cada cosa que hacía y, cuando no estaba como él quería, lo abroncaba. Iván soportó estoicamente, pero su vaso se rebosó cuando Kinsley entró en la cocina gritando.

—¡Jefe! Tenemos un problema.

—¡*Blyat*! ¡¿Y ahora qué pasa?! —Iván, que estaba cortando unas zanahorias, tiró el cuchillo y la miró, como si todos sus problemas fueran por culpa de ella.

—Rubi se ha tenido que ir.

—¿Y?

—Pues que yo no doy abasto.

—¡*Ne naebyvay menya*! ¡Son solo dos mesas, no me digas que no puedes tú

sola!

—Ya. Pero me duele una mano. —Y para demostrarlo la movió y soltó un quejido.

Iván estaba perdiendo la poca paciencia que le quedaba. Cerró los ojos e intentó tranquilizarse.

—Está bien. —Inspiró y espiró como le había enseñado el psicólogo para frenar sus ataques de ira, cerró los ojos, contó hasta veinte—. Iré yo. Yaroslav, ¿puedes apanarte solo? —dijo dirigiéndose al cocinero ruso.

—Lo intentaré.

—Bien, bien. —Se quitó el delantal y caminó con seguridad hacia la sala donde los comensales esperaban a ser atendidos.

Abrió la puerta que separaba la cocina del salón.

—Pero ¿qué coño...? —Arrugó la frente sorprendido, la sala estaba a oscuras. De repente, alguien encendió las luces y el gran salón se iluminó mostrando a todos sus amigos, a la gente que formaba parte de su vida, de pie, y un coro de voces gritó al unísono:

—¡Sorpresa!

Iván se quedó estático, casi sin respiración. Sus ojos abiertos, como los de un búho, miraban a todos los allí presentes.

Sus hijos, su mujer, Martín, Alma, Linda, Allan, Sex, Rubi, incluso Yaroslav y Kinsley se les habían unido.

Gádor se aproximó a él, lo besó con ternura y susurró.

—Felicidades, mi amor.

—No entiendo. No es mi cumpleaños —dijo él.

—No, no lo es, pero tenemos mucho que celebrar. Tal día como hoy, hace cuatro años, tomaste una decisión, una que cambió tu vida, nuestras vidas. —Gádor señaló a sus dos hijos, que los miraban con una enorme sonrisa—. ¿No lo recuerdas? —Iván asintió.

—Creo que sé a qué te refieres.

—Tal día como hoy —continuó hablando Gádor—, te levantaste muy temprano, saliste a correr y, cuando llegaste a casa me dijiste: «*Malyshka*, prepara ropa de abrigo, nos vamos a Rusia».

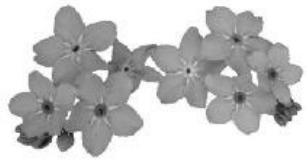
Las miradas de todos entonces volaron hacia los dos niños.

—Hoy he querido reunir a todos nuestros amigos, a nuestra familia —dijo Gádor—, para felicitarte por lo valiente que fuiste, porque gracias a las decisiones que tomaste en el pasado has creado un futuro para nuestros hijos. Porque te lo mereces y porque te queremos.

Iván la tomó entre sus brazos.

—Siempre —le susurró al oído.

—Siempre —respondió ella.



## Capítulo 55. Collateral.

### Dos días después.

—Pase —dijo Martín al escuchar el leve golpeteo de unos nudillos sobre la puerta.

Jared Sleint, el nuevo detective de homicidios, la atravesó con su característico andar; parecía un modelo sobre una pasarela, sus pasos tranquilos y lentos demostraban que era un hombre seguro de sí mismo, con un gran carisma.

Vestía de manera impecable, elegante y siempre coordinado. Su perfecto traje gris y su camisa blanca parecían hechos a medida para él.

—Señor, ¿tiene un momento?

—Claro, Jared, toma asiento.

El detective se dejó caer sobre la silla y se cruzó de piernas. Martín le tenía un gran aprecio, era un hombre muy trabajador, volcado en su labor de detective.

Martín dejó de teclear en el ordenador, lo hizo a un lado y se centró en Jared.

—¿En qué puedo ayudarte?

—Verá, señor... —se removió inquieto en la silla—, quería pedirle un favor.

—Adelante —lo alentó Martín.

—Acaba de llegar un aviso. Han encontrado un cuerpo y me gustaría hacerme cargo del caso.

Martín, que estaba ya al corriente, arrugó la frente.

—¿Por alguna razón en particular?

—No, señor. Pero... estoy..., quiero entrar en acción. Sé que estoy preparado —dijo con seguridad.

Martín también era consciente de ello. Llevaba ya un tiempo observándolo, era inteligente y muy perspicaz, además de perseverante. Tenía todas las

características necesarias para llegar lejos en el cuerpo de policía, pero no hacía mucho que había ascendido y aún no se le había asignado ningún caso.

—Según tengo entendido, dentro de poco te casas.

—Sí, señor.

—Entonces no creo que seas el adecuado para este caso. Tendrás que preparar las cosas para la boda; créeme, sé perfectamente lo mucho que estresan los preparativos. —Martín y Alma habían pasado por el altar hacía tan solo un año, su boda había sido sencilla y con pocos invitados, pero aun así, los meses anteriores al enlace fueron un auténtico caos.

—Por eso no se preocupe señor, le prometo que no será ningún problema.

—Pero... ¿pedirás algunos días para disfrutar de la luna de miel?

—No, de momento posponemos la luna de miel. —No quiso darle más explicaciones.

El poco entusiasmo con el que Jared hablaba de su boda y de su futura mujer le llamó la atención a Martín, que recordó lo nervioso y excitado que se encontraba antes de la suya. No auguraba un buen final para el enlace del detective.

El teléfono de Martín tembló sobre la mesa, lo miró y vio que tenía un wasap de Alma.

—Está bien, Jared, si es lo que quieres, el caso es tuyo. Pero, como es el primero, estarás bajo la supervisión de Josh.

—Sin problemas. Gracias, señor. —Asintió entusiasmado—. No le molesto más.

Se levantó de la silla y se encaminó hacia la puerta. Martín lo miró, había compartido con Jared un momento muy duro de su vida, ese hombre era quien había encontrado a la última víctima de su hermano. Cerró los ojos por un instante, aún dolía, siempre tendría esa herida abierta. Por un tiempo, cuando regresó a la comisaría, notaba las miradas de sus compañeros, miradas de pena, e incluso sabía que alguno de ellos lo culpaba por no haberse dado cuenta de que su hermano era un psicópata asesino. Pero Martín era un hombre fuerte y luchó contra las habladurías, contra la intolerancia de algunos y el desprecio de otros. Trabajó mucho, duro y escaló en su profesión hasta convertirse en comisario y así acallar a todos los que lo consideraban un fracasado.

Ahora lo respetaban y nadie se atrevía a cuestionar su valía.

Sacudió la cabeza en un intento de sacar de ella los pensamientos que en ese momento lo golpeaban impunemente. Dejar a su hermano fuera de su mundo era doloroso, pero también necesario para seguir adelante con su vida.

Ahora todo era tan distinto, el asesino del parque Rattford había supuesto un antes y un después en sus vidas. En el pasado, Alexis y él hubieran corrido hacia

ese nuevo caso, pero Alex ya no estaba en la comisaría. Había pedido el traslado. Después de lo sucedido en el motel, de su relación con Lucas, de saber que estaba enamorada de él, no pudo volver a mirarla a la cara. Fue ella quien tomó la decisión de marcharse y Martín se lo agradeció.

Chasqueó la lengua, no quería pensar más en el pasado, ahora tenía un buen futuro por delante y deseaba vivirlo feliz y sin mirar atrás.

Miró el reloj y sonrió. Alma le aportaba paz, esa que necesitaba cuando su corazón se llenaba de tristeza.

*Recuerda nuestra cita, decía.*

*¿Cómo iba a olvidarla?, respondió de manera inmediata.*

*Lo sé, tú nunca me has fallado, contestó ella.*

Martín miró su reloj, si quería llegar puntual tenía que salir ya.

*Nos vemos, escribió con rapidez.*

*Hasta ahora mi amor, contestó Alma.*

Se levantó de su silla, se puso la chaqueta de su traje azul y, como siempre hacía, protestó; seguían sin gustarle nada los trajes ni las corbatas, pero ahora debía dar una imagen y no le había quedado más remedio que habituarse.

Bajó al garaje y se subió en su precioso y brillante Chevrolet Impala del 67 negro con los asientos de cuero. Adoraba su coche y le encantaba oír el rugir del motor.

Puso la radio en marcha y condujo bajo los acordes de *T.N.T.*, de AC/DC.

Llegó a su destino con tiempo de sobra. Alma no tendría que esperarlo. Así que pudo caminar, sin prisa, hasta el colegio donde trabajaba de profesora. Había cumplido su sueño, con mucho esfuerzo, pero al fin obtuvo su recompensa.

Martín se quedó apoyado sobre la barandilla a la espera de que, tras el sonido que anunciaba el final de las clases, Alma saliera.

Cuando la vio aparecer tan bonita, tan perfecta, por un instante su corazón se paró. Estaba tan enamorado que, en el preciso instante en el que ella llegó a su lado, comenzó a bombear rápido y las mariposas revolotearon en su estómago.

—Siempre me haces sentir... —dijo tomándola de la cintura y acercándola a su cuerpo—, tan vivo.

La besó y ella lo separó con rapidez al escuchar las risas de los niños a su espalda.

—Martín, recuerda que estamos en la puerta del colegio.

Él soltó una carcajada y asintió.

—Tienes razón, perdona, pero... te veo y no me puedo resistir.

Alma sonrió feliz, lo tomó de la mano y juntos caminaron hasta el coche.

Apenas se dijeron nada durante el camino, mucha culpa la tenían los

nervios.

Ya en la puerta de la clínica, antes de dar el paso que los llevaría hacia el mostrador de entrada, se miraron.

—¿Estás preparada? —preguntó Martín.

—No lo sé..., ¿y tú?

—No. Pero... —La abrazó y dejó un dulce beso en sus labios—. Llegó el momento. —La alentó a entrar tirando de su mano y juntos caminaron hasta el mostrador.

La mujer que atendía las llegadas de los pacientes les indicó la sala donde el médico los estaba esperando.

Ya en la consulta, los nervios se multiplicaron, el doctor había pedido a Alma que se tumbara en la camilla y descubriera el vientre.

Martín permanecía a su lado, tomándole la mano con fuerza; ambas sudaban, pero no les importaba nada, necesitaban ese contacto.

—Bueno, debo comunicarles —dijo el doctor con la mirada clavada en el monitor— que van a ser padres de dos bebés.

Alma sollozó y Martín abrió mucho los ojos.

—¿Dos? —dijeron a la vez.

—Pues sí.

—Oh, Dios mío, oh, Dios mío... —repetía Alma una y otra vez mientras las lágrimas rodaban por sus mejillas.

Martín besó su frente. Alma vio sus ojos vidriosos, la felicidad se respiraba en el aire, en su sonrisa y en la manera de mirarla.

—Dos, Alma, vamos a tener dos hijos —dijo exultante.

—¿Les gustaría saber el sexo? —preguntó el doctor, que se ganó toda la atención de los dos.

—¡Sí! —gritaron al unísono.

—Este de aquí —el médico señaló la pantalla— es un varón. —Ambos suspiraron—. Y este de aquí —señaló de nuevo—, una niña.

—Un niño y una niña, niño y niña... —susurraba Martín con la mirada clavada en las dos manchas que se veían en la pantalla, de las cuales apenas distinguía nada.

—Ahora escuchen —pidió el doctor.

Poco a poco, la sala se llenó con el latido de dos corazones, parecían ir rápidos, acelerados. Un pum, pum, pum por duplicado se escuchó alto y tan claro que el corazón de Martín se paró de golpe y sus ojos se anegaron.

—Alma, ¿lo oyes? —preguntó entusiasmado—, son los corazones de nuestros hijos.

Se besaron, sin importarles que el doctor estuviese delante y que las



lágrimas de ambos se mezclaran entre sus labios.

## Agradecimientos

De nuevo me encuentro frente una hoja en blanco dispuesta a escribir los agradecimientos, y de nuevo me resulta terriblemente difícil dejar sin nombrar a muchos de vosotros, pero hace tiempo que he decidido dar solo el nombre de las personas que de una manera u otra han intervenido en esta novela. Lo que sí quiero que tengas en cuenta es que, a pesar de no decir tu nombre, también te estoy muy agradecida porque has elegido como lectura mi libro y porque además sé que lo tratarás con cariño. Espero que te deje un muy buen sabor de boca.

Y ahora empezaré la lista de esas personas que han hecho posible que hoy, *Nomeolvides*, esté en tus manos. ¡Allá voy!

En primer lugar, como en todas mis novelas, quiero agradecer a mi familia, en especial a mis hijos y a mi marido, que además de mi compañero en la vida es quien más me apoya en el mundo de la escritura. Quiero que sepas que sin él nada sería posible, sin su ayuda incondicional ni este libro ni ninguno de los otros que he publicado estarían en el mercado.

También quiero dar las gracias a mi equipo, mis chicas, mis lectoras amigas, como dice Noelia Moral que la llame, y me apodero de ese término, pues creo que es mucho más bonito que lectoras 0. A esas mujeres maravillosas que entraron en mi vida para hacérmela más sencilla, a ese equipo que con este libro ha trabajado mucho, muchísimo, porque no se lo puse nada fácil. Ellas son: Carol, Mónica, Charo, Noelia y Vanessa.

Quiero que todas estas lectoras amigas me disculpen, pero en esta novela en particular tengo que nombrar y agradecer a Vanessa. Espero que esto no suene mal, pero gracias a ella el psicópata cobró más vida. Esta novela es tuya, Vane, porque te implicaste, porque buscaste información, porque me asesoraste. Aún recuerdo esas conversaciones de horas por teléfono, esos vídeos que visualicé gracias a ti y lo mejor de todo, lo que hemos disfrutado, eso siempre se quedará en mi memoria. Y, por cierto, tu olor a coco fue fuente de inspiración para muchas escenas y para la locura de Iván, un personaje especial para mí.

Gracias María Jesús Valls, gracias por permitirme el lujo de poder usar un nombre distinto y muy especial para una de mis protagonistas principales. Que

sirva como homenaje a tu madre.

Ahora voy a por ti Marien F. Sabariego, tú eres la responsable de que *Nomeolvides* tenga la mejor portada, la más bonita y la que más transmite su esencia, su espíritu. Eres tan imprescindible que sin ti nada de esto sería posible. Gracias por consentirme, sé que soy la mimada y me encanta.

Muchas gracias a Susana Pérez por su forma de implicarse en este proyecto.

Gracias a este libro he tenido el placer de conocer a Liubov, una chica rusa que me tendió una mano gigantesca con el idioma y con datos sobre su patria.

Gracias a Ester porque a pesar de decir no, no, no, al final fue un sí rotundo. Sé que vas a ser una madrina maravillosa.

Gracias a mis soñador@s, a mis cotorras, a mis mosqueteras, a mis amigos de Ceres Madrid, a blogueros y escritores, gracias a todos los que estáis a mi lado, apoyándome, acompañándome en este bonito viaje.

Lorenzo, este es el libro, el señalado. Sé que lo leerás y espero que te aporte lo que el horóscopo te vaticinó.

Gracias a ti, lector. Mi aventura comienza cuando abres el libro, mis personajes cobran vida porque tú se la das, mis historias son tuyas, disfrútalas y, por favor, recuérdalas.

## Primer capítulo de la siguiente entrega de la serie coraje. El silencio de Lobo

### Familia.

Londres, hace 21 años.

Nunca conseguiría adaptarse a la vida en Londres ni a la gente ni a la ciudad.

Lobo tan solo tenía quince años, pero sabía perfectamente lo que quería y no era vivir el resto de sus días en esa urbe. Bueno, si era sincero, ni en esa ni en ninguna otra. No le gustaba la polución ni las aglomeraciones, le molestaba el tráfico, el ruido...

Su padre decía que Lobo era un espíritu libre, que había nacido para vivir en el campo rodeado de paz, de naturaleza. No deseaba nada material, ni los videojuegos ni la ropa de marca, Lobo era feliz durmiendo bajo las estrellas, tumbado en la hierba mientras contemplaba el firmamento, nadando en un río cuyas aguas estaban tan heladas que conseguía que todo su cuerpo despertase, como si miles de agujas se clavaran en su piel. Lobo no era como el resto de los chicos de su edad, no: él era único, especial y diferente. Prefería viajar con su padre o pasar el fin de semana de acampada, cuando el resto de los chicos se morían por ir a la discoteca o a ver el último estreno en el cine.

No le gustaba la gente, prefería la soledad. No era nada sociable ni divertido ni hablador. Para el resto del mundo era un tipo raro, pero para su padre, Antonio, era el ser

más maravilloso.

Su infancia fue feliz, había viajado, conocido mundo. Hasta los quince no se establecieron en ningún sitio, eran como los nómadas. Pero de repente Antonio enfermó, ya no tenía fuerzas para viajar, para dormir en una tienda de campaña y tuvieron que trasladarse a Londres, donde su hermano Ramón le acogió en su gran mansión situada en pleno centro de la ciudad.

Entonces, Lobo dejó de ser feliz. Tuvo que adaptarse a vivir entre cuatro paredes, con gente a la que apenas conocía y con unas normas estrictas, unas que jamás había llevado, pues su padre siempre le otorgó total libertad.

La vida con sus tíos y su primo Miguel, que tenía cinco años más que él, no le resultó fácil, no la deseaba, pero su padre le rogó que tuviese paciencia, le pidió que fuera dócil, que no les creara problemas, pues eran la única familia que tenían y sabía que sus días estaban contados, necesitaba saber que su hijo iba a estar bien cuidado cuando él ya no estuviera para velar por su bienestar.

Antonio era consciente de que su vida se apagaba, no le quedaba apenas tiempo. No podía dejar a su hijo solo y sabía que Ramón no se negaría a hacerse cargo de su sobrino, pues la familia era lo más importante para él.

Los recibieron con los brazos abiertos, sin cuestionarse todo el tiempo que tanto Lobo como su padre habían estado lejos, sin ni siquiera preguntar quién era y dónde estaba la madre de Lobo.

Cuando Antonio faltase, sus tíos se harían cargo de todo, de Lobo, de sus gastos y de sus estudios, incluso de su educación y ese día estaba muy cercano, tanto que les pilló de improviso, a pesar de ser una muerte anunciada.

Lobo caminaba con la frente bien alta, retando a todos los que se encontraba por el camino, era su manera de aislarse, provocaba miedo, sus ojos decían «peligro». Así se aseguraba la soledad, esa que desde que su padre cayó enfermo deseaba más que nada en el mundo. Nunca fue muy sociable y tener a su padre lejos, aislado en un hospital, le provocó cerrarse mucho más en sí mismo.

—¡Eh, tú, perrito! —Escuchó por detrás. Sabía perfectamente quién era, pues siempre le llamaba así, de manera despectiva y con el único fin de hacerle daño.

Lobo se paró y se agarró a la mochila cargada de libros, que llevaba a su espalda, con los puños fuertemente apretados. Se había creado una gran enemistad con su primo Miguel. Él intentaba esquivarlo, procuraba no mirarlo, ni hablar con él. Pero Miguel le odiaba de una forma tan enfermiza que lo buscaba e intentaba por todos los medios hacerle la vida imposible. Estaba seguro de que ese encuentro no era casual.

Se giró lentamente y clavó con fiereza sus ojos azul claro, como el cielo despejado que apenas se veía en Londres, sobre su primo y los cinco chicos que lo acompañaban.

Podría haber salido corriendo, pues Miguel buscaba pelea, era más mayor y fuerte y además no venía solo, pero Lobo jamás huía, nunca correría en busca de refugio. Muy al contrario, se enfrentaba a todo y a todos con los dientes apretados, con los puños dispuestos a golpear. Eso le había acarreado más de un problema, ser el chico raro ya era malo, pero encima ser el peleón, el arriesgado, no temeroso de nada, sin duda lo convertía en el blanco de todos los abusones.

Los esperó, sabía que esta vez no sería como tantas otras. Ya se había enfrentado a Miguel en más ocasiones soportando sus insultos, sus provocaciones, pero esta vez, por su mirada, por la manera en la que se acercaban a él, sabía que no solo pensaban usar las palabras para agredirlo.

Lo rodearon y se limitó a mirarlos de uno en uno, como solo él sabía hacerlo, con tal fiereza que algunos de los amigos de Miguel recularon asustados a pesar de ser más y mucho más fuertes, pues por aquella época la diferencia de edad y la complexión de Lobo no ayudaban mucho.

—¿Qué quieres? —se encaró sin miedo. No temía a ninguno de esos chicos, no se amedrentaba ante nada.

—Nada —dijo Miguel con tono inocente—. Tan solo saludarte. —Y le asestó un empujón con tal fuerza que le hizo trastabillar.

Lobo se mantuvo en pie, con la mirada alta. Sus puños, apretados y dispuestos a golpear a quien se atreviese a ponerle un solo dedo encima. Le había permitido a Miguel un primer acercamiento, pero no le dejaría más.

Sin más palabras, sin ningún motivo más que los celos, Miguel se lanzó sobre su primo, siempre arropado por el resto de su cuadrilla. Lobo se defendió con uñas y dientes, golpeó, arañó, incluso mordió, pero eran muchos y al final terminó en el suelo, intentando resguardarse de las patadas y puñetazos que le llegaban por todas partes y que impactaban en su cuerpo.

Los golpes fueron tantos y tan fuertes, que llegó un momento que Lobo apenas escuchaba sus insultos, ya ni tan siquiera sentía dolor. Sus ojos se cerraron, era como si su cuerpo de repente fuese de trapo.

—¡Parad, parad ya! —Escuchó gritar a Miguel y los golpes cesaron.

Entonces sintió que Miguel se acuclillaba a su lado y le susurraba al oído.

—No voy a consentir que me quites lo que es mío, lo que me pertenece, perro. La próxima vez, no les diré que paren.

Lobo apenas pestañeó ante su amenaza. No entendía por qué Miguel pensaba que él se iba a apoderar de nada, él no deseaba estar en su casa ni formar parte de su perfecta familia, tan solo quería irse, marcharse muy lejos de

Londres, vivir libre, sin ataduras...

Se quedó tumbado en el suelo mientras Miguel y sus amigos se marchaban.

Intentó incorporarse, pero todo le daba vueltas y decidió quedarse un rato en la misma postura. Miró las estrellas, anochecía, había salido de clase y deambulado horas y horas, sin rumbo. No quería llegar a casa, a esa casa que no era la suya. No quería ver a su tío que intentaba por todos los medios hacerle partícipe de su familia, ni a su tía que lo abrazaba y besaba cuando Lobo no quería ningún tipo de contacto. No quería llegar porque su instinto le decía que Antonio estaba viviendo sus últimas horas. No podría decirle adiós a su padre, al hombre que lo había querido, cuidado y enseñado tantas cosas importantes... Pensar en Antonio le hizo estremecer, le obligó a cerrar los ojos.

Pero Lobo no era un cobarde y sabía que era el momento de afrontar el mayor reto de su vida. Así que se puso de pie y decidió que era la hora de regresar..., a la casa de su primo, de la persona que más le detestaba y que le acababa de dar una paliza tremenda.

Usó toda su entereza, toda su fuerza para ponerse de pie. Incluso se colocó bien la mochila que lo había protegido de parte de las patadas en la espalda. Caminó despacio, sintiendo cada punzante dolor que le atravesaba y le recorría todo el cuerpo.

La verja de la casa estaba abierta cuando llegó, caminó por el largo sendero demarcado por altos pinos y cuando divisó la grandiosa mansión, a su mente llegó el recuerdo de la primera vez que la tuvo delante. Su padre lo acompañaba, ya estaba muy enfermo y apenas podía caminar sin su ayuda. Rememoró la sensación de ahogo, de pánico que le inundó al ver semejante edificio, plagado de ventanas, de dimensiones descomunales. No quería vivir allí, no deseaba eso, pero una simple mirada al ajado aspecto de su padre le aportó la fuerza que necesitaba para dar los pocos pasos que le separaban de un destino que odiaba. Nunca haría nada que supusiera verlo sufrir, Antonio lo era todo para él, así que juntos llegaron hasta la puerta. Pero hoy Lobo estaba solo, solo y herido.

Suspiró con fuerza, no tenía otra opción, así que entró en la casa. Escuchó voces. Agudizó el oído. Eran sus tíos y Miguel. Discutían con fuerza.

—¡No quiero que se quede! —gritaba Miguel.

—¡Es tu primo, sangre de tu sangre! —vociferaba Ramón.

—No me importa, le odio, le odio... —Su voz sonó como la de un niño pequeño, caprichoso, uno que sufría porque había dejado de ser el centro de atención porque Lobo destacaba ante él, no solo por su inteligencia, sino también por su carisma, ya que a pesar de ser tan reservado, tan insociable, su presencia suscitaba curiosidad, en algunos temor, pero en casi todos ganas de saber más de ese chico reservado, casi salvaje y eso despertaba en Miguel unos celos

enfermizos.

Lo vio correr hacia su habitación, ni siquiera reparó en su presencia.

Lobo escuchó entonces los sollozos de su tía, caminó hacia el salón y entonces recibió las miradas asustadas, preocupadas de sus tíos al ver su mal aspecto.

—Por Dios, Lobo, ¿qué te ha pasado? —Su tía se llevó una de sus manos a su pecho y se levantó de inmediato de la silla donde había estado sentada soportando las caprichosas acusaciones de su único hijo.

Lobo negó con la cabeza, no pensaba decir nada. No acusaría a Miguel ni a sus amigos.

Ramón estaba a su lado, lo miraba con preocupación.

—Tenemos que llevarte a un médico.

—¡No! —gritó Lobo—. Estoy bien, ha sido solo una caída.

—¿Una caída? —interrogó Ramón con tono de incredulidad—. Una caída no produce esos golpes.

Señaló uno de sus ojos ya negro e hinchado, su pómulo derecho sangrante y contusionado, su labio partido, su ropa sucia, llena de barro y polvo.

Lobo bajó la mirada al suelo, no quería mentirles, no lo merecían, pero no era un chivato y su tía sufriría mucho si supiese que su aspecto lo había provocado los celos de su primo.

—Estoy bien —repitió.

De pronto, se hizo un pesado silencio en el gran salón, Lobo notaba las miradas de pena de sus tíos y odió esa sensación de sentirse pequeño, como si de repente hubiese encogido. Miró a uno y a otro y comprendió que todo había terminado, que desde ese momento estaba solo, ya no eran Antonio y él contra el mundo, contra la rutina. Cerró los ojos, no quería mostrar su tristeza. Se quedó muy quieto, deseó desaparecer, esfumarse.

Entonces, Ramón hizo algo que le dejó descolocado, más que nada porque siempre había respetado su deseo de no ser tocado: le abrazó. Le tomó entre sus largos y fuertes brazos.

—Lo siento, Lobo... —sollozó—. Lo siento tanto, hijo...

Lobo cerró los ojos y por primera vez su rigidez se esfumó, se dejó y apoyó la mejilla que no tenía herida sobre el pecho de su tío. No necesitaba que él dijera en voz alta qué era lo que sentía. No era necesario porque Lobo supo el motivo de la discusión entre sus tíos y Miguel, lo supo de inmediato. Su padre había fallecido y a partir de ese momento pasaría a formar parte de esa familia como si de un hijo más se tratara, ya no se marcharían lejos, ahora se quedaba de manera definitiva.

No lloró, no sabía hacerlo, se limitó a rodear el gran cuerpo de su tío y a



abrazarle como si le fuese la vida en ello.

---

[1] *Blyat´*: joder.

[2] *Ne naebvyvay menya*: no me jodas.

[3] *Malyshka*: pequeña.

[4] *Ty prekrasna*: eres preciosa.

[5] *Ya jochú tebyá*: Te deseo.

[6] *sdelai milost´....*: haz el favor.

[7] *U tebyá na litse pena dlyá britiá*: Tienes manchada la cara de espuma de afeitar.